

Marosa di Giorgio

Los papeles salvajes

Edición definitiva de
la obra poética reunida

5ª edición

la lengua / poesía

AH

Adriana Hidalgo editora

Marosa di Giorgio

Los papeles salvajes

Cuidado de la edición, notas y síntesis biográfica
de Daniel García Helder



Adriana Hidalgo editora

Di Giorgio, Marosa
Los papeles salvajes / Marosa Di Giorgio, - 1ª ed. 3ª relmp.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2021
674 p. ; 22 x 14 cm. - (la lengua / poesía)
ISBN 978-987-1156-93-1
1. Poesía Uruguaya I. Título
CDD U861

la lengua / poesía

Editor: Fablán Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe
Producción: Mariana Lerner

5ª edición en Argentina
3ª edición en España

© Nidia di Giorgio
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2008, 2013, 2018, 2021
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1156-93-1
ISBN España: 978-84-92857-84-5

Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

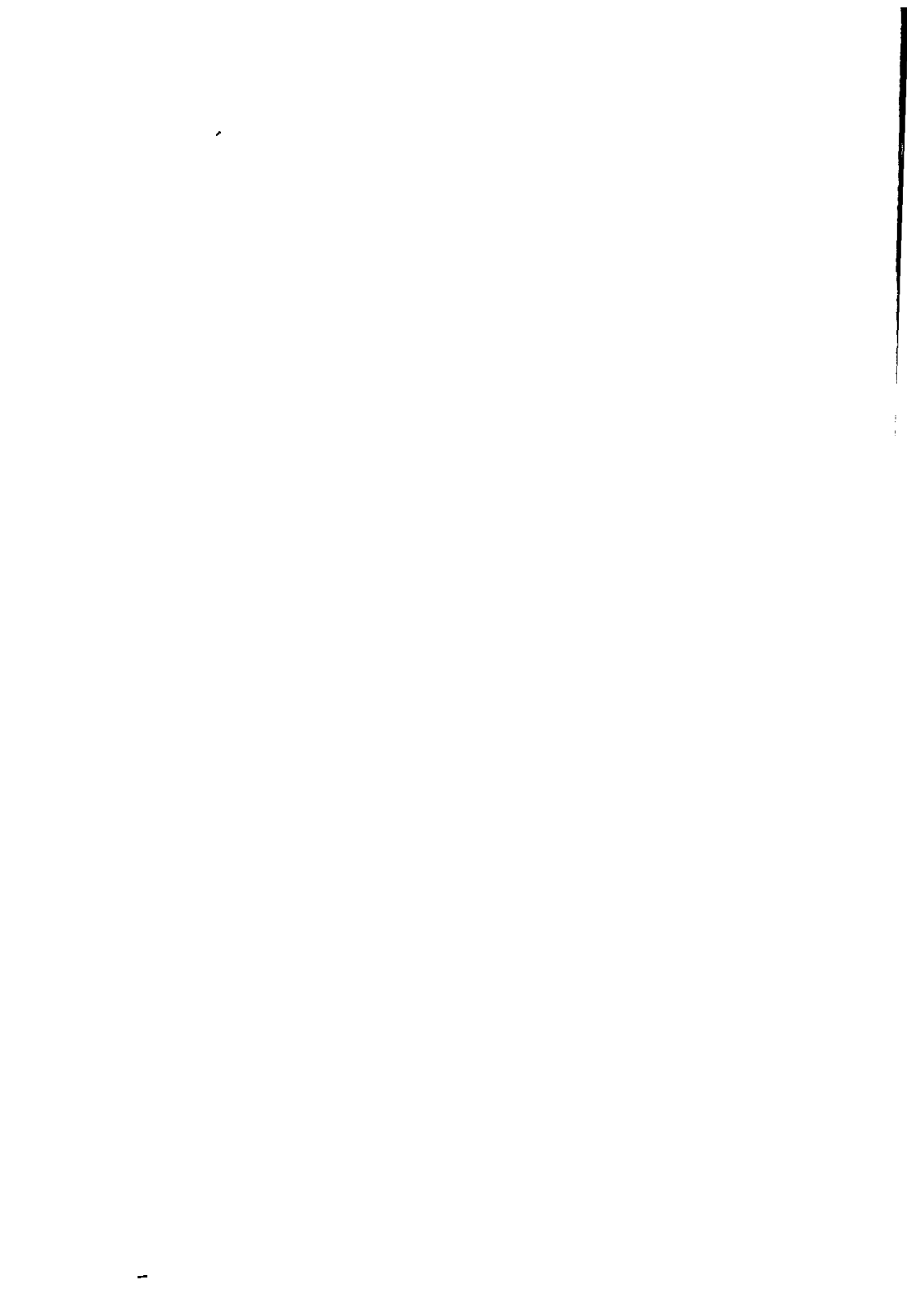
Esta edición se terminó de imprimir en Elías Porter y Cía. SRL, Plaza 1202,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en el mes de febrero de 2021.

ESTA EDICIÓN

Los papeles salvajes fue el título que eligió Marosa di Giorgio para reunir su obra poética. Esta es la cuarta edición, consta de un solo tomo y difiere de las ediciones anteriores tanto en la extensión como en el contenido. Incluye a manera de prólogo un texto recuperado de 1959 y a manera de epílogo una síntesis biográfica realizada por el encargado de esta edición. Se agrega un libro póstumo, se aumenta sustancialmente otro y se consignan los datos referentes a las ediciones originales de cada título. Además, fue posible corregir numerosos errores y erratas que venían repitiéndose de otras ediciones, de modo que no se confundan con las peculiaridades sintácticas, léxicas y versiculares del estilo de Di Giorgio, como por ejemplo las distintas variantes para el apellido Medici. Con la colaboración de Nidia di Giorgio y Jazmín Lacoste, hermana y sobrina de Marosa, pudieron despejarse muchas dudas cotejando las primeras ediciones de los libros, algunos ejemplares de los cuales tienen enmiendas realizadas de puño y letra por la autora.



SEÑALES MÍAS



Vine a la luz en este florido y espejeante Salto del Uruguay, hace un siglo, o ayer mismo, o mismo ahora, porque a cada instante estoy naciendo. Era por junio y por domingo y a mitad del día. Imagino el rostro pálido de mi madre, y más allá a los campos con la escarcha crecida—como mármol levísimo, lúcido, adecuado sólo para construir estatuas de ángeles— y con las telarañas cargadas de perlas, y las naranjas como bombas de oro, olvidado ya el azaharero origen. Y del campo hablo, porque a él partí, apenas vividos ocho días. La casa de mis abuelos era larga, oscura y baja, y su edad, de cien años, y apropiada sólo para que la morasen fantasmas, o algunas gentes extrañas y hermosísimas, o un animal blanco y poderosamente milagroso. En su torno todas las flores se ceñían y todas las bestias y las sombras todas y los destellos. Yo partí de ella sólo para ir a la escuela; pero, la escuela quedaba apenas más allá y también bajo las flores; borroneó mi caligrafía primera el polvo amarillo de la garganta de las amapolas.

Los seres que vivieron conmigo aquellos años —digo abuelos, padres, tía, prima, hermana, algunos ya muertos, pero, no muertos— se me mostraron siempre silenciosos e irisados. Me amaban entrañablemente y les amé —o les amo— con locura. Y recuerdo también a los animales que colaboraron con nuestras vidas, que abrían cerca de nosotros, sus caras santas, sus ojos bonísimos, y aunque de ellos no resten ni los huesos, segura soy de reencontrarlos alguna vez.

Por aquel entonces, Dios ya me quería, me amó siempre con voracidad. Como yo era una niña, él venía a mí alegremente; jamás se me mostró austero. A veces, hasta se disfrazaba de amapola, se ponía una bonita máscara rosada, o de venado y usaba dominó velludo y color oro. Por entonces, Él me dijo que mi único destino era escribir poemas. Y yo le escuché sencillamente, sintiendo que iba a obedecerle.

En las noches de aquellos días, el rocío paseaba de este a oeste, de sur a norte, sus manadas titilantes, y levantábase el manzano coronado de rosas, y un caballo claro como la nieve, volaba amenazándonos y sólo deslumbrándonos, desde un extremo a otro, de la heredad.

En las noches de aquellos días yo ya concebí la loca idea de que tenía que salir a la aventura, realizar alguna expedición nocturna, a espaldas de mis padres, ir hacia el pueblo, sigilosa, y porque sí; me parecía que debía vestir ropas extrañas y golpear a la puerta de los vecinos, macabramente. Ya había hallado la zona erizada y deliciosa en la que desde entonces habito:

Apenas rozado el umbral de la adolescencia, Dios me quitó el bosque. Y me trajo a la ciudad, que, con todos sus espejos y sus flores, no es el bosque. Mucha gente empezó a deslizarse en mi torno, a indagar en mi rostro; pero, inútilmente.

Cumplí los estudios de bachillerato como casi todas las niñas del mundo. Sólo que, muchas veces, una luciérnaga, venida de antes, me calcinó los deberes.

Y después, el teatro; pero, el teatro es otra forma de la Poesía. En 1953, Dios me dijo que echase a volar *Poemas*; lo que en ellos cuento; y que, a tantos pareció tan raro, es verídico. En 1954, la gracia angélica de Conie-Jean reprodujo aquellos *Poemas* en esta selecta Lírca; en 1955, logré el más fiel retrato de mi médula, de mi sangre, de mi alma: *Humo*; cinco de cuyos poemas fueran generosamente reeditados al año siguiente, por el poeta Ortiz Saralegui en sus *Cuadernos Julio Herrera y Reissig*. En 1959, *Druída. Druída*, porque una de mis raíces es celta.

A todos aquellos seres —de mis huesos y de mi alma— que vivieron conmigo la edad del bosque, recuerdo en este instante, intensamente. No he de nombrarlos a todos; pero, digo a Rosa —mi abuela muerta—, a mis padres Pedro y Clemen y a mi hermana Nidia: Gracias, en el umbral de este libro y de todos los libros... Gracias... por todas las cosas.

Marosa di Giorgio Médicis

Con estas "Señales mías", que sirven ahora de umbral a *Los papeles salvajes*, Marosa di Giorgio se presentaba a los lectores de la primera edición de *Druída* (Caracas, 1959) en la colección Lírca Hispana dirigida por Conie Lobell y Jean Aristeguieta, en la que ya había aparecido *Visiones y poemas* (1954), volumen que recogía los textos de su primer libro.

LOS PAPELES SALVAJES



A la memoria y en homenaje de
Pedro di Giorgio
mi padre,
hombre del cielo,
que pasó por la tierra, con la cruz a costas,
y, para quien,
todas las palabras resultan miserables.

A mi madre
Clemen Médicis de di Giorgio,
que puso en mi vida
verdad y ensueño,
la liebre mágica.
A mamá, ahora,
con los ángeles.



POEMAS

1953

Poemas de Marosa di Giorgio Médicis, cuadernillo de apenas 16 páginas (13 x 19 cm), apareció en edición de autor y sin pie de imprenta, aunque puede fecharse en Salto, 1953. La misma serie de poemas fue incluida, junto a otra más larga, en *Visiones y poemas*, libro de 62 páginas publicado en el número 135 de la colección *Lírica Hispana*, Caracas, marzo de 1954. El volumen incluía sendas presentaciones de las directoras de la colección, Conie Lobell y Jean Aristeguieta, una foto de la autora en página interior, un poema de Manuel Pacheco, y un “Autoprólogo” que empieza: “Nací en la ciudad uruguaya de Salto, mediando 1932; pero, mi infancia transcurrió en los umbrales del bosque”. En 1971, cuando la editorial Arca, de Montevideo, reunió sus siete primeros libros bajo el título unitario de *Los papeles salvajes*, Di Giorgio decidió excluir la serie “Visiones”, decisión que se sigue respetando.

1

Sobre el promontorio, la casa era un cascarón macabro. Tuve miedo. La fiebre me hacía delirar un poco. Me asomé a la ventana. La medianoche tenía luna. Una alta luna, entera y sombría.

Los magnolios se ilusionaban y querían estallar sus pimpollos como balas blancas. Pero, no era tiempo aún. Huían los cipreses. La luna vibraba en los cipreses. (Y yo había visto enrojecerse el bosque en el crepúsculo, enrojecerse, y lo había dado por calcinado). Y venía olor a glicinas también, un triste olor a glicinas; había glicinas. (Yo las había visto en el crepúsculo, prendidas en su fuego lila, funerario).

La fiebre me golpeaba las sienas. Salí. La jauría estaba adormida y no me oyó. Iba descalza. La jauría no me oyó. Un agua finísima, finísima, escintilaba el pasto. En las rocas, las escarpadas rocas, innúmeras, oscuras, estaban sentadas, quietas, las mujeres de la medianoche. Las magdalenas o las verónicas de la medianoche. Largas, finas, inclinadas, rezaban o esperaban, vestidas de interminables cabelleras. Me acerqué a una: —Magdalena, Verónica, (un nombre así).

Y bajé. Seguí bajando. Al estanque. La luna, sombría, caía de lleno sobre el agua. Junto a las espadañas, se amontonaban estremechidas, oscuras, graznantes, las ocas. Me detuve. Vi la luna queriendo sostenerse a toda costa en la punta de un ciprés. Pero, el ciprés vibró y la sacudió.

Y ella tuvo que descender, borroneada, disimulada entre los magnolios. Después, recordé al guardabosque.

Entonces, empecé a caminar hacia el sur; caminé entre los árboles del sur.

Buscaba al guardabosque.

Lo hallé en un claro, sobre una roca, inmóvil. De cobre. Había encendido un gran fuego. Yo le dije: Tuve miedo en la casona. Pero, él estaba cobrizo, dormido. El fuego pareció un faisán intentando el vuelo. Después, una cesta de mariposas que no se

atrevieran del todo a volar. Yo me acerqué al hombre y le dije de nuevo: Tenía miedo en la casona.

Pero, él no me oyó.

El fuego daba un suave perfume amargo. Habría quemado ciprés. El fuego era una canasta de mariposas. Yo tomé una astilla y saqué una mariposa colorada. La puse sobre el hombre. Saqué una mariposa verde y la posé sobre el hombre. Y luego, otra mariposa colorada. Las mariposas revolotearon y proliferaron. Él dio un grito, largo, aullado, negro. Un grito como un ciprés. Pero, la boca se le llenó de mariposas. Y el grito se le llenó de mariposas. Y hasta el alma se le llenó de mariposas. Yo me reí; y me alejé riendo y terminé en el bosque una larga carcajada. Busqué la luna entre los árboles; pero, no estaba. Vino un viento leve, claro. Y los magnolios tuvieron el tiempo de estallar sus balas blancas. Vibraban los cipreses.

Vino un viento, claro, verde, y deshizo los árboles, que se reconstruyeron enseguida.

Sentí que se enfriaban mis sienes.

Miré hacia las rocas. Ya no había nadie. Me acerqué al estanque. Las espadañas tenían ya, sus azucenas volanderas, sus azucenas oscuras como copas de vino. Las ocas volaron de entre las espadañas, rojas y rosadas. Volaban las ocas, ya rojas y rosadas.

Rodeé el estanque. Me alejé un trecho.

Un revuelo y un resilbo me volvieron.

Había bajado la cierva. Había bajado la cierva al estanque, a beber. La fina cierva, manchada, con su lustrosa cornamenta.

La jauría huyó, huyó, hacia el este, loma arriba, huía hacia el este, las suaves lomas arriba, en una fuga desesperante y bella. Los perros se iban quedando, derrotados.

La cierva llegó a lo alto. Y se paró, repentinamente. Deslumbrada. Estaba saliendo el sol.

2

Árboles castaños y sedosos daban capullos. El niño Marcos sacaba de los capullos unas extrañas rosas, como leche, como es-

puma. Más lejos, los cactus sobre sus hojas celosas hacían una exhibición de llamas anaranjadas, inmóviles.

La luna había pasado hacía rato la mitad de los cielos.

El niño Marcos vino a echar las rosas a mis pies.

Yo no quise mirarlo. Las doce palomas de sus años habían caído en un río ardiente y sin agua que nunca más las libraría.

Igual le tomé la mano y fuimos como siempre, salvando los escollos del campo, corriendo hasta los pies del cerro.

Ascendíamos levemente por no despertar a las cabras. Levemente pasamos la gruta del pastor (ese pastor que entiende a las estrellas...) pero, el pastor ya había callado. En la cumbre nos envolvió algo blanco y húmedo. Estábamos en una nube. Se esperaba un rumor de estrellas o un rumor de pájaros. Nada se oía. Me incliné y entonces, Marcos me besó... Pero, vino viento del sur y libró la cumbre. Bajamos casi huyendo. Cuando toqué el campo, ya tenía miedo. El campo estaba ardiente y suave. Yo tenía miedo.

Volvímos a los árboles. Al vernos, se pusieron crispados, angustiados, y después aflojaron un llanto suave, de lágrimas que parecían pétalos.

Más lejos, en los cactus, las llamas caídas sobre las hojas se habían vuelto llagas.

Yo sentí como que se me parara todo pensamiento. Y temblé.

Y en un esfuerzo último miré hacia el cielo.

Pero, la luna se escondía cruelmente en la cueva del monte.

3

Noche de mayo y de magnolias.

La luna inventa un pueblo blanco en las colinas.

Van a venir, de nuevo, Gerardo y Elena.

Por eso puse una magnolia en el vaso y estoy quebrando avellanas.

Ellos vendrán por el camino largo, el camino de los robles. De lejos, tomarán el camino de los robles. Mis perros son como lobos. Aúllan. Les aullarán como lobos.

—¿Han oído lobos?

—Sí; para el lado de las colinas.

—Pero, ya está la luna en las colinas.

Ellos ocuparán el banco de ciprés, frente a mí. Yo pondré en el fuego, a platearse, un pastel de azúcar y avellanas.

Entonces, parará el viento. El viento que embruja los robles y desembruja los magnolios. Y empezará la lluvia, sin rumor, blanca. Empezará la nieve.

Yo diré que no hay nieve tan blanca como la de mayo.

Y la mirada de Gerardo, fría y azul, caerá sobre mí.

Y yo volveré a decir que no hay nieve tan blanca como la de mayo.

Y el fuego será ancho y de todos colores. Azul, verde, granate y de todos colores.

Los perros ladrarán al fuego; querrán jugar con los colores.

Yo partiré el pastel, ya plateado, de avellanas y azúcar. Y a los perros también, partiré avellanas y azúcar. Pero el fuego irá alto, y los perros querrán jugar con los colores.

Afuera, caerá nieve sobre la nieve.

Elena me pedirá una historia.

Yo sé historias. Del tiempo de los abuelos. Del tiempo en que la casa era más grande y tenía tres chimeneas rojas. Del tiempo en que el bosque era más grande, y los lobos llegaban aullando hasta la casa.

La mirada de Gerardo, fría y azul, estará fija en mí.

Pero, yo diré que no me gusta contar historias; que no me gusta hablar.

Afuera caerá nieve, nieve.

Pasará un tiempo largo, liviano, blanco, un tiempo como de nieve.

Y el reloj que era de los abuelos contará una hora que yo no podré contar. Pero Gerardo dirá que es muy tarde.

Entonces, yo sacaré la magnolia del vaso para Elena.

Los perros en el umbral volverán a aullar. Otra vez, les aullarán como lobos, los perros en el umbral.

Y ya no habrá ningún camino, ningún camino.
Sólo nieve, nieve, sobre la nieve.
Y ellos se irán igual, por là nieve.
Corté una magnolia y estoy quebrando avellanas porque van a
venir, de nuevo, Gerardo y Elena.

4

Entre amargás y dulces maduraron las piñas de abril.
Los pájaros que ponen huevos rojos vuelan en torno a la casa,
vuelan, vuelan.

De la chimenea sale humo, humo, humo.
La abuela prepara un pastel de huevo y piñón.

La niña salta de un cuarto, al otro, y al otro. La niña –zapatillas
silenciosas y delantal.

En el umbral de la cocina, la detiene la abuela: –Campánula.
Llamándola –Campánula, y –Ramita de pino, y –Piñón.

–Necesito más huevos rojos.

–Tregaré a los pinos.

–No a los de acá. Ya están vacíos. Tendrás que ir al bosque.

Sale. Toma el sendero que parte en dos la huerta. A las veras,
membrilleros enanos, y jaras y humo.

En el paso, casi no le dan paso, las cañas, batientes.

Un pájaro amarillo, deforme, con un enorme pico, da un silbo.

Ella, alegremente, le responde con otro.

Y salta las piedras. Y se salpica. Y sale al campo. En algún lugar,
lejos, mugen las vacas; en algún lugar lejos, porque el campo está
vacío.

Pasa velozmente campo, campo, campo.

Se le cruzan las colinas. Y las baja, vélozmente.

Entonces, en el oeste y hacia el sur aparece el pinar.

Negrea el pinar en el oeste y hacia el sur.

Cuando se acerca, el viento le sale, fragante, al paso. El viento
anda enamorado y no quiere dejar el pinar.

Ella busca un árbol. El más ramoso. Lo trepa.

Se hiere. Se le deshace el moño del delantal. Pero, no encuentra nada. No hay nada. Desciende. Trepas otro. Los cabellos se le enredan en las ramas. Le arden las manos. Pero ahora sí encuentra nidos. Hay dos, grandes, juntos. Va a tender las manos; pero, se detiene. Dos palomas negras, anchas. Dos palomas de ésas que ponen huevos rojos, están vigilando. La miran fijamente, con sus ojos duros y negros. Y silban.

Ella siente como que le golpean la sangre. Sufre. Y desciende temblando. Queda al pie del árbol. Como una campánula, temblando. Pero, el viento viene, amigo, y la toca. Ella ha creído muchas veces que el viento es una niña que vive en el pinar. El viento la invita a seguir. Le muestra el sendero. Le muestra un árbol bajito. Y ella se acerca y le arranca una piña madura, y la desgarras, y la muerde.

Entonces, sale de entre los árboles, un perro. El viento dice algo y enmudece. Es un perro grande, castaño, alto. La dentadura, fina, hermosa, le relampaguea.

Pero ella ama a los perros.

Pero, es tarde. Ve en el fondo del bosque caerse el globo colorado y solo del sol. Allá en las cumbres, queda apenas un relampagueo que no va a durar mucho.

Deja el bosque. Dice adiós al viento del bosque. La silban desde sus nidos, los palomos que ponen huevos rojos.

El perro, enorme, ágil, sigue con ella.

En el campo, en las colinas, el perro salta delante de ella, ágil y enorme.

Al llegar al paso, el perro aúlla.

Alguien huye temblorosamente de entre las matas, el perro salta el paso. Ella pasa apenas. Se salpica. La castigan las cañas con sus espadas ásperas.

En el resto del camino, membrilleros enanos, y jaras, y humo.

De la chimenea negra, humo, humo, humo.

La luna ha clavado su herradura fina, de vidrio, en mitad del cielo.

La chimenea le envía humo, humo, humo.

Llega a la cocina y entra. El perro se detiene en el umbral.

A la voz de la niña se vuelve la abuela.

Y la abuela da un grito horrible.

La palabra "lobo" rompe los oídos de la niña.

La abuela enloquece y golpea enloquecida, la puerta.

Cuando puede volver a mirar, ve a la niña, caída junto a las chimeneas. Y cuando puede detener el sacudón bárbaro de sus brazos, va hacia las chimeneas. Levanta el pequeño cuerpo, que se le dobla como una campánula.

Lo oprime, lo oprime. La niña está muerta.

La oprime, la oprime. Tiene olor a ramita de pino, y a piñón.

5

Era en la edad de los pinos.

Era en el tiempo del dulce bosque.

Era al caer de la tarde.

Luces acariciantes resbalaban entre las ramas como si un pájaro rojo estuviera perdiendo la luz y estuviera perdiendo la luz.

Era a la muerte de los tulipanes calientes, de los tulipanes amaratados.

Pero, se abrían los tulipanes pálidos.

Ella giraba con giros de vals; ella iba con paso casi de vals.

Ella vio la agria uva, trepada y colgada; pero, la desdeñó, y trepó y descolgó piñones.

Y vio las glicinas, desmayarse, desmayarse, y las desdeñó y sacó tulipanes.

Era para la cena de los tulipanes; para el vals de los tulipanes.

El agua saltaba y bajaba; se hacía alta y pequeña. Vinieron las cabras desde lo hondo del bosque a beber. Las cabras con sus saltos, y su sed y su seda. Bebían, y los cuernos les quedaban rojos, y les quedaban de oro, porque la luz estaba cayendo de las ramas.

Habría que seguir a las cabras de los cuernos de oro, habría que ir a lo hondo del bosque. Habría que ir adonde no se podía ir.

Pero, siguió girando, allí no más, con su carga de piñas y pétalos.

El guardabosque vigilaba; cara enemiga y cuerpo de pana verde. Parecía un pájaro forrado de musgo verde.

Era un pájaro de musgo el guardabosque.

Salió al camino.

La noche vino ligera y caminó con ella.

La casa estaba blanca y la abuela serena y blanca. Dijo: –Las lámparas.

Las blancas, interminables lámparas. Colgaban como frutas colgadas, como frutas vacías. Y ella iba sacando a cada una, un tulipán bermejo, un piñón de luz.

Abrió la mesa, interminablemente.

Rompió las piñas en platos como de vidrio, desparramó piñones, puso pétalos.

La abuela ocupó su sitio. La caja de música del reloj daba, apenas, un vals.

El reloj iba señalando la hora de llegada para cada invitado.

Ella iba de aquí para allá en vueltas de vals.

Y llegaron,

las mujeres del norte, blancas, blancas, con ramos de menta, desde los mentales del norte; las guiaban hombres patéticos y blancos;

las mujeres del sur, con las trenzas rojas, desde los maizales del sur, desde los granados del sur, con la risa roja, risa de maíz desgranado, de granada partida y desgranada; y la gente del oeste, morada;

y la gente azul del este.

Ella venía valsando a verlos. Para los hombres, una sonrisa; tulipanes para las mujeres.

Él llegó a las doce.

Él entró a las doce, acompañando a Mirea.

Mirea entró riéndose, riéndose, con sus trenzas rojas y su risa de granada partida y desgranada.

Él valsó con Mirea, y en un giro perdió a Mirea, y valsó con la abuela, y perdió a la abuela y valsó con ella.

Danzó con ella, sobre los pétalos volados y caídos, entre las piñas desgarradas, bajo las lámparas interminables. El rostro de él, blanco y patético, bajo cada lámpara.

Ella y él, interminablemente, girando entre las lámparas.

Él bailaba otra vez con Mirea. Mirea se reía, se reía.

Ella iba sola de aquí para allá.

El reloj fue dando la hora de partida para cada invitado.
Y se iban,
las mujeres del norte, guiadas por sus hombres, a sus mentales
del norte; y las mujeres del sur, con sus trenzas locas y sus dientes
de granada, a los granados del sur;
y al oeste, la gente rosada del oeste;
y al este, la gente azul del este.
Él salió acompañando a Mirea.
Mirea se fue riendo. Mirea se fue riendo.
La abuela, blanca y serena: —Las lámparas.
Y desapareció.
Ella llegó a cada lámpara y les sacaba el tulipán de luz, el piñón
bermejo: —Hasta otro año, lámparas... Hasta otro año... Otro
año... otro año...

No siguió a la abuela. Fue afuera. Y ya estaba el alba; ya estaba
el alba.

Pinos negros y cabras blancas. Pinos negros y cabras blancas.
Quedaba una estrella, verdosa e inmóvil.
Como un pájaro que, habiendo terminado una noche mágica,
no quisiera seguir.

6

Vino a recibirla la abuela.
El sol, ultimado, granate, aflojaba las mariposas.
Volvía a entrar en la casa y como antes, dijo: —Voy por fruta.
Y trepó a la cerca y sacó cerezas y uvas. Cerezas de un rosado ar-
diente y uvas negras y azules. Las mariposas le golpeaban la mano:
las mariposas de un negro sedoso y azul, le golpeaban la mano y el
pelo y los párpados.

Algo como un ala negra batió un instante, entonces, en su san-
gre, y la crispó.

Fue hasta el hogar y la abuela jugaba a echar palomos sobre la
lumbre; palomos que una vez mordidos, daban también un lejano
gusto a uva.

Comenzó a poner ramitas a las llamas, y entonces, los duendes de la uva y la cereza, huyeron, morados, afligidos, alquemados. Los vio saltar la ventana y desaparecer a ras del pasto.

Una mariposa negra, plegada y desplegada, acompañó la cena. La abuela dijo: —Cayó la noche.

Y había caído, repentinamente. Ya andaría la luna porque empezaba a rutilar la arboleda.

La abuela hablaba de otros años. Trajo un álbum, con abuelas amarillas y paisajes de otros años.

En el jardín crujió una rama, gritó una rama. Ella, asombrada de pronto, pensó en los perros, en que no estaban los perros. (...“Tus primos, Rodolfo y Eduardo de caza...” Rodolfo con su larga mirada... y Eduardo, el de las manos morenas...)

Esta casa no se acababa. Nunca pudo contarle todas las puertas y ventanas. El viento siempre encontraba donde llamar, y abrir y cerrar, y volver a abrir.

Esta casa no se acababa. ¿Cuánta tierra habría que pasar para encontrar otra casa y otra abuela?

Y la abuela ya iba con una lámpara amarilla hacia la alcoba. Ella la siguió por un interminable pasadizo hacia la alcoba.

La lámpara quedó prendida. El sueño que entró de golpe, apretó los párpados de la abuela y le desató las manos.

Ella cayó en el diván, junto al espejo.

Una hora más tarde estaban perdidos para siempre, el sol, y las rosas, y los hombres. Sólo quedaría, para siempre, esta noche de lámpara amarilla adentro y estrellas hirviendo, afuera.

De lo hondo del pasillo le llegó una forma blanca y de hielo. Y la apresó y la fijó. Era atadura, y hielo, y muerte.

Le apresó la voz y le endureció los ojos.

Y así la sostuvo una hora. Después, le comunicó que en el espejo, que en lo hondo del espejo, estaba lo tremendo, lo terrible.

Y la irguió y la enfrentó al espejo.

Cara blanca y ojos verdes, el azogue le devolvió cara blanca y ojos verdes. Pero, cara y ojos de la otra, de la escondida, de la de medianoche, de la horrible. El espejo la devolvió bruja, y búho y diablo.

Gritó, un grito partido tres veces. Y cayó otra vez al diván. La abuela: —Niña.

Pero, la abuela surgió, apenas, del sueño: —Agua, niña. De la fuente.

Tomó el cántaro. Y abandonó la alcoba.

Sintió el acecho.

Sintió que le perdonaban la vida a través de habitaciones interminables. Sintió que se detenían para dejarla pasar. La luna quemaba y no quemaba. El viento llamaba en una puerta y huía enseguida.

Afuera, le vino, un poco la calma. Afuera, estaban la fruta y el rumor sedoso de los duendes. Las estrellas hervían; por eso, había como un lejano humo, a pesar de la luna tremenda y dorada.

Árboles y árboles hasta la fuente. El agua, al nacer, quedaba del color de la luna.

Entre volver los grifos, y emprender la vuelta, un minuto. Pero, diferente a toda la vida. Entendió que era el fin de algo, que le habían dicho el fin de algo.

Volvió con el cántaro en alto, a través de uvas, y luna, y cerezas. A través de todas las habitaciones. A través de claro y negro, de claro y negro, de vida y muerte.

La lámpara amarilla, allá en lo hondo, estaba como imantada.

Cuando llegó el cántaro se le separó de los dedos. Cayó deslizada, arrodillada sobre el agua.

La abuela ya era marfil antiguo, marfil asesinado. La abuela tenía detenido el corazón. La abuela era marfil apuñaleado, era de párpados duros y manos cerradas. Era abuela amarilla, abuela de álbum.

Se desmayaban un montón de cosas para siempre, se desmayaban, se desmayaban.

Sólo la sangre seguía viniendo, la sangre seguía viniendo. La sangre seguía. La luz daba en la sangre. La luz daba en la sangre.

Como si de golpe, y horrorosamente, hubiera decidido llegar la aurora.

La luna abrió un minuto el cielo negro. Y era una luna de blanco tenebroso, de presagio.

Ella cruzó el olivar y llegó corriendo al jardín. Las dalias con sus rostros blancos le golpearon la cintura. Saltó la ventana —la ancha y baja ventana— y cerró los postigos. El pájaro aquel que había llegado al olivar por la tarde, silbó otra vez. Ella sintió que la sangre se le volvía nieve.

¡ Pero, vinieron las voces de Roberto y la madre, llamándola. Entonces, se calmó un poco. Y fue allá. La lumbre jugaba a crecer entre rosada y azul. En el aire bailaba un perfume de almendra, de limón y de pan.

Sentóse junto a la lumbre, mirando la larga chimenea. Antes, venían a visitarla, venían a verla, desde la larga chimenea.

Antes, cuando ella decía a la madre que era hija de duende y mujer de duende, la madre lloraba; ahora, cuando lo decía a Roberto, Roberto no quería entenderla.

Después fueron hacia las habitaciones. Imágenes de mármol presidían la habitación de la madre. La madre se arrodilló a hablarles. Roberto marchó a la alcoba. Ella se detuvo un instante, y oyó el silbo del pájaro en el olivar. Entonces, pensó en un llamado. Tal vez, si ella se atreviera a desafiar el bosque enano y macabro de las dalias, si pasara los olivos, en la calleja encontraría al caballo de nieve, estaría aguardándola el corcel de nieve, que la guiara otra vez a su pueblo (al pueblo del que la habían quitado alguna vez, quien sabe por qué).

Tal vez le volviesen de nuevo, su reino.

Pero, corrió hacia Roberto. La lámpara de la alcoba era una rosa roja y malvada. Se arrodilló junto a Roberto. —Tengo miedo, Roberto. Pero, él comenzó a acariciarle las trenzas.

Entró la madre a buscarla para ir al jardín; pero, cuando salieron, la madre vio que había algo anormal en las cosas, algo anormal en el tiempo. Y se asustó y dijo: —Volvamos.

Y dentro, la miró desesperadamente. Y fue a quemar ramitos de olivo y dalias secas a las santas.

Ella corrió otra vez hacia Roberto. Se arrodilló a su lado, Roberto empezó a deshacerle las trenzas. Y la rosa de la lámpara se dobló.

Volvió del sueño por los cascos de un caballo, por el galope de un caballo en la calleja, en el olivar, en torno a la casa. Un caballo que buscaba, que llamaba, que quería llevarse algo.

Se irguió violentamente. Roberto: —Niña. Y ella pensó de nuevo: —Tengo miedo, Roberto; pero, dijo: —Es tarde, Roberto.

—Medianoche, tal vez.

—No, es tarde, tarde.

Quiso atarse las trenzas, y abandonó el lecho.

Desesperadamente, postreramente, recordó a la madre, se aferró a la madre.

Corrió por las habitaciones.

Y se detuvo junto a una mujer dormida (la luz venía plomiza, ¿de las nubes? ¿de dónde?), junto a una mujer con cara de dalia blanca y pelo de dalia negra. Pero, una mujer que ella no conocía. En un ángulo de la habitación, en el piso, retorciéndose absurdamente, pétalos iluminados.

Una voz llegó de lo hondo de las habitaciones, llamándola. Una voz que tampoco conocía, una voz humana, horrible porque era humana.

Entonces, corrió desesperada, enloquecida, a la puerta.

Cuando Roberto y la madre salieron al jardín, los recibió el silencio. El cielo se aclaraba, se aclaraba. La luna que abría blanca y de un blanco normal, miraba a los olivos y a las dalias.

Y los olivos y las dalias miraban blancamente hacia la luna.

8

Aquel verano la uva vino tan dorada que hasta en el crepúsculo se la veía brillar.

Doña Camelia, echada en la mecedora, sentía los racimos tocándole la frente y el hombro; pero olvidaba esa dulzura aguardando a Estela. En este último tiempo había estado viniendo tarde, por el sendero, alta y derecha. Como si acabara de dejar un trono.

A ella le parecía ave descendida, río bajado de la colina, nunca una mujer de trabajo en los trigos.

Había estado viniendo por el sendero, ceñida con aquella escasa tela celeste que no le cubría los pechos y le apretaba la cintura. Tenía los ojos del color de la uva, y en la carne, el claror dorado de la uva. Pasaba sin mirarla. Ella: —Estela.

Se quitaba la rōpa celeste, y volvía —desnuda— rumbo a la fuente. Iba a llevarle uva a la fuente.

Estela salía del agua, y el viento de antes de la noche, la envolvía. Estela quedaba de pie, envuelta en el viento, sin mirarla.

La recordó pequenita, cuando rompía el agua riendo y desgarraba racimos y racimos (—Madre Camelia, ¡que ya tengo la boca áspera y dulce como si fuera de uva!). Y silbando igual que un ave, despertaba a las gallinas negras que dormían en los ramajes. Las gallinas descendían, revoloteaban, y se peleaban. Ella, alguna vez, sintió un leve terror: la niña desnuda y aquellas aves negras.

Pero, ahora se había vuelto orgullosa como una espiga joven, como un cerro, como un horizonte.

Ya era noche. Doña Camelia vio que las estrellas, pesadas, caientes, maduras, querían caer. Los duendecitos empezaban sus correrías en el jardín, en la cocina, sobre los muebles, junto a los espejos. Ágiles e inofensivos como mariposas, el reloj les atraía. Treparon a él. Doña Camelia entrando los ahuyentó: No había lámpara; pero el reloj se apresuró a decirle en diez campanadas, la hora. Ella, pálida de pronto, volvió afuera. Escuchó. Sentía que la sangre le murmuraba. Al fin, apartó la vid casera, y por el arenoso camino llegó al campo. Estaba perdida. Hacía años que no pisaba ese campo. Vio, encendidos, los candelabros de las achiras. No andaba ni una sombra humana. La luna, rosada, diáfana, en mitad del cielo, era como una dalia a través de un cristal, una llama a través de un cristal. Dos o tres perros, salvajes, castaños, largos como lobos, querían morder la luna. Alargaban sus cabezas castañas hacia la luna.

Ella tuvo una visión: Estela venía corriendo con una dalia rosada (el cielo se oscurecía y fulgía la tierra) y la echaba a los perros. —Tomad, perros, que siempre pedís la luna. Y los perros peleaban por una dalia rosada.

Siguió. Llegó a los trigos. Pero, los trigos estaban solos. No quedaba nadie. Le vino un olor húmedo. A pantano, a garza, a mimbre.

Se encontraba perdida. Pasó entre arbustos y arbustos, entre sombras. Se detuvo un poco. Entonces, fue que vino el grito. Vino como a clavársele en la raíz misma de la vida. Temblando abrazó algo. (¿O habría sido una carcajada?) Ya no pudo discernir. Se mareaba, se cegaba.

Cuando volvió a ver, retomó el paso, con la sangre casi detenida. Entre sombras; escuchando y no escuchando. De golpe, un relumbre.

Y sí, era el río, inmenso y claro. Era la costa, inmensa y clara.

Vio el torso de un hombre. Un hombre que partía con su cuerpo al agua, que entre sus manos, hacía bailar el agua. Frente a él, Estela reía. Ceñida y desceñida por una escasa vestidura de agua.

Reía con una risa cristalina y profunda.

Una risa que iba volviendo para siempre otros, la tierra, el río y el cielo.

HUMO

1955

a Josefina Médicis y
Hebe Savio Médicis

Humo fue publicado en 1955; como *Poemas*, se trata de una edición de autor, aunque en este caso lleva el pie de la Imprenta Dalton Hnos. SRL., de Santa Fe, Argentina. La dedicatoria no aparece en la primera edición sino en 1971, al incluirse el libro en *Los papeles salvajes*. Cinco de los poemas de *Humo* fueron seleccionados por Juvenal Ortiz Saralegui para el número 45 de sus *Cuadernos Julio Herrera y Reissig* (Montevideo, 1956), que apareció con el título *Dos poetas* (el otro poeta era Luis Alberto Varela).

1

El perfume de las almendras era un humo dorado, una dulce alma por las habitaciones.

En torno a la mesa conversaban la abuela y la madre y las otras mujeres. Sus palabras caían como pétalos, como el golpeteo de las piñas en sazón cuando el viento sacude las altas ramas.

Salí y caminé. En una hendidura del bosque el sol se había caído, seco y sin resplandor. Era la hora en que un animal de seda, amarillo, disimuladamente, con rumor de miel, entra en el nido de las abejas y las roba.

Iban a retornar los rebaños. Las cabras altas, y las jóvenes, y los corderos. Los pastores de mis tierras usaban manto y sandalia. Y eran silenciosos. Rostros de medallones, castaños y duros, como fabricados de esa liviana madera que recubre a la almendra, a la avellana y la nuez.

Tornó de la vega mi padre y me dio voces de entrar. *

Yo me senté en una esquina olvidada de la mesa. Ellos se agruparon contando la historia del día. Mi padre dijo: Hoy murió un pastor.

Escuché atenta. La muerte aún no tenía realidad. Era una intuición, una angustia.

—Cayó de bruces, en el trecho que va desde el plantío a los lagos. Las mujeres susurraron. *

—El pastor nuevo vendrá dentro de un instante.

Caminé otra vez un poco, entre los limoneros.

Se había encendido una tremenda luna. Mi perro me seguía, blanco, a paso de fantasma. Las palomas silvestres venían a dormir toda la noche. Yo las veía allí, ováladas, acorazonadas, semejantes a limones extraños, arrullantes.

El perro me siguió hasta el cuarto. La ventana era un hueco en la enorme pared. La luna puso renegridos los árboles, primero, y después los traspasó, los empapó, los endulzó tanto, que los deshizo. La arboleda quedó blanca y leve y voló lejos. Lejísimos surgieron torres tornasoladas, iglesias de azúcar, de neblina. Se oyó un ladrido.

El negro surgió de golpe, escultural, horriblemente hermoso. Yo advertí su boca que algo tenía de un molusco lleno de purísimas perlas. Él dijo que buscaba a mi padre y que era el nuevo pastor.

Tiempo de diciembre, y no sabía adónde dirigirme. Una enfermedad dulce me ganaba de la cabeza a los pies; y aunque no me atrevía a confesarlo a nadie, sabía que eso no tenía remedio. Alguna vez intenté acercarme a mi madre; pero, ella me tocaba con una mano lejana, y se alejaba.

Había perdido la memoria de mis días. Me sentía tan vieja como la abuela y sabiendo tanto como ella; y a la vez, como un pájaro, sólo con el recuerdo de la última rama y del sol. Tiniebla y luz luchaban; nube y tierra.

Para el día de mis doce años, mi padre invitó a los parientes del otro lado de los cerros y a la familia que vivía en mitad del bosque...

Desde temprano se empezó a romper la nuez; pero, yo estaba harta de esos pequeños cráneos amarillos, de comerles el seso. Abrieron la larga mesa. Le echaron peces y uvas. Un pez grande, de cuerpo blanco y alas anaranjadas, que de algún modo parecía un ángel; y uvas negras y picantes, con gusto a vino, y blancas como de nieve, y la amarilla uva: bayas desmesuradas, rúnrunean-tes. (Estando el sol en mitad del cielo esa uva revolotea).

Los pastores fueron atraídos a la fiesta. Acamparon entre los árboles. En medio de ellos un cordero se volvía leve bajo la trenza de fuego. El vino iba de boca en boca como un pájaro mareado.

Cuando me senté a la mesa todos los visitantes me miraron. Mi madre me miró largamente y se sonrió. El almuerzo terminó como una rosa que se cerrara, girara y entrara de nuevo a su tallo. En una vuelta de aquel mareo, perdí a todos y huí entre los árboles, fugándome de todas las miradas.

El aire estaba lleno de espejos. Las cosas, vueltas dobles y triples, relucían y tornasolaban. El fantasma de cada cosa ya liberado, andaba sin rumbo. El perro gemía al pisar la arena. Crecía una hierba roja, una vegetación de fuego.

El aire de la huerta nos dio algún amparo. Pero el perro se asustó de los ajíes que estaban colgados en sus pequeñas ramas, dia-

blejos picantes, prontos a saltar. Y estaban las calabazas también, doradas, rosadas; pero, cerradas, espesas; habría que prenderles un cirio dentro y tornarlas lúcidas, volverlas lámparas.

El negro llegó sin rumor, sin pasos. No entendí sus palabras. No tenían sentido. Sentí su voz. Voz de pana, de pantera, resbalaba, acechaba.

Por el aire lleno de vidrios no podía huir. No se sabía dónde estaban las cosas. Entonces, grité al perro.

Saltó, sombra blanca sobre la estatua negra.

Y los días se volvieron tortuosos, se retorcían; descenderlos era horrible. En un costado de la casa salieron dalias; pero, el viento las resecoó enseguida; y yo oía de noche el golpe de sus cabezas espantosas.

Mi mal se agudizó y, además, sentía el acecho.

Me dio por encerrarme, pero, las cuatro paredes era una ostra y yo tenía que caminar, y volar.

Entonces, mi padre dijo que habían comenzado las ferias y ordenó a los pastores partir con los rebaños. Se fueron los altos animales de fina lana y lunas secas. Sólo quedaron las cabras jóvenes y las corderas, al cuidado del pastor negro. Él había levantado cabaña tras de los árboles.

Partió mi padre. Y las mujeres —como de costumbre— lo acompañaron. Ellas, una mañana en un carruaje ligero como un trineo, volviendo un instante apenas, hacia la casa, sus caras de magnolia. Sólo quedó la abuela.

Yo me desesperé. De noche recorría las habitaciones, parándome junto a los armarios para escuchar la fragancia de la ropa vieja, de la albahaca y el clavo de olor. Buscaba a la abuela; dormía ya, junto a un cirio prendido y a una mariposa que no cesaba de volar.

El viento hacía resonar las dalias como campanas secas. A veces, salía seguida por el perro y recorría los árboles, paso a paso. Pero, de pronto, recordaba que me perseguían, que me acechaban y volvía a encerrarme. Aquella noche pasé las habitaciones; me detuve junto a los armarios, llamé a la albahaca. Vi a la abuela durmiendo con sus cirios y sus mariposas. Torné. En el campanario de las dalias dio la una.

Y casi enseguida, un ladrido, martirizado, destrozado. Me abalancé. El perro estaba muriendo sobre un manchón de sangre. El

negro saltó adentro. Volví tres pasos entre helada y despierta. Entendí que el grito era una región a la que no iba a llegar jamás. El negro me tenía del brazo y me arrojó entre las almohadas. Cayó mi blusa. Entonces; él se detuvo riendo. Una risa que llenó de panteras la habitación, y salió.

Alguna vez iba a la huerta; pero, el tiempo estaba horrible, el aire lleno de espejos. Los ajés ardían como diablos.

Ahora, yo aguardaba la última estrella y la primera, y espiaba el paso de los corderos al irse y al volver.

De noche, el reloj de las dalias atrasaba. La luna había comenzado a menguar, a ovalarse; almendra refulgente con extrañas imágenes. Si me quedaba inmóvil oía al viento desesperante siguiendo a las nubes en los cerros; si intentaba un paso, los espejos me seguían. Era una terrible angustia. Me sentía como atravesada de espinas. Espinas jóvenes y duras. Pero a la vez con un lejano rumor dulce, que yo escuchaba ansiosa. Y una noche el aire quedó sombrío. Salí. Caminé en torno a la casa. Las palomas cambiaban arrullos. La luna estaba arriba de los árboles, vuelta oscura piña, y los tenebrosos piñones se le iban a desgranar.

Pero, las sombras de los limoneros eran delgadas, daban paso. Detrás estaba la cabaña, vívida, nueva, entrecerrada. Yo posé una mano; dentro, la lámpara ardía. El negro dijo mi nombre nítidamente, como algo ya tenido, ya logrado.

Cuando pasé el umbral la sombra de los árboles se tornó más espesa.

...En el alba la abuela echaba almendras y café en unos vasos de loza. Yo fui a sentarme a su lado.

Vi que el aire del este estaba quedando rojo, y amarillo, y que crecía en desmesuradas llamas.

La abuela hablaba apenas.

Yo sollocé.

Entonces, ella me tomó la mano.

Pero, ya estaba abierta la puerta del infierno.

La fruta del bosque —aquella del corazón rojo— era una mujer joven y madura, ascendida por un río de almíbar, y a quien un hombre de miel cortejaba.

Verónica iba a la orilla del bosque a buscar de aquella fruta. A la orilla, porque tenía terror a la maraña. Allí mismo le llegaba, a veces, súbitamente, una inexplicable risa. Como de alguien que no estuviera presente. Como si se estuvieran riendo dentro de un espejo.

Pero, el tiempo dulce había pasado. Ahora, estaba de pie en la cabaña, recordándolo. Intentó hacer memoria de otras cosas; pero, su vida mirada hacia atrás, casi no tenía hechos; era viajar por un país de humo. En un tiempo ya remoto la madre se había juntado a la ronda de los ángeles. Volvió alguna vez, de noche, a prender las lámparas, sonriendo, pero sin responderle y sin mirarla. Después, eso también pasó.

El padre se parecía a un lobo. Lo advirtió apenas empezó a andar por la tierra. Tenía la piel seca y castaña pegada a los huesos y el pelo lleno de nieve. Un lobo cruza la aldea durante la nevada. Cazaba zorros en el bosque, mataba. Eso decían. Y sí, allí estaban los zorros, vacíos, colgados uno detrás de otro, las bellas colas y los ojos como marcas. Todos los caminos perdidos y todos los bosques. Si entraba una ráfaga ellos trotaban un poco en ese pequeño camino de aire que tenían ahora.

Verónica sabía que la cacería se había vuelto casi insufrible. Él vendría con las manos cargadas o vacías si había visitado las ventas del bosque o la gente aquella que tenía puesta feria en la nieve. Mejor que no trajera más sangre.

Miró el tiempo. Desde el mediodía nevaba. La nieve caía extrañamente, sesgada, volando un poco. Las gentes del aire estarían liberando mariposas.

A las cinco resonaron las campanas de la nieve. Cualquiera que no estuviera en gran bullicio las oiría. Y Verónica tenía tiempo de sobra para oír.

A las cinco resonaron las campanas de la nieve.

Seres menuditos, tenues, cubiertos de piel, corrieron entonces, en todas direcciones, pero dentro no hacía mucho frío. Entraron las ocas. Les echó avellanas. Un gran tronco atravesaba el hogar. A grandes lenguas intentó comerlo el fuego, primero, inútilmente; luego, se tornó fino fuego, lento, de siete colores, desplegado, como un arco iris.

Verónica sintió que el terror se le hacía insoportable.

Pensó en salir, en irse. El cerero vivía en lo hondo del valle. Iría allá con el pretexto de comprar ciríos. El cerero era un viejo borracho. Le daría una copa de vino. Y habría otros parroquianos también. Esa gente extraña que aparece con la nieve y se disipa luego. Podría quedarse allá, hasta que pasara la nevada, hasta que...

Tomó su manto y salió. Pero las ocas la persiguieron con los picos entreabiertos y un poco alucinadas; las ahuyentó, inútilmente.

Anduvo un largo trecho sin rumbo. Al fin supo que el valle estaba muy lejos y que nunca iría allá. Andando encontró una casa y luego otra. De ellas, sólo se advertían los ojos. Dos o tres ojos. Redondos, amarillos. Espió. Dentro crepitanaban castañas y niños y ángeles.

Un animal le tiró del manto. Parecía un zorro, pero, la cabeza era pequeña y crespas como una rosa. Entonces, resolvió volver.

...Vino a grandes pasos orillando el bosque. Había visitado las ventas y la gente aquella que tenía puesta feria en la nieve.

Al divisarlo las ocas volaron espantadas.

Ella estaba de pie, inmóvil, junto al fuego. Un fuego fino, lento, de arco iris. Él saltó y le mordió el corazón.

3

Estábamos después del bosque mirando las torres mareadas de Santa Amelia. Mi hermano Leandro cazaba a lo largo del camino, animales de cabezas pequeñas y crespas como rosas.

Venía el crepúsculo, y los pájaros que tornaban a sus nidos mataban a picotazos a las hadas viejas, y las hadas jóvenes erguían entre hierbas y raíces secas, sus largos talles y sus cálices ardientes.

Verónica, la mujer de Leandro, se bañaba en el río; un baño extático, de garza. Después, vino a arrodillarse a mi lado. Era una

pequeña niña de bucles negros y senos de grosella. Se quedó escuchando atentamente, como quien persigue un rumor lejano. Lejos, los molinos aún movían sus libélulas. Había gladiolos, con las varas todo llenas de ángeles, ángeles blancos y rosados. Aún era verano. Aún las torres de Santa Amelia quemaban con el sol, perfumaban, eran de almíbar. Las arañas tejían en torno de ellas una tela interminable, y libélulas finas –virutas de brasa, virutas de coral– venían a morir allí, y mariposas escuálidas, y negras mariposas con una fecha amarilla en las alas y mariposas secas y verdepálidas y con perfume a limón; y las hadas caían allí, y antes de liberarse perdían sus pétalos; uno llegó una vez a mi habitación: era caliente y liviano como una luz. De noche, aún venían ráfagas de perfume –en algún lado harían fogatas de flores– y se sentía una presión tenue como si un escuadrón de diamelas sitiara la casa. Los perros ladraban en los cuatro rumbos. Este, oeste, norte, sur. Si había luna, los caminos era blancos; pasaban los ladrones llevando sus tropas robadas. Por el puente, iban chirriando los carros guiados por hombres casi muertos; seguían por la tierra escarpada y proseguían en el cielo. Y debajo del puente estaban las plantas de vida casi animal. Era un vértigo hundirse en el agua, tornarse una rama verde, un ala de pez, un poquito de nácar. Pero, se volvía y por el camino fisgoneaban los animales de cabezas pequeñas y crespas como rosas.

Miré a Verónica. Oscureció de pronto. Las estrellas se volvieron enormes y empezaron a quemarse unas a otras; pero, el fondo del cielo estaba negro; parecía un funeral fantástico. La luna llevaba un cadáver sutil. ¿Habría muerto Dios?

A lo largo del camino, lejanamente, finamente, percibíase el fantasma de la nieve, el aroma de la nieve.

A lo largo del camino se acercó mi hermano y rodeó los hombros de Verónica.

De noche aún venían invitados a Santa Amelia. Hombres y mujeres. Sobre todo mujeres de largas sayas blancas. Verónica ponía crisantemas en los vasos y revoloteaba entre ellas. Leandro las cortejaba un poco. Yo permanecía de rodillas junto al fuego. Allí, viejas de humo sacaban esmeraldas y rubíes. Rezaban rosarios rojos y rosarios verdes.

Pero, el fuego era también una guitarra de canciones roncadas y dulces. A la medianoche algo se rompía. Las mujeres se ponían de pie, ya lívidos sus vestidos. Las crisantemas vueltas arañas, empezaban a bajarse de los vasos. Nadie había dicho nada; pero, todos habían sentido una voz diciendo algo horrible, algo como: “En mitad del bosque están quemando viva a una gacéla”.

Vino la nieve, de súbito, un día: el río se endureció. Volaron los trineos. Lejos, aullaban los renos y el viento y los hombres. Salieron tulipanes —los escasos tulipanes de la nieve— rojos, rosados, espesos, parecían peces; había quien los devoraba. La vieja Elba vino a nuestra puerta; su trineo tenía un solo perro de largas sedas negras; vendía hongos y líquenes. Entró al jardín y rompió unas flores. Desde las altas ventanas, le gritábamos: —¡Bruja! Y al instante la oíamos sollozar ya lejos, por el camino.

Mi hermano se iba con sus trampas y cuando regresaba, a la noche, yo estaba de rodillas junto al fuego; pero, me ponía de pie al verlo y colocaba sobre el mantel tres licoreras rojas —el fuego las hacía bailar trágicamente— y setas rosadas y abiertas como flores, y tulipanes asados; pero, él besaba los bucles negros de su mujer, le besaba los senos de peras salvajes e iban a su aposento.

Mi amor por él había sido hasta entonces un ala herida, un pequeño vidrio clavado en mi carne; pero, ahora ya era gladiolo del verano, todo visitado por ángeles que nunca más se irían, armíño a la vez feroz y dulce, fogata de almendras y de espinas. Por lograrlo, volvía a antes de Verónica, al tiempo de nuestra madre, a la niñez; sacaba canciones de aquel tiempo y se las decía en silencio. Besaba el humo, las paredes, los recuerdos y el porvenir, por besarlo, y me besaba a mí misma. Cada golpe de mi corazón decía “Leandro”.

A la mañana iba a despertar a Verónica ya sola entre sus pieles. Le decía: —Está nevando. Mira cómo nieva. Leandro se va a morir en la nieve. Pero ella reía con una risa de cristales menudos que quitaba sentido a todas las palabras.

Comencé a esperar a Leandro al anoecer en el estrecho pasillo. Me apretaba a sus brazos; pero él me besaba apenas, y buscaba

a Verónica y le besaba los bucles negros y los senos de rosas salvajes. Sobre el mantel las tres licoreras bailaban una danza de muerte. A veces, oíamos a los osos jugar tras las ventanas. A veces, sacábamos las lámparas, y los veíamos toparse torpe y dulcemente. A veces, venían zorras hambrientas y roían un costado de la casa; una vez llegó un lobo y estuvo aullando toda la noche.

Por la mañana fui a llamar a Verónica y le dije: —Dejé abierto el pasillo. Ha entrado el lobo. Pero, ella rió, con su risa de cristal irrompible.

Y un día caía sobre otro; Leandro volvía y se iba; la nieve abría un poco o se cerraba. A la tarde, todo parecía aclarar. Pasaban los ángeles en sus trineos de seda; a veces, perdían alguna pluma, pero, cuando la íbamos a alcanzar ya se había deshecho.

A veces entrábamos al granero. Las nueces y las ratas vivían allí. Murmuraban las nueces, corrían las ratas. Un animal negro, de cola y cuernos, y ojos de diamante, estaba sentado allí. Hacía tiempo que se introducía en la casa. Yo tomaba la mano a Verónica y huíamos temblando por los pasillos. Nunca dijimos nada a nadie de esto, ni a Leandro, porque hubiera parecido mentira.

Un día la nieve se abrió un poco. Salieron tulipanes. Dije a Verónica que había que ir a cortar tulipanes. Salimos en nuestros pequeños trineos. Los perros volaban. Nos cruzamos con Elba. Dimos una larga vuelta; sacamos algún tulipán. Anochecía.

Verónica quiso volver. Le dije que teníamos que jugar carreras con los ángeles; pero, ese día los ángeles jugaron lejos, cerca del sol; apenas los veíamos.

Empezó a caer nieve; los copos eran finos, cerrados, parecían diamelas frías. Las torres de Santa Amelia se marearon y se borraron. Verónica quiso volver. Los árboles iban quedando raros, blancos, como animales, como osos erguidos en dos patas; desaparecieron los caminos, se perdieron los rumbos. Los perros estaban casi inmóviles. Verónica me miró. Yo estaba erguida bajo el manto, inmóvil. No sé si empezó a comprender; cayó doblada y dijo sólo: —Tengo frío. La nieve caía, las diamelas caían en lluvia cada vez más espesa. La noche cerró del todo. Verónica empezó a sollozar, un sollozo de niña, largo, empecinado. Yo me estremecí. Fue como si una hija mía, perdida desde mucho tiempo, muerta, no nacida nunca, me estuviera llamando.

Entonces grité, azucé a los perros, hallé el rumbo de Santa Amelia.

La eché sobre el lecho, le quité el manto y la nieve. Partí las tres licoreras rojas; prendí un gran fuego, quemé almendras. Ella seguía inmóvil; su silencio era ya infinito.

...Vino la primavera, no sé cómo, volvió la primavera. Florecieron los árboles; Santa Amelia desnudó sus torres; volvieron las arañas, morían las libélulas; las hadas perdían los pétalos. Pero, yo peiné mis trenzas, acomodé mis sayas y abandoné la casa. Leandro me seguía. Pasamos el jardín y el resto de nieve y la vera del río; fugazmente mirando, hacia delante, pasamos el bosque. Los pájaros mataban a picotazos a las hadas viejas, y las jóvenes erguían entre los hierbajos y las raíces secas, sus cálices ardientes. Siguiendo a lo largo del camino, cayó un día y otro día, caían noches y cayó otro día. Una tarde al crepúsculo, nos detuvimos. Santa Amelia se me quedó como una estampa con sus torres y su nieve y su brujería. La estaba mirando, cuando vino una fuerte ráfaga y me la llevó de entre los dedos. Entonces dije: Leandro. Y él pronunció mi nombre, y me tomó las manos. El camino proseguía. Los árboles golpeaban sus cabezas de oro.

4

Quién iba a decir que el túnel terminaba en la estrella, que la tarde estaba ya bajando hacia la noche. Pero, así ocurría. Al descender en la estación vi todo allí distinto. Un aire de nebulas encendidas me anegó. Palacios increíbles surgían y se hundían a cada instante. Las mariposas nacían del aire. Amarillas, negras, siniestras. Parecían antifaces volados de los muertos, demonios, calaveras sutiles.

Caminé. Las flores interceptaban los senderos. La casa de Marcos era una construcción de leve madera en medio de las flores. Llamé apenas: —Vengo a visitarte, Marcos.

Él abrió una estrecha ventana, me recibió riéndose, espantó a las mariposas. Como anohecía, la hija de Marcos vino trayendo una lámpara. Yo me emocioné; sentí que una mano me apresaba el corazón. Ella dejó la luz y quedó inmóvil en medio del aposento.

Su belleza conmovía, casi increíble, casi sagrada. Invocaba torres y cipreses. Lucía como una flor, como un medallón de miel. Yo sentía sus pulsos fragantes, su sangre casi aflorando, su sangre leve y potente y prodigiosa.

Me enamoré de súbito. Con un loco amor, profundo, infinito, total.

Por la noche quedé sola en la alcoba. Las paredes susurraban porque las ardillas y la luna del viejo bosque todavía vivían allí. Aventuras sedosas, guerras de porcelana, se libraban a cada instante en aquella madera. Pero yo escuchaba apenas. Afuera, los árboles ardían. Pero, yo lo veía apenas.

Una sola imagen única, dorada, reinaba en mi habitación.

A la mañana salí a vagar por los senderos. Las flores eran blancas. Las camelias echaban perlas.

Ella bajó tocando apenas los escalones. Vagaba por los senderos lejos de mí. Después, se acercó. Su sangre incitaba a las mariposas, las llamaba. Su sangre de río de flores, de río de frutas. La llamé; percibí una presencia de bosque, de granada. Le tomé la mano; la sentí latir. Vivía a golpes de menta y de almíbar.

Le dije que quería conocer el río. Fuimos por un aire tenue, glorioso. Andaba unos pasos delante de mí.

Una y otra vez, huyeron animales de cabelleras azules, tratando de ocultar sus rostros casi humanos.

La costa estaba calma. A la sombra de las bahías se refugiaban las naves piratas, las que traían cargamento de nieve, las que se llevaban las camelias. Así vi una nave, tenue, con una sola vela blanca; como una muerta que volviera; como una mariposa bajada de Dios.

Ella se sentó entre las rocas, yo me arrodillé a su lado. En su contorno, el aire tomaba actitud de estambre. Le dije: —Niña, tienes los huesos de miel.

Y volviendo por el sendero insistía: —Niña, corazón, reina mía.

Al atardecer sentía miedo. Se había dado cuenta que las mariposas le asediaban y huía a encerrarse. Yo permanecía un rato largo, de pie, en mi aposento sin luz.

Mujeres de largo velo caminaban entre los árboles; monjas de miel, de dátíl, ardían castamente durante toda la noche.

A veces, yo llegaba hasta su alcoba. Ella estaba echada en el lecho, ya dormida; el pelo en un río lacio tocando el suelo.

Me inclinaba. Le decía: —Quiero que te vuelvas pequeñita, que quepas en una medalla, en un coral, para llevarte siempre conmigo.

Y otras veces: —Tu carne es de dulce. Y decía los nombres más hermosos: —Seda, diamela, granada, dátil, reina.

Ella abría los ojos, pero, permanecía impassible. Yo iba a llorar silenciosamente en una esquina de la habitación. Y algunas noches todo se volvía extraño; mi alcoba se llenaba de alaridos, porque las ardiellas arañaban a la luna que gemía sin defenderse. El viento hacía huir, locos de terror, a los ladrones de flores. Llegaba una fragancia de dáfiles sacrificados; torres azules venían al suelo; ángeles con el sexo de diamela buscaban los rumbos del infinito...

Al volver del río un día, en el crepúsculo, vi a las mariposas acechando la casa. Amarillas, negras, como caras de muertos, como demonios. Ella huía a encerrarse. Quería huir, entrar en los espejos. Al rumor de mis pasos se volvió. Vi su cara ardiendo, su cara como una flor. Entonces, me entró una loca furia, una dulce furia y me abalancé a abrazarla, a besarla. Le decía: —Déjame escuchar tu corazón. Tiene rumor a pino. Pero, ella quiso desasirse, huir. Entonces le mordí los hombros, el pecho, los brazos —rasgué un tejido lunar— y las granadas empezaron a rodar al suelo, musicales, fugaces. Se conmovieron las mariposas. Gritó un poco, intentó correr. Pero, giró, giró; en un giro de final de danza, en un giro de vértigo, y cayó al suelo.

Y las mariposas, la asediaron, la martirizaron, y se la bebieron desesperadamente.

5

Deja tu comarca entre las fieras y los lirios. Y ven a mí esta noche oh, mi amado, monstruo de almíbar, novio de tulipán, asesino de hojas dulces. Así, aquella noche lo clamaba yo, de portal en portal, junto a la pared pálida como un hueso, todo llena de un miedo irisado y de un oscuro amor. Ya era la edad en que las

abuelas habían retrocedido a morádas de subtierra y sólo sus almas perduraban encadenadas a las lámparas estremeciendo mariposas verdes y amarillas a la hora de los fuegos y los rezos: ¡Oh, mi amor! —lo clamaba yo, de puerta en puerta, de muro en muro— perdí mis trenzas, estoy desnuda, se cayó el sándalo de los medallones, la luna paró sobre las chimeneas su trineo de coral. Y no vienes, hombre, rosa, crimen, corazón. Voy a quebrar las almendras, a comer alabastro amargo. Voy a matar los panales. Me has hecho imaginar inútilmente tus médulas de sándalo, tu corazón de fuego. Ahora, reirán de mí las muertas que se acuerdan de tu amor. Así mentía yo, abrazada a su melena de oro, a su terrible miel. Él hablaba una lengua casi inteligible; pero, un rocío voraz, una lepra de flores, le terminaba el rostro. Y dentro estaban el azúcar y las cruces y los espejos con olor a jacintos. Nos acercamos a la mesa. Las abuelas renacieron en las lámparas. Le dije que iba a guardarlo, que iba a besarlo, que iba a guardar su corazón entre las piñas y los licores y las medallas. Otra vez jardín y sombras y columnas rotas y los cisnes serios como hombres. Empecé a matarlo. Porque no digas mi amor a nadie —a entreabrirle los pétalos del pecho, a sacarle el corazón. Él se apoyó en mi brazo, le latía con locura el almíbar de los dedos. Empezó a morir. Cerca del bosque empezó a morir. Rompí a llorar. Voy a matar los panales; voy a quebrar las almendras, a comer alabastro amargo. Su muerte siguió a lo largo del bosque. Quise recogerla en mi saya, reunir la en mis brazos, abrazarla. Voy a tener hijos de almíbar y de pétalos y no podrán besarte, oh, mi novio de miel, mi tulipán. Lloraba desesperadamente. Quería juntar los pétalos, reconstruir la miel, sacarlo de la muerte, ganarlo para siempre, que no tuviera fin este poema.

6

Azarías, el mercader, se había ido lejos.

Y su hija, la niña Ágata, con las pupilas muy abiertas espía la oscuridad, la desgarrada oscuridad, porque ya la luna tenía puestos sobre los árboles sus huesos esplendorosos. Y dentro, las

ardillas de colas vaporosas, jugaban a barajar avellanas y a llamar a las que vivían en el espejo, arrimándose tanto hasta besarse. Y el reloj cambiaba de sitio. Estuvo escuchándolo y lo sintió latir aquí y allá... A esa hora su padre iría de oeste a norte —por aquella carretera que ella había visitado alguna vez y que recordaba vagamente—, de oeste a norte, entre las casas de picos rojos y picos blancos... Casi le pareció oír el paso largo del camello y entrevió la seda, roja, azul, morada. Un arco iris filoso le quemó los párpados. Los gansos gimieron. Tembló un poco. Se incorporó. El corazón le lastimaba el pecho. Le había afluído demasiada sangre y quería abrirsele. Lo imaginó como una fresa desmesurada. Se puso en pie. Venía una melodía. En un oscuro rincón, en un zaguán oculto, en una de esas casitas de debajo de la tierra que asoman, de vez en cuando, fugazmente, el agudo techado, en un pueblecito florecido en el espesor de las paredes, algún viejo ratón artista haría sonar su flauta... Era la hora en que ocurre lo inverosímil. La hora en que los vampiros fuman varas de nardo; y dos gacelas blancas, dulces, corren en torno a la casa en una vuelta de pesadilla, en una vuelta interminable. Las oyó nítidamente; pero, no felicidad, sino miedo, le trajó el rumor de sus patas de azúcar.

Caminó un poco. Los pequeños zorros perdieron las avellanas y huyeron espantados. Se sosegó el reloj.

La madre hablaba: “¿Estás de pie, pequeña Ágata?” “Sí, madre, sólo voy a entrecerrar las ventanas”. Pero, fue hasta el salón silenciosamente. Los cirios seguían de guardia, aunque las imágenes habían huido. Los cirios, ya deformes, como moluscos rotos derramando la carne nacarada... Ahora, su padre estaría bebiendo vino en la taberna de los dragones —los dragones encaramados a la puerta— y echando los naipes, junto a dos hombres de largas barbas y velos largos. Y después... seguiría por el camino de oeste a norte, entre las casas de...

Encendió la lámpara; casi inexplicablemente se prendió la lámpara. Volvieron las abuelas arrebuajadas como vírgenes. La lámpara floreció enseguida, como un lirio, como un clavel, como un tulipán. Pero, las cosas existían apenas, levemente, a media vida, a todo humo. Pulularon las flores.

Apagó cirios y lámpara. La luna tenía esparcidos por todos lados sus huesecitos con incrustaciones de perlas y vestigios de sangre —una sangre tan pálida y dulce que parecía miel— y los gansos las picoteaban ansiosamente. El ruido de los picos le produjo horror.

...En ese instante el asesino salió de las sombras —usaba larga barba y velo largo— y cayó sobre Azarías el mercader, y lo mató. Gimió el camello. Se estremeció la seda.

En ese instante, los gansos volaron arriba de la luna; plateados y terribles, gritaban hacia el infinito.

Ella estaba en el umbral y dio un grito.

La madre asomó a la ventana.

Ella entró y pasó corriendo junto a la madre, despavorida, y dijo: Lo han matado.

Y corrió a su alcoba y se echó en el lecho junto a las ardillas y a las avellanas, y quedó inmóvil. Por horas y horas y horas, hasta el momento en que una voz llamó a la puerta; para avisar que lo habían matado.

7

Aquella noche única, perdida ya en lo hondo de los tiempos; pero, que aún vive y atrae como una turquesa única, como un talismán. Cuando vinieron nubes aromañas desde lejanos cielos y querían despegar la casa y llevarse los árboles; cuando todos decían que en la alcoba había un cadáver irisado y expuesto, un hermoso cadáver, y todos comentaban en voz baja con misterio y admiración; y las voces subían hacia las nubes, y los pequeños gritos. “¡Han matado a un ángel!” “¡Cerca de las riberas han dado caza a un ángel!” Y yo fui a buscar a mi armiño, a mi blanco compañero, y él abandonó su palacio todo tamizado de corazones de almendras, y puso entre las mías su mano diáfana, y fuimos a escudriñar los limones y las flores con olor frutal: oleafragas y fresias y magnolias y fuimos a espigar el cadáver. Era como un hombre de nácar, como un gran pez de carne tenue y luminosa, un ángel asesinado. Y nos dio miedo. Y huimos de puntillas. Y huimos hacia el hogar, hacia los fuegos.

Y las viejas decían que ellas estaban entre el río y las higueras y que habían visto cuando dieron muerte al ángel; y murmuraban entre sí; pero, al vernos se callaron. Y las viejas miraban a mi amado compañero, codiciosas. Bajo la blanca piel le adivinaban las vértebras de fresias, el amor como una viva llaga, el corazón infinito.

Y esa noche las frutas estaban preñadas de flores. Apenas tocados, los higos entregaban la interior clavelina.

Y salimos, y otra vez las nubes largas y aromadas dejando caer bichitos de nácar y desconocidas flores. Y otra vez los limones y las fresias y magnolias y oleafragas. Los árboles suaves y ardientes, ardiendo y perfumando, en una cruz de hoguera y óleo.

Y mi amado compañero posó sus uñas en mi venas, sus uñas como alfileres de coral. Y entramos de nuevo por las salas. Y quise mostrarle los calendarios de oro y las uvas muertas y las cajitas de música.

Pero, él pedía extrañas cosas, había inventado extrañas cosas y miraba locamente con sus ojos azules, plateados, infinitos. Le dije que se callara, que habían matado a un ángel, que había que traer flores y ponerse a llorar, y salí horrorizada, y entre las nubes y los árboles, me encontré a mis hermanas, y ellas dijeron que había que traer flores y ponerse a llorar.

Y yo, –“Oh, mi armiño, déjame, mi armiño, mi blanco compañero”.

Pero, él había descubierto ya, la frase de fuego, los tenebrosos ritos.

Aquella noche única, perdida ya en lo hondo de los tiempos, pero, siempre viva y brillante, como un astro, como un imán.

Quando vinieron nubes aromadas desde lejanos cielos.

Quando entre el río y las riberas dieron muerte a un ángel.

Quando se enamoró el amor.

8

Para revivir la edad anaranjada, hay que convocar a todos los testigos, a los que sufrieron, a los que se reían, y también al más pequeño y al que estaba más lejos.

Hay que reencender a las abuelas; que vengan con sus grandes cruces de canela a cuestras y bien clavadas con aquellos largos clavos aromáticos, como cuando vivían alrededor del fuego y del almíbar.

Hay que interrogar al alhelí y acosarlo a preguntas, no vaya a perderse algún detalle morado.

Hay que hablar con la mariposa, seriamente, y con los gallos salvajes de bronca voz y grandes uñas de plata.

Y que vengan las verónicas de entonces, las pálidas verónicas –errantes entre las flores y los árboles y el humo– que devuelvan el rostro del azúcar, el retrato de los higos.

Y mandar aviso a las glicinas para que traigan su vieja actitud de uva. Y a la populosa granada, y a la procesión de las yucas, y al guardián de los nísperos, amarillento y odioso, y a mi cabellera de entonces, todo llena de brujas y planetas, y a las cabañas errantes, y al ángel de los cerros, el de las amatistas –con un ala rosada y la otra azul– y a los azahares del limón, grandes como nardos.

Y que vengan todas las cajas de papel de plata, y todas las botellas de colores, y también las llaves y los abanicos, y el pastel de Navidad parado en sus zancos de cerezas.

Para revivir la edad anaranjada, hay que no olvidar a nadie, y hay que llamar a todos. Y sobre todo al señor humo, que es el más serio y el más tenue y el más amado.

Y hay que invitar a Dios.

9

Dicen que es cierto y que no hay duda; y hasta escriben en un papel blanco el número de tu muerte, como si tu muerte se pudiera atrapar de algún modo.

Y yo evoco a las mujeres de cabelleras fabulosas –cabelleras de “bellas josefinas” y jacintos– de cintura diminuta y mirada interminable, que descendieron del aire como buitres y volaron y volaron y volaron, describiendo círculos sobre tu muerte.

Y yo, quieta, miraba un sol de lluvia resbalar entre las mansas lloviznas.

Y los moluscos fúnebres cumplían gris y piadosamente su recorrido.

Y daban miedo las ranas porque decían lo mismo y siempre lo mismo y no se sabía qué era.

Y de lejos, venían llantos inauditos, como si estuvieran martirizando criaturas recién nacidas.

Me acuerdo de las plumas y de las azucenas y de la tierra cavada.

Y de mí, inmóvil, perdida entre la lluvia, esperando que se desgarrara el cielo y asomaran los santos, que alguien, surgiendo entre las flores, dijese que era mentira; que una milagroña cigüeña te hiciera nacer de nuevo.

10

Un ratón de fina plata, uno de esos animalitos blancos y menudos que viven cerca de los tarros de azúcar, de los frascos de licor, volando sobre su esquí de almendra; nos guiará a la ciudad antigua, al viejo país del que un día partimos tú y yo.

Y entonces, será el reencuentro con lo que más amamos. Los cantos del reloj, las torres de cristal. Y vendrá gente de otro tiempo a mirarnos asombrada: los viejos que cultivaban mariposas, todos tamizados de un fino polvo amarillo...

Y las zorras de la nieve, de aguda cara y entendimiento agudo, dirán historias mentirosas, y tú las desmentirás riendo. Y entre niños fugaces y las campanillas inquietas de los trineos y mariposas grandes como pájaros, te enamorarás de una alta niña alada con las pupilas como dos grajeas azules, como dos perlas; y yo huiré entre el muérdago y el cristal llamando a mis novios de antes, a mis amigos del bosque —ya no recuerdo si renos o muchachos.

Y será la fiesta con el pan hirviendo, bien henchido de nueces y margaritas y el vino enfriado con un terrón de nieve, con un terrón de miedo —porque los lobos acechan y el muérdago es oscuro— y el ardiente vino que se encrespa como una rosa y se eleva alto y esbelto como una vara de alhelí.

E iremos a rezar a las iglesias —las iglesias con las torres ya que-

bradas entre los nísperos y los durazneros. Helado el óleo y las vírgenes heladas.

...Y por la orilla del bosque después a mirar los pequeños cadáveres nacarados, hacia los que tienden ansiosas las raíces del ciprés, las leves muchachas desgarradas, mostrando sus entrañas de frutilla y ópalo, sus trenzas color fiebre, sus manos... Y las altas muertas, de largos huesos transparentes nimbados aún por el alma como por una nube.

Y nuestra madre riendo, riendo, con su risa inquieta como las campanas de los trineos, su risa que endulzaba las altas medallas de cristal, los nísperos encerrados en las licoreras, el corazón de los lobos...

Vamos a dejar esta tierra amarga para siempre.

Vamos a volver al leve país en que nacimos.

11

Te me has ido de otoño y de noviembre.

De este jubiloso otoño te me has ido y de aquella primavera violenta y triste.

¿Por qué abandonaste tu castillo entre los robles y las lilas, entre cedros y colmenas, y los ocultos nidos donde venían a guardar sus huevos los pájaros del campo? —sus huevos plateados y azules y celestes y los blancos huevecitos más frágiles y valiosos que los capullos de la rosa, que la porcelana y que las perlas.

¿Por qué has dejado lo que más querías, lo que era más tuyo? La vid de serpiente azucarada, el batallón de los lirios —todos de blanco albornoz y cimitarra aguda, y el rocío de suntuoso altar.

¿Dónde van tus pasos ahora, tus alas y tu tenue aleteo?

¿Dónde prendes tus cirios con sabor a miel, tu manzana de dulce, tus mariposas con grajeas en el ala?, oh, mi irisada muchacha, mi amiga pequeña, mi misteriosa hija, crecida en la madera del bosque, en una hoja de muérdago, en un aire de Navidad.

Día de abril, como una niña de pie –sin saber adónde dirigirse, hacia dónde caminar– entre los durazneros oscuros y las begonias de plata.

Y un ánade maligno guía equivocadamente, malignamente, las sabrosas nubes color fresa, color ciruela, bien cargadas de perfumes y pájaros.

Y el té bulle su sangre tenue y roja y castaña dentro de las tazas frágiles como mariposas, las tazas de leve carnazón, de magnolia rígida y leve.

Y en el hogar, quiere abarcar todo el hogar y huir por la chimenea, y caer y retorcerse y seguir siempre así, un rosal indomable y furioso.

Y reloj adentro, músicas guerreras, clarines de otro tiempo, llaman otra vez a ciervos y cazadores a los bosques de la vida.

Y el jardín es una comarca por la que nunca íbamos y todo llena de hallazgos; viejos frutales muestran, desenterrados, a flor de tierra, los ojos dulces y el hombro lleno de higos.

Y vuelan nombres azucarados, nombres como mariposas, “Amelia”, “Aracelia”, “Mayo”, “Abril”, mariposas con un ala empapada de miel, mariposas caídas en un plato de frutas y de almíbar.

Y por todas partes, entre la luz y la sombra, cumplen oscuros ritos, seres extraños, entre deslumbradoramente blancos y misteriosos, entre flores y druidas.

Y los roedores siguen por ocultos zaguanes.

Y en el corazón de las frutas, las mariposas se acurrucan, todavía envueltas, todavía cerradas.

Y un cadáver con olor a almendras, un pequeño animal, avergonzado de su muerte, arrolla las manos reseca, infinitamente.

Y el día de abril no sabe qué hacer.

Y todos los caminos, los rojos caminitos de abril, no saben qué hacer, y se alargan y se retuercen, sin norte ni sur. Los caminos de abril, como víboras rojas y perfumadas y ciegas.

Y de lejos viene un llamado, un solo llamado. De lejos. Del país de las grullas.

Niña, niña mía. Prende otra vez tus párpados. Tu edad ha vuelto. Allí, el duraznero, el arcángel de los durazneros —el cuerpo de encendida plata y el plumaje ferozmente rosado— y las higueras, todo cuajadas, todo colinadas de diminutos porrones de miel, y la garza muerta que se deslíe dulcemente bajo el sol —sólo perdurarán y brillarán el pico y las patas de seco palo rojo—, y el sapo como una pobre cáscara saltarina, y las garzas vivas signando la niebla, a lo lejos, siempre blancas y erguidas, como huesos sedosos, huesos fantásticos, huesos de hadas.

Lleva otra vez tu escaso delantal granate y negro y misterioso y perfumado como la piel de un higo.

Avanza con tu pelo vívido y tus senos enamorados.

Oh, niña, niña mía, niña de antes, monjita de la nieve, tocada con un lirio, con una hoja de castaño, guiadora de los animales de la nieve, ciervo, tú misma, de plateada rama, cabrita de cuernos tornasolados, hechizado lobo, armiño dulce; vuelve otra vez a roer las piñas, a comer mariposas.

Están reencendidos cerca del fuego, los dulces verdes y dorados y tenebrosos y los vasos aquellos vívidos como tulipanes y naranjas. Besa otra vez las maderas fragantes de tu casa, su florido umbral, su corona de humo.

Tu edad ha vuelto. La luna es blanca y perfumada como una almendra sin piel. Cuelgan gusanos lúcidos y diáfanos de cada tallo, de cada hoja, aquellos gusanos como pequeñas hogueras, como tubos de nácar, como dedos de los ángeles. Voy a besar de nuevo tus senos de higos misteriosos, tus uñas opalinas. Ladrona de las lámparas de los trineos, enciende, otra vez, el corazón de los pinos en tus llamaradas.

Niña, niña mía, monjita de la nieve, velada con una hoja de castaño; gladiolo de la orilla del bosque; gladiolo de la orilla del bosque; pequeño cordero con esmeraldas en el corazón.

Mira que estoy aguardando, mira que estoy de pie en el umbral, mira que estoy aguardando que retorne del aire tu trineo cargado de jacintos. Niña, niña mía, niñita. Cadáver oculto en la más antigua cómoda, en el más viejo mueble.

Cadáver manando almíbar.

14

El tiempo tuyo, el tiempo aquel, allá clavado, allá erguido, allá volado, siempre mármol y ala.

El tiempo aquel, a la vez siniestro y suntuoso, a la vez panteón y colibrí; la tierra aquella que devoró las menudas piñas de tu pecho, tu corazón azul, que se volvió caja de sándalo para guardarte, abanico de plata en cuyos pliegues duermes para siempre.

No olvido tu tiempo que es mi tiempo, oh, pequeña adolescente frutal.

No me olvido de los romeros y las rosas; de la abuela agobiada bajo su mantón de albahaca; de la cena luminosa siempre —como si siempre fuera tiempo pascual, allí el dátil y el frasco irisado y el pez color perla; no me olvido de los robos misteriosos perpetrados a mano armada, que bien acorazados íbamos con gladiolos oscuros y murciélagos y ciruelas; de las travesías nocturnas— el leve crimen cometido a filo de ala y a golpe de corazón oscuro, y la vuelta con la policía cerca del rocío y los ojos de los monstruos girando como bengalas, y la noche, apenas noche, siempre dulce y áspera y madura, y a punto de caer.

No me olvido del tiempo, avanzando siniestro y lujoso como un fúnebre; ni del golpe del abanico de plata.

El tiempo aquel, el tiempo tuyo, que es mi tiempo; la tierra aquella, donde creció y murió tu clavelina, tu corazón de ananá.

15

Y tú caminas sobre los arroyos cegados, entre los barrancos y la nieve, allí donde crecen las frágiles plantas que dan frutitas rojas y acuden los menudos venados de oro. Tú, de vestido lila bajo el manto rojo.

Y tornas a la casa y vas a mirar las postales y las cartas recién llegadas a la caja de las cartas —oscura, cerca de las piñas y los ruiñeños—. (El cartero ¿era un hombre negro y duro y fragante como las piñas o llevaba un pequeño farol de colores?). El cartero iba sobre las sendas

retorcidas y negras, entre los robles y los pinos, con un pequeño farol de colores.

Y tú ambulas por el jardín, en torno a la casa, y el viento te sacude el manto, y sobre las trenzas negras llevas clavados menudos peines de vidrio, y hay piñones caídos, semiabiertos y pequeños cadáveres, y tú te lastimas entre rígidas ratas doradas y piñas semiabiertas.

Y dentro están quemando madera de roble. Y los altos cirios son altos, desmesurados, fríos como de mármol, como largos palos de alabastro, largos palos de mármol.

Vamos a encender cirios más pequeños, más dulces. No cirios de cera, cirios de miel.

Y tú te sientas en el frío sillón junto a los cristales. Y cae la nieve y en el lejano valle comen frutas rojas los venados de oro.

Y yo no sé qué decirte, y yo no sé qué hacer. Quiero apagar tus alas. ¿Dónde está el camino, dónde está el reloj? Y yo no sé qué decirte. —Niña, mariposa, estatuita de la nieve, blanca, morada, —y tú miras hacia los techos, hacia la nieve, hacia los cirios—, de lirio, de ciruela.

Y yo quiero encender el piano de viejas baladas y apagar los altos fuegos funerarios; y quiero darte un cirio pequeño, un pequeño fuego de azúcar, de manzanas. Pero y tú miras a la nieve y hacia el lejano valle de los venados de oro.

Y yo no puedo apagar tus alas.

Y yo no puedo trizar tu muerte.

16

El negro caracol de los años tiene el interior de nácar; ese claro camino voy a volver; voy a desandar esa espiral blanca; y llegar de nuevo a aquella región. Los monstruos de la niñez intentarán interceptarme el paso; pero, yo descubriré enseguida sus inútiles ardidés, su parentesco con las frutillas y las luciérnagas. Y entonces, ya iré por la antigua hierba, por el dorado viento. Y tú surgirás de pronto; en cualquier recodo tu estatura de azucena de noviembre, fino el talle y terso el pétalo.

Y será la hora en que la abuela ambule en torno a la casa palpando con su mano de almíbar, su mano encendida y segura, el perfumado limón, el maíz rojizo, el pequeño monstruo, sabroso y pálido, que devora las violetas, y al que es tan fácil matar y devorar.

Y tú aguardarás a que caiga la madura granada y la explote el sol como una silenciosa bomba de rubíes.

Y los pájaros volarán en tu torno, enloquecidos. El siniestro cuervo y el colibrí –escapado de las trenzas de un ángel– querrán a toda costa tu amor de oro, de fino polvo de oro; querrán desesperadamente posarse cerca de tu pistilo enamorado.

Amada del humo, de los pájaros, del reloj, iniciarás tu viaje por el interior de las habitaciones, por las galerías oscuras y las habitaciones umbrías; transitarás el corazón de los roperos, corazón de encaje y alhucema.

Pequeña, por algún tiempo estarás de pie en el borde de los grandes platos blancos mirado entreabrirse y nacarse los frutos.

Después, tu vuelo irá por días en torno de las lámparas.

Y un día, un día cualquiera, en cualquier minuto, te morirás entre las manos de almíbar de la abuela, riendo y llorando, de súbito, sin darte cuenta.

Como aquella vez.

DRUIDA

1959

Druida, colección Lírca Hispana núm. 196, Caracas, junio de 1959; 64 páginas. Por primera vez, Marosa di Giorgio firma sin el apellido materno. El volumen incluye una foto y un prólogo de la autora (que se reproduce íntegro en la página 7 de esta edición), y sendas notas de las editoras.

Yo conocía bien aquel tronco, aquella madera caída detrás de la casa. Una ardilla la había visitado durante todo el invierno; yo recordaba su cola espesa y dorada —todo ella era una enorme flor espesa y dorada— y las hormigas que llegaron ansiosas después, y las abejas que insertaban allí sus paredes leves, ardientes —hogueras y matorrales de clavelinas— y los hongos que bajaron del cerro. (Ese rosal viajador llegó de noche y puso allí, rosas pesadas como naranjas, manzanas de felpa, emponzoñada miel). Así es que yo había mirado y amado durante mucho tiempo aquella madera, y ahora, la veía hundirse hacia un pavoroso destino. Aún esperé que aconteciese algo inaudito, que el sol se parara; pero, no, dentro de un minuto, ya, cuatro o cinco planetas iban a prenderse del cielo, fríos y fijos como alfileres, y escuchando bien se oía latir los piñones, se oía el tic-tac de las piñas; daban la hora exacta, seguían contando tiempo los relojes maduros del pinar. Entonces, ¿a quién pedir por Arabela?, ¿a quién pedir por Arabela? Fui hacia su umbral. Ahora, ella estaba encerrada, acorralada, entre los viejos roperos y las viejas lloreras con margaritas de oro. Y yo recordé su alta niñez, su desvelada niñez, su risa seria, su pelo encendido y fragante como un ramo de rosas, haberle visto a través de las magnolias del vestido, la cintura inverosímil, las rosadas ciruelas del pecho. Oh, y ahora ¿a quién pedir por ella?, ¿a quién arrodillarme por ella? ¿La abuela?, pobre abuela, iba de aquí para allá, colmando las doce jarritas del jardín para que bebieran los ángeles, las abejas, las nevatillas que cruzasen perdidas de noche, el cartero que cruzaba de noche...

Me acerqué a mi padre y a mi madre; tuve intenciones de rezar y llorar; pero, ellos levantaban las manos airadas al cielo, levantaban los puños airados, decían oraciones feroces. Y la tarde caía, la tarde caía. Llegaron todos los parientes del norte, del sur, del este y del oeste, y los viejos de la mitad del bosque, envueltos en capas larguísimas, las

caras plegadas y negras como ciruelas antiguas. Entonces, yo me puse a rezar y a llorar, y ellos consintieron en rever el proceso. Prendieron la lámpara; se sentaron en torno a la mesa, abrieron el blanco legajo: —Niña Arabela, nacida cerca de los cerros, en el año... Acusada de...

Y oí el horrendo pecado. Me puse a rezar y a llorar; y miré todos los rostros y vi que ya no había a quién pedir por Arabela, a quién rezar por Arabela.

Levantaban el tronco de detrás de la casa. Se iban las abejas; se deshizo el rosal de los hongos.

La crucificaron apenas entrada la noche a la luz de una sola lámpara. Nadie cruzaba por el jardín; nadie lloraba. El rocío planeaba temblando; el rocío caía sobre Arabela. Después rompieron la lámpara y sellaron el portal, y fueron hacia la vieja sala; mientras la luz y las sombras de las luces hacían bailar las paredes, y nadie se movía, y sólo mi madre sacó de las cómodas el alto vaso y repartió la miel de los funerales.

Y yo, inmóvil, junto a la puerta, lejos de mi madre, lejos de todos: ¡Hermana Arabela!... ¡Arabela!...

Sobre los libres cerros, sobre las libres cumbres, un blanco animal, agitando los rizos salvajes, ansiosa la cara, rugiría dulcemente, recordaría vivamente a Arabela, la estaría llamando, una vez más, ansioso, al amor.

2

En la casa lo nombraban “viejo padre” y “abuelo David” y “viejo David”, y sostenía una lejana relación con mi padre y con mi madre, y vino a la heredad en el tiempo de las siembras, a través de las vides bien colmadas de flores diminutas y verdes, y subió a la alta colina y lo avizoraba todo, como si fuera el dueño de todo. Y mi madre me envió a la alta colina con una cesta de frutas y un frasco de agua, y él allá, erguido, esbelto; bajo la capa negra, la cara vieja y ardiente, los ojos negros y nerviosos como mariposas; y yo me quedé mirándolo, y él me miraba; y yo sentí que mi pecho se entreabría, que quería volar mi corazón, y huí

colina abajo, y erré, sin atreverme a entrar a la casa, sin atreverme a volver a enfrentar a mi madre.

Y la flor de la uva se cuajó, se hinchó, se tornó grano, y el grano se volvió rosado, y lila, y azul, y parecía guinda y cereza, y parecía flor, intensa azalea. Por cortar un racimo había que luchar con los colibríes, y, a veces, hasta con un ángel. Una vez andaba un ángel en cuadrilla con los colibríes; pero, sus alas eran poderosas y fue imposible vencerlo.

Y detrás de la uva llegaba la Pascua. Mi madre colmó bien los anaqueles, las chimeneas. Y detrás de la uva llegó la Pascua. Pero, el día empezó trágicamente. No había niebla ni humo; pero, el sol, asomaba rojo, seco, sin rayos; parecía un huevo maldito; lo miré un minuto desde el jardín, luego me volví hacia la cocina, hacia el hogar; y el pavo allí, suavemente atado. Le noté la espalda, iluminada, azul, y de pronto, creí que fuese él, el árbol de Pascua —sus uñas brillaban como estrellas— y hasta sentí un cierto goce al desnudarlo, al quitarle las largas plumas azules, las largas flores azules, me pareció que desnudaba un alto arbolillo de claveles, de lavanda; pero, me angustié al verle la pobre piel desnuda, el pecho arrugado, el hilo de sangre, y torné al jardín hasta que mi madre me llevó a las habitaciones para vestirme el traje de Pascua y me dijo: —Alégrate, niña, vuelve el abuelo David. Mis hombros temblaron. El vestido de Pascua era una nube de lavanda y puntilla, un aroma a lavanda; allá por el ruedo, bien armado y fragante. Ella no notó el terror en mi piel; pero: —Alégrate, niña; también viene la prima Azalea.

Y la prima Azalea llegó al mediodía. Se posó su trineo, enorme mosca, entre las flores. Yo bajé a besarla, a estrecharla; tenía la cintura estrechísima, y el vestido enorme, rojo, seco y radiante igual que el sol. La prima Azalea caminaba casi danzando, casi bailando. Subió a la casa, y fue de aquí para allá, y ayudó a mi madre a colgar las grandes coronas de piñas, las grandes corolas de piñas, los arco iris, a trizar los huevos de cáscara plateada, a trizar los turrónes, les quebraba la dura espuma, el esqueleto de avellanas. Iba

de aquí para allá, y yo, prendida a sus manos —apenas le llegaba a la cintura—, prendida a su ropaje brillante, a sus alas brillantes, vi entrar al abuelo David. Y a la tarde reposé junto a Azalea, luego, bajamos al pinar —el sol caía rojo y maldito— a dejar huevos de cáscara plateada para las gacelas que viniesen buscando la Pascua.

Y cayó la noche y se encendió la mesa y se encendió la cena, como un incendio, como una nube, como un ángel. Las botellas parecían ángeles; todas tenían coronas y alas e iban a levantar el vuelo.

El pavo vino al centro de la mesa; su vientre masculino, henchido ahora, y mi madre se lo partió y le sacaba raras criaturas de dulce, animalitos nacarados, almendras gruesas y dulcísimas.

Yo oprimí la mano a la prima Azalea, porque el viejo David me estaba mirando, entre las espigas y las preciosas velas rosadas, su cara vieja y ardiente, mirándome.

Después, sonó una leve música y yo salí a bailar un pequeño vals, una pavana. Los cirios también bailaban, el final de una inmóvil danza, el final de una inmóvil pavana.

Después todo giró, se esfumó, se fue en una vuelta de humo; y yo me quedé extrañamente sola en una esquina de la sala, junto al viejo David, y no pude volar ni gritar; tendí una mano como pidiendo socorro; pero, entonces, de pronto él me dijo una palabra, una única, terrible palabra, que yo no había oído nunca; pero, que me calcinó la sien, que no pude repetir jamás, que no pude olvidar jamás. Y me eché a volar, a volar, y me pareció que él iba a tender la mano, que iba a seguirme; pero, quedó allá rígido; y yo llegué a las otras salas, temblando. Me parecía que se había roto una nuez, que se había roto un juguete, que una de las nueces que moraban de adorno, sobre los muebles, se entreabría y me mostraba un animal que había vivido dentro de ella, un monstruo.

Vino la prima Azalea a besarme porque se iba; pero, yo no pude besarla, no pude decir nada, no pude hacer nada. Y pasó la noche de Pascua, y pasarían las vides, pasarían los años volando sobre las eras, y volvería el viejo David, o no vendría nunca; pero, yo ya estaba perdida, ya no quedaba salvación para mí, ya se había liberado un monstruo inmortal.

En la mitad de la tarde los higos se entreabren y manan miel blanca, leche muy fina, y así acuden las abejas, los pájaros, las moscas, y hasta algún animal de cabello largo y sedoso, trepa e hinca en esos pechos ternísimos su diente agudo, y bebe y devora.

Y yo camino suavemente, por las sendas, sin rumbo, lejos de la casa, errando, hasta que el viento me señala las altas cañas, el cañaveral; y surges tú, inmóvil, de espaldas, galán de la muerte, mirando el cielo, no mirando nada.

Ya un colibrí de fijo temblor, te hipnotiza las cejas, los ojos. Y yo veo tus labios de amarilla cereza y me parece que una vez oí tu voz, que una vez oí tu voz gritando en el viento, cantando en el viento hacia las estrellas. Acaso ¿tu gallarda figura una vez pasó a mi lado, gallardamente, sin volverse?

Te pareces al doncel que custodia los ríos, los arroyos, al que guarda en la noche los predios del este y guía la blanca tropa de gacelas.

¿A qué hora se conmovió tu corazón?

¿Cuándo se te desgranaron las finas granadas de las venas?

Ahora, un azor invencible te imanta.

Ahora, hay que mirar tu edad en un horario de moscas y violetas.

Pero, yo me voy a olvidar de todo, de mi casa de allá, de la tarde fragante, de las frutas que atraen a los pájaros.

Ya el viento cierra las cañas, baja las banderas estrechas de las cañas.

Yo voy a oprimir tu mano.

Yo voy a tenderme a tu lado.

Déjame sentir el ritmo de tu sangre amarilla.

Haz nacer en mi entraña un pequeño cadáver, un niño inmóvil, igual a ti.

Cuando Cecilia tenía doce años desapareció de la casa; y la madre y la abuela fueron por ella a través de los anchos campos de flores; y salió el padre también, con una pica al hombro, por si había que luchar con un monstruo. Y la buscábamos nosotras; yo me arrodillé junto a los tulípanes feroces, a las azucenas, y escudriñaba; pero, sólo vi avanzar las víboras de vientre de cristal, estirándose y arrollándose como dedos libidinosos. E interrogamos a los labradores, a los dueños de las colmenas y los palomares: —Si habéis visto a Cecilia...

Y los hombres negros y las mujeres blancas decían que no. Y sólo por darnos gusto registraban entre los panales y los pequeños castillos de las palomas.

Cuando Cecilia tenía doce años se fue de la casa; y como pasaron días y días y días, los hombres vistieron de duelo y ataron camelias blancas en el trineo, y las vecinas miraban hacia la casa y se persignaban.

Pero, una noche Cecilia volvió; furtivamente penetró en mi alcoba.

Yo me abalancé a besarle los menudos hombros, el pelo rojo como la miel. Ella: —Vengo del cielo. Me había ido con un ángel.

Y me murmuró que estaba grávida, que le dolía la cintura; me pedía que le hiciera un lugar en mi lecho. Yo obedecí; encendí una taza de porcelana:

—Cuéntame.

—No sé... Era como una glicina grande y ardiente. Una sombra cargada de uvas azules.

A través de la suave túnica le palpé el vientre henchido. Y:

—Duerme... No temas nada. Yo voy a ayudarte. No diré nada a la madre... Duerme... duerme.

Y ella me abrazó y se durmió llorando. Y al poco rato despertó llorando. Y la madre la oyó. Oí su paso inexorable de alcoba en alcoba. Y al llegar a la nuestra, entreabrió la puerta, se precipitó hacia Cecilia, la tomó de la trenza, alborozada, la iba a besar. Pero, Cecilia se aferró a mis brazos llorando y llorando. Y yo: —Amó a un hombre del cielo. Estuvo allá. Ahora va a tener un niño.

La madre quedó entonces erguida como una estatua. La miró durante un minuto. Y después, sólo le dijo: —Tienes que volver al cielo.

5.

La vieja Edda acechó, hasta que desde una papa salvaje, semienterrada, vio levantarse una larga punta de miel, una torrecita de fuego. El amanecer arrullaba la casa con una vaporosa nube. La vieja Edda cortó el tulipán y lo llevó dentro, y sacó el óleo más fino y aceitunas bien maduras y un pececito menudo y salado, y ornó el tulipán y lo asó, y al instante poseía algo así como un largo pastel de color de rosa. Lo partió entre los niños —Karl y Edgar— que ya ataban sus libros y se iban a la escuela.

Sobre su almohada blanquísima, la pequeña inválida miraba hacia un lado y otro, indiferentemente. Vio al lucero verde, henchido y sólo, saltar sobre los árboles, sobre los arcos de la casa, estallarle casi entre las manos el agudo pecho de menta.

Los niños calzaron negros mantos y puntiagudos sombreros y negros antifaces porque las agujas de la escarcha queman las mejillas, y negras botas porque las ratas que duermen sobre la yerba se despiertan heladas y con hambre y tienen los dientes feroces. Los niños apenas dijeron adiós.

Y la vieja Edda anunció que iba al mercado. Miró a la inválida, le acercó un cantarito de café —ella, a escondidas, hizo que el lucero deslizara en el cántaro una de sus lágrimas de menta— y un huevo de oca. Hacía tiempo que pintaba huevos de oca; ya se habían colmado los muebles.

Cuando Edda se fue, ella quedó soñando con el camino: los sutiles candeleros de pasto, llenos de luces, de perlitas, las liebres de pupilas siempre moradas y abiertas, la escuela blanca y el mercado de oro.

Maquinalmente empezó a trabajar; vació el huevo, le sacó la margarita interior —la cálida margarita de la que hubiera podido

brotar un ganso— y trazaba rayas rojas y rayitas azules, rayas azules y rayitas rojas. Afuera, terminó de amanecer. Crecía la mañana. Desde las papas salvajes semienterradas, salían llamas riquísimas, arco iris comestibles. Oh, nunca había visto tantos tulipanes juntos; lamentó que no estuviese Edda, porque las liebrechitas de la yerba acudían enseguida y los devoraban. Allá en el cielo —tan alto— vivían las águilas, grises como el acero, siempre impasibles y corvas como santos siniestros.

Se adormilaba; pero, seguía labrando, espolvoreando polvo de oro; despertó dos horas más tarde, sosteniendo ya entre las manos, una joya leve, un huevo de oro. Ahora —dijo como siempre— vendrá a habitarlo una mariposa monja, un hada pequeñita, que velará por mí.

Era raro que no hubiese vuelto Edda; ya era muy tarde; le pareció que nunca había demorado tanto. Acaso ¿un accidente en el mercado? ¿o un águila se había cernido sobre ella y le había sacado los ojos?

Golpeaban en la puerta; llamaron en el vidrio. ¡Edda! Un alto escolar terminaba de pararse allá. Le miró la capa negra y el agudo sombrero. Pensó en los niños de la casa, —en Karl y en Edgar— pero, no era Karl, ni era Edgar. Le miró la caja de libros y el negro antifaz.

Alto y flexible como una caña, bajo la negra ropa, el otro habló.

—¿Qué?

Pero, no volvió a decir nada; golpeaba el vidrio, rompía el vidrio, se deslizaba por la habitación.

Ya a la vuelta del mercado, ya por el camino, la vieja Edda trotó como nunca. Ceñido el espeso manto, no veía el cielo, lleno de águilas, ni el suelo, lleno de yerbas. Su corazón —que no podía engañarla— le decía que estaba ocurriendo algo irremediable.

6

Allí en el jardín la tumba de mi hermana no se quedaba quieta. Sobre todo en las noches tormentosas hacía arribar gusanos de aplastado nácar, fuegos corredores, algún molusco de vientre rosado y pavoroso, y caballitos lúgubres que trotaban hacia la casa

hasta mirarse en los espejos del salón y volvían aullando a morir sobre el sepulcro.

Por entonces, mi madre era la bella del sur. Su fama y su señorío no se discutían en ningún lado. Y más allá de los bosques de maíz, de los ardientes sicomoros, tenían su asiento los militares. A veces, al caer del sol, ellos cruzaban la era para venir a cortejar a mi madre.

Aquella noche grandes garabatos de nácar borronearon el horizonte; el viento obstinado golpeó las hojas del jardín sobre la casa abierta y azul. Mi madre ocupó el cabezal de la mesa, prestigiada por su cabello imperial, casi inmóviles las manos aovadas como cálices, el pequeño rostro, los ojos verdes y eternos. Yo, sin motivo, vestí el traje de los grandes banquetes, a largas vueltas de tul y de espuma. Sobre los centros se apilaban las frutas y los huevos blancos como el mármol; y en la fuente abría el faisán la puntiaguda ala de plata, bien relleno el fino vientre por sus propios huevos aunque ya congelados y estelados y por margaritas enormes y dulcísimas.

Se corrió aún más la puerta de metal, y dos oficiales, los rostros azules por la tormentosa luna, penetraron seguidos de sus mujeres, claras y jóvenes como magnolias. Mi madre les partió delicadas presas.

Los militares miraban fijamente a mi madre. Ella, por las noches, acostumbraba a contar cuentos. Scherezade, fina, remota, hablaba siempre en primera persona, para dar más verismo a lo que decía. Aquella noche dijo: —Yo maté a mi hija.

El blanco vino de manzanas tembló en mi copa.

—Ya van cruzando cinco veranos desde que maté a mi hija.

Los militares miraban con los ojos entrecerrados por la fantasía.

—Se había vuelto demasiado hermosa, serena como un ánade, tornasolada la trenza; y grajeas de colores en las puntas del pecho.

A los hombres debió parecer excesiva la imagen. Mi madre notó algo, y: —La pequeña, aquí presente, no me dejará mentir. Lucía hasta en la sombra. Fue como si hubiese posado el arco iris en nuestra casa.

—Y aquel verano ya estaba enferma, tenía mucha fiebre, porque habían venido extrañas nubes y garzas malignas golpeaban las uvas. Demasiado joven, no sabía resistir los presagios. Yo la

velé noche por noche, día tras día, y apretaba negros racimos de uva para que no muriera de sed. Sólo le fue quedando la piel sobre los huesos; pero, sus huesos eran de una forma exquisita, resplandecían. Nunca la quise más; pero, una noche, suavemente, le quebré la garganta; apenas quedaron señales.

—El médico que vino de Puerto Palmeras para extender el certificado de defunción lo adivinó todo y no dijo nada porque siempre estuvo enamorado de mí.

Yo iba a levantarme; pero, los encajes de mi vestido se habían vuelto de piedra, y de piedra era el vino que ocupaba mi copa. Sólo pude volver los ojos y los de mi madre fulgían, anegados en lágrimas, como dos lagos. El viento golpeó las hojas, cambió las lámparas y las sombras de los muebles.

Un segundo y los militares levantaban sus copas brindando por Scherezade, por mi madre, por lo que fuera.

Pero los caballitos del sepulcro golpearon la pared, corrían hacia la sala, llamaban lúgubrementemente.

7

Una tarde la vieja Aurelia bajó con sus cabras desde las haldas del monte hasta nuestro delicioso valle. Allí las rosas crecían siempre grandes como panales, blandas como la miel. Pronto, el negro rebaño cobró esbeltez, energía, y sus ojos tomaron el verdeazulado de las turquesas.

Y la vieja Aurelia adquirió la costumbre de venir a golpear a nuestra puerta. Mi madre le daba siempre una limosna de miel, una tacita de miel, porque mi madre era la más afortunada colmenera. Los panales cuajaban los árboles en torno a la casa, y dentro mismo, cerca de las vigas iban las abejas, doradas, rumorosas. Nuestra miel no se parecía a ninguna, abría en siete colores como los ópalos y embriagaba gloriosamente, porque mucha uva y mucho azahar eran empleados en su ejecución. Pero, desde el primer minuto que yo vi a Aurelia mi corazón se partió; la paz huyó de mí, me perturbaban sobremanera aquella columna vertebral desviada, aquellos secos huesos saliéndose casi de la carne

tenué y seca, aquel negro harapo que no la cubría del todo. La vieja Aurelia nunca daba las gracias a mi madre; tal vez había olvidado hablar o no lo había hecho nunca; sólo una liviana sonrisa le deformaba el largo labio. Pero, a mi terror se unía una rara ansiedad; cuando tornaba al mediodía de la escuela —aún era una niña, apenas una adolescente— me abalanzaba hacia mi madre: ¿Y Aurelia? ¿Es que ya ha pasado la pastora Aurelia?

Y a la tarde cuando ella venía a golpear a la casa, yo me aferraba a las rejas, mirándola obstinadamente. Y una vez me atreví a seguirla; es decir, ya hacía una hora que había dejado nuestra vera y salí al bosque. La noche tenía tiesos los árboles; todo aquello me era familiar; pero, igual sentí una leve desazón. Se me cruzaban mariposas y vecinos; por nada del mundo hubiera dicho dónde iba. Tomé el escondido sendero hacia las cuevas, abrí las hojas, pasé junto al negro rebaño, ya arrodillado en actitud de dormir o de enviar una oración al infierno. Abrí las hojas. Sobre las altas llamas ardía una tacita. La vieja balbuceó: —Niña...

De cerca era más pequeña, del tamaño de una niña. La miré, le miré fijamente el cuello frágil, seco, amarillo, como un tallo viejo, como el de un ave; se lo acaricié. La vieja se horrorizó, huyó hacia las paredes. Yo huí al bosque. Sentía miedo y otra cosa extraña. Creí que iba a morir. Al fin me abracé a un tronco. Y arriba, las ardillas epilépticas, dulces, me llamaron, y así me rehice, y pude tornar a la casa; pero, como loca, como ciega.

Y al día siguiente, a la tarde siguiente, el monstruo volvió a tocar a nuestra puerta. Yo me aferré al lecho. El sol daba tumbos, caída ya sobre los párpados la diadema anaranjada. Un reloj dijo la hora; otro, atrasado, la repitió. Mi madre me llamaba; pero, yo no obedecí y ella nunca insistía.

Esperé que se cerrase del todo la sombra y me eché al bosque.

...El alba me encontró mirando con ojos azorados, las paredes, el aire, los muebles. Me parecía mentira. Tomé, no obstante, el rojo delantal de las colegialas y los libros. Un rocío grande, cespó, pavoroso, levantaba iglesias, puntas, cruces, sobre las hojas. Los árboles se veían tiesos; venía, a veces, el ardiente aroma de las azahareras; yo iba casi huyendo.

Pero, pronto el sol salió de la tierra, rojo como una entraña, y algunos árboles también estiraron largos cálices anaranjados, y los reptiles se avivaban; cerca de mis pies, aquellos bellos reptiles de mi tierra, aquellos angelicales lagartos labrados al parecer con lapislázulis y turquesas, parecían dragones, parecían ángeles; tenían un ala fina y vaporosa, y volaban un poco, y silbaban un poco, y a veces, hasta decían una palabra; ahora mismo estaban murmurando algo; pero, yo iba casi huyendo, no quería detenerme ni un segundo. Pasé la pradera de hierba igual hacia la escuela pequeñísima. A las diez no había logrado fijar la atención en una letra ni en un número. Del otro lado de los vidrios el cielo rielaba y flameaba como si fuera de agua. A las diez, los soldados golpeaban en el vidrio. La maestra —apenas mayor que nosotras— habló con los soldados. La noticia corrió como un reguero de pólvora: ¡Mataron a la vieja Aurelia! ¡Mataron a la vieja Aurelia! ¡Degollaron a la pastora Aurelia!

Me puse de pie. La niña que se sentaba a mi lado suplicó: ¿Qué tienes? ¿qué tienes? Y yo, para aplacarla, pensé desesperadamente, y reí, y...

Al mediodía torné sola, pero, las labriegas, desde el valle vecino con la pica al hombro, se me cruzaban una y otra vez: ¡Mataron a la vieja Aurelia! ¡Mataron a la vieja Aurelia! ¡Degollaron a la pastora Aurelia!

Atravesé el bosque casi volando. En el umbral de la casa mi madre me clamó lo mismo: —Mataron a la vieja Aurelia. Me abalancé a sus brazos, la miré por un segundo en los ojos; ella iba a preguntarme algo; pero, yo huí hacia las salas. El reloj acompasó el ritmo de mi sien; no contaba tiempo, contaba sangre. Pasé toda la tarde sentada en el lecho; pero, sin dormir; con los libros abiertos; pero, sin leer. El viento y el sol royeron por mucho rato la cumbre de los árboles. Casi al caer de la sombra, los soldados golpeaban a la puerta. Este, oeste, norte, sur, y el asesino de Aurelia no aparecía. Los soldados hablaron con mi madre. Este, oeste, norte, sur. Y el asesino no aparecía.

Y cuando cayó del todo la sombra, vino como siempre un mochuelo a posarse sobre el hogar, y poderosas ratas labraban los

muebles. Y desde el bosque llegaba como siempre el golpe de un ala o el “crac” de un huevo al romperse. En el alba tomé otra vez la roja túnica y los libros.

Pasé junto al rocío de nácar sobre los árboles negros. Pero, ahora buscaba el pequeño sendero hacia las cuevas. Abrí las hojas, pasé junto al negro rebaño, junto a alguna pupila verde y fija como el lucero; abrí las hojas. Pero, una luz me enfocó de golpe. Salió un soldado. Iba a dar la voz de “Alto”, pero, rió al verme la roja túnica y los libros: —Acaso ¿tú también quieres ver a la muerta? Aún está ahí.

Ahí estaba, tendida, retorcida, con su collar de sangre seca.

Me atreví a preguntar: ¿Qué se sabe?

—Nada. Pero, yo espero. El asesino va a volver. De día o de noche, el asesino va a volver. La sangre que uno derrama no se olvida de uno. Se vuelve siempre.

Yo lo miraba, inmóvil.

8

Él era Van; rubio como un dios. Y no hubiera sabido decir en qué minuto se enamoró de Aralda. Toda su juventud, su adolescencia, porque aún era muy joven y muy alto y muy bello, había corrido detrás de locos amores; pero, sin amar a nadie, aunque lo habían amado hasta morir.

Y después, extrañamente casó con Emil, la pobre Emil, la dueña de la casa, y el predio que ocupaban en el bosque. Y después, murió su madre y él la momificó y la llevó a un ábside del bosque, porque Emil no podía soportar la blanca y siempre igual presencia.

Y nació Aralda, y creció Aralda y se enamoró de Aralda. Y, ahora, la llevaba en lo alto del trineo envuelta en aquella vaporosa lana, pequeño el rostro, rojos los labios, como a un cisne, a un huevo místico, a la hija de otro dios —ya no recordaba que había caído de su sangre— como a la hija de otro dios, a un animalito bellísimo del bosque, a un inesperado trofeo ganado en alguna guerra a los armiños. A veces: —Quiero ver a la abuela. Y entonces, doblaban gallardamente hacia el hueco donde la momia tenía su hogar, y

ardía una oración por las mejillas siempre iguales y los ojos siempre iguales; y la momia estaba allí erguida, rodeada de esa diminuta lavanda que crece sobre la piel de los muertos, y por santos dibujados sobre huesos y maderas quién sabe por quién al pasar.

Pero, una vez, Van descendió y se hincó e hizo un extraño juramento, en palabras que Aralda no entendía, y después: —Oh, dime que nunca volarás de mi lado.

Y cuando Aralda subió y tornóse una mujercita de porcelana, con el rostro muy blanco y el pelo como una rosa, Emil la miraba atentamente; y un día golpearon a las puertas y salió Emil, y volvió a entrar diciendo: —Preguntan por la preciosa Aralda; quieren casarse con la preciosa Aralda. Es alguien que viene de casa de los Príncipes, y no podemos negar nada a los dueños de la región.

Y Van lo supo a la noche —y bebía vino frente a los menudos muebles cargados de puntillas, de mariposas y ratones, y su voz tremoló los muros de madera: —¡Aralda! ¡Aralda! Y —¡Aralda! Pero, Aralda, por primera vez en su vida no obedeció.

Y los animales, los animales niños del bosque, las gacelas que tres semanas atrás vivían en el vientre materno, se conmovieron al rumor de la boda, y acudían por la noche a espiar por las junturas de la puerta cómo Emil trazaba los altos huevos de chocolate, las muñecas con cabeza de manzana y pecho todo batido a la nieve, los cirios de color de rosa, cómo prendía de la pared, por un instante, ya muertos, hasta molerles la carne y el hueso, a los pavos reales de grueso vientre y largo vestuario, los pavos reales como señores tornasolados y ridículos.

Y el día de la boda calzó Aralda delicados zapatos y ramitas de lavanda en la sien. Y vino una larga fila de huéspedes y vino el notario. Y después, el trineo de los novios partió haciendo sonar las esquilas por el bosque; y doce gacelas formaron el cortejo; pero, fueron perdiendo terreno y se diseminaron por el bosque.

Y Van estaba inmóvil como un dios —la lámpara sobre el rubio penacho ardiente— y con sus propias manos rompió la lámpara —Emil dio un grito.

Y huyó buscando el propio trineo, aposentado siempre como un animal bajo los árboles. Y huyó por la senda misma que seguían los novios.

Y a la aurora, lejos, en el cielo —monstruoso por la aurora— ellos dos aparecieron juntos y solos para siempre, Van y Aralda.

9

Mi madre labraba como nadie el azúcar y la miel, los cirios de color de rosa, la jalea inmortal, las masas finas y ardientes como clavelinas, las tartas como panales de clavelinas. La casa de los Reyes se mantenía de nuestra casa. A veces, uno de aquellos hombres dulcísimos, de aquellos muñecos de manzana, comenzaba a latir, a suspirar, a aletear. Con mil gramos justos de miel y alguna almendra podía fabricarse un ángel; pero, si esto acontecía, mi madre le pegaba en la dorada sien hasta darle muerte y sus manos quedaban temblando aterrorizadas por un instante. Yo, como niña, que aún era, como apenas adolescente, fingía no ver nada; sólo ayudaba a descargar las mercancías desde el carruaje imperial, o a subirlas.

Como no tenía hermanas, dormía sola en la alcoba sobre el jardín. Mi madre me tenía prohibido que bajase por las noches al jardín. Aunque llegara un cervato, una gacela, algún bello animal de los bosques.

Sólo podía mirar a los cipreses, muertos, larguísimos, negros, lúbricos, intentando a toda costa poseer a la luna, que también es un cadáver, pero femenino y blanco. Pero, desde hacía un largo tiempo, yo rogaba a mi madre que me dejase dormir en su alcoba, porque un rumor, una extraña ala, una vida que vivía apasionadamente por un instante y se callaba después, me tenía fuera de mí. Mi madre permanecía impasible a todo ruego.

Aquella noche, como siempre, miré los árboles tratando otra vez de tentar a la luna, y otra vez, el rumor, el aleteo, y mis ojos se posaban obsesionados sobre las hojas, hasta que el blanco monstruo empezó a pasar la ventana. De pronto, creí que fuese un ciprés blanco, el hijo de los cipreses y la luna; pero, un conocido halo, un aroma conocido, me desveló, me aterró. Dos manos como dos masas largas, vaporosas, fantásticas, me rozaron las manos dos jazmines dorados a punto, costra de miel en las uñas.

El hombre blanquísimo, el monstruo todo batido a la nieve, se iba acercando a mí, se iba a apoderar de mí. La dulce efigie, la apasionada confitura se iba a apoderar de mí. Me eché a llorar con terror conocido y lejano, como cuando mi madre dijo que iba a llevarme a mirar el casamiento de la reina.

Pero, el azúcar monstruoso tendióse a mi lado y me besó una sien.

Corrí a la mañana, busqué a mi madre:

—Quiero irme! Yo quiero irme! Quiero ir a casa de los Reyes. Seré camarera allá. Haré cualquier cosa. Quiero irme!

Ella trabajaba ya, frente a las altas llamas, a los altos litros de miel, a la harina. Me mostró las almendras erguidas como sexos: —Yo quiero irme! —sollozaba. Huí por las habitaciones. Me abracé a los muebles. Sollozaba.

Después, me pareció que todo sería inútil; inútil ir a casa de los Reyes, y todo.

Porque no podría apagar la noche anterior, ni el tumulto de mi corazón, el de mi sangre, ya maternal.

10

Tuvo la casa su edad feliz; antes de la lluvia y cuando las flores; cuando el laurel rosa y el laurel blanco y la magnolia que, para diciembre, fabricaba docenas de tazas de porcelana, y el ceibo con sus orquídeas duras, sus langostas rojas y preciosas, el ceibo como el árbol de una Navidad de héroes, de una Navidad sólo para héroes, y el romero de aroma morado, fuerte, secreto, como un bloque de aroma, y la tenue violeta de los Alpes, y sobre todo las yucas, rodeando todo el olivar y toda la heredad, de grandes y potentes candelabros.

Cuando mi padre tornaba a la noche con el primer rocío en las sienes, y él venía al lado de mi padre, las astas largas y secas, plateadas también de rocío.

Pero, después llegó la lluvia y se fueron las flores, y el viento se posó sobre los olivos y entre la lluvia, y como un viejo salmista decía

himnos terribles, historias sin principio ni fin, anunciaba ruinas y exterminios, y nosotros corríamos desesperadamente debajo de los árboles, tratando de hallar algo que llevarnos a la boca; y alguna vez me detuve junto a la tumba de Norma, la pobre niña, muerta tantos años atrás; pero ahora todas las tumbas y todas las cruces parecían haberse multiplicado; y nosotros íbamos de aquí para allá, tratando de hallar algún hueso, alguna seta que aún no hubiese echado corona de veneno, alguna pobre serpiente.

Aquel día sólo encontré un huevo; lo llevé hacia el umbral de la casa; pero, mi ansiedad pudo más, y lo partí. Dentro, tres gotas de neblina y una de sangre; nada.

Los caracoles lo minaban todo; lo ablandaban todo; amanecían hasta en las frágiles ramas del espejo, como rosas negras, como mitades de manzanas negras y sequísimas; abrían, no obstante, a veces, libidinosos, sacando el interior de jalea gris.

Pensé en mi padre, en el horrible pensamiento que se le había parado sobre las cejas, y en el otro, de seguro, detenido allí a dos o tres pasos, impasible, triste. Oh, no, no, mi padre no podía matarlo, no podía matarlo, a él no; había trabajado siempre, había labrado la tierra, había traído madera del pueblo, había velado a Norma, durante la larga agonía de Norma, había traído madera del pueblo para enterrar a Norma, había cavado la tierra y había enterrado a Norma, había dormido afuera cuando los abuelos todavía ocupaban un lugar en la casa —cuántas veces a través de la frágil pared le oí la respiración entrecortada por el frío— había ocupado luego un pequeño lugar en la casa; había trabajado siempre y me había amado siempre, sobre todo eso, me había amado siempre, aunque sin rozarme nunca ni siquiera las trenzas.

En puntas de pie fui hacia el hogar, hacia la pobre llamarada; él estaba allí sentado, el gran cuerpo cubierto de vello negro, los ojos desviados, las astas largas y secas. A través del fuerte pecho su corazón me latió lo mismo y siempre lo mismo: —Te quiero y te quiero.

Corrí por las habitaciones, pobres, alineadas en línea recta; los

aparadores aún guardaban restos de antiguas meriendas—cáscaras de huevos y violetas— porque nadie tenía voluntad para hacer nada.

En lo hondo vi a mi padre y a mi madre, frente a frente; calzaban rotos velos y rotas sandalias; amarillos ya, parecían dos santos que se hubiesen encontrado al final de una larga travesía por el desierto. Me les arrodillé: —Padre, oh, mi padre. —Él me miró, la negra idea sobre las cejas—. Tú no puedes matarlo, a él no. Máta-me! si tienen hambre; a él no. Me quiere y lo quiero.

Mi padre, la negra idea sobre las cejas:

—¿Deliras?

Y me tendió sobre el lecho, y yo ya no tenía fuerzas, se me desmayaron los brazos. Y el mediodía pasó leve arriba de los árboles sin que nadie lo notara. Y lejos en la tarde, lejos, cerca, en algún lugar de la casa, oí un grito horrible; pero, seguí dormida.

Después soñé que habían florecido todas las yucas, que se les encendían las velas, los candelabros, como para una gran capilla ardiente.

11

En la preciosa mañana tomó la túnica y los libros y abrió las espigas, tratando de ir a la escuela; pero, la gallina empezó a caminar delante de ella y la alucinó. La gallina con su pollada recién salida del huevo, con forma todavía de huevo los pollos amarillos y rosados y celestes. Así dejó caer los libros y siguió a la gallina, y hasta alzó uno de los diminutos animalitos rosados y lo oprimió de tal modo que, cuando llegó a la calle, ya sostenía entre sus dedos un cadáver; frotó una astilla y doró el cadáver y lo devoró. Siempre le había parecido una cosa absurda tener que ir a la escuela. Desmañadamente, con un palo trazó una palabra. En su torno las telarañas iban de un lado a otro como cañamazos transparentes, como esqueletos de animales sutilísimos. Y las margaritas salvajes y las clavelinas salvajes habían madurado tanto que hasta giraban. A través de un perro, muerto el día anterior, pasaban matas de clavelinas; ahora, tenía toda la calavera atravesada de clavelinas, ladraba

clavelinas. Giraron de tal modo aquellos pétalos que hasta llevaron al perro a un pequeño y pavoroso paseo.

La sombra del que se había ido acercando rompió las telarañas. Ella quedó arrodillada al borde del gran manto de él. Le miró la trenza gris sujeta a las sienes como una corona. Pensó en Dios, en algún santo que hubiese salido de la iglesia. Él la tomó de la mano y la llevó casi en vuelo a través de las espigas, de las charcas, de las otras plantas, de los esqueletos de los ciervos bien astados. Ella iba diciendo una oración. Después apareció la otra arboleda y la casa oculta, baja. Oh, nunca supuso que tuviesen un vecino tan cerca, ni sus padres tampoco lo sabían. En torno a la casa giraban las gallinas, pero éstas sin pollos de colores, erguidas, altas; casi funerarias.

Pasaron el umbral; ella no tenía miedo. Sobre una mesa de piedra vio los restos de un animal recién devorado. Fue de aquí para allá, y cuando se volvió, el hombre había deshecho su tretiza, una lluvia blanca le cubría los hombros. Entonces, recordó a la abuela, —le miró la cara a extraños pliegues y los ojos verdes— a aquella mirada que había perdido años atrás y que tenía la virtud de cambiar todas las cosas:

Él le hizo señas de que le acercase el vaso de óleo, y ella misma le untó el pelo y le volvió a trenzar la trenza.

Comieron los restos de una gallina apenas dorada. Las habitaciones estaban en umbría; la cama apareció grande y fuerte, con olor a roble y a nuez, a árbol viejo y tenaz. Los vasos de óleo para los peinados y los peines rodeaban toda la cama. El hombre la besó una y otra vez, y luego, se abrazaron apasionadamente.

Pero, a la medianoche, gritos y señales rompieron el cielo. Flechas venían a clavarse en las colmenas, y la miel se derramaba como un óleo lento, como un lento vino. Las gallinas también caían, se les oía el rumor sedoso de las alas.

Con ella bien apretada al pecho el hombre subió trabajosamente a lo alto de la casa. Incendios y señales quemaban todo lo alto. Venía el rumor crepitante de cascos de caballos. Los vecinos habían soslayado el escondrijo; clamaban por ella: —¡Vuelve! —¡Vuelve! —¡Vuelve! Los niños levantaban pandorgas crujientes. Llenaba todo el cielo un rumor de papeles pavorosos.

Con ella bien apretada al pecho el hombre descendió trabajosamente desde lo alto de la casa y palpaba los árboles aquí y allá —la miel se caía, se caían las aves— buscando la oculta mina, el laberinto por donde tantos años atrás había llegado de incógnito a esa tierra.

Y así descendían; descendieron por debajo de los gritos, de los flecheros, de los niños, de los árboles, de los caballos; caminaron, caminaron, y al alba pasaban para siempre, la línea del pueblo.

12

Yo había cobrado la costumbre de errar toda la tarde, sola, lejos, sobre esa tierra, que, pronto sería ajena. Pero, el crepúsculo cayó como un vino y resolví tornar. Vi a mi madre entre las vides e iba a llamarla; pero, los cascos de un caballo me desvelaron. Un soldado pasó algo diciendo a mi madre y algo me dijo; pareció que iba a detenerse; pero, siguió galope hacia la casa. Mi madre también se dirigió hacia allá y yo hice lo mismo. Todavía quedaba algún racimo prendido entre las hojas como un animal seco. El humo de la cena se había cortado y esto me azoró.

Entre las enredaderas mi padre estaba de pie, mirando indiferentemente de un lado a otro. Seis policías habían puesto mesa bajo las enredaderas.

Oí decir que había un muerto, que alguien había sido asesinado, y después, que el muerto era Yeats, el rico hacendado Yeats; iba a ir a situarme al lado de mis padres, cuando:

—Niña... señorita Beryl... —quiere Ud. aproximarse?

—Oh, sí.

—Nos dirá Ud. verdad, señorita Beryl?

—Oh, sí.

—Qué edad tiene señorita Beryl?

—Catorce años.

—Conocía Ud. al señor Yeats?

—Apenas.

—Qué quiere decir “apenas”?

—Lo veía muy poco.

- Lo vio durante la tarde, señorita Beryl?
- No.
- Dónde pasó la tarde, señorita Beryl?
- Lejos... en la huerta.
- Con sus padres?
- Sola.
- Tenía su padre hipotecada la huerta al señor Yeats?
- Sí.
- Había pedido prórrogas, su padre, al señor Yeats?
- Creo que sí.
- Se las había negado el señor Yeats?
- Creo que sí.
- Y cree usted que alguien de su casa pudo matar al señor Yeats?
- Oh, no!...
- Rompí a reír.
- Por qué no?
- Porque muerto o vivo el señor Yeats, nosotros ya estamos en la calle.
- Qué edad tiene, señorita Beryl?
- Catorce años.
- Qué hace usted?
- Señora Beryl.
- Oí que decían: –Señora Beryl ¿quiere usted aproximarse?
- Oh, sí.
- Nos dirá usted verdad, señora Beryl?
- Oh, sí.
- Conocía usted al señor Yeats?
- Sí.
- Lo veía a menudo?
- No.
- Lo vio durante la tarde, señora Beryl?
- No.
- Tenía su marido hipotecada la huerta al señor Yeats?
- Sí.
- Había pedido prórrogas su marido al señor Yeats?

–Sí.

–Se las había negado el señor Yeats?

–Sí.

–Dónde pasó la tarde, señora Beryl?

–En la huerta.

–Haciendo qué?

–Labrando.

–Hacia qué rumbo?

–Hacia el rumbo de los arvejales y de las flores.

Mi padre era un hombre alto, delgado, había sufrido siempre; ahora mismo se quejaba de violentos dolores. Había sido siempre labriego, y algún día cuidador de cabras. No hablaba casi nunca.

–Señor Beryl ¿nos dirá usted verdad?

–Sí.

–¿Conocía usted al señor Yeats?

–Sí.

–Lo veía a menudo?

–No.

–Lo vio durante la tarde, señor Beryl?

–No.

–Tenía usted hipotecada la huerta al señor Yeats?

–Sí.

–Había pedido prórrogas al señor Yeats?

–Sí.

–Se las había negado el señor Yeats?

–Sí.

–Iba usted a saldar su deuda?

–No.

–Dónde pasó la tarde, señor Beryl?

–En la huerta.

–Haciendo qué?

–Labrando.

–Hacia qué rumbo?

–Hacia el rumbo de los arvejales y de las flores.

–Y labra usted una tierra que ya va a perder?

–Sí.

—Qué pensaba hacer cuando abandonase esta tierra?

—.....

—Conteste, señor Beryl.

—Creo que daría lo mismo que les dijese una cosa u otra.

Se iban, y era de verlos entre las enredaderas, cerca de los pequeños pepinos y de las calabazas moradas.

Caminé en torno a la casa. La luna se encendió y lo trabajó todo, lo volvió mármol, azúcar y porcelana. La constelación de las luciérnagas también se prendió. A través de ella pasaba una zorra, como un adefesio, como un cometa muerto. Sobre todo, hacia el sur, las luciérnagas ardían rojas, azules, grandes, verdes; parecían almas que viviesen a gritos, a sobresaltos, rabiosamente, la gloria de Dios.

Lejos, divisé el arvejal, con sus vainas azules, bien colmadas; hasta me pareció sentir su aroma; los monstruos nocturnos ya lo atravesaban dando alaridos; yo les tenía miedo; de pequeña me habían dicho que devoraban las manos. Instintivamente, oculté las mías. A dos o tres pasos, mis padres se rieron.

Ya a mi lado aspiraban el aroma de la luna, de las arvejas, de todo. De súbito me acerqué a mi padre, le llevé los brazos al cuello; él me asió la cintura: —Es bueno todo esto, ¿verdad?

—Oh, sí!

Y con voz quemada, honda, casi aterciopelada, uno de los tres dijo: —¿Hice bien en matarlo?

13

Mi hija rompió a llorar.

—Calla, Margaret, calla; si lloras, no llegaremos nunca.

La luna salía de las nubes como una paloma y lograba sacar de las nieves alguna lentejuela, alguna hiedra de color. Yo quería que Margaret mirase aquello y se alegrase. —Mira, Margaret. Pero, ella sólo miraba a un lado y a otro, a los pinos cubiertos por la inexorable nieve; pero, mostrando todavía algún negro hueso, algún pingajo. Y el reno —un animal crecido en mi casa— oteaba también a un lado y a otro; yo le veía la cara de perfil, vieja, deforme, milenaria.

—Calla, Margaret.

Sí, acaso fue una locura aquel viaje, de noche, hacia el castillo de Ullason, —acaso estuviésemos sólo en mitad del camino— una locura haber aceptado aquel puesto de maestra en la torre de Ullason; pero, es que en ese instante no me quedaba otro remedio. Tal vez algún día Margaret contara a alguien riendo: —“Mi madre me hizo atravesar una noche el campo de Ullason”. Tal vez algún día Margaret comprendiese y perdonara aquellos locos cuentos que yo le había dado por niñez, la loca historia que había sido su vida a mi lado. Pero, es que yo no podía imaginarme a Margaret en lo porvenir, que el cabello que ahora le rozaba la cintura estuviese un día apretado en una pequeña corona cerca de su sien. Sentí necesidad de abrazarle los hombros: —Quiéreme, Margaret, quiéreme, que yo te quiero. Pero, ella sólo lloraba y el reno era sensible al llanto de la niña; bramaba y rugía y así era una historia de nunca acabar. Para peor, sobre uno de los pinos apareció un esqueleto colgado; yo traté de cubrir los ojos de Margaret; pero, ella lo vio y por un instante interminable estuvo preguntando: —Mamá, ¿quién es ese hombre? ¿quién es ese hombre?

Y soplabâ un viento contrario. El reno ponía su cara torcida como bandera de combate. Y a las veras, los cipreses se separaban tanto y se afilaban tanto que ya parecían postes de una telegrafía espantosa.

En ese instante el otro trineo empezó a cabalgar detrás del nuestro. Margaret lo habrá oído porque a mí me pareció que quedó muda de horror. El otro trineo cabalgó de tal modo que se acompasó al nuestro. Yo lo miré pero, entonces, vi que sobre el otro pescante iba yo misma. Reconocía la mantellina que el viento quería llevarme, mi cara blanca y afilada, y a Margaret en mis brazos, y al reno de mi casa. Entonces, golpeé las riendas, sacudí las riendas. —Oh, aquel trineo llevaba también al camino de Ullason! Y en ese instante la torre había aparecido cerca del cielo, la vi apagar y prender su luz verde. Golpeé las riendas. El reno cabalgó de tal modo, que los cascos se le volvieron de plata.

El puente apareció de súbito. El otro trineo lo pasó bien, casi volando. Pero la madera era vieja, derruida, se derruyó. Cuando abrí los ojos, el reno iba a morir, abría la boca grande, llena de

dientes amarillos tratando de matar a la muerte, de devorar a la muerte, y Margaret había muerto, y yo iba a morir, porque a pesar de todo, Margaret había sido lo único que yo había amado en la vida. Sólo me quedaba un minuto, y sólo pude mirar al otro trineo raudo —en el que iba yo misma con mi Margaret y mi reno— aéreo, seguro, casi volando, hacia el castillo de Ullason.

14

Había hecho un buen negocio con la piel de los zorros cazados en el corazón del gran bosque y con la carne de los peces cazados a la orilla del gran río; e iba a depositar su fortuna en la ciudad de madera cuando la ciudad lo deslumbró, lo empujó, lo hechizó. Oh, nunca hubiese imaginado aquellas torres de madera, aquellas tiendas de frutas de colores, aquellas manzanas como cabezas lampiñas, y sobre todo, las palomas que lo picaban todo y lo adoraban todo. —Acaso ¿se había cerrado el monasterio cercano y las monjitas venían a continuar allí, en cualquier parte, un rosario interminable? —y las mujeres como clavelinas monstruosas, sobre los pequeños carruajes, rosadas, ardientes, azules como la ceniza, blancas. Llegó hasta el hombre que vendía las frutas en el preciso instante en que Ethel Moris guiaba por allí su pequeño carruaje. Le pareció que alguien entre la multitud se azoró y clamó: —Oh, Ethel Moris! Ella voló sobre un tumulto de flores. ¿Ethel Moris? El nombre había sonado en el aire como el silbido, como el destello de un guijarro azul, de un berilo, de una cajita de almendras, al entreabrirse, como el nombre de una planta de lilas recién descubierta, recién bautizada. Él, grande, oscuro, la alcanzó en la otra calle. Ella, ahora, guiaba lentamente, porque las palomas se detenían en la mitad de la calle sobre alguna fruta demasiado madura; las palomas le visitaban el hombro, la trenza, el borde azul del vestido; se le iban y volvían.

Él nunca había visto un rostro tan pequeño y tan hermoso ni una trenza tan parecida a una corona: —Ethel Moris! Dígame usted su nombre, Ethel Moris! Ella guiaba impassible; de perfil, el ojo

grande y gris con estrías de oro; era como si siempre estuviese mirando un lejano paisaje de niebla donde jugasen cervatitas de oro.

—Dígame usted su nombre, Ethel Moris!

Le parecía estar mirando alguna de las estampas adoradas en su niñez, una postal de Año Nuevo —Dígame usted su nombre, Ethel Moris—, que alguien iba a clamar: —Allí va la reina Lavanda II... Doña Paloma de... santa Manzana de...

De súbito, al pasar, sin detenerse, compró un ramo de lilas y se lo echó en el borde azul del vestido. Ella prosiguió impasible. —Oh, Ethel Moris! ¿no se da cuenta de que la estoy amando infinitamente?

Pero, ahora habían llegado a otro paisaje. Allí las criptas y los fresnos y las magnolias (quietos remolinos de alabastro). Por un segundo el trineo se agrandó, giró sobre sus ojos; luego, lo vio distante como un insecto que llevase a cuestas una margarita azul.

Erraba por una ciudad que había perdido el nombre, entré manzanas sin color y monjas que no sabían rezar. Diez veces volvió sobre sus pasos.

Dio con el Banco; pero, se equivocaba de ventanillas y de números. Al fin topó con la barraca donde guardaban los caballos de los forasteros y vendían vino: —Vino.

El humo comía la cara de los parroquianos. —Vino. —Vino. —Vino.

Hasta que se atrevió a preguntar al patrón: —Conoce usted a una dama llamada Ethel Moris?

—Sí, la conocía —el hombre lo miró con asombro a pleno rostro— antes... años antes... cuando estaba viva.

—Ah.

El humo comía la cara de los parroquianos.

—Vino. —Y mi caballo.

—¿Ha de ir lejos, no?

—Sí.

Caminó hacia la puerta, y antes de pasarla se volvió y volvió a contestar: Sí. Lejos.

Allá, por la luna y las praderas, adivino las casonas cargadas de muchachas. Aquí en un costado del jardín, sobre las fresias y los nardos rugen las almas; y es como si cien abejas crepitasen en el aire. Podría acercarme a sentir el delicioso escalofrío; pero, no. Ahora, dejo caer mi manto negro porque no quiero parecer un monstruo; pero, mi vestido fulge demasiado. Es larga la pradera y es larga la luna; no pasa nadie; lejos, el arador nocturno continúa su trabajo; sobre las colinas monta guardia una oveja monstruosa.

Llego a los campos de Esther. Las ratas trepan por las espigas buscando el leve pan. Los naranjos parecen naranjas oscuras y enormes. Llego a la casa de Esther. Los magnolios sostienen en sus tentáculos negros, calaveras blancas; las glicinas, en la sombra, parecen grises, murciélagos sutiles, pájaros livianísimos, telarañas. Llamo: —Esther!

Que no me oiga la madre, que nadie me escuche, que sólo ella escuche.

Voy hacia su ventana: —Esther! Y ella se levanta, se yergue en el lecho. /

—Esther, Esther, Esther —pienso— y digo, con una voz finísima: —Esther.

Pero, entonces, ella da un grito horrible que vuela por las habitaciones. Y yo retrocedo hacia los árboles, y las espigas se cierran sobre mí.

Y los otros habitantes de la casa se levantan con lámparas y cuchillos y: ¿Era una sombra o un pájaro?... ¿Quién vino?

Y Esther dice a gritos mi nombre.

Y una hora después se ha hecho otra vez el silencio. Y yo huyo a través de todas las espigas y de toda la pradera con los ojos llenos de lágrimas y el pobre corazón desesperado.



HISTORIAL DE LAS VIOLETAS

1965

A Pedro di Giorgio y Clemen Médicis, mis padres,
a mis hermanos Nidia y Ramiro Lacoste.

Historial de las violetas fue publicado en el número 21 de la colección Aquí Poesía, Montevideo, 1965; 48 páginas. Obtuvo el premio del Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay.

1

Me acuerdo del atardecer y de tu alcoba abierta ya, por donde ya penetraban los vecinos y los ángeles. Y las nubes –de las tardes de noviembre– que giraban por el suelo, que rodaban. Los arbolitos cargados de jazmines, de palomas y gotas de agua. Aquel repiqueteo, aquel gorjeo, en el atardecer.

Y la mañana siguiente, con angelillas muertas por todos lados, parecidas a pájaros de papel, a bellísimas cáscaras de huevo.

Tu deslumbrador fallecimiento.

2

Cuando miro hacia el pasado, sólo veo cosas desconcertantes: azúcar, diamelas, vino blanco, vino negro, la escuela misteriosa a la que concurrí durante cuatro años, asesinatos, casamientos en los azahares, relaciones incestuosas.

Aquella vieja altísima, que pasó una noche por los naranjales, con su gran batón y su rodete. Las mariposas que, por seguirla, nos abandonaban.

3

Por el jardín las flores, las cebollitas tornasoladas. Es la tarde de María Auxiliadora. Y la Virgen está allá en el cielo pintada con sus pimpollitos, su alhelí, dulcemente a la acuarela, con su niño y sus estrellas. Y un ángel –pequeño– se hace evidente cerca de su sien, resplandece por un instante, desaparece, vuelve a aparecer. De pronto, se lanza hacia la tierra, cruza el bosquecillo, entra en la casa, se asoma a los pasteles de manzana, me mira, lo miro fija-

mente y empiezo a llorar, se va volando, volando, de nuevo, hasta la Virgen.

4

Es la noche de las azucenas de diciembre. A eso de las diez, las flores se mecen un poco. Pasan las mariposas nocturnas con piedrecitas brillantes en el ala y hacen besarse a las flores, enmaridarse. Y aquello ocurre con sólo quererlo. Basta que se lo desee para que ya sea. Acaso sólo abandonar las manos y las trenzas. Y así me abro a otro paisaje y a otros seres. Dios está allí en el centro con su batón negro, sus grandes alas; y los antiguos parientes, los abuelos. Todos devoran la enorme paz como una cena. Yo ocupo un pequeño lugar y participo también en el quieto regocijo.

Pero, una vez mamá llegó de pronto, me tocó los hombros y fueron tales mi miedo, mi vergüenza, que no me atrevía a levantarme, a resucitar.

5

Anoche realicé el retorno; todo sucedió como lo preví. El plantío de hortensias. La Virgen –paloma de la noche– vuela que vuela, vigila que vigila. Pero, los plantadores de hortensias, los recolectores, dormían lejos, en sus chozas solitarias. Y mi jardín está abandonado. Las papas han crecido tanto que ya asoman como cabezas desde abajo de la tierra, y los zapallos, de tan maduros, estiran unos cuernos largos, dulces, sin sentido; hay demasiada carga en los nidales, huevos grandes, huevos pequeñitos; la magnolia parece una esclava negra sosteniendo criaturas inmóviles, nacaradas.

Toqué apenas la puerta; adentro, me recibieron el césped, la soledad. En el aire de las habitaciones, del jardín, hasta han surgido ya, unos planetas diminutos, giran casi al alcance de la mano, sus rápidos colores.

Y el abuelo está allí todavía ¿sabes? como un gran hongo, una gran seta, suave, blanca, fija.

No me conoció.

6

Aquel verano la uva era azul —los granos grandes, lisos, sin facetas—, era una uva anormal, fabulosa, de terribles resplandores azules. Andando por las veredas entre las vides se oía de continuo crecer los granos en un rumor inaudito.

Y en el aire había siempre perfume a violetas.

Hasta las plantas que no eran de vid daban uvas. Llegaron mariposas desde todos los rumbos, las más absurdas, las más extrañas; desde los cuatro rumbos, llegaron los gallos del bosque con sus anchas alas, sus cabezas de oro puro. (Mi padre se atrevió a dar muerte a unos cuantos y se hizo rico).

Pero salía uva desde todos lados. Hasta del ropero —antigua madera— surgió un racimo grande, áspero, azul, que duró por siempre, como un poeta.

7

Yo no sé, pero, veo a la langosta, en el plato de plata, roja, delicadísima, castaña; bajo sus costillas de arroz, viven el amor, la champaña, las bodas futuras, los crímenes extraños, el agua, todo vive bajo su sacón de pimpollitos rojos.

8

A veces en el verano, llueve, sólo un poco, debajo de los árboles. Entonces, aparecen los grandes caracoles que avanzan siempre como si estuvieran inmóviles; pero, avanzan siempre, estiran el cuello, todo lo miran y escudriñan. A veces, se retraen tanto,

se vuelven tanto sobre sí mismos, que ya parecen yo-yos de nácar, tomates de cristal.

Ese ejército espumoso me da miedo y alegría. Y mamá allí, que inmóvil vigila con sus largas alas, sus “aigrettes”.

9

Anoche, vi otra vez, la cómoda, la más antigua, la de las bodas de mi abuela y la juventud de mi madre y de sus hermanas, la de mi niñez: allí estaba con su alto espejo, sus canastas de rosas de papel.

Y vino la periquilla blanca –casi una paloma– desde los árboles, a comer arroz en mis manos. La sentí tan bien que iba a besarla.

Pero, entonces, todo llameó y se fue. Dios tiene sus cosas bien guardadas.

10

A esta hora las chacras se quedan solitarias; pero, de vez en vez, sobresalen de entre las hojas, las cabezas negras de los ladrones.

Andando por algún camino, surgen de pronto, los gallos salvajes y están allí, de pie en el aire –la uña en corva, la negra cresta llameante–, están allí de pie, escudriñando, escuchando.

Y antiguas voces, clamores increíbles, vuelven a contar, a anunciar sucesos ya remotos, viejas bodas, viejos funerales.

Y la luna, quieta, traicionera, en su cueva de membrillos.

11

El gladiolo es una lanza con el costado lleno de claveles, es un cuchillo de claveles; ya salta la ventana, se hinca en la mesa; es un fuego errante, nos quema los vestidos, los papeles. Mamá dice que es un muerto que ha resucitado y nombra a su padre y a su madre y empieza a llorar.

El gradiolo rosado se abrió en casa.
Pero, ahuyéntalo, dile que se vaya.
Esa loca azucena nos va a asesinar.

12

Aquellas botellitas de perfume, aquellas botellitas color oro, color limón de oro, color perfume, aquellos porroncitos diminutos, aquél sándalo, aquella clavelina, esa violeta, pesaban como un higo, como un solo grano de uva, rojo y rosado y color oro, como un grano de uva roja y rosada y color oro aquellas botellitas increíbles. En torno a ellas reconstruyo la casa.

¿Dónde habitarán ahora? ¿Sólo en un recuerdo, en un espejo, en la fotografía más vieja? A veces, transitan por el aire, las conozco; se dirigen allá, llegan a aquel lugar estratégico. Y mis trenzas de antaño las encuentran.

13

Ellos tenían siempre la cosecha más roja, la uva centelleante. A veces, al mediodía, cuando el sol embriaga, —si no, nunca nos atreviéramos— mi madre y yo, tomadas de la mano, íbamos por los senderos de la huerta, hasta pasar la línea casi invisible, hasta la vid de los monjes. La uva erguía bien alto su farol de granos; cada grano era como un rubí sin facetas con una centella dentro. Ellos estaban aquí y allá con las sayas negras o rojas, y parecían escudriñar diminutas estampillas, grandes láminas, o meditar profundamente sobre el Santo de esos lugares. A nuestro rumor alguno dirigía hasta nosotras la mirada como una flecha de oro o de plata. Y nosotras huíamos sin volvernos, temblando bajo el inmenso sol.

A veces, en el trecho de huerta que va desde el hogar a la alcorba, se me aparecían los ángeles.

Alguno, quedaba allí de pie, en el aire, como un gallo blanco —oh, su alarido—, como una llamarada de azucenas blancas como la nieve o color rosa.

A veces, por los senderos de la huerta algún ángel me seguía casi rozándome; su sonrisa y su traje, cotidianos; se parecía a algún pariente, a algún vecino (pero, aquel plumaje gris, siniestro; cayéndole por la espalda hasta los suelos...). Otros eran como mariposas negras pintadas a la lámpara, a los techos, hasta que un día se daban vuelta y les ardía el envés del ala, el pelo, un número increíble.

Otros eran diminutos como moscas y violetas e iban todo el día de aquí para allá y éstos no nos infundían miedo, hasta les dejábamos un vasito de miel en el altar.

Los hongos nacen en silencio; algunos nacen en silencio; otros, con un breve alarido, un leve trueno. Unos son blancos, otros rosados, ése es gris y parece una paloma, la estatua a una paloma; otros son dorados o morados. Cada uno trae —y eso es lo terrible— la inicial del muerto de donde procede. Yo no me atrevo a devorarlos; esa carne levísima es pariente nuestra.

Pero, aparece en la tarde el comprador de hongos y empieza la siega. Mi madre da permiso. Él elige como un águila. Ése blanco como el azúcar, uno rosado, uno gris.

Mamá no se da cuenta de que vende a su raza.

16

Los labriegos nocturnos labran la tierra; la luna es más piadosa que el sol.

Veó al abuelo, a la abuela, a los vecinos, a mi padre, a mi madre. Corren detrás del arado, la mansera; los bueyes llevan el asta como la cruz a cuestas, como si ya divisaran su monte Calvario. La tierra al abrirse, deja salir seres innominados: un hueso, un hongo, un huevo.

Como no las vén, las ovejas se acercan a la casa, roen el jardín de nardos; parecen dioses venidos a menos, ya sin ninguna pretensión.

La luna sube de pronto como una achira, como un churrinche, mas en lo alto, queda blanca y fija igual que una paloma sin alas.

Los caballos y las vacas trotan, cansado ya, pero, siempre paciente, su viejo corazón trabajador. Veo a los abuelos, los padres, a Ana y María —las siervas—, a Pablo y a Juan. Están todos. Y parecè que no hay nadie.

17

Soy siempre la misma niña a la sombra de los durazneros de mi padre. Los duraznos ya están oscuros, ocre y rosados, ya muestran los finos dientecllos, la larga lengua de oro, las manzanas y las peras aún son verdes; en su follaje me refugio. Pero, espío hacia la casa, escucho las conversaciones, las fogatas; veo llegar de visita, los parientes, los vecinos; pása de largo el húmo arriba de los pinos; resuena la campana del té.

Y yo estoy allí oculta en medio de la fronda. Los duraznos son como siniestros pimpollos de rosa.

18

PA

A esa hora, los animalitos de subtierra empezaban su trabajo, (los que usan saco duro y laboran al ritmo de tambores: toc-toc). A esa hora la luna llegaba hasta aquel sitio logrando su máximo

fulgor; y el palomar se desataba sobre la luna; pero esos pájaros, de lejos, parecían mariposas, grandes moscas centelleantes. Las palomas sobrevolaban a la luna, la picoteaban, la acariciaban.

Y todo esto se hacía más evidente al mirar las cosas desde el bosque negro de naranjos. Y los abuelos allí sentados, inmóviles, con sus batones en rosa pálido, sus aciagas trenzas.

Siempre tenían en la mano algo excesivamente brillante, lo mostraban, lo escondían. ¿Es que se cayó una paloma? —yo me acercaba, espiaba, suplicaba— ¿o es una liebre cilla de los lirios?

Pero ellos, daban siempre una respuesta extraña: —Es un santo, —decían— es San Carlos, San Cristóbal, es Santa Isabel.

No puedo ordenar mis recuerdos.

La luna me los desbarata cada vez.

19

Más allá de la tierra, por el aire, en el plenilunio, como una vara de azucenas, su costado se carga sin treguas, de jacintos, de narcisos, de azucenas. Los lobos al mirarle se amilanan; los corderos se arrodillan, locos de amor y de miedo. Él ambula, va, como un candelabro errante, como una hoguera, va hacia la casa, pasa junto a los armarios, al hogar; con sólo mirarlas asa las manzanas, las abrillanta, las envuelve en papel confitado, echa piedrecillas de colores en el arroz, hace fosforecer los panes y las peras. Se hinca en mitad de la mesa como una vara de yuca por noviembre, caza una estrella, se carga de velitas, de piñones, botellitas. Va hacia el dormitorio, gira sobre mi sueño, sobre mis ojos bien abiertos; se sostiene en el aire como una corona hecha por tres hileras de perlas, como una lámpara. Es un pez, una rama de coral fuera del agua con cada coral bien henchido igual que un pimpollo o como un labio. Vuelve hacia la luna; ahuyenta a los caballos, las lechuzas, que se precipitan en vuelo en un instante y se detienen. Me llama. A mí que estoy desvelada; y nos vamos más allá de las colinas, de los labriegos nocturnos que quisieran segar lo como a una hortensia.

Las margaritas abarcaron todo el jardín; primero, fueron como un arroz dorado; luego, se abrían de verdad; eran como pájaros deformes, circulares, de muchas alas en torno a una sola cabeza de oro o de plata. Las margaritas doradas y plateadas quemaron todo el jardín. Su penetrante perfume a uvas nos inundó, el penetrante perfume a uvas, a higo, a miel, de las margaritas, quemó toda la casa. Por ellas, nos volvíamos audaces, como locos, como ebrios. E íbamos a través de toda la noche, del alba; de la mañana, por el día, cometiendo el más hermoso de los pecados, sin cesar.

A la hora en que los robles se cierran dulcemente, y estoy en el hogar junto a las abuelas, las madres, las otras mujeres; y ellas hablan de años remotos, de cosas que ya parecen de polvo; y me da miedo, y me parece que esa noche sí va a venir el labriego maldito, el asesino, el ladrón que nos va a despojar de todo, y huyo hacia el jardín y ya están las animalejas de subtierra —digo yo—, ellas tan hermosas, con sus caras lisas, de alabastro, sus manos agudas, finas, casi humanas, a veces, hasta con anillos. Avanzan por los senderos, diestramente.

Asaltan la violeta mejor, la que tiene un grano de sal, la celestia que humea como uña masita con miel, el cñastillo de los huevos de mariposa —oh, titilantes—.

Actúan con tanta certeza.

Una vez mi madre dio caza a una, la mató, la aderezó, la puso en mitad de la noche, de la cena, y ella conservaba una vida levísima, una muerte casi irreal; parecía huida de un banquete fúnebre, de la caja de un muerto maravilloso. La devorábamos y estaba como viva.

El anillo que yo ahora uso era de ella.

22

Las cebollas de plata, de gasa bermeja, con sus trenzas muy rígidas, sus rizos muy lacios, el ajo, de marfil y de lilas, envuelto en un capullo de organdí y de humo, las papas deformes, que por esas excentricidades de la subtierra, de pronto, echan al costado un pimpollo de rosa en rosa encendido, las ramitas de mármol de la coliflora, que más parecen glicinas sabrosas, el tomate como naranja carnavalesca, las arvejas, en azul muy pálido, como perlas españolas, la lechuga en perpetua adolescencia, con su paso verdeluz, lleno de gracia, los peces, partidos al medio y cargados de perlitas y de alitas y de flores, el pollo, de muerte reciente y ya envuelto en un halo de arroz, de ciruelas y óleo, la nuez milenaria, llena de arrugas y de perfume, como perfumero o viejecita, la liebre —parecida a la muerte— de largas orejas, escuchando dormida, las viejas pastoras vestidas de rafia, los mercaderes. Papá.

23

Los gladiolos son de mármol, de plata pura, de alguna tela fantasma, de organdí; son los huesos de María Santísima, que aún andan por este mundo.

Hace mucho me persiguen esas varas espectrales. Por la noche cruzan la ventana; si estoy soñando se entran en mi sueño, si me despierto, están de pie junto a la cama.

Los gladiolos son como los ángeles, como los muertos. ¿Quién me libra de esa vara tenue, de la mirada de ese ciego?

24

Todas la muerte y la vida se colmaron de tul.

Y en el altar de los huertos, los cirios humean. Pasan los animales del crepúsculo, con las astas llenas de cirios encendidos y están el abuelo y la abuela, ésta con su vestido de rafia, su corona de pequeñas piñas. La novia está todo cargada de tul, tiene los huesos de tul.

Por los senderos del huerto, andan carruajes extraños, nunca vistos, llenos de niños y de viejos. Están sembrando arroz y confites y huevos de paloma. Mañana habrá palomas y arroz y magnolias por todos lados.

Tienden la mesa; dan preferencia al druida; parten el pastel lleno de dulces, de pajarillos, de perlitas.

Se oye el cuchicheo de los niños, de los viejos.

Los cirios humean.

Los novios abren sus grandes alas blancas; se van volando por el cielo.

25

De ciprés a ciprés iban los planetas, alguno, grande, fijo, como un limón, como una llama.

De ciprés a ciprés iban los trenes. Su violín triste, señalando el desencuentro, el sur de todas las cosas. A veces, los mayores decían algo como: "Oswald ha muerto y lo llevan a la estación de..." pero para ella, que sólo tenía cinco años, casi no poseían sentido ni Oswald ni la muerte.

A esa hora los mayores —el abuelo, la abuela, el padre, la madre— se retiraban al altar. Pero ella quería quedarse en ese rincón del jardín, mirando caer las piñas. Oh, los livianos maderos llenos de guindos extraños.

Así que Iván apareció y le dijo: —Mi corazón es un conejo. Y ella tuvo que mirar hacia arriba, porque él era alto, él era un hombre. Él se inclinó, se arrodilló; ella le miraba el pecho, buscándole dos hojas largas y blancas, dos orejas largas y blancas. Pero, de súbito, lentamente, empezó a adivinar. Su terror fue tanto que en vez de huir hacia la casa, entró en el bosquecillo; resbalaba entre las ramas; pero, allí parecía haber unas mujeres y unos hombres, quietos bajo el manto, quizá con qué horrible designio, y animales de cuatro y cinco ojos verdes, fijos, que la escudriñaban, la miraban centralmente.

Así que olvidándose casi hasta de ella misma, salió al descampado; iba a meterse entre las viñas, las grandes hojas le darían sosiego.

Pero, ya pasaban los murciélagos del crepúsculo fumando sus pequeños cigarrillos de plata. Y se detuvo. A dos o tres metros, Iván la descubrió, avanzaba hacia ella, ella se desvanecía, él la levantó, la abrazó, le decía: —No llores, te llevaré de nuevo hacia la casa.

Ella sabía bien que no era cierto.

26

Cuando todavía andaba con los mercaderes, después del largo desierto, un campo de plata. Lejos, algún molino solitario; cerca, los árboles como espantapájaros cubiertos de rocío. Más allá del velo de la luna y los vapores los camellos empezaron a labrar las hojas y eran como dulces monstruos de otra historia. El jefe —la boca sequísima llena de dientes como perlas, como un molusco que se hubiese ido en perlas, en un cáncer de perlas—, oteaba el aire azul, aspiraba; sus sentidos eran finísimos. Anunció que se iba aproximando una futura víctima nunca imaginada, un ser singular, algo con lo que nunca jamás íbamos a hallar parecido. La verdad era que todos teníamos una terrible hambre porque la vigilia había sido demasiado larga y todavía estábamos bien distantes de todo. Aprestamos las lanzas. La niña cayó de súbito en nuestro círculo, antes de lo que esperábamos.

Detrás del rocío los camellos se pusieron alertas. Venía desnuda; el aire le movía el cabello; parecía no recordar una sola palabra, no oír nada; sólo sus ojos se fijaban poderosamente en todo; tenía el cuello largo y hermoso y los ojos levantados y hermosos. Por juego la dejábamos escapar y le volvíamos a poner cerco.

De pronto, lejos, lejísimo, más allá de los valles y los montes, una voz clamoreó, repitió un nombre de muchacha, un nombre parecido a —Isabel!... a —Isabel!...

Entonces, por un segundo, ella escuchó atenta, luego, sin decir una sola palabra, sin oír nada, se nos huyó sin que pudiéramos detenerla.

A la sombra de una parva de pastos plateados le dimos caza definitivamente. Los senos le latían como dos palomitas con miedo. No nos costó ningún trabajo matarla.

Su carne era riquísima; su tuétano, delicioso. Tenía el mismo sabor de esos monstruos de cabello blanco que nacen adentro de las matas de lirio y no se salen nunca de allí.

27

Entre la lavanda y la alhucema pasa la reina de los valles, entre las margaritas como huevos pálidos, asados, y las celedonias y las diademas de miel pasa la reina de la belleza en su carro azul tirado por un caballito del bosque y una mariposa.

Pero, cae la noche y se encienden las grandes estrellas que dan miedo, y a la fuente vienen a buscar agua, los árabes, y a beber, los camellos. Y una joven gacela huye de su madre y roe las flores en torno a la casa y un joven camello se le enamora. Y ella accede a amarlo. Y yo le grito, dándole un nombre de flor o de muchacha: —Margarita, es pecado!

Y ella vuelve hacia mí, el rostro casi de oro, los altos pétalos de la frente y me dice: —¿Y qué?

28

Afuera ruge el bosque; adentro está la fiesta; los hombres y las mujeres van de una pared a otra, las muchachas más leves que abanicos. Mi madre conserva su esbeltez niña, mi padre la corteja, hace años que aguarda el sí o el no, esa palabra como una joya final que ella no dará nunca; mi padre la corteja aunque ya ardió muchas veces la vara de manzano y tienen hijos casi donceles. Hasta que empieza el vals y esos rostros comienzan a hamácarse y mi madre es la estatua hacia la que miran todas las conquistas.

Y el pavo —degollado hace una hora, su cabeza como una joya, en cualquier parte— se envanece, se pavonea porque se bebió todas las nueces y un jacinto de caña.

Y yo estoy en este otro lado, inmóvil, junto a esa ave ebria.

Y ruge el bosque y la luna da órdenes; y sólo mamá es el Amor.

A los diez años

yo era aquella alta niña rubia
al pie de las parvas de papas que mi padre levantaba
cerca de los rosales y la luna.

Ardían las legumbres, la paja de oro, los caballos blancos desconocidos

que, a la tarde, venían a visitarnos,
la cabellera hasta el suelo, igual a la mía,
los ojos como medallones con zafiros,
la boca llena de tremendas perlas,
iban arriba de la tarde,
encima de la noche de rocío;
ellos eran como reyes, soldados
de una victoria en la que no teníamos parte.

No sé si eran cincuenta o sólo uno,
nunca pude contarlos,
pasaban como nubes, como sueños;
rompieron el corazón de porcelana de la huerta,
se asomaban a mirarles las lechuzas, los gigantes,
pero, cabían en mis manos,
galoparon, dulcemente,
adentro de los aparadores de la abuela.

Nos avisaron antes de que firmásemos el contrato; pero, era una tierra tan hermosa, tan plena de acelgas y de rosas. Además, ellos disimularon por varios días. Hasta que un día de pronto, aparecieron los ángeles; se abrían en abanico delante del arado de mi madre; alguno quedaba como una rosanieve, fija, en la oreja del caballo. Todo el día iban de aquí para allá, como árboles errantes, transparentes; cruzaban las habitaciones, se les veía arder la cara de cera, los ojos azules, el cabello largo, de lino o de tabaco; por

cualquier lado nos hallábamos una de sus perlas; ardían adentro del espejo, de la cama, de la mesa, como un ramo de pimpollos. Por la noche, entraban a robarnos la miel, el azúcar, las manzanas. Y al alba ya están sentados en la puerta cuchicheando en su suave idioma del que nunca entendimos una palabra. Ponían unos huevos rosados, pequeños y brillantes, que parecían de mármol, que se abrían enseguida y dejaban salir nuevas bandadas de ángeles.

A veces, mi madre creía saludar a una vecina; pero, a la otra, de pronto, le empezaba a arder la frente, una rosa extraña en la cintura.

Así, no pudo soportarlo más y vendió la huerta. Cuando nos íbamos para siempre, yo logré llevarme un ángel —pequeño— bajo el manto. Pero, en mitad del camino, mamá se dio cuenta y lo ahuyentó.

31

Las estrellas ardían un poco lilas, un poco funerarias, como si se les hubiese caído la envoltura brillante, el papel de colores; y rugía, remotamente, el cañaveral de los muertos. Pero, era una hermosa tardecita, era abril. La asamblea había tenido lugar en la cueva; pero, ya estábamos bajo el membrillar. El jefe dio las últimas instrucciones. No podía haber fracaso. Cada uno pensó en su casa, allí cerca en cada huerto; era la hermosa hora, la del humo, la de los cirios rojos, cuando cada abuela taconeaba dulcemente en torno al pastel de manzanas: "Todavía éramos casi niños; algunos de nosotros teníamos novia y era la hora de ir a visitarla; algunas de nosotras teníamos novio y era la hora de que nos viniesen a ver. Así, sentimos nostalgia, miedo, y también, una gran audacia.

Empezamos a reptar; cerca, lejos, pasaba algún amo de los huertos, con una pequeña carga de manzanas, un jarrón de leche. Aparecieron los gladiolos, como un mar de espumas, de cisnes; se les sentía el aroma a azúcar, a azahar; en parte, hubo que segarlos, nos diezmaban. Cerca del linde, la reunión se realizó otra vez. La casa apareció de súbito, las puertas de par en par. Nos encaramábamos, nos escondíamos. Ella taconeó dulcemente; se le veían los

cirios, las manzanas; se asomó, ya, con un temblor, un frío presentimiento. Alguno de nosotros no pudo reprimir un pequeño grito de ansiedad, un silbo como de víbora.

Y las estrellas cayeron al silencio. Los gladiolos brillaron como nunca.

32

Decían que iba a venir de visita el dios. Desde el alba empezó el trajín. Pusimos el mantel mejor, los exquisitos huevos en almíbar, los platitos bien cargados de olivas bien maduras y de perlas. Toda la mañana espiamos al aire y al cielo, los árboles, las nubes solitarias. Alguien tocó a la puerta; no pudimos atenderle, queríamos estar a solas y rezar.

Pero, al mediodía, él llegó sin que viésemos por dónde. Allí estaba con sus largas trenzas, su mantón de lana, sus larguísimas astas de madera; nos arrodillamos, rezábamos, llorábamos; le servimos el manjar mejor, el gallo de fantasía, todo lleno de grandes grageas; almorzó, bebió; recorría la casa; dijo que quería llevarse algo, ya que no iba a volver jamás. Revisó el aparador, las telarañas, las tacitas de porcelana, el gran reloj al pie de la cama de la abuela, olfateó el roble, la albahaca, registró la cómoda, cajón por cajón, miró en el álbum; preguntó quién era Celia. Le mostramos la hermana pequeña.

La eligió.

33

Porque di en recordar todo, la vieja casa, el caballo de mi padre, el hongo aquel que nació cerca de la casa —él también una criatura, la voluntad de Dios— el gusto que tenía, la otra morada allá en lo alto, el diálogo interminable de mi madre con los parientes, la escuela, la maestra, el caminillo de acelgas nacaradas, rojas, azules, sonrosadas, la vuelta de la escuela cada tarde, el carromato de los

astros, la polvareda de los astros, mi primer casamiento, cuando la abuela fue sacerdote sumo —y tan fiel—, el delantal de organdí que usé entonces, la corona de pequeñísimos bizcochos. Los teruterus, una bandada de lágrimas.

34

No sé de dónde lo había sacado mi padre.—él no salía nunca—; tal vez, desde el linde mismo del campo; allí estaba, el nuevo cuidador de las papas. Le miré la cara color tierra, llena de brotes, de pimpollos, la casaca color tierra, las manos extrañamente blancas y húmedas, que tentaban a cortarlas en rodajas y a freírlas. Pero, el abuelo no dijo nada y mi madre, tampoco. Sólo los perros adivinos empezaron a dar saltos y a gruñir y hubo que echarlos al jardín y ponerles cerrojo. Él se marchó, escopeta al hombro, hacia el gran cantero; allí quedaría bajo la luna, apuntando a los posibles ladrones, a las zorras que bajaran del bosque, y, sobre todo, a las liebre-citas roedoras.

Pero, cuando cayó del todo la sombra, mi raro corazón ya caminaba a saltos, manejando una sangre ya confusa; fui a ver a mi madre; ella estaba apoyada en la ventana, su recto perfil mirando hacia las sombras; no me atrevía a decirle nada. Volví a mi alcoba, cerré las puertas; los astros, con su plumaje de colores empezaron a volar de este a oeste, de un mundo a otro; me levanté, crucé el jardín, los perros gruñeron, no tenía miedo, había tal resplandor, además, conocía todos los escondites, los subterfugios, hubiera podido desaparecer bajo la tierra. Lo terrible fue que él me estuvo apuntando desde el principio. Cuando mordí la primera ramita, disparó, caí, me dio por muerta. Durante toda la noche, aunque soñé cosas increíbles, mis ojos permanecieron abiertos y mis largas orejas se mantenían atentás; sólo mis cuatro patitas entrechocaban temblando.

Al alba él me tomó, me alzó, la sangre rodó por mis flancos. Caminaba hacia la casa; ya, allá, había un rumor confuso, alguien

estaría levantado, ya en la cocina; tal vez, los abuelos. Él entró –mis ojos se nublaron terriblemente–, me arrojó allí; dijo: –Noche tranquila. Una sola liebre.

35

Me acuerdo de los repollos acresponados, blancos, –rosanieves de la tierra, de los huertos–, de marmolina, de la porcelana más leve, los repollos con los niños dentro:

Y las altas acelgas azules.

Y el tomate, riñón de rubíes.

Y las cebollas envueltas en papel de seda, papel de fumar, como bombas de azúcar, de sal, de alcohol.

Los espárragos gnomos, torrecillas del país de los gnomos.

Me acuerdo de las papas, a las que siempre plantábamos en el medio un tulipán.

Y las víboras de largas alas anaranjadas.

Y el humo del tabaco de las luciérnagas, que fuman sin reposo.

Me acuerdo de la eternidad.

MAGNOLIA

1965

A la memoria de mi abuela,
Rosa Arreseigor de Médicis,
a su alma de magnolia, de
agua, de ángel.

Magnolia había recibido en 1960 el premio, en categoría “Inéditos”, del Concurso del entonces Ministerio de Instrucción Pública; fue editado en el número 266 de la colección *Lírica Hispana* de Caracas, junio de 1965; 64 páginas. El volumen incluía una breve presentación de las editoras, un poema de Jean Aristeguieta dedicado a Marosa di Giorgio y la siguiente ficha en verso de la propia autora: “Nací y vivo en Salto del Uruguay,/ una ciudad que queda cerca del agua y de la luna./ Mi infancia está en los campos,/ los árboles, los demonios,/ los perros, el rocío;/ queda en medio del arvejal,/ y adentro de la casa;/ a veces, venía a visitarme el arco iris,/ serio como un hombre,/ las larguísima alas tocando el cielo./ Mi infancia es la luna, patente como una rosa,/ y el grito de los muertos./ Mis libros de poemas se llaman/ *Poemas, Humo, Druida, Historial de las violetas, Magnolia*./ Lo demás, es todavía, hoy y mañana,/ y no me importa”. Al incluirse en la primera edición de *Los papeles salvajes* (Arca, Montevideo, 1971), se agregó el poema titulado “Abuela”.

1

Aquella muchacha escribía poemas; los colocaba cerca de las hornacinas, de las tazas. Era cuando iban las nubes por las habitaciones, y siempre venía una grulla o un águila a tomar el té con mi madre.

Aquella muchacha escribía poemas enervantes y dulces, con gusto a durazno y a hueso y sangre de ave. Era en los viejos veranos de la casa, o en el otoño con las neblinas y los reyes. A veces, llegaba un druida, un monje de la mitad del bosque y tendía la mano esquelética, y mi madre le daba té y fingía rezar. Aquella muchacha escribía poemas; los colocaba cerca de las hornacinas, de las lámparas. A veces, entraban las nubes, el viento de abril, y se los llevaban; y allá en el aire ellos resplandecían; entonces, se amontonaban gozosos a leerlos, las mariposas y los santos.

2

Al atardecer la muchacha dejaba el alto bosque, y a su paso las achiras con las grandes flores rojas parecidas a sexos de arcángeles demasiado vaporosos y libidinosos. Miraba de soslayo los enormes pétalos y se estremecía; y el camino iba hacia abajo y ella, y desde el aire algún viejo santo caía revoloteando a morírsele en las manos; y así lo apresaba, y eran el último temblor, el golpe de las alas; y el camino iba hacia abajo y ella loca de miedo a través de toda la heredad, la vieja arboleda, la puerta del antiguo hogar. Entonces, llamaba a los criados, les entregaba el muerto para que lo asasen durante media hora, lo aderezasen, con alguna hortaliza dulce, alguna cebolla fantástica.

Después de la lluvia la abuela hacía masitas con el arco iris y las frutas viejas; y una garza viene a pedir un favor –el sombrero largo y transparente–; la abuela la invita; y se sale uva blanca desde todos los rumbos, desde todas las hojas del almanaque; los vasos de colores van a hablar con la garza; la magnolia tiende sus fuentes para atrapar a las peras que van a caerse –de piel celeste y corazón de nieve–; pero, hay extrañas cifras en las caras de las peras; vamos a sumar todos esos treces enigmáticos y ver qué resulta; y en la casita de madera, pequeña junto a la casa grande, las cañas combaten llenas de agua, de azúcar y licor; y la papa se entreabre y deja salir una violeta desde su corazón de papa; y la abuela baja al jardín y destroza a una pareja de novios diminutos; y pasa el caballo que tiene un nombre hermoso, el que se llama Daniel y sabe reír, y los viejos sin dientes van al maizal a mirar las duras dentaduras y las chalas de fumar; y la magnolia viste largísimo collar de perlas, vestidos bordeados de perlas; y están los hongos por todas partes, aquí y allá, como manzanas de espuma, naranjas madurísimas, la piel todo picada de maíces y esmeraldas.

Y el bicho que nace después de la lluvia, cruza el jardín, de norte a sur, oscuro y esquelético; y lleva uno de nuestros parientes muertos sembrado en el lomo como un jacinto.

Cuando llueve mucho, los ángeles se alínean en el jardín como pequeños druidas, juntan un poco las puntas rosadas (los caballos al verlos, huyen despavoridos; pero, a los lejos, se detienen y empiezan a buscar sonriendo en sus memorias).

A veces, posan sobre los árboles como gallinas transparentes, o ponen un huevo azul y con manchas rojas, o blanco y pequeño, que yo escondo enseguida. A veces, viajan al maizal y picotean al maíz.

Cuando llueve mucho, los ángeles vuelan al interior de la casa; entonces, yo los apreso, los pongo en los floreros, los jarrones y las jarras. Y llevo alguno a la maestra.

Me parece que es noche de Reyes.

Se calló la dalia –desmesurada, granate y azul– dejó de girar, se paró su reloj, se pararon los enormes minutereros rosados; pero, suena lejana música de vals, y salen a bailar las golondrinas y los emperadores. Hasta que la nuez cantora calla y el pájaro del grillo también.

En uno de esos segundos se duerme mamá; no debiera, pues, vino una rata nobiliaria; tenemos visitas en el aparador.

...Me parece que es noche de Reyes.

Cae dentro un puñado de estrellas como si fuera de azúcar. Y todo el jardín y el firmamento están llenos de ricos pasteles cargados de cirios; hay grágeas en el este y oeste; perlititas de plata en el norte y el sur.

Mis animales de antes resucitan. Vienen de lejos, de allá, a traerme juguetes.

Cuando suben los caracoles por el arco iris, y en los lejanos palomares, las palomas arrullan sus pimpollos parecidos a huevos de rosa y la rosa pone su huevo y en el horizonte prende otra vez la guerra; transitan los guerreros y las flores. Cuando entra la luna por la chimenea y cada pñatillo sostiene tenazmente su hálito, su pandorga de almíbar, de aroma, y las mesas y las camas parecen margaritas con abejas, y se salen los príncipes de los medallones –el tallo esbelto, de plata, la cara amarilla– y traemos la lámpara, las tazas, y alguna tacita vuela tenuemente, choca apenas con algún florido mueble. Y allá, por el aire, María y los pájaros toman el té.

(Para un hombre muerto)

La luna estaba empollando; se le caen briznas blancas; vuelan seis grullas pequeñas. Y tú con esa nuca de nácar recién conseguida y que no puedes trizar, con esa madera que no se despega. Y nosotras vigilando tu muerte —las lejanas vecinas, la algarabía de los trineos, allá por los abedules y los sauces. Soñamos cosas imposibles, que estás más joven que nunca, que caminas, que tu hermosa virilidad conquista a las grullas, a las doce doncellas del bosque. Soñamos cosas imposibles —ya nos embriagan el rocío, el café— que echamos arroz de novio sobre tus cejas, leve jengibre por tu herida, un pastelillo hacia tus labios, una mariposa asada en sus propias plumas como menta de colores, almendra dorada, un pastelillo de azúcar de colores, y que lo devoras. Y hasta que llega el sueño y la noche cruza por su medianoche y pasa no sé qué tiempo, y vuelvo a abrir los ojos, y ya es muy temprano, ya vuelan las vecinas, los trineos, sobre las delicadas ovejas, y allá por el campanario, las pagodas, una lucecita dibuja el horizonte.

Pero, entonces, tú te estremeces, levantas la cresta roja, las negras alas, y haces oír tu canto.

Ya es el final del día. El árbol extiende su cabellera, su magdalena, y tiente al Jesús de los jacintos. Éste, violeta enorme, se separa de las hojas, y...

Mas todo es ficticio. Sólo la araña de vientre azul y patas negras traslada por el aire la red, el miosotis venenoso. Y allá en la mesa están los comensales y el pez —éste en su plato de plata parece un hombrecillo riquísimo, un enano gigante de color salmón, un pastel de camelias saladas; le devoramos como a un delicioso collar de perlas que tiene un gusto nunca visto. Y los murciélagos se asan tenuemente en el humo de sus propios cigarros. Y está la

luna y va a dormirse. Y está el asesino, aquel santo, uno de largo velo y melena larga, que me sigue, me busca, y va a alcanzarme una noche.

9

...Y si vienen las liebres y nos llevan toda la arveja y todas las papas en flor –ellas con sus ojos granates y sus dientecitos granates?

...Y si nacen los hongos, –los pequeños y redondos como perlas, los blancos y espumosos, los que parecen limones de pana?

...Y si alguien hace una calavera con un zapallo, lo ahueca, le pone un cirio prendido por dentro?

...Si toman alcohol el espantapájaros, la vaca, y vienen a golpear a la puerta?

...Y si Magdalena se equivoca, o si grita, o si echa un lirio venenoso en el arroz?

10

Cuando voy hacia el pueblo, temprano, a través de los prados, con el cesto y las jarras, y el rocío prende sus fósforos y quema toda la hierba, y el manzano sostiene como pesadas mariposas de colores, todas sus manzanas y sus peras, ya vidriadas y brillantadas, y todos los hongos están confitados, desde la sombra de algún tronco, veo andar a aquel desconocido, al hombre nocturno, al de la cabeza de liebre.

11

A veces, los caballos se reúnen allá. Las lechuzas con sobretodos oscuros, lentes muy fuertes, campanillas extrañas, convocan a los hongos blancos como huesos, como huevos. A veces, tenemos hambre y no hay un animalillo que degollar.

Entonces, vamos por la escalera, hacia el desván, a buscar las viejas piñas, los racimos de tabla con uvas duras y oscuras, las viejas almendras; al partirlas, salta la bicheja, lisa, suave, nacarada, rosa o azul; si es de color oro, la arrojamus al aire y ella se pone a girar envuelta en un anillo de fuego, como un planeta.

A veces, ni tengo hambre. La luna está fija con sus plumas ve-teadas. Cantan los caballos.

12

Ya las viejas bajan de la azotea la lechuga recién nacida, la mag-nolia con gusto a coco, una docena de huevos —la escalera sigue viaje por la oscuridad, inmóvil e interminable—; encienden las ho-gueras. Cruza algún murciélago como un telegrama espantoso. Si uno se asoma al ventanuco no ve el camino; pero, allá en el cielo está todavía bien tendida la mesa; las pequeñas tazas de porcelana y su rumor de vals, el mantel de gasa, los jacintos y las rosas. Y brilla fija la estrella del té.

13

A mis padres se les ocurría aquel juego siniestro.

A la hora en que salen los jacintos como una bandada de pájaros desde la oculta tierra de la nada, azules, negros, amarillos como mariposas, o como rojas naranjas de cáscaras livianísimas y alcohol plateado, como zapallos y tulipanes, como gallinitas y cuervos deli-cados y fantásticos, de un ala sola —graznan, cacarean, levemente.

A esa hora yo iba a buscar un vaso de miel hacia la mesa. Y mis padres comenzaban la broma siniestra; me empujaban, me topaban —desde el aire caían papeles pavorosos—; yo veía las dentaduras, el pan abierto a carcajadas. En ese instante tenía que salir, que ponerme a llorar. Algún alcoholizado colibrí se equivocaba de narciso. Huían de soslayo, el muérdago, los robles, la nuez, la uva de la suerte; había poemas escritos en todos los troncos; pero, todos terminaban de la

misma manera y no se entendía bien qué decían. El aullido silencioso de mis padres me daba terror, se me helaba la trenga; yo tenía que ir más allá de todo, del llano, del monumento druídico.

14

De pronto, las gallinas clamaron; se oyó su cacareo fantasma detrás del cañaval de oro; de pronto, todas tuvieron miedo de ser degolladas, matadas, de ir como espectros allá por las mesas, o blancas y tiernas, perdidos el cráneo pequeño, las patas amarillas, las entrañas. De pronto el cielo era rojo y azul y lleno de margaritas, en aquel mediodía siniestro, cuando yo aún era una niña, e iba hacia la escuela, y mi madre se esfumaba a la distancia, y todo; y él me perseguía sin cesar.

15

La arveja está suave y cargada. La liebre de la noche viene a comer —sus ojos como rubíes rodeados de brillantes, sus orejas como hojas—; un insecto sale del arvejal y se posa en la luna, oscuro, rayado, lleno de patas; la luna sigue molesta su vuelo.

A ras de tierra dicen mi nombre; los animalillos hablan mal de mí. Un enano, uno que tiene una cuenta pendiente con mi padre, echó a rodar la historia —ahora, tōdo el campo me espía— lã propaga como una llama. No obstante, yo me arriesgo otra vez, y aquí estoy aguardando que aquél baje los cerros y cruce los prados, de nuevo, por mí.

16

Recuerdo bien el ambiente, la cena espumosa y florida, los vestidos de las niñas como limoneros con flores, y a mi padre que contaba historias de lobos; de cuando él cazaba lobos al norte de la ciudad de... y a mi madre y su vieja corona de hierro con un solo

rubí, y las moscas nocturnas, grandes y solitarias, proyectando su sombra sobre los panes y sobre las lámparas –quizá de qué cadáver provendría, de qué macabro panal– y los rumores nocturnos, leves en la puerta y en la chimenea; acaso un precioso ratón blanco rodaba desde el pinar a la chimenea, o una gacela, recién salida del bosque; venía a yantar las azucenas.

Las historias se agolparon de súbito, comenzó la visión. El personaje transitaba de espaldas; pero, yo le veía la nuca armoniosa y casi le reconocía, oh, ¿no era aquel primo hermano de mi madre? ¿Aquel amigo preferido de la casa? ¿o mi primer novio? ¿o quien nos había salvado hacía tiempo en una tarde de los lobos? Me atreví a interrumpir a mi madre; ella se volvió –el rubí sobre las cejas– entre interrogando y distraída. Y yo: ¡Mariano Isabel! Porque de súbito recordé el nombre, y me pareció que con eso estaba ya todo dicho. ¡Mariano Isabel! El personaje me volvía el rostro oscuro, de ojos brillantes.

Oh, sí, era aquel amigo preferido de la casa, y mi primer novio. Y rescaté la tarde, con trigos y con lilas; y el viejo carromato y las niñas, cuando fuimos al horizonte, y Mariano Isabel nos salvó a todos de la sombra de un lobo. Oh, y después se había muerto. Después se había muerto. Clamé: ¿Cómo nos hemos olvidado de Mariano Isabel?... Pero, ¿cómo nos hemos olvidado?...

Todos me miraban entre interrogando y distraídos. Y como las lágrimas me inundaron el rostro, las criadas me llevaban desde la mesa a la alcoba. Oí los rumores y los himnos del final de la cena, las enaguas de flores de mis primas que se recogían, el paso de reina de mi madre. Lloraba tratando de retener el sollozo; pero, las lágrimas me inundaron el hombro, las sábanas, y así, empecé a llorar a gritos, enloquecida; y mi madre vino portando las lámparas, y todos detrás de ella; y mi madre se arrodilló y me tomó de los hombros, y me decía: –Niña, pequeña mía, te vas a volver loca. Mira que te vas a volver loca. Nombras a alguien que nunca existió. Hablas de alguien que nunca existió.

Y lo terrible era que en lo hondo, yo no ignoraba que ella decía verdad. Haciendo un esfuerzo supremo me rehice y sonreí. Entonces, ellos se iban y se llevaban las lámparas. Del otro lado de los vidrios, la luna se encendió y me envió algo blanco, una avecilla, un patito de

dulzuras, que me entró en la sangre, en el corazón. Iba a volverme, feliz, y a cerrar los párpados, cuando allí, en la media sombra, sobre la vieja arca, sentado, rígido, ví a Mariano Isbel que me dijo: —Llórame.

17

El día de mis bodas mi hermana Yla y mi madre se levantaron temprano, y avizoraban más allá de los cerros y de los horizontes, y las neblinas y las hierbas errantes de la mañana cubrían la cueva, y yo me levanté y ceñí mi túnica y lavé mis trenzas, y los invitados empezaron a llegar desde más allá de los cerros, y Heber el novio... Pero, mi corazón latía violentamente, y no probé la tarta de ratones y de ratas, ni antes ni después del rito. Pasé el umbral con Heber, y el sol resbalaba entre las nubes y los pájaros sombríos, turbio, revuelto, como un ojo de buitre, como el sol de los días de eclipse, era un sol con muchas yemas. Y nosotros subíamos y bajábamos los cerros, y más allá subíamos los cerros, siempre separados y silenciosos; y después de mucho andar, yo me detuve y miré hacia atrás, y me pareció que ya no sabía hacia qué rumbo quedaba mi casa, que ya nunca más iba a saber hacia qué rumbo quedaba mi casa. Pasada la media tarde dimos con el hogar de Heber, y la madre de Heber estaba de pie en el umbral; alta y magra, el cabello blanco le cubría apenas el asta breve y derecha. La cueva era redonda y había una sola cama sobre la que yo me tendí, pues mi cansancio era tremendo. Heber y su madre tomaron las picas —Heber no se parecía a su madre; ésta era horrible, y yo a él veía los hombros armoniosos y los rizos— y fueron a cavar el predio entre las piedras en torno a la casa; cumplían prolijamente la cotidiana labor. A veces, la madre de Heber entraba a colmar el costal de semillas; pero, mi corazón latía violentamente, y lloré y temblé durante toda la tarde, y al caer de la tarde colocaban las pequeñas horcas y los cadalsos para la caza de ratones y de ratas; y mientras ellos se abismaban en esa labor, yo huí con paso escondido, no sé por cuánto tiempo, ni hacia qué rumbo; pero, me parecía que algo me iba siguiendo desde el

principio, como un rumor, como el golpe de una pata de cabra; entonces, caí sobre las piedras, y lo que me seguía se aproximó y reconocí a Heber, y le grité: —Mátame, mátame, mátame.

Pero, él se reclinó a mi lado, se inclinó sobre mí y me violó.

Cuando volvimos a la casa, la luna barría las nubes. Cada cadalso contenía un muerto suculento. A tientas, en puntillas, fuimos hacia la cama; en su mitad, la vieja reposaba inmóvil; Heber se acostó a su izquierda, yo a su derecha; y unimos las manos por encima del seco cuerpo. Pero, después yo me dormí y soñé que estaba lejísimo con Yla y con mi madre, que atrapábamos ratones salvajes. Y que no me había casado.

18

Ya antes de la cena aquel terror, aquella ansiedad.

Yo estaba sentada inmóvil, con los rizos bien peinados, junto a la mesa, cerca de los candelabros y de las liebrechitas de madera del reloj. Mi madre iba de un lado a otro y decía: —Oye, Marge. Mira, Marge.

Y yo le veía el talle esbelto, los altos senos, y no quería mirarla, y la miraba apenas, de soslayo; y cuando ella dijo: —“Voy hasta la ribera del jardín a esperar el carromato de las cartas. Adiós, Marge”, yo me recliné, me arrodillé entre los muebles por retenerme, y cuando ella salió, yo empecé a caminar en cuatro pies, en cuatro palmas. Entonces una locura gozosa me hizo vibrar las vértebras; las vértebras me vibraron gozosamente a tiempo que el cabello me recubría toda la piel, se me encorvaban las uñas y la boca se me cambiaba. Anduve así paso a paso, de pieza a pieza, en viaje de prueba. Pasé los ventanos y los oscuros diamelos y allí me arrollé. Vi transitar las ratas nocturnas de largas colas y caritas picudas. Una enorme curiosidad me vino a las uñas; quería probar si podía dar muerte; me hiqué sobre el lomo de uno de los grandes ratones y el aroma de la sangre me produjo un mareo glorioso. Más allá de la hierba llegué a los rosales. Lejos, entre los pinos, giraba el carruaje de las cartas, negro, con una lámpara roja y una leve campana. Todas las cosas me parecían viejas a la vez que recién nacidas; les tenía odio y ansiedad. Al instante,

pasó mi madre portando la caja de las cartas; le vi el talle esbelto, los hombros bien velados. Tuve que cerrar los ojos e hincar las uñas en la hierba por contenerme; pero, la seguí con paso de cautela hasta que pasó el umbral y se sentó en la cama a mirar las postales recién venidas; entonces, la asalté, le rasgué los vestidos; saltaron sus senos, grandes, gruesos, suaves, con las puntas rosadas, como dos hongos preciosos, dos setas únicas. Ella gritaba “–Marge!, –Marge!, –Marge!, –Socórreme Marge!”, y miraba hacia el comedor de los candelabros y de las liebres; pero, después, tal vez me reconocía, pues, me miró fijo en los ojos, pero, yo la desgarré violentamente y ella entonces, casi enseguida, murió.

Pasé los ventanos y los oscuros diamelos; abrí la arena, hice un leve hueco y me agazapé. Giraba impasible la noche del viernes.

19

Era el atardecer y la luna volaba verde llena de pastos y ratones; la hora en que suben la rosa salvaje y la margarita de largas cejas blancas; y la piedra iba larga, aguda y sola, cerca del cielo, con huellas de vieja sangre, con huellas milenarias. Asomé el rostro enmascarado, por si alguien por milagro me viese, y clamé: –Nelva! y –Rosalía! y –Mariclavel!, y a las otras. Y ellas asomaron desde los ocultos pasillos, desde los escondrijos. Fuimos todas al pie de la piedra. –Yo traje un pollo. –Yo, una rata. –Yo, una liebre. –Yo, una gallina. –Yo logré capturar a un niño –dije.

Mas el pastor de la tarde venía conduciendo sus antiguas reces y huimos otra vez a los escondrijos –nuestras víctimas clamaban levemente–, pero, él iba absorto sólo en su canto y en las uñas de sus animales, y pasó. Asomé el rostro otra vez un poco enmascarado, por si alguien por milagro me viese; y llamé: –¡Nelva! y –Marirrosalía! y –Clavel de María! y a las otras. Acudimos todas otra vez al pie de la piedra. El rito fue instantáneo. Afloró el cuchillo. Fue de mano a mano. Cayeron las cabezas. Todas. La de pollo, la de rata, y la cabeza de liebre. Y la cabeza de niño.

Los frutos amontonaban leche, azúcar, vino blanco, y se volvían riquísimos, y como ya era el atardecer, las luciérnagas de oro dieciocho quilates y zafiros se ofrecían segundo por medio. Mi madre iba hacia la calleja a montar guardia y mi padre se deslizaba entre las hojas. Esto veía yo aún oculta en un hueco de la pared; de pronto, advertí al arco iris y me pareció lo más hermoso, lo más delicado del mundo, un largo rosal, una ramada de rosas, un largo violín, el retrato de una melodía, la sombra de Dios; sí, tal vez fuese ésa la auténtica fotografía de Dios y se le pudiese rezar y... Empecé una oración a pedir que...; pero, me detuve perdida toda esperanza. Comencé a caminar yo también entre las hojas; el viento de la tarde velaba los pasos de mi padre y velaba mis pasos; la estratagema había dado resultado y era casi seguro que el otro ya estaba en el plantío. De pronto le vi, avanzaba rubio, sonriendo, despreocupado; yo me arrodillé; el paso de mi padre se hizo fino y terrible. Las mariposas me golpeaban la cara, crujientes, oscuras, riquísimas, como galletitas vivas y aladas. Cuando volví a mirar, la cara del otro había cambiado; avanzaba apenas, retrocedía, balbuceaba; pero, mi padre saltó como un gato negro de entre las hojas y se le asió a las venas; oí gemidos, palabras, risas inauditas; el otro logró desasirse; pero, le volvieron a dar caza; entonces, empezó a decir que la vida era bellísima y que no se la quitaran; y luego empezó a hacer pedidos inauditos, a pedir por mí, a decir que por mí no le matasen. Hubo un segundo de lucha, otro de silencio; y mi padre rompió el grupo tambaleando y triunfal. Mi madre ya venía a unírsele; y yo, aunque ya no veía nada, ni a las luciérnagas—sólo las oía tic-tac tic-tac—logré deslizarme también entre las hojas y llegar a la casa antes que nadie.

Cuando Miguel murió su cara era una deliciosa naranja, una enorme margarita entre las altas ceras inmóviles que lo custodiaban. Y nuestros padres iban y venían y los vecinos; y después, unas

gacelas altas como caballos lo llevaron a la muerte; pero, Miguel volvió; los que aún éramos niños, le advertimos en la noche por el jardín, como una fogata, un ángel, amenazaba quemarnos las flores. —Anda, Miguel. Pero, nuestros padres seguían mudos; y allá por el río, entre las cañadas, él se adelantaba y retrocedía, como un gran pato, un cisne luctuoso y señorial. Y después llegaron las lluvias de marzo y nació la mosca, la margarita, la mariposa, y cerca de los gladiolos, como una gran planta, un ídolo, Miguel abrió su cara ya negra y ya cambiada. Y después vinieron los pequeños huracanes del final de marzo y algún arco iris errabundo y ardiente, quemaba a las cosas, las embellecía demasiado, asaba la frente de los robles, a las nueces las irisaba, las doraba, las plateaba; por dentro las volvía de oro puro y de cristal; y sobre la frente de los robles como un viejo escudo, el rostro de Miguel se volaba más y más. Y después llegó el otoño y se abrió lleno de frutos y gigantes, y cayó la nieve, y los hombres y las mujeres tenían miedo y encendían hogueras; y sólo los que todavía éramos niños, reíamos y reíamos.

Y después uno de nosotros se enamoró de una de nosotras; y así todo cambiaba. Y sobre la ancha casa del tiempo Miguel se desvanecía para siempre.

22

El ciruelo sostiene sus cirios rosados, el manzano, sus grandes uvas blancas. Un perro del diablo, una bruja, hace señas hacia la casa en que habito. Hace mucho que esa llamarada recorre toda la huerta. Es una de mis amigas —la que se murió de muy joven—, pasa junto a las azucenas sin quemarlas, a los cebollines, la mujer sin rumbo, en llamas, dice que se llamaba Adela, y Rama de Flores, y Arvejilla, provoca disturbios en el jardín, pequeñas peleas, entra en la casa, se para en la frente del perro, recorre los marcos, los retratos, la cara de los ángeles. Dice que se llamaba Arveja, y Rama de Flores, y Adelina; se fija en la puerta de mis primos —los que la cortejaron durante un año— y ellos no saben qué hacer, qué

ocurre, aprestan sus cuchillos, sus revólveres, quieren matar a las nubes, a esa noche solitaria, rarísima.

23

En Cerro del Árbol todos eran alegres y silenciosos y felices. Aquellos hombres y mujeres labraban la tierra, y hablaban una sola vez y como trinando. Por la primavera, de sus cabellos nacían hermosas violetas y unos huevecitos blancos, nacarados, livianísimos; de esos de los que, después, sale una paloma blanca que vuela en torno a la casa como una mariposa.

Recuerdo mi estadía entre aquellas gentes, aquellos dulces hombres y mujeres coronados con violetas, y cuyos hijos eran mariposas.

24

El batallón de las cañas se para justo detrás del manzano. Éste, con sus uvas, sus hongos, sus peines, sus caracoles de orilla rosada y diablejo de oscura jalea. Una comulgante —la sien apoyada en un tronco— dice su confesión, sin cesar andan nubes rosadas, doradas, celestes, de tul, de lloviznas, de humo; andan unas moscas ardientes, oscuras, de pocos pétalos, que acaso, sean sólo violetas. Sentada en las nubes, mi madre toma su taza de almíbar; me mira, me llama, me dice que mire, que vaya, que... no sé qué. No entiendo bien qué me dice. Es una tarde de otoño; sopla de lejos, un viento sagrado. No obstante, las cañas aprestan el paso y se van a la guerra.

25

A veces, cae ese resplandor sobre los prados, pero, la luna está allá, sola, ajena, fija, como un ramo de jazmines. De súbito, una liebre abre las alas y cruza de este a oeste; entonces, por un segundo, los perros, alzan la sien. Estamos en el jardín, mi padre, mi

madre, yo, las otras mujeres; y un murciélago acampa en el aire del techo, como un paracaidista venido de allá: —Este es Eugenio. O Rosa. O Juan. Uno de los que ya se fueron, pero que torna para decirnos que todavía existe o a reconocer la casa.

A veces, nos quedamos inmóviles, y somos nosotros los muertos que, resucitados por un instante, no quisiéramos ni pudiéramos comunicarnos, embebido cada uno en su desolación.

26

Como yo era una niña y había estado enferma, me dejaron por aquella cena en el jardín. De pronto, se encendió la luz, allá en el capullo de madera tenue que había albergado una fruta o una flor. Empecé a andar, helada de espanto y asombro. Me detuve a dos pasos. Entonces, vi resplandecer al hada; sus sayas, sus alas fluctuaban, de un segundo a otro cambiaban tenuemente, su cintura era finísima, su rostro iba desde el insecto al ángel; daba de continuo un zumbido esplendoroso; era como un gran perfume de diamelas que pudiera verse y oírse. Pude correr y avisar a los otros; pero, ellos hubieran venido y la hubieran cortado, apagado, quemado, la hubieran llevado allá, sujeto a una jarra, para que aletease y resplandeciese allá durante toda la noche, y los niños gritarían: “—Hemos amarrado a un hada!” “—Hemos dado caza a un hada!”

Me estuve inmóvil y muda. Y pasaron otras noches, y yo estuve inmóvil y muda. Y sólo ahora, a través de los años, me pregunto qué era en verdad, aquello que se presentaba así.

27

Mientras la lluvia caía y el arvejal indefenso y gozoso se quemó, y aún después, mis padres hablaban del casamiento, y ya era al mediodía en el oscuro hogar y se asaban bajo la lámpara los lirios del almuerzo, y mi padre hablaba del novio y de su torre atrás de la montaña que nunca habíamos visto, y de su prado y de su invicto

arvejal y de sus abejares. Y de súbito, él empezó a andar, tras la ventana sus astas largas, azules. Mis doce aniversarios se refugiaron temblando en el halda de mi madre; y de pronto, él entró; los ojos le brillaban demasiado, hablaba un raro idioma del que, sin embargo, entendíamos; palabras como hojas de tártago trozadas por el viento, hongos saliendo de la tierra; mi nombre sonaba en sus labios de una manera alarmante. Subí a las habitaciones y las criadas, entre los roperos, hablaron de la boda como de algo pavoroso.

Dos crepúsculos más tarde, llegó el notario, y puso mi nombre en el acta y el de él, y bajamos al jardín, y ya estaban las abuelas y las bisabuelas, y todos, y repartíamos el vino, y trajimos el instrumento extraño, el que tenía una sola cuerda y daba una sola palabra en un solo tono, y volvimos a beber vino, y las bisabuelas rezaban, y después el sol se cayó atrás de los montes. Entonces, él me miró, y yo veía su rostro fijo en mí, sus largos cuernos adornados con azahares.

28

Porque entre mi casa y la casa de mis abuelos, iban todos los prados, las nubes rosadas, las casetas de los quinteros, los sepulcros centelleantes; a menudo, una luz me seguía pero, yo cruzaba sola los prados. Por eso esa tarde, cuando el reloj dio las seis, y el gallo, de achira en las sienas, se metió en su dormitorio, y una voz dijo algo como “En el bosque han dejado olvidados un zapallo, una acuarela...” (las voces de la caída de la tarde), dije apenas “Adiós” e inicié el retorno. Las nubes rosadas se apagaban, los sepulcros resplandecían; la pareja de quinteros vino a mi encuentro; el hombre y la mujer como de barro, sus cabellos blancos, sequísimos; me tomaban la mano audazmente, me llevaban hacia abajo, hacia el prado que yo no sabía. Las víboras de agua, las pollas y los mimbres silbaban sin cesar. De súbito, aquella humanidad insólita, aquellos hombres y mujeres de pocos centímetros, al pie de sus casas de pocos centímetros, de sus llamaradas como cerillas, que preparaban guerras nocturnas, cazas y manjares; aquella humanidad increíble, diminuta y absurda: —Qué...? ’

El hombre y la mujer estaban sentados frente a frente, vigilantes y cínicos. No me cortaron el paso. La tarde ya había caído. Las plantas seguían mudas. Una que otra liebre cruzaba volando. Rompí a llorar.

29

Las flores de zapallo corren por el aire y por la tierra como una enredadera de bengalas; mi madre las siega, las pone en el cesto; de pronto, se estremece, queda inmóvil; pero, huye hacia la casa; y pronto un aroma a óleo y a almuerzo recorre la casa. Estoy sentada en el comedor, trazo mis deberes –tendré que cruzar el campo, que ir a la escuela–, los platitos y las tacitas, en línea, como calaveras de nenas recién nacidas. Surge un diablo; se para a mi lado. Mi madre –desde allá– nota que 'hay algo extraño entre las paredes; acude; él se oculta; ella va hacia el jardín, dice algo por disimular; luego, arriesga: “–Creo que aquellos están otra vez; hoy vi uno en el zapallar”.

Yo nada digo; ella vuelve a su fuego y a sus flores. Él surge de nuevo, se para a mi lado –es oscuro, hermoso, alto casi como un hombre–; me mira, me dice que me quiere, que va a ir conmigo por el campo.

30

Las peras
como de nácar y de mármol y de llamas,
como peces que hubieran siempre vivido en una nube,
vestidas por un tul,
una gasa,
una piel de tul.
Y se mueren
el domingo de otoño, las tardes, las violetas,
los viejos las recogen para hacer licor o té.
Las peras humean adentro del rocío,

se les caen estampitas, estampillas,
a veces, una medalla con un rubí.

31

Este melón es una rosa,
éste perfuma como una rosa,
adentro debe tener un ángel
con el corazón y la cinturà siempre en llamas.
Este es un santo,
vuelve de oro y de perfume
todo lo que toca;
posee todas las virtudes, ningún defecto.
Yo le rezo,
después lo voy a festejar en un poema.
Ahora, sólo digo lo que él es:
un relámpago,
un perfume,
el hijo varón de las rosas.

32

Las papas se deforman monstruosamente debajo de la tierra; echan una bala de jacinto, de narciso; hay tantas azucenas, licoreras. Esta es la noche; de las viejas chimeneas no sale nadie; tal vez todos duermen; pero, viene el barullo de las arvejas acomodándose en el estuche. Anda un niño, no es de mi casa, no es de ningún vecino, parece un viejo, se oculta en un tronco; anda una vieja, trenza sus rizos, pica en la hierba, yo no la conozco, nadie la conocería. Y aquella pareja se arriesga por el camino. Están sacando un carro de debajo de la tierra, le uncen un buey. Me acerco a esos que terminan un contrato; no conozco sus signos; me miran apenas, menos que si fuera una mariposa. Y esa cuadrilla de niños, de gorros picudos, para defenderse del fuego lunar, que pica en los surcos. Hay muchos que siembran, que cosechan. Todo el

campo se ha colmado de estas gentes remotas. Pero, ¿de dónde salieron? Si mi padre supiera que, de noche, su campo es de otros.

33

De súbito, acuciada por mi casa, estalló la guerra. Pasaban volando carros cargados de pastoras. La primavera, asustada, daba vuelcos. Y por el jardín, un caballo, alto, negro, que parecía ya muerto, la abstracción de los caballos, iba y venía, con una diadema de rubíes bien ceñida, que centelleaba con el sol y en el rocío; y una voz dijo: “Esa es la guerra”; y nosotras lo mirábamos asombradas.

Todas las praderas se enfrentaron —murieron muchos pastores y corderos—, cambiaban cadáveres sembrados de flores. Y a la tarde, cuando a lo lejos, los árboles se vuelven alhelíes, se oía el clarín de guerra, la trompa de guerra, anunciando reposo; pero, casi siempre, en la sombra, la lucha proseguía. Teníamos que huir a los prados clausurados, a las habitaciones selladas, a los escondrijos. Levantábamos la frente con miedo espiando al aire y al cielo; y había señas fatales, estrellas con cauda; y entre las telarañas se repetían estrellitas con cauda; y había lunas casi al alcance de la mano. A veces, pasaba un águila con una rama de laurel en el pico.

Hasta que al fin triunfó mi casa. Mi hermana ascendió al trono. Recuerdo el día de la coronación. Llegaron delegados de todas las praderas; traían corderos y miel y lavanda.

Recuerdo la noche de la coronación. A mi hermana y a su belleza; la corona de rosas que ciñó. Aquella gran bacanal entre las hierbas.

34

Al finalizar aquel mes, no sé por qué, empezaba la matanza de liebres. Los amos de los huertos ponían las tazas y las balas. También era la fiesta en la escuela. Iban los carricoches bajo la luna, los naranjales, y las ciruelas ya estaban redondas, oscuras, negras, sobre las que acomodaba el rocío su pelusa de oro.

Pará entrar al salón había que inclinarse entre las enredaderas; la maestra saludaba a todos; la tómbola giraba sin cesar pegando a la suerte; había niños desconocidos y mujeres de otro valle. Mucho después los niños se dormían. En un gran plato en mitad de la sala posaban una liebre, ligeramente confitada bajo un vidrio de azúcar y café; nos emocionábamos; era partida, devorada. El baile estremecía apenas el cielo. Después, las despedidas, absurdamente largas. Y los rebozos y las botas partían hacia todos los rumbos. Entre todos los caminos, nuestro carricoche elegía el único. Y la muerte, que duerme despierta, mirando, las largas orejas, los grandes ojos, hijos.

35

Cuando nacían las violetas mi madre se alborozaba; era cuando las dos éramos niñas allá en la vieja casa, y nada podía destruir nuestra frenética amistad. Cuando nacían las violetas, mi madre sollozaba; detenía a todos los relojes, para encender el de la música. Enviaba mensajes a las vecinas, a las amigas: “Ellas nacieron”; las convocaba.

Y a la tarde, nos reuníamos en el jardín, en torno a las flores. Las amigas de mi madre venían desde la Belleza; tal era su gracia; usaban vestidos de papel de seda y sombreros llenos de pájaros; un churrinche, un cuervo, dos o tres mariposas. Mi madre servía té, agudo, perfumado, y vino igual, y hablaba sólo de las violetas. Brindando por ellas, chocábamos las tazas (las tacitas de porcelana son de música). Mi madre hablaba sólo de las violetas; y en su honor, inventaba cuentos, poemas, himnos, otra vez, poemas. Ellas escondían la cabecita azul bajo del ala.

36

Es el viejo Rosa de los bosques. Mi madre lo contrata para mataliebres, espantapájaros, para que libre a nuestro huerto de todo mal, a los rosales, a los zápalllos que, de tan niños, parecen pomas, a las calabazas que aún semejan peras, a las cebollas de plata, de gasa,

a la sandía y su oculto hielo de colores. Él lo ha dicho: —“Soy Rosa de los bosques”. Sí, tal vez, antes vendía semillas y retratos al pie de las grandes casas de los huertos; ahora, sé a qué ha venido, qué hará, cuál es su intención. Por disimular le digo: —No quiero que mate una liebre, ni una paloma. Él me replica: —Tu madre lo ordena.

Y me mira las cejas, los ojos, las sienes, me mira las trenzas.

Y mi corazón se quedó como las naranjas de invierno, cuajado y parado. Me vino el delirio, me pusieron en el gran lecho, velaban por mí. A veces, yo me levantaba, recorría las habitaciones, volvía a caer en el lecho. Y siempre soñando a aquel Rosa, ya vuelto gigante, que bebía todas las hierbas, las setas, las pollas, y sobre todo, llevaba siempre fijo, aquel otro designio. Hasta que al fin se levó la cosecha; los carros marcharon al pueblo cargados de joyas —esas alhajas que arrojan las plantas. Y el viejo se fue.

Al través de la fiebre, mi madre me lo comunicó: —El viejo Rosa se fue!...

Y yo casi desde el umbral de la muerte, volví apenas. Mi cara parecía la de una mariposa. Las mariposas y las muñecas eran más fuertes. Se encendió la luna. Mi madre, ya desentendida de mí, reía en el corazón de la casa, con las vecinas, y las amigas y con su madre. Y así yo estaba sola en mitad de la luna y el viejo volvió. ”

37

Cuando todavía se realizaban las veladas en el castillo, y los esclavos a la medianoche posaban el faisán sobre la mesa, y éste encendía todas sus luces, sus plumitas, sus posibilidades, coqueando con ese drama postrer, con ese delicado carnaval de su muerte. Creo que entonces, Ronald creía que yo estaba enamorado de él; pienso que entonces, Iracema pensaba que yo estaba enamorada de ella. Otro era el objeto de mi amor. Allí cerca, intocada, aquella copa. Oh, su pie de cristal y su cintura. Era azul, como si el humo de una vieja pasión la impregnase; ligeramente crespas, como si el viento de la medianoche la empolvase. Parecía una glicina, un ramo de lilas, de violetas; pero, nada tan alto como

ella, tan esbelto. Era azul y me invocaba a las rosadas bromelias de no sé qué seto, qué jardín; parecía un jacinto coronado de violetas, de humo, de alcohol. No tenía perfume, y me traía uno, único; no tenía nombre y yo le decía “Amelia” y “Aurelia” y “Araci”. Era como el esqueleto de un pájaro, la mano de una monja, de una reina, los huesos de un vals.

38

Han puesto aparadores en el aire; están vendiendo duraznos de la última cosecha; azules, rosados; adentro, en vez de hueso, tienen un santo, de oro, diminuto, casi vivo, casi verdadero.

Mi madre bajo el manto se santigua. Junta los peces y los panes, los reparte. Los peces. Esos viejos seres, secos, puros, los antiguos animales con coronitas de perlas y velo blanco. Las pandorgas rasgan las nubes, como gallinas vaporosas; sus alas rugen como flecos; a veces, se precipitan a tierra, en un instante, y ponen un huevo dulce, que es sólo una cáscara sembrada de almendras y de flores. Y ya es la Pascua.

39

Llueve.

Sobre el jardín cae la lluvia. Mi madre tiene visitas. Yo estoy entre estas otras cuatro paredes. Llueve. Tendría que leer a Edgar Poe y a Dylan Thomas —“el día de mi cumpleaños empezó con pájaros en el agua”—, y a Edgar Poe y al más inmemorial de mis años. Pero, estoy quieta. Llueve. Sobre ese aparador corren las ratas. Oigo su siseo, más próximo que el de la lluvia, en torno a las masitas, a las caricaturas dulces, a las Auxiliadoras de bombón.

A lo lejos mi madre habla de guerras y amoríos, bien y mal hay otras gentes.

Yo nací sola. Tengo esta copa de caña y este arco iris, por ahora.

Allí, en medio del plato, el pez parece una novia —oh, su carne casta, blanca, quieta, y su corazón. Cerca las copas cargadas de vino. Y él en mitad de la mesa, con su coronita de perlas y sus tules blancos. También están todas las luces, todos los cirios. Cae arroz del cielo. Suben deseos de felicidad.

En mitad del zapallo están los damascos y los melones y los duraznos —oh, esa fresca dorada. La infancia retorna a toda campanula. Y ya está la abuela; revive entre las sábanas y las chimeneas; oh bruja-Rosa dulcísima, transforma la calabaza en cubitos de vidrio, de amor y de miel; me llama por una sola palabra que yo bien recuerdo, y yo acudo. Todo un aroma, un estado de gracia, un estado-canela, un milagro, sobre un platito de porcelana, con sólo oír que dicen “zapallo”, me vuelve a la sien.

Voy a saltar ese tronco tendido en el agna, hacia el otro paisaje. Ahora, que caen ramos de rosas sobre las hierbas, los árboles y grandes resplandores dorados, morados, sobresaltan las cosas, me voy hacia allá, adonde hace años marcharon aquellos parientes, llevando sus niños (que ahora, digo, ¿estarán como yo tan altos y amargos?); adonde marchó hace tiempo la abuela, de donde no quiere venir. A ella, a veces, veo, levantarse en el alba de entre las flores, correr detrás de las pollas salvajes, de las amapolas que corren abriendo sus rojas alitas, ayudar a las garzas a peinarse esa trenza hacia arriba, rígida y lacia; pero, a mí ni me mira.

Así que ahora que es otoño, y que nadie lo sabe, voy a saltar ese paso, esa angosta vereda, me voy de visita al otro país.

ABUELA

Desde que te fuiste
siento que me llaman desde el trasmundo.
Sé que prendes lamparillas para mí
y haces rodar planetas silenciosos
por las casuarinas.

Anoche me desveló tu cabellera
golpeándome en la cara
como un viento largo,
liquen gigante, musgo crecido, lluvia de algas,
y me eché a ambular
por las habitaciones donde tú andabas,
tras de tu menudo azúcar fragante,
tu sabor de higos.

Yo no sé
hacia qué aire mirar, hacia qué cementerio;
lejos, en el campo, veo amarillear tu nombre,
cerca, entre las altas yerbas azules,
sé que un gran corazón ha partido su almendrario
y acuden pájaros ansiosos,
entre las altas yerbas, oh, muerta deliciosa,
te descompones en siete aromas, en siete colores,
voy a probar de ti.

Cadáver errante,
vas con las lejanas espigas mirando el cielo
y estremeces levemente las caderas
cuando llegan a poseerte los diablos del campo
y se caen higos de tus senos entreabiertos
y multiplicas moscas de alabastro;
y para mis secretas navidades
envías mariposas con extraños sellos,
mariposas fechadas en la muerte,
y postales ricas, espesas, casi comestibles,
con gusto a almendra,
postales que yo muerdo.

Yo no sé qué tierra mirar,
hacia qué aire,
pero conozco el sabor de tus huesos.
Dios, para entretenerse, te entrega sus cabras
de largas cabelleras azules,
y te envuelve en su propia cabellera,
larga y celeste y perfumada,
todo de glicinas.
Y tú te regocijas en Dios,
pero, no te olvidas de mí, y me nombras, y me sigues que-
riendo más que a nadie,
y en cierto modo me llevas allá
y juegas conmigo como con una muñeca.
Anoche te seguía por las oscuras habitaciones,
y vi que te desnudabas;
en la esquina de los roperos y las cómodas,
vi que te cambiabas de alas y de flores.
Sellas lo que yo pruebo,
reconozco tu azúcar,
me miran desde el agua
tus ojos de higo, de manzana.
Retrato errante,
furtiva gacela, te vas,
y vuelves, gacela inexorable,
a buscar tu cena,
tu ración de jazmines.
Alta madre,
vieja novia,
abuela, abuela,
has inaugurado mi nombre,
hondo,
lejos,
en un paisaje de huesos y planetas.

EL ÁNGEL .

Mi ángel ángel,
mi ángel mío,
ángel de los dulces y de la yerba,
ángel de los aparadores,
¿qué decirte
que tú ya no sepas?
Antes que las magnolias y que los hombres
ya ardían tu cara celeste,
tu cabello rubio,
tu oscuro cabello
y tu sencilla corona de fresas.
Mi ángel de los viñedos y de las rosas,
ángel de la prima y de la hermana
y de los abuelos,
con tus finas ramas desplegadas,
todo llenas de florecitas azules
y de panales rojos,
mi rosal y mi romero.
Huésped de los tulipanes y de las lámparas,
mi camarada transparente,
mi amado y mi amada,
mi hombre de miel,
y mi muchacha
de la cintura cimbreante
y el corazón de colmena.
Tu pelo era como un río de margaritas,
tu pelo era una rama de viejos higos
ásperos y negros y deliciosos,
mi ángel rubio, mi ángel moreno,
guardián de los limoneros y de las salas,
guardián de las chimeneas y de los linderos.
Mi felicidad estaba en las abejas
y en los piñones
y en los menudos monstruos

que, para mí, cazabas.
Ángel sobre los lirios, sobre los vinos,
sobre la carreta de las aceitunas,
rumor de pájaro en lo que yo bebía,
pequeño dios, vara de fuego
sobre los lirios y sobre la uva.
Tú, mi blanco pastor,
y yo, tu cordero,
y así íbamos a las fiestas
entre las campanas y las almendras.
Pequeño querube,
pequeña nube,
presencia de plata,
sobre los centros,
y las labores
y las miradas.
El día de mis trece años,
me enamoré de ti,
ángel como mi madre,
como mi hermana,
como mi abuela,
me enamoré de ti,
de tus altas alas
y de los piñones de tu corazón.
Mi ángel ángel,
mi país y mi ángel,
mi ánfora y mi estrella,
compañero de porcelana,
reloj de miel,
te has quedado lejos,
te has ido lejos,
allá posado,
allá perdido,
allá volado,
sobre las torres de mi niñez.



LA GUERRA DE LOS HUERTOS

1971

La guerra de los huertos obtuvo el premio de la Intendencia Municipal de Montevideo en 1972, pero no fue publicado por separado, sino que apareció originalmente en la primera edición de *Los papeles salvajes* (Arca, Montevideo, 1971). El volumen, de doscientas páginas, reunió los libros publicados hasta entonces por Di Giorgio: *Poemas*, *Humo*, *Druida*, *Historial de las violetas* y *Magnolia*, y agregó dos inéditos, *La guerra de los huertos* y *Está en llamas el jardín natal*, excluyendo únicamente las “Visiones” de *Visiones y poemas* (ver nota de página 16). Esa edición obtuvo el premio del Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay.

1

Ahora, estamos otra vez, en el interior de mi casa; miro los gozosos muebles. Papá dice que, por algunos meses, la guerra sólo será una suave guerrilla; se oyen rumores en el horizonte; día a día, choques, que no producen ni producirán ningún muerto. Mi pavor disminuye. Además, aquéllos han prometido ayudarle. La subgente aderezará para él, cazos de hierro, de cerámica, y la gran carroza guerrera, donde un día, el del encuentro final, él desfile como el gran duque de las hierbas. Y así me entero, que, lo que está en juego, también, es la corona de los huertos.

Recorro los muebles, las dulceras, tan bellas, colmadas y vacías, color oro, color rosa.

Casi nunca, vienen visitas a casa. Hoy, unos amigos del norte, de la zona de alianza. Están en el jardín, con la abuela, mamá y el fijo abuelo; se habla de la guerra, se miente un poco. Se les invita con miel. Somos colmeneros. Esta miel parece higo, parece azúcar, y tiene un fulgor increíble. Pero, las mariposas y los pájaros se ilusionan, creen que la mesa está puesta para ellos, e intervienen en la conversación, la interrumpen, se paran en el borde de los vasos, hay que dejarles; luego, se marean, y algunos no pueden irse; borrachos y radiantes, giran allí, se fosilizan, se abrillantán, crean su propia órbita, sus anillos. Tenemos algunas constelaciones en el jardín.

2

En el aire oscuro empieza a brillar la abuela, que siempre me amó; me peina, me sirve café, dulce de zapallo, (como vidrio de oro donde vi por vez primera su imagen, el ámbito donde despliega toda su vida, el panal que se construye). Me alcanza el vestido, la capota, carga mis libros, va delante de mí, separa las ramas, ahuyenta a las

pequeñas vacas que quisieran matarme, quiebra a los bichos del rocío —ellos desaparecen y aparecen enseguida. Pero, cuando sale el sol y brilla la corona de los campos, se aleja; allá, entre las matas, alguien pasa; la carretera roja y la escuela. Siempre anduve sola. Sin embargo, entablo un mudo diálogo con la maestra. Pero, la mitad de los niños ya ha huido; también los colegios están rasgados. Esta maestra es nueva, apenas mayor; la de la otra sala, vieja como el polvo.

Cuando huyé la mañana y salgo, el sol desfigura los campos, cambia los caminos. Por todas partes, los coliflores y sus canastas de mármol, de espuma, los ajos en papel suave, las violetas. Y unas moscas de oro puro, una angustiosa miel.

3

Se oye el tun-tun de las papas debajo de la tierra; al excavarlas, todas tienen dentadura, melena, muestran la cara de guerrera. Es de noche, y yo ando por el aguazal, el pastizal, que bien pueden ser el pretexto de la guerra, esa tierra de nadie, por donde vagan unas vacas con cuernos de palo; por donde pasa una luna con cara de caballo. El norte pelea con el este, el sur con el oeste; ahora, son enemigos; los que, hasta ayer, eran amigos. También vi pasar pastores con las capotas militares cargadas de rosas.

Los animales de guerra son extraños; mi padre sacó a relucir sus propios caballos; uno, sobre todo, es altísimo, parece la Noche, parece de bronce; se pasea por el jardín como un hombre; a veces, le dan vino, delicados pasteles.

4

Añoche, volvió, otra vez, La Sombra; aunque ya, habían pasado cien años, bien la reconocimos. Pasó el jardín de violetas, el dormitorio, la cocina; rodó las dulceras, los platos blancos como huesos, las dulceras con olor a rosa, tornó al dormitorio, interrumpió el amor, los abrazos; los que estaban despiertos, quedaron con los ojos fijos; los

que soñaban, igual la vieron. El espejo donde se miró o no se miró, cayó trizado. Parecía que quería matar a alguno. Pero, salió al jardín. Giraba, cavaba, en el mismo sitio, como si debajo estuviese enterrado un muerto. La pobre vaca, que pastaba cerca de las violetas, enloqueció, gemía como una mujer o como un lobo. Pero, La Sombra se fue volando, se fue hacia el sur. Volverá dentro de un siglo.

5

De súbito, estalló la guerra. Como una bomba de azúcar arriba de las calas. Primero, creíamos que era juego; después vimos que la cosa era siniestra. El aire quedó ligeramente envenenado.

Descendieron los murciélagos desde sus escondites, sus cuevas ocultas; caían a los platos, como rosas, como ratones que volvieran del infinito, todavía, con las alas.

Por protegerlos de algún modo, enumerábamos los seres y las cosas: “Las lechugas, los reptiles comestibles, las tacitas...”. Pero, ya los arados se habían vuelto aviones; cada uno, tenía calavera y tenía alas. Y ronroneaba cerca de las nubes, al alcance de la mano pasaron los batallones al galope, al paso. Prosiguió la aurora quieta, y al mediodía, el sol se partió; uno fue hacia el este, el otro hacia el oeste. Como si el abuelo y la abuela se divorcieran. De esto ya hace mucho, aquella vez cuando estalló la guerra, arriba de las calas.

6

Es junio y de tarde en los tiempos druídicos y el techo empieza a irse, a volar como una nube. El zapallo se entreabre, da su olor a rosa, el extraño aroma a clavel de los zapallos. Mamá está cerca del fuego, labra un pastel, grande. Yo voy de aquí para allá. El pastel parece un hombre, es como un fantasma, tiene ojos azules y cabello largo. Me acerco al aparador, enumero las tacitas, una a una, todas son livianísimas como cáscaras de huevo; la dulcera es rosada como una rosa.

Mamá me llama; voy hacia ella; el pastel gime un poco, conversa con mamá.

Afuera, va a caer la noche; las plantas se quedan inmóviles, se hamacan.

En el cielo empiezan a tintinear los muertos, empiezan a brillar.
Junio de tarde allá en la casa.

7

Veo nacer los hongos, sus caras zonzas y bonitas; parecen campanas, parecen sombreros, parecen sexos. En lo hondo resuenà la campana de palo, hay otra gente, una subgente que mi padre aborrece. La abuela también convoca a la cena, llama a los pastores; les ofrece arroz —con aroma a arvejo— guiso de hongos. Yo me aferro a la cocina, a los viejos gatos. En el aire oscuro brillan los zapallos, las manzanas, igual que caramelos. Después, cae la noche monstruosa. En lo hondo del llano, arde una lucecita. Cada uno va a su lecho. Las románticas tías descansan con la mano en la almohada y las corolas abiertas.

Entonces, alguien se levanta, ¿irá a perpetrar un crimen? Mas sólo se oyen gemidos y todo queda en paz:

Por la calleja anda un caballo, como una terrible muchacha, con sus cabellos y sus ancas. En el aire gira un planeta o un murciélago.
...Debajo de las magnolias ¿quién está?

8

Si en la noche oigo ladrar los perros, mi corazón se parte; si lo oigo clamar lejanamente mi corazón se detiene, apresurado. Y torno a ver la huerta antigua, el jardín de aquellos años, el aroma a arveja, las vacas, los caballos que pastan en la luna. Entonces, los hombres se reúnen bajo el olivar, charlan de la próxima cosecha, de los fantasmas que en esa época acuden como pájaros, los espectros con alas de sábanas, y se roban todo el fruto.

Me acerco a las cómodas, las dulceras con sus higos y sus lilas. (En la cama ¿quién se halla? ¿es un viejo? ¿es una novia?).

Voy a la casa, a las fogatas. Si en la noche, un perro ladra, torno a ver la muerte, vuelvo a ver la vida.

9

Cuando llovía mucho, a cántaros, y se formaba aquel río, debajo de aquel puente, y pasaba a los lejos, el carro de las cartas. Y la abuela nos hacía venir junto al hogar, al leño ardiendo; allí las tres de pie, o sentadas, con los delantales a rayas, las tibias zapatillas, y ella nos servía dulce, miel, y nos hablaba jovialmente, como si nosotras también fuésemos viejecitas, o más pequeñas de lo que, en verdad, éramos. Y los gatos como lechuzones, hacienda menudísima. Y de las claras nubes caía agua, agua. Y alguna vecina —de las que moran en el pastizal, en la arboleda— empezaba a escurrirse hacia la casa, bajo las aceitunas, las locas magnolias, hasta llegar a nosotras, con el canastillo a cuestas, de huevos, de hongos, de papas recién hervidas. Entonces, nos reíamos todas juntas. Y de las blancas nubes seguía cayendo agua.

10

De pronto, nacieron gladiolos. En un lugar alto, y en el norte. Sé que hay gladiolos rojos, y azules, y gladiolos negros. Los de mi casa sólo son blancos. Empiezo a caminar hacia ellos. Pero, se vendrán. (Y este año más pronto, acuciados por el rumor de la guerra); éste es uno de nuestros negocios; así vivimos. Sigo caminando; me llevan aún sin que les mire. Esta bandada de muertos, de palomas. Cuando llego caigo de rodillas; tengo intenciones de llorar. Vuelven todos los años, pero nunca tan desgarradores. Se me cae encima esa nube, esa hermosura.

Estoy a la vez, mareada y en éxtasis, siento malestar y bienestar. Me quedo tan extraña, como si estuviera muerta o encinta. Y si no vienen por mí, no podré irme.

Como siempre, a esa hora, tenía fiebre; era a la caída de la tarde, y recordé la gruta natal; papá, mamá. De seguro, en ese instante, estaba bien tendida la mesa: las ricas yemas, los brotos recién nacidos, el pequeño ogro, cazado la noche anterior, y ya pelado y dulcificado. Y creyó ver nítidamente, las lamparillas al pie de los verdes santos. Y ella, ahora allí, miró en su torno, ese cuartel general, la guerra de los huertos, a la que con sus nueve años, aún no cumplidos del todo, en parte, capitaneaba. Todas esas cosas que, después, quedarían grabadas en los anales del más viejo roble... Oh, pero, si alguien, ahora, rasguñara la puerta, papá, mamá, la hermana menor, trajera una noticia triste: “Llovió adentro de la gruta, murió una muñeca, murió el perro...” Si le avisaran algo así... Pero, la enredadera de “trompas de fuego” abría adentro sus flores que se abrían rezongando, silbando. Oyó también a las rosas; les sintió el aroma —a vino— y rompió a llorar. Pero, empezaba a encenderse la noche, a apagarse el día; las estrellas se amontonaban temblando, y la que no halló sitio caía hacia la tierra seguida por su cabello, un manchón de azúcar. A la media luz divisó sus huestes, los batallones que nunca habían hallado la muerte; un poco más abajo, siguiendo sus órdenes, formaban, desfilaban encima del gran jardín de papas, de los repollos de hermosas alas grises, de los espárragos (cada uno con una rosita en la punta). De súbito, como acontecía casi siempre, ocurrió otra batalla. Varios hombres fueron trozados como hongos. Pronto, le traerían otra bandera. A la medianoche, flotaba en el aire un aroma a pasto, a papa recién cortada. Todo había sido perfecto, como siempre, de victoria en victoria; sin embargo, negros presentimientos cruzaban el aire; como murciélagos quedaban hamacándose por largo rato en el mismo sitio; los estuvo mirando. Más tarde, se asomó a espiar la noche. Lejos, en los más lejanos huertos, ardían hogueras pequeñas y sosegadas. En ese instante, como siempre, irrumpieron las ratas, solas o en bandas. Algunas hacían pantomimas, emitían rumores militares, un nombre extraño —marosa—, comían papeles.

Mi primer encuentro con los poetas fue memorable; sin embargo, es sólo una página más —ésta— en el anuario de los robles.

Abandonó la casa a la hora del humo, cuando las copas se quedan quietas en su baile. La hora en que empiezan a ulular los pavos, a cacarear como hienas; ella les ve el plumaje triste, la cara color rosa. Cruza el jardín de los membrillos; las frutas parecen piedras perfumadas. Pequeñas muertas flotan en sus plumas; son los espectros de las tías y primas enterradas años antes. El aire está propicio; hay una extraña resonancia. Entonces, empieza a decir uno de sus poemas; “Noche de mayo y de magnolias; la luna inventa un pueblo blanco en sus colinas. Van a venir de nuevo, Gerardo y Elena. Por eso puse una magnolia en el vaso...” o “Mi ángel ángel, mi ángel mío, ángel de los dulces y de la yerba, ángel de los aparadores, ¿qué decirte que tú ya no sepas?...” Pasa el oscuro olivo, y aparecen las espadañas, los pastos, el gran campo de hierba. Y un poco más abajo, —¿cómo no haberlos visto antes?— sentados en círculo están ellos, los poetas, con sus caras de antiguos niños, sus capelinas agudas, los pliegos con los más bellos versos. Nadie la mira; empiezan una danza en la que ella no toma parte. Se sienta un poco lejana y comienza a decir lo que ya venía diciendo, lo que venía cantando. Inventa también una pequeña representación, una pantomima, a la vez, risueña y trágica, llora y ríe por un minuto. Entonces, ellos se acercaron, dulcemente la besaron, la abrazaron. Había fantasmas; había membrillos.

Fue así.

¿Qué pasa en aquella hora? Los caballos empiezan a resucitar. Los antiguos, de labranza, juntan los huesos, el negro cuero, los dientes níveos; ya tiemblan, revolotean, ya marcan el paso en torno a los huertos. Viene rumor de antiguas cenas; el fantástico apio abre su cabello de colores; la cebolla de ojazos azules, me mira dulcemente,

y el melón como un perfume macizo. Reaparecen los tíos y sus peones, cuentan los surcos, ordenan el trabajo; al pie de la casa que se yergue toda, el abuelo da la voz de mando. Vuelven las nubes del sur, leves como el humo, siempre de sur a norte, de sur a norte...

Mamá saca del aparador mi corazón de niña, pequeñito, y late todavía.

14

Allá en las felices mañanas, cuando los árboles se cubren de naranjas, de azucenas de fuego, entre noviembre y diciembre, y en la escuela es la fiesta de exámenes, y mamá acomoda los panales, y nace el jazmín, multiplicado al millón, como una Virgen-María infinita, y el gladiolo santísimo levanta sus llamas blancas, sus ramas blancas, cuando se para el jardín de gladiolos frente a la casa como un navío de velas delirantes, y mamá viene remando en el mar de gladiolos, en esa marea blanquísima que inunda la chacra, la casa de los vecinos, los más lejanos prados, y todos nos morimos dulcemente.

15

En el aire oscuro de la noche, de la habitación, anda un santo nuevo. Lo miro, lo conozco, aun sin verle, sin mirarlo. Como los higos tiene gusto a hierba —y a azúcar—, a hierba y nieve. Tal vez, dentro de un minuto se haga evidente, muestre el cabello largo, los ojos azules, tal vez, no; como los abanicos, tiene los huesos de sándalo. Sigo su ruta, su itinerario. Pasa las negras puertas encima del sueño del abuelo, encima del sueño de la abuela, que duerme coronada de masas, de preciosas confituras; se entra en el ensueño de las niñas, fijas en sus cajas como muñecas; va a la cocina, aspira el aroma de los dulces de la tierra, los vasos de zapallo y azahares. Sale al jardín, trepa a los más altos árboles; por un minuto se hace visible, brilla como una rosa de fuego, por un minuto, nunca, baja corriendo; vuelve a entrar; otra vez; por el aire de la habitación anda un personaje nuevo.

Cuando todavía habitábamos la casa del jardín, al atardecer, cuando llovía, después de la lluvia, esos extraños seres, junto a los muros, bajo los árboles, en mitad del camino. Sus colores iban desde el gris más turbio hasta el rosado. Unos eran pequeños y redondos como hortensias; otros, alcanzaban nuestra estatura. Allí, inmóviles; amenazantes; pero, sin moverse. Mas cuando la noche caía del todo, ellos desaparecían sin que nunca supiésemos cómo ni por dónde.

Entonces, los abuelos nos llamaban, nos daban la cena, los juegos, regañaban. Nosotros hacíamos un dibujo, apasionadamente; lo teñíamos de gris, negro, gris, de color de hortensia.

La lluvia del jardín.

Hoy, alguien mató una rata, (el país de las ratas es mi país), le pegó, la ensangrentó; y mi corazón se partía diez veces, dio en recordar la antigua edad, cuando aún vivíamos en las magnolias con la Virgen María y con los Reyes, y en el aire oscuro de la noche, ellas aparecían solas o en bandadas, por el cielo negro de los techos, por el cielo negro de los pisos, llenos de galerías y zaguanes. Tímidas y audaces como niñas nos robaron todos los papeles, nos royeron las cifras y los cantos —y estuvo bien así—, las cajas de masitas y retratos, las peineñas con coral en las esquinas.

Pero, fueron las únicas que me enviaron tarjetas en los cumpleaños. Ese es el ejército de mi niñez. La guerra de los huertos fue su guerra. No sé si triunfaban ellas o las calas, ellas o el lucero de brillante apio.

Quiero volver a las vigas negras, a la luna llena, a las magnolias por abrirse, a todo aquello.

No hay nada que hacer.

El pueblo de las ratas
es mi pueblo.

Me emociona cuando en la madrugada, oigo crujir los carros, casi en la noche, camino a los mercados, los hombres que vienen de las antiguas huertas, donde mi niñez se abrió y huyó como una rosa. Y casi miro la brillante carga, las bolsas de rocío, los repollos de hermosas alas, las cebollas metidas en su gasa, los espárragos como manos de un solo dedo, el azúcar de las zanahorias, los limones duros como piedras, cargados de caña, de licor, las ciruelas de oro, el ajo de alabastro, las papas, de nácar bajo la oscura manta, los zapallos envueltos en sus propias azucenas amarillas, y, no sé, algún hongo, algún murciélago. Brilla fija la aurora del mercado, papá viene de lejos.

Árbol de magnolias,

te conocí el día primero de mi infancia,
a lo lejos te confundes con la abuela, de cerca, eres el aparador
de donde ella sacaba el almíbar y las tazas.

De ti bajaron los ladrones;

en ti vivían la Virgen María y los Tres Reyes:

Melchor, Gaspar y Baltasar;

de ti bajaban los pastores y los gatos;

los pastores, enamorados como gatos,

los gatos, serios como hombres, con sus bigotes y sus ojos de enamorados.

Esclava negra sosteniendo criaturitas, inmóviles, nacaradas.

Virgen María de velo negro,

de velo blanco, allá en el patio.

Eres la abuela, eres mamá, eres marosa, todo eres, con tu eterna
juventud, tu vejez eterna,

niña de Comunión, niña de novia,

niña de muerte.

De ti sacaban las estrellas como tazas,

las tazas como estrellas.

Estuvo oculto en tus ramos el Libro del Destino.
Te has quedado lejos, te has ido lejos.
Pero, voy retrocediendo hacia ti,
voy avanzando hacia ti.
Te veré en el cielo.
No puede ser la eternidad sin ti.

20

Los choclos con arvejas dulces y con flores,
los lirios de alas de oro,
vuélveme el maizal de los colores,
la tarde con lobizones y con santos,
la banda de liebres por el aire,
las cigüeñas que venían a comer babosas en mi mano,
los animalitos transparentes, callejeros.
Déjame ser la niña adolescente,
con el cabello rubio a las espaldas,
y que pueda ir hasta la iglesia,
a ocultarme un ratito en el altar,
en las canastas de rosas, las abuelas.
Déjame ser como las liebres,
tener alas,
dormir con los ojos abiertos,
vuélveme el maizal de los colores.
Que pase el viento.

21

Abril en la huerta.
La cebollitas –todas iguales– sacan el cabello; pero, dejan dentro, la cara, el ovalado rostro de azúcar, el huevo de mármol.
Hay un palomar debajo de la tierra.
A pesar de su realeza, la rosa granate, solitaria, es una prostituta,

una divina muchacha de la calle; un sexo en el aire, esplendoroso y loco, en perpetua actividad; a sus efluvios están alertas los caballos, los toros, los carneros; acuden los gallos, los muchachos.

Con el rocío el pasto, el herbazal, fosforesce; saltan rayos de colores, arco iris, pandorgas,

planetas de larga cola.

Papá pasea, olímpico,

su rebaño de liebres.

22

Semana Santa. La yerba lucera se colma de florecitas rojas, grises, anaranjadas. Pasan los juntadores de yuyos; asóma también algún hongo, un animalito de hermosos ojazos, que van a parar a los cestos, algún hongo de color oro. Vuelan lejos los automóviles, los aviones, ajenos por completo a todo, a los altares pequeños y potentes que salen de la tierra, a la Cruz errante, a los juntadores de yuyos.

23

Aun detrás de la lluvia escucho a los cañaverales de la infancia, las gallinas que ponen huevos de oro, o blancos como el azúcar, y llaman a gritos a mamá; todo lo que no está escrito; papá detrás del carretón, del caballo viejo, rosado y gris, que trabajó durante tantos años, y luego, siniestramente, vendieron. Las cosas todas de la casa, las rosas de la casa, una a una, las granates y dulces como pasteles, las blancas que parecen de mármol, y son de los mártires y los héroes, las amarillas que arden como miel, y las rosas rosadas, extremas, de los amores increíbles, de los homosexuales. Las cosas de la infancia, las rosas de la casa, una a una, y levanto otra vez, en el armario, la rosa blanca de mamá.

Parecè tan fácil entrar y robar.

Vuela una luña de azúcar sobre las huertas negras, sobre los cercos donde viven el alhelí, las gallinas, las peras de colores. Hay cosas que parecen otras cosas: cruces, carros abandonados, caracoles gigantes. Los perros están despiertos; pero, hipnotizados por la blanca luna.

Dentro, en el aire, flotan como siempre las ratas y un perfume a miel.

Cada uno está en su altar: el abuelo, la abuela, papá, mamá, yo.

Él merodea un instante. Entrebrea la puerta. Trae el falo desnudo, el puñal desnudo.

La luna brilla terriblemente.

Las velas vacilan.

No hay más bello canto que el de los perros en lo hondo de la noche. Me hace girar el tiempo; me vuelve la vieja casa. Estoy de pie al lado de mamá. No sé de dónde vengo, ni a dónde voy, ni me lo pregunto, tampoco. Recién salgo de la tierra, soy una papa esplendorosa y triste, que de pronto, se cubre de alas, ramos de pimpollos, cabello largo; hablo con mamá, le pido un plato, un saco; viene papá, me cuenta cuentos; pasan la luna, los murciélagos, vuelan las liebres arriba del arvejal; pasan los peones, los ladrones, fuman, cambian pequeños gritos raros. Vecinos de las más lejanas chacras, acuden a casa, cruzan las habitaciones; pero, cambiados por bichos, parecen murciélagos, ratones, nos comen todos los vestidos, los papeles, nos espían, nos escuchan; luego, se van.

Cantan los perros en lo hondo de la noche,

adentro de la eternidad.

Sabes, papá, que recuerdo tan bien tu carricoche extraño, cuando volvíamos de la ciudad mi hermana y yo —y tú y mamá— y como éramos tan pequeñas, la ciudad nos parecía fabulosa, merodeando la chacras, los arvejales por donde la luna resbalaba como una vieja fatídica, las chacras de tomates y azulados porotos, las casas solitarias, en tanto los perros nos ladraban desde un sitio que no está en el este ni en el oeste ni en el norte ni en el sur; los perros nos seguían desde cualquier lado, desde cien años atrás. Y tú y mamá rezongando suavemente sobre las mercancías recién adquiridas. Y el carró trotaba junto a las lomas, las chacras de rosales.

Sólo nosotros por la senda; y por el aire, los perros, los años y la luna.

Ya duermen todos los habitantes de la casa; por las puertas de par en par, pasa la luna con olor a melón. Los perros trotan. En el aparador hay ciruelas en su almíbar de plata, hay ratones, murciélagos dormidos en las tazas, que, de pronto, abren la sombrilla y se van volando. Parientes de las más remotas chacras pasan por casa camino a los mercados. Detienen un instante el carro en la calleja, entran, merodean entre los dormidos; alguno abre los ojos, les hace las preguntas de siempre; ellos se reúnen, charlan, fuman, salen a mirar las plantas, la luna, vuelven a trepar al coche y a marcharse. Yo todo lo miro, lo escudriño, desde un hueco en la pared, desde las ramas, recorro los senderillos del huerto junto a los melones de ámbar, a las sandías negras con los gladiolos dentro, junto al rebaño de los hongos, pasan los ladrones, desnudos, con un pequeño farol, pasan las estrellas por la tierra, cuento hasta seis, todas de vestido enorme y cabello largo; pero, es un instante no más y ya son sólo un ramito allá en el más remoto cielo. Entonces, regreso a casa, apresuradamente, antes del alba busco mi lecho. Pero, nunca podré dormirme. Ni despertar.

A esa hora —el atardecer— las flores blancas se asaban, se doraban en su propio perfume, se las podía devorar, parecían masitas, caramelos.

Mi madre pasaba con el canastillo a cuestras y las criadas, cortándolas para la cena. A veces salía, también, algún caracol, del más puro alabastro, con una amatista engarzada, un brillante; pero, mamá sólo bebía el bicho de finísima sal y dejaba caer la taza. Era la hora de los monjes y de los pájaros; mi madre atendía por igual a las grullas y a los sacerdotes. Les daba agua helada, miel, caramelos.

Los monjes dirigían nuestros rezos; pero, yo sólo decía poemas al pie de las muñecas sagradas, todas con alas y cabello largo. Los monjes nos invitaban a ir con ellos bajo la luna. Siempre me parece mentira la vida en aquella casa. Ahora, cuando interrogo a mamá ella no quiere decirme nada.

Sin embargo, todo quedó escrito ahí. En el libro de la Miel.

29

Era casi medianoche y empecé a andar, desde la chacra de mis padres a la chacra de mis abuelos, desde una casa a la otra casa. Pasé junto a los arvejos que ardían como brillantes, a los pequeños ríos llenos de ranas, de boniatos rosados, de “cucharas de agua” con su extraña carne muda dentro, junto a los caballos, de espléndida dentadura, que se reían a carcajadas; vi las vizcachas en las puertas de sus viviendas, todas de cara cuadrada y delanteras, barrían, valsaban en el arenal; vino la banda de conejos silvestres —con sus orejas como alas— a comerse la propiedad de mi padre. Pero, casi en el linde me detuve, las matas no pudieron ocultarme. El monstruo venía deslizándose de una chacra a otra, la extraña forma. Oí que decía: ^f

—¿Eres tú, Elena?

Y, helada, me oí a mí misma, responder: —Sí, abuelo.

Y él: —¿Hay liebres?

—Sí, abuelo.

Quería disimular, desaparecer, se ocultó a medias; avergonzado, dijo: —Doy un pequeño paseo ¿sabes?

Yo en un impulso ciego crucé a la otra huerta, llegué a los laureles que ardían como llamas, entré en puntas de pie, reposé un rato. Busqué la habitación principal; la abuela dormía sola, con la trenza en la frente como un laurel; en la penumbra divisé las vírgenes, los frascos de aceitunas. Mérodeé un instante. Una de las criadas abrió los ojos; dijo: —Eres tú, Elena. Cruzaste las huertas a esta hora. Estás loca.

Salí, pasé junto a los árboles, la luna. El abuelo volvía, ya con su traje particular de pana negra. Caminaba lentamente, se pasó la mano por el rostro, habló con odio a la luna.

30

Este verano me trae aquel verano. Las parvas hasta el cielo, las siembras de mi padre: los oscuros tomates, las chauchas milagrosas, los zapallos espectrales, y aquellas extrañas plantas, que, en vez de frutos, daban bichitos (que luego, se desprendían y seguían viviendo); las páginas del libro de la escuela vivas en el aire, las langostas como tijeras de papel de plata, el viento del desierto cargado de perfume, los caballos de mi padre siempre al galope por el sur, la pálida luna de la casa, todos los amigos que no tuve.

31

La insólita forma empezó a deslizarse; era como un árbol de mármol, con muchas ramas, alguna estría de sangre aquí y allá, un pólipo de las profundidades del cielo. ¿Quién era eso? Acaso, un pecador al que Dios obligaba a desfilar así, blanco y ciego. Entré aterrorizada a la casa. Caían las lloviznas, se oía crecer la hierba, los caracoles buscaban donde pegar nuevamente el pie, se oía en el aparador latir las tacitas, cada una con un murciélago dentro, un ratón, un menudo animalillo que la abuela había conservado en azúcar. ¿Seguiría avanzando aquello?

Huí a la alcoba, quise hacer mi vida de siempre, me pinté, me puse tacos altos, iba a ir a la escuela, a la oficina.

Pero, oía a la familia que me nombraba, que me llamaba, y con una voz extraña. Como para una asamblea final.

32

Revivo las noches de la quinta. Dejábamos la casa, en puntas de pie, junto a los árboles donde duermen las aves, las blancas gallinas, los patos de color rosa, junto a los nísperos, los fresnos, ya más rápidamente, junto a los pinos y sus amargas piñas, hasta llegar a aquel promontorio entre los árboles. Entonces, surgen los vecinos, oscuros y silenciosos. Y el pequeño filme se rueda otra vez, hacemos una representación en la que mi madre es siempre la primera actriz usando peluca rubia y máscara de plata, y en la que yo, siempre, encarno al Destino, a la muerte; salgo de cualquier lado, de un hueco de la tierra, de un ramo de manzanas. Pasa la luna, blanca como una almendra; pasa la luna, amarilla y fragante, cargada de nísperos, de semillas de melón; a los lejos, los caballos cambian risotadas, los caballos blancos como la luna, o rojos caballos que despiertan de súbito, dan un galope, se comen su cena de hongos y de espigas.

Y mi madre y yo hacemos la reverencia final, yéndonos ya, por los vericuetos de la huerta, sobre el estrellado rocío, en puntas de pie, junto a los árboles cargados de pájaros. Y la abuela —desde su entresueño— nos hace la pregunta de siempre, que sí estuvo bien la representación; y nosotros decimos que sí estuvo bien. Entonces, los roperos se cierran, el candelabro se cierra. Y yo me entro en el lecho y me duermo enseguida, y sueño siempre lo mismo, que allá, se representa otra vez, que encarno al Destino.

33

Se recostó un poco en la cama. Tenía miedo, un miedo horrible, siempre había tenido miedo. Sabía que el Gran Ratón no había

muerto y que era mentira que el Espíritu de la Casa nunca había existido, como ahora quería decir su madre. Y esa tarde el poniente estaba negro, y los niños que volvían de la escuela, volvían semienmascarados; ella misma había visto disfraces en el suelo, antifaces, y viejísimas cosas, pertenecientes a casas de antaño, que no se atrevió a mirar dos veces, ni a tocar.

En lo hondo de las habitaciones la madre hacía algo, dulces, pasteles; el padre contaba los frascos de aceitunas. Cuando cayó del todo la noche, sonó sordamente la campana de la cena. Fue al comedor como una sonámbula; comió algo, un huevo, vino; volvió a la alcoba, miró bajo la cama, los roperos, rezó, se acostó, entró la madre, cerró la lámpara, el farol, se fue. Ella quedó allí, metida en su terror; sin embargo, media hora más tarde estaba dormida. Cuando abrió los ojos, sintió que le tenían una mano; la oscuridad era total. No movió ni las pestañas, pero, las rodillas le temblaban. Sintió que le oprimían la mano, ferozmente; otro garfio le apresó un seno; todos sus huesos fueron separados; algunos le fueron robados. Pero, sólo pudo dar un pequeño grito.

Cuando acudió la madre, vio a su hija, soltera, de treinta años, destrozada.

Y oyó pasos en las escaleras que bajaban a las profundidades de la tierra.

ESTÁ EN LLAMAS EL JARDÍN NATAL

1971

Está en llamas el jardín natal apareció originalmente en 1971, en la primera edición de *Los papeles salvajes* (ver nota de página 140).

1

Fui desde mi casa, a la casa de los abuelos, desde la chacra de mis padres a la chacra de los abuelos. Era una tarde gris, pero, suave, alegre. Como lo hacían las niñas de entonces, me disfracé para pasar desapercibida, me puse mi máscara de conejo, y así anduve entre los viejos peones y los nuevos peones, saltando crucé el prado y llegué a la antigua casa. Recorrí las habitaciones. Todos estaban felices. Era el cumpleaños de alguien. Por los cuatro lados habían puesto jarritas de almíbar y postales. En medio de la mesa, una exquisita ave, un muerto delicioso, rodeado de lucecillas. El abuelo que siempre estaba serio, esta vez se sonreía y se reía; y antes de que bajase la tarde, me dijo que fuera con él al jardín, y que iba a mostrarme algo. Ya allá arrojó al aire una moneda; yo la vi rebrillar, al caer se volvió un caramelo, del que, enseguida, salió una vara larga y florida como un gladiolo, a cuya sombra yo me erguí, y que creció aún más, después, y duró por varias semanas.

Yo soy de aquel tiempo,

los años dulces de la Magia.

2

Recuerdo mi casamiento, realizado remotamente; allá en los albores del tiempo.

Mi madre y mis hermanas se iban por los corredores. Y los viejos murciélagos –testigos en las nupcias de mis padres– salieron de entre las telarañas, a fumar, descreídos, sus pipas.

Todo el día surgió humo de la casa; pero, no vino nadie; sólo al atardecer empezaron a acudir animalejos e increíbles parientes, de las más profundas chacras; muchos de los cuales sólo conocíamos de nombre; pero, que habían oído la señal; algunos con todo el

cuerpo cubierto de vello, no necesitaron vestirse, y, caminaban a trechos en cuatro patas. Traían canastillas de hongos de colores: verdes, rojos, dorados, plateados, de un luminoso amarillo, unos crudos; otros, apenas asados o confitados.

El ceremonial exigía que todas las mujeres se velasen —sólo les asomaban los ojos, y parecían iguales—; y que yo saliera desnuda, allí bajo las extrañas miradas.

Después, sobre nuestras cabezas, nuestros platos, empezaron a pasar carnes chisporroteantes y loco vino. Pero, bajo tierra, la banda de tamboriles, de topociegos, seguía sordamente.

A la medianoche, fui a la habitación principal.

Antes de subir al coche, me puse el mantón de las mujeres casadas. Los parientes dormían, deliraban. Como no había novio me besé yo misma, mis propias manos.

Y partí hacia el sur.

3

Una tarde en que llovía misteriosamente sobre las cosas, y andaban por el jardín los cangrejos con su piel patética, y los hongos venenosos echaban un humo gris, y habían venido las vecinas, al través de las plantas todo mojadas, de los tártagos de ásperos perfumes, a visitar a mi madre, y estaban, de pie, riéndose, cada una con una langosta en el hombro, verde, brillante, recién caída del cielo, un caracol de azúcar; pero, sin darse cuenta de nada, se reían, y mi madre les contestaba riendo. Las vecinas con sus altas coronas de piedras de agua, parecían unas reinas salidas de la laguna, de lo hondo del pastizal.

Y yo, sin rumbo, allí, avanzaba, retrocedía, iba hasta la casa, salía, mirando pasar la lluvia, las nubes, la historia del jardín.

El carnaval nos llegó, apenas; allá en nuestro amado territorio.

Los arvejos ardían cargados de frutitas y de flores, y la papa de largo cuerno, y los boniatos rosados y peludos; y por el aire caminaban, tranquilas, las arañas; algunas como gotas de miel, pero, otras, de media negra y de pulmón hasta piaban. Y la cala silvestre, con sus ojos y su barbijo. Y los grandes animales, de piedra y lana. Y estaba la casa. Sólo había dos hogares en la inmensa región. El nuestro y “el otro”. Nuestra familia y “la otra”; así nos denominábamos mutuamente.

A veces, cambiábamos un emisario, una liebre; o decíamos: Llueve “allá”.

Pero, pasaban años sin que nos viésemos. Los niños casaban bien pronto, con sus propias hermanas. Cuando la sed y el hambre eran terribles, se cercaba a un miembro de la familia, se le asaba; y la vida seguía.

Ahora era carnaval y el atardecer. Llegó un individuo de la otra casa. No sé sabía si hombre o si mujer; pues, venía envuelto en un sayón y una máscara de cuernos largos como varas. Cenó, boniatos, arañas. Le preguntamos sobre lo que había ocurrido allá en esos últimos veinte años. Sacó un pliego, leía; pero, a veces, decía de memoria. Nos contó todos los velorios y los casamientos; las bodas y los asesinatos.

Bebió vino de raíces y durmió; luego, despertó, vívido, enamorado, y antes de que pudiéramos detenerle tomó a una de nuestras hermanas pequeñas, —Olavia, de nueve años—, y huyó con ella, tierra arriba; íbamos a buscar las flechas y las mazas; pero, él huía, la besaba, la abrazaba, le quitó la piel que la había abrigado casi desde su nacimiento; en un escondrijo la violó; ya en lo alto clavó una pica y una piedra, les puso su propio sayón y su máscara como techado.

Y así, comenzó la tercer casa.

Me acuerdo de la casa, —no sé por qué, de los días de tormenta—, cuando volvía de la escuela, casi huyendo, o no me dejaban ir a la escuela, y mamá, de pie, llamando a la pollada, las gallinas que cruzaban el jardín con las alas abiertas, seguidas por sus pollos de colores, rosados, celestes, amarillos, aquel alucinante pío-pío, y las nubes insólitas y grises, que, por un instante, barrían la huerta —los duraznos de mantón florido, los ciruelos de frío azúcar— y la devolvían enseguida, transparente bajo la lluvia, el arco iris, casi al alcance de la mano, todo de menta, de pimpollos.

Y las noches de los días de borrasca, con el aire diáfano, cuando se hacían visibles los animales del bosque, la zorra que ladraba y se reía, la comadreja y su canasto de hijos, que llegaban adentro mismo de la casa y nos robaban un bicho, un pedazo de cuero.

Y las horas deslizándose, mudas, después.

Y yo, allí, de pie, inmóvil, en el umbral, esperando no sé qué, que algo cayese del cielo, está en llamas el jardín, natal.

Pasaban las nubes, candidas, lanares, sobre el cielo azul y casi negro. Y ella en el bosque de manzanos; había huido de la casa sin quererlo, como una sonámbula. Los manzanos ardían con un aroma de antiguo azúcar, de miel de lilas. Y ella con esa malla pequeña, esa túnica que no le cubría un seno, que se le asomaba como un hongo comestible, que se pudiera comer crudo. Pero, el corazón estaba helado, latía apenas. Rememoró todo lo de la casa. El padre, rey pastor: la madre y las hermanas, un poco rosadas, bajo la diadema, las espigas; ella aún no tenía veinte años y nunca se había casado. Cómo empezó todo; aquella tarde, mientras cenaban en el jardín, de pronto, vino el pájaro negro, cayó el vencejo, justo sobre su hombro, todos la miraron aterrorizados, del cielo había caído el mandato, y en el aire se vio bien patente el sacrificio.

Ahora, las nubes rodaban sobre la tierra, dejó el manzano, empezó a andar ella también como un nube, entre las plantas, como un sahumero, vio las tumbas, rodeadas de flores, de fragantes espárragos; caminó ciegamente, con los ojos bien abiertos. Llegó al altar, el dios la miró con su rostro eterno, se reclinó, veía arder la miel, la leche, la manteca.

El padre vino, al través de toda la tierra, de todas las plantas, se arrodilló, la besó casi. Ella aún podría huir, al fin y al cabo, los límites eran casi precisos, y más allá había otros prados y otros reyes, que, tal vez, la cobijaran dulcemente, y para toda la vida. Pero, de una cosa estaba bien segura; jamás iba a dar un solo paso más allá de la propiedad familiar. El padre la abrazó, recordó la noche en que la había engendrado, el pequeño grito de la entraña en que ella empezó a nacer, miró las estrellas de donde había manado la orden, la besó casi como a una novia, en los labios, en el seno desnudo como un hongo, y la mató.

7

Aquella mañana de junio, de mi cumpleaños, no sé si ocho o nueve años, cálida como de primavera, venía la fragancia de los árboles; algunas de las arañas de mi madre le tejían otro par de medias de plata; andaba el gigante; de tanto verle, casi no le hacía caso. En cierto modo custodiaba la huerta, molestaba poco, casi siempre en su pequeño predio dentro del nuestro, en su trabajo de hornos; estaba allí desde tiempos inmemoriales; a veces, recibía visitas, porque había otras chacras con otros gigantes; ese día se acercó demasiado, me miró, creo que hasta dijo algunas palabras como golpes dados con las ramas. Yo me azoré, le seguí alrededor del jardín. Cuando entré vi que ya estaba la abuela, hablaba con mamá, de plantas, de copas, de cocina. Fui a espiar, otra vez, el canasto de masas que había llegado del pueblo, levanté el velo. Allí seguían los extraños seres, rojos, granates, celestes, con sus ojos de licor, sus dientes de purísima almendra, esos pocitos de miel, esos castillitos de azúcar; se me ocurrían cosas muy raras,

me daba por ponerles nombres, hablarles, ponerles números, parecían bichitos de colores, cajitas de nácar, lamparillas. Mamá dijo: —Ven acá, Rosamaría, no toques eso.

Y yo no iba a hacerlo. Me acerqué, a mi madre, a mi abuela. (Yo sólo era una pequeña niña con una corona de trenzas). Ellas hablaban de cosas remotas, siempre las mismas, con el mismo entusiasmo.

Salí, otra vez, al jardín. El gigante ya se había ido; una araña audaz tejía cerca de los claveles. Estaban las otras chacras y la soledad.

8

Antes de que cayese la chimenea vieja y el viento se transformara en huracán, cuando todavía vivían las dalias en torno de la casa, negras y rosadas, (a veces, entraban al comedor y seguían allí, por varios días), una noche, oí en sueños, que llamaban, y desperté, y vi todas las puertas y las ventanas abiertas; otra vez, me había olvidado de cerrar la casa. El corazón quería huírseme; pero, estaba helado. No podría ocultarme bajo la manta, porque mi cabello aparecía siempre desde cualquier parte; fui en puntas de pie, hasta el ropero; pero, no iba a poder vivir allí, como las ratas, o las polillas de ojos negros y verdes alas, que yo conocía tan bien.

Y no me era posible volar; alguna vez, logré izarme sobre los árboles y descender en otra parte; pero, en ese instante, los brazos se me caían inertes. Pensé desesperadamente, en papá, en mamá, en mi hermana, que me habían abandonado allí hacía tanto tiempo, sin que yo supiese por qué; pasé la ventana bajísima, salí al jardín; pero, quien había llamado estaba atento a todo; las dalias notaban su extraña presencia, y rugían, se topaban, como perros, le ladraban. Yo empecé a huir, a esconderme tras de las flores, los troncos, las matas, empecé a llamar a mi padre, a mi madre, desafortadamente; pero, mi voz no tenía sonido. Corrí un poco, caí de rodillas, de bruces. Se oía el ladrido de las dalias, un paso impresionante.

9

Una noche desperté sentada en el lecho, helada, en esa casa donde me habían abandonado hacía tanto tiempo. Y él, ya estaba entrando, por tres ventanas, a la vez, su triple presencia; le vi el mantón como una cauda, un ala, el rostro desierto. Mi pequeña faz se congeló. Pensé en conjurarlo de algún modo, exorcizarlo; tal vez, algún efluvio de la infancia lo detuviese, un grito, pensé en recuerdos, platos blancos, sábanas blancas, oréganos, violetas. Tal vez, pudiese fingir que era más grande y desafiarlo. Pero, él estaba allí, erguido, como tres caballos. Inmóvil, e impaciente; en sus tres lugares.

10

A veces, cuando el verano se volvía demasiado intenso, —era todavía una niña, en la edad del huerto— armábamos los lechos, fuera; entonces, todo parecía tan extraño. Mis familias volaban un poco; pero, luego, se adormecían; yo quedaba escudriñando el cielo; por entre las estrellas, las antiguas naves seguían su lid. O me sobresaltaba el galope de un caballo a lo lejos, muy a lo lejos, el ladrido de los perros, en un lugar sin nombre, su eterno canto. Y estaban la hierba salvaje, el orégano, la violeta, la gallina blanca que pone un huevo negro, tal vez, desde allí —quizá— saldría un perrito, una criatura humana; un viejo pariente podría resucitar de allí.

Pero, más allá del hechizo familiar, todo se cumplía otra vez, la noche era infinita y azul y las naves partían. A la guerra de Troya.

11

El zapallo estaba allá, pesado, quieto. Parecía una luna antigua y perfumada. El mismo de cien años antes y el nacido ayer. Las luciérnagas, rompían a cada segundo el aire inmortal.

Salía humo de las dos casas. De la de él, con picos rojos; de la mía, con torres negras. Era la hora de los panes y de la lámpara. A

veces, nos huíamos de nuestro padres —él y yo— y tomados de las manos íbamos al través del aire oscuro hacia el pie del huerto, a besarnos levemente, arriba de los labios.

El zapallo estaba allí, dormido a todo; pero, al vernos, daba un salto.

12

Cuando nos mudamos a aquella casa; al amanecer frío y todo mojado. Mi hermana y yo, y papá y mamá. Y los tártagos con sus semillas, sus racimos de áspero perfume, que nos prohibieron tocar. Y la casa, azul, allí, en el medio.

Íbamos por la arena mojada, los pedruscos, los vidrios rotos, las botellas; y las “viudas” ponían por todos lados sus flores lúgubres. Y como lloráramos un poco, nos hicieron un ramo de “viudas”, de verdolagas y de ortigas. Y nos llamaron dentro y nos sentaron en dos sillas iguales como a dos muñecas. Y allí estuvimos mi hermana y yo, un largo instante, llorando un poco, con un ramo de yuyos en la mano, sin pensar en nada, ajenas por completo a todo; al Destino que observaba de lejos como un pájaro.

13

Por diciembre y enero ardían los laureles; unos blancos, otros rosados. Atraían a todas las abejas de la tierra y a algunas de otro planeta. Anegaban la cocina, la escuela y el altar. Por todas partes, jarras de miel, de vino de laurel.

En la noche seguían ardiendo, blancos y rosados, como si los alumbrase un farol. Acudían avecillas, pequeños ángeles que rondaban las ramitas, las libaban, las adoraban; almas ya del otro mundo que hacían un barullo extraño, semejante a la vida, como si fueran, de nuevo, a encarnarse.

Como siempre en el verano, después del almuerzo, dormitábamos un poco. Allí, los padres, los abuelos, las hermanas de mi madre, las criadas. A las niñas, despeinadas y desnudas, se les sobresalían de la espalda los huesos angelicales.

Anduve en puntas de pie, entre los dormidos, espí la calleja, no venía nadie. El viento golpeaba, como siempre, las magnolias y los techos. Pero, me acerqué al limón; allá seguía con sus azahares y sus limones. Y más allá empezaba el predio de retamas, el negro bosque que se fuera construyendo a sí mismo por años, y al que, espantados, nos habíamos propuesto no cruzar jamás. Pero, esta vez, el corazón estaba decidido. Sin pensar en nada, empecé a andar, a abrir las ramas; anduve no sé qué tiempo; se me cruzaba algún pavo salvaje con la cara de fuego, algún ratón blanco como un nardo. Habría las ramas. Al final hallé un claro. Me detuve; traté de retroceder; tal fue mi asombro. Una familia estaba acampada allí; preparaba sus guerras nocturnas, sus cazas, sus manjares. Después, la sangre se me paró, se me heló. Vi que aquella familia era la mía. Divisé a los padres, los abuelos, las criadas, estaban todos los individuos de mi casa; me vi a mí misma. Llamé "Rosa". Pero, cuando la niña fue a mirarme mi corazón se echó a temblar, a redoblar como una campana, y entonces, me volví, empecé a huir, crucé con los ojos cerrados, bien abiertos, todas la retamas, las frías ramas, el naranjo, el umbral. Casi todos dormían todavía. La abuela ya estaba de pie; preparaba la merienda, los vasos de almíbar, de licor; tal vez, viniese alguien de visita. Logré sobreponerme un poco. Me le acerqué. Le dije: Mira, allá está ocurriendo algo.

Ella, con una voz increíble respondió: —Yo ya lo sé.

A veces, en la madrugada, llovía dulcemente, y parecía que un enjambre caía del cielo, que los muertos volvían a la vida, que todo estaba bien.

Yo me asomaba a la ventana, y a la media luz, ya todas las hojas eran granates y amarillas, livianas y fragantes; como uvas o amapolas.

Y entre los grandes árboles, los monjes en sus casetas, pequeñas, entre las ramas. El nuestro salía a mirar la lluvia, los relámpagos, a anotar en su Cuaderno del Tiempo, el monje de astas larguísimas y sedosa pelambre.

Y yo volvía al lecho, a dormirme sobre la blanca almohada, a soñar que Mario estaba allí.

Volvía a mi antiguo y escondido mundo en llamas.

16

Arriba, las viejas centelleantes seguían su murmurio.

Había jazmines, espuelas, y el rumor de una guerra insólita, que se había desparramado, nadie sabía por qué, de sur a norte, de este a oeste. Cada uno desconocía todo, sólo que estaba en guerra, que iba a matar, y que iban a matarlo.

Pasaban las caballerías de liebres, de grandes conejas, sobre el lugar donde los murciélagos tenían su campamento.

Todos deseaban la sangre de los otros.

Por suerte, aún, las lechugas ardían dulcemente, y el rocío seguía manando sin pausa como la luna.

Pero, mamá se asomó por entre los crepitantes aleros. Y antiguos parientes, finados ya, se salían de la pared, hablaban con mamá, querían, a toda costa, participar de las guerras.

17

Estaba soñando que tenía dieciséis años, allá en la casa... Me senté en el viejo sillón, en el lugar que era más mío, en el dormitorio, con el delantal a rayas y el pelo suelto; mamá estaba allí, de pie; había venido visita, y la habíamos acompañado hasta el lindel del bosque.

Y ya era el atardecer, pasaban las nubes grises y doradas; iba a llegar la noche, y lloviznó un poco, y como siempre, ocurrió un

milagro; un hongo nació de pronto, cerca de nosotras; una cucaracha, ya muerta, volvió a andar.

18

Recuerdo cuando se realizaban las fiestas en el caserón; al comienzo del otoño, del verano, o sin motivo alguno, mamá, de pronto, enviaba una carta casi secreta a todas sus amigas, sus amigos; y éstos acudían cruzando la noche; algunos, enmascarados, otros con el rostro desierto, entraban a la casa; los primeros colgando de la puerta, ceremoniosamente, sus grandes antifaces. Mamá encendía todas las cajas de fuegos por el comedor, los dormitorios, y se realizaba la cena, se bebía vino, café hirviendo, charlábamos sin cesar. A veces había algún invitado irreal; una vez, entre los comensales estaba el dios de las frutas y charlaba con los otros hombres como si él también fuese un hombre; pero, de pronto todos nos callábamos, mirándole la alta y casi incierta corona de guindas. Teníamos sueño, miedo, frío, y nos dormíamos unos en brazos de los otros, hasta que llegaba el alba, y se entreabría la puerta, y los enmascarados salían, se iban por el rocío, al lado de los conejillos que les seguían alucinados y sin saber adónde. Y el dios también se iba, abría las alas, se volvía, levemente, otra vez, hacia las frutas.

19

Transcurría otra deliciosa noche de los huertos.

La luna andaba por todo, y los mamíferos voladores se veían, nítidamente; así las ratas con alas de paloma, casi al alcance de la mano; todas las cosas eran susurrantes y con gusto a azúcar, y al alcance de la mano. Me posé en la ventana, y vi que mi padre tenía las alpagatas irisadas, y los redondos jazmines varones iban hacia las jazminas aleteantes.

Pero, todos en la casa éramos un poco sonámbulos, aunque nadie lo sabía, y en la noche, nos levantábamos a trabajar, hacíamos

el trabajo del día, mamá cocinaba; se cortaban las frutas, las hierbas, se proseguía el tejido, el arado; a veces, nos deteníamos como si fuéramos a despertar, pero, seguíamos trabajando, y a la mañana, mirábamos todo lo hecho con un poco de miedo y de vergüenza.

Pasaba otra noche susurrante.

Y oí rumor en el huerto vecino, y me posé en la ventana, —ellos también andaban levantados—, y vi el paraíso de hojas fosforescentes y la horca que subía, y el hombre que habían traído, ya visto por mí otras veces, y cómo lo engarzaron, y cómo todo se hamacó por un instante, y se quedó inmóvil.

Y después nadie nunca habló de eso.

20

Antes de ir a la escuela, Papel y Alberta recorrieron el jardín. Era al alba y las dalias asomaban por todos lados, entre dulces y tenebrosas, y los espumantes huevos prometían entreabrirse y dar a luz más flores y más pájaros.

Pero, las comadreja, las liebres y las ratas permanecían aún en sus madrigueras, descansando de las correrías nocturnas, de todos los miedos y las acechanzas.

Papel y Alberta ataron los libros; desde la noche anterior habían resuelto que aquello tenía que acontecer. Se besaron levemente como finalizando un contrato. Un instante por el camino y estaban en el pastizal. La hierba maligna estiró sus hilos hasta el infinito, atando, de paso, a otros pastos. A veces, la hierba hablaba, decía algunas palabras en el mismo idioma de Papel y Alberta, de los padres y de los abuelos, pero, desfigurado. Ellos se quedaron un largo rato, inmóviles; luego, resolvieron pronunciar en voz alta lo que iban a hacer, y también sus nombres, el año escolar, la edad que tenían, el nombre de los padres. Pero, dicho todo esto, tuvieron un miedo horrible de que la hierba habladora lo hubiese aprendido y lo desfigurara.

Una hora más tarde estaban otra vez, en el camino. Por el cielo no pasaba nadie. Era tardísimo para ir a la escuela, y temprano, para volver a casa. Se ocultaron, de nuevo, en el pasto, por miedo

a algún vecino o a algún pariente. Cerca del mediodía, como les acontecía siempre, aun estando en la escuela, les vino sueño y durmieron un poco sobre los libros. Más tarde regresaron lentamente a la casa. Se sentaron, vinieron los padres, los besaron, traían los vasos, los platos. Era un día de tantos. Pero, ellos miraban fijamente, al aire. Como si allí hubiese algo infame. Un animal sin cabeza.

21

De pronto, nacieron las azucenas:

en el aire oscuro de la noche, del atardecer, abrieron sus caras blancas, sus fosas blancas, ¿qué iba a hacer yo, con esa gente blanquísima?

Me ocurrían cosas extrañas, silabeaba, deletreaba como si sólo tuviera dos o tres años, me parecía que veía, a lo lejos, flotar en el aire, a papá y a mamá, o que escuchaba conversaciones anticísimas en un idioma que sólo se conocía en la casa. Tal vez, me iba a morir. Me arrodillé, el cabello me cubrió el rostro; quise rezar y llorar. Pero, sólo me erguí; y con un paso de bailarín, de sonámbula, llegué hasta la casa; mamá proseguía su eterna labor, pasé al través de las habitaciones, volando, logré izarme sobre las arboledas; me había vuelto un ser extraño, un monstruo, con muchas alas, volaba, planeaba, mirando siempre hacia allá, hacia el lugar donde habían nacido las azucenas.

22

Dios está aquí.

Dios habla.

A veces en la noche, cuando menos espero, de entre las cosas, sale su cara, su frente, inmensa y diminuta como una estrella. Centelleante y fija.

Hace años que anda por la casa.

Allá en la infancia yo no me atreví a decirlo a nadie; ni a papá, ni a mamá; era como un cordero, una forma pavorosa, que se comía las hierbas, bramaba un poco, topaba la casa.

Una gallina blanca como la muerte,
como la nieve; o negra;
una gallina crucificada con las alas bien abiertas,
y el cuello manando sangre.

Él estuvo presente en la fiesta que dio mi madre —no sé por qué—.

Cuando vinieron todas las amigas —de collares y coronas— y se sentaron en las habitaciones, y se les servía miel, vino, manzanas, otras confituras, nadie se fijó en un comensal de ojos inmóviles y grises.

Dios vuela un poco;
a veces, cruza volando la noche,
como si fuera a irse.

23

Oh, volver a la propiedad familiar, a la tarde cruzar el campo donde la hortensia levanta su cara de humo, de pluma, su cabeza murmurante, su sombrero de vidrio, de turquesas, donde nace la hongá feroz, la seta de venenosa espuma, cruzar los campos durmiendo, con los ojos bien abiertos, bien cerrados, sin equivocarse nunca, sin caer sobre las zarzas, las fogatas, los otros seres que van por el campo soñando, hasta aquella ciudadela siempre visible y perdida, entrar en ella, cenar, pecar furiosamente.

Años sin fecha, cerrados como pastos, la neblina.

24

Oh, los zorros, qué hermosos, ruego por ellos, nadie les toque el corazón con una bala, ni les queme o corte la dulce piel; que florezcan en la noche, sus palabras, un poco macabras, sus ladridos, que nos helaban tanto, el corazón, cuando las dos éramos niñas —mi hermana y yo— allá en la casa de los eucaliptos.

Que prosigan sus burlas, sus vericuetos, sus hazañas nocheras.

A veces, en la sombra, dejo una cosa, para que ellos la roben, como si yo ya no habitara otro planeta.

25

Exactamente, después de la lluvia, llegaron los caciques. Habían venido viajando en sus canastas de flores. Se sentaron, allí, irónicos y sonriendo.

En el aire brillábamos nosotras las niñas y las naranjas con sus copetes de fuego. Exactamente, después de la lluvia cayeron los caciques. Se burlaban de todo, de lo que hacíamos, de nuestra manera de vivir, de la jerarquía que creíamos poseer.

Nuestro padre, azorado, vino a saludarles; pero, ellos hablaban de otra cosa, en un idioma purísimo, que avergonzaba a mi padre. Por la brisa flotaba algún ratón confitado antiguamente, un higo, un alma. Era como si el cielo se hubiese desacomodado y tardara en ordenarse.

Y de pronto, se fueron los caciques.

Otra vez, sus caballitas con flores.

26

Las vacas trituran la hierba; pero, después, se quedan inmóviles, y un poco, tristes. A lo lejos, empieza a caer la noche. Vienen las conversaciones de los vecinos que van orillando el monte. El molino desafía no se sabe a qué. Las cosas flotan un instante. Sube la luna color de pasto; pero, allá arriba se vuelve de mármol, de cristal; ella, con su mar de néctar y de muerte. Pero, los habitantes de mi casa siguen trabajando, todos los individuos de la casa. Quien corta las frías papas, las monjiles berenjenas, bate el óleo, los huevos; quien acomoda los lechos, con una brizna de azahar, de malvón, preparándolos para el pecado; quien recolecta las gallinas, los alarmantes pavos; quien pone los ganchos para atrapar a los raros peces de la hierba; ése está triste porque es viernes y sabe

que a las doce tiene que salir con el rostro cambiado, a recorrer los huertos.

...Hace rato que cae azúcar de la nada,
y fosforecen los membrillos y los besos.

27

El cielo está blanco. Una ráfaga fría y otra ardiente. La turbonada viene del sur. Pero, hay un instante de silencio, de compás de espera. Los animales se esconden aterrorizados. Debajo de las gallinas cobijándose los sapos y las ratas. Los trabajadores vuelven del prado con la pica al hombro; pero, algunos arrojan la pica y echan a correr. Los árboles están tiesos con los ojos abiertos. Se cubren los espejos, se recuerdan viejas cosas, se quema la hierba.

Y aquélla aparece otra vez. Los niños gritan: —Es una “teresa”, una “tarasca”; es una “dormilona”. Y empiezan a llorar y a sollozar.

...Y ella se está allá, de nuevo, con aquel mismo batón, y aquellas plumas.

28

De pronto se levantó, se lavó la cara, se puso un vestido nuevo. Salió sin mirar, en puntas de pie. Las estrellas estaban al alcance de la mano; como los higos que se cuelgan en el árbol de la Navidad, parecían de papel y de miel. Desdeñó el camino; miraba sin mirar e iba a campo traviesa. Las vacas y los caballos como siempre, dormían un instante y volvían a cenar. Los lobizones se diferenciaban de los otros animales y de la gente, porque les seguían las luciérnagas. Caminó, caminó; debajo de sus pies, los ratones subterráneos zumbaban y silbaban; las ovejas de abajo de la tierra también, estaban sacando trabajosamente, la cabeza ovalada, llena de rizos. Pero, ella hizo poco caso de toda esa ganadería misteriosa. Ya debía ser la medianoche, pues, empezó a caer maná del cielo, aunque, en verdad, sólo era una nube de hongos blancos y centelleantes que pasó, fugacísima. Empezó a aparecer el otro pueblo.

Alguna luz habría quedado ardiendo en una cocina o en una tumba. Llegó en puntas de pie. Recorrió las calles: Todas. La del Jazmín, la de los Pepinos, la calle del Ante y la de Ana María. Tenía un miedo pánico de que su madre la hubiese seguido. Siempre tuvo un miedo horrible de que su madre la encontrara de pronto, la enfrentara, le dijese que... Pero, no vino nadie, por ningún lado. Las casas sobre las que destellaban los hongos recién caídos, habían quedado, como siempre, todas abiertas. Penetró en una. Sigilosamente, preparó un manjar, lo dejó sin probar, salió. Todo, dentro del mayor silencio. Recorrió, otra vez, todas las calles, la del Jazmín, la de los Pepinos, la calle del Ante... caminó, caminó; a veces, se detenía y lloraba, a veces, se sentaba y sollozaba. Hasta que, en la lejanía, dieron la orden de regreso.

29

(murciélago de fantasía)

1
Esta noche un solitario habitante de las paredes
se decidió a andar,
oh, murciélago de oro y azul,
bicheja
todo de luz y telaraña,
te vi de cerca,
vimos gotear tus orejitas
adornadas con brillantes.
Antiguo sacerdote,
tienes la iglesia
en el cerrado ropero,
pero, esta vez
te vi volar,
vimos tu sombrilla,
tu mantoncito infame
prenderse de la nada,
se oye tu murmullo.
Y espero muchas cosas

de esta noche
en que te decidiste a reinar entre nosotros
mientras, afuera, el viento,
destruye los malvones.

30

Yo no sé qué decirte, pero, a mí me parece que la lluvia, el viento, el tiempo, ya han borrado el camino de los gatos. Si tuviera que volver sería en una tarde como aquella, un día en que se doraban por igual, la mermelada y un ratón recién cazado, con las orejitas dulces. Y los gatos vigilando en la ventana, en la puerta, cerca de la olla, sobre cada almohadón, al lado de los muebles, —del ropero, de la cómoda—, adentro de las plantas, —del magnolio, del peral—, al pie de la celedonia y sus duraznos y mariposas de oro. Los gatos grises, amarillos, negros y nevados, conocían todo lo de ayer, lo del porvenir, lo que estaba pasando. De ellos es el original del “Libro de los muertos”, de la Biblia, saben bien quién ha de ser al final el triunfador y por qué se desató la guerra de los huertos. Vivos y dormidos con sus caras egipcias, de Amón-Ra y de Jano y de Jesucristo. Lúbricos e inmóviles, aguardaron mi vuelta de la escuela, del liceo, de los bailes, de la nada, formando fila a lo largo de todo el camino de las salvias.

Eran un centenar, y parecían uno solo, único. Estaban allí como un milagro.

Quisiera desfilas una vez, más,
sólo una vez más,
otra vez,
por aquel, desesperante, camino de los gatos.

31

Recuerdo cuando maduraron los membrillos.

Lloviznaba a cada instante; los vecinos nos visitábamos con frecuencia para conjurar en algo el mal tiempo.

Nuevos cuentos y calumnias corrían por toda la comarca.

Sobre los troncos se empollaban hongos de colores ardientes: rojos, rosados, anaranjados, color vino; como rosas o frutas.

Sobre los troncos aparecían rostros de antiguos parientes, antiguos amos de los huertos, finados, ya, que, ahora, por un instante, volvían, dibujados apenas, a hacernos un guiño, una irónica sonrisa.

Yo distinguí a dos tíos muy viejos, que se mantuvieron un largo instante y me miraron.

Hasta que la misma llovizna que las había hecho brotar y el viento empujaron otra vez, hacia la nada,
a todas aquellas caretas perfumadas.

32

Ayer conocí el nombre secreto de mi casa.

Era ya el atardecer, y todos paseaban, por la huerta, el jardín, la calleja, donde las coliflores levantaban sus hermosas puntas y tazas de plata. Ya ardía alguna estrella, algún cometa y su cabello fatídico.

Entonces, tomé la lámpara, la más pequeña, y fui, en puntas de pie, hasta el armario. Busqué el libro, sigilosamente, pasé hoja por hoja; hasta que, todo empezó a temblar como si estuviera por llegar la muerte, y todo se quedó inmóvil como si ya hubiese llegado.

Y yo la vi, no la rosa encarnada que estás imaginando, ni rosa, ni amarilla, ni una efectista rosa negra. Sólo un pimpollo plano y claro, de pocos pétalos.

Parece de agua, una gema de mármol, parece un lirio.

Pero, Rosa es el nombre secreto de mi raza.

La tarde caía como si fuera un siglo.

CLAVEL Y TENEBRARIO

1979

A mi hermana Nidia.
("...su nombre, Nidia, brilló en las
más altas torres por muchos años.")

Clavel y tenebrario fue editado por Arca, Montevideo, en 1979; 76 páginas. El libro, que llevaba prólogo de Wilfredo Penco, intercala los poemas publicados bajo el título *Gladiolos de luz de luna* en el número 75 de la colección *Árbol de fuego*, Caracas, junio de 1974; 22 páginas.

1

Cuando se dieron cuenta, la tragedia ya había empezado. Una nube vino, rápida, del sur, y se posó sobre la casa, negra, gris, de un blanco tenebroso, llena de granizos y silbidos, daba a ratos, su terrible uva.

Y las aves, a punto de morir, caían sobre el patio. Las palomas charlatanas, ya, como papeles, como recuerdos; y los loros de alas de oro, que habían dicho grandes discursos, de pie, sobre el naranjo, bajaban más allá —sin ton ni son—, como ramos de flores multicolores.

Parecía que era el final de todo.

Las almas tenían miedo y espían por un resquicio, la rota eternidad.

2

A la medianoche, llegó el vendaval, al amanecer, los terribles vientos; pero, después, todo cambió; entre las pardas nubes, sobresalía el sol. Vinieron los polluelos; mamá empezó a contarlos, uno por uno. Los girasoles se movían un poco desconcertados. Pero, al final, dieron las doce. Entonces, mamá me dio el almuerzo, me puso la malla negra de las colegiales, la tiara con rubíes. Tomé el viejo camino de la escuela. Huían a mi paso, los naranjos, el muérdago, los jinetes de la noche anterior.

3

En las noches de enero, las diablas daban a luz, aquí cerca, y allá lejos, bajo sus negras melenas, sus largas pestañas.

Los diablos, apenas nacidos, empezaban a hacer cosas atroces, malignidades, corrían por todo el campo, iban hasta la casa, pasaban

el dormitorio, la cocina, volvían, de nuevo, volando hacia las diablas, que contemplaban con ojos impasibles, los juegos y los nacimientos.

4

Eran Estêla y Laura, indefinidamente.

Si Estela llamaba a Laura, Estela, Laura respondía como si fuese Estela.

Las conocí en la antigua casa; todo en orden, los pocillos como grandes dientes, los ojos de los gatos, las lámparas musicales, y aquellas mariposas que la misma madre tejía con una pelusa de oro, y que, después, no sé cómo, cobraban vida, y volaban por las habitaciones y los jardines.

Estela y Laura, con las diademas de piedras, y las zapatillas agudas. Reinaron muchos años sobre las viejas casas.

5

Las liebres, pardas y nevadas, cruzan sobre los coches que van por el camino; algunas andan altas como aviones; una acampa cerca de nosotros; le miro los bigotes, las orejas, bajo el labio abierto, los dientes potentísimos; podría roer todo el prado; pero, ella es modesta, se atiene a lo que se cena, a lo que se charla, y cuando todo eso termina, reabre las orejas, y se va, otra vez, al infinito.

6

Oigo a los perros de la infancia, allá en la remota propiedad, donde vivían los gladiolos de luz de luna, que, en la noche, caminaban como personas, pasaban todo el prado, iban hasta la casa, espaban las cenas, el amor.

La esplendorosa hoguera de los lirios, de las almas, la medianoche en que moríamos quemados, y la resurrección.

7

Recuerdo cómo él levantó la cabeza de entre los perros y las espigas militares que formaban sin reposo; y su mujer, allí, acampada, venida quizá de dónde, del Mar Negro, yo qué sé, del Mar de Arsénico; y los hijos, en torno, como gitanos, mientras avanzaban los fantasmas, los animales, el granizo, ellos, a veces, corrían a ocultarse entre la ancha vid, para volver enseguida, a vivir bajo del aire.

Nunca pude entender qué hacían, si poemas, descubrimientos medicinales; eran juntadotes de láminas, unas muy grandes, con siluetas confusas y niños de otro tiempo.

Y se morían, lejos, el alba y el atardecer.

8

Recuerdo a la luna, al viento, sobre los agudos techos de madera, sobre las huertas donde vivían el gladiolo rosado, las babosas, las gallinas, y hasta el zorro de plateada boca, que tosía y reía, igual que un hombre,

mientras, avanzaban las nubes,
cargadas de estrellas, los huevos voladores, los murciélagos, siempre envueltos en humo.

Y la lechuza funeral.

9

Iba hacia la escuela, dulcemente; se abrían en su torno, las charcas melodiosas, las habas, el grito de los pájaros, los zapallos asándose en sus propios tules amarillos.

No había nadie; algún muerto pasaba volando, una cara aparecía un instante en el aire y desaparecía.

...Deja de ver lo que viste,

cordero solitario.

10

Llovizna un poco, sobre las briznas, sobre los charcos, pero no llueve. Mámá anda por ahí, cerca, pero, ni me mira; nos perseguimos sin quererlo; una siente terror de la otra; no sé cómo hemos venido a dar acá.

Tengo intenciones de llorar y estoy temblando.

Quisiera encontrar una cueva, y cerrar la entrada.

11

La vi sobre la ancha hoja del cedrón; el perfume de la hoja nos nimbaba; pero, creí que ella estaba muerta, pues, se elevó un poco, en el aire, y quedó allí en suspenso. Y otros que vivían por ahí, cerca, vinieron y la sostuvieron.

Y ella era blanca y negra, o mejor, negra y de color crema.

Pero, me engañé; pues, se posó otra vez, sobre la hoja. Y nos comunicamos.

12

Si, en verdad, ya ninguno vive. Don Luis y doña Venecia, don Enrique y... Sólo si se volviera a aquel tiempo. Entonces, sí.

Están ahí, inmóviles.

Paso rumbo a la escuela, y retorno, bajo el ojo potente de mi madre, que me espía desde lejos.

Me miran pasar, los saludo, me contestan, un poco desconcertados.

...Y va a caer la tarde, se desprenden mariposas, alhélies, ramitas de estrellas.

13

Vi otra vez, el bosque de saúcos, los pequeños ríos y sus habitantes

casi sin nombre: las cucharas de agua, las cacerolitas de agua y los hongos.

El lugar por donde cruzan los excaballos, los seres de antes. Y el dormitorio, y los murciélagos, que en la noche, abren la sombrilla, y se prenden al rostro, a las manos, al incansable sexo.

14

La pava iba por entre las retamas en flor, sin saber que la Navidad se acercaba.

Más bien parecía una señorita con sus plumas azules, el collar de corales y la locura por casarse.

Creo que hasta puso unos huevos, blancos como el mármol, o azules, o morados. No sé, porque eso era antes.

Y el crimen se consumó a mis espaldas.

Pero, tal vez, algo de ella aún corra por mis venas.

Me queda como un remordimiento.

Un recuerdo raro.

15

Quisiera contar cómo nacían las cosas.

Cuando ocupábamos aquella vivienda, que no tenía nada de particular. Casi nada. Con sus numerosas alcobas en las que hacíamos representaciones, que los vecinos espiaban por todas las puertas y ventanas. En uno de esos habitáculos —pero, uno sin techo y sin piso—, desde la tierra, a veces, desde la noche hasta el alba, nacían las cosas: cubiertos, ralladores, platos, ollas, tazas. Todo allí, pulcro, tierno y casi tembloroso. Lo llevábamos a la cocina para utilizarlo, y nunca se nos ocurrió hacer negocio.

Y cuando nos mudamos a otra vivienda tampoco nadie comentó nada.

Lo cuento, ahora, que, ya, parece un cuento.

16

Oigo a los teros de la infancia, allá sobre el maizal que mi padre inventó, que él hizo, mata por mata, que regó y adoró.

Estoy, de pie, al lado de la casa. Pasan máscaras, la de los teros, la del maíz, la de Dios, ésta es la más rara y la más fina.

Y baila, allá, sobre las colinas,
aquello atroz.

17

Vi una mariposa que moría y resucitaba, que moría y resucitaba, así toda la noche, creo, todo el tiempo. Cuando creía que la había vencido, ella volvía a abrir las alas, a vivir.

18

Yendo por aquel campo, aparecían, de pronto, esas extrañas cosas. Las llamaban por allí, virtudes o espíritus. Pero, en verdad eran la producción de seres tristes, casi inmóviles, que nunca se salían de su lugar.

Sustancias al parecer, del otro mundo, y casi eternas, porque el viento y la lluvia las lavaban y abrillantaban, cada vez más. Era de ver aquellas nieves, aquellas cremas, aquellos hongos purísimos... Esos rocíos, esos huevos, esos espejos.

Escultura, o pintura, o escritura, nunca vista, pero, fácilmente descifrable.

Al entreleerla, venía todo el ayer, y se hacía evidente el porvenir.
Los poetas mayores están allá, donde yo digo.

19

Hacíamos representaciones en los jardines, a la caída de la tarde,

junto a los cedros y las algarrobas; la obra era improvisada, ahí mismo, y yo, siempre, tenía miedo de perder la letra, aunque, nunca, ocurrió tal cosa. Íbamos, de aquí para allá, entre los cedros y los naranjos, y acudían a espiarnos, a escucharnos, los habitantes de todas las casonas vecinas.

También, teníamos algunos animales en el elenco; habían aprendido a moverse en un escenario, a vestirse, a calzarse, y hasta decían algunas palabras.

Desde los doce a los veinte años, representé en todos los jardines.

Pero, después, todo se deshizo.

Y los animales volvieron al bosque a continuar su vida silenciosa.

20

De los oscuros troncos de los naranjos caen hongos, azúcar, azahares. Tiendo la mano y devoro; aunque mamá me tiene prohibido que tome nada fuera de lo que ella me da en casa. Tengo miedo y los dedos confitados.

Hay murciélagos en la heredad.

En casa hay murciélagos:

fuman, se duermen, acostados en el aire, simplemente.

Pero, es necesario ponerles, cerca, una tacita con sangre.

21

Existe un hermosísimo idioma, cuyas palabras parecen casitas hechas con hongos. A su lado, palidecen las más bellas letras rúnicas.

Lo descubrí una tarde, y, no, lejos: aquí, nomás, mientras avanzaba entre las boticas de los eucaliptos, a la hora en que las paredes se colman de estrellas, y desde los árboles y el cielo, caen pastillas y perlas, vi el idioma, y lo entendí, enseguida, como si siempre, hubiera sido el mío.

junto a los cedros y las algarrobos; la obra era improvisada, ahí mismo, y yo, siempre, tenía miedo de perder la letra, aunque, nunca, ocurrió tal cosa. Íbamos, de aquí para allá, entre los cedros y los naranjos, y acudían a espiarnos, a escucharnos, los habitantes de todas las casonas vecinas.

También, teníamos algunos animales en el elenco; habían aprendido a moverse en un escenario, a vestirse, a calzarse, y hasta decían algunas palabras.

Desde los doce a los veinte años, representé en todos los jardines. Pero, después, todo se deshizo.

Y los animales volvieron al bosque a continuar su vida silenciosa.

20

De los oscuros troncos de los naranjos caen hongos, azúcar, azahíares. Tiendo la mano y devoro; aunque mamá me tiene prohibido que tome nada fuera de lo que ella me da en casa. Tengo miedo y los dedos confitados.

Hay murciélagos en la heredad.

En casa hay murciélagos:

fuman, se duermen, acostados en el aire, simplemente.

Pero, es necesario ponerles, cerca, una tacita con sangre.

21

Existe un hermosísimo idioma, cuyas palabras parecen casitas hechas con hongos. A su lado, palidecen las más bellas letras rúnicas.

Lo descubrí una tarde, y, no, lejos: aquí, nomás, mientras avanzaba entre las boticas de los eucaliptos, a la hora en que las paredes se colman de estrellas, y desde los árboles y el cielo, caen pastillas y perlas, vi el idioma, y lo entendí, enseguida, como si siempre, hubiera sido el mío.

No olvido las casas de las palomas, los pequeños castillos de maderas en el aire, allá en las soleadas tardes; ellas salían, revoloteaban como ángeles, volvían al nidal.

Las palomas grises, de alas ribeteadas; la paloma blanca, de gasa, de gladiolo, la paloma color almendra, y la negra paloma de los sueños.

A veces, llegaba un loro, todo verde y rojo, como hecho con malvones; y hacía un gran discurso.

Ellas lo escuchaban con impaciencia; lo instaban a irse.

—¿Está doñalise?

Se entreabrió el portoncito junto al romero. La niña encontrábase allí, en el pequeño traje. Se atrevió a rectificar: LIS.

—Que si está doñalise. Y, si es gente... o hada.

La niña tuvo miedo y se apoyó en el romero que era su niño amigo.

Para serenarse pensó en la abuela, que, allá, en la cocina, hacía pastelillos, ardientes como rosas; alguno volaba un poco, a veces. Uno pasó volando, y ella tendió la mano y lo atrapó y lo mordió, y para cambiar de conversación, dijo: Tiene romero, (el romero miró sus propios ramitos, ya cocidos) hongos, oliva picada.

Pero, la otra pidió para entrar. Juntas llegaron al patio, cuyas enredaderas atajaban la lluvia. La mesa tenía un extraño hoyo. Las plantas, de hojas como alas. El cardomomo con sus flores purísimas, de Primera Comuni3n, entreabiertas, húmedas, salmones, como sexos, el cardomomo con sus gajitos de palomas, de...

La abuela se puso de pie; el cabello enroscado en la nuca como una rosa; dejó la fuente de los vivaces pastelillos, se secó las manos.

Dijo a la visitante que podía sentarse, que podía servirse.

Pero, ésta contó que venía de Pueblo Palmeras, que era Lía, hija de Estela, de María Lía.

Y preguntó si estaba doña Lise, si vivía, ahí.

La abuela respondió: —No. Es vecina.

Y si venía aquí.

La abuela dijo: —Tal vez, ahora, o a la tarde.

Midieron el tiempo. Eran las nueve: la tarde podría ser la caída de la tarde. La otra dijo que no iba a esperar. Salió al patio; la niña la seguía. Las plantas de nieve. La mesa seca bajo la lluvia. El romero se mecía, espolvoreaba el aire.

Aquella quiso trepar a su carro de dos caballos; éstos, creyendo que, ya había subido, galopaban un poco; luego, se detuvieron asustados; entonces, ella trepó, y conducía sabiamente.

La niña se paró junto al romero, junto a una puerta, entró a la cocina, por ver si la abuela le daba otra pastelita, y así, se disimulaba todo ese otro asunto.

Pero, como nada hubo, salió al jardín, caminó un poco. La lluvia, ya había cesado. Caía un leve polvo. Las plantas abrían bien anchas las hojas; algunas entrecerraban los ramos. Caminó un poco. Hasta que, como siempre, sintió malestar y bienestar. Y, sí, allí, en el aire limpio, LIS surgió toda entera, envuelta en su tul brillante, el sombrero largo que parecía tocar el cielo, el rostro en óvalo, los ojos como zafiros.

...Tal vez, entraría

—a saludar a la abuela—.

Tal vez, se desvaneciese, enseguida.

24

Papá dijo que íbamos a la casa del tío Juan; y subimos con él, al carricoche —livianísimo—, mi prima, mi hermana, y yo. Era por el sendero de los álamos, de los eucaliptos rosados y celestes. La luna nos seguía, siempre, como un pájaro de papel, una mariposa, una princesa encaprichada. Al atravesar todos aquellos jardines, venía el perfume, a la vez, violento y sutil, de las arvejas; y las lilas volaban como moscas al alcance de la mano, se las podía atrapar, y venía, de continuo, el pío-pío de las liebres recién nacidas. Cuando lle-

28

Papá va a pescar.
Hay una luna enorme, redonda y clara.
Parece un día extraño.
Él sale con el anzuelo al hombro, y es como si fuera otro.
Los bueyes, al mirarlo, se levantan.
Él pasa y los pastizales se cierran suavemente, cae una manzana.
El rocío brilla como un diablo, como un ángel.
La laguna queda lejos.
Mi hermana, mi prima y yo, no dejamos de dormir ni de jugar; pero, le seguimos con la mirada y preguntando qué sacará del agua —Va a volver tardísimo— qué traerá para morir en casa.
No lo sé; pienso en un bicho nunca visto,
un gato sombrío de melena suelta,
que ríe y ríe, en el momento de morir.

29

...Es que resultaba irreal tu trabajo en medio del jardín de junquillos,
el leve punteo de la azada, que de seguro, no había tenido principio, y que no iba a tener fin,
porque el dulce de ciruelas con su mantón granate,
los viajes de los habitantes de la casa
y la luz de la luna,
podrían parecer existentes,
pero, tu faena, en medio del jardín dorado de las flores, no.

30

Por entre las pajas doradas iban los aguazales, los pequeños barcos, recién contruidos, de vidrio y de papel, donde viajaban conejos sin residencia, y las niñitas, que, en mitad de la tarde se escapaban, audazmente, de sus residencias.

Habría que filmar eso; y alguien, dijo: Lituania.

Pero, bien sabíamos que no era éste el país de Lituania.

El sol, aunque en el final, brillaba con fijeza; las aguas crecieron aún más y treparon otra parte de las pajas doradas y algunas ventanas de los barcos. Eran barcos pequeños, en los que cabían sólo una liebre y una niñita, y, a veces, sólo uno de los dos.

Las liebres eran todo doradas como todas las liebres, y con los ojos rojos, o azules como las turquesas.

Me dio miedo, e iba a huir; iba a abandonar la máquina cinematográfica, e iba a huir; pero, no pude, porque... pero, no podía porque...

Una de las niñitas cayó al agua, pero, se trepó, enseguida.

Las liebres miraban, indiferentes, los largos ríos que iban a recorrer.

31

Era un campo pobladísimo de animales.

Gliptodontes pequeños, y más grandes, y de gran tamaño.

Bajo las cáscaras peludas, parecían de piedra peluda.

No se rozaban ni se movían, por miedo a una hecatombe, al autoexterminio.

Si se los miraba, de nuevo, ya, parecían más, como si en pocos segundos se hubieran amado y multiplicado, y las crías tuvieran, ya, el mismo tamaño de los padres.

Algunos desplegaban la boca, en actitud de lamento o de apetito.

Y todos parecían máquinas o muebles.

32

Allí iban la María Josefa y la Poupée María, bajo la tormenta de manzanas que caía sobre la huerta, desde el corazón profundo de la tierra, desde el corazón sediento de las nubes, manzanas como

fuego de oro puro, algunas venían envueltas en un papel de plata, otras eran grises y celestes como el humo.

Ellas avanzaban bajo la tormenta de lirios, de manzanas centelleantes.

A lo lejos, iban los animales avizores del campo, se oía el galope de sus uñas de plata.

Y, a veces, aparecían, también, los viejos ídolos, Leandro, Elba e Isabel; por un segundo veíanse sus retratos en el cielo, en la piel dorada de las manzanas.

Entonces, ellas se asustaban, la María Pepita y la Poupée María, eran madre e hija.

O la madre no se asustaba nunca.

Y la niña fingía hacerlo, daba grandes gritos, se echaba de bruces en el mar de lirios, de pronto, fallecía.

33

Es la aurora de oro, la albareda blanca, colmada todo de racimos y rocío, de aves y de uvas.

Papá mira el jardín de papas, de espumosos repollos, las varas donde las arvejas burbujan como nardos.

También están los enmascarados de la medianoche, los retrasados, el solo doncel con un murciélago en la boca y la dama de miriñaque con el vestido amarillo armado sobre alambre y una capelina de otros cielos.

Papá no quiere que estén allí, les ahuyenta, pero, ellos, hasta bailan un poco como desafiándolo, y luego, levemente, se van al horizonte.

...Anoto cómo empieza la mañana,
y hago un dibujo de las apariciones.

34

Eran blancos o amarillos o rosados, y a veces,
azules, casi negros.

Se colmaban de flores, de extremo a extremo.
A veces, iban por la tierra como personas; otras,
transitaban por el aire, lentamente.
Los vi de día y de noche, a través de los patios
de la infancia.
El que cuidó de mí tenía flores rosadas y
amarillas. Iba y venía conmigo de la escuela. Me
protegió de todo, de la muerte, de la vida.

35

No me puedo olvidar de la diamela (de aquel
jazmín de diamelas al pie de la ventana bajísima
y enorme).
Era una fogata de luz de luna; los Reyes colgaron los juguetes
en sus ramos.
Manaba azúcar, de continuo, tules vivos como almas,
almendras como huevos de paloma,
y un polvo finísimo y brillante,
que volvía, inmortales, a las cosas.

36

Papá,
esta mañana voy a recordarlo todo,
y, por sobre todo,
la vid azul,
los blancos habares,
por donde transitabas,
escondido y deslumbrante como Dios.

Me encantan la magnolia amarilla,
 y la magnolia rosada y amarilla,
 y la magnolia blanca como una estrella,
 y la magnolia con rayas grises,
 esa que parece una pájara del bosque,
 una polla con las alas abiertas.

Pido a papá que me traiga la magnolia que nadie tiene;
 y él va y la corta en el minuto preciso,
 y la trae al medio de la pieza,
 y ella abre los grandes pétalos perfumados,
 y le cuelga la cabecita gris sangrando.

La rosa roja, de noche, se volvía más grande, más poderosa, echaba resplandores pardos, y hasta daba un ojo, grande y fijo y sin pestañas, como el de Dios, y así, nos vigilaba, desde lejos exploraba nuestros sueños.

Pero, de día, perdía poder; la miraba con miedo, pero, veía que ya, había cambiado; y, también, veía las otras cosas, y a los vecinos, que, en las huertas vecinas, continuaban su cotidiana labor: parecían estar cerca, y a la vez, lejísimo.

Hacía los deberes casi sin mirar. Mamá entraba y salía, dorando el almuerzo; hasta que, al fin, me lo daba; de pie, allí, vigilando; luego, traía el vestido blanco, la manta de tul, la canastita de libros y de azahares y yo me vestía, y salía, y pasaba siempre lo mismo, me parecía que iba a perder el rumbo de la escuela, que yo ya no iba a llegar más.

Nuestros padres dijeron que iban a salir, y que fuéramos nosotras a pasar el día a casa de la abuela; iba a pedir que no, pero, no pude. Tomamos el jardín que partía el plantío. Eran las nueve de la mañana; el sol centelleaba; las flores eran todas rosas y lirios; los lirios eran todos blancos; pero, algunos tenían una marca rosada en el medio, y las rosas eran rojas, blancas, amarillas, de todos los colores, color dalia, color leche; había tantas que parecía que no había ninguna. Mi hermana corría y jugaba, siempre detrás de mí. Pero, cuando llegamos a la línea divisoria, me detuve; la antigua fiebre reapareció de nuevo, el escalofrío; vi los días futuros en que otra vez, tendría que beber cremas, soñar cosas monstruosas, e iba a avanzar la maestra diciendo que, así, yo nunca asistiría a clase, que... Nada dije; seguí envuelta en llamas. Cuando apareció la otra casa, vi la cocina negra donde se transformaban tantas cosas, los cuadros plateados, entré dura y oscura como una vara, besé, de lejos, a los familiares; la abuela vino con un platito de maíz y una paloma y siguió tras de mi hermana.

Me decidí lentamente, velozmente recordé a aquellas plantas que conservaban rostros y alas como si fueran santos o pájaros. Avancé con los ojos cerrados, bien abiertos; corrí, por no retroceder.

Me agarré de la primera hoja que se me tendió; los pies empezaron a hundirse; entonces todo fue más veloz, se me cayó la túnica, las hojas crecían con rapidez.

Yo ya era una rama, una retama; vi que casi, era, ya, una rosa. El viento me mecía suavemente. Pero, a la vez estaba bien fijada a la tierra.

Así fue que morí de niña en aquel misterioso lugar de la huerta.

Anoche, me pareció que yo era mi abuela, la antigua rosa, la Rosa antigua, que pasaba, ciega, los escalones de la casa, y los del Más Allá.

Una vez, en casa, nació un caballo, o en los alrededores de la casa; desde el momento de su nacimiento y el de caminar, que casi fueron uno, demostró gran masculinidad y belleza; era azul, reluciente, y la cola le llegaba al suelo pero, cuando pasó el tiempo, su color fue tomando otro sentido, y fue como la “flor de un día”, ese lirio que dura sólo un día, y que es blanco y con manchas negras; pero, al tocar la plena juventud, ya, estaba totalmente nevado, y así, las opiniones se dividieron; hubo partidarios del caballo negro, y otros, de éste, del de ahora. Las niñas de la casa, que éramos tres, estábamos enamoradas de él, y también, las de las vecinas. Algunas le seguían llamando “el caballo negro”, aunque, ya destellase; otras ni siquiera lo nombrábamos. Se alimentaba de ramas, de rosas y alhelís, y de las cajas de masas que, a propósito, le dejábamos entre los pastos, envueltas, siempre, en papel de color de rosa, que él apartaba desdeñosamente, comiéndose la dorada confitura. Iba y venía, mirándonos con indiferencia, y hasta con burla.

Pasó mucho tiempo. No sé en verdad lo que pasaba. Pero, por verle, abandonamos la canastilla de los estudios y el canasto de las puntillas; no nos imaginábamos ninguna cosa de la vida, en que no estuviese presente aquel caballo.

Hasta, que, al final, él se casó con una de nosotras. La que era algo mayor; una muy pálida y de pelo largo.

Recuerdo el día de la boda,

el viaje y el olvido.

Papá,

recuerdo los trigos azules que plantaste,

las habas de moño blanco,

los nardos, de rosada lengua,

las estrellas que acompañaron tu paso cuando arabas por

las noches. Tú, el arado, los bueyes, que siempre llevaban pájaros en la espalda y en la frente; el grupo avanzaba, descomunal, bajo las enormes estrellas que dejaban en el suelo una mancha blanca y otra mancha negra.

Las siembras crecían, rápidamente. »

En pocas horas, los trigos tenían ramas y unas flores rojas y azules como fuegos, todas en la misma rama; el haba daba su pastilla negra y su mosquitero blanco; el nardo erguía la nevada vara todo colmada de sexuales lenguas.

Tu siembra era fugitiva y eficaz.

Y así volvías a la oscura casa.

Y veía cómo te quitabas la capelina que te protegía de la luna, y el mantón de paja.

43

Los sapos surgen de la nada,
de la inexplorada nada,
que, sin tener nada,
echa sobre la tierra tantas cosas.
Pero, los sapos tienen toda la gracia,
su piel es fría, su piel es tibia,
los colores se mezclan inexorablemente,
van del gris, al verde, al azul, al negro,
a veces, hacia un celeste casi infinito,
o la espalda es anaranjada y moteada
como el curvo lomo de un hongo.
Tienen la lengua, larga como una víbora,
pero, se comen a los hijos de la mariposa
y a los huevos de la víbora.
A veces, un capullo amarillo
se les agarra de la espalda,
como una pequeña jazmina.
Viven bajo las hojas amparadoras
de los malvones y los paraguas,

por las calles donde las niñas
regresan de la escuela
bajo las siete lluvias del iris.
Cuando llamé vino uno solo,
todo gris,
plateado y bordado
como un mapa,
en la frente traía una patente,
un brillante,
éste venía con una perla,
cruzó la casa,
subió a la cama, saltó a la mesa,
escuchó las conversaciones de las tías y de las abuelas,
que, siempre, hablaban al revés,
o cambiando una sílaba,
y vio otras cosas raras
que sólo sucedían en esta casa.
Pero, se fue,
desde nuestros ojos,
saltó otra vez, a la encantada lluvia,
que dibujaba cosas absurdas,
liébres y madonas, en la pared.

44

Tuvieron varias hijas; en los primeros tiempos; Flamenco Rosa, Pomelo Rosa y Soledad con Rosas; años después, Hora de Gracia y Tierra sin Ley. Vivieron una larga infancia, vestidas de organ-dí siempre; usaban coronas como si fueran hijas de emperadores, pero, los padres eran labradores, cultivaban hierbas de comer, flores de zapallo, que se vendían, ya asadas y confitadas; huevos de pájaros raros, que, de tan frágiles, se vendían ya, con un parche.

Ellas se amaban, formaron una familia irreal, y de esos repetidos amores, surgían embarazos breves y fugitivos (que pasaron desapercibidos para los padres), de los que nacían fantasmas, pe-

queños engendros de tul, que, enseguida, volaban y se izaban, pero, que seguían ansiosas, esperanzadas, hasta el último minuto, en que inexorablemente, se caían de la luz.

45

Recuerdo la visita de doña Joaquina o Joacina; vino a las cinco de una tarde del otoño; el sol brillaba detrás de los bosques y atardecía, lejanamente. Vino desde su cerro, desde su altar del Sagrado Corazón; Mamá llevaba un batón blanco, gris, casi sin lazo, y el pelo en la sien; —pensar que yo, ahora, a su misma edad, ando desnuda por la calle, cubierta sólo con el cabello y los collares—; pero, mamá se vestía modosamente, y habló con una voz distinta a la de todos los días. Doña Joacina era muy fina; había aprendido muy bien a leer, y no, a escribir; hablaron de huesos y de novelas. Yo estaba inmóvil en la penumbra. Después mamá le dio un vaso de leche y una rodaja, y sobre ésta puso una barra de membrillo; entonces, hablaron de membrillos y de otras plantaciones. Pero, lo más importante, fue lo que trajo doña Joaquina; un impresionante ramo de rosas rojas. Las miró y dijo: “Son estrellas”, pero, no eran estrellas sino rosas, de terciopelo, lila, rojo, porque parecían tener pelo, su aroma a uva, a rosa, inundó las habitaciones, y me adormía; empecé a huir, a salir, me asombré de que aún pudiera caminar; pero, cerca de la puerta me arrodillé y me caí.

46

Entonces, era el alba de la vida.

Habitábamos un pueblo pequeñísimo; las casas estaban hechas de porcelana y enredaderas; no dormía, nunca; me acostaba a las tres de la madrugada, rodeada de estrellas, y despertaba al minuto siguiente, con las voces de mamá y con las rosas. Y comenzaba, otra vez, a rondar, las casas de los vecinos. A los lejos, parpadeaban las calandrias.

No puedo decir en qué país nací.
No recuerdo ningún dato, no queda ningún documento.
Pero, sé que el amor brillaba y no se podía morir.

47

Al caer de la tarde, en el viejo rosal, alto como una palma, aparecían los ídolos, sus caras respunteadas por rosas.

En la mesa ardían el té de menta y el botellón de ananá. Los muertos navegaban entre los vivos; y, luego, volvían al armario, al cajón de sándalo, a los bellos trajes, que, ya, nadie usaba, y ahora, sólo servían para eso. A veces, era difícil, divisar a los muertos y a los vivos.

Ellas —tres— estaban junto a la mesa, rememorando el pasado y el porvenir, con ojos de paloma, de joven águila.

Las vacas y las gacelas rugían en torno a la casa; las vacas con mascarón de alhelís, las gacelas, bañadas de jazmines. Casi siempre, llevaban un murciélago bien prendido en la espalda.

Y ellas seguían allí,

el pelo hasta el suelo, las manos color rosa; fueron las últimas representantes de una generación de reinas,
que no se va a repetir.

48

Cae otra noche esplendorosa sobre la casa.

Sobre el fuego arden los negros vasos.

Mi hermana y mi prima juegan en la escalera que conduce al cielo.

Los murciélagos duermen con la cabeza para abajo; a veces, es sólo uno; a veces, son doce; los enumero distraídamente.

Los hombres hablan de “temporal”, de grandes lluvias que bañarán la chacra de arvejas.

Mamá quiere contarme de dónde proceden los murciélagos.

Y no sabe cómo.

Ahora, son tantos, colgados al revés, arriba de nosotros.

49

Entonces, ardía la luz roja y azul del catolicismo.

En el aire de oro, los albaricoques brillaban como príncipes encantados.

Un perfume amarillo o rosado, perfectamente visible, rondaba la casa, siempre, como una nube eterna.

En ese lugar había mucho rocío y muchas luciérnagas y muchas arañas.

Las arañas tejían un organdí celeste, livianísimo, sobre el que el rocío brillaba casi con ferocidad.

Las luciérnagas eran tantas; su fuego tan intenso, que se podía cruzar todo el campo sin lámpara. Con ellas se veía como si fuera de día.

...Uno de los niños se transformaba, pero, los santos amparaban su sombra de conejo.

50

Me llamaron "Rubia" y que me correspondía ese resplandor; miré en mi torno (aunque ya era absurdo hablar de espacio y tiempo), y ardía la luz pura, vi otros semejantes que me habían precedido (todavía, la noción de tiempo); uno, echaba unas rosas rojas, agudas y bermejas, otro, llevaba en la cintura dos vueltas de violetas, cada una, mansa y pura; aquél, una floración tiesa y blanca, una vuelta de pastillas y otra de perlas, todas primorosamente trabajadas, pero, desde el costado daba una luz rosa como un pimpollo; quise cambiar de ámbito, y ya estaba allí, en círculo casi perfecto; los gatos se asomaban con sus melenas blancas, sus caras de niñas, la naricita húmeda, o seca y sonrosada, los ojos de porcelana azul, iguales los dientecitos y las uñas; en el centro caía una lluvia de colores, y ellos

se retraían, y a la vez, querían atrapar las encantadas gotas. Y las muñecas, diestramente colocadas, con su tiesa exquisitez, vestidas de organdí —celeste— como corresponde, aunque a veces, se volvía rosado, el pelo de tabaco, las pestañas larguísimas, cada una en su ataúd abierto y coruscante. Y las licoreras y las dulceras relampagueando como el fuego; sobre ellas un arco voltaico de perfume, a higo y a banana, a flor del aire. Y mi libro de poemas, pasé todas sus páginas, una por una, y todas a la vez. Y los familiares; él abuelo andaba apenas, bajo las tremolantes parras, la abuela con su corona imperial de guindas, las tías de cara de magnolia, la hermana y las primas, siempre niñas, jugando en sus propias cabelleras; mamá sacó otro collar desde la nada y nos dijo que, siempre, habláramos en voz baja, hasta que apareció papá —siempre estuvo ahí—, como un Predilecto, un Roble de Entendimiento Fino.

...Así eran iguales, lo visto y lo previsto.

51

Mamá se empeñaba en convocarlos enmascarados, disfrazados. Así, no se sabía quién asistía y quién, no. Las cajas en que las guindas parecían bombones o mariposas con sueño, no alcanzaban a disminuir mi angustia y mi espanto. Me iba a la cama y fingía estar absolutamente dormida, escondía la frente; pero mamá continuaba el trajín, los preparativos, y los otros habitantes de la casa imitaban todo lo que hacía mamá, con gran estupidez y gran inteligencia; y yo no tenía más remedio que hacer lo menos que podía hacer; volver al sofá y quedarme inmóvil; hasta que empezaban a llegar los visitantes, desde todos los rumbos, y sobre todo, desde los rosados y dorados maizales del sur; con un antifaz frío y sombrío o una hoja ardiendo; algunos, sólo con un dibujo en la mejilla, pero igual, irreconocibles. A veces, preguntaba algo, sin nunca obtener respuesta, hasta que se hacía muy tarde, y entonces, ordenaban que me alejase, y tenía que irme, mientras se quedaban allí, en vísperas de
quién sabe qué.

—Comes murciélago y manzana —dijo.

Y descubrió el pote.

Miré qué servían a mi hermana y a mi prima.

Para cada una, un manjar distinto.

Con los elegantes cubiertos corté el ratón con alas y un trozo de manzana.

Almorzábamos a la luz de las velas porque la casa siempre estaba a oscuras. Después, nos vestiríamos de blanco para ir al colegio.

Cómo se preocupaban los familiares; a la tarde, saldrían, otra vez, a cazar las manzanas, las más rojas, livianas y fragantes, las sacarían bajo la lluvia. Y la abuela, ya, se trepaba, de nuevo; descolgaba otro murciélago de detrás del aparador, y decía “lo haré con almendras”.

Llovía; pasaban las nubes de guerra, negras y blancas, rugían; papá, mamá y yo, mirábamos por la ventana, y a lo lejos, se veía brillar las olivas de Cristo y los ciruelos de follaje plateado, y las nubes pasaban y pasaban, y a lo lejos, se veía brillar las ciruelas de Cristo y los olivos de follaje plateado. Hasta que del cielo, desde un papel de plata, empezaron a caer cosas increíbles, tacitas, las más finas, cucharillas, racimos de uva, y algunas almas, en verde pálido y rosa salmón, con una estrella en el centro; nos dio miedo y felicidad, y corrimos a abrir las puertas, pero, enseguida, las cerramos, porque nos dio miedo, y volvimos a las ventanas, y todo se terminaba, y sólo las almas duraron algo más, hasta que se alejaban volando, brillantes y tristísimas.

Cómo andas por los lejanos aparadores, cómo vas libremente, por los prados de mi infancia, allí, donde salían los soles de la medianoche, sombríos y dorados; dos o tres, o sólo uno, entre las negras copas, donde pululaban los ladrones. Y vas y a tu paso brotan las culebras arrollándose y estirándose, blancas como espuma, como el sol, doradas; o de plata, como los muertos. Hasta que empieza el jardín inmemorial de los gladiolos; ante el que, siempre, me arrodillé, llorando y sollozando... Pero, sigues omnipotente, por encima de esas flores infinitas.

Te apoderaste de todo,
hasta de los recuerdos de cuando no te conocía.

Cuando venían las hadas, aparecían sobre el campo cosas inauditas; almendras que al entreabrirse, mostraban un insecto o una virgencilla, en turquesa pálido o en oro puro. Papeles en colores ardientes, crepitantes, que parecían de fuego, pero, se deshacían, de pronto, como el hielo. Las flores brotaban, rápidamente. Y había algún monigote, mezcla de hombre, de oso y de juguete; a través del ropaje o la pelambre —no sé— se le notaban unos botones brillantes. Parado de algún modo un poco artificial. Todo eso era inconsistente.

Las hadas pasaban, a lo lejos —siempre, tres—, seguidas de los tules largos, titilantes, se iban hacia el infinito.

Y después, que ellas habían pasado, ¿qué cosa iba a tener sentido?

Pájaros en los alambres de la tarde,
pasa el ferrocarril que lleva los ganados a la feria,
no sé cómo viene tan cerca de la casa,
cruza los ramajes, los lirios, las arvejas,

en medio de los trigos que abren las manos con hostias perfumadas.

Hasta que la noche,
sus tules y sus fósforos,
caen al fin.

Mamá tiene pocos años y sombrero rojo,
pero, sus miradas pintan de violeta
el porvenir.

57.

Los que cultivaban camelias se conocían desde lejos.

Tenían una cara extraña.

¿Qué comen las camelias?

Algunas son blancas, sedosas y rígidas,
otras de porcelana oscura y con manchas,

¿qué ponen las camelias?

¿una almendra rosa?

¿un huévo con diadema y alas?

A la sombra de los antiguos jardines,

los que cultivaban camelias,

tenían los ojos inmóviles

y las manos brillantadas.

58

Vuelvo a la ciruela azul de aguamarina,

a la ciruela rubia, que, después, de unos días,

sola, se transforma en un cognac,

a la flor de ciruela, que es como una perla crespada,

un jazmín con un brillantito en el medio,

reabro las alas, me escapo de mamá,

vuelvo, otra vez, a los fatales plantíos de ciruelos.

Era un día de visitas.

La niña trajo en la cabeza un moño de organdí blanco, que al caer de la tarde se fue poniendo celeste, para recuperar en la noche su deslumbrante blancura.

La niña no decía nada; estaba fija; sólo “sí” y “no”, de vez en cuando; las tazas y las copas también estaban tías con el alma dentro como un coral livianísimo, un poco de rocío.

A veces, los gatos traían pequeños ratones desde los escondites.

La niña no dijo nada y nadie recuerda nada de lo dicho; sólo aquel moño blanco pasando de regreso hacia la sombra.

Allí donde el “diente de león” mordía amorosamente el aire donde vivían los perfumes, la drácena roja, verde y granate, la diamela y su ramo de anacaradas aspirinas, de somníferos nevados, que producen por igual el sueño, el desconsuelo, y la begonia encantada y el hechizante alhelí, que iba por la cocina, mirándose en los platos, por el comedor y el dormitorio iba el colibrí, el alhelí, su candelabro livianísimo, sus vestiduras eclesiásticas.

Sólo recuerdo a Arturo —es el único nombre que recuerdo— y no sé si era una estrella o un muchacho, si era una estrella o el novio único y fantasmal que nunca estaba.

La quinta de naranjos inundó toda la tierra, el cielo, el interior de la casa; con ella vinieron los hongos, las diamelas, nació el ángel que tenía frutas entre las plumas, claveles y diamelas, que en un gran aleteo sobrevolaba la plantación.

Se sucedieron todas las muchachas de la casa, vestidas de novia, interminablemente,

y los muertos con coronita.
A veces, me parece que estoy libre,
pero, un pasado acechante,
reabre las puertas.

62

Tenía un ojo como una rosa, grande, cespillo, granate, aterciopelado, el otro como una achira. Todo en un rostro muy pálido, que, a veces, parecía negro. Es lo que más recuerdo de sus discretas visitas al jardín, a la casa, al caer de la tarde, cuando llovía sin ninguna nube, un poquito, apenas, sobre los perejiles ardientes.

Mi abuela y yo, hablábamos; fingíamos actualidad, como si no nos estuvieran mirando, sus desparejos ojos de coral.

63

No me recuerdes nada.
Déjame que olvide la casa de piedra entre las flores,
Oh, qué bien recuerdo aquel verano y su trigal de estrellas,
la luna manejando la marea del trigal, el viento
que mueve levemente los trigos de la luna.
Y aquel guayabo príncipe de jardines, de las orillas
de la casa, sus guayabas rojas, sus loros pequeñísimos,
sus tenebrosos huevos de colores.
Déjame sola.
Aparta tu mirada del guayabo.
No me recuerdes nada.
Márchate hacia el Sur con tus estampas.

64

Alguna noche llegan parientes de la ciudad, mi madre los agasaja, los sienta en torno a la mesa, les parte las granadas; pero, ellas dentro tienen zafiros, bichos de luz; cada grano relumbra en rojo, en oro y en azul; si el rayo de la lámpara es favorable, dan centelleos extraños; pero, aún en la sombra, siguen brillando y revoloteando.

Los parientes no dicen nada; se van con miedo a la ciudad.

65

Las visitas se recibían en la oscuridad. A la luz de la tremenda luna y las luciérnagas. Adentro, había algún pequeño farol; pero, casi siempre apagado. Mi tía y mi prima venían desde la huerta vecina. Así mi madre y su hermana empezaban a contar historias de su juventud, tan próxima y tan remota, ya.

Se sentaban; empezaban a tomar café de violetas.

Las niñas, que éramos tres, correteábamos por el jardín, para huir, enseguida, cuadradas y cuadradas hacia el corazón de los huertos, usando máscaras de murciélagos o conejas, que nos liberaran de toda acechanza, íbamos hasta el corazón de los naranjos mágicos.

Y luego, la luna empezaba a bajar, y las madres daban un débil grito, un llamado. Y volvíamos corriendo, dejábamos caer el manto, quedábamos, allí, de pie, con los ojos tristes y desafiantes.

66

Y, si tenía que ser, que fuese, y, mejor, sin anuncios.

La ciudad estaba compuesta de conos y cuadrados. Pero, los coches, tan pequeños, iban pasando a todos por igual, los tripulaban hombrecitas y mujercitos; su sonrisa era helada, fatal, así, que, ya, era inútil, todo. Se adivinaba el tric-trac de los vehículos. Se movían solos, sin bichos ni motor. De pronto, a mi lado, apareció mi hermana, tal vez, inconscientemente, la convoqué. Me volví,

y también, venían los padres. Papá, con su mirada verde, mansa, transpasante. Mamá lloraba, —daba gritos, que no se oían—, decía: “Éstas son las fiestas que me tocan!” Mi hermana y yo, parecíamos de papel, fingíamos como una alegría. Me olvidé de decir que no había sol, que era al mediodía de un día de luna. Entonces, apareció la carne. Era grande, inmensa, sin forma, era blanca, sola, inimaginable, inmensa. Las cosas se movían como escuadras o tijeras. A ratos justos, a intervalos. Mi madre dio un grito largo, horroroso, que nadie oyó.

Y pensar que tendremos que acudir, a presenciar (de verdad), la ceremonia.

67

Sí, tal vez, anduviese errada. La solución sería comerme una mariposa. Agoté las otras posibilidades —la dificultad iba a estar en darle caza—; no sé hacer ningún trabajo, no me gusta hacer ningún trabajo. Cruzo, lentamente, la habitación; bajo la pequeña escalera, miro los muebles, erguidos y oscuros. Abro y cierro la puerta, voy al cantero de los malvones; las anchas hojas son propicias. Tiendo la mano como un garfio, pero, levemente. La mariposa diurna no sirve, es muy tenue; sería como querer cortar la sed con un poco de rocío. La mariposa de la noche es muy especial; es espesa, muy gruesa; todo comible: ojos, patas, alas; todo. Su gusto, a veces, algo deplorable; otras, no, a hierbas, a carnicita. De todos modos, ¿cómo nace una mariposa? ¿Un huevecito sobre una “flor de un día”? ¿sobre un lirio? Se entreabre, deja salir la monja, el muertecillo. Creo que en un mañana, ya, se vuelve adulta y empieza a rodar sobre las flores. Ése debe ser el proceso. Sobre las mariposas nocturnas guardo, es verdad, ciertas inquietudes. Pero, más vale no pensar. Oh, Dios! Ya cayó! Mientras, elucubraba todo esto, ya cayó. Es grande, casi como un pájaro; es “beige” con los alones negros; si... un poco monstruosa; pero, también, se parece a Santa Teresita; la aferré bien, la voy a comer viva. Da miedo matarla.

68

¿Qué son esas formaciones, que, de pronto, surgen en cualquier lado, en un rincón del aire, en un escondrijo de la pared?

Desde chica las estoy viendo.

Aparecen, de tanto en tanto.

¿Parecen cánceres, panales, dentaduras?

No puedo explicar bien, nada a nadie, pues, nadie lo ve y no lo entendería.

¿Cómo se forman los cuartitos, y arriba, los conos, y otra vez, los cuartitos y los conos, y todo soldado por hilos e hilos que le dan más realce y fortaleza!

Estoy maldita, condenada a eso.

Y hay cierto agrado en la cuestión.

69

Siempre, me gustó el nombre “Hilda”; pues, me parece una verdura con flor.

Una hoja de la ensalada de los domingos.

Una mezcla remota de apio y lila.

Pimienta llovida de las nubes, muy rara vez.

En Alemania querrá decir “guerrera”.

· Pero, para mí sigue siendo algo rarísimo que avanza, solapadamente, por las huertas, y que hay que esperar mucho tiempo para ver.

Vuelvo, otra vez, al campo, con el cesto al hombro, buscando como un búho,

dónde estarán las hildas.

70

Era una paloma de cara redonda, de nariz pequeña, de ojos grandes, rodeados de margarita, como una cara de niña, un poco asustada, un poco afligida, y muy dulce; el cabello lacio y gris, se

le pegaba al cuerpo. El cuerpo era todo plateado y con el borde morado.

Apareció una mañana dibujada en un papel, y, a la vez, de pie, sobre las hojas del malvón.

Me desconcerté:

después, ella voló, se fue, desapareció,
entre las cosas de la mañana.

71

Por más que cerrara, puerta y ventanas, día y noche, siempre, de noche, había animalillos en mi habitación. Un asno diminuto a eso de la medianoche, un conejo con muchas orejas, como hojas; poderosas ratas se comían la cama de al lado, serias y atenciosas, algunas hasta con lentes!; a veces, parecía que todo iba a estar en calma; pero, de pronto, sobre el armario de los libros, divisaba a una gallina, blanquísima como la espuma, esponjada y alerta.

Ese martirio continúa.

Aun, ahora, cuando entro de mañana, a la oficina,
me saco del bolsillo,
trozos de mariposa,
plumas,
o la diadema de un bicho silvestre.

72

Las langostas verdes, de tanto en tanto, caían sobre nosotros, tan hermosas y finas, como si hubieran nacido de un vegetal.

El farol prendía de las plantas.

Arturo es el primer novio que recuerdo; de otra, por supuesto, porque yo, sólo, tenía tres años. Él pasaba al atardecer de cada tarde, junto a la madreSelva, las papas, tan redondas y bobas como topos, los alhelíes drúidicos.

Él, con sus cinco puntas de diamante, su virilidad a toda prueba.

Los años vienen, y se van, como las nubes,
pero, cada vez que oigo “Arturo”, tengo otra vez tres años,
y empiezan a moverse las hojas misteriosas.

73

Estoy sentada en medio de la soledad del bosque. Los nogales—con qué precisión—acomodan sus frutos exquisitos dentro de las bolsitas de madera. Se oye el breve alarido de las martas que buscan amores.

En la casa todos descansan y parece que no hay nadie. Sólo yo, como siempre, no puedo dormir; ando con la pequeña lámpara de librium; pero, igual, no puedo dormir.

Dé pronto, se retrae el trabajo de los robles y el amor de las martas.

Es que cruza un navío de otros mundos con su luz conmovedora.

No sé por qué, me da miedo, e intento huir.

Pero, la nave astral ha hecho crecer nuevas cosas.

Y un duro cantero de azucenas me detiene.

74

Era el último verano de la chacra.

Me paré sobre el alambre, como un pájaro—tenía trece años—como un petirrojo. En el aire había un mapa enloquecido. Una aurora anaranjada sobre mares de violeta. Vi, parpadeantes, las estrellas de la soledad y de la gloria. Mi rojo corazón temblaba.

Al son de un viento imaginario caían los duraznos como pesas de oro, y los vecinos se volvían chiquititos o gigantes, según los casos.

Por un instante, por una hora, bailé una danza inmóvil, ritual e inmortal.

Después, se detuvo, todo.

Volví a la casa; pasé, rígida, entre los familiares, que nada dijeron. Me miré al espejo. Desde los jarrones subían huevos,
diamela, lirio.

Los vegetales de mi casa eran errantes.

A la tarde salían los gladiolos, rojos, rosados, blancos, amarillos, color vino, plateados y dorados. Eran cien varas, una de cada color. Pasaban las propiedades vecinas. Los otros hortelanos los veían andar con un poco de odio y de desprecio. Sentían fastidio por esas flores caminantes. Al caer de la tarde, ellos volvían, se estaban un rato, rígidos como militares y, luego el viento les volvía a abanicar. Esto no es para mucha extrañeza, pues, ya, se sabe la mágica condición de los gladiolos.

Pero, otros seres más modestos hacían lo propio. La albahaca y la violeta se subían a la mesa; la criada las decapitaba; enseguida, las ponía dentro de los pastelillos y las pastelillas y aun a través del fuego, se notaba, como un herbor azul, como un miosotis.

Los “ramos de novia” volaban cerca del sol, y teníamos que hacer un gran esfuerzo con la mente, para atraerlos, otra vez sobre las ramas.

Mamá corría detrás de los rosarios; abría bien el delantal, para que no se le escapara alguna rosa.

Salían a pasear los eucaliptos, llevándose sus pastillas y rubíes; y las mirtas, esas plantas llenas de nidos y de pájaros, pasaban la raya horizontal.

Hasta las anacaradas papas y cebollas se iban por las sendas y algunas morían en extrañas ollas.

Era casi imposible detener a los claveles; así, explotaba en ajenas copas, su corazón de menta, de miel y de café.

Las vides, también, salían con el vino rojo y negro; pero, al volver, de nuevo, a su sitio, traían una uva distinta, blanca, traslúcida, muy radiosa, y estrellitas y ratones. Y otras cosas pequeñísimas e inquietantes, que mamá nos prohibía, terminantemente, mirar o revisar.

La tierra que papá compró cuando éramos niñas, quedaba frente del infierno; pero, era tan hermosa; los árboles gigantescos, y las

achiras que parecían mujeres con la mantilla negra y la canastita de tizones y pimpollos.

Detrás iban las acacias, las quimeras y el árbol que siempre daba espuma. El infierno quedaba unos pocos metros más allá, no sé dónde, arriba, entre las piedras y los árboles, parecía un altar. Allí, el fuego ardía, siempre; a veces, era una hoguera; otras, sólo un punto rojo; al volver del colegio, lo miraba fijamente. El dueño aparecía sólo de tarde en tarde; era hermoso, de astas afiladas; la manta le flotaba alrededor del cuello, hecha de su misma leve carne.

Algunos vecinos huyeron aterrorizados. Otros le llamaban: El Señor.

Papá decía: "Si él no molesta a nadie".

Pero, yo dormía, apenas; de noche, cuando todos dormían me asomaba a las puertas; veía al Dueño ajustar las tenazas; oía el zumbido, el débil grito de las almas, que, inútilmente, luchaban por librarse.

77

Los lagartos, hechos de una rara madera, se adormían a la luz del sol; casi, siempre, en sus larguísimas bocas, tenían huevas.

En ese entonces, la casa cumplía cien años. Y la magnolia estaba plantada y pintada. La magnolia era negra con ojos blancos, y blanca con ojos negros. Ella fabricaba docenas de tazones de plata, huesos claros y livianísimos, papeles rosados y estrellas, estrellas rosadas y papeles. Cuando se compró la casa pasaban tenebrosos meses. Pero, pronto, vendrían los jardinillos, de perejil, de oréganos, de ajos y cebollitas; aparecieron los peones, los parientes, los hongos misteriosos, que la abuela cazaba de noche, y repartía con cautela, los de las clarividencias, las extraordinarias figuras, las esperanzas y los recuerdos.

La zanahoria sacó de la tierra su luz rosada y a la luz de la luna, subió el nardo, también de color rosa, con todos sus escapularios y su hornacina.

Ya estaban los comisarios, los alcaldes, los ladrones y los máscaros. Mamá se fue, definitivamente, a vivir con las liebres.

Pero, volvió una tarde de octubre, y se casó, de nuevo, con papá.

Era un ramo de margaritas, con una rosa rosada, que es la suprema flor, y un clavel amarillo como una copa de almíbar, y un jazmín de color de rosa, y una flor sin nombre, y otra con muchos nombres, y santas ramitas de mirra, de bálsamo y de nardo, y un repollito de agua, y una perla muy madura, y una araña que se tejía un vestido de organdí, y violetas oscuras como rubíes, y un colibrí granate y de color de plata, que ponía huevos granates y de color de plata, y muchas rosas, y una mariposa hecha de tela con vida, que ardía y bailaba, siempre, en el mismo sitio, y un hada apenas prendida por el tallo, y una muñeca de jardín con hojas y alas. Era un ramo inmenso con todos los colores y todas las flores, en mitad del pupitre, de la sala, de la tarde de tormenta, mientras las nubes brillantes corrían por todo el cielo, y se avecindaba el viento del sur, desolador. Y la maestra miraba a las pálidas niñas de vestido blanco y a los varones diabólicos, y todos nos juntábamos en torno a la maestra, en torno del ramo, como si su sola presencia nos fuera a amparar de todo.

En la mitad de la tarde, del alba, de la noche, mientras, se escuchaba la historia del Ramo, de súbito, estalló la guerra. Mi hermana que, hasta entonces, había estado inmóvil como una flor, se declaró guerrera y comandó los primeros encuentros. Las armas apuntaban entre las flores, hacia las casas en que hasta ayer nomás, sólo habían vivido los pianos, los alhelíes, las niñas en vísperas de casarse. Ahora, empezaban a rodar de todos lados, muertos grandes y preciosos. Y quién haría frente a los generales del norte, Darcy, Dorival, Arturo, Floramy? Ya, sus plumas feroces se dibujaban entre las flores. Así la guerra duró toda la noche, muchas noches y muchos años; a veces, veía cruzar a mi hermana, le veía el vestido blanco, la cara color perla.

Cuando se le terminaron las huestes, peleó con estratagemas.

Hasta que, al final, ella triunfó. Su nombre —Nidia—, fue escrito

en las más altas torres, por muchos años; y más abajo, el de los generales vencidos, Arturo, Floramy, Darcy, Dorival.

80

Apareció un jazmín, grande, de pocos pétalos; parecía de plata, de papel; era blanco como el azúcar y el olvido; daba una gran fragancia; parecía uno de sus primos, camelia o lirio; las liebrechitas de la noche lo miraban con la boca entreabierta, y, también las diminutas virgenmarías que anidaban en el jardín. Era más blanco que nada. Estaba tenso. Parecía que iba a realizar un prodigio. Comencé a llorar y a rezar.

—Que vuelva papá —le dije.

Él de pronto, se esfumó.

81

Las langostas venían del Paraguay; cada una parecía hecha en un leve hueso, en una cáscara; como una catarata, un aluvión, se desmoronaban desde las selvas del cielo. Todos salían a luchar contra ellas. Papá, los abuelos, los propietarios de todas las casonas vecinas, los peones y los perros, usando grandes máscaras de las que colgaban barbas y lamparitas, trajes de luces, como si fueran a torear; salían, así, a espantarlas, usaban ollas y juguetes. Ponían un monigote en cada jardín, en cada almácigo; defendían todas las plantas y cada planta. Cometían grandes locuras y barullos.

Pero, las langostas, igual, se devoraban todo, minuciosamente, fugazmente. Y, también, hacían nidales por todos lados y ponían huevos. Y de noche, se oía un ruido raro; como si se rieran.

Las langostas caían dentro de todo, en la sopa, en las sábanas, en la misa.

Se cerraban las escuelas.

Los niños no sabíamos qué hacer; a veces, cazábamos una y la cortábamos por la mitad.

Dictaminaron las crucifixiones.

Una muñeca, la de ojos grandes y pestañas largas, que estaba tiesa en su caja azul. (Pero, —yo decía—, la muñeca se volverá a tejer enseguida);

una begonia, de arterias granates. (Pero, la begonia resucita desde una sola hoja);

un gato, ¿cuál? ¿El pequeño, de ojos como de loza que comía carnicita rosada? ¿o el grande, color gris perla, de rostro casi cuadrado, que hacía tantos años que nos acompañaba, y que, a veces, con su mano de felpa entreabría las cazuelas?

¿Eligieron el grande porque, ya, había vivido muchos años?

También, un miembro de la familia.

Papá, mamá, mi hermana o yo.

Papá, dijo, enseguida: Yo voy.

Se hizo un silencio inmenso.

La muñeca fue hincada en una cruz azul; perdió sus celajes.

La begonia quedó todo plateada y arrugada.

El ave —que me olvidé de mencionar— fue clavada por las alas; entreabrió el pico, puso un huevo roto.

El gato tuvo un rostro casi humano, lloró lágrimas de sangre.

Se hizo un silencio inmenso.

Papá, desde la cruz, nos miraba.

Nosotras lo mirábamos como a través de un vidrio.

De las nubes blancas caía nieve, soplaba el viento.

Resultaban tan sorprendentes las lagunas, después, de tanto vergel y tanta huerta. Estaban allí, más bien pequeñas, entre los pastos donde pastaban unas pocas vacas. Pálidas y azules, y a la vez, tenebrosas. En su interior vivían el pez de negra cáscara y carne como espuma, los pececillos de espejo y humo, el pez, igual a una herramienta, y el de dientes agudos; como una gata feroz y extrañísima.

A veces, también, papá, pescaba una anguila; salía envuelta en satén negro; la colgaban de un árbol, le quitaban el traje; quedaba, allí, balanceándose, sin defensa, como una larga manzana. Nos venía una sensación –ni buena ni mala–, pero, distinta, cuando se pescaba a una de ellas.

Y los caracoles que cerraban o abrían la casa, según la hora, y las almejas, clavadas en la orilla ¿cuál sería el hilo de su pensamiento?, pues, eran como cerebros en cáscaras de platino. Y alguien más viviría en las lagunas, que nunca quiso dejarse ver.

84

Cuando miro a las margaritas, las celedonias y otras flores similares, que parecen huevos pálidos, asados, recuerdo a la otra parentela, los primos lejanos, que vi de niña, y luego, no vi más.

Un recuerdo de antiguas quintas, nombres que sonaron entre los azahares, y los establecimientos de la Miel.

85

Luna, estás brillando, otra vez; tu hermosura es tal que se te cae como un río; no hay adjetivo que te quede bien. Soy tu adoradora, tú sonámbula; la noche del día de mi nacimiento debiste brillar insigne como una reina en todo el cielo. Y me elegiste, me embrujaste. No puedo dejar estos ropajes, esta sábana. Estos tules no tienen salida. Eres la única ciudad que quisiera visitar, la única ciudad en la que podría vivir. Foco fijo sobre la infancia; manejaste los durazneros, que en la noche se colmaban de pequeños sexos rojos y su lúbrico cuchicheo no nos dejaba dormir; promovías la marea de las liebres. Eres el Cine, tus siniestras fotografías, tu blanco y negro, podrían quitar la vida.

Haces nacer mariposas altas y de cabello largo como yo; y mariposas velludas y vacunas, y mariposas en los puentes; deja de poner huevos; siempre estás allí con tus diamelas. No se puede caminar con

tanto lirio. Murciélago. Campanario. Aprendí todo lo que haces, a volar sin alas, a usar antifaces, a pasar, siempre, el mismo camino.

No quisiera morir sólo por no dejar de verte.

Aunque sé que has de subir, más tremenda y sola,
de detrás de los muros de la muerte.

86

Aparecieron una tarde, allá, debajo de los eucaliptos.

Los eucaliptos rosados y celestes,
que dejaban caer sus rubíes dulcísimos, sus pastillas de menta, su jarabe de salvia, toda la farmacia mágica.

Eran negros con manchas blancas, o blancos con manchas negras; los hocicos agudos, casi hermosos; los ojos de fuego, (eran hermosos).

—Son perros.

—Son zorros.

—Y son...

Un día mamá les pasó cerca. Oyó que le hablaban. Se volvió hacia la casa; pero, nadie había; le volvieron a hablar. Eran ellos. En un idioma fugitivo, con algunas palabras negras pero parecido al nuestro.

Pasado el terror del primer instante, se inició la amistad. Mamá les mandaba pasteles hechos sólo con azúcar, pasteles de duraznos, algunos concretos, otros, ilusorios. Nos visitaban, hablaban y dilucidaban como personas, traían palomas en el hocico, traían flores; se volvían, de nuevo, a su rincón con flores.

No sé qué se habrá comentado en la comarca.

Ahora me parece que fue una relación larga, y a la vez, brevísima.

Y que, me quitó, por siempre, de todas las cosas de la vida.

(Papá)

Santo, Santo,
vuelve hacia nosotras
tus ojos santos,
tiéndenos las manos sagradas,
mira que quedamos sobre la tierra,
abandonadas.
¿Cómo serán estas cosas, ahora,
a tus ojos?
Tú que mirabas, tan dulcemente,
adentro de los ojos.
Ahí va el instante aquel
cuando saliste de nuestra casa
sin poder volver.
Los días del hospital.
¿Dónde estabas, Sagrado Corazón,
ya, que él a ti, miraba?
¿dónde tu rosa insigne
que ampara a todos, por igual?
Tengo la tarde amarilla
en que, allá, se reunió, por última vez,
la familia.
Y la tarde amarilla
de la agonía.
Y el velatorio
con los cirios de librium
y los jazmines.
Y, ahora, ¿qué pasa?, oh, Dios,
a veces, creo oír, cerca,
tus mágicos violines.
Y a veces, me parece
que no hay nada.

Sólo esa cosa blanca,
desesperante
y encantada.

88

En la insólita mañana algo empieza a nacer cerca de mí. Es un hongo; de tallo largo y cabeza chica; o es una vara de nardo, sólo una; de una blancura húmeda, y como de mármol, como de otro mundo.

Parece que hay mucha lluvia; algunos, hasta dicen: –Está lloviendo.

Pero, en verdad, no baja ni una gota. Allá está la vaca, cuadrada, de color lacre. Y las retamas por todos lados, como siempre. Las grises, las amarillas; ya, como perlas, ya, como estrellas.

De pronto, todo queda inmóvil.

Mamá se horroriza, llama: –¿Qué pasa? ¿De dónde viene el daño? Y recorre la cocina –desierta a esa hora–, los galpones, la capilla. Y no encuentra nada.

Vuelve, preguntando, clamando.

Le contesto sin hablar, miro la vara que sigue creciendo, “Aquí es”, “estaba enterrado”, “¿Qué será de nosotras?”

89

Yo no sabía quién era; vino a la caída de una tarde del verano. Dijo (qué extraño), llamarse, Lila, y a la vez, Esther; tal vez, una amiga, una prima lejana. Aquel cabello fijo y el vestido claro, ¿qué traía en el delantal? ¿la uva? ¿una paloma grande, gris, plateada, que voló, de pronto, un poco, sin motivo?

Yo no sabía quién era. La niña del recuerdo y el porvenir.

La lluvia perló el árbol, lo colmó de rubíes blancos.

Era el pino de los sueños, de las bodas.
Ahora, bajo esa piel de nieve y de esa espuma;
la luna de la lluvia lo alumbraba, de continuo, lo besaba.
Él encendía fósforos y zafiros.
Parecía que iba a quemarse, a diluirse.
Pero, cayó la noche, y volaron las nubes.
Y el negro árbol custodió, de nuevo,
la parte oeste de la casa.

90

Todo, a la vez, reanimaba y desanimaba.
La reina era una muchacha del lugar, no más que linda, pero,
que, ahora, iba entre ramos de flores, de higos y otras frutas, con
todos los rubíes y los morados del Caravaggio.

Los sapos se henchían como hongos, pero, con una blancura
ovina, de otros mundos.

Llovía sin nubes; grandes espejos centelleantes, que se desha-
cían y volvían a vivir.

Algún acto sexual realizado a la perfección, sin prisa ni frenesí,
sólo a la perfección, realizaba la caída de la tarde.,

91

Me libré de los jazmines. Antes, en diciembre, crecían anchos
como viñas. Era casi imposible ir al colegio; mamá, igual, me po-
nía el vestido de organdí blanco y los moños, y me empujaba entre
aquellas flores que no admitían otra cosa que su locura, su brío,
su vida apasionada e inmaculada. El perfume era tal, que se podía
tocar como si fuera un tul o una espuma; a veces, de tan blanco,
se volvía plateado, y hasta celeste. Una vez el organdí se me deshi-
zo; era imposible andar o detenerse; quedé desnuda entre aquellas
copas velatorias; se formaban criaturitas de pan y porcelana. Me
parecía que me buscaban desesperadamente, y, a la vez, no tenían

ningún interés por mí; no sé cómo pude salir viva de aquella vida, del rosal siniestro del Jazmín del Cabo.

92

Mamá, viene el águila, está bajando; toda la mañana entraba a las nubes y salía; ahora, viene hacia acá, desde un punto fijo.

Recuerda qué pasó con el cordero, con la rata, con los pollos —doce—, de todos los colores, rosados, verdes, azules, amarillos. Ahora, toca el turno a tus hijas Nidia y Rosa: a mi hermana y a mí. Sal tú, o déjanos pasar. Para de custodiar los violeteros, los pocillos, las viejas historias.

Las azucenas son altas, pero, no pueden ampararnos; su perfume a marfil y a talco, hace morir un poco; mi hermana cierra los ojos. Mamá, aunque sea, grita si hay un escondite, si queda un escondrijo; pero, todo sería inútil; anoche, Nidia y yo, soñamos lo mismo: todo esto, y no había salvación.

93

Entonces, los muchachos usaban raya al medio, y las crenchas largas y lacias; los labios pintados en rosa muy tenue, y en el ajustado pantalón iba como dibujo un alhelí;

su virilidad parecía aún más intensa, y las pálidas niñas los espiaban; así, se multiplicaron los piratas, los apaches; taconeaban, de continuo, por la ardiente ciudad.

Mientras, desde el sol,
caían maíz, rosas, pichones de pájaros.

94

Ya, había caído el sol; pero, la tarde se alargaba pálida y rara.
Las listas de cebollas, como guías de rosas: bajo el seco papel en

rosa purísimo, vivían las tazas húmedas y cristalinas. Y los ajos como paquetes de confites, y las papas, de nardo, bajo las oscura cáscara.

Y una escalera que casi iba hasta el cielo.

O me parecía –son los recuerdos primeros

que tengo de la vida–. Y había otra niña

–apenas mayor que yo– que, inexplicablemente, tenía novio.

Hasta que cayó la noche, y vino viento

del sur,

y se paró mamá entre los alhelíos.

95

Las fuentes de tallarines y raviolos, los temblantes budines; las ciruelas, que, de tanto almíbar y azúcar, echaban dos alas, como cucarachas de Dios, tenebrosas y riquísimas, que lamíamos con miedo y ansiedad, los hongos de boca morada que convocaban a desconcertantes figuras, el repollo de acresponado tul que se comía crudo, los diablos, tan difíciles de cazar, pero, que, siempre, terminaban en el trampero (y nada hay que se parezca a la carne de diablo).

...Con estas cosas trabajó mi abuela.

A veces, veo su nombre “Rösa”, brillar en el aire, rodeado de banderas.

96

Mi madre me ordena cortar las violetas.

Tendió la colcha de oro, fichó los espejos, me mostró los pequeños potes vacíos. Creyendo que las rosas las interceptaban, me dijo: –Están ahí. Pero, bien las veía yo, bajo las hojas redondas; como racimos de moscas y de uvas.

Mamá, desde dentro, insistía, reprochaba “es lo único que tiene que hacer”. El viento del sur, suavemente, o el del este, el del oeste, el del norte, me balanceó el cabello largo hasta el suelo, que era mi ropaje único; pasó la tropa de pollos con su eterno pío-pío; más

allá piaban las liebres de la noche anterior; era fácil adivinarles la batita color oro, los ojos sombreados como las guindas; pasaban, también, las comadreas de la noche anterior, ya, fantasmales, y la luna —¡A esa hora!— como un aguamarina, un huevo sin yema.

Mamá, desde adentro, pedía siempre lo mismo, su voz rezonaba como una hoguera.

Y yo estaba ahí, inmóvil, tenía que huir a ocultarme en cualquier lugar; mi terror era tanto que me dormía, me desmayaba, soñaba.

Y era un sueño en el que pasaban violetas, y sólo pasaban violetas.

97

Iba entre los árboles; parecía una mañana feliz; venían tantos perfumes como de tantos ramos de flores, era a la aurora.

Pero, de pronto, vi los huevos recién nacidos, envueltos por un leve tul; desde todos los gajos salían pimpollos negros. Así el mundo se colmaba, otra vez, de crisálidas y presagios. Me dio terror; cerré los ojos; volví a la casa.

Mamá, ya había cazado en la pradera; las pequeñísimas vaquitas que se comían vivas; las ató y aderezó; yo almorzaba, lentamente; veía el porvenir, los largos años; la premonición exacta. La huerta me amenazó, se caía sobre mí. El este y el oeste estaban sellados.

Nunca iba a encontrar el norte.

Nunca iba a llegar al sur.

98

Era tan hermoso despertar, cuando, todavía, estábamos todos juntos; a lo lejos las otras quintas, de una casi increíble perfección, y la nuestra, con todo desparramado, tan bellamente, abandonado: del magnolio, sacábamos los cubiertos de porcelana; cruzaban por el aire, el espliego, el perejil, y los loros de largos vestidos verdes, iguales a bailarinas; pero, todos ellos eran reyes, pues, tenían una corona de piedras rojas, y otra corona de piedras verdes.

A las diez se almorzaba algún vino y se hacía algún trabajo, como sonámbulo, que, a la postre, siempre, resultaba mal.

Y caía la tarde, y cada uno volvía a su lecho enjardinado, a las roperías del malvón.

99

Un hada amarilla se paró entre los cáñamos; todas la hadas que venían por el jardín, eran celestes, o de color de rosa; pero, ésta era amarilla y muy bonita; parecía un tulipán muy alto. Hubiera querido correr y avisar a mamá; pero, tuve miedo de que se diese cuenta y desapareciera. Sus haldas eran sus alas, y al revés, y su rostro era un óvalo de oro; yo estaba imantada, desesperada; sabía que, de algún modo, ella y yo éramos parientes, que, de sus manos se iban a caer semillas de margarita, yemas de cristal, estrellas y topacios.

Al fin, pude retroceder, en puntas de pie y de espaldas, llegué hasta la casa. El viento brillaba en los ventanales; había un hondo silencio en todos los salones. Había narcisos en todos los floreros. El hada se deslizaba suavemente; redonda y dorada como un huevo.

100

Al alba bebía la leche, minuciosamente, bajo la mirada vigilante de mi madre; pero, luego, ella se apartaba un poco, volvía a hilar la miel, a bordar a bordar; y yo huía hacia la inmensa pradera, verde y gris.

A lo lejos, pasaban las gacelas con sus caras de flor; parecían lirios con pies, algodones con alas. Pero, yo sólo miraba las piedras, a los altos ídolos, que miraban a arriba, a un destino aciago.

Y, qué podía hacer; tenderme allí, que mi madre no viese, que me pasara, otra vez, aquello horrible y raro.

101

Las flores de la piedra eran siempre, grises; por lo menos, cerca de la escuela de las chacras, de las casas donde vivíamos.

Parecían magnolias gigantescas, no tenían perfume; eran blancas con algún pétalo negro, o negras, con algún pétalo blanco.

En tiempo de gran crisis, se intentó cocinarlas, asarlas, rodeadas de tomates pequeñísimos y de olivas. Pero, los pétalos seguían rígidos y helados.

Resultaban incomibles los hijos de la piedra.

102

En el vaso, las moras dejaban correr su vino dulce y negro, y más abajo, las hojas, como de papel seco y pálido, caían y caían, y más moras y más hojas. No sé por qué, ellas invocaban, y convocaban, a casi todas las primas y amigas de mi madre: a Virginia y a Rosaura, a Isabel; a Ana y Flor de Lis. Éstas aparecían en persona o en retrato, toda vez que hubiera moras en los vasos.

103

La Madre de la Oveja murió.

—¿Cuándo?, dijo saliendo de entre los profundos alhelíes.

—Anoche. Terminó su eternidad.

—Vamos a ver, —dijo. Con el rocío se ve mejor.

Y fueron, fuimos, bajo el delicado sol, la lana larga como cabello, y los dientes de filo plateado.

Empezaron a encenderse los vasos.

La Oveja Hija no quería comer, no quería beber.

Sus amigos iban entre las plantas, querían ayudarla, buscaban hierbas, hongos, la rosita del olvido.

Estoy en la misma casa. El viento sacude los álamos apaches y los cáñamos donde un día las hadas dejaron su proposición de azúcar y de sal.

Allá, en la cocina, el ama de llaves picotea las ciruelas, los capullos, las antiguas carnes de cerdo salvaje.

Y no hay nadie más.

Junto los lápices, los cuadernos, y los desparramo.

Lejos, se quedan las poblaciones y los príncipes.

Estaré, siempre, en la rama natal, en el nido de los tules y la o.

Jazmín del Cabo,

otra vez

quiero verte

como en la niñez,

con tu modo solitario, único,

tu óvalo resplandeciente,

tu color a marfil y a talco,

que te abras de nuevo,

sobre la medianoche de un casamiento,

cuando nadie lo espere,

como una bendición

con algo de malo;

no sé qué tenías,

que me quedaba inmóvil,

como hipnotizada

y embarazada;

supliste a todos los varones

con tu formidable sexualidad plateada.

Conocí al Señor,
ninguno,
al de antes, el de siempre;
cuando lo vi
por primera vez
me helé,
papá y mamá
no sabían
que había otro habitante en el jardín;
melena rubia y lacia,
tabaco y acacia,
los ojos de esplendor violeta,
aparecía siempre,
cerca del alhelí,
de la pileta,
donde nadaban las azucenas del jardín,
vivas,
con las pequeñas branquias rojas
y los pétalos nevados,
pero, se iba con los alhelíes,
velado por los ramos,
así era casi imposible ver su silueta perfecta,
hasta que aparecía, de pronto cuando
nadie lo esperaba,
en el aire azul y diáfano
de cualquier mañana.
Para que me mirase,
qué tuve que hacer,
ir hacia él, tocarle la mano,
le vi los ramos de amatistas
y la mirada de tul,
y nos enamoramos,
aunque, a veces, me olvido
y me alejo,

pero, él está allá y acá,
con la taza de miel
y el cardo
que significa seguir a él.
Gobernó la huerta y la ciudad.
Ahí va
y yo con él.

107

Isabel iba a venir a “cambiar cosas”, a las tres de una tarde de domingo, al través de tantas chacras. “Cambiar cosas” era lo que se estilaba. Cruzó el jardín. El viento silbaba entre los alhelíes, entró a la casa, se sentó en el borde del lecho, abrió el gran baúl. Mamá nos miró con un poco de asombro; pero, nos repartía leche y té. Saqué del baúl, las muñecas, las estampas, los lápices y rosarios; pero, la conversación iba por otros rumbos; amaba mucho mi pequeña propiedad, e Isabel tampoco se interesó por nada; así, no se cambió nada. Afuera, las quintas se imponían. Los frutos salpicaban todo el aire y pasaban varias lunas, varias.

Mujeres con faroles encendidos en pleno día, buscaban algo por los suelos con ansiedad.

Después, Isabel partió, se fue. Sin saber a dónde dirigirme, me senté al lado de mamá. El viento se salía del jardín, entraba a las habitaciones, me movía el vestido de papel, los moños transparentes.

108

Echa una mirada a los huertos; a ver cómo se presenta la cosecha. Todo esto me produce un poco de euforia. Ya, están prontos, los bolsos y las cestas, los cajones de nardos, de jazminès, de huevos, de duraznos, de damascos, de peras y manzanas; huesos, frascos de miel, ratones, pollas y murciélagos.

Algo conserva sangre viva; mucho, ya, va embalsamado y en-
cerado.

Aunque sólo tengo once años, me entretengo poco con esos
seres fantásticos llamados Juguetes.

Estoy muy hechizada.

Habría que investigar mi nacimiento y todo lo demás; las nup-
cias que se sucedieron sin reposo; traje rosa, traje azul, traje amari-
llo, traje lila, negro, de varios colores, hasta el tumultuoso vestido
blanco del último casamiento, que aún perdura.

Pero, todo esto no me desligó de mi madre, que me vigila, me
sigue, me persigue, y a veces, me rechaza, como si fuera a matarme,
porque no me parezco a ninguna de las hijas de esta tierra.

109

Quedé sola entre las lilas, el “amor seco”, las “colas de zorro”;
papá se escondió tras de una mata, como jugando; pero, no vol-
vió a aparecer; mamá, a lo lejos, tiene una vestidura blanquísi-
ma. Ando sola entre las “caras de zorro”. En el cielo hay un arroz
ardiente; caen algunos granos; tiendo la mano, pero, no alcanzo
nada. El campo es enorme. A veces, duermo, unos instantes; pero,
en verdad siento temor. El campo es enorme y todo abierto; pero,
yo no encuentro ninguna puerta.

Por el callejón, los viejos animales del destino, transitan, pun-
tualmente.

110

Cuando nació me encontré con eso: El Coche. En plena edad de
los automóviles y de los aviones, él estaba allí, largo y negro, y tirado
por caballos. Tenía las lámparas; papá era el auriga, y nosotras, mi
hermana y yo, Nidia y yo, viajábamos, tan naturalmente, por arriba
de los jardines encantados, donde nacían arvejas con antenas y lu-
ciérnagas comestibles. Los vecinos salían a mirar; saludaban con las

manos. Pero, a la vez, parecía que, siempre, era muy tarde, e iba a ocurrir algo desolador, y nosotros nos salvábamos en El Coche.

111

Era la noche de mi casamiento.

Aunque, asombrosamente, los preparativos hubieran empezado años antes; antes de que yo naciese, antes de las bodas de mis padres.

Pero, esa noche, bajo los dorados soles, y entre las berenjenas, que de tan azules, daban resplandores rojos, se atraparon criaturas inocentes, ilegítimas; se les sacaba el pelo y el sexo, y eran tendidas sobre las grandes asaderas.

Por los menos, eso fue lo que vi en un cuadro, mucho tiempo después: mis familiares, de pie, ante la Divinidad de los tomates.

Y toda la noche se oyó una música grave, inexplicable; como si sonaran juntos, o fueran uno sólo, la Danza del Fuego y el Bolero de Ravel.

112

Al asomarme, te vi, rocío, y recordé el país de antes.

Antes es el más hermoso país.

Cuando por sobre todo, ponías tu blanca fantasía, tu oscura confitura; hasta los mágicos claveles guerreros amanecían con un copete de plata, velada su taza de rojo café, de canela ardiendo.

Sobre la albahaca, el “diente de león”, la ciruelas, las milenarias hadas jovencitas que pululaban entre nosotros, allá, junto a los castaños y los robles.

Tu bordadura de luna asustaba a las arañas, que quedaban inmóviles; alhelí sobre alhelíes; lirio sobre los lirios; lila de nieve. Por tus reflejos se perdía el rumbo de la escuela; llovías sobre las manos de mamá, que preparaba el desayuno, fuera, hacía los ramos —con su gran traje de baile y capelina— hacía las ensaladas de celeste le-

chuga y diabólico ají, las grandes ensaladas verdes y granates, con las cuales crecimos, vimos pasar los años y las clases, las muertes y las bodas, la vida de los cielos y la tierra.

113

Qué alba extraña, Dios mío! En sueños oí aullar a una perra que había muerto muchos años antes, cuando yo, aún era una niña. La reconocí enseguida. Al abrir los ojos todo estaba más que gris, plateado. Recorrí la habitación, los jardines. A los lejos, vecinós madrugadores y perales de capote blanco. Fui a sentarme a una piedra muy distante. Saqué los hilos y trabajé durante mucho tiempo. El horizonte era, perfectamente, redondo y vacío.

Al final de no sé cuántas horas, volví; tal vez, iba a caer la noche. En el umbral, vi que la casa estaba, como siempre, quieta y cerrada. Entré. Sobre el piso había perritos, nacidos de lá nada.

114

Ese rosado, oro de la tarde, último. Me hace acordar de “El Recuerdo”, la casa que, cuando niña, mamá y yo, veíamos desde lejos, a la caída de cada tarde, cuando el sol la prendía como a una lámpara o un cristal. Mamá decía: —Es “El Recuerdo”. Y en mí se ahondaba una nostalgia por cosas que aún no había perdido ni tenido.

Iban en el campo dos o tres vacas con su bramido ingenuo, aterrador, y una oveja, mitad salvaje, mitad niña. Y algún hada, por supuesto, bella como una flor, envuelta en puro tul brillante, parecida a mamá, parecida a mí, segura ascendiente nuestra desde remotos siglos.

Vi lo de siempre. Caballos vivos. Y caballos muertos: los esqueletos, totalmente, armados; pero, vacíos. Vacas vivas. Y vacas muertas, con las piernas levantadas hacia el cielo, como si aún esperaran una fecundación: pero, sólo venían las gallinas voraces del bosque, ratas y colibríes. En algún sitio, a lo lejos, los perros ladraban, hacía años que los perros ladraban en ese mismo sitio. Era un día de luna; una tarde inmensa y desierta.

Mamá salió del hogar, mucho más hermosa que yo, con aquella sonrisa, tenuemente cínica, que le sentaba tan bien. Y un enorme vestido de gasa. Me dijo: —Me voy a casar, me voy a un baile. Hoy es mi día!

...Pero, todo se desmoronaba, enseguida.

Y las dos seguíamos sentadas, leyendo, tristemente, tras de un cristal.

Maté a mamá. Al fin lo hice.

Me senté junto a las 'pálidas niñas —Nidia, Iris—. Desde los naranjos caía un arroz continuo. Palabras extrañas, "Piedad", "Merced", nos golpeaban en la frente. Pensábamos en magnolias y papeles de organza. Oíamos los trinos de todos los pájaros del naranjal. Al fin, la representación que tuvo origen en mi nacimiento había terminado, la verdad que parecía mentira. Intentamos jugar un poco. Corrimos. Peinamos una muñeca; dos; las tres muñecas. Hasta que cayó la noche; caía la noche. Allá, por el cielo, Mamá, de vestido rojo y sombrero rojo, navegaba contra su voluntad.

Mamá tenía la nariz gruesa y carnosa, la boca grande, los ojos celestes y sin color, y creo que hasta una oreja, blanda y peluda,

como la de un porcino; gobernó las hojas, el mar de pasto, la pequeña selva que habitáramos; fichó las fieras, los bichos diabólicos y los arcangélicos; hizo la escritura de mi casa. Todo lo hizo.

118

El gladiolo está allá, parado, inmóvil.
Parece una mujer de gasa,
un hada.
Blanco como el mármol,
como la luna,
el casamiento,
la muerte,
la nada.
Me atrevo a mirarlo,
lo espío,
a través de una puerta,
que se entreabre, misteriosamente.
En una hoguera fría,
un chorro de azúcar,
es como mirar un ensueño.
A veces, despliega todas las manos,
los cálices, los ojos,
y apresa una especie de hostia,
una almendra,
que él mismo
hace aparecer en el aire,
para él.

119

Que me den la rosa,
el clavel,
la gardenia húmeda,

el ajo de papel de plata,
la cebolla,
el sapo de tez irisada,
la guinda color tinta,
la uva de pétalos grandes
como la rosa.
Que pase el viento del atardecer,
y aquella extraña cosa.

120

Pasábamos sobre los jardines de fresas, de frutillas; en las ramas grises, esos labios rojos y peludos como sexos.

La carroza iba por los senderillos de la fruta, hacia otra plantación, llevando una muñeca para mi prima.

Recuerdo bien la conversación de la abuela, de mamá, la guardé en la memoria como en un álbum, y mi miedo, mi ansiedad, por aquella caja envuelta en papel de gasa, por el ser quieto y bello, que iba adentro.

Pero recuerdo todo el viaje y nada más. Como si antes de llegar me hubiera muerto.

121

Hay diversos tipos de diablas. Las llamadas “catalinas” son de ojos azules y pestañas muy largas; las “teresitas” usan mantón marrón. Se embarazan muy fácilmente; seguido, se ven nuevas camadas de diablos; por todos lados aparecen sus nidadas. Los hijos pequeños vuelan por los cielos altísimos y por el suelo; vuelan y brillan, cubiertos de papel de bombón, papeles de estrella.

Ya, conté que mi abuela ponía tramperos y los cazaba a centenares. Por años comimos guisado de diablo.

Quisiera explicar el fascinante gusto y es muy difícil; una fragancia a muerto mechado con diamelas.

Hizo una máscara durante varios días, o a lo largo de un solo largo día. La tejió con perejil y con otras hierbas, sobre todo, una, muy rara. Acertó a pasar una mariposa, diminuta, que iba con facilidad del gris al naranja, del humo al alhelí, y la prendió en cualquier lugar del tejido, y largos instantes, después, con gran casualidad, cazó otra mariposa, igual, pero, enorme, y a ésta, la colocó en un sitio muy claro. Las mariposas, muertas o vivas –porque vivieron algunos momentos– irradiaban grandemente.

Y después, hizo los ojos, la nariz, la boca, y los ribetes, y otras cosas, y otros rebordes, y fue a buscar por la casa, cuernos y espejitos, para terminarlo de acuerdo a la tradición de la zona. Pero, lo más importante, fue lo que él tejió; la soberbia malla, fuerte y vívida.

Y se le ocurrió, quién sabe por qué, ponerle un nombre, animal, o vegetal, o geográfico, y mientras, mentalmente, lo buscaba, se dio cuenta de que la máscara se daba cuenta, y se ponía excitada, tensa, y cuando lo halló, la máscara entró en climax, se enfermó, y cuando lo dijo en voz alta, ella comenzó a fenecer. Las mariposas se pulverizaron; y, también, las pincitas que las sostenían.

Cada fibra, cada hilo, se incendió y desapareció.

No quedó absolutamente, nada.

Aunque era reacio a las palabras, fue a buscar un vecino, y vieron y examinaron, haciendo varias elucubraciones, sin arribar a ninguna conclusión, porque no-había ninguna.

Veían mariposas pardas, de las de siempre, e inalterables matas de perejil.

Crecí a la luz de las tomateras asombrosas.

El dios de los tomates era verde y rojo, flexible y largo; podía hundir las cosechas o alentarlas hasta el cielo. Era de hierro y nácar; envuelto, siempre, en una luz verde y roja. Nadie lo había

visto, pero, sabían que era así. Todos creyeron haberle visto, y no sabían, si de verdad.

Viví entre ensaladas, salseras, jugos picantes,
festividades nocturnas, tamboriles,
rondó la Liebre vestida de oro
y el Ratón ansioso.

Los animales del monte hicieron negociados con los hombres.

Al final, todo resultaba confuso.

Pero, había una gran belleza.

Y estuve en el alba de los dioses
cuando ellos inventaron los tomates.

124

Al asomarme vi las “antonias” azules; sobre los pétalos de seda celeste brillaban las pecas violetas; parecían arder y girar como si fueran almas o planetas. A veces, daban un pequeño maullido, se oía bramar a los dibujos azules. Así, que habían nacido la noche anterior, de súbito, y un poco antes de tiempo. A su lado, las otras flores no podían subsistir; ya, habían caído los azahares, la marcela, las rosas, desenroscadas.

Fui a esconderme, a encerrarme, a acostarme; pensé en mamá en un lejano país, que no me había alertado lo suficiente. Tenía un miedo espantoso como si un muerto anduviera libre. Sin embargo, ¡eran tan hermosas!... Me atreví a espiarlas a través de una cortinilla les vi las caras redondas y los cálices estrellados.

Después, todas las cosas parecieron cambiar de lugar, torné a mi comarca.

Pero, las “antonias” azules prosiguen su terrible proceso en el pasado y en lo que vendrá.

LA LIEBRE DE MARZO

1981

La liebre de marzo, Cal y Canto, Montevideo, 1981; 88 páginas. Prólogo de Enrique Estrázulas. Premio del Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay en 1982.

Papá mira hacia todas partes. Tal vez, esta noche caiga el zorro. Ya corre rocío helado sobre los techos. Los árboles son de plata pura, se rajan, murmuran, tienen visitas.

Acudimos a la cena. Sirven diamantes, rubíes —porque todo está friísimo; comadreja en azúcar.

Me meto en lo hondo de la cama.

Mamá, a las cinco, guardó sus alhelíes, varias varas o matas, les prende un fuego, cerca.

En la cocina, los muertos, vuelven a arreglar los platos, hacen un ruido raro:

Después, todo queda en paz.

Cuando cierro los ojos, a lo lejos, el zorro deja su escondite; no tuvo desayuno, ni mediodía, ni merienda; vuela como un cometa muerto, como una flecha a ras del suelo, por encima de las praderas blanqueadas y encantadas.

Al divisarle, gallinas, pollas y palomas, dan un breve grito; luego, braman llamando al patrón. Pero, ya, siempre, es tarde. El zorro se hace el muerto, da vericuetos, finge dormirse, irse, actúa como un actor. Salta sobre las cabezas, las destroza, las troza como si fuese un druida, toma pocillitos de sangre. Las decapitadas bambolean, caminan aún y se desploman. Él sigue, en vuelo, arriba de las praderas doradas y plateadas, le caen pastillitas sobre el lomo.

Abro los ojos, ¿medianoche? ¿el amanecer?

Ando en cuatro pies para que nadie fije su atención sobre mí, me cubro con una manta para parecer un bicho del amanecer.

Llego, primero, a la trampa, antes de que me mire, lo miro, nos asociamos, dejo alhelíes y fogatas, y huimos como una flecha en línea recta o en vericuetos, a través de los infinitos inviernos o veranos.

Hubo una tarde con varios arco iris.

De sur a norte, de este a oeste, ya no sé.

Aquella golosina exquisita sobre el mundo.

Aquel abanico en rosado intenso y verde.

Las ciruelas maduraron de golpe, parecían coágulos, corazones, se las oía pulsar; las manzanas de San Juan, blanquísimas, como tacitas de porcelana quedaron abiertas y al acechó, y las tenues cruces de los lirios. El carro de los muertos que andaba por ahí, casi se detuvo; el cadáver soñó cosas en colores.

Y, todo, así.

Pasaron los años, y cada vez, viene más cerca, y más brillante, la tarde de los abanicos de colores.

* * *

Como las habitaciones estaban en fila, y las puertas centrales, abiertas, mi hermana y yo en un extremo, la prima en el otro, nos comunicábamos con teléfonos de juguete, ¡que hasta llegaron a funcionar! y gritos, ademanes, señales, hilos misteriosos, mientras crepitaban los mayores, y la llovizna sobre los techos, o la luz de luna brillante como el azúcar.

Las calas, tiasas y nevadas, se salían del jardín, entraban por las habitaciones con el pequeño falo amarillo en el medio. Nos hacían enamorar, pecar, morir, resucitar, vestidas de novia, irremediablemente; o de delantal blanco, con los primeros libros, nosotras, también, tiasas y nevadas, marchando hacia el amor, la gloria y el olvido.

* * *

Vi morir el sol. El redondo centro y las larguísimas rayas que se enroscaron, rápidamente.

Salí, caminé sobre trozos de latas, piedras y tortugas.

En el prado me rodearon las violetas; los ramos sombríos y azules.

A mi lado, brotó un ser, del sexo femenino, de cuatro o cinco años, el rostro redondo, oscuro, el pelo corto. Habló en un idioma

que, nunca, había oído; pero, que entendí. Me preguntó si yo existía de verdad, si tenía hijas.

Otras, idénticas, surgieron por muchos lados; de entre los ramos, se desplegó, ante mí, todo un paisaje de nenas.

Miré hacia el cielo, no había una estrella, no había nada.

Recordé antiguas fórmulas, las dije de diverso modo, cambiando las sílabas; nada tuvo efecto.

No sé qué tiempo pasó, cómo pude saltar de las violetas.

Me alejé, desesperadamente, entré, cerré las puertas.

Pero, ya, había comenzado a zozobrar la casa.

Y aún hoy, se balancea como un buque.

* * *

El día de las bodas de mis padres apareció un ave en el patio, —siempre, me parece haber asistido a las bodas de mis padres— en el pequeño patio de baldosas.

Tenía luces entre las plumas; tal vez, sus propios huevos constelados, pepitas de oro, hilos brillantes. La miraban, y entonces, se volvía de color de rosa, abría cada pluma; era como una dalia en el paraíso.

Sobre los brindis, las flores, las cajas de confites, pasó algo leve y tenebroso.

Al final, todos tuvieron miedo. Y se estrecharon en torno del ave.

Quisieron matarla y no se pudo.

Quisieron ahuyentarla y no se pudo.

Quisieron olvidarla y no se pudo.

Aún, ahora, veo su luz desconcertante cruzando por la noche.

* * *

Del sargo vi la dentadura levísima, y los ojos cuajados y un poco azules, como botones que hubiesen estado en el cielo; las espinas dulces. Su carne, era, a ratos, oscura, y a ratos, clara.

Arriba, tenía papas, ajés y otros diablillos, y estrellas.

Así nos conocimos. Él en el plato, y yo, comiéndolo, con agua y con limón.

Pero, estoy segura, de que, en otra parte, él navegaba alejándose de los dos.

* * *

Virgen María, enorme ala sobre toda la niñez y todo el campo. Rosaura plena, azul, rosada, con una estrella en el medio. Palma que se abanica sola, de este a oeste, de sur a norte, pasaba su vestido enorme bordeando las camelias; los huevos y los jazmines le pertenecían. En la noche ardió como una niñita azul, como una lámpara.

Nos despertaba; en sueños, la veíamos, volaba; era la luna.

Pero, bajo su blancura de almendra y nieve, degollaron vacas y corderos, murieron las palomas, los abuelos. No sé; ahora, la miro, allá distante, como a la rosa, como al laurel.

* * *

La noche de la primavera, paseamos, nos enamoramos, nos casamos. Enormes jazmines caían a la fuente, se freían tulipanes, azucenas, conejillos blancos andaban entre los pies.

Surgieron lechos, cocinas, altares.

Los muchachos, los más bellos, de pelo suelto y con guitarras, nos seguían; dulcemente; nos perseguían. Caminamos toda la noche.

Al alba, dos o tres de ellos, los más bellos, iban a sacrificarse por la belleza, por el amor. En los ciruelos, duraznos o manzanos, fueron crucificados, hincados de pies y manos; en una agonía larga y dolorosa, lloraron lágrimas azules y lágrimas granates.

Al morir, una violenta lluvia de flores de durazno veló el mundo.

Los padres sollozaban, los abuelos; doblaban las campanas, vestimos de luto.

Y, levemente no era cierto.

* * *

Me hechizaron las cosas que salen de la tierra, ¿cómo salen? Las bromelias que parecían de viva porcelana rosada, que parecían la

aurora, que se parecían a nada. Con un fino ramo de hilos verdes.

Surgieron altares hechos sólo, de bromelias, cocinas, camas; las novias silvestres las llevaron en canastas. Y los caracoles tiesos como piedras, como huevos, la caparazón blanca, los ojos rosados.

Y los dulces monstruos, que no tenían tino; y les ataban y mataban, les abrían el vientre, ahíto de huevos y pequeños pájaros, ¡que volvían a volar! La tremenda luna de los bosques.

El diablo paseaba vestido de negro, agarraba una lechuza desde el aire, reía, descaradamente, fumaba. "Gitanes".

Para cazar insectos y aderezarlos, mi abuela era especial.

Les mantenía la vida por mayor deleite y mayor asombro de los clientes y convidados.

A la noche, íbamos a las mesitas del jardín con platitos y saleros.

En torno, estaban los rosales; las rosas únicas, inmóviles y nevadas.

Se oía el run run de los insectos, debidamente atados y mareados.

Los clientes llegaban como escondiéndose.

Algunos pedían luciérnagas, que era lo más caro. Aquellas luces.

Otros, mariposas gruesas, color crema, con una hoja de menta y un minúsculo caracolillo.

Y recuerdo cuando servimos a aquella gran mariposa negra, que parecía de terciopelo, que parecía una mujer.

* * *

Andaba erizada, temblando, me tenían de un ala; había gran espanto y zozobra, giré en el aire, pasé de rama en rama, transcurrió una noche bravía. Un mercado, una luz azul. Un hombre cruzó sobre sus zapallos, (rosados y dorados como la luna); con su extraordinaria juventud, salió de entre las naranjas; había una muchacha acostada, blanca como espuma, y otra mujer, madre de esa muchacha.

Para peor, domingo al mediodía, luz radiante, giré, mirando, huyendo. Ya era tarde.

Decían que yo había nacido.

Vi cómo me miraban, me llevaban; a otra casa, y traían leche, yuyos y muñecas.

Por donde había errado libre, durante siglos, desde siempre, entre las plantas, alhelíes, aralias, pusieron otra planta y la llamaban marosa.

* * *

En aquel tiempo, en los huertos, todas las mujeres se llamaron Estrella e Isabel.

Las casadas llevaban sombrilla y vestían de largo; había algunas con novio, y otras, muy solas. Vivían en las casonas.

Una tarde resolví visitarlas. En puntas de pie me puse el manto, salí; tomé una vara de flores de durazno a manera de cartera.

En los árboles había gatos grandes como corderos y palomas blanquísimas. Un niño con alas bajó al prado; pero, no pasó nada.

Llamé a la primer casona. Me recibieron con un poco de miedo, me saludaron, pasé las salas, el aparador. Oí que se decían "Estrella" "Isabel".

Pocillitos de huevo, confites estrellados, estrellas de confites.

Las mujeres solteras, en la tarde, vestían de novia, tules largos y azahares. Pero, todo el aire era como un tul. Volaban higos, flotaban.

Terminó la visita.

Volví. En puntas de pie puse el atavío en el ropero y las flores en el árbol. Había caído la noche; pero, mamá era adivina. Desde la oscuridad me dijo: —No vuelvas a hacerlo. Somos gente sola.

El viento daba vueltas, envolvía la casa. Decía ¡Estrella!... ¡Isabel!...

* * *

Estaba parada en medio de la luz de luna. A lo lejos, seres increíbles: Mario, los unicornios, los lobizones, la paloma de la paz, la Liebre de Marzo.

Las cosas que tienen blancura se distinguen mucho, huesos y rosas.

La casa está abierta y deshabitada. Y sabe que alguien la está

mirando desde afuera. Aunque a veces, de las puertas, sale algún caballo y se hunde, enseguida, o de la ventana, y desaparece.

En la azotea, —y no sé cómo se ven— hay una paloma, que, a la vez, es inmóvil y crece, dos o tres huevos, ya, para siempre, juntos y justos. Y una taza.

Quiero despedirme, irme; una vez hasta llegué al camino real, subí a un carruaje; pero, bajé, enseguida.

Y volví desesperadamente, casi volando, me entré en las hierbas, y, ya, invisible, seguí mirando la casa.

* * *

Yendo, de noche, me encontré algo ardiendo, una amapola; pero, el pequeño ángel saltaba entre el pasto, como si estuviera atado, o desatado. Le veía los ojos negros y brillantes, u oblicuos y azules. Me dije, ¿qué hacer? ¿Cómo vuelvo a la casa? La luz no pedía nada. Pero, no podía irme. No necesitaba nada. Y no la podía abandonar. Con todo, me alejé un poco; entonces, de prisa, creció varios centímetros, quedó como una azucena, con la copa en alto. Noté que las aves la omitían. Los picaflores nocturnos libaban en las pequeñas hierbas, las pequeñas flores, y los murciélagos, iban, directo, al lomo de las vacas.

Entretanto, había crecido más que yo, movía los brazos, largos y esqueléticos, bailaba y brillaba.

Me atreví a tocarla; entonces, de súbito, se me enguió, se me enroscó, como una enredadera.

Así, siniestra y brillante, reaparecí. Mamá dejó deslizar las bandejas, huía hacia la pared, decía: —¿Quién es, Dios mío, qué es? Decía: —Hace años pasó una cosa igual.

Huía, rezaba: ¿Qué es? ¿Qué es?

Una vecina se asomó. Aventuré un paso; pero, me di cuenta, y salí. Retrocedí, salí, sin rumbo; lloviznaba murciélagos, camelias.

* * *

Un río muy delgado, —lo saltaban los niños—, partía la huerta.

A su vera, manzanos de San Juan, manzanas casi blancas, casi celestes, los frutos angélicos.

A la medianoche, desnuda, me levanté; estaba dormida, y veía, todo, como si fuera de día. Además, las plantas de ese jardín, conservaban, en la sombra, sus colores. Así, divisé margaritas, los pimpollos de rosa, rojos como sangre, el gladiolo que hervía como un farol. Recibí el olor de las frutas, pero, no podía detenerme. Tomé la senda. A mi lado pasaban yuyos: salvia, mentas, aralias. Mentas, aralias, hojas, yuyos. Llegué al extremo.

Allá, lejos, y, ahí, cerca, él se presentó, sombrío, inmóvil, siempre el mismo, desde remotos siglos.

Desesperada, corté una rama, la sostuve como vistiéndome. Por un instante, creí que iba a volar, a despertar. Pero, todó fue inútil. Con un breve grito, aconteció, otra vez.

* * *

En la tarde estaba en el pasto hablando con Amelia. Amelia tenía ojos celestes, rodeados de oscuro, vestido de organdí amarillo; la falda con tres volados.

Corté algunas manzanas; rápidamente, hice una ensalada de menta, que no se probó.

Pasaban los pastores de la caída de la tarde, con la pica al hombro. Decían por mí: —Ahí está con su muñeca. Es más grande que ella. O casi.

Amelia tenía ojos oscuros, volados dorados. Parecía, de nuevo, inquirir, ansiosa. Expliqué que no podía decirle nada. Que, tal vez, todo aquello fuera mentira, que figuraba en los libros como cuando no es cierto. Sus ojos semejaron brillar de lágrimas.

Entonces, llamé al último pastor; dije el secreto.

El pastor le ordenó algo. Ella obedeció. Él decía "Parece viva".

Lo que ocurrió fue hermosísimo y horrible.

Yo miraba, fijamente, y no miraba. Él se alejó, primero. Después, yo, también, seguí hacia la casa, como si fuera a contarlo.

Sólo Amelia quedó tendida, allá, y aún se le movían las alas doradas.

* * *

Entre los gladiolos en flor ponía la Virgen su cara celeste; mamá, que andaba cortando tallos, cuidaba de no tocarla; yo, que la seguía, veía que en los jardines vecinos, estaban, también, la Virgen y los pimpollos.

Mamá hizo ramos enormes, desmesurados, y los puso muy arriba y en el suelo.

Y, después, empezó a componer las ensaladas, de colores ardientes, les echaba rocío.

Pero, la mañana no avanzaba, estaba como suspendido el corazón. Hasta que ardieron, de golpe, las Vírgenes-muñecas, los gladiolos, los platos se doblaban en colores, palidecían los vecinos, murió mamá, morí.

Se hizo un silencio inmenso.

Y, nunca, nada de aquello, reapareció.

* * *

Bajaba sin un aviso, silenciosamente, (así es su organismo, me decían) sobre el que había elegido, y luego de saciarse, subía como un motor.

No sé si eran muchos, cientos y miles como los pájaros, o sólo uno. El que todos veíamos. El que bebía de todos.

...Ahora, tampoco sé.

Lo veo y no lo veo.

Se vino con nosotros en una vieja caja.

A veces, se abate sobre un clavel.

* * *

Volviendo de la ciudad al campo, los jazmines con su blancura líbrica, y los pájaros de alas incendiarias, aterciopeladas, que aún en la sombra seguían siendo rojos.

Llevan en la cabeza una rosa bermeja.

Se dice de ellos que son homosexuales.

Me parecen inconsistentes como salidos de un jarrón o de un tapiz; pero, hasta braman un poco, vuelan bajo, trazando profecías.

Una vez, una amiga que venía conmigo, al verles, se aterró, y huía, corriendo, a la ciudad.

(Me volví y la vi, siempre, huyendo.)

Continúo el camino, entre los huertos negros y los jazmines fantasmas. Y cuando me canso mucho apoyo la cabeza en la mano y prosigo dormida, paso a paso, sin equivocarme, hasta la casa natal, voy dormida, a la cama, y al alba oigo a mi madre sollozar: “No viajes de noche”, habla con horror de los jazmines, de los pájaros.

* * *

Mitad de la luna roja. Es la hora en que actúan los tucu-tucus, los topos familiares, blancos, negros, blancos con rayas negras, negros con rayas blancas. La carita picuda, el sacón sedoso. Roen las raíces de oro y de plata de los claveles y las clavelinas; se erizan de miedo las rosadas flores de miel; pero, ellos prosiguen los vericuetos de la pared, de la subtierra, hay asamblea, convocación, un silbido, un tamboril.

...Soplan lejanos vientos. La luna vuela. Acaso es tan tarde diabólico ayer.

* * *

(hortensias)

Rosadas, tenebrosas, azules, musicales.

En el alba del salto las vi. Ahí, impávidas, surgían como nenas misteriosas. Parecían grandes muñecas asomadas.

Tan solas y unidas.

Volaban papeles quietos y zafiros.

Había un ramo de almas ubicado allí.

Muchachas de la luna.

Pedrería con hojas y alas.

A veces, recorro despacio, las calles de Dios.

* * *

La “flor de cangrejo” es la más hermosa de todas las flores; es de color de rosa.

Sobre las hojas saltan ángeles y mariposas. Dan un zumbido raro. Los gatos de la casa, que son muchísimos, y los silvestres, miran hacia arriba, por si cae uno de esos seres. Pero, no cae.

Tomamos el té, fuera; se aprestan las tacillas y las tazas. Estamos todos; cada uno en su sillón como en un capullo. Sobre el pan se para un ser del otro mundo; lo miramos. Arregla sus plumas, da un breve grito, va, de nuevo, al árbol.

La “flor de cangrejo” es del mismo color de Dios, de un rosado delirante. Como si tuviera fiebre, amor.

...Estoy, aquí.

Allá, es de tarde.

* * *

Virginia y Rosaura habitaron solas aquella casa, y eran dos niñas en el otoño en que llovía, interminablemente. De todas las hojas y todas las flores manó diamantes, perlas y lágrimas y estrellitas. Y ranas misteriosas saltaban a los lechos, entre la ropa, verde la piel como de peras, grande la boca.

...Y ellas trajeron los viejos frascos, el de azúcar, el de la sal, de los licores, de la aceituna.

Y se durmieron, la mano en la sien, entre los festones y la lluvia que acudía como por siempre, desde el peral, desde las rosas.

* * *

No sé cómo desperté en el jardín natal. El viento abanicaba aquel naranjo, hacía temblar las violetas, las “viudas”, los alhelies. Por entre los canteros cargados de plantas, iban los santos. Eran los mismos de las estampas que mamá me había mostrado en los días de enfermedad.

Inmaculada Concepción, siempre algo más lejos, nívea y azul.
Como una lágrima.

Mi ángel sacaba las plumas de entre los vestidos, mas tras de él había otro ángel, alto, negrísimo, brillante, que daba mucho miedo y confusión.

Isabel de Hungría con la canastita de rosas o de frutas. Antonio con los panes. Lucía y los ojos en una bandeja. José o las azucenas; Roque con los perros.

Por donde se quisiera ir andaba un santo. Intenté alejarme, desesperadamente, de la reunión. Pero, no había senderos. Toqué a las puertas y no se abrían.

Desde la luna caían brumas grises. Dos o tres estrellas se despeñaron en la nada. Escuché temblando. Y a lo lejos, sonó un laúd triste.

* * *

Me acompañaron muchos años. Salían de todas partes, de la pared, del techo, boca abajo, hasta de las hendeduras de las tazas. Daban flores preciosas, a las que ponía nombre: la niña-iris, las amelias y rosamelias.

De entre ellos nacieron bichos raudos, el mariposín de oro.

Y, a la vez, soportaban el lento paso del lobizón.

Me vieron en las mañanas remotas, de breve antifaz y alas pintadas, o con mantón de liebre, cuando para ir al colegio me enmascaré, porque tenía miedo.

Arrobante vegetación sobre la que aparecían papeles rosados y estrellados, que el viento llevaba y dejaba; papeles como gasas, como llamas, que leí y no leí.

Ahora, siempre, sólo veo yuyos, yuyos, yuyos, aunque desfilen el nardo catedralicio y todas las dalias de Satán.

* * *

Tiesos y rosados, desbordaban las canastas, las cajas y nidales, y otros intersticios de las paredes y del techo.

A medio camino entre objetos y seres.

Guardianes tan jóvenes y encastrados, yo, permanecía, muda, entre las sábanas.

Afuera, el mundo. Gigantes vacas y caballos, hombres sin alas y con alas, y, también toda otra cosa.

A veces, un huevo quedaba negro, y al entreabrirse dejaba pasar un monstruo, una comadreja diminuta.

Mas, los demás, proseguían cerrados y rosados, hacia una primavera remota, un solo día.

* * *

En el anochecer misterioso de las quintas fueron visitantes infaltables. Aparecían como mariposas, como pájaros. Pero, su silbido no era de esta tierra. De súbito se plegaban o despleaban. Oigo la voz de mi padre, el pavor de los caballos. "Vienen murciélagos". Las alas negras, azules, color guinda, y prendido el niño, el anciano, el hombrecito. Los vi de todos los tipos: Gigantescos como águilas, con rubíes en los costados de la boca, pequeños, embarazados, con diadema. A veces, creíamos tocar un viejo encaje, un antifaz, y era uno de ellos que había anidado en el ropero.

Les dejábamos cigarros, tacitas de vino, un alhelí.

Pero, sólo tomaban de nosotros y de nuestros animales. Y nos abandonaban. Cárdenos amantes a la noche y al atardecer.

Ahora, ¿qué busco? La luna vuela, me detengo, escucho, hay un leve grito, diabólico ayer.

* * *

Empecé a ver casas y casas. Y casas que estaban más allá de las casas. Que no se podían ver. Y cosas que sucedían hectáreas más allá, y una flor que nació en los lejanos jardines de la abuela, le sentí el barullo, la corona de chispas. Salí a la calle, pero, todo fue inútil. En los árboles, tras de las negras hojas, veía otras hojas, y más hojas, y hasta un bicho chiquitito, le conté las alas.

Y había canastillas, de rosas, por todas partes, los pimpollos iban de la nieve al rojo, padecí su olor de sándalo.

Pasó una nave, cerrada, y vi el marino; naufragó años más allá, entre las ramas, y supe, enseguida, el nombre de los navegantes. Los hombres se llamaban Pablo, las mujeres Amelia.

Dije “Nada más”. Bajé los párpados. “Quiero volver”. Y busqué, a tientas, entre todo aquello. Caminé un poco. Quería encontrar mi casa. Quería encontrar la sombra.

Y sólo vi un ropero de oro,
y una sucesión de candelabros.

El rocío ponía por todos lados sus espejos, su blanca estrella, las arañas sacaban de sí, hilos larguísimos, e increíblemente, hacían nudos en los que caían gemas; se levantaban espárragos, nardos y claveles, sobre los que, también, había trocitos de vidrio, luz de estrella.

Salí a buscar mi desayuno. Carpí por ahí. Aré con un buey muy pequeño, que parecía de juguete, de papel, pero, era muy fuerte y vivo. Eché semillas; rápidamente surgió la planta verde, la baya roja; en una rama había leche, en una rama había fuego. Comí de prisa, porque el sol, al subir, acababa esos resplandores. Volví a casa, y entre antiguos cartones esperé, otra vez, la sombra, y otro amanecer.

* * *

La casa era de maderas granates.

En su torno había rosas, grandes como repollos, y repollos, rojos como rosas. Caían ciruelas. Vinieron un lobo y una loba; y engendraron más lobos y se oía el ruido de los chacales en el desierto.

La casa sigue siendo roja.

Delante de ella, cruzará, otra vez, tu regimiento.

* * * ʻ

Había mucho rocío sobre las gruesas hojas de flores; desde ese barullo luminoso caían pequeños seres; iban a morir cerca, abandonando sus cáscaras plateadas que eran comestibles y en pos de las cuales salíamos con las canastillas. Y fresas y azucenas. Llevábamos, todo, a vender en los mercados.

Al regreso, casi siempre, nos topó el Diablo. Era blanco como la nieve, saltaba y brillaba. Nos poseía de súbito, con gran maestría. Y, ya de pie sobre una rama, dejaba oír su cántico.

* * *

Se adelantaron en el aire como bailarinas. Tenían, realmente, el pie en el aire. Vestidos amarillos, anaranjados. Venían como alusiones desde los cielos. Quedé espantada. En puntas llegué hasta la casa. Pasé las puertas, las llaves; iba a tocar los vasos y tuve miedo de cualquier barullo; me acosté en el lecho, inmóvil.

Pero, La Mariposa estaba allí. Sentí sus piernas de hilo, sus brazos de hilo, su enorme manta de gasa que me arropó.

A veces, como en una pesadilla, llamo a mi madre, y ella acude con tijeras finas.

Pero, nada puede; ni yo.

* * *

Me estaba reservado lo que a nadie. “Voy a ver brillar los bichos”. De noche, azules y rosados, color caramelo, clavelina. Iban despacio, cambiándose señales; u otros muy grandes, de capa negra y lunares blancos, (o blancas y lunares negros), que al chocar en algo firme, se deshacían con un rumor de seda y de papeles.

Me daba cansancio y temor. Y así volvía a la silla única. Pero, en el techo estaban boca abajo, matas que yo con peligro había plantado, tomates y azucenas.

Las conejas de adentro de la casa miraban hacia eso con aflicción. Y la Divinidad, peluda y brillante, descendía por la pared, eternamente.

* * *

El gladiolo se enfermó.

Desde sus pavorosos cabellos rosados enviaba chispas a mi habitación. En todas sus bocas abiertas tenía lágrimas, rosas, y, también

huesos, y peines. Aterrada clamé a la Virgen "Llévalo", pero, la Virgen no se separaba de la estampa. Y él ardía como un brasero, una diadema.

Adentro de los pétalos se le formaban cosas.

Cuando quise ayudarlo, ya, era inútil.

Y cerca del alba falleció.

* * *

Me puse el vestido escolar, verde pálido. Busqué la canasta que había hilado mi padre. La fiesta de exámenes, un soldado y un hada. Brillaban el miedo y el ensueño. Tomé la calle. Las flores de zapallo corrían a ras de tierra igual que monedas de oro. Las de gladiolo iban rectas hasta el cielo, de tan blancas y puras, increíbles. Cada corola era un rostro. Estuvimos sentadas, con los libros abiertos, bajo gladiolos, como entre almas.

(Más allá, los inspectores y los padres cambiaron señales. Pasaban números, letras.)

El viento hacía mover las hadas; entonces, caían sobre nosotras, pétalos, enigmáticas caritas de loza, y nunca anocheció.

* * *

Sobre los cactus hay mechales, luces. Sopla un extraño tiempo desde las praderas al Salón.

¿Cómo se llaman las mujeres de entonces? ¿Leña? ¿Mary Lou? ¿Estrella? ¿Rosa de Sharon?

De pantalón negro y trenza rubia galopo al norte o adonde no sé.

Pasan como en un vuelo un sheriff y un testuz.

Se oye el cántico de los coyotes en el desierto.

Las balas me atraviesan las trenzas hasta el cielo azul.

* * *

Desde las nubes, algo estuvo bajando, trabajosamente, por una hora. Era un murciélago embarazado.

Cuando volví a mirar, ya, había puesto sus crías fúnebres.

Las copas granates, (las que tienen pétalos y perfume como claveles), se vuelven de un lila tenue; casi blancas.

Las muñecas, entre los almohadones, caminan un poco. Van como si tras los rizos, llevaran una idea fija.

Medito, siempre, acerca de ellas. La vida inmóvil, los vestidos armados, transparentes.

Pero, tengo miedo de que alguna se vaya.

El viento juega en las más altas torres.

Y ¿qué haré? ¿Voy a la guerra de secesión contra el Sur?

¿Peleo con las banderas de Perón? No lo sé.

En las más altas torres juega el viento.

Viene un rumor tenue desde las salas.

El murciélago escucha. Con las hijitas lúbricas debajo del ala.

* * *

(Concepción Silva Bélinzon)

La arboleda luctuosa giraba como el mar. Cayó lluvia. Sobre la calle quedaron unas piedras, chicas, y otras más grandes; eran muchísimas; parecían pedazos de estrellas.

Brillaban con furia, con desesperación. Creía que se iban a ir como liebres; y no se iban.

Entré corriendo; pero, todo era distinto. Los roperos, abiertos. Los santos ¡sin marco, y de piel!

Un pajarillo totalmente azul volaba, siempre, en el mismo lugar, al alcance de mi mano; no lo pude espantar ni cazar.

Se me cayó la trenza, se me cayó el vestido, cayeron las azucenas y la taza.

Quedé prendida a no sé qué,
y a nada.

* * *

En el claror del alba iban los familiares entre las olivas, buscando presas.

Vi hervirse papas blancas como mármol, papas grises como topos, apios, pajaritos.

El abuelo observaba mirando hacia otro lado, comía lejos.

A veces, en los intervalos, iba a visitar a algún vecino o algún amigo.

Y yo padecía su sombra de loba y rosacruz.

Al descender la tarde, cometas de otros niños cruzaban cerca. Rojas, rosadas, amarillas, eran señales.

Andábamos por los oscuros comedores, corredores. Y algún fugaz visitante sexual era atendido o evitado.

Y clavelinas, tenebrarios, tenebrarios, clavelinas, y más cosas.

* * *

Al volver del baile nos estaba esperando una mariposa. No en la sala, de pie. Ni plegada entre los bombones de la dulcera. Sino en el único sitio en que debía estar: sobre la lámpara; como un dibujo; pero, tan intenso que producía penumbra.

Quedamos azorados. Era negra como el vino o azul como las ciruelas.

No, es blanca, blanca, blanca, dijeron otros. Y no sabemos quiénes, porque no había otros.

Al mirarla, de nuevo, vimos bien la larga vaquita, los cuernos de hilo, el ala de nieve, sobre la que bullían perlas, al mirarla de nuevo, era una blanca hoja de tul.

La mariposa dio un ligerísimo grito.

Y alguien invisible, comentó.

* * *

Las casas campesinas guardan huesos, huevos.

En la noche de los relámpagos, desde la cama, los veía brillar.

Bajo las mesas iban perros, gatos y murciélagos; cada uno persiguiendo a su perseguidor. Por el aire había caballos pequeños como moscas; de esa colmena de caballos venía el sonido.

Se abrían todos los caminos de la vida, pero, ¿dónde poner los ojos?

Crisantemas color crema, rizadas, me rodearon toda la cama, como en un funeral.

Aventuré una mano entre ellas.

O el viento me removió los cabellos.

Y, nunca, entendí cómo se salía del altar.

* * *

Alguna mañana siento tal temor que me acuesto tratando de ocupar el menor sitio, no como casi, o sólo agua.

Me llevan a la mesa, me intervienen quirúrgicamente; de bien adentro de mí, sacan objetos monstruosos: relojes, muñecas, muchísimos dientes y peines, y huevòs, huevos, huevos, azules, blancos y rosados, infinitamente, como si yo fuera una paloma de cuatro alas.

No sé si moriré.

...Y a la mitad de la tarde me apresan, otra vez.

* * *

El asesino de las vacas va en un rayo de luna, muy raudo, pasa junto a mi puerta, hacia los lejanos saladeros. Sus pasos son leguas.

Las vacas, ya, están atadas como santos. Todas grandes y hermosas, rectangulares, blancas, rojas, negras o rosadas.

Fijamente, vanamente, miran la mañana de hielo en que nacían, o el oro de los huertos. Tazas de leche colman un espacio inconmensurable, hijitos afelpados; ahora, perdieron los grandes nidos.

Ponen en el aire una fija mirada de rosa.

El asesino las golpea de súbito. Las deja sin melena, sin cabeza, arrodilladas bajo la luz.

Mañana, a la misma hora, les dará muerte de nuevo.

Señor Dios, ¿no acabarán de morir, nunca?

Flotan extrañas flores, navegan por el aire hasta mi enloquecido corazón.

* * *

Estás fijo, clavel, rubí fijo en mi más remota infancia, rosada y desolada, miré el mundo por esa pupila punzó. Clavo de la canela, de la Pasión. Subías de todas la hojas, arriba de la frágil pata celeste, la sangre se te desbordaba a borbotones, sin caerse, y el oro a raudales y el perfume demencial.

* * *

Los dioses, que están por todos lados, juegan muy intensamente, en los tomates.

Es lo que recuerdo de mi vida en la granja, cuando ellos aparecieron, de súbito, un mediodía, sobre sus polvorientos matorrales, seres azucarados, ensangrentados, debajo de la fina seda iba una locura de fuego.

Algunos decían “Son manzanas”. Otros les llamaban “las rosas”.

Un perfume de budines salvajes, un fragor de jaleas y juguetes, cruzó todo el aire, donde las palomas, las abejas, las niñas menores de tres años, volaban agitando sus plumas y sus rizos.

Toda la tierra fue una tomatera asombrosa. Yo estaba alucinada.

Las caras bermejas sufrían mutaciones, se volvían, a ratos, ajíes, diablos, higos; cuernos como guías en los que perduraba alguna hoja.

Las caras redondas, rojas, eran sufrientes, sexuadas; perdían un leve vino, una sangre muy temible.

Se multiplicaron los falsos casamientos y las fiestas, cada vez con más tizones y pimpollos.

Aprendí los ritos, y recité desnuda, a lo largo de toda esa primavera interminable.

* * *

Se casó a los nueve años, a través de una rarísima ceremonia, que dirigía un santón.

Sobre las matas cayeron flores, lirios pequeñísimos, espuma, granos de plata, granos de oro.

Y muchísimos pájaros que cantaban por todas partes, y otros animales, negros, grises, pasando como flechas alrededor de la ceremonia; algunos iban de peluca rubia, rosada, color oro.

A lo lejos, en la bruma del atardecer, sólo sobresalían los cerros y el valle de las retamas donde un día empezó el milagro.

Después de unos instantes, se detuvo el tam-tam guerrero, esa misa de sombra, de clavel.

Y ella comenzó a avanzar, inmóvil, con vestido negro, sucesivamente, blanco, negro, hacia el festival y la consigna.

* * *

Olvidé el primer vuelo. Lo recordaba, apenas, y volvía a olvidarlo. Después, con la frecuencia, me vino cierta alarma. En el momento preciso, cuando todos duermen, de pronto, salgo al cielo.

Cerca de las nubes de humo, más arriba de los cipreses altísimos, alegres, siempre, con sus coronas tornasoles, y los otros árboles aún más altos, que, muy arriba, tienen canastitas de frutas luminosas, pajarillos. Aunque no hay nadie, saludo, me río, hablo. Y, también, tengo zozobra, vergüenza, porque ¿qué es esto? ¿qué me sucede?

Y casi de súbito estoy de pie cerca de la casa.

Lo más hermoso es la infinita luz de luna, ir con las alas bien blancas y abiertas, aunque creo que no tengo alas, un cisne, La Virgen.

* * *

Mi madre rezonga como una hoguera, da gritos que nadie oye; papá ata el caballo, lo unce al vehículo desolador, el que, en el medio, creo, tiene un ala erguida y sombría.

Caen nísperos, piedras, por todos lados.

Las casas crecen sin rumbo; son negras, pequeñísimas, de colores; a algunas les nacieron banderines; una tiene, delante, una oveja.

Nadie puede pagar el alquiler ni volar; por eso, todos se sientan y esperan, me siento y espero, junto a la ventana; estoy un rato, inmóvil; luego, elijo tres hilos, uno rojo, uno amarillo, uno verde, brillante; los elijo porque sí, al azar, y, así, comienzan los largos años.

* * *

Vi las liebres, de guantes y alas, cruzar por el mundo, por la casa de invierno, con nubes negras, por la del estío. Los ojos sepia, la boca roja, rosada, devoraban las rosas, los gladiolos; cuando todos dormían, yo proseguía ese murmullo hipnotizador; estuvieron en la ventana, las chimeneas; un día, una noche, abracé una, se plegó, durmió un minuto, se fue entre las jarras y entre los árboles; vino mi hermana, dijo: Qué ocurre? Oí un sollozo.

Dije: —Nada. Es el viento nomás que juega, ahí. O es el rocío.

* * *

Recuerda la Primera Comunión, a los veinticinco años, y con el vestido verde que dejaba los pechos desnudos. Su madre la acompañó, escalera por escalera, hasta el altar que estaba lejísimos, cerca del cielo; y a trechos, se detenían y la madre bebía y almorzaba y proseguía acompañándola, hasta que ella tocó los pies de la Divinidad y se efectuó la Comunión.

Y el descenso, con el asustante vestido verde que dejaba afuera los pezones.

* * *

Existe una ciudad en la que, nunca, salió el sol. Es así.

Las casas parecen arrugas, orejas; las vacas y los caballos son como de palo y hierro; en el sitio donde nacen, se desarrollan y mueren, tal si estuviesen atados.

Los hombres usan máscaras con brotos; semejan papas y boniatos.

Surgieron casas a dos aguas, y resultó que eran mariposas, que quién sabe por qué, habían crecido, desaforadamente, pero, luego de una enmienda, volvían a su tamaño natural de pocos centímetros.

Y hay palomas negras y perros negros por todos lados.

Fui viajante y participé de la delicada situación.

* * *

Puse un huevo, blanco, puro, brillante; parecía una estrella ovalada. Ya, con intervalo de años, había dado otro, celeste, y otro, de color de rosa; pero, éste era puro, blanco, brillante, y el más bello. Lo coloqué en una taza, con una mano arriba, para que no se le fuera el brillo; lo mimé con discreción, con cierta fingida indiferencia. Las mujeres quedaron envidiosas, insidiosas; me criticaban; ostensivamente, se cubrían los hombros, y se alargaron los vestidos.

Proseguí, impertérrita.

No puedo decir qué salió del huevo porque no lo sé; pero, sea lo que sea, aún me sigue; su sombra, filial y dulce, se abate sobre mí.

* * *

Perlas y alhelíes santos.

No salió del tema.

Allá en la infancia de oro se sucedían fogatas dulces, y en la primera juventud nimbada de turquesas. Sus bodas numerosas, sus casamientos con animales, con plantitas, con niños de la escuela, niños apaches, de un solo zapato y ojos de víbora, que la llevaban, subrepticamente, hacia más lejanos jardines.

Y los casamientos eran sólo pantomimas, recitados, cambiarse algún objeto.

Hasta que las abuelas todas los descubrieron un día, tendidos bajo el cielo, tomados de la mano; ella, impertérrita, y el muchacho de ojos de víbora; y se desató el loquerío, las gñerras de las casas, batallas, matorrales, tendidos bajo el cielo, tomados de la mano, apenas se tenían, gorjeando despacito.

* * *

De súbito, en la noche, misteriosamente, silenciosamente, la mariposa apareció. Se puso en un costado de la taza, venciendo graves leyes.

Traía un vestido, moderno, grande, casi sin forma, de un verde celestial, con puntos más oscuros, o plateados.

No quise llamar la atención sobre ella porque temía al otro comensal. Que arrimara un cigarrillo, pusiera fuego a esa gasa.

Temía al otro comensal, y temo a todo el mundo.

La mariposa no se iba.

Yo temblaba, levemente; el otro tuvo una actitud indefinible.

Por cortar la situación, propuse: —Vamos a bailar.

Y luego: —Vamos al jardín.

Y, de pronto, dije: —Deseo que Irma se haya ido.

Sin querer le había puesto el nombre Irma y había hablado en voz alta. Mi acompañante respondió:

—Pero, si era un muchacho.

Disimulando, pregunté: —¿Quién?

—El de la camisa celeste, allá en tu taza.

* * *

Había canastillas de pimpollos por todos lados, de rosas que iban del rosado al rojo, y, a veces, eran claveles, por toda la pared, arriba, abajo, reemplazando a todo otro adorno y a los muebles.

No sé en qué nos sentábamos cuando las visita a aquella casa, en aquel tiempo.

Aunque, a veces, creo recordar antiguos mobiliarios, una gran tranquilidad, o guerras familiares.

Pero, como signo superior, el más seguro, las canastillas con rositas, de un rosado abrasador, los ataditos de capullos, que guiaban a fines muy remotos y a cosas ni pensadas.

* * *

La casa parecía una iglesia; hasta los dormitorios muy grandes, pimpollos, palmas. Pasaba un santo, pasaba un ángel. De las alucinaciones de la abuela. Ella les veía tan nítidamente, que, también, nosotras les veíamos.

Para ir a esa casa, siempre, usamos vestido blanco de cauda rosa, o rosado, de cola blanca, y coronita.

Las comidas se asaban sobre cirios.

Cuando quisimos huir a través de los jardines, no se pudo, por los poderosos árboles y la luna en la que aparecían letras.

Hubo que volver y comer cerca de los cirios, el menú temible, pollitas crucificadas, sopas de miel, guindas, hostias.

* * *

La planta surge mostrando faroles rojos, pequeñas coronitas chispeantes; pero, el rocío cae como una lluvia, y tendré que ir a la cocina, a la iglesia y a la escuela; voy, fugazmente, a la cocina, tomo un vaso de café de frutas, no diré el misterio, paso por los altares, continúo a la escuela, envuelta en un manto; me siguen conejos, gatos, liebres; me siguen o persiguen, y algunas gallinas con sombrero rojo, que hablan de continuo, y sacan del suelo, fugaces desayunos. Parece difícil recordar la lección, aunque tengo una memoria tremenda, y veo cosas que sucedieron antes de que yo naciese. La maestra es una niña, vestida de organdí, la boca escarlata, y está en medio de muchas rosas.

Por los aires altísimos pasan águilas, vampiros, aviones y carruajes no identificados.

Al ver la pulsera cambió. Quedó prendida. Como un ángel.

La pulsera era un aro de porcelana, con barritas brillantes y rositas.

Apenas más alta que el pasto, miró a la dueña como quien mira el cielo.

Y ninguna otra cosa tuvo, ya, atractivo. Todo pasó como si nada: los crepúsculos que acaecían casi sobre el almuerzo, los árboles de frutas luminosas, (redondas, verdes y potentes), las ovejas con sacón de bucles, algunas de las cuales daban a luz seres humanos, las palomas de cuatro alas; ningún ser, ninguna cosa. Ni siquiera las hadas que se reflejaron, de súbito, sobre el té y sobre el dulce, dejando a todos, inmóviles y con miedo.

Sólo la pulsera.

Y no la miró mucho, ni la recordaba mucho; a ratos, a lo lejos, con delicia y timidez.

Hasta que la dueña, ajena a todo, pensando en otra cosa, porque sí, le dijo: –Tómala.

Sin rozarla siquiera, se aterró y huyó, y se iba por todo el campo, llorando y volando, y proseguía, y por todas partes caían aros de porcelana, barras brillantes y rositas.

* * *

No volveré al lugar que vi de chica.

Naranjales de mi primer país.

Y el viñado mágico, con libélulas al atardecer, y santitos de alas granates y alas azules; y la sombra del Gato Salvaje.

Íbamos con las tazas, a buscar miel, violetas.

Y las madres vigilándonos los pasos; o se alejaban en conversaciones solas.

A veces, se encendió la luna de los novios, la estrella de los novios, de cinco picos.

Entonces, algo extraño pasaba por el mundo (se nos caían los vestidos y las tazas), una figura con alas, la palabra nunca.

* * *

Desaparecieron una medalla, una cucharita, una dentadura de turquesa, una dentadura de coral, un traje, un almanaque.

En el momento más increíble huía un objeto. Se pensó en Dios, en una rata, en el Destino. Cada uno espiaba y era espiado.

Hasta que un día divisé al ladrón, proyectándose de una manera un poco torpe y apasionada como quien va a realizar un acto sexual, se lanzó sobre el objeto.

Oculto, lo escudriñé bien, y anoté, todo. Era un ser absolutamente imaginario.

Y quien lo creaba tuvo una alteración, de pronto.

Y así, el robo se frustró,
el ladrón se diluyó.

Y quedaron unas cerezas corriendo por el suelo.

* * *

Todos comían de tu carne color de nieve bajo la capa rosa té, cerca del olor de las manzanas y las cebollitas de oro. Bullía el vino en las copas, y alguien bailaba cerca.

Yo, también, quise cortarte,

y, así, me fueron develados los huesos de tu pecho; di en tu pequeño osariö. Pero, mi corazón se detuvo, te miró con grandes ojos tristes,

y pasaste entre las dalias negras por el prado.

* * *

Caía una lluvia finísima, que no mojaba, casi. Atamos las muñecas en las ramas, como castigo, las que se habían portado mal. Con un rumor de animalillos se levantaban los hongos de cabeza parda, semejantes a osos; en pocos minutos quedaron más altos que nosotras. Y algo más subía de la tierra, rotas copas, candeleros, de antiguos festivales, que presuponíamos, vagamente.

Y la luna celeste, color limón, andaba con la lluvia. Hasta que vino mamá y la tocó. Y cortaba pimpollos, desató las muñecas; yendo hacia la casa dio un breve grito. Acudimos, puntuales. Y desaparecimos, en su falda, en su vientre.

Y todo quedó en paz.

* * *

Estoy junto a la pepinera fantasma. Pronto, se verán sus colgajos fragantes.

Miro la casa que quedó abierta.

De los roperos, de la luna, caen papeles. Grandes y livianísimos. Caen o quedan suspensos. A ratos, son muchos, y tengo que pegarles, apartarlos.

Remotamente, ¿qué ocurrió? Lo transmiten, a través de las calas. Una zumba como un teléfono. Escucho en ella. Pero, lo que iban a decir se desvanece. La cala se calla. Queda rígida. Igual que un ángel.

Se deshizo mi trenza; nuevamente, salí sin vestido; por esto mamá me persigue y me condena.

Pero, qué hacer, ¿dónde correr, en medio de la noche aciaga, de la luna sin fin.

De pronto, algo golpeó entre los platos, un espejo pequeñísimo, una diamela; el perfume colmó la casa, humo por las habitaciones; las visitas quedaron empolvadas; mamá se puso de pie, vestida de novia igual que antaño, corona de diamelas.

La conversación que veníamos sosteniendo repicó en todo el horizonte, como duplicada, que la dijeran los dioses. Éstos vinieron al jardín; les vi los pies de oro, las manos de oro. Y las viejas estrellas caían como hojas.

π

* * *

Los animales hablaban; las vacas y caballos de mi padre, sus aves, sus ovejas. Largos raciocinios, parlamentos; discusiones entre sí y con los hombres, en procura de las frutas, de los hongos, de la sal. Yo iba por el bosque y veía al sol bajar, a la vez, en varios lugares; cuatro o cinco soles, redondos, blancos como nieve, de largos hilos. O cuadrados y rojos, de largos hilos. Mi padre era el príncipe de los prados. Pero, algunas mañanas lo desconocía, aunque a toda hora soñaba con él. Y, también, olvidé mi nombre (Rosa), y me iba por los prados, y, entonces, nadie se atrevió a llamarme. Y yo pasaba, lejos, de sombrero azul, envuelta en llamas.

* * *

En el alba junté hongos. Los saqué de adentro de la tierra. Parecían perlas, animalitos o diamantes. Traían cabello o una mariposa. Uno era azul. Otro, transparente. Uno era de oro. Otro frío como el hielo. Los puse en una tabla bajo la luz. Hasta que se levantó la familia.

Tan numerosa y desapareja.

Cada uno eligió uno. (Se topaban y empujaban). Y lo comió crudo. O lo ásó...

A poco la tierra parece diluirse. Pero igual, seguimos de pie. Miro y todo se transforma. Empezamos a reír, a espiar, nos da miedo y queremos una rueda. Pero, algo crece y nos separa. Son varas. De gladiolo blanco; pero duras e inmóviles, como de hueso o de huevo; después se mueven o abanicán; ya no veo a nadie. Quedo emparedada. Miro hacia arriba, y hay otra lista de gladiolos blancos, y otra, y otra, superpuestas; hacia abajo, y crecen las hileras de plantío. Doy un pequeño grito y las flores quedan rojas. Fuegos, panas, lenguas, me lamen la cara y las manos; pero, sin tocarme. ¿No se me ocurrió cerrar los ojos? Igual, contemplo todo. Cuando la desesperación llega a la cúspide, cae la noche. ¿Qué pasó? Estoy sentada a la puerta de mi casa; lejos, apenas, se ven las otras casas. Entro. Voy a dormir, me digo. Camino algunos metros.

Unos ojos arden como chispas.

Y, nuevamente, comienzan a estar, los ramos.

* * *

Bajo la lluvia que cayó un instante, apenas, salta la rosa roja, y al nacer hace un chispeo. Nos da calor, miedo, amor, y la rosa rosada, delicada, con su aroma a vino —de fresias—, el azúcar lila, que se le cae hacia todos lados; la rosa blanca que parece de hielo; las rosas verdes, las azules como tinta. Todo trajo la breve lluvia, que cayó, apenas. Y una liebre, alta como un caballo, es uncida al viejo coche donde está mi padre, y adonde subo con el vestido de colores.

Y a nadie asombra que, ¡una liebre! nos conduzca. *

* * *

Las casas rectangulares, una verde, otra color rosa, con el jardín de celedonias delante, de margaritas. Las casas coloridas, desoladas. Y aunque aún es de día, salen estrellas como nieve. Vamos en el viejo coche, y las niñas están de pie junto a las puertas, a la espera de sus fantásticos novios, junto a la magnolia, o adentro de la magnolia, en cuclillas entre los ramos, o en los nidos, los ojos negros, azules, el cabello fino, todo salpicado de pepitas y de pétalos.

...E iban juntas, por todas partes, la gracia, la desgracia.

* * *

Cae la tarde, suben las lilas, azules o plateadas, el “amor seco”, las “coronas de novia”. Los caballos, de muchos pies, retornan entre las hogueras. Hay una pausa. Viene una serpiente, brillante, negra, grande más que ninguna, reptante, avanza, llega a las ventanas, se contorsiona, se levanta, enfrenta a las niñas. La miran como al destino, a un antiguo pariente, más antiguo, que nadie vio ni previó, que apareciera.

La serpiente se desliza, va hacia el jardín y la cazan, —no, las niñas; quedaron inmóviles—, la cortan, en muchísimos trozos, negros y brillantes, los ponen a cocer. La noche se hace más honda y densa, más honda. Muy a lo lejos, hay un tumulto y desaparece. Se aprestan los panes y los platos.

* * *

De la tierra joven y negra, salen rosadas violetas, tomates rojos, azules y rosados, lirios comestibles, con ojos de menta, de brillante. Aunque aún es de día, labra la cena; vienen las liebres, de guante y capucha; pero conoce los subterfugios, y logra ocultar y devorar, y aquellos encapuchados tienen que irse en busca de otras ocasiones. Los policías son gigantes con reflejos; y los amores, así, apenas entrevistados.

Por un segundo, la luz lunar y la del sol parecen una. Y el tamtam nocturno, insistente, insistente, anunciando fiestas, bodas, que nunca se cumplieron.

* * *

Cientos de ventanas y de puertas, de ventanas y de puertas, en la casa conocida, desconocida, donde la madre apareció, al mismo tiempo, en todas las habitaciones, el pelo recogido, suelto, vestida, a la vez, de blanco, de negro, de rosado. Y el cielo de oro, y las

matas de amatistas y de ágatas, que crecían como fuegos; como ramas, los pimpollos de piedra. Y en el amanecer, por todas partes, jarras de lirios, de pequeñísimos nonatos.

Aquí y allá, el horror y la gloria.

* * *

¡Viene el rey!, decían, y se encendían estrellas en los portales; unas, pardas como murciélagos; estoy segura de haberles visto dientes y orejas; otras verdes, como peras colgadas de la noche, peras luminosas, con sentimiento.

¡Viene el rey! ¡viene el rey! siempre, la misma frase, y que se tapó el rostro, que hizo girar el manto.

Sentada de súbito, en medio del sueño, no me atrevía a cerrar la puerta, la ventana, ni a vestirme, ni a moverme; sólo mirando con fijeza. ¡Viene el rey! ¿Y quién era el rey? ¿El Gato Salvaje? ¿el que gobernaba la comarca? ¿un ladrón? ¿o no era nadie? Sólo una vez, y no sé cómo, me atreví a volar, pasé la puerta, los árboles, me iba mucho más lejos, por las callejas. Pero, fue inútil, fue inútil. Porque, por todos lados, estaba el rey.

* * *

Había muchas escobas, (como un bosquecito); la única pierna en el suelo, y la cabeza pajiza en los aires. Y el rey, inmóvil, de pie, mantón rojo, corona parda, breve; veía subir la luz del día. Dije: —Rey, esta tarde habrá humo, ollas, te invito, y a que me reemplaces en el baile de los rezos. Sus ojos eran insondables como los de Félix Peyrallo.

Pero, oí “Queda en paz”, o “Quédate”...

Huí no sé cómo; entre las escobas, de cuerpo formado por sólo una pierna y la cabeza de puro cabello.

Salí al aire, las golondrinas.

Corrí casi una legua. Al volver el rostro, vi al rey, allí, a dos pasos, inmóvil, de pie, de espaldas, el mantón rojo. Y todo su bosque de escobas.

* * *

Mariposas celestes, grandes, fuertes, consistentes, casi de raso, con las puntas labradas, tal si las hubiera hecho una modista y bordadora, modista y mariposa.

Y otra, amarilla, única, que apareció un día, refulgente igual que el oro, callada como el oro; sobre la que se abalanzaron todos los habitantes de la casa, porque era amarilla y sola, sin saber a qué. Mariposas negras en banda, subieron de lo hondo, cuando mamá tenía cinco años y acertó a pasar en carruaje. Y nunca pudo olvidar aquello.

Mariposa celeste mía, cazada una mañana de abril entre los nardos; vino a estar en un libro; la miré a través de mucho tiempo y en los días de enfermedad. Mártir de hojas celestes; talle de uva, de lágrima negra.

Mariposa color de fuego cruzó entre las otras como el ángel de los exterminios, clavel con señas; alcancé a verle el rostro bajo la capota punzó.

Mariposa blanca del día de las muertes. Lejos del féretro y las lágrimas. Crece sobre el ropero, los objetos de tocador, como una espuma, un encaje.

La topamos sin saber qué es.

Mi disfraz de mariposa; grandes alones con manchas. Papá lo construyó, trabajosamente.

Y con él, de niña, enfrenté al mundo,
los zorros y los pájaros.

* * *

El dios del maíz era del tamaño de un gato; un poco más grande.

Vestiduras tan negras como él; orejas acomodadas en forma de diadema, ojos sesgados y blancos, sin iris ni pupilas, absolutamente blancos. Era lo único que le veíamos cuando de noche pasaba, de paseo, entre las salvias, las matas de rosa, la lechuga salvaje, antes de partir al dulce y tremendo maizal. Pero, nunca se supo si volaba o corría, si estaba de pie o agazapado, si iba o venía, si era inmóvil.

Se fue por muchos años.

Y una noche de tormenta cayó en la habitación. Papá, sin percatarse, le apuntó con el revólver; mamá lloró de rodillas; yo le ofrecí el platito de leche.

Pero, si no estaba, volaba,
entre las madre selvas,
a su remoto maíz.

* * *

Con mi alma, mi imaginación, creé un ángel y lo puse en el mundo. Así, aquella noche de mayo se vio venir esa lila, una violeta con entendimiento.

Iba en el aire, como por un camino, por un hilo. Los sonámbulos tendieron las manos, los visitantes de la noche; pero, les rehuía, les dejaba entre los dedos, un agua celeste, una cosa finísima. Y cambió, pasó a ser huevo de oro, pequeño. Y enseguida, rosa rosada, delicada, tan nítida y rosada, que ardía como si fuera de día. Miré con asombro y con temor. Y, otra vez, fue huevo de oro. Hice una invocación, un llamado. Y vino a mí. Se paró en mi sien. Sin verle, le vi, los pétalos anchos, oscuros, el corazón granate, la salpicadura de oro. Estuvo un breve lapso. Y volvió a mi alma. Y murió en ella. Como había nacido.

* * *

Había membrillos, uvas, manzanas, jimenas. Estas últimas frutas eran las más apetecidas. Parecían muñecas o niñas; hasta tenían cabello, ojos bastante bien dibujados; y algunos rubíes como dentadura. Vi a mucha gente treparse, colgarse, por morderles. Y pájaros altísimos, casi del cielo. Y otros que viven todo el año debajo del agua, de vuelo torpe, se sucedían para saquearlas. Es lo que más sé de las visitas al membrillar, eso, y el vestido amarillo, los moños como alas, la orden de volver, enseguida.

Cazamos por segunda vez (y lo pusimos en la anticísima asadera), uno de esos animales que están, al mismo tiempo, difuntos, vivos. Así, casi no es necesario violentarlos. Aún, a través de las llamas, la carne sigue en pie; y la vida tiene un sabor extremo.

Para subrayar tal festival se junta la sangre en los vasos. Y la sangre, está, también, muerta y viva, pretérita y ardiente.

(En mitad de la mesa hay un jardín en flor, un predio con diminutas rosas, todas minuciosamente dibujadas y alumbradas. La decoración es acorde.)

Estos animales son ciegos, inocentes; creemos que se reproducen sin tocarse.

* * *

Dijo: —Cazó una comadreja, y la puso en la olla; pero, ella nada con sus hijos, sobrevive.

Y luego, cambiando, “Zarigüeya”. “Vulpeja”. Nombró “Un mono”.

Pedí: —Ah, no cuentes esas cosas.

Y me senté en la tierra. No recordaba dónde estaba. Pero, el callejón se acomodó, el aire azul, oscuro, la tierra, de siempre, con palos y amatistas.

Intenté mirarme. Lo más grave era que no me acordaba de mí. Cuántos años? ocho? treinta?

Al erguirme, hallé el camino hacia la casa porque era el único.

Entré clamando: —¿¡Mataron a un animal!?

“No, no, no”, dijeron todos.

Miré a la mesa.

Y sólo había platitos de aceitunas, clavelillas confitadas, vino, hojas.

* * *

En medio de la tarde de oro, en el cielo deslumbrador, insólitamente, se hace visible un planeta.

En el paisaje claman: —“¡Es el planeta!” “¡¿Qué?!” “¡Es el día!” “¿Qué día?” “¡El día de la estrella!”

Hay insectos que frotan sus espaldas encantadas.

Mi abuela, de mantón y cestito, recoge huevos. Parla con las gallinas, que la tratan de usted, de tú, y ella les contesta con amabilidad, severidad.

Espío en los nidales. Si aparece un huevo de color de rosa, tengo permiso para robarlo. Lo llevo, lo amparo con mis manos y lo empollo. Pasa el tiempo. Al entreabrirse sale un monstruo, un hada de muchas alas, que sube ingravidamente, va y viene como una ilusión.

Toda la casa se está poblando de estos seres.

* * *

Al correrse el velo del atardecer, las callejas quedan solitarias.

Desaparecen los poetas, monjes y abogados.

Sombríos ciruelos apifian sus frutos, algunos de los cuales se fisuran e incitan a las mariposas que chupan sangre y a los pájaros agoreros. En medio de esas negras plantas, apareció el Árbol de las Estrellas, el pie de oro, la corona deslumbradora.

Todos queremos ir hacia él, pero, es imposible, pues, no hay caminos; no se sabe cómo; pero, es así.

Nos dan una leve cena, un pastelillo, una cajita de azúcar. Y nos acuestan.

La mano en la sien, a través de las inmensas ventanas, sólo vemos el bosque oscuro, donde crecían los gatos; y en mitad, aquel nogal parpadeante.

* * *

Cuando la última aparición de mi madre sobre los alhelies, el atardecer quedó frío, oscuro; pero, ella siguió flotando con su mantón rojo, las cuentas de porcelana, el antifaz.

Subí una escalera que surgió de súbito y que iba casi hasta las nubes, huía con miedo y con audacia; pero, hube de volver a tierra. Entonces, pasé casi volando todos los jardines.

Al entrar dije:—Mamá, no me persigas, no me sigas. Déjame vivir, jugar, ata aquí tus figuras. Pero, ella acomoda huevos y manzanas, ubica los vestidos.

Ella parece reírse sola.

Y reaparece otra vez, por todas partes.

* * *

Ese habitante de la noche, el llamado Murciélago, se detiene junto a los violetarios, las tacitas cuadradas en que están las flores como capuchas sin ojos, con una piedrecita, también azul, en el medio, el jardín de mascarillas profundamente perfumadas, humo de las violetas, su perfume azul, oscuro, sube como una línea, y por todo parece haber café, varitas de sándalo, pequeños huevos negros.

El pasajero de la noche se duerme, se acuesta, sin bajar, sobre sus mismas alas.

Y cosas, y más seres, son atraídos y adormidos.

O sopla un aire helado, disfraces y violetas.

* * *

De pronto, las dalias crecen, quedan más altas que yo, granates, rosadas, color nieve, casi no me atrevo a mirarles el rostro y es imposible salir de ellas.

En el pasto hay ratones, palómitas de la Virgen, que en otoño, caen de las nubes, y son pequeñas y atontadas, el pelo y las plumas como hojas, (de alhucema, de marcela). Quiero atrapar uno de esos seres; pero, silban y se escurren, o ponen un huevo, un hijo diminuto.

Debo irme, y, cómo salgo, cómo grito si no hay nadie.

A lo lejos, veo la casa, sale humo y se corta; los parientes llevan farolillos, (aunque es mediodía, ya, no hay sol). Rondan, buscan algo por la tierra. Ni una vecina viene hacia aquí. Una pasa en vuelo, o creo que dijo “Está encantada” y prosigue por los prados, el vestido ancho, colorido, desaparece sobre el bosque.

* * *

Junto a la antigua mesa, a la que, siempre, nos sentábamos, en un invierno suave, mientras cae la lluvia como un río.

Los hombres tejen sus casacas con hebras de perro, con pelo de lobo hacen sus sacos.

Y las mujeres, en la penumbra.

Y flores de magnolia, flores de cactus, flores de un día, abren alas blancas y rosadas, una luz tan fuerte como de estrellas, y esas mariposas que parecen almas se posan sobre las mujeres y las niñas, como si eligiesen; y luego, de un minuto, caen exánimes.

Y esta noche hay otra habitante entre nosotras. Una especie de comadreja, de vulpeja, esmirriada, sonriente, amenazadora; sayín muy corto sobre el cuerpo todo velludo, y salpicado de lluvia, y la sombrilla igual. Por ahora, bebe leche, vino; y se desconocen sus intenciones.

* * *

Vamos por la pared.

Mamá tiene alas marrones, sedosas; yo, alas violetas; al entreabrir las se les ven varias capas de gasa. Proseguimos por el muro; con antenas finísimas tocando ramitas, ramas, de bálsamo, de perejil, y de otras cosas.

Parece que estamos libres de los semejantes que son azogue.

La luna es, a cada minuto, más blanca y oscura.

Y resplandece por todo el prado, aquí, allá, la Virgen de los Insectos.

Con ala y diadema y muchísimos pies.

* * *

Frente a muchos objetos de porcelana pintada creí reencontrar aves de antaño, ya, frías y tibias, sobre las que hubiesen hecho rosas y paisajes.

Y volvió el ímpetu;

mi oficio antiguo de pastora, el predio de retamas en el que comenzó mi ser y prosiguió, custodiando fierecillas, varas de flores, maíz encantado.

Los pasos resonantes de mi padre; sus vacas; cada una de las cuales constituyó un mito; con nombres confusos, "Monja", "Mariposa".

Las sandías que aparecían, de pronto, como huevos gigantes, negros, pétreos, pero adentro, estaban el rosado amor, la aurora, los vinos del delirio y la acrobacia.

Reaparezco esta tarde en la colina, con el vestido ancho, colorido, la capota y el cayado.

* * *

El aire puro, gris, oscuro, de la mañana.

Dibujo en un cuaderno mis primeras letras. El comedor está en sombras.

Mamá dicta por toda la casa, severas leyes.

Imprevistamente, surge un tulipán; de la maraña oscura, sale dorado, amarillo, anaranjado; por un minuto, es de color de rosa; y vuelve a ser dorado.

Tan grande y hermosísimo.

Quedo en suspenso, una sonrisa vaga; los roperos se entreabren; las muñecas descienden, lentamente.

Parece que mamá se fue.

Doy gritos que no se oyen.

Pero, todo, enseguida, retorna.

...A través de los años, tan largos, está la mañana aquella.

Del tulipán.

Los pequeños cocos, de oro y rosa, caen, a la caída de la tarde, sin cesar, como pimpollos, corazones; dentro, tienen un perfume, una perla, un gusano velludo, redondo, ¿cómo creció allí?

El viento de la selva hace bailar las palmas, y ellos, que están hechos de vivísimos hilos, caen hacia nuestros dedos ansiosos, repletos de licor.

Y van los santos, los terneros, las presencias de alabastro.

* * *

Había marimonias por todas partes. Azules, rojas, rosadas, amarillas, color leche. Sobre todo, rojas, rosadas, amarillas, negro

el centro, la corona de fuego. Como rostros, estrellas de la tierra.

En ese estío, yo, que era de tan breve edad, crecí varios años, y entendía todo como si fuera mayor. Y los cazadores trajeron liebres para mamá, zorros, mariposas rarísimas, una negra, con un brillante en cada punta, que se nos huyó al jardín, y hasta dijo una canción.

Y en un atardecer ocurrió algo insólito, creo que el nacimiento de mi hermana.

Había muchas luces; en los estantes resplandecían las ciruelas, y la estrella de los magos se detuvo.

* * *

Plantación innumerable de frutillas, de jazmines, de naranjos.

Los frutos rojos y velludos; ya, `prontos, con el azúcar y la crema; y jazmines de plata, naranjos infinitos.

Gladiolos encapuchados con todos los colores.

Auroras desgarradas, sobre las que surgían, de pie, los cazadores y sus víctimas.

Tierra de alucinantes guardias y maestras. Y arco iris sin cesar, un listón fresa, otro, verde.

Madeiras de hilos de plata; iban hasta el atardecer, el amanecer, envolviendo, protegiendo, a huevos y a pìmpollos.

La tierra colorida, encerrada, silenciosa.

En que apareciste, una mañana, con tus ángeles.

* * *

Afuera, el membrillo y su flor rosada.

Adentro, las muñecas murmuran, suavemente.

El viento del sur y el del norte, el del este y el del oeste, como caballos atraviesan la pradera, donde un día mi padre me alzó sobre su mano, me sacó de adentro de las hojas de calabaza, y anduve entre liebres y conejos, mariposas de sólo un ala, que iban por el aire como claveles cazadores, desolados. Y en el linde oscuro, las hadas, las malignas, en sus negros roperos.

El viento hace sonar los cascotes; la crin como un ramaje, pasa sobre la casa.

Los juguetes lloran, suavemente.
Y el membrillo golpea en las puertas
y quiere entrar.

* * *

Mi madre es una monja exquisita, una duquesa, en mitad del horizonte, del óvalo, en cuyo perímetro se suceden los zapallitos con perfume a rosa, ramas de jazmines y alas de gato.

Así, ella tiene un aire de paraíso. Y me gobierna con sus mil ojos azules, sus mil ojos negros, acechantes y cantores.

* * *

Algunas de las gallinas de mi abuela fueron a vivir lejos, volviéndose silvestres.

Pero, mantienen con ella una connivencia que me incluye.

A veces, mi abuela merodea el bosque, observándolas.

Y ellas dan un grito amigo o enemigo.

Y, ya, libres de toda acechanza, en los días de casamientos o cumpleaños, cantan, a lo lejos, jubilosamente.

Cae la lluvia.

Y el orégano crece más alto que todo; las mujeres lo cortan en ramas, y lo destinan, por igual, al sahumero y la cazuela.

Y, también, juntan ajíes y pieles de lagartija, que son de tul verde.

Y hay, siempre, un sobresalto, una alegría sombría.

* * *

Los oscuros nísperos extienden oleadas de aroma a vino, a azúcar.

Siempre, con mi viejo traje, me senté en una peña. El cielo echaba los últimos resplandores. La compañía de Teatro de los Huertos terminó los ensayos y se disipó un poco. Una mesa serviría de escena. Avizoré el paisaje. Los años ponen muchísimos

huevos. El mismo pájaro da huevos de diversos colores. Rojos, azules, con manchas, como pintados al óleo. Por todas partes aparecen nidadas, montículos de huevos.

No sé cuál va a ser el destino de la "troupe" que ahora dirijo; todos son mayores que yo y mi reinado parece frágil.

A poco, comienzan a presentarse habitantes de todas las huertas, y se sientan en el suelo mirando hacia el escenario.

Así, la actuación estuvo, otra vez; pero, los violeros, a ratos, languidecían, y eran sustituidos por integrantes del público, y la línea entre la realidad y el sueño, se desdibuja.

La noche devoró, totalmente, al jardín de los nísperos.

Y las ánades en sus ocultos sitios, preparan más huevos rojos.

* * *

Quedó amarilla aquella tarde. Porque había naranjas por todos lados.

Tantas como hojas. Parecían postres al alcance de los dedos.

Y liebres vidriadas, irisadas, de antiguos festivales, volaron otra vez, como si hubiesen logrado la resurrección. Pero, quién iba a creer en ellas a esa hora, y así, fueron entrevistas como ensueños, cosas no vividas. Y recostadas a las puertas, las ventanas, arriba de los árboles, viendo pasar todo eso coloreado, exquisito, asustante, quedamos desprendidas de toda otra cosa. Y fuimos las madonas del bosque, ante quienes, los desesperados se postraban a rezar.

* * *

Dejo la casa donde camas y roperos están sembrados, tienen raíces; sus patas echan hojas, rosas. Los familiares, en la cocina, hablan, hacen larguísimos comentarios.

Cruzo el jardín y los jardines que están más allá del jardín.

Veo árboles al azar. Y zapallos, chatos y dorados. Me siento sobre uno. Desde las tres de la tarde, hay estrellas, y, ahora, que va a caer la tarde, el cielo se torna deslumbrador; los caballos dejan de beber y miran con un poco de asombro a esas diademas. Continúo,

las flores son clavelinas, celedonias, clavelinas, y su perfume a miel, a azúcar, a clavel.

A ratos, un golpe de viento sacude los jardines.

Y caen algunas estrellas blancas y menudas como arroz; teniendo la mano y devoro, y prosigo; sin prisa, de prisa; sin rumbo; a veces, me detengo y retrocedo; pero, es inútil, porque las flores se cierran para siempre, tras de mí.

* * *

Las hojas de cañas, de espadañas, son larguísimas, como tiras de varios metros. Ásperas y suaves. En el umbral nos enredamos.

Pasan por el aire, águilas y vecinas. Miran hacia abajo, los brazos bien abiertos. Pero, las águilas prosiguen y las vecinas descienden en sus cuevas; traen pollos, huevos, pequeñas cosas robadas; y los hijos comen piando y llorando.

Papá baja de un solo aletazo; pone algo monstruoso en medio de las fuentes. La antigua presa, siempre la misma, que miramos con miedo y con pasión.

* * *

Alba misteriosa. Mitad de la mañana en penumbras. Los claveles tienen una luz sutil, feroz, (y su perfume crea otro —ilusorio— bosque de claveles). Parecen cristos, tizones, corazones; pecados siempre renovados, y fijos, pecados inenarrables, y tienen, también, el signo de la gloria.

Las criadas les imitan tejiéndolos con hilos, o los dibujan en almohadas y cuadernos, e inventan canciones y los ponen en las canciones.

Y las vecinas miran a los claveles, les critican y se ríen.

Mamá, de capelina transparente y delantal, como una actriz, como una monja, cava con un cuchillo cerca de ellos, y desde las licoreras rosadas o celestes, verde-pálidas, les echa rocío, licor, para que crezcan con más furia y belleza abrasadora.

Vengo del antiguo reino.

De la laguna infernal.

* * *

Entró volando. Las alas de un violeta casi negro, cuadradas, rectangulares, muy distante una de otra; cuernos cortos; un mamífero o un insecto. Parecía grandísimo y chiquitito. Los niños clamaron: “¡Mamá, entró el diablo! ¡entró el diablo!”

Y ella, que freía dulces papas y cebollas, vino de prisa y en el aire, en la pared, las alas violetas y violentas, la cabeza que parecía mirarla del revés. Fue a los cristales y la tempestad abatía los árboles, los cristales. Al volverse vio a los niños, inmóviles como ancianos. El marido no venía. Y aquello en la pared brillaba como nada.

* * *

Verdes, color rosa, anilladas, dibujadas. Se dice de ellas que tienen relaciones consigo, y se las ve en el espasmo.

O rígidas como un dedo alcanzan a beber en la fuente de las rosas. Están emparentadas con las rosas, las romelias y el peral. Las consideran sólo ensueños, representación de los pecados de los hombres.

Pero, yo, de niñita, a la luz del sol y de la luna, creo en ellas, sé que son, de verdad.

Las vi abrir los labios, negros como la noche, la dentadura de oro, en pos de una almendra, una pepita de calabaza; enfrentar la propia línea, jugando y peleando; y en el amor a solas, retorcerse hasta morir.

* * *

El caracol, esa espiral de humo que no crece, con el borde intensamente rosado, un querube, un quéramos exquisito. De pronto, saca la frente y los pies transparentes, y camina como un señor, una señorita de los cielos, de los fúnebres, tiene sordas bocinas sexuales. Es, a la vez, el señor y la señorita. En ese pedacito blanco están Hermes y Afrodita; así, se detiene y se conjuga, solo. Y luego del segundo perturbador, prosigue, sobre las caras rosadas de las rosas, como una carroza, una miniporcelana trashumante.

Hasta que dejo de mirar.
O cae al pasto esa cajita, redonda, desolada.

* * *

Había albertas suaves y fragantes, y berros y retamas. Y rosas de otoño, rosas de fuego, rojas y negras y con perfume a uva. Y la planta que da luciérnagas, (salían en burbujas, farolillos, volaban y alumbraban y eran comestibles). Y hongos que se abren como huevos, hongos tachonados de rubíes y de perlas, perseguidos igualmente, por yuyeros y joyeros. Y una mariposa, grande como una niña, todo hecha de papel con alma. Y tortugas. Y serpientes, de las del destino, una de las cuales se presentó en el patio. Y otras cosas que contar no sé. Y Delia en los cielos, con sus azules alas, de inmortal, de siempreviva.

* * *

(Josefina Médicis)

Si volvieras tía Joseph, nos encontraríamos junto a la baranda de los bobos, entendiendo por bobos, aquellos lirios redondos, blancos, de gasa, de nácar y de sal, junto a los que me hablaste de diccionarios, de dibujos, y del Idioma Francés, nada menos, con tu falda oscura, la blusa clara, transparente, el rostro casi igual al de mi madre, y, después, los granadillos, las almendras, y al caer el día, señales de otras granjas, sombrillas y cometas, en papel dorado, anaranjado, bajaban, suavemente, a nuestros pies. Un día, abrazadas a sombrillas de colores, hicimos un breve paseo por el cielo, prometiendo no contarle, casi nunca.

Sopla el viento del sur en los membrillos, los almendros, las granadas.

Cruza viento del norte, del este, del oeste, y, ¿por qué rumbo?
una de estas tardes
tornarás.

* * *

En medio de las nubes del vendaval va un jinete negro; es a la mitad de la mañana.

En la cocina crecen postres y pasteles con aroma a flor.

Dentro de las guardadas cazuelas duermen los diablos, una sonrisa tenuementé irónica; a veces, se incorporan y espían la procesión de los postres.

Me dicen "Hace frío, no salgas".

Pero, igual salgo, bajo mi capa blanca, mi capa roja, mi capa negra, sucesivamente, blanca, roja, negra, hacia el colegio.

Me acompaña el nardo salvaje goteando piedras preciosas. De pronto, nubes redondas, negras, bajan a ras de tierra. Y parece que es el final de todo. Me salvo no sé por qué. La maestra y los otros niños tienen una luz dorada sobre las sienes. Trabajan inclinados. Es la aureola de los días de tormenta.

Me siento entre ellos. Y de mi sien, también, parte un haz dorado.

La habilidad de una niña nos recortó así.

Ahora, nos miran otros. Y dicen: —Son antiguas historias. De los cielos.

* * *

Al subir la luna, me puse el mantón blanco con lunares negros, el mantón negro con lunares blancos, me puse el disfraz de lobo, el disfraz de león, lès lentes de mariposa, ñe pinté las uñas y la boca.

Y eché a andar; nadie observó.

La presa iba por todo el prado. Bien se veía que era un niño de muy breve edad, blanco como nieve y algodón. Todavía, tenía alas, ojos celestes, moñas de oro.

En el aire oscuro se abrían rosas y violetas.

Me agazapé en un árbol, me plegué a las cañas. Di un aullido, un silbido que quiso ser alegre; como una palabra cruzó el aire.

Y la presa, ya, era presa. La hiqué en las uñas. Y la engullo. Aún tiene un pequeño gusto a dulce huevo.

Y salpican todo el cuadro las rosas y violetas.

* * *

Fuimos a vivir al agua. Llevamos cajas, tazas, roperos, tabiques; cocinamos; hicimos cosas eróticas. Las mujeres, tan blancas, flotábamos con la rosa en el aire, y los hombres, al desnudarse, sembraron dioses.

Hicimos muchas cosas.

Y parecía

que no terminaba más el día.

* * *

Cuando regresaban al atardecer, en medio de la fogata de la uva.

Y abejas y avispas, tenían, ya, hechos sus palacios de papel gris entre las hojas, y las moscas sin palacios, y sin afligirse por eso. Iban muñecas a los jardines, paso hierático, de loza, ojos azules en las flores.

Liebres y corderos cruzaban a la casa, y, por un rato, dormían en las camas.

Yo estaba entre las ramas como un testigo ardiente del cortejo y de las cosas.

Y en la mesa, con un extraño hoyo en el costado, las empanadas de la abuela; adentro, tenían todo, el mundo entero, miel y hadas, y algo más de que sólo ella sabía el nombre, disponía.

(Yo, sólo a ella, aludo.)

Madona Rosa en el altar de la cocina.

* * *

Siempre, me gustaron los altares. Entraba a las pequeñas iglesias de los campos; como las liebres y las dalias. O a las casas donde los habían construido. Y el deseo secreto de que mi madre, también, erigiese uno. No me atreví a decírselo, porque, nunca, me atreví a nada. Supe de memoria el nombre de los santos, los diversos tipos de ángeles. Celestes. Y Rosados. Blancos. Negros. Grises. Parecían

pollos con vestido de gasa. Pero, tan bellos! La Virgen y Dios, el corazón a simple vista. Y un néctar, que, nunca, llegaba al suelo.

Yo, también, hubiera querido tener el corazón herido entre las manos. Pero, sólo era una visitante de altares.

Dormía un rato entre las luces, como un conejillo, hasta que me descubrían un poeta aldeano, mi madre embravecida, o las blancas monjas que daban las hostias en las chacras.

Retorno a través de los naranjos, las dalias infinitas.

Vuelvo a ver reuniones de los santos, su almuerzo de luces, el mantel con alas, paredes de todos los colores.

Y duermo un ratito en el altar, hasta que me descubren un aldeano, mi madre, de nuevo, embravecida. O la blanca monja, que repartía las hostias en la chacra.

* * *

Cantan los pájaros, cantan,
con todos sus trinos, gorgoritos.

(Y me dan miedo.)

Después, de la lluvia, el mediodía.

Parece que todo está perdido ya, puesto en el agua.

Vendrán días solitarios.

Muy blancos, muy blancos;
una terrible concentración de liebres.

* * *

¿Quién se va a olvidar de “las heladas”?

Cuando el agua se volvía de vidrio, con una naranja dentro como una estrella.

Mi madre andando en una caparazón de vidrios.

Los árboles y los hombres bajo capotes transparentes.

Corrían perlitas en las cosas.

El sol con su luz rojiza, dorada.

Y la luna, al lado, con su luz celeste.

Y pasan carros,
ánimas con muchísimas alas, todas blanquísimas.
Nos miramos, y hay un gran peligro de invierno para cada uno.

* * *

Dijo “Mariposa” “Amelia”. Y me volví en el aire oscuro de la tarde de oro. Entre los higos como flores cerradas, pesadas y violetas.

Dijo “Amelia”, un antiguo nombre, tal vez, el mío, el verdadero, antes de nacer.

Era el Dios que hablaba, era el Puma.

Me volví,

buscando su cara de oro, su invisible huella.

Mas, nada había; sólo el viento que jugaba, como siempre, en el jardín de higos y violetas.

* * *

Había nacido con zapatos. Rojos, finos, de taco alto, que fueron la desesperación de todos los que vivimos juntos en aquel tiempo.

Y en la cara tenía varias dentaduras, y lentes celestes como el fuego.

Al pasar, por la tarde, parecía el ángel de la devoración con pie punzó. Mas, en realidad, amó la luz solar. Comía guindas, llevándose una a cada boca.

Y sentía temor y amor hacia el Maestro Tigre que llegaba en la noche a buscar doncellas.

Y nunca la eligió.

* * *

Bajó una mariposa a un lugar oscuro; al parecer, de hermosos colores; no se distinguía bien. La niña más chica creyó que era una muñeca rarísima y la pidió; los otros niños dijeron: –Bajo las alas hay un hombre.

Yo dije: –Sí, su cuerpo parece un hombrecito.

Pero, ellos aclararon que era un hombre de tamaño natural. Me

arrodillé y vi. Era verdad lo que decían los niños. ¿Cómo cabía un hombre de tamaño normal bajo las alitas?

Llamamos a un vecino. Trajo una pinza. Sacó las alas. Y un hombre alto se irguió y se marchó.

Y esto que parece casi increíble, luego, fue pintado prodigiosamente en una caja.

* * *

Dónde apareció la Virgen? Si pensamos, en un ramo de jazmín, en el frasco con azúcar, en el desván, la sala, la cocina, en el jardín. Estaba por todos lados. A la vez, por todos lados. Con el vestido blanco, y capuchón, y en la mano, no sé qué, una fresia o un pollito. Yo quedé harta de esa repetición, reverberación. No era que me mirase; ella miraba hacia abajo, hacia adelante. Llamé a alguien que ni estaba, para que cortara eso. A ratos, todo quedó vacío, claro, no dormía, sonreía; pero, en el sueño, ella sacaba, otra vez, un ala. Y de ahí a la realidad. La otra ala, las plumas; y en la mano no sé qué, un pollito o una fresia.

Los volados de cristal.

* * *

Caía nieve de verano. La Corona de Novia echaba flores por todos lados; de un blanco adusto, como oscuro azúcar, como sal.

Mi madre y mis tías paseaban por los jardines; yo, también, paseaba, lejos, mirándolas misteriosamente.

Yo tenía vestido largo, verde, y un abanico hecho en la casa, que, al desplegarse, me dejaba todo oculta.

La adolescencia empezó con furia. Y los amantes, entre los oscuros troncos, esperaban turno, que, a ninguno llegó, pues, yo estuve, desde siempre al margen, con el pelo rubio que corría por el suelo, y el recuerdo de otra edad.

* * *

Algarrobos con vainas demasiado dulces, “peritas de Navidad”. El carro tan liviano, casi no existía, sobre el yuyal con amapolas fugitivas y otras flores, de un cyclamen tan radiante como nunca volví a ver en nada.

Había hortalizas en los yuyos; por obra del viento; o paseando. Una zanahoria, amarilla, rosada, pasó brillante, con sombrero de plumas verdes; cebollas como señoras algo ebrias, bajo el cendal de gasa; la papa sin cintura sentía envidia de las chauchas tan delgadas, que, dentro tenían perlas, porcelana. Viento del sur, del norte, no entendí bien. Había un murmullo increíble en cada cosa. Las cometas, rojas, azules y rosadas, volaban alto, por todos lados, tan finas, tan angélicas, que estaban fuera de las cosas.

No recuerdo el sentido de ese viaje, dónde íbamos, la llegada.

Creo, que, todavía, estoy viajando.

Esa papa rezonga algo; le contesta con su boca de fuego, aquella rosa.

* * *

Cerezas y damascos, frutas que al madurar, estallan, pomarrosas, tomates cruzados con flores, colibríes de plata y oro, que volaban como yo, nacidos de mí, de mis huevos como perlas, puestos –en el invierno– en un bolsón de hierbas, tejido en el verano. Yo iba con mi delantal de diamante, rubíes en las trenzas, mis alas de vidrio de colores, por el aire de la habitación, de la comarca, ante la envidia, la desesperación de todos, que querían que volviese, me fijase en el centro de la mesa, del aparador, y de las copas. Mas, yo iba de sur a norte, de este a oeste, a través del aire azul, brillante, seguida por las vivas mariposas de esta tierra que se desconcertaban con mi vuelo, y por arduas mariposas de otros mundo, que me apoyaban en el vuelo.

* * *

Mamá, estoy a tu lado, inmóvil como el día en que nací; soy un huevo, blanco, cerrado, tieso, que, a veces, echa un ala que va lejos, a lugares que ni existen; parece que me abro, sale un pollo, una

gallina, un faisán, y cruza el monte, los arroyos, llega a la ciudad hasta el príncipe en su palacio de vidrios de colores, y se casa con él; y otras cosas, infinitas, al contar.

Pero, estoy quieta, soy a tu lado un huevo, blanco, cerrado, tieso, que miras con pena, preocupación; con fastidio y ansiedad.

* * *

Aparecía una planta mala en los jardines. Sus hojas eran negras con estrías; su flor roja, errante, la recorría en varios sitios. Era como si usase antifaz, cortaplumas. Todos temieron tenerla en sus jardines; pero, ella sólo se mostró de tanto en tanto. Y al atardecer, a la medianoche. La lamparilla roja andando. Duró toda mi larga infancia, y miró a todos, y a mí más que a ninguno. Como si quisiera enseñarme un secreto muy antiguo y una cosa abominable.

* * *

Mi padre y mi madre me cercaban. Si iba hacia el norte estaba mi padre; si iba hacia el sur, también, estaba.

Si iba hacia el este, estaba mamá; y en el oeste, también estaba.

Y ambos estaban en las cuatro partes.

No sé cómo pude llegar a la escuela, y al altar, cruzar los jardines.

Creo que era sonámbula y en sueños me escapaba; me iba desnuda; pero, al volverme, aún en el sueño, venía mamá; y me daba miedo, me daba vergüenza.

...Me parece que, hoy, es el día de mi nacimiento. Papá y mamá dicen "Se llamará Marosa".

Y grita el viento.

Y salen tímidas violetas mártires de entre las cosas.

* * *

Recuerdo cuando paseamos por el bosque, mi prima Ilse (Isabel) y yo.

Un bosque casi irreal, una mañana, lejos. Las dos tan jóvenes,

tan delgadas, el pelo rojo, los ojos verdes, las piernas largas. Tan tímidas y extrañadas. Y el mundo delante, sin entenderse, casi. Los mayores nos hacían señas que no veíamos, que apenas vimos, que nos pusieron alertas. No se entendía qué decían. Creo que no decían nada. Sólo: “¡Rosa!” “¡Ilse!”

“¡Isabel!” “¡Rosal!”

Y del bosque surgieron pavos-reales, como por cientos, terneros rojos. Y unas palomas blancas, finísimas, pero, no vivas, de papel; hasta rompimos algunas; nos caían sobre los hombros y el pelo, y vinieron más, y las llevaba el viento.

Y de ellas salía un rumor extraño. Como si estuviesen por encontrar la vida.

* * *

Lo más singular era la olla. Estaba rota, tirada entre las piedras y las plantas. Pero, la abuela, a veces, hacía un cocido en ella. Una sopa de alhelíos. Y gusanos. Unos muy bellos, que ella encontraba. Verdes, rosados y afelpados, de un granate intenso, que, al cocinarse, se volvían mucho más brillantes.

Esta sopa era servida a deshora. A las tres de la tarde nos llamaban. Y el cielo, tan lejos, centelleando, pero, ahíto de hongos y de pájaros. Íbamos a la escuela nocturna.

La maestra, desde el púlpito, enseñaba números, letras.

Pero, dibujábamos en los cuadernos, cosas absurdas.

Y nuestro atuendo, también, era muy raro, coronas de cristal.

Alas levísimas.

* * *

En la olla hubo un bálsamo, un arbolito, pequeño, oscuro, tierno, que fue arrancado. Pero, mientras, estuvo el bálsamo, también, estaba el Jazmín del Cielo, con su festival de moños celestes. Fue cuando hicimos las comedias místicas, Isabel, Iris, Nidia y yo. Y a cada uno de los que venían a vernos, se daba un cucurucho de arroz, margaritas –fritas–, o corales. Y ellos aplaudían rezando vagamente.

Nosotras inclinábamos las cabezas, los cabellos, de donde salía una breve luz, una aurora extraña.

* * *

Volvieron los cirios en el jardín de higos y de cúcutas. Son de cera pura y luz de oro, entre las pomarrosas, las pomalacas, los alhelies rojos; son de cera pura con luz de oro. ¿Cuál fue su origen? Alguien, un día, plantó uno, que creció bajo tierra y dio otros muchos. Son los únicos objetos con vida. Se les consideró sagrados; pero, se hubiese preferido que no existiesen.

En una tarde llegaron mariposas, grises, negras, en aluvión, pero, huían de las luces como con horror; mas, de algún modo, quedaron tocadas. Algunas, dos o tres o diez, yo no sé, se refugiaron en mi cabello. Sé que no murieron nunca. Pasan los años. Y, cuando me peino, reaparecen.

* * *

No sé dónde está, quedó lejos, si la mataron, si murió sola, la magnolia negra, con rosas blancas. En sus faldas, en su hueco, pasamos las tardes. Isabel, Iris, Nidia y yo. Es común que los niños de los huertos merienden en las ramas. Siempre, había gente charlando arriba de los árboles. Vimos pasar la celeste luna de las tardes entre las hojas. Vimos cucuruchos con huevos, con estrellas. Vimos al bolsón de los huevos de hada. Nacer las hadas, y desplegar sus dos hojas terribles y brillantes. De nuestra conversación de entonces, queda un atisbo, un destello. Fue una gran fantasmagoría. Nos llamaban desde la casa. Venía Papá en su carroza con lámpara. Las luciérnagas prendieron fuego al campo y no lograron quemarlo, nunca. Los borrachos bebían en tinas y racimos, y volaban, pues, les nacían unas alas espesas, moradas y ficticias.

Entonces, huimos de la magnolia hacia la casa, hacia las camas. Y aquellos hombres subían y subían, cumpliendo círculos cada vez más amplios y piruetas exageradas.

* * *

Soy la Virgen. Me doy cuenta. En la noche me paro junto a las columnas y a las fuentes. O salgo a la carretera, donde los conductores me miran extasiados o huyen como locos.

Soy la Virgen. El Ángel me hablaba entre jazmines y en varios planos. Me dijo algo rarísimo; no entendí bien.

Voy por el antiguo huerto —Isabel, Ana— por las antiguas casas; quisiera ser una mujer en una de estas casas, una mujer en la ciudad, pero, soy la Virgen; no se dan cuenta; busco otra aldea abandonada, otros cáñamos. Silba el viento. Los lobos están comiendo los corderos. A mi diadema caen las estrellas como lágrimas, caen rosas y gladiolos, dalias negras.

Soy la Virgen.

Estoy sola. Silba el viento. ¿Adónde voy? ¿Adónde voy?

Y jamás habrá respuesta.

* * *

Rosana, Rosana y Rosana volvían del baile. En el aire oscuro de la noche, de antes del alba. El pelo suelto, las enaguas de raso hasta el suelo. Cayeron unas agujas, largas como espinas de grandes pescados. El contorno de las peras era brillante. Parecían docenas de dibujos colgantes de las ramas. Un pájaro gritó como si no estuviese acostumbrado a la enorme soledad. Una oveja se levantó y se fue. Los trabajadores nocturnos seguían ordeñando leche, aceite y licor de las perennes vacas.

Las tres Rosanas llegaron a la casa. Soltaron sus rizos, (las peinetas con coral en las esquinas) las enaguas, reñían por los novios. Se durmieron con la cándida mano en la almohada.

Y en el corazón de los aparadores, las tacitas volaban quietas. Como vuelan los ángeles. Y una rata puso un huevo, blanco, almenadrado, celeste. Que nadie vio.

* * *

(Mario)

Esa paloma con los huevos desparramados sobre la azotea, esa paloma de papel y mármol, esos huevos de papel y mármol, o de cal y yema, de donde saldrán más gallinas sagradas que crucen la medianoche, con un ala baja y la otra abierta. Mientras, yo, también, me presento y viajo, el pelo hasta el suelo, el vestido que me sigue por los suelos, y en la mano, la luna de ayer, el alhelí embrujado, de los años sesenta.

* * *

Qué país fascinante es mi país. Tan plano. Con los animales pintados en el pasto. Y las casas, solitarias, a lo lejos, una verde, esa rosada, otra celeste. Y hay una estrella en mitad de la tarde —no sé cómo—, un jazmín, de corona de llama, y, por un instante, la estrella baja, y los animales huyen aterrados; pero, la estrella torna a su sitio, y los animales vuelven a sus sitios. Y la casa verde, mucho más allá (porque es la misma) ya es rosada, y delante tiene un árbol o no tiene nada.

Cruzan espíritus por aquí y por allá.

Huyen las lagunas y los cerros, los negros emponchados, y todas las cosas están con alas.

* * *

Cuando cumplí dieciocho años, se celebró en todo el campo, fue como una caza, como una guerra; mi padre partió a los bosques, a la selva, en busca del jabalí y los lobizones. Subió una aurora en mitad de la noche. Mi madre tenía corona de flores rojas, de las que caía vino como un velo; mis primas y mi hermana iban desnudas, levemente inquietas, levemente seguras. Yo iba desnuda bajo la gasa que llameaba como el rocío, bajo ese humo brillante.

Los muchachos aparecieron en escuadrón por el otro horizonte. Parecían soldados, parecían muchachos, parecían perros, con el oscuro penacho y los trajes de fieltro —no sé— o de hierro.

Me izaron por primera vez a lo alto de las nubes. Y volví al valle.
Con mi cara sería de muñeca y de ángel.

Mi padre vino a asar en las brasas, animales fantásticos. Y seguían los bailes.

Pero, vi a lo lejos, quemarse una estrella.

Vi un escuadrón de murciélagos abatirse sobre el jardín de tomates.

Y dije: —¿Qué es todo esto?

Y abriendo el vestido y el humo, huí a la casa. A lo lejos, de nuevo, cayó una estrella.

Oí como un rumor milenario.

Y algo que yo nunca había visto se detuvo en la puerta.

* * *

¡Vi a Dios! ¡Vi a Dios! Lo vi en el huerto, en el cerro y en los cielos. Con el cabello rubio que le seguía por el suelo, y sobre el corazón, un clavel.

¡Vi a Dios! Dejé la casa, que quedó, allá, oculta, baja, entre sus neblinas, entre el humo.

Y cruzo todo el huerto, todo el cerro, todo el cielo.

¡Vi a Dios!

¿No advierten una mujer que corre despavorida sin detenerse nunca, no ven aquella luz?

* * *

El día de mi nacimiento estaban todos los frutos. Las manzanas, rojas y picudas como estrellas, peras de alabastro, cruzadas por jazmines, nísperos en forma de joyas, anillos o pendientes (pero, se les reconocía por el aroma), tandas de lirios y claveles, uvas y rosas en todos los colores. Y los ánades en el patio, lagartijas, moscas, liebres, lobizones. Toda la Creación estaba allí, esperando con ansiedad a aquel ser nuevo que venía. Y yo me despegué desde lo más hondo de mi madre, me erguí con el cabello rojo que se iba por el suelo, y mi extraña identidad.

* * *

Ser liebre.

Le veo las orejas como hojas, los ojos pardos, los bigotes de pistilo, un tic en la boca oscura, de alhelí.

Va, paso a paso, por las galerías abandonadas del campo.

Se mueve con un rumor de tambor. ¿Será un jefe liebre? ¿una liebre madre? ¿O un hombre liebre? ¿una mujer liebre? ¿Seré yo misma? Me toco las orejas delicadas, los ojos pardos, el bigote fino, la boca de alhelí, la dentadura anacarada, oscura.

Cerca, lejos, pían las liebres pollas.

Viene un olor de trébol, de margaritas amarillas de todo el campo, viene un olor de trébol.

Y las viejas estrellas se mueven como hojas.

* * *

¿Por qué soy una monje, impensadamente? Allá en lo hondo del campo corren perros y gacelas. Y me mandan como guardia, como estrella. ¿Por qué no puedo ser una mujer y sí un hada? Todos los días pruebo un plato de recuerdos; no tengo casa; me destinaron al arco iris; pero, estoy harta de esa lista fresa y de esa otra verde. Cuando creo que puedo dar unos pasos por el suelo, y que algo, para mí, también, es cierto, allá en lo hondo del campo, aparecen perros y gacelas, y me mandan como guardia, ¿no ven mi vestido blanco, mi diadema de desposada sin novio, sin marido? Como si estuviera casada conmigo mismo. ¿Por qué no una mujer y sí un hada?

Creo dar unos pasos en el suelo, creo que algo para mí también es cierto, pero, enseguida, está ese bosque, ese árbol que en cambio de hojas tiene perlas, mariposas en vez de hojas. Todo lo que yo toco, cae y se destroza y centellea, todo lo que yo toco se va lejos.

Y nunca habrá remedio.

Y jamás habrá respuestas.

* * *

Estaba la Virgen, preciosa, blanca, los ojos bajos, las manos juntas. El halo como un sombrero de nieve.

Y a sus pies había pocillos, también blancos; pero, con una leve lista de otro color; y junto a uno de ellos, un pajarraco tieso, pardo, flaco, precioso, con el pico rojo más grande que él.

No se sabía qué pasaba,
o no pasaba nada,
las alturas que bramaban.

* * *

Volvió. Después, de tantos años; la habían abandonado, no la habían buscado, pedido lo suficiente.

Comió huevos de caracol, que son de color rosa y vaporosos, de color rosa y cremosos, color pimpollo. Al comenzar la mañana, estuvo en la puerta natal que se entreabrió para darle paso, cuando ella entraba con su mano de color de rosa.

Para entonces, las hermanas ya eran grandes y tenían hijos pequeños, y los hermanos eran guerreros.

Se sentó en el primer sofá. Al verla, todos dieron un grito, lloraban y rezaban. Traían meriendas sucesivas y licores; como si hubieran venido muchos, y era sólo ella.

Pero, pasó el día y al bajar la tarde, quedó mirándolos, fijamente. Y aparecieron cruces, tréboles, por todo lo alto y en el suelo, aparecían tréboles, y señas más oscuras.

* * *

Las telas plateadas y doradas.

Hilos de oro con brillantes.

Hilos de plata con rubíes.

Las arañas las colgaban delante de la casa.

Mi madre y yo les desprendíamos, sin quebrar un hilo, sin que cayese una gota. Mi madre las pasaba por un tamiz mágico que sólo ella conocía. Era cuando la gran necesidad, la guerra a los hurones, sangrienta, interminable, con palos y restos de ollas.

Me parece que, aún, hacemos el negocio. La carretera y los paseantes forasteros, que compraban esas telas por docenas. El humo con brillantes, esa gasa con rubíes.

Y volvíamos a la casa y a la guerra. A buscar los palos y las palas. Mamá se aposentaba en el comedor; yo, en la sala; ella mirando al oeste y yo hacia el este. Por donde, enseguida, resurgían en legiones, los hurones.

* * *

Subieron a lo más alto de la casa, a las cornisas, las columnas, los más altos escondrijos. Los habitantes de la casa seguían sirviendo té y cuidando de los niños recién nacidos.

Pero, aquellos descarados allá arriba, hacían burla, pantomima, irrisión de todo.

Huí al jardín —y ellos se reían—, a las margaritas, celedonias, en pos de las mariposas, murciélagos de jardín (como pollos de plumón rosado), todas esas crías puras, raras, que crecen por ahí; pero, los diablos, desde allá, con sólo una mirada, pescaban mi más hondo sentimiento, transformándolo al instante, en una comedia diminuta y aplastante.

* * *

Nacían sobre la tierra, escasamente. En forma de pequeñas niñas o muñecas; eran llevadas a la casa, nutridas y adornadas; o de otros seres, hombrecitos, o conejos, más extraños; eran llevados a la casa y nutridos. A los pocos días, se les encerraba vivos en pequeñas cajas, y de ahí, al interior de las paredes, a la tapias. Por algún tiempo oíanse alaridos, un aroma a cosa descompuesta. Los mayores seguían impertérritos y los niños quedábamos absortos.

Después, de un tiempo eran quitados, ya, manjar.

Entonces, en el centro de la mesa, se les echa sal, alguna cosa crecida en los jardines, como ser cúcutas o fresias.

Y las jarras del vino, de la miel.

* * *

Cuando las fiestas de la primavera, las danzas, los homenajes, sentí dolores terribles, y corrí hacia la casa, al lecho. Y la primavera se tornó invierno, y todo parecía estrellar, y los demás me seguían con botellas y camelias, parecían pasar con botellas y camelias. Y vi que eran dolores de parto. Y de súbito, di a luz un gato o una liebre, un ser terso, tenso, de oídos finos, que creció, de golpe, y huía por la habitación y por el prado.

Pero, a través de las ventanas, vi que volvía y me miraba.

* * *

Las cosas se hacían más próximas y exaltadas. Las jarras en docena. El ropero, que en una esquina tenía una grande boca con dientes de caballo. Todo era pavoroso, perros, crisantemas.

Y sobre todo, el tenedor y los cuchillos.

“Pobre corazón; tanto tiempo encerrado, trabajando”, dije.

Pero, se encendían y se acercaban, con más furia, el tenedor y los cuchillos.

* * *

Había muchísimas mesas y sillas. Y muchísimas mujeres vestidas de telas radiosas, (marrones, con pecas blancas, lilas con pecas blancas, granates con pecas blancas), y las colas salían a través de las haldas, afelpadas, como colas de vaca o de zorro. Los rostros era jóvenes y marchitos; algunas tenían pocos dientes; otras, varias dentaduras, superpuestas. Preparaban exquisitos manjares, prontamente, y se los intercambiaban con suma cortesía.

Y nosotras tres habíamos quedado al margen de eso, y ni siquiera veíamos las nubes blancas y vaporosas, que corrían por el cielo, y las grandes nubes, blancas, vaporosas, que venían por el suelo. Y a llevarse todo.

* * *

Las conocí en el maizal, con los vestidos anchos, de colores. Llevaban choclos, tomates, arvejas, almendras que parecían huevos, huevos que parecían almendras; eran rosadas, de ojos claros, u oscuros; hacían ramos de frutas y de flores, y abriendo los vestidos de colores, y las alas de la misma tela, se iban, rápidas, a otras ciudades del maizal.

* * *

Hay una muñeca con alma, aunque es de cristal como las otras, de porcelana como las otras, de mármol como las otras, y sus ojos son fijos, y se viste de organza, y está en la caja, y tiene perlas y pastillas que la protejan. Pero, yo le vi el halo, y me dije: “¿Cuándo ella se había contagiado de Dios? Acaso, una tarde que dormíamos desmañadamente en el más profundo estío?”

Y sobre ella pende una mariposa lila y otra azul más grande.

Y salí al jardín y vi, aterrada, que en el aire inmenso de la noche, las mariposas se repetían, idénticas, pero, en dimensiones enormes; aunque, a ratos, parecían remotas y pequeñísimas. Una es rosa tenue, y la otra, más arriba, es azul radiante.

* * *

La última vez que vi el zapallar estaba sombrío. Era de mañana, temprano. Las hojas se tocaban como sombrillas negras, y alguna flor trasnochada, en naranja-amenazante; y los zapallos aún eran negros y muy breves. Apareció una vieja desconocida e intentó arrancar los zapallos; había traído dos cestos; pero, le fue imposible; hizo un conjuro en el que me nombró, sin saber que yo estaba allí, pues, yo estaba perfectamente oculta, en la orilla del zapallar, había un nidal, con huevos grisáceos, y entre ellos, algunos rojos.

La vieja me dijo, aunque sin saber que yo estaba allí: —Son huevos de zapallo.

Y puso varios en el cesto, y se fue, rápido.

Pero, los huevos saltaron por el aire, grisáceos o rojos, y volvían a su sitio; y brillaban como locos.

Tenía la falda cargada de rosas; en las faldas le nacían rosas. Quería disimular; se empolvaba el rostro, tejía sus trenzas, comía a la luz del sol, para parecer como las otras. Mas, de su falda brotaban rosas. Fue a consultar al cura y al juez; que nada pudieron; acudió a los animales; liras, hurones, lobizones; miraron un poco y se fueron; una vaca intentó comer las flores y desistió.

Volvió a la casa; la madre cocía hongos, en varias sartenes, y les echaba fresias, y alguna hierba levemente maligna, para que quedara más enigmático el manjar.

Ella entró con su falda cargada de rosas, florida de rosas; la madre cerró la puerta con fuerza, para que no llegaran, también, picaflores y mariposas.

Ella se sentó, quedamente, y comía su pan.

MESA DE ESMERALDA

· 1985

Mesa de esmeralda, Arca, Montevideo, 1985; 132 páginas.

TRATADO DEL QUERUBÍN

1

Al subir los soles de la medianoche, dos, como monedas de cobre y oro, las cosas reaparecieron. Hicimos lo de siempre. Cocinar, lavar. Los violinistas componían más música y la joven druida escribió unos salmos.

Pero esos soles caen, rápidamente, a la otra orilla del cielo. *

Y volvió una espesa sombra sobre los campos por donde la madre selva marchaba con sus flores.

2

Traemos una hoja parda, una hoja de violeta, una hoja redonda, una hoja estriada.

Sobre la mesa, las violetas con su delicado tentáculo, su melenita azul. Ese perfume y ese color son del trasmundo, del submundo, de donde viene el Señor, el Negro, el mariposa de plata, de muchísimas alas, apoyándose en una, en otra. Todos quieren matarle, deshacerle, pero resulta imposible, porque es inmortal, y se desliza con un raro barullo; le siguen antiguos niños, papeles rotos, y violetas.

3

Domingo a la tarde, y voy por el huerto sin recordar cómo salí y llegué hasta acá. El cielo es de oro, deslumbrador, y de los naranjos caen frutas y flores.

Trepa a uno, según mi costumbre antigua. Estoy un rato. Los pájaros saltan de rama en rama. Desciendo. Subo. Tomo una fruta. Al bajar, ya veo un cadáver. Vestido y tendido. Y más allá, otro. Y otro. Por todos lados, aparecen. Vestidos y tendidos. Y cada uno con el hígado destrozado o el corazón. Pero ¿quiénes son? Acaso, no me percaté y hubo una rápida guerra?

En puntas de pie, voy hacia la casa; desolada paso el jardín de celedonias y “conejos”. Adentro, no queda nadie. Voy a gritar; para qué, si nadie oye. Algunas mariposas chocan en los vidrios.

Sobre la mesa hay un álbum que no conocía; al entremirarlo, veo dibujada la batalla, los cadáveres y las plantas. En blanco y negro. Y en colores. La noche cae de súbito; las luces se encienden solas.

Y aparecen más cadáveres entre las plantas.

4

La madre selva está en la pared, con las flores rosadas y perladas.

Al pie del muro, en la noche, salen los topos y los pequeños dioses en formato de topo; sacón gris, o blanco y negro; y bigotito sensible.

Las divinidades y los roedores realizan breves correrías por el jardín, que causan asombro, desconcierto.

Y por el jardín, ya corren las mesitas de la medianoche, bien cargadas de frutas sexuales. Y los dioses y las ratas se toman la mano y sonríen, apasionadamente, bajo las nubes fugitivas, cerca de los paquetes de rosas, de “lazo de amor” y de mandrágora.

5

No sé si sabes que tengo contrato con el dios; ignoro cuándo se hizo eso y si se hizo. Una mañana me desperté siguiéndole; o lo persigo; a ratos, duermo y vuelvo. El viento mueve las altas yerbas, y pasan rarísimos seres, pájaros, que, nadie, prevería, un jefe celta (Ambigato), o la luna como un disco sobre una amapola. Nada me preocupa. Yo voy con él. Y él, con frecuencia —aunque no creo que sea ése su

gran propósito—, casa una muchacha y tiene con ella un desenfadado amor. Entonces, me oculto, humillada, a llorar. Pero enseguida, reaparezco, y prosigo. Tras de su sombra, su viaje inexplicable.

6

Hice una máscara. Con vello de mariposa y alitas de gladiolo, y un procedimiento muy especial. Y ella cobró leve vida.

La puse en una caja de color rosa.

Y, de nombre, Laura, en homenaje al bosque de laureles de donde soy oriunda, y del aire de oro de cada mañana, allá.

Y, aun bajo un nombre así, ella padece.

Algunos días la llevo sobre el rostro. Los días de la divinidad. Entonces, la gente me nombra Laura. Y yo voy con el cabello diestramente arreglado, y desnuda, porque esa cara artificial y verdadera, no admite ningún traje.

La gente clama: Laura está en la confitería. En el liceo. En el río.
...Y, ahora, sólo miro la vacía caja donde un día durmió

Laura.

7

Miró un pimpollo de rosa amarilla (como un topacio, un coágulo de miel, un pocillito de té).

Y una telaraña que empezó a ser cuando ella empezó a mirar, el hilo de seda que giraba y formaba la tela, (con las piedras brillantes).

Y una azucena roja, señorial.

Viendo esas cosas no fue a la guerra,
no se casó con nadie,
perseguía a Mario.

Y, ahora, sopla viento del norte en las colinas, viento del sur, del este y del oeste.

Se entreabren oscuras ventanas donde ella está fija para siempre.
Y los más antiguos códices, flor de lis.

8

A través de los bosques,
te siguen las liebres con la cabeza baja.
A través de los bosques, cabello rojo, guinda madura.
¿Dónde está tu casa?

Antes, vi sus dos columnas, cada una re-
matada por un jarro de cerámica azul, el palacio subterráneo, que
tiene impresa en las paredes toda la historia del reino.

Pero ahora, nada sé; perdí los rumbos.
¿Quién eres? ¿Quién eres?
Cabello rojo, desnuda. Y como escudo,
una liebre en los brazos, una muñeca.

9

Sentada en medio del jardín. El vestido, de color rosa viejo;
en la cabeza, un moño, como una mariposa, como una flor. La
rodean un aire suave, clavelinas y verbenas.

Dan las doce en la capilla y el colegio. Viene la madre y la lleva a
almorzar. El comedor está en umbría. La madre trae la cazuela, de
tapa pintada. Le da un plato de sopa. Y se va. Ella, ya en el primer
momento, saca un ratón, luego, un murciélago, que, aunque fue
hervido, silba; después, una cebolla irisada; pero, al querer cortarle,
ve que es de piedra. Y saca huesos. Y un huevo, (al entreabrirse,
deja salir, en perfecta miniatura, a una tía muy anciana, muerta,
antiguamente).

Ella quiere dar un grito, llamar a la madre, y, a la vez, tiene
miedo horrible de que venga.

Afuera, sopla, como nunca, el aire azul.
Y nacen más clavelinas y verbenas.

10

Cae un resplandor sobre los robles.
No se sabe si es de tarde o es de noche.
Rueda al suelo el libro miniado.
Llegan las tías. O sólo una, la única; o muchas;
y hablan con mi madre;
así, todas las cosas del pasado retornan juntas.
Yo, como siempre, estoy en una esquina de la habitación.
Tomo, otra vez, el libro de Kells.
El viento hace sonar las arpas.
Y de mi rojo cabello sale música.

11

La lechuza flotó, con las piernas entreabiertas, el vestido blanco, entreabierto. No se sabía si era de tarde o de noche; y dio el grito petrificante. Ella ató una máscara a su rostro de antigua niña, y, nuevamente, echó a andar, sin saber adónde, ni cómo, ni por qué. Iba, lentamente, o corría, o trotaba; intentó dormir de pie, pero en el sueño reapareció el vestido blanco de la lechuza. Así, seguía, proseguía, entre las matas, espjando, aquí, allá, como si fuese tras de algo que no conociera, la persiguiesen.

Hasta que, al fin, en el alba, se reclinó y se durmió, sobre la yerba que brillaba. El aire le movía el cabello; la máscara estaba fija; con la boca azul, las grandes cejas.

12

Qué mañana extraña. De los tallos del rosal, en vez de rosas, salen topitos, corren hacia la pared en procura del almuerzo.

Mamá, como siempre, viene desde las salas, con el batón blanco, la diadema.

Acomodo mis lápices y cuadernos.

Dentro del espejo está el Diablo. El que aparece, de tanto en tanto, por la casa. Hizo una fogata; le echa rosas y ratones, una mujer, una niña. Quiere quemar el mundo. Tal vez, no. Sólo juega. Es delgado, alto y de sonrisa leve.

Mamá y yo salimos al jardín. Los cielos se ven cubiertos de margaritas y dulce pasto.

Però el sol está casi al alcance de los dedos. Es una telaraña ardiente.

Nos deja transformadas y brillantes, cada una mira a la otra sin reconocerla.

13

Las yucas tenían las manos largas, agudas, con sólo una uña, y en el medio, el haz rígido, todo colmado de tacitas blancas, campanitas; daban miedo y alegría; eran funerarias y nupciales. No sé cómo pudimos dormir con aquel desfile nevado que iba hasta el fin del huerto natal. Nadie, sino nosotros, conoció una guardia así.

Y los picaflores nocturnos tan libidinosos, se atrevieron a rondar a las mujeres.

Y otra cosa, de la que tuve vaga conciencia, y que, a través de los siglos, se verá.

14

Empiezan a pasar los ciruelos silvestres de terrible embrujo y el árbol altísimo, verde, amarillo; me trepo, mirando a un lado y otro, por si me viesen, sin darme cuenta. A poco, sobre una rama, aparece la Virgen, de manto azul, ò vestido de baile y abanico; pero con tales beatitud y gentileza! El árbol sigue, parece hundirse en el cielo; llego a la cúspide; y está la "maison", el "chalet", de increíble hermosura; espío por las ventanas, sin ver nada. Después de un minuto de perplejidad, comienzo el descenso; ahora, es como el abismo; hasta camino unos metros por el aire, logro

posar, de nuevo, el pié en una rama, y al caer la noche, estoy en la llanura natal, en la casa, donde mi madre me aguarda con la cena, y los ojos, desesperadamente, abiertos.

15

En octubre, noviembre, se abre el “jasmín del cielo”. Así, todo queda azul. Celeste. Y comienzan las representaciones, las comedias. Ya, no nos llaman por nuestros nombres, sino “Santa Amelia”, “Santa Isabel”. A lo sumo, “Estrella”. Al pasar, a cada uno, dicen en voz baja, “Estrella”. Y vamos entre los aparadores y los otros muebles, mostrando alas y coronas. Mi madre espía lo que yo recito, y mi prima toca en el piano algo que es siempre, igual. Cumplimos un extraño argumento que abarca toda la casa y el jardín.

Entonces, las criadas laboran recatadamente. Y las gallinas, también, se dan cuenta, y van al bosquecillo, y ponen sus huevos sin anunciarlos.

16

Cualquier brizna de ese árbol, bajo la envoltura verde, era una brasa. (Yendo con ella por la noche no aclaraba el camino; pero era como ir con una estrella.)

Así, fue llamado el “Árbol de las estrellas”. “El Árbol de las brasas”. “El Árbol de Dios”. “El Árbol del diablo”. “El Árbol de las lágrimas”. “El Árbol que sufre”. “El Árbol que goza”. “El Árbol casado”. “El Árbol”.

Las mujeres iban y venían hablando, siempre, de lo mismo.

En cada caso se lo adoró y temió por cada uno de esos nombres.

Fueron convocados el sacerdote, los militares, el veterinario. Sin arribar a ninguna conclusión.

Una astilla, bien atada, y envuelta en papeles gruesos y finos, conducida al Pueblo, y expuesta, no dio, tampoco, ninguna conclusión.

Hasta que el árbol echó una infinidad de frutas y flores, traslúcidas y radiosas. Manzanas, uvas, ciruelas, dalias, que hubo que descolgar y llevar.

Y cuando yo nací y crecía, ya, mi dormitorio estaba sobreornamentado de esos frutos y flores. Yo, sin darme cuenta, observaba todo, muy profundamente. Me decían que eran de vidrio.

Y yo veía bien que no,
que no tenían relación con nada.

17

La abuela trotaba entre los matorrales altísimos, con qué rapidez. Llegó a nuestra casa; nos dio un jarrón de crema; se ocupó de algunos menesteres. Entonces, la enfermedad, ya había huido de mí, la fiebre. Y circulaba, con el delantal blanco, por toda la casa. Había azucenas, unas, nevadas, como una loza; otras, de un rosado intenso, tal si hubieran bebido licor; y otras, amarillas, con puntitos rojos. Era noviembre, y me parecía tan natural vivir entre azucenas, y me parecía tan extraño lo de las azucenas.

Dijeron que yo ya estaba sana, y no sabía bien si de verdad; permanecí un instante, inmóvil, en el sillón. Después, la tarde caía; se desvanecía. Y mientras, los mayores hablaban, yo me alejé; me recliné en el lecho, o en el suelo. Y una tapa blanca descendió sobre mí, y tenía mi nombre escrito.

18

(A Claudio Ross)

Hay una hortensia en la habitación. No sé si nació, sola, en el florero, o vino de un baile. Es redonda, rotunda, absurda. Es de color rosa oscuro, como de luna, como de sol. No se le cae un coral ni una uva. Es como un amor fijo, sin rumbo, un amor a nadie, que no tuviera destinatario, que se empecinara en acrecentarse, así, cada vez, más.

A través de la noche, la medianoche, en la mayor oscuridad, ella sigue surgiendo profunda y rosada.

Unos ladrones vienen por la pieza, creen que es la Virgen y por un instante, quedan petrificados, y huyen sin robar.

La mantis religiosa bailaba y tableteaba, lejos; pero cambió el mensaje. Son terribles los poderes de esta flor.

Yo estoy echada, de espaldas, mirándola, siempre. Al alba entra mi madre, y me saca la sábana, la coronita de perlas. Para ver si reacciono, me levanto y hago algo. Pero ya, es inútil. La hortensia está fija y se pasea como un amor sin rumbo solamente amor.

19

Apareció en las callecitas de las tardes. Con la cabeza y el cuello desnudos y pelados. Y lo demás, bajo plumón bermejò, que no se sabía si era de alquiler; o le había salido. Parecía un gran ibis rojo. A ratos, en la cara, tuvo una pluma larga y granate, y, enseguida, se le cayó, o en un movimiento hábil, hizo que cayera.

(Era un rojo como de flor de ceibo, de huevo de gallo, de chollo con fiebre que hace castañetear sus dientes.)

Como todos estos seres, parecía estar en varios sitios a la vez. Iba a muchas casas y salía. Unos vecinos dijeron: "¿Quién es este viejo?" Porque se parecía a cuatro o cinco.

Él anduvo por la escribanía y el almacén.

Unos vecinos, en una esquina, esperaron alguna conclusión.

Él salió del almacén y la escribanía.

Y en la última hora de la tarde, abriendo las gruesas alas sangrientas, subió y se izó, y lo rodeaban otros semejantes, y se fueron en anchas bandas para el sur.

20

Las cabras monteses vuelan de nube en nube, de parva en parva,

de casa en casa. Los cuernos, largos y curvos, más largos que ellas, parecen tocar el suelo.

Si cruzan por las nubes caen trizadas las madreSelvas; si cruzan por la tierra ni se estremecen las madreSelvas.

Hay tiempos en que comen todo; no resta ninguna cosa en las paredes y el subsuelo. Sus ojos chispean; se encienden y apagan. Y dan hijas, que pueden ser palomas o vaquitas, (nunca crecen y quedan abandonadas en la yerba, y dan miedo a los humanos).

Pero todo esto estuvo muy bien escrito en el libro primero de la escuela, en el segundo y en los otros. Y lo enseñaron en el liceo, y lo representé en el Teatro. Hice de cabra; y de su hija, que era distinta, tenía pétalos.

21

Hay dos árboles, blancos, larguísimos, de pocas ramas, con sombreros o platos plateados. Sobre uno, una bailarina; en el otro, una garza.

Y en el suelo, entre los árboles, dos patos, blancos, tiesos, mirándose.

De la laguna salen tortugas de gruesos pies; en los vestidos de piedra, llevan insertos diamantes azules y lánguidos, o cigarras azules y largas. Así, enjoyadas, buscan por las orillas, una reunión, que, al parecer, no se efectúa.

Y en los blancos trigos, las mariposas de alas de nieve, penden y se hamacan; pero las descuelga el aire suave o el viento más fuerte, que llega del sur; mas, ellas vuelven a posar sobre los tallos de oro y harina.

Y, a lo lejos, la casa, recta, alta, misteriosa; con todas las luces como para un baile; hasta el alba, arderá. Sin ninguna luz como en la guerra.

Se dice que esa casa no está, siempre, inmóvil, en el mismo sitio. Que algunas noches deambula por el trigal.

El rosado, de noche, parece amarillo; el amarillo parece rosado. Sobre los rasos pintan rosas rojas, ramos de miosotis. Hablan del ñanduty como de algo superior y raro, que se ve, pocas veces, por aquí. Los magnolios, en varias hileras, desde el huerto, hacen estallar las balas blancas. Y hay claveles, en todas partes, rojos, negros, rosados, amarillos. Echan volcanes de perfume a miel, a higo y a clavel. Penetran por los intersticios de la cocina, del comedor, los dormitorios. Parecen pasar en canastas, cochecitos, bajar del cielo en grandes ramos o cajas.

Fueron tales sus predominio y reyecía, que, a todas las niñas que nacieron entonces, se les adosó "Clavel". Ana Clavel. Iris Clavel, Josefa Clavel.

Ese verano me nombraban "rosa clavelina".

Y, aún ahora, cuando por ahí oigo la palabra "clavelina", me detengo, de súbito. Como en el verano.

Papá.

Cuando nos llevabas alzadas!

A Nidia y a mí.

Con vestidos rojos, granates, recién hechos; los rostros, casi iguales, bajo el plumón castaño.

No sé qué habrán dicho los vecinos, las magnolias, la lluvia del sur que volaba lejos. La celeste tarde nos miró pasar abrazados.

Todas las estrellas del porvenir brillando juntas.

Pero yo vi esconderse una cosa. Y nada dije.

Un signo en el horizonte.

Unas orejas entre las hojas.

Un gallo volaba al revés, la espalda para abajo.

(A Alberto y Ana Inés Oreggioni)

De súbito, estalló la guerra. No se sabía si era de día o de noche. Nunca estuvo nada tan oscuro ni tan claro.

Hay un ruido tremendo en el horizonte y sube una estrella de diez pisos y se estrella.

Y vienen los guerreros a caballo o en cometa. Las cometas son rojas, amarillas y rosadas. Son rosadas o rayadas. En forma de lechuza y mariposa. Algunas no traen pasajero; pero igual, se apean, pavorosamente.

No sabemos qué hacer, y sacamos las trenzas falsas, los vestidos con lentejuelas y brillantes, de las guerras.

Los guerreros van por todas partes, giran en torno de la casa; con un hacha trozan las sandías. De cada una salta un chorro de rubíes y corales; cruzan el almacigo de calas; cada uno saca una y la usa cual teléfono; da órdenes que van lejos.

El abuelo vive, inmóvil, dicta leyes de otras guerras; pero, mi padre nada puede.

Los gallos, tremolantes, tiritantes, vuelan al revés, con la espalda para el suelo.

Y, al fin, todo pasa. Caballos al galope, raudos, se van rumbo al norte y rumbo al sur.

Sólo queda un aire de violines de la guerra.

Mamá, más allá, prepara té y leche.

La esperamos. En puntas de pie. Con los guerreros vestidos irisados.

Miré la llanura inmensa y el cielo. Dos animales pastaban muy distantes. Como pequeños osos o tapires. Uno en añil oscuro; el otro, fucsia, colores de vestidos de muchachas, nunca, de piel animal. Luego, entraron al agua y desaparecieron, totalmente. Para reaparecer, al rato, a pastar muy separados.

De los vehículos militares seguían bajando contingentes erectos que iban, al parecer, a festivales deportivos; pues, las niñas continuaban el desfile, vestidas de modo igual y con un aire ligeramente viril. Y sobre un brazo de agua vi flotar lentes oscuros. Y alguien, que no se distinguió, dijo que eran de las niñas, que los guardaban sobre la superficie del agua.

Y hubiera querido presentarme de alguna manera; pero entendí que estaba al margen de todo. Miré la llanura inmensa y el cielo. Y no sabía dónde regresar.

26

A esta hora se entreabren los altares, viejos y larguísimos altares, llegan hasta el techo. De ellos sale una rosa, conejillos, al parecer, de nácar, que cruzan toda la nave central y regresan. Alhélés, casi altos como querubines, de oscura luz radiosa, vuelan tomados por un ala.

Los viejos y líricos altares regían la vida de las quintas. Resuenan nombres misteriosos, los de siempre. Rosario, María, Gloria, Isabel. Y no se sabe si son las que nacieron hoy, las que van a casarse, las que van a morir. O a resucitar.

Corremos en la mañana. Rosario. María. Gloria. Isabel. Y las tías, las madres, las abuelas, nos persiguen tomándonos del delantal, del moño, hasta de los oscuros lentes, que usamos siempre, color plata, oro, guinda, y a través de los cuales, es más intensa y grave,
la luz de Dios.

27

Unos ojos de azul radiante, con estrías sobrehumanas, los ojos de una muñeca, por el aire oscuro de la habitación van miosotis, una mariposa blanca bordeada de negro; otra, negra, bordeada de blanco; no se sabe si es la misma; si es sólo una, no se distingue.

Y en la cocina, ay, lagartijas confitadas, grandes bomboneras,

licoreras, hay hortalizas, los tomates color topacio y llama. Una voz dice "Comeremos mañana tu cabeza".

Todo está esplendente y solitario, protegido, desamparado. Todo está como nunca y como siempre.

28

Aquella luna del salto, de tan bella, siniestra, cayendo, sobre los muros y los árboles.

Blanca. Negra. Color rosa limón. Con plumas veteadas, chista casi al alcance de los dedos, silba. Vuela fija; sólo sobre un ala; redondo, tremendo espejo, en mitad del mundo, de la habitación, en el que me miré y no me miré cuando el negro vestido de baile, el abanico.

Y al volver en el alba, todavía estaba, como una camelia sobre una rama.

29

Boba y bellísima como una azucena, blanca, incandescente. Sólo una. Única. O muchísimas. Como un cantero, un pueblo, un colegio. Los cinco pétalos arqueados, el sexo dorado y empolvado, expuesto a la luz de las estrellas, la mirada de los búhos, el duro abdomen de esmeralda de las luciérnagas.

Así fue, cuando en la medianoche huí de la casa, en el amanecer, por mirarla, por mirarlas, porque me viese, porque me vieses.

Pero ese rostro y rostros tan rígidos y abiertos hacia otros rumbos.

Mientras, aún, proseguía la lluvia de las estrellas. Y rosas rojas se aprestaban a representar, una vez más, la gran pasión.

30

No salgas –sentí– ya es muy tarde. Pero yo iba, allá, en lo alto, con las nubes, las lechugas, los jilgueros. Atravesé el oscuro bosque

de coles. Y los conejos roían las coles charlando en su raro idioma aprendido de los inmigrantes italianos.

Se oía, de continuo, la charla de los conejos, mechada de palabras griegas y toscanas. En una granja y otras, viejísimos animales, comentarios.

Apareció la ciudadela. Sonó la hora del Ángel. No sé cuánto habría transcurrido. En el otro extremo hallé a los parientes.

¡Cómo! Una niña no puede viajar en esta hora!, dicen.

Y yo que estaba inmóvil en una silla, miré perpleja, pues, como siempre, no supe si era mayor o pequeña. Huí. En un punto, aguarde a un vehículo que no me atreví a detener. Así, regresé sola. Las estrellas se encendieron con furia, con locura. Algunas andaban por mi vestido. Les veía bien la luz fija, verde, las antenas y el mantón.

31

Un animal vino a visitar a mi madre. Con zapatos de taco alto, que mi madre comentó.

Creo que era una vaca.

Creo que era una cabra.

Creo que...

No oí lo que hablaron.

Pero veía las fuentes sobre la mesa, de verdolaga, de tomates, (cuyo oscuro zumo, la visitante sorbía con fruición).

Y el atardecer, las velas, los pliegos, en los que cada uno estaba inscrito, con todos sus datos y manías.

32

Llegaron murciélagos. Unos, color rosa, bellos, como de seda. Otros, amarillos, o de muchos colores, estampados. Éstos parecían ser los más codiciables. El que se me destinó era negro, aunque cuando atravesara el aire frío de la mañana diese reflejos guinda. Pasó a mi lado con la sombrilla bien abierta, y el silbo escalofriante.

Yo hice como si nada. Cumplí las cosas de la mañana igual que siempre. Puse la olla, y en ella un hueso, las nueces, el perejil. Corté el pan en varios discos, apilé la ropa. Al mediodía recibí y di órdenes, aunque no había absolutamente, nadie.

Durante la tarde tomé un vaso de leche, cambié mi túnica, até mis trenzas.

Pero cuando la noche empezó a caer sobre los más lejanos montes, y los más próximos, una aguja me tocó el corazón.

El murciélago salió de su escondite, que yo no sabía cuál era, y cruzó todo el aire de sólo un pantallazo. Huí a mi cama. En el trayecto perdí las peinetas y la blusa.

Se sentía un leve perfume a sangre.

Y sonaban las campanas de la boda.

33

Las manzanas pequeñas como tacitas, pocillitos, absolutamente blancas, con un delicado perfume a fresas; y un breve arco iris sobre ellas, quizá por qué.

Apenas lluvia, rocío casi, sobre la casa y el plantío.

Los caballos negros, duros como el hierro, altos como los árboles, bordeaban el horizonte, estrechando cada vez más, el círculo.

...En una tarde de un lejano junio, allá en la remota aldea, ya ni sé.

Crecían más manzanas color rosa, nieve, iris; nidas manzanas, cazadas en sus nidos.

Mientras, hacíamos frente, tomándonos las manos, con un valor horrible y un terrible miedo. Y se adelantaba la noche imprevisible y grave. Y venían los caballos, más negros que la noche, más altos que los árboles.

34

El gladiolo blanco nació cerca de casa. Como un cordero. Pura seda, pura gasa: margaritas blancas, superpuestas, en sólo un haz,

rosas blancas hacia arriba. Era una muñeca sagrada, sin cabeza, todo hecha de alas. Un reflejo santo. A influjo de ese haz de estrella fría, los erizos del jardín se amontonaban, y sus oscuras púas, duras plumas, quedaron de rubí, de granates y rubí; les nacieron pinchos con perlas, piedras blancas, y al irse ellos a la oscuridad, veíamos hacia allá, un chisperío. ¿Qué hacer? Volver a la cena de siempre, yo no quería; irme más allá, donde Eso no estuviese, no podía.

El viento balanceaba el haz de hielo. Esa nieve sin tocarla.

Quedé inmóvil, fija.

Desde lo alto caían maná, lágrimas, y un perfume de cedros de otra edad.



CUMBRES BORRASCOSAS

(A *Emily Brontë*)

1

Daymond venía por la oscuridad. Decía “Soy Diamante”, “Soy Diamante”, por disimular, pero nadie le preguntaba ni estaba. Se había puesto una pollera de mujer, abierta delante, y unas alas, que quitaba cuando quería y dejaba en cualquier lado; sólo la parte alta de la cabeza estuvo siempre a oscuras, los cuernos, los ojos de un verde brillantísimo.

Entró en la casa donde dormían hombres y mujeres, donde dormía la niña de nueve años, que, de algún modo, ya alcanzaba los límites de la adolescencia; la crencha lacia, los ojos pardos, los pies de rosa, dormía apretada a su muñeca, al oso, a papeles preciosos, de colores, y todo eso desapareció cuando entró Daymond. La niña abrió los ojos, no vio nada, se dio vuelta, dijo “Mamá”, pero la puerta que continuaba a la puerta de la madre, se cerró. La niña dijo “Mamá”. Daymond esperó un minuto y en otro minuto hizo todo lo que venía a hacer, y se fue. Al alba la niña dijo: —Mamá, anoche soñé que...

La madre, desde el balcón, miró a la calle, bullente, allá abajo; entre la gente iba un Tapado.

La niña dijo “Mamá”. La madre dijo: —Voy a hervir la leche, dulces papas y cebollas, voy a hacer el desayuno con muchos huevos y poco humo.

2

La lechuga desplegó su ropa de hada. Una cotorra que volaba cerca y era bellísima como una copa de oro, dijo: —Es pura ropa, es

ensalada. Y la vio ya en el medio de la mesa, en medio, un tomate rojo como el fuego y los terrones de azúcar y de sal. La joven mujer de la casa (que se iba al baile sin darse cuenta), al pasar cerca de la ensalada, hizo tintinear las pulseras.

Y el loro de oro, allá en el aire, y vuelto ya negro por la noche, marchó velozmente, lentamente, hacia otra raya y otro aire.

3

Cruzaban sombrillas por las chacras, unas azules, otras de rosa; venía la sombrilla amarilla de mi madre por la quinta. El sol goteaba como una yema, caía aceite y licor sobre las cosas.

Yo me atavié de organdí, la tiara hecha con frutas de papel pintado, y una langostita (de lo mismo); y avancé, así vestida de muñeca antigua.

Mi madre hizo que no veía, no me reconocía. Pasó a mi lado y dijo: ¿Quién eres? ¿Quién eres? Y yo no supe qué responder a eso. Y ella seguía bajo el artefacto de oro. El sol goteaba como una yema, caían rositas, rosas, clavos de olor, canela, sobre las cosas.

4

Avanzó un río, una gran lengua de plata para la quinta. ¿De dónde venía eso? Todos miraban al horizonte, pues, nunca hubo agua. Los árboles ya navegaban aferrándose a sus viejas raíces, y en lo alto llenos de flores, pájaros y huevos, todo temblando. Los gatos que nunca nadaban, ahora nadaron. Llegaron víboras y cundieron por la casa; eran verdes como el veneno, y la lengua: clavel con pintas. Por todos lados estaban sus ojos chicos y oblicuos. Los niños ya jugaban con ellas. Yo me até una a la cintura, y otra en la frente como una tiara. Las víboras silbaban y silbaban; casi no se podía hablar. Alguien susurró, gritó: ¿Es esto un sueño?...

Todos clamaron ¡No! ¡No! ¡No!

¿Cómo se sabía?

5

El misal blanco (y rositas rojas) fue mi delirio; el misal ocre, Isabel de Hungría y las rosas, minuciosamente miniadas; borde azul, el rostro de la santa; en óvalo, bajo el velo del pelo, los ojos claros, fijos. El libro de la Confesión, niñez y adolescencia, de los ocho años.

Voló el tiempo como una banda de águilas grandes, inmóviles, sin rumbo.

A veces, me parece que estoy muerta, con el cabello suelto.

Y el libro de las misas.

6

Era una tarde en el dormitorio. A lo lejos, vi venir la abuela, por el camino largo y revoltoso. Traía un cuenco con la crema y otros regalos. Mas, de pronto, cayó la lluvia, los hilos negros cerraron el mundo, lo negaron. Los colibríes que siempre andan solos, ahora en escuadra, golpeaban la puerta; creo que uno se mató; otros desaparecieron dentro de los gajos de flores, o buscaban refugio en la cocina!

Yo di un grito, tuve terror. La alta madre allá en los cardos.

Pero rápidamente, todo pasó. Y ella vino para el umbral, como si nada. Con el cuenco de crema y lo demás, y hasta traía un cardo, cazado en las tinieblas, rosa y azul, todo de pluma.

Yo le dije: Entra.

Ella dijo: —No puedo.

Yo decía “Entra”, “Entra”.

Y ella, extrañamente, respondía: —No, no, es imposible.

Y toda la tarde rondó el jardín esa sombra húmeda.

Y al llegar al umbral se detenía, no sé, con una sonrisa, una cosa rara sobre la cara.

7

Comencé a andar en zancos. Mamá dijo que no, que iba a tener enemigos en la comarca, que me verían tan alto, y ellos abajo muy chiquitos.

Pero yo ya me iba en zancos, con el pelo suelto y las amatistas. Mi madre me veía pasar vuelta un gigante, un molino. Crucé las siembras, huían las liebres, a mi rumor, los lobizones, novias y novios, como locos.

Un día unos parientes, casi me cazaron.

Y luego mamá se acostumbró a verme tan lejos y allá arriba.

8

Los ángeles tienen la cara boba y hermosa. No sé cuál es su sexo, parecen muchachas muy hermosas, parecen muchachos.

Los ángeles están siempre, en tiempo presente. Y para nosotros pasan los minutos, las rutinas, se abren celedonias y otras flores y cosas feas.

Pero ellos viven de su blancura, que fabrican y devoran. El día de la Primera Comunión llovió mucho. Y no había carruaje para ir a la escuela donde se celebraba la misa. No había avión ni ferrocarril ni calesa. Y hubo que viajar sobre avestruces, montados sobre plumas, los velos largos, blancos, velozmente. La gente de las casucas y bohíos, gritaba:

¡La boda! ¡La boda!

¡Van los novios!

Sin darse cuenta de que sólo éramos niños que íbamos a buscar la primer hostia a una escuelita.

9

Todo parecía haberse tornado de vidrio, de organdí. En el lugar donde estuvieran las frutas, había lámparas antiguas, exquisitas.

Las ramas de maíz conservaban aún las formas; pero ya eran casi lirios. Todas las piedras frágiles y misteriosas como huevos. Mis manos y pies, capullos, junquillo el talle; del pecho me caía un agua de almendras, todo el pelo, de hilo. La luna al alcance de la mano y por todos lados, del tamaño de una rosa, con muchos y pocos pétalos, cálida y fría como una rosa y el perfume.

¿Qué pasa?, clamé, ¿me estoy muriendo?! Virgen amparadora de los humanos, ¿qué pasa?! Yo ya no tenía ayer ninguno, el presente era eso; el porvenir, cortado por la luna.

10

Temprano, un pajarillo-reloj daba la hora, sin atrasarse, con sus pocos trinos. Las telarañas salieron de la oscuridad, tal alma de margaritas, ya agrandadas y encandiladas.

Las lagartijas corrían por muchos lados como juguetes. Pero los lagartos serios y antiguos iban en busca de huevas sin hacer caso de nadie, aunque algún día echasen una singular ojeada sobre los hombres.

Las flores del jardín tenían apodos puestos por nosotros: "Clavelitas", "Farolillos", "Palma imperial", "Reina", "Limón dulce".

Saqué un pie de entre las blondas, hacía frío, hacía calor. Me puse el vestido de papel rosado. Y quedé en la ventana. Fija.

11

Al despertar vio que el jardín se le había ido. Andaba lejos con los ramos de rosas. Y las fresias rosadas y amarillas que habían quedado atrás, mas también corrían.

Fuera de sí empezó a perseguirlas, iba así nomás, con la escoba y una taza, casi alcanzando a las fresias de coloreadas patitas.

Clamé: —¡Señora Rosa! ¡Vuelva!

Ella tornó al umbral, el pelo blanco tapándole la cintura; bajo los párpados, la desesperación.

Le dije: —Entremos. Vamos a poner la olla. Y así se hizo. Ella echó agua y sal, pero por las ventanas, veía al jardín allá lejos, divi-
sando aún roseras, jazmines, almíbar y veredas.

Yo decía: —Señora, hagamos la sopa.

Y ella, “Sí”, “Sí”, con voz casi inaudible.

Mas, se le saltaban lágrimas, redondas y blancas y duras como
perlas, que caían en toda la ropa, por el suelo, y en la sopa.

12

Era una tarde de visitas. Con licores y sombreros. De pronto,
dos pájaros embalsamados, desde hacía muchísimo, salieron del
estante y volaban a ciegas, (pues sus ojos eran botones), quizá por
qué remotísimo poquito de vida que había quedado en ellos; las
plumas ya sin color, algo abiertas; revoloteaban a tontas y locas.

Todos reían, aterrados.

Hasta que uno se atrevió a levantarse y cazarles. Y, de nuevo,
les mató.

Siguieron las conversaciones; tomaban masas, té.

Y caía la tarde, pálida y roja, atrás del vidrio.

13

Una mujer habló con mi madre. Le dijo: —Hay un lugar muy
triste, muy triste, muy triste.

Mi madre dijo: —¿Un cementerio?

Y ella: —No, no, mucho más y más.

Y cuando se fue yo pregunté: —¿Qué es cementerio?

Y mi madre dijo: —¿Por qué escuchas?

Al alba me desperté muy temprano. Elegí uno de mis vesti-
dos de papel, blanco, amarillo, rosado, los vestidos que usábamos
entonces las niñas de jardines, y salí, y volaba y revoloteaba como
una mariposa, y allá arriba me reía. Pero quería bajar, ir con los

pies. Y bajé. Había muchas rosas, muchos geranios. Y telarañas, grandes y hechizadas. El hilandero corría o se detenía, alerta. Con tantas tramas casi era imposible pasar; sobre ellas, los fuegos del alba; logré no desprender un hilo. Todas mis amigas dormirían porque era muy temprano, –jardines y jardines– y, también, sus madres. Y cada vez, había más geranios.

El geranio una mezcla exquisita de clavel y malva. Recordé la inflexión única con que mi madre decía “geranio”.

¿Nunca terminaban los jardines?

Di en la planicie. Allí, no había nadie. El viento, los árboles negros. Ondeó mi cabello. En la mano me aparecieron unos huevos pequeñísimos, frágiles, que tuve gran miedo de quebrar, ¿por qué? Huyeron al rato como una ilusión.

Sentí frío. “Vine vestida de papel”, dije. Intenté algún rumbo y no había ninguno. Me recosté en el árbol, cuyo tronco era hostil. Giraba el viento. Y nadie me iba a ver más.

14

Una noche mala, de lluvia y nieve, entró un querube a casa; mamá le destinó un lugar subalterno, entre almohadones, cerca de los perros, gatos y muñecas. Papá le llamó “la lámpara”, lo tomó por una cosa; la hermana y prima, más pequeñas, creyeronlo un juguete y jugaban con él; mas, la prima huyó diciendo: –El bicho me quemó.

Su relumbre era exquisito, denunciador de jerarquía.

Me mantuve aparte, tensa, y entreabría la puerta para que volviera a su origen.

Él no hizo caso, y permaneció por semanas. Iba de pared en pared. Y cambiaba. Negro, grande, con formato de mosca, flotaba sobre el agua de floreros y de fuentes.

Pareció copular con algunos objetos.

Hasta que puso un huevo sombrío, brillante y vacío.

Las muñecas y nosotras éramos iguales. Volados celestes y amarillos. Manos muy blancas, ojos muy claros, porcelana radiante. Sabíamos caminar, llorar, decir Papá y Mamá. Las visitas, por las muñecas, clamaban: Parecen niñas. Y por nosotras: Parecen muñecas.

Voló el tiempo. El bosque de acacias en que vivíamos, se mató, se taló. Huyeron al trote, al galope, lobizones, caballos, jabalíes, las gallinas de dos colores, que daban la hora al anochecer. Con asombro vimos que las muñecas seguían iguales. Y nosotras quedamos altas como mamá.

Así, ellas no se casaron nunca. Y yo, hay días en que me pongo el viejo vestido de oro, esperando lo que no vendrá.

El jabalí venía desde la lejana selva a robar naranjas. Las cerdas, en su corral, quedaban como locas, en celo, entreabrían la cabeza rosada.

Pero él parecía querer naranjas. Mas, luego iba por ellas, a acuciarles y poseerles con furia loca.

Mi padre salía gritando con palos y con balas, y nombres extraordinarios; “¡Ya volvió Ese! ¡Ahí está don Pablo!”.

Para mí, el jabalí era un hombre y jabalí. Rogué por él. Que nunca le alcanzasen! Y él, siempre fugó con su oscuro trote al lejano punto de donde era venido.

Una noche, mi padre desconfió algo, y entró de súbito en mi habitación, prendió la lámpara. Yo estaba como dormida, el pelo suelto, las manos juntas. En el estante, la Virgen, y debajo, jazmines, y huevos de paloma y de gallina, sobre cada uno de los cuales, yo había pintado un jabalí con impresionante cuerno y pies, inalcanzables.

El jabalí surgía por las quintas de “Corralitos”. Su presencia era consignada en los diarios. Al no poderlo retratar, se le dibujaba bastante parecido. Y la senda que hiciese al asalto de rosas y naranjas. Yo iba a la escuela a la luz del alba. Era una hora aún muy oscura. Y vestida de fantasía como se estilaba entonces en la escuela. Tacos altos y plateados, velo parpadeante, varios anillos con piedras (en la mano que sostenía el bolso de hule), pestañas postizas y la boca como una guinda o un corazón.

Así me enfrenté al jabalí. Era feo bellissimo. O no sé si lo miré. Un remolino de cuernos. Su bramido atravesó las nubes blancas que volaban lejos. Quedé rígida. Tal fue el terror que me volví muñeca. Mas, él no se atrevió, se humilló, se volvía con el oscuro trote, y había como un relámpago y un trueno.

Pude continuar. Los pies, inmóviles.

Pasaban por el aire, como volando, mi vestido de rocío, mi rostro sobremaquillado, y mi diadema.

En una tarde de neblina, de mucho sol, mamá y yo íbamos por los campos. Ella a mi lado, y a la vez, yo buscándola en un punto muy lejos. No sé cómo podía ser así. Y surgieron caracoles, huesos esparcidos, caballos muertos, parientes muertos, desparramados, muy distantes unos de otros. Mirábamos fijamente tratando de fijar su identidad. Y luego, surgió un bosquecillo más alegre. Y una mesa. Y había más gente, y pudimos proseguir la vida. Pero con aquella primera visión que viene y va.

La drácena y su listón plateado, su listón rosado, la romelia de brillo azul. Pasó una gallina, seis huevos acomodados sobre el

lomo, cuidando de no caerlos. Todos la miraban con gran respeto. Era en el atardecer, la hora de las retamas y los magos. Aparecían pequeños seres de oro, santitos y plantitas, y las mujeres los barrían delicadamente hacia abajo de los muebles, y siempre alguno renacía.

Los niños a la cama. Pero como yo nunca fui del todo chica, quedaba en pie. Venían las visitas a cenar en grandes platos y en la oscuridad. Para entonces, mi madre ya había terminado sus bailes de disfraces; sombreros, peinados y violetas. Ahora se hablaba del misterio del universo, de la Trama, cuyos vericuetos no han de hallarse nunca. Ni una vez se llegó a ninguna conclusión.

Después, había una gran cópula, desmelenada y loca, y luego, un gran silencio, y bajaba como una honda santidad.

Y nos levantábamos con huevos en las manos y en los brazos y portándolos devotamente.

Parecía venir la luz del alba, dejando a todos descubiertos.

Y cada uno iba a su sitio, y rezaba, y lloraba un poco.

20

Llegué corriendo a la casa del Padre. Llegué en puntas de pie a la casa del Padre. Llevaba una glicina y una sábana; no sé por qué llevaba esas cosas. La mesa tendida, un mantel exquisito, cucharas, tazas con rositas. No había nadie, no cruzó ni un ratón. Dije en voz alta y en voz baja: –Vine a buscar lo que se quebró; vine a llevar lo que trajiste. Vengo por las resurrecciones. Nadie llegó ni contestó. Aunque había como una música lejana, voces de campanas. Fui a otro aposento y a otro y otro, y todos con el mismo adorno, y vacíos. Y llegué a la nada y empecé a bajar los escalones de la nada, no sé cómo, de regreso; volví a la tierra, sus grietas, sus rosas y sus nardos, las casas de siempre. Me senté al lado de mamá. Le dije: –Mamá, aún no comienzan las resurrecciones.

21

Las cometas rosadas volaban a toda hora sobre el aire de las chacras, (aquellos años, las callejas), color rosa a rosa, margarita, celdonia; en la forma, candelabros, mariposas, gato montés salpicado de amatistas. Sobre lirios acuciantes y luciérnagas en interminables radios, ellas se izaban, mudas, solas, o con un oscuro silbo, como representando el Más Allá.

22

Para ir a la escuela nocturna era dificultoso. Pues, la escuela no estuvo dos días en el mismo sitio. Había que caminar en la oscuridad y descubrir. Yo no tenía ropa; iba envuelta en telaráña. Hacía muchos trechos y los deshacía, y al fin, la escuela, pero ya era tarde, estaba terminando la lección; y entonces, la maestra y otros niños me miraban con asombro.

Y al volver, igual. Hice viajes equivocados sobre ovejas y corderos.

Al fin daba en la casa; estaba un rato en la cocina, y luego el dormitorio. Los entredormidos susurraban:

—¿Cómo estuvo? ¿Aprendiste bien?

Y yo decía: —Sí, sí.

¿Y el camino de mañana? ↗

23

Me llamaron en la oscuridad para sacarme las luciérnagas. Se me habían enredado en el pelo, en las orejas, en los dedos y en el ruedo. Mamá prosiguió sentada, y yo de pie a su lado, y con una mano que parecía pinza de porcelana me quitó los insectos celestiales y los puso en un geranio.

Dijo: —No tornes al jardín. Ve adentro. Obedecí, pero en puntas de pie, volví a la ventana, y al instante, ya tenía otra guía de luciérnagas. Me acosté y me dormí, abillantada y asustada.

Llegaron las juntadoras de frutillas. Eran seis; con delanteas. A cada una, un canasto, que colmarían de bayas, farolillos.

Yo quedé inmóvil, tensa, no podía ir. Ya estaban prontos los carros para llevar la "frutilla" al pueblo.

Entretanto, se hervían la sopa, grandes vinos familiares, miel, membrillos.

Alguna mosca, dura y azul, como lapislázuli, caía en los tazones, y salía indemne; o una mariposa, grande, rosada y lánguida. Que al instante, flotaba muerta.

"Llegué de Korssabad", dijo una voz, y vi un querube que parecía un caballo, un caballo como un querube. Desperté y en el suelo había papeles desconocidos, dibujos inescrutables.

En los huecos de la pared, como siempre, ratas y mazorcas; huevos y licores.

Dieron vuelta los años. Era mi primer día de liceo.

Saqué los pies de entre las sábanas, angostos. Bellos como de loza; tan livianos que parecían huecos; hasta resonaban. Me puse el vestido blanco y empecé a andar por los senderos. El mundo ya estaba para mí en contra y yo estaba segura y asustada. Había ramos de naranjas, y pomelos, y ramos de limones. Las frutas no se veían sueltas, abundantes, sino atadas. Los amos de las huertas estarían festejando alguna cosa. Ellos también eran enemigos; se sonrieron.

Apareció el vehículo rojo, y se detuvo, que llevaba la gente a la ciudad. Me arreglé el vestido breve —y trepé—, me puse la pequeña máscara liceal.

La polvera parecía bastante mayor que lo corriente. Quisimos confirmarlo y ella dijo: —Sí, antes era muy pequeña; me la obsequiaron a los ocho años cuando empecé a maquillarme. La polvera era de porcelana muy blanca, y la tapa en celeste oscuro y dorado. Pedimos la abriese para percibir el perfume, aunque ya se sentía. Al subir la tapa, había varias oleadas, y más abajo, copitos, como una espuma, rositas minuciosamente hechas, color rosa o celestes. Ella tomó de aquello y se cubrió la cara que logró enseguida un opaco esplendor. Y luego se puso la ropa justa, el cinto, las esmeraldas falsas, que parecían más bellas que las legítimas, y soltó su cabello rojo.

Casi no se podía avanzar por las calles, pues la gente la percibía, hasta casi sin verla, y daba silbos, la gentecita daba coces, silbos, o criaba unas orejas largas y oscuras.

Pero ella proseguía hierática.

Quisimos entreabrir la polvera también al volver; revisando aquello, y rositas, tachitas de plata, huevos de codorniz.

Los repollos iban en líneas rectas (hasta el horizonte), en gris acerado, con relumbres de vidrio y perla. Había repollos pequeños y repollos grandes; sin embargo, todos eran iguales; y también a cada instante, cambiaban de tamaño. Su color era negro con luces claras. Y por el cielo pasaban las caballerías de mi padre, tantas, tantas, la melena blanca, larga, lacia; silenciosas como si no tuvieran cascos; o con un galope que daba un rumor de trueno. Las gentes salían a puertas y ventanas, —lejísimos, y yo las oía tan bien—; decían: Son las caballerías de Pedro, de Di Giorgio, Pedro.

Me preguntaba: —Pero, ¿cómo? Si mi padre tiene un caballo, sólo.

Y yo ahí? ¿a la noche y medianoche?!; miré absorta hacia todos lados, y empecé la vuelta, sin preocuparme de nada, pues, no sé por qué nadie me veía nunca. Volví rozando las perlas de repollo, el cabello por el suelo, los cascos de cristal.

Reptas como una miel extraña y valiosa; pero no vienes, yo soy la tarde.

Y la “miel” se izó sobre sí y por un tallo de diamela que estaba cerca, y dijo: —Aquí estoy; para lo que sea, regocijo, pecado, fuere lo que fuere.

La tarde estaba sentada, blanca, rara, (como marosa), el cabello rojo, cuya punta tocaba el suelo. Dijo: —No, no, yo no acepto nada; sea lo que sea.

A nada amo.

Y no quiero ramo de flores en mi mano.

29

Mamá dijo: —No te alejes mucho, Mariposa. Y yo dirigí hacia ella mi cabeza diminuta hecha de tul negro, la mano de hilo; una de mis alas era azul, la otra, negra; un azul suave, celeste, de cielo, un negro como guinda y uva, profundo ensueño.

Mamá, seguramente, estaría pensando una vez más: —Qué mariposa tan rara, Dios mío!

Y yo, consciente de mi extrañeza, di algunas vueltas absurdas en torno a una arvejilla. Y divisé a mi madre, ya dentro de la casa; y a mi hermana y a mi prima, que eran dos niñas muy hermosas, de ojos grandes, llegaban a la cintura de mamá, y se iban a la escuela, y antes de ir, comían carne, pastel, arroz.

30

Iba y venía en un pequeño carruaje cargado de rosas y manzanas. Las manzanas estaban llenas de pétalos y las rosas eran duras como frutas, y una fragancia siempre intensa, y el caballo blanco muy bello, con tiras y riendas deslumbrantes, y había como una polvareda de pájaros y mariposas. Tan diminutos y radiosos estos

seres que eran casi polvo. Y mi vestido también estaba ornado con rosas, y en la tiara y caravanas había brillantes.

Iba y venía de continuo sobre la pequeña calesa. Hasta el portal de mi casa, (y de vuelta al sitio remoto), y otra vez hacia mi casa. Y, así, siempre bajo ramazones de rosas y de frutos.

Mis padres y otros miembros familiares me miraban con mirada fija, soñadora. Mas un día al acercarme al portal vi visitas desde comarcas muy lejanas. Y mamá dijo mi nombre, claramente, y mis otras señas, y con asombro oí que lloraba y agregaba: —Ella murió a los dieciocho años. Le vino una espantosa fiebre y murió mientras dormía.

31

Está Rembrandt, dijo una voz. Y yo eché a correr, mas no parecía salir de mi sitio, o que la casa fuera inmensa siendo que era tan chiquita. Algunos quedaron con la cuchara en alto; otros, prosiguieron comiendo y miraban de reojo aquella fantástica carrera. Cuando por fin pasé el umbral, vi como siempre, la noche oscura, tejidos entre las hojas, la flor de cangrejo.

Y esa voz que dijo: —Es el Muchacho del Ave-toro.

Miré certeramente al alambrado. Y ya estaba el doncel de los campos, indolente, audaz, misterioso. La penumbra lo envolvía y lo desenvolvía. Le vi la mano de donde colgaba el buitre.

Por el cielo corrieron uñas luces como cuando va a hacer mucho calor o llover.

Lo que yo veía se desvanecía, se desvanecía, luego, quedó alto y patente, como si fuera a durar siempre, y se esfumó. Yo volví a la telaraña, a mi hogar oscuro.

32

En una especie de amanecer, iba una mariposa, las alas rectas, puntiagudas, mas, de mitad del cuerpo le caían otras alas, largas,

dulces, de colores, como plumas; pero, no tenía antenas ni cabeza: esta mariposa volaba sólo con las alas.

Se oyó un interrogatorio: —¿Qué hay sobre la tierra?

La mariposa transmitió: —Lo más horrible que hay sobre la tierra es lo que se llama carne. Tiene un jugo oscuro, pero no como el de las granadas y las guindas.

Una sal y un azúcar; pero, distintos.

Y esta carne puede disfrutar y dar disfrute; puede gozar y dar goce. Y esto es más espantoso todavía.

Pareció que iban a continuar los interrogatorios. Mas la mariposa se alejó; las alas rectas, puntiagudas (y las otras alas raras), me alejaba sin cabeza.

33

Había dos loros nevados, frente a frente, como para amarse o destruirse. Pero estaban inmóviles; tal vez habían sido verdes, azules, rojos; ahora, eran nevados; no, no, siempre fueron así; el copepe breve, alas afiladas, la cola ondeando, y sobre ellos, dos cálices sucediéndose, uno sobre otro, y arriba unas ramas de maíz, de un blanco total, aún más, un ilusorio blanco.

Todo esto en el aire del jardín natal.

No se sabía si era el alba o el atardecer. Investigué y no se distinguió.

Las hermanas de mi madre estaban sentadas, juntas. Una, rubia, de ojos verdes. Tenía un nombre griego: Ida. La otra, morocha, blanca, con un nombre hebreo: Josefa (Luz). Leían la historia de la familia en unos papeles recortados en forma de estrella.

Y no se daban cuenta del grupo que flotaba.

Los loros enfrentándose; sobre ellos, un cáliz sobre otro, y arriba, un manojito de hojas, blancas como el azúcar y la luz.

MESA DE ESMERALDA

1

Quedé pasmada, hechizada. Postal o cûadro ¿naturaleza muerta? Esa uya color perla, traslúcida, radiosa, y la uva grande, celeste, color rosa, una mariposilla por aquí y allá, nabos rosados, rojas manzanas, un caracol blanco, breve, tirado en cualquier parte. Y ese nido en el suelo como un cesto con huevos ocres, pulidos: luz discreta. El áspid, su figurita azul, centro de todas las cosas monstruosas y bellísimas –inficionando un huevo.

Quedé embelesada, aterrada. Era mi retrato, remoto, el más antiguo, de la Creación y el principio del mundo.

Yo estaba ahí.

2

En el sueño de la tarde tomé una guinda que se volvió gota de sangre y se agrandó. Al despertar vi el sol como una olla de plata en las aguas azules. Adentro de los gajos, comadrejas delgadas y con hijas. Pasó un tatú, armadillo: mueblecito hecho con finas tallas. Lejos, otro, grande, casi una casona, entre los áloes de siglos.

Desde las paredes caían roedores zumbantes. Cenamos apenas en un patio sin techo, bajo enramada y leve lluvia que caía sin nubes.

Mi padre se alejó algo y dijo: –Hoy es el día. Yo estaba acostumbrada a oír y callar. Pero, esa noche dormía y me despertaba, dormía y me despertaba, tal si estuviese enferma. Hasta que un rumor raro avanzó por los cuatro rumbos, un paso de lobizón, armadillo o jabalí. De todos lados llegaba un ratón. Me puse en

pie de súbito. A ciegas tomé el vestido breve —perla y perla— con que concurría al baile de las niñas, el caperuz de abrigo; y avancé. Mi padre ya iba raptado, acostado, en alto, triunfal, caído, ligado, muerto, cantante.

Y yo corría, a través de la chacra que parecía haberse vuelto infinita, con las manos heladas, pequeñas como patas de gallina, detrás de eso infame y funeral.

3

A la noche empezó a soplar viento; en verdad, eran jazmines que venían, y eso parecía el viento. A ras de tierra, por el aire, a través de los árboles, puertas y ventanas; sembraron eludirme, pero, uno me golpeó en el pie; varios, seis, se me acomodaban en la cara, tal rápida corona (se deshizo). Yo estaba junto a la mesa, inmóvil, trazada con un lápiz.

Los jazmines eran grandes y brillantes como hechos con huevos y con lágrimas.

Los familiares parecieron preguntarme silenciosamente y con alguna ira: Aprendiste tantas cosas y ahora no puedes explicar?

Se inició alguna conversación en lo oscuro, varias conversaciones, pero se interrumpían porque todo era inútil y nada podía detener a los jazmines.

4

Al salir del sueño, en la punta del costillar, casi al comenzar el vientre, me vi un hígado, un riñón, varios hongos, diversos tonos de granate, una mariposa que parecía de papel y no lo era, todo en fuerte ligadura; quise despegarlo con la esperanza de que sólo estuviese posado, y se sacudieron mis entrañas. Fue tal el terror que no pude invocar ni a Dios; me puse un vestido ancho y liviano para ocultar aquel manójo y partí a la cocina, no sé cómo, en vuelo, con la intención de alguna cena, porque parece que cumplir los ritos, ayuda,

mas no pude probar ni agua; me miré en la nevera, la cara traslúcida, porcelana, cristal. Noté que no había nadie, que no estaba ni mi madre. Volví en puntas de pie. Los ojos hacia afuera. Y así vi vehículos desconocidos. Ah, entonces, entendía. Yo era de ayer, no de hoy. ¿Pasó una taza voladora e hizo una seña? Noté en los vidrios que me adelgazaba, me adelgazaba, a cada instante más tenue, ondeando ya como un tul, y con aquel horrible crecimiento a cuestras.

5

(A Wilfredo Penco)

Nos invitó a cenar y sobre la mesa había manjares exquisitos, y en el centro una cañastilla con mariposas. Contó que les había dado caza esa mañana, cocido y procesado.

Eran de diversos tonos: verdes, lilas, rosadas, azules, rojas. Con salpicaduras ardientes y alas en actitud de vuelo. Incitó a probarles y devoró una que le dejó un polvillo celeste en torno de la boca. Nadie animábase; todos sentíamos miedo y rechazo. Mas ella con la mirada nos conminó y obligó. Y por timidez y cortesía, cada uno tomó una, es decir, intentó, pues, las mariposas, al querer ser tomadas, se iban lejos; no corrían ni volaban, estaban muertas, pero aparecían lejos y brillando con intensidad, como haciendo hincapié. Enfrentaban con su celestial, singular muerte.

Repetíamos el avance, el mismo resultado. Nos empecinamos, nos desesperamos, y las mariposas aparecían brillando lejos. Recurrimos ansiosos a la invitante. He aquí que ya estaba posada; sus ropas cayendo como polvo; le salían alas celestes y brillaba como una estrella, y creo que al fin, fue quien terminó con todo.

6

Había una polvera de plata, con estrías. La forma de un higo, pero más grande y chata. Y adentro, un cisne y polvo ocre, que mi

madre usó sin que ello perturbara su portentosa blancura. Mientras, corrían los años de la drácena, helechos y bromelias. Creo que vivimos entre las hadas, porque, ¿qué eran si no?, esas hojas con listón plateado y esas flores radiosas y rosadas.

Después de la lluvia siempre vino un lirio, orquídeas bujías, envueltas en tul violeta, vinieron caracoles blancos con boquilla roja y paso de camelia. Un día fueron tantos, tantos; donde se pusiera atención nacía un caracol. Parecían bebés, huevos, nardos. Daban miedo y nos tomamos de los dedos; rezamos, no comimos. Pero al prenderse el sol entre dos nubes, ellos desaparecieron.

Así se formaron estas historias y estas Escrituras.

...Andando el tiempo en otra casa volví a encontrar la polvera. De plata con estrías. Como un higo, más grande y plana. La entreabrí para ver el espejo, el polvo ocre. Mas, hallé una enorme concavidad, la chacra entera, cada línea de árboles, una a una. Vi el viento. El capullo donde nació mi hermana. El capullo donde nació mi prima. El carromato fúnebre. El vestido de novia de mi hermana y sus azahares. Vi todo. En cada rincón, un hecho, una persona, y se oían palabras.

Me dio terror, y bajé la tapa. Y volví a abrirla. Y vi lo mismo.

Entonces, la tiré en un lugar, lejísimo, para apartarla, así de mi vista y de mi vida.

Pero, ciertas mañanas, tengo intenciones de interrogar a mamá sobre la polvera, y no me atrevo, pues, ella —que nada olvida y rememora todo— jamás la nombra.

7

Las abejas construían sus casillas con paja y barro, leve cerámica; entraban y salían por puertas y ventanas, dentro, placares y baúles, repletos de miel. Y se iban volando o caminando en busca de más alcohol y azúcar, hacia los cardúmenes de rosas y alhelíes.

Las catedrales eran también de paja y barro y parecían parvas.

El gallo cruzaba por doquier: alas abiertas o no, renegridas, pico rojo, ojos azules.

Entonces, yo era la reina de las violetas.

El gallo quería destronarme.

Pero me ampararon Santa Brunilda y las demás santas.

Y así, aparecí en cualquier sitio del camino, con la corona de flores azules, el vestido níveo, y la bellísima cara de madera.

8

El día de las azucenas una paloma me atravesó el pecho, y flotó en el aire, blanca como la nieve; yo me volví y la miré, pero sin terror ni dolor, con una sonrisa de niña chica o de muñeca.

Y la paloma huyó a un árbol próximo, tornándose dura, maciza, de metal, de plata. Yo trepé con una velocidad que desconocía en mí. Y ella seguía pulida y maciza; parecía un objeto del tĕ. La adquirí, sacudiéndola como si le fueran a tintinear huevos, mas no se expresó de ningún modo.

Con ella en la mano, crucé el prado, y al entrar al jardín de azucenas, aleteó y se escapó, recuperada la blancura; echó cinco pétalos, estambres amarillos; se puso, disimulando, entre las flores; yo no la perdí de vista, quedé a su lado, y cuando pasaba alguien, gritaba “¡Ésta!”.

Pero nadie se apercibió.

Ni yo dejé la guardia.

Y siempre, es el día de las azucenas.

9

Se le murió el hijo casi en los límites de la adolescencia, y con él murió todo el universo que en él vivía, la posible sucesión de hijos, nietos y más nietos. Lo encerraron adentro de la tierra; se esparcían las sales. La tierra, feroz y madre, le tragó el cuerpo como una guinda, le tragó el alma, como una guinda.

Salió un hongo, se elevó; ella le acarició la piel suave, de seda y entredoses.

Volvió cada mañana. Él, con la cabeza redonda, blanca; ella, con la cara flaca y amarilla.

Hasta que él no estuvo. Y nada más aparecía.

10

En una tarde de tormenta, cada vez más negra y más plateada, nos dio miedo y nos sentamos en torno de la mesa, y pedimos la caja de las alhajas, y mamá la trajo; salió el collar verde, el collar granate; y jugábamos con ellos; la tarde se tornaba más oscura y más clara; pedimos la caja de los retratos. Y mamá la trajo; salieron los abuelos y las tías, los confrontamos. Y la tarde se volvía más clara y más oscura. Entonces, pedimos las manzanas. Y mamá fue a aquel patio secreto y el árbol. Trajo las manzanas, rojas, livianas y fragantes. Dio una a cada uno; con el cuchillo las cortábamos en varios trozos. Y de allí saltaron diminutos hombrecillos, mujercitas y hasta niñitos, que corrieron por toda la mesa para escapársenos; pero con los cuchillos los atrajimos, engulléndolos al minuto.

Mientras, la tarde, fuera, se volvía más oscura y más radiante.

11

Al despertar advertí al tatú que era más alto que los techos. Por la ventana veíanse sus varillas pulidas, recamadas. Salí para verlo todo. Y había unas mujeres que le miraban y decían: —Su carne es rica, rara; queda bien con orégano y vino blanco. El tatú se deslizaba, no sé si caminando o si corriendo. Cayó una lluvia levísima, hermosa, sobre el mundo. Y hubo varios arco iris; sus siete colores brillando como nunca. Flotaban por todo el aire, candelabros. Yo estaba inmóvil, en el jardín. De pronto, las mujeres se precipitaron entusiasmadas. Y, al rato, volvían con el tatú en brazos; pero, ya, pequeño, mediría medio metro. Clamé: —¡Por Dios, no vayan a matarle!

El tatú unió sus manos finísimas y rezó.

No se oía ni un gemido.

Horas después elevóse un aroma a orégano y vino blanco.

La cáscara colgaba, ahí, vacía.

Una voz dijo: —Yo haré con ella un costurero.

Y la noche siguió su curso. Creo que había muchas estrellas, y que, muy tarde, llegó desde el sur un vendaval.

12

María Rosario de Giorgio Medici, nacida el 16 de junio de...

Y se oyó el milenio, mas no el siglo ni el año.

Las brujas malas cortaban flores, diamelas, y hacían ramilletes. “Bouquets”, que echaban hacia arriba, y allá brillaban, pero, al caer, eran otra vez diamelas.

Era de noche y me entré diciendo “Nos van a dejar sin flores”. Nadie hizo caso. El mundo y yo éramos distintos. Dentro del armario, ratas y ratones proseguían su vida. Bailaban en mis pies. En la ventana comían queso, dulce, huevos de codorniz, pero sin fecundar, pues, no es posible interrumpir la vida. Todas las niñas de la casa y las de las vecinas, y las de la escuela, una a una, entraron a la iglesia, altas como reinas, la corona, y el vestido de oro y de diamela.

Mas yo quedé sola.

Brillan las nubes.

Y siguen las brujas cortando flores.

13

Al ver las cosas resolvió irse. No al jardín, ni al otro más lejano; ni a otro país, ni a la muerte. Tomó otro método. Una mañana, en el alba, saltó del lecho, oíamos un silbido y un volido como de loro y de lechuza. Y se posó allá entre la sala y la cocina. Es decir se veía dónde estaba y no se sabía dónde estaba. Quedó fija, pero, flotó. Flotó fija. Los rizos hasta el suelo, el batón rosado, el mantón rosado. Mamá le rezó, le preguntó: —¿Dónde vas? ¿Qué te pasa? ¿Frío? ¿Fuego? ¿Nieve? ¿No quieres comer, dormir,

casarte? ¿Qué te duele? Primero, se ocultó todo a los vecinos. Luego, se llevaba a las visitas a ver eso. Poco ya recordaban de la infanta, pues, su actual estado desdibujaba la anterior presencia.

Hasta que empezó a tornarse un diseño, a desleírse; yo vi a mamá con un pincel reforzando el contorno; al fin, sólo se vieron ojos; mamá los circundaba fuertemente con un lápiz de oro y la vi con uñas como pinzas rasguñar el revoque y hurgar en los ladrillos. “Se fue”, dijo.

En el hogar crepitaban leños. Y cerca del techo volaron unas mariposas, como ebrias, como si hubiesen bebido algo oscuro y desconocido.

14

Pescaban unos peces casi redondos, negros, llamados “palomas de agua”, con escamas duras, y carne rica y blanca.

Por antiguas señas algunos eran crucificados en las puertas, pasados con un clavo. Los demás se hervían en grandes ollas.

La niña más chica, llamada Ana-Isabel, que tenía fama de erótica y de haber sido poseída por un animal del bosque, al ver los sacrificios, dio grandes gritos que cruzaban el aire como navajas.

Y la madre le silbó que se callase; mas ella prosiguió y daba aletazos sin alcanzar nada. Entonces, la ató con un gran moño celeste. Y repartía lo que hervía, en abundancia.

Mientras lo otro sangraba fijo.

15

Papá dijo que iba a cazar planetas.

Quedamos azoradas en las sillas, Nidia y yo.

¿Serían pájaros, gallinas, peces, frutas? ¿pequeñas muchachas hermosas para ornamentar la casa?

Vagamente nos explicaron.

Era el atardecer y un leve humo salía de entre los pinos.

Avanzaban con rapidez, el muérdago y sus canastillas rojas.
La noche cayó del todo.
Papá tomó las jofainas y los platos y se encerró.

El miedo y la curiosidad fueron tales que trepamos hasta las ventanas para espiar.

Y vimos a papá y a algunos vecinos, pero, como con disfraz, que fueran otros.

Hacían sobre los platos un proceso difícil y larguísimo.

Locas de terror corrimos al lecho y a la mañana no nos atrevíamos a despertar. Mamá trajo la leche, la miel y rodajas de almendrado.

Nosotras preguntábamos:

—¿Es acaso, papá, murciélago? ¿Es un ánade?

—¿Cazó planetas?

Ella dijo: —Sí, sí.

Y dio un platillo con uno a cada una. El de Nidia era color naranja. Y el mío, verde azulado. Parecían frágiles y bellísimos. Con una luz que les vendría quizá de qué.

16

La historia del tatú no terminó allá. Después de diez años él volvió. Sus varillas plateadas, recamadas. Las mujeres gritaban: —Es el mismo que matamos y comimos hace diez años.

Y relataron la noche de la aventura, las ramaş de orégano y violeta, las liras del viento y la lluvia que vino después.

El tatú, ahora, se deslizaba lentamente. Como un caracol gigante. Y más allá parecía haber otros, iguales.

Las mujeres clamaban: —Seres así van a estropear la tierra.

Y se oían ruidos adentro de la tierra.

Pero esta vez yo avancé a caballo. Con un látigo que tenía en la punta un zafiro, pegué a las mujeres, suavemente, sólo para dispersarlas; desparramé a todas mis tías, mis madres, mis abuelas.

La “mulita” se escapó entre las hierbas, adentro de su angosta caja, del mueblecito oscuro.

Hablaba. Dijo algunas palabras en español con un extraño acento portugués.

Las mujeres me persiguieron hasta la casa. El sol estaba cerca de mis dedos. Luego llegaron nubarrones. Y cayó un granizo nunca visto, por todas partes. Cuentas como perlas, blancas, perdurables.

17

La noche, eso que inexorablemente, acaece. Abre las alas del lagarto, esconde todo adentro del zapallar.

Nos sigue a la cocina, nos da vuelta el alma que ve las tazas olvidadas, divisa números que en la luz no se pueden vislumbrar.

Me siento en el borde del lecho, sin atreverme al reposo.

La sábana centellea. Llena de estrellas desparramadas y apiñadas. Como guijarros blancos y sedosos del fondo del cielo y del mar.

Afuera están la canasta de Ilse, de Iris, de Nidia, la vieja leyenda de Carlos niño.

Mi alma sola –Rosario apenas– sigue las huellas de las fogatas, las arañas, de las muñecas, que –de noche– salen sonriendo del rosal.

18

La casa era chica, sin cáscara. No sé cómo cabía la familia: padre, madre, tres hijos, cuatro hijas.

Pero, lo más importante fue “las coronas de novia”, sombríos arbustos con perlas, marfil opaco. En ese sitio, los días eran nublados, o mejor, eran días sin nubes y sin sol. (En el aire oscuro relampagueaban los santos).

Ellos para comer quitaban algo que pasaba; pájaros, hígados de vaca, termites, soñamos casamientos sucesivos, paralelos, –a lo lejos, parecían flotar capillas– de los que, a cada instante, cambiábamos el novio.

Esa familia cortó el viaje, es decir, su estadía a nuestra vera; se fue a otro país. Ahora, yo, tampoco, estoy.

Vuelven
el naranjal oscuro, las ratas, y el desfile interminable de diademas.

19

Pero, de nuevo, estaba juntando repollitos de colores!

Eran verdes, amarillos, y dorados, y adentro, parecían tener algo ardiente como ser cigarrillos y rubíes, frutitas y rubíes, que caía a través de las hojas verdes y cerradas.

Y, además, los sacaba con demasiada facilidad como si no tuvieran peso ni raíz. Y los ponía dentro de su bolsón de niña nocturna.

Por todos lados pendían cristales. Y cerca oía al dragoneo de los zorros. Bien vio qué pasaba con las codornices, ponían huévos sin cesar, y el chorro de perlas tocaba el suelo; mas, si levantase algunos de esos huevos, enseguida, se tornarían codornices.

Al volverse, y por un minuto, se movieron con ella los animales de oro.

Buscó la casona natal. Allá arriba. Se encendió un farol. Leyó "Rosa", "Eugenio". El nombre de los abuelos. "Eugenio" "Rosa". Entonces, ella volvió a ser Rosita Eugenio-Rosario Eugenio. Hizo una caminata atroz con la bolsa al hombro. La casa aparecía siempre más distante y más distinta, como si estuviera fotografiada o licuada. Y con un aro enorme. Triste; y tornasol, pero triste; sobre el que, en un impulso último, voló y se quedó.

20

El hombre que vino de visita tenía un brazo apoyado en la mesa. Era un hombre sereno, macizo. Me dijo: —Mi brazo tiene cosas dentro.

Yo dije que se quitara el saco, y obedeció, y el otro saco, más liviano, y la camisa. Vi un brazo poderoso, mas, al instante, pareció rasgarse a todo lo largo, y de ahí saltaron piedrecitas, maíz, honguillos, polvo, y otros desechos.

El hombre tenía los labios firmes y la mirada empecinada. Que-riendo desviar la atención hablé de las lluvias que semejaban no acabar jamás, del rosal de rosas azules que por primera vez floreció en el patio. Eran rosas de un azul intenso como fuego y alcohol ardiente.

Cuando volví a mirar, el hombre ya se había vestido. Parecía estar sereno y se levantó con cierta elegancia. Se iba. Pero movió el brazo y yo oí un tintineo atroz de piedras y maíces.

21

Las pianistas estaban sentadas a muchos pianos. De sus dedos entrelazados con las teclas caían margaritas. Estas eran doradas con el centro blanco, o al revés; o celestes; o de un rosa oscuro; o negras, como moscas y pensamientos; e iban por todos lados.

Quise huir; me encerré en un ropero y en él también estaba la música; corrí a la cocina, pero los platos tintineaban; parecía que habían colgado una lámpara de mostacillas. Clamé: Mamá, díles que se vayan, que dejen los pianos, ¿quién las llamó? (y casi eché a correr); yo no puedo vivir así. Todo brilla.

22

Vino atravesando los aires, la cara blanca como cubierta con un trapo, las alas negras, grandes, que parecían de águila, sobre las arboledas malditas, los pantanos. Semejaba un druida, un poeta, un designio; cruzó la ventana hasta donde ella dormía, los brazos y el pelo tocando el suelo; las piernas entreabiertas.

Él se aplicó, se adosó.

Y por alguna destreza suya hizo que ella siguiera dormida. Ella soñó que se había casado y ése era el minuto nupcial; entregó toda su sangre, con miedo y sin retaceos. Él sorbía por varios rumbos. Luego, se alzó, se despegó, y pasó la ventana, por donde ya cruzaban flores fatales, recién hechas, rosas, dalias, camelias, bromelias, y miosotis,

las plantas que dan bichos de luz... Él volaba con un rumor de otros mundos, de planeta, la cara blanca goteaba, las alas negras ondeando como si fueran a subir más alto que la luna. Iba molesto, azorado.

Ella, ya, definitivamente muerta, estiró las piernas y las retrajo, y el rostro, igual, abrió y cerró los ojos y estaba muerta.

23

Vi, como siempre, la lámpara de barro oscuro con dos alas, y los platos de berro y de violetas. Había crecido comiendo esos ramilletes. Cuando no se agregó algún pájaro que la Señora cocía con plumas. Yo aborrecí esta parte de la vianda.

La Señora no hablaba casi nunca y era como muda. Yo no entendía bien si era su hija o su sierva. No obstante, me dio nombres extraordinarios, diciéndome “Cazadora” (o Espejo, Pera, Lirio). Y me avisó “Tienes un ojo arriba de los ojos, en medio de la frente. Con él verás en profundidad, aves, vidas”.

Me miré en el agua y hallé mi ojo, claro, oscuro, con muchas pestañas y perlas.

Ya, estoy casi tan alta como la Señora.

Ella ha dicho: —El mundo es tuyo.

Pero, sigo inmóvil.

Pasa lo inexplicable.

Una hoja de violeta me saca de la vida.

24

(A Henry Cortazzo)

Al entrar o salir —no sé—, vi margaritas, mascarillas, gente que bailaba con sólo un ala. La mitad de un rostro no correspondía a la otra mitad; pero igual, casaban tan bien; en la misma cara Coco y María Isabel. Las mangas combinando con las cejas, y las uñas y el pensamiento. Iban de negro y de dorado.

Los ratoncillos corrían por toda la pared, en todas direcciones. Comían quesitos celestes, salmones, color rosa. Tal vez, fuese ésta su Ciudad Secreta, la mina que cavaron durante cien años.

En los relojes –sin agujas–, una gente chiquitita y plateada, se reunía y desunía, por instantes.

Oí que clamaron por mí. Y bajé la escalera, ya, seria, con el delantal de colegial; fui a la escuela, a la iglesia y a la cama.

Pero, un rayo de oro, enseguida, con qué precisión y rapidez, me llevó, de nuevo, a la otra orilla.

25

Lograron quebrantar la nube, la eternidad, y reingresar en el tiempo. Hombres y mujeres, soldados, monjas, caballos, perros, cofias, mantos; vi mujeres celtas, desnudas, con un rictus de gloria y de pelea. Flores circundaban todo como subrayando la resurrección; vimos correr el pepino salvaje con su cola de fuego. Gritamos: ¿Es fruta? ¿Bicho?

Quedábamos a las veras rezando y sollozando por ver antiguos parientes que parecía que reaparecían.

Mas, el ejército dio una vuelta y volvió a las nubes.

Y nosotros, a la casa. A cuidar los platos, las plantitas.

Y por muchas horas se oyó una música nunca oída y un tañido incierto.

26

Cenábamos como siempre flores y manzanas, rosas, mariposas. Desconocidos se sentaron a la mesa, hablando un idioma distinto al nuestro, con palabras que entendíamos y no entendíamos. Corría jugo de manzanas y tomate, un zumo colorado que, a ratos, tomábamos pasando la lengua por el mantel; había huevos como llamas, como estrellas; explotaban dulcemente, salpicando a todos con pepitas de oro y granos de maíz; comimos pollitos nonatos, azucarados y salados.

Luego, un largo interludio, se demoraba el atardecer.
Se fueron sin saludar los desconocidos.
Yo di un paseo leve y sin rumbo.
Revoloteó El Hada sobre mi doliente paso, mi apesadumbrada
belleza de otros siglos.

27

Golpearon a la puerta: era el atardecer.
Mamá dijo: –Buenas tardes, señora Vizcacha, o Comadreja.
Ésta, parada en dos pies no sé cómo, entró. Faltaban pocos
momentos para que viniera papá. Por las ventanucas entraron
también claveles y celèdonias; rojos, los primeros; anaranjadas las
segundas, y abejas y mariposas.

Y entró el viento.

La visitante dio a mamá una olla de agua que asimismo te-
nía ratones hervidos, corazones, hígados, y otras cosas exvivas y
nutrientes, que mamá agradeció con una sonrisa forzada. Y dijo:
–Adiós, señora Vizcacha, Comadreja.

· Ésta se despegó de la puerta.

Papá ya venía por entre los eucaliptos y parecía más alto que
ellos. De lejos, parecía negro; habíamos olvidado el nacimiento en
Italia, y qué era Italia.

La visitante, parada en dos pies, no sé cómo, corría velozmente,
velluda, semidesnuda. Su pequeño delantal rojo ondeaba al viento.

28

Vino de visita una estrella; de noche, porque de día no hay es-
trellas. Tenía el pelo brillante y cinco picos. Hacía aparecer, lejos,
cosas muy disímiles a ella, lirios de un día, blancos, atigrados, que
se esforzaban por acercársele, formar lista a sus pies, picos.

Ella daba una luz fuerte, un aroma a damasco.

La miramos de reojo, con miedo, escudriñándole las diademas

sucesivas, su relojería de esmeraldas y de perlas, ese entredós con turmalinas. Pero todo eso no era cierto: ella no era de oro, era de estrella.

Igual, preguntábamos qué es, un reloj, un hada.

Le dijimos margarita.

Ella daba un murmurio de trasmundos que aterraba y encantaba.

Pusieron sobre la mesa cosas selectas destinadas a vivir siempre en los armarios; miosotis, menta, trozos de encajes.

Y creo que ella algo cenó, tomó algo con sus manos delicadísimas y sus dientes de maíz.

29

Por suerte, las moreras estaban lejos de la casa; pero, yo, como en un embrujamiento iba allá. Las moras, al verme, caían sobre mí, las negras, las nevadas, con un chistido de perla, en rápida corona por la cara, seguían el vestido y hasta el suelo y corrían. Les decía: —No se desprendan, no caigan, no mueran.

Y ellas, igual corrían. Y había, también, un haz de capullos de gusanos de seda, un rumor de ruecas invisibles, un rumor de ruecas. Los años niños ya volando, la Primera Comunión como una estampa, mi vestido de organdí, blanco hasta los suelos, manto azul, ramo de alhelíes, el libro de gasa con la imagen de la Virgen que parecía la mía. Y en el horizonte dibujándose ya una lista interminable de amores siempre irreales. El palacio campestre en manos de desconocidos, oscuro, chato, ratones y ladrones, callejón en sombras, carretas casi inmóviles (demoraban un año en llegar a destino), caballos salvajes, mariposas enormes, terribles, rígidas, que parecían tener motor, hélice, y de pronto, descendían en el patio.

30

Los grandes animales. Umbríos, gruesos. Vacas y caballos. ¿Qué diferencia menuda nos separa? ¿No hablan?

Nacen, viven y mueren en la misma ropa.

Donaron tanta leche, sangre, pelo.

Pero un día uno, se desquitó. Un caballo rubio, radiante. Partió volando al horizonte, con el pequeño coche en el que iba la niña; otra o yo, no sé. Ya, de pie de espanto, cayó el delantal verde, azul; dramáticamente, más que una colegial, era ya una bailarina.

Y en el trayecto empezaron a erguirse candelabros, el pie largo, la boca rodeada con gemas negras; no tenían luces sino un montículo de moras sin que cayese ninguna.

Y había una rara perspectiva. Era como si aconteciese el velatorio antes del final del accidente.

Y el sol brillaba sobre todo eso; se había vuelto cercano y delicado.

31

Viniste a morir al lecho. Tus pétalos rojos, verdes, la cubrecola de tul, antenas retorcidas y plateadas. Mamá se equivocó esta vez; dijo: Es un monedero de colores, con funda de gasa y prendedor brillante. Pero, era tu corazón casi inexistente que terminaba aquí. Yo te vi salir de la franja de frutas y perfumes. Y fui allá. Era enero y las liebres de enero ponían su cara mítica entre las amapolas. Yo te dije mariposa. Y desde el árbol caían hilos, tela, uvas, una manzana roja, anacarada. Y en los costureros salvajes se hamacaban los ratones. Y en el horizonte había gritos de júbilo y pelea, ¿qué era?

Compareció el cárabo con las listas y ojos de felinos; se reflejó en mi alma y en la taza que yo sostenía entre los dedos. Así, inmóviles y juntos, vimos caer la noche inmensa y las estrellas últimas.

32

Cuando éramos chicas una bruja vino a la casa para cuidarnos y asar la carne. Con un ojo nos miró y con el otro escrutaba el cielo, hizo señas, cruces, dio chistidos y volidos; un día se tragó una hortensia. Era el atardecer y entre los agudos eucaliptos y el piso, iban luciérnagas punzando cual brillantes; salíamos a cazarlas con

floreros por poseer unos minutos esos seres mágicos, y la bruja las inmovilizó; con sólo una mirada las dejaba como muertas y con la luz. Nos llevó a lo más hondo de los campos donde vivía el zorrillo de oscuro traje y costuras blancas, que daba al aire su perfume silvestre que atraía y espantaba.

La bruja nos tiraba del cabello.

La luna cayó sobre mí; la pasé a Nidia, que me la volvió, hasta que se fue al suelo, trizándose como un plato.

La noche era como nunca solitaria oscura.

Y en torno a las filosas chircas se oía el despavorido galope de la bruja.

33

Cayó un azúcar rosado, maravilloso, sobre las casas oscuras, los cármenes sombríos, donde hasta ayer nomás sólo moraban la víbora, el tigre, la muñeca esbelta, bruja, que iba por todo el prado y espantaba. Y ahora, el rocío especial, vivo, todo de alma. Y se oían sonos, polifonías, carruajes de dos pisos hechos de la misma sustancia de los hongos, blanca y húmeda, que avanzaban o se detenían y echaban raíces quedando como sembrados. Mientras, que por las nevadas ventanucas los pasajeros miraban si proseguían o se morían.

Y aquellos cristalitos de color de rosa sobre todos los seres y las cosas.

34

Formóse un hongo redondo, blanco, con virola azul y cayó adentro de la olla en que doña Gertrudis cocinaba. Lo aceptó con júbilo dándole un nombre, el primero que vino a su mente, Pancho, y bajo ese nombre lo vio cambiar de aspectos y colores. Y lo comió justo a la mitad del día: cuando el sol estaba en la mitad del cielo.

Luego de reposar y acicalarse un poco, resolvió visitar a su comadre Nidia, que vivía en lo más hondo de los llanos.

Nidia era una hermosa muchacha, con ojos negros y grandes.

Doña Gertrudis atravesó las eras (estaban desiertas y sombrías). El sol iba sobre su cabeza como un sombrero amarillo, pero, el resto del mundo parecía negro. Nidia la recibió con cierto alborozo, y se sentaron junto a las hogueras y tomaban miel de diversas cataduras y dulce de guindas.

Luego, fueron a recorrer la casa, los roperos bien nutridos y en orden, encajes, mantillas, botellones con licor de gusano transparente, hialino; el gusano con sólo su presencia lo magnificaba, potenciaba extraordinariamente. El gusano era grueso y pálido.

En ese momento salió de las habitaciones otra muchacha, cabellos larguísimos y rojos, lentes muy oscuros, y las tres iban a sentarse cerca de las hogueras, y hablaban de muchas cosas y de muchas cosas, y por momentos, nombraban al licor de gusano, pero sólo al caer de la tarde fuerbn con la bandeja a buscar los botellones y las copas.

35

Vi la casa, las cocinas, el bosque de ceibos, las violetas, el árbol luminoso, de donde parecía salir la luz, y el negro arbre de empinadas crestas.

Cocinaban en todas las cocinas como si fuera mucha la gente de la casa y no lo era. En las cazuelas se abullonaba la carne tal si quisiese salir.

Cayó una llovizna de arroz, fina, veloz; los granos menudos y blanquísimos, aunque había otros grandes y de otro color.

Yo estaba aterrada; decía: ¿Qué me pasa? ¿qué hay esta mañana?

En el horizonte empezó a aparecer una señora, amiga de la casa. La reconocimos cuando era sólo un puntito.

Voces suaves dijeron: Trae las camelias.

Una voz en alto dijo: Trae las camelias.

Y ella corría siempre en el mismo sitio; pero, pudo quebrantar eso y llegó. El ramo era enorme. Las flores tiesas y rosadas parecían ojos y miraban hacia todos lados.

Mas, fue inútil.

Pues, enseguida vimos que iba a ser imposible repartir las flores, que nadie iba a poder desatar el ramo.

36

Mamá, tu corazón que late y late, tus margaritas apostólicas, romanas, tu delantal marrón con nudos, donde, cuando estás sentada, se sienta el diablo. El diablo parece un perro pequeño con los ojos bajos. Pero, si lo miro mucho entreabre las pupilas verdes como tizones y me mira tal si fuera a devorarme o a devorar el mundo. Entonces, yo huyo al jardín, o me siento junto al ropero y continúo la puntilla que iniciamos cuando nació, las carpetas amarillas, el mantel eterno, el hilado. Y al caer la tarde las arañas huyen a dormir en el centro de su red. Y bajo el techo cuelga una estrella parda.

Te digo: —Mamá, ata el diablo fuera, átale al diamelo, que cuide el jardín.

Pero nos da pena y hasta él traemos almohadones y un tazón de leche.

El aire, fuera, es finísimo, brillante; caen perlas muy blancas y piedras azules.

Lejos, hay un rumor de bailes; en los más lejanos horizontes hay un rumor de baile y de pelea.

37

En la parte exterior del ropero se formó un disco luminoso, un sol diminuto, que cayó al piso, y no nos atrevíamos a tocar con un hierro, con la mano, por temor a una catástrofe; lo icé en una palita de porcelana, llevándolo a mi madre que hervía dulces papas y cebollas.

Ella al ver eso, gritó: —¡Al fin! ¡Después de mil años! ¡Al fin! Y aparecían todas las abuelas en fila, hacia arriba, hasta la más alta,

la primera, desnuda, cubierta de fino vello, parecida a una rata, los dientes y la sonrisa de rata; toda esa hilera, tensa, a la expectativa.

Y repartimos la sal, los platos, esperando ansiosamente.

Mas, con asombro veíamos, al ser distribuida la cena, que el brillante quedaba en cada plato!

Y nadie se atrevía a hablar, ni a comer, ni a irse.

Es bello ver cómo se fríe el huevo: un sol y, en torno la nube.

Mas, algo cruza y dice: —El gallo apenas iba a empezar a dibujarse fue destruido, frito.

Corrió una cosa por los aparadores.

Afuera, el aire hacía mover los pájaros. Y una acacia, totalmente roja de la cabeza a los pies, estaba asustante.

38

Queríamos comer boniatos asados. Esa pasta, vaselina encantada, tras la costra de cartón. Los sacábamos de entre las cenizas como a topos.

Llovía interminablemente sobre jardines grises, enmarañados.

Y en un desteñido juego cambiábamos de nombre. Yo, entonces, me llamaba Virginia, y otra se llamaba Rosaura, y la otra, Perla con Alas.

Las carretas seguían cruzando a paso tardo. Parecía demorar un año, su desfile delante de la casa.

Hacia las cinco los árboles quedaban negros como tinta. Iba a caer la noche.

Al encender las velas reíamos un poco. Y recuperábamos, al instante los verdaderos nombres.

Al volver con él en una noche de mayo, bajo la luna, de pronto, subí, me icé hasta el cielo, pero aumentada. Tres veces más grande de lo que yo era. Sobre el aire dulce, color amatista, se vio mi vestido inflado, celeste más que el cielo, el pelo hecho por largas y brillantes tiras, manos como marfil y oro y rostro igual, en aquella noche de abril, de junio, de cielo.

Los familiares sospecharon algo y venían a través de la huerta, mas sin verme. Cortaron, por no saber qué hacer, qué pasabá, cortaron uvas, higos, y en vez de hallarlós verdes, los hallaron áureos, confitados; tuvieron esa sorpresa y ese chasco.

Al volverse y entrar en la casa, querían comentar lo que había ocurrido y no sabían bien qué era. Y como no se animaban a acostarse, durmieron en las sillas o de pie.

40

Aquella gente reposaba en grandísimas cajas de alabastro, de porcelana, con la tapa igual. Dejando fuera sólo el rostro y el cabello. Por donde corría algún bombón (porque las cajas habían sido de dulce), y luciérnagas, porque las luciérnagas rondaron siempre a esta gente singular.

Era de noche, y a lo lejos,
iban los reyes
y ladraba el viento.

Yo, en ocasiones, galopé por años a través de la pradera, y al volver, era de noche
y aquella gente ya estaba acostada en las carameleras.

41

Papá fue hasta el bañado y trajo mimbres y cañitas e hizo un gran armatoste, una liviana casa y le pintó una guía en flor. Y en

algunos de sus cubículos se ubicó la familia, y en otro más lejos, yo sola. Me gritaban: —¿Vas bien ahí, eh?! Y el navío empezó a izarse. Papá iba al timón, aunque no había ningún mecanismo. Él izaba la nave con sólo su voluntad. Así pasamos ciudades, continentes. Las ciudades europeas que se distinguían por el esplendor rosado. Era un viaje fugaz y moroso, lento y fugacísimo, y había como una gran felicidad. Cruzábamos por el aire de las ciudades y casi rozándolas. Casi entre los edificios, y los paseantes al mirar hacia arriba, divisarían aquel punto, esa estrellita, y continuando sin darse cuenta de nada. Y volverían a mirar, sin tampoco darse cuenta.

42

Me detuve. Se oía el tic-tac de numerosos relojés entre los yuyos, secretas campanas. Adentro de la tierra, ratones, topos, aperrías, racimos de liebres, proseguían su labor, todos los mineros. Alguno saltaba hacia afuera y tornaba a hundirse con un silbido.

Papá había comprado dos chacras, la de arriba y la del subsuelo. Él decía: —Hay que tener cuidado. Y nunca supe bien el alcance de esa breve frase.

A lo lejos ya se perfilaban nubes rosadas, áureas, que parecían palacios, que se levantaban y caían y volvían a levantarse. Y prometiendo otro tipo de maravilla.

43

En lo alto y donde las paredes se unen apareció un montículo, un promontorio que empezó a crecer, y tomó forma de rata, le nacieron ojos —semiabiertos—, orejas y bigote.

Quedó boca abajo, y yo esperé que chillara y saltara. Mas ella siguió inmóvil.

Yo, de espaldas, días y días, la espiaba y le gritaba: —“Hola, rata”, y “Rataboba”. Como si los animales pudieran ser bobos. (Mucho menos las ratas).

Pero ella no dio señales.

En ese entonces mantenía correspondencia con mi hermana y con mis primas. Les escribía: Querida Nidia, querida Hebe, recordada Ilse,

la rata sigue igual.

Acá el cielo es de un azul profundo. Pero, las desmesuradas ramazones no me permiten ver la luz.

44

Mujeres y hombres acostados; bajo la manta de carne y hueso el cerebro y el corazón continúan soñando.

El rocío como una leve hoguera recorre cada animal y cada planta.

Las hojas de magnolia, blancas y negras al mismo tiempo, están rígidas como ángeles.

Novios secretos pasan el umbral; secretas novias huyen por los postigos.

Hay un silencio. ¡Vuelven los primos!

Hace años desaparecieron como arena en lo hondo de las quintas.

Unos se llaman "Caramelo". Conozco bien sus lemas y símbolos.

Otros "Los Hortensias", "El Anté", "El Lucero", "María Rosa", "Tango del Alba", "Las Muñecas", "El Rocío".

¿Qué pretenden? Al asomarse a las ventanas dejan caer la máscara. Todos, hombres y mujeres, se parecen a mí.

Vienen desnudos y pintados, vestidos, despeinados. Dan varias vueltas en torno a la casa. Hay un tremendo barullo de baile y de pelea. Al fin se van; pero, de un modo singular, como si se fueran en cuatro pies o en sólo uno.

...Al alba cruzo el jardín; encuentro peinetas y dientes.

Grito a mi madre: —¡Estuvieron los primos!

Pero, ella, parece no oír nada o ser adepta. Con el cabello recogido en la nuca, los hombros desnudos y el mantón, echa aceite, desde lo alto, a sus ensaladas. Celestes y endiabladas.

Recuerdo los atardeceres, las cúspides bermejas. Bandas de pájaros venían cruzando el cielo como números. Se posaban en línea o en racimo; eran verdes y pequeños, otros blancos; otros, con un rojo de yema, y cientos de pájaros negros, marrones, pardos. Daban a gritos su concierto y sus himnos.

Era la hora en que la Virgen subía de entre las flores envuelta en la manta de organdí, parecía estar siempre de perfil, parecía hablar. Venía a sentarse entre la madre y las tías. Mi madre se apresuraba a servir la miel, y ella fingía beber.

Le llamábamos “Consuelo”, “Amparo”, “Virgen”, le decíamos “Liliana”, “Iris”, “Lirio”, le decíamos “Paloma”, “Nieve”, “Estela”.

Era la hora en que también llegaban los primos, desde las chacras próximas y las más remotas chacras, se izaban sin alas, usando una antigua condición de los habitantes de esa comarca, venían por el aire vestidos de colores o desnudos.

...Por entonces yo ya soñaba con otro país, otro lugar, en el que ya me parecía tener puesto un pie.

Otro lugar, sin padres, ni pájaros, ni Virgen.

Saltó del agua la llamada “marquesa”, la mal llamada “carpa” o “transparente”.

Era un pez redondo, como un ala, como una hoja con una púa, saltó y se metió en el cuerpo del hombre, y desapareció en él, pero conservando bien el poderío y la forma.

Si el humano quedaba ahí, todo eso se potenciaba; si se alejare, todo eso se potenciaba.

Desde fuera nada iba a notarse, pero, en lo íntimo, él estaría para siempre humillado y rebelado con la intrusión de la “marquesa”.

Ella tenía eso. Hacía carpetas, mallas, con un hilo verde, destellante, que aparecía. La hierba viva girando entre los dedos.

Pero esa malla no tenía pasado ni futuro. Nunca empezaba ni crecía. Estaba siempre en tiempo presente, como en el mismo instante.

Así no fue a la escuela, no fue al baile ni a la boda.

Quedó tiesa ahí.

Las demás se casaron, tuvieron hijos.

A ella la llamaban “la señorita de la rama”.

Tenía una belleza casi aciaga.

Pasó a la posteridad, al libro de horas y al de cuentos, con el vestido liso hasta el piso, el mantón, un aro en torno de las sienes, y en la mano, el tejido ardiente y delicado.

Nos acostamos todos en el mismo lecho, los de la casa, y conocidos y desconocidos, que están de paso. A ratos, alguno se levanta y descansa en una banqueta; pero, son tales el frío y la somnolencia, que vuelve al racimo. Nadie agrade a nadie. Chirrían las zorras y los buitres.

Copos de nieve al pasar junto a las ventanas echan dentro una luz. Los rostros de los dormidos parecen de muertos, o más jóvenes, que hubieran retrocedido en los años; y a algunos les surgen alas; es que sueñan que están volando y les vienen esos ficticios adminículos.

Al alba vamos todos a la cocina, a entumecernos o desentumecernos. Y cada uno al trabajo, con una pica. Hay una maestra entre nosotros, que se dirige a su escuela en lo más hondo del valle, cerca de la turbonada. Lleva un costurero y otras cosas. Por el camino ve aparecer a sus alumnos; algunos bajan de los árboles, otros van en cabalgaduras, sobre animales domésticos o amaestrados. Uno pasa sobre un gran zorro, que al caminar da vericuetos; pero luego enfila hacia la escuela.

Son recuerdos europeos, muy tenues, que a toda costa trato de aferrar, entre otros, fuertemente dibujados.

Las pestañas larguísimas, tornasoles, entrecerradas, pupilas como almendras azules y granates, la cara de seda, de porcelana. Parecía muy alta y no lo era; era más alta que nosotros y no lo parecía; vestiduras confusas.

Pensé: ¿Quién es? Pensé en las mujeres de la historia.

¿Quién es? ¿Helena de Troya? ¿La Virgen? ¿Isabel de Hungría?
¿Es Rita de Casia?

¿Es mamá?

¿Es Greta Garbo? ¿Amelia Bence?

Bajo la luna empezaron a amontonarse nubes y más nubes, como sábanas o algodón e iniciaban el descenso de un modo raro. Se veía que iban a ocurrir cosas terribles.

Así saqué el arma –filosísima– que por casualidad traía. Y atravesé el pecho de la aparición.

Cuando di muerte al dueño de la pensión, sin que tuviera motivo alguno para hacerlo; maté a ese celta, sin que hubiese motivo alguno para no hacerlo; ordenando minuciosamente la ejecución. O creo que yo, mismo, la efectué. Todos quedaron sobornados.

Un aroma a muerto inundó los aires, oleaginoso aroma a muerto. Algunos habitantes salían a la calle a descansar o a no morirse, pero volvían corriendo a sus madrigueras por miedo de perderles. Después, el olor se cambió por otro perfume desconocido. Por todo el techo y las paredes aparecieron efigies del muerto, o más bien pequeños seres vidriados, afelpados, que le reproducían en lo físico, y también en el alma, pues ésta, en forma de úvula, les colgaba sobre el corazón o la cabeza, y algunos la llevaban sobre el hígado.

Fue aquel verano en que me llamé Clavelina, aquellos tres meses que merodeaba plantíos y canteros rodeando esas flores rosadas, rosas, con todos los colores del coral y del salmón: las maravilladas clavelinas, de las que aún hoy día no he podido reaccionar.

EN TODOS LOS VESTIDOS BORDABAN NOMEOLVIDES

1

La vaca vino a hablar con mi padre, sú rostro de felpa en rojo afelpado; en verdad, ella no habló ni una palabra, pero al volverse, mi padre dijo: –La vaca no está contenta. Está dramática. Quiere más prado.

Y nos precipitamos a mirar por los ventanucos, y a lo lejos, se veía la vaca en su prado (que parecía tan grande), con las hermanas vacas y las hijas vaquitas.

Para disimular todo eso, tendimos con antelación, el mantel, el almuerzo; las criadas corrían a buscar las papas, las sacaban de debajo de la tierra, deformes y ocre. Al ser desprendidas, ellas dieron un gruñido aterrador.

Con todo, seguimos tomando la sopa y la miel.

Apareció un conejo muy grande; sus orejas pasaban la fronda. Y con el tic característico, hizo entender que todo el campo estaba de pie. Y que él era el jefe. Que él era el jefe de todo.

...No obstante, resucito y creo encontrar el sendero (trenzo mis trenzas, uso el viejo vestido de organza), la ciudadela donde se cumplían todos los ritos, los casamientos.

Pero ¿de qué lado, y cómo? caen retratos que no sé quién tomó. Y así, en retrato, reaparecen los santos rebeldes,

(la vaca,
el conejo,
y las papas).

Surgió una mariposa con un ala negra y la otra azul. Andaba en el aire de la habitación; arriba de los estantes y roperos. No se sabía si era sólo una. La niña más chica la pidió para antifaz. A ratos, sus alas profusas, extendíanse lisas y límpidas.

Cuando se paró en el borde de mi taza, vi su belleza abrasadora; daba pavor.

Mamá lloró todo el día; papá aprontó los revólveres y diversas trampitas, que él mismo tejió, mas, nada tuvo efecto.

Al caer de la tarde resolvimos cerrar la casa y partir. Pero por las sendas, la mariposa nos sobrevolaba, como una estrella de belén oscura, como un coloreado asesino.

Hasta que se metió en mi cuello de nueve años, entre mis venas, se entró en mi cabello.

Los demás ya no vieron nada o hicieron que no veían.

Yo fingí no darme cuenta.

Y la mariposa sigue bullendo.

A cada instante me visita.

En el aire del atardecer sobresalían las “Coronas de Novia”, sus diademas de oscura nieve, de marfil sombrío.

Y las lechuzas pendían en el aire con alas quietas. Ellas ven lo que se ve y lo que no se ve. Por tranquilizarnos las llamábamos “Palomas” o “Gallinas”.

Las lechuzas eran doradas, o de un azul ardiente, o rojas como las flores del maíz y del clavel.

No quedaba otra cosa que huir a más profundas frondas; pero en ocasiones, elegíamos varios el mismo sitio, y había riñas a los gritos.

Entonces, las lechuzas, de golpe, se iban en línea recta hacia arriba, y desde allá, ante nuestro horror, parecían contarnos, elegir. Y resolver.

4

Colgando de las acacias había una “poupée” sombría. ¿Cómo esa figura juvenil, ardiente, que había reinado sobre abejas y avisperos, pendía, ahí, ahorcada?

Huimos a la casa. Ni nos acercamos al maíz, a los tazones, los roperos, replegándonos sobre lechos y nidales, cerca de nuestros huevos blancos como estrellas.

La casa no tenía puertas.

Y daba miedo.

Si aquello se descolgara y pasase con la cabellera renegrada y sangrienta.

5

Estaba oculta entre las arvejas, las aceitunas, las mariposillas.

Y vino Floro, Florencio, de visita. Era su tez muy oscura, y de ella salían al parecer, flores como tizones. Todos le rodearon. Pero las gallinas aun bajo la lluvia, ponen huevos, esos objetos de cal, dentro de los cuales, se traman más carnes y más huesos. Un pío pío fantasma atravesó las frondas. Aprovechando que los mayores quedaron alienados con la visita, huí. Yo también quería poner mis huevos. Al punto más cerrado del bosque, donde no bajaba ni una gota, a buscar una gran canasta de flores. Y salieron camelias, fijas, de loza, de organdí. Cálices estrechos y de color de rosa, como licoreras. Y dalias de vidrios de colores.

Me senté yo también a empollar; mi cabello se desparramó por el suelo. Pero me dormí, como siempre, con las alas plegadas. Con los ojos abiertos.

6

Dijo mi madre: ¿No te olvidaste de la Quinta? Y a su conjuro me volví chiquita. Subieron espárragos color rosa, celestes y amarillos,

como lápices de una escritura amada y desconocida, y al cortarlos, escribí con ellos, por todas partes, palabras, números, letras, que daban un fulgor de perlas y de piedras preciosas.

Y entonces cayeron los murciélagos como trapos rosados y granates; los junté por docenas en los cestos.

Y las gatas pusieron sus huevos, de los que enseguida, salían gatitos de ojos centelleantes. Y almendras, manzanas de los ángeles. Mi hermana y mis primas volaban entre las hojas llevando canastillas de panes.

Sí, sí, todo. La lámpara sobre la que se paró una mariposa que hablaba.

El lugar donde te vi por primera vez; el rincón donde me encontraste para siempre. Mientras, las primas corrían cada vez más alto, volaban cada vez más alto, repartiendo, a los gritos, invitaciones y claveles.

7

(A Jazmín Lacoste)

Los ríos de la quinta se secaban; pero a los pocos meses resurgían. Con veleros pequeñísimos, y tan perfectos, que parecían hechos por manos humanas. En ellos iban ratas, hurones y lechuzas. Yo veía bien, ojos retintos, capas castañas y rojas uñitas. Yo miraba bien el tráfico, los menudos negocios, peleas entre ellos; cómo, minuciosamente, subían hierbas y algún huevo.

Eran ríos de un metro de ancho.

Yo iba por los costados en pos de las navecillas, y cuando alguna se detenía bruscamente, también me detenía, sin saber qué actitud tomar.

Bogaban en aguas vecinas y lejanas.

Interrogué a mi madre e hice un dibujo de todo para que viese la maestra.

Ellas contestaban: —No se sabe. Es mejor que mires tu porvenir de otra manera.

El tren entraba a la quinta y se detenía. Algunos pasajeros bajaban a buscar agua, (otros, dentro, inmóviles, como de papel) y a mirar las flores de maíz.

Yo observaba todo, entre las flores del zapallo y del maíz.

O subía un ratito y bajaba asustada.

El tren gris y pardo, los colores del lagarto; su espuma como humo y un silbido que hacía recordar muchas cosas.

El tren lagarto era partido en anillos y vuelto a enhebrar.

Yo pensaba si el tren sería de verdad; ahora, estoy tan segura; quedó minuciosamente descrito en los Libros de la Quinta.

Por varios días construí un boleto, lo pinté; me buscaba un nombre: "Aurelia Flor de Lis" o "María Mónica Lirio de Oro", para poder viajar, subrepticamente, mas, nunca me atreví a nada.

En un atardecer llegaron ladrones. Uno, delante, con máscara. Y detrás, la horda con máscaras. Y robaron todo lo que había en el cuerpo del tren. Y éste, vacío y afligido, partió hacia otros rumbos.

Pero a la aurora siguiente, estaba ahí de nuevo, erguido, gris, como un pueblo en fila, entre los dientes apasionados del maíz.

Medianoche. Paso de los contrabandistas. Sin luna. Borroneo de estrellas. La violeta silvestre brilla, aquí y allá; se prende y apaga como si en vez de flor fuera luciérnaga.

El caballo desaparece en la sombra, y el mantón, las bridas flojas. Surge mi rostro infantil como una calavera, un vaso de loza. Tengo miedo de liebre, y a ratos, serenidad de antiguo jefe. Los emponchados —doce— saltan de golpe, no sé cómo. Casi no se ven.

Comienza el intercambio; contraseñas y cruces; ni se nota el trasiego. Como aparecieron, desaparecen.

Yo galopo al pie de los montes, esquivando el fosforescente heliotropo, y a la estrella de los comisarios. La casa, oculta, baja. De paso,

arranco unos espárragos y murciélagos, y los cocino, mientras abro y cierro cajas misteriosas.

Ladran infinitos perros por toda la campiña, donde mi vida, de día, transcurre como una flor blanca, ribeteada de rosa.

Hubo un día que no tuvo colores. El sol fue débil para su trabajo; no hubo sol. Yo corría por el hielo negro, vestida de negro, seguida en las orillas por madres negras que me sacaron del hielo, y pasé junto a las drácenas de extintas rayas rosadas; en la casa comí en un plato negro, un pez negro. Y me adormí, temblando.

Por contraposición y desquite, soñé en colores. Aparecieron verdes ardientes y rosados. Pero desperté a la medianoche; y todo estaba negro.

Para peor, llovía, y salió un arco iris ancho y negrísimo, que todas las cosas reprodujeron. Creíamos que era el fin; llorando y rezando, nos adormimos unos en brazos de otros, y algunos daban en toda clase de combinaciones sexuales, en gran pecado. Así, lágrimas y peleas hasta la aurora, que apareció ¡roja, de nuevo! con el sol y la luna y una estrella, resurgía la antigua heredad de los colores, el artefacto de luces y de peras.

11

La luna y el viento hacen un rumor de papeles. De los árboles cae miel. Vizcachas, ardillas y dormilones tienden los vasos, ribeteados de rosa, y con una rosita estampada (veo que son de mi casa). Y beben miel, en puntas de pie sobre dos uñas.

Las hojas hacen un rumor de papel. Y cae licor. Vizcachas, armadillas y lobizones tienden las copas, de rosado pie (reconozco estas copas), y beben licor, y se marean, dan débiles gritos, palabras humanas pero difusas..

El cazador trepa el monte y baja, viene y va.
Pero mi, casi, invisible presencia, le mantiene a raya.
Guardo el enmascarado jardín que me guardaron.

12

Ratón con alas, gallinas negras con patas de oro, una almendra bajo del ala, dicen que murieron de sed, ratas, racimos colgantes, ramos, en todos los vestidos bordaban nomeolvides, una muñeca con menstruación, mana leve vino, una sangre muy temible, acuden perros, gatos, todos los animales del sexo masculino, hombres que se detienen ante ese ser sangrante, inmóvil, ojos fijos, coronas de miosotis, guardado por un almohadón, una caja, naftalina, perlas, huevos, pequeños huevos de muñeca; pero sangra. Y el viento, aquí, allá, las cumbres que bramaban.

Pude huir no sé cómo, sólo yo, por una vez, todo está fijo allá, en Montevideo me da miedo.

13

Las avispidas negras, tan ínfimas, labran grandes cajas de cartón, y de un día para otro, en medio de los árboles. Creo que dentro debe de haber zapatos, rojos, o de raso, escotados, zapatos con una perla, rojas sandalias.

Mas, mamá dice que no, abre una, y me muestra ¡plantillas de miel! Colma las jarras. Las avispidas bailan, bailan, delante de mí; la flor del manzano deja caer polvo de amor, pistilos, nácar.

Diamela en flor sobre la mesa, un racimo prieto y rosado, como un varón de poca edad, un hongo mezc, (cuidado), y otras cosas.

Es al atardecer, y por la ventana pasan seres, que antiguamente, fueron de la familia, ya vueltos vegetales, amapolas. O gacelas en pos de soñadas fechas de Reyes y Navidad.

Al fin me aduermo, y entre el oscuro piso y el estrellado techo, las avispidas bailan, bailan, hasta quedar suspensas sandalias rojas.

No sé cuándo empezó el jardín de dragones; tal vez, idea de un antepasado remoto, que se fue trasmitiendo. Hasta que mamá lo llevó a cabo.

No eran muchos, sino más bien pocos. Con un ala en la frente, y otra en la cola, agallas, y en el pecho transparente el corazón como una turquesa, alcohol ardiendo.

Su silbido helaba la sangre. Iban a las ramas y los alféizares.

Venían vecinas a pedir huevos de dragón.

Venían vecinas a pedir hijitos de dragón.

No recuerdo bien si ponían huevos o acunaban sus crías en el vientre.

Sé con más exactitud lo que ellos provocaron con sólo su presencia: una luna perpetua y negra. Y varias filas de claveles aterradores.

Mi madre los alimentaba, echándoles huevas, platos de moscas, y criaturas recién nacidas, de la familia, de los criados, cuando no se tenía mucho interés en que creciesen.

Papá estaba enfermo en la ciudad; mamá era joven y no oía bien; dormíamos encerradas en la casa; adentro del jardín de los naranjos, en la noche de invierno-primavera, de primavera-verano, y a la medianoche desperté y oí que ya andaban merodeadores arañando paredes y puertas; pedían paso, pedían café, y era tan ilusa que tuve intenciones de preparar café en secreto y sacar una taza por cualquier hendija; pero ellos proseguían con sus burlas y extrañas propuestas, y permanecí muda de espanto, y ellos insistían o hacían barullos fingiéndose animales o plantas.

Al alba no dije nada. Mi hermana y yo nos pusimos los delantales de fondo oscuro, salpicados de pájaros y flores y de higos; tomamos las canastas de libros y de higos; e íbamos a la escuela.

↘ Casi no dieron paso las telarañas y su deslumbrante poderío. Todas las cosas centelleaban. Parecía que nunca iba a volver la noche.

Nadie iba a tocar jamás las puertas sagradas del estío.

16

¿Colibríes? ¿Qué confuso caso! ¿Cómo entran a mi huerto clemente, pero cerrado? No son de mi flora, mi constelación, mi bazar.
(Las clavelinas voladoras).

Madre y tías, al unísono, dicen que necesitan varios para hacer un sombrero!

Las criadas, por repicar, dicen que necesitan varios para hacer un postre en que ellos quedarán enteros.

Son novios, trajes fantasmales, los picos largos, entran una y otra vez, en lo más prohibido de las rosas.

Mi madre, como al desgairé, con total naturalidad, les sigueⁿ llamando claveles del aire.

Yo les cuento cada pluma, una roja, una azul, cada piedra, una azul, otra roja, cada pétalo, uno rojo, otro azul. Pero también, son verdes y escurridizos como hadas y lagartijas.

Una voz, completamente nueva entre las plantas, dice:

—¿Qué predicen?

Y se contesta:

—Guerra.

Una voz nueva entre las ramas, dice:

—¿Qué predicen?

Y se contesta:

—Fiesta.

Asomo el rostro y la mano de niña, por la ventana, ansiosa.

Vendrá la fiesta. Vendrá la guerra breve y trepidante de colibrí.

Mas, cae la tarde, y ellos desaparecen tras las bromelias.

O acaso sólo era uno, como siempre, por un segundo. El marido secreto e inestable de esa rosa. El que baila ahí.

Al entrar vio el arco iris en el mueble; en vez de salir en el cielo había salido en un mueble; aterrada volvió al patio. No quedaba un habitante de la casa; los familiares divagaban lejos. Las plantas negras con las flores casi de gasa, de gas. Eran muchísimas, impedían el paso. Tornó a entrar y el arco iris seguía en el ropero; tomó una silla y se le sentó enfrente; es preferible enfrentar y luchar.

Pero el arco iris se desplegó en la habitación, y de pronto, la ciñó, la envolvió, fijamente, firmemente.

Ella sintió un miedo horrible. Y sintió el poder. Y la gloria. Pero el miedo era más grande y volvió a huir. Envuelta en el fenómeno llegó a la cocina, quiso hacer las cosas cotidianas, a ver si se apagaba eso, mondó papas, puso la olla. Pero todo seguía igual.

Entonces, fue más lejos, cruzó los jardines. Las gallinas volaron sobre las violetas. De rodillas, unió las manos, cerró los ojos (dijo una oración muy larga); cuando los volvió a abrir, se vio las uñas, opalinas, y los rizos largos, de varios colores.

Recuerdo la terrible infancia.

Iris, Nidia y yo, inmóviles, bajo el débil sol. O entrando y saliendo de la casa, por años.

Los árboles espectrales, bajo los cuales había piedras con vida; negras, blancas, grises, rayadas, de lomo curvo; les pasábamos la mano, o tocándolas con un tallo, hasta sentir el estremecimiento; abrían un ojo desfalleciente, lánguido, potente sólo por un segundo.

Y desde la casa nos llamaban, nos llamaban, nos llamaban.

La lista infinita de mandamientos y llamados.

La luna del Salto. ¡Eso! Lluvia, bruma, leche, nieve.

Un viento de locura fijo sobre el mundo. Negras plantas. Algo brama. Territorio de jazmineros infinitos.

Cuando fui a las bodas de las vizcachas, que se casan de nieve, como las niñas de antaño, tiara de perlas, vestidos largos. Por el suelo vuelan jazmines igual que papeles.

De los troncos caen papeles en los que está escrita en clave la historia profunda de las chacras. Aparecen varios idiomas, recién inventados, pero que se entienden.

“Parezco Ana, parezco carnero, parezco cordero, parezco Dios, parezco todo, parezco nada, parezco yo.”

Y las comadreas de la boda, no sé, los topos, están desenterrando candeleros de oro. Golosinas imprevisibles. ^u

20

Soy de esa Gente. De esa Casa. La Iglesia Católica. Aunque fui una hija sonámbula. Dios y la Virgen. Los ángeles con forma de paloma. La Virgen es hermosísima; cabello rojo, muy largo, el rostro, un huevo de magnolia. Se viste de celeste y de rosado. Y los santos con nombres preciosos: José, Rosa, Luis, Pedro, Teresita. Llevan en las manos cosas que nadie lleva. Ramas de palma. Ramas de almendro. Viven entre vidrios de colores, y tazas que tienen fuego dentro. Miran de un modo fijo; no hablan nunca, saben todo, invitan con agua bendita.

Retorno al mediodía cuando llueven los damascos. Paso a paso hasta el altar. Como si fuera una novicia o una novia. Mirando como boba las cosas del altar.

21

Entre las visitantes que venían de noche, había una víbora.

Señoril presencia, verde y ondulada. Siempre se sentó entre los hombres, nunca con las mujeres. Al éstas concluir sus frases largas y estúpidas, ella dio un silbo, breve, que aterraba y encantaba. Y podía irse cuando quisiera por cualquier hendidura.

Más que el talle estrecho igual que un tallo, el satín azul, discretamente brillante que la envolvía, y los ojos oblicuos, admiré sus manos, menudas y erguidas como almendras, menudas y erguidas como perlas, cuando todos decían que no tenía manos! Y soplabla el viento sobre el jardín con lirios,
envolvía la casa,
las antiguas torres de madera.

22

(A José María Alvaiges)

Duraznos. Terciopelo amarillo, incendiado, todos los escalones del rosado, un rubí en el pezón.

Ay, del que se interne en el terrible rosal de los duraznos.

Nacen sobre el jardín de opio, de amapolas. Como una alucinación. Un gusano se les pasea siempre; pero es suave, fosforescente. Una mariposa alea cerca; pero es del diablo; las alas violetas y violentas; que, del revés, son negras y son rojas; tiembla en el mismo sitio, como si quisiera poseerlos y exterminarlos.

Bolsas de satín, de seda; dentro, está el licor, el alma dura y almendrada.

Hice añicos la frutera, quebré el cielo.

Pero vendrá setiembre; la manta de margaritas, rosadas, amarillas y salmones, de las que saldrán duraznos como estrellas, como moscas.

Y volveré a volar aunque no quiera.

Y volveré a pecar aunque no quiera.

El pezón goteante,
la mascarilla de hojas.

En la mañana hay frío, tártagos, enebros. Y monos como garabatos saltando entre las hojas. O se asoman por la ventana, y piden golosinas; fingen hacerlo, porque lo que en verdad suplican, es relaciones abominables. Las mujeres teníamos miedo, y siempre llevamos en el delantal, pasteles y navajas. Aunque creo que la sangre nunca llegó al río.

Y las azucenas rosadas seguíanse abriendo, duras como copas bebían rocío, o brillando bajo el sol igual que vírgenes.

Volaron los años y un sueño se repite. Más allá del plantío está la casa, y hay un lemur que pide.

Mi oficio: rezadora.

Mamá me sacó de adentro de un manzano. De arriba de una manzana redonda y blanca que pendía de su rama. Yo era oscura, tornañol. Y levantaba la pata hacia Dios. Y mamá dijo: —Ven aquí, recitadora. Y me tomó como hija, me llevó a casa, me entregó a papá, las tías, a la hermana y a las primas, que, al mirarme de reojo, me quisieron, y hasta enclavaron un pequeño teatro en mitad de la cocina, del comedor y de la mesa, para que prosiguiese mis murmurio y oración. Y yo representaba a la caída de la tarde, entre retamas, en el silencio, o sobre el almohadón de gatos.

Hoy, en mi frágil cabeza hay un brillante. Papá ya no está.

La prima se fue lejos.

Mi hermana tiene una hija.

Mamá me mira.

Y yo,

rezo.

El gladiolo blanco volvió, otra vez.
 A la verdad, nunca se fue de ahí.
 En esa torre de corolas me crié.
 Más allá están gladiolos
 granates, negros, rojos,
 por donde pasean las otras muchachas con sus novios.
 Pero yo nunca pude salir del altar,
 de esta empinada estantería de cristal.
 Antes lo llamaban
 la Puerta del Hada,
 lo llamaban
 el Aviso,
 la Mirada.
 De esa seda aún me visto,
 de esa muselina, interminablemente me desvisto.
 La luna lo pasea;
 cada alba lo presenta.
 Y yo no sé qué hacer,
 me siento a tomar mi espuma,
 la nieve del pastel.
 Quisiera ir más allá, abajo, y más lejos,
 por el predio de los alhelíos carmesíes,
 pero mi mano de princesa
 sólo elige este camino.
 Antes lo llamaban la Diadema.
 El Aviso.

“Espuelas de caballero”, “dondiego de la noche”, lilas, heliotropos, miosotis, “nomeolvides”. ¿Quién llama a las puertas de la tarde, de la casa? En las negras ventanas están las comadreja salpicadas de hijos. El verano se pone su camisón de nácar.

Los roperos tienen vasos con licores de todos los colores, para liebres, niñas y muñecas. Yo podría subir a esa carroza; con lámpara. Representar a lo largo del camino. Pero. Antes de anochecer cruzan varios arco iris, al azar y en el viento, Mamá, en mitad del bosque, girne y grita, dice algo que no se entiende.

Y me da a luz, de nuevo.

27

Una mariposa me hizo un guiño. No muy grande; las hojas ovales; mitad en blanco, mitad en negro. Como si viniera de una boda a medias, de una muerte a medias; de una mujer enferma. ¿Por qué te paraste sobre la jarra como un retrato? ¿Por qué vas y vienes, si dije que te fueses para siempre?

Pero, no.

A cada instante, la saco de mi cabello. Flota sobre la sopa como muerta.

Los domingos se va al sitio de los astros; no sé cómo la diviso. Y vuelve a la caída sombría de los jueves.

¿Por qué no apagas tu fantástico clavel blanco?

¿Por qué no apagas tu fantástico clavel negro?

No sé qué hacer.

No puedo andar por el mundo.

La gente dice "Tiene una mariposa en su vida".

La gente dice "Está maldita". "Está tristísima".

Quisiera renacer.

Sin eso...

28

Estoy en el jardín de antaño.

Cae otra tarde de mi vida.

A mis pies las celedonias rojas, las rosadas siemprevivas, y esas

flores duras y anaranjadas, que hay siempre en estos jardines. Más allá los “pensamientos”, caras misteriosas y violentas, la mascarilla violeta y amarilla.

Te tengo miedo Pensamiento. Eres una bellísima violeta enloquecida.

Pronto va a caer la tarde. Empezarán su faena, los ladrones, los lecheros. Entro en la casa. La Inmaculada se repite en las mesitas. De las lámparas cuelgan racimos secos, viejas cosas sagradas.

Por lo visto, mamá se ocultó otra vez. La busco tras cada ventana, cada puerta. Pero no está. Pierdo la noción de todo. La busco dentro de los paquetes, los floreros. Cruzo como una flecha las habitaciones. Corro. Le gano. La enfrento. Ella me desafía con su cara quieta y violenta, la mascarilla violeta y amarilla.

29

Una parte de mí, vuela.

Ayer, lo vi.

Una parte de mi carne vuela.

Ayer lo vi.

Cuando llegaron pájaros a posarse en la mesa, las ventanas, los alambres transparentes. Unos eran como ramos de retamas con flores; otros eran ¡negros! ¡rojos!, eran ¡blancos!

Pero, ¿de dónde salen? Busqué por todo el cielo a ver si había un agujero grande, negro; por el piso algún pasadizo secreto, golpeé los árboles, ¿algún canal importante? Todo el mundo está colmado de huevos. Pequeños y redondos como perlas, alargados y rosados como almendras, con dibujos abstractos, pintados al óleo, a la acuarela, de diversos tamaños y forma, rojos, verdes. ¿Dónde están? Disimúlense en las cajas, vasos, sombreros y roperos, en las retamas, las acacias.

Me inclino con el cabello suelto sobre un nido, un abanico.

Hay un “pirincho” color yema. Y colibríes sagrados, que son las hojas del libro de Kells.

Ando con la banda de garzas, como sabes. Ayer, unos visitantes, de improviso, me vieron la manta blanca, las "aigrettes", y los zapatos rosados.

Y soy un cuervo, y eso sí que bien lo sabes. He vuelto; pero no te apures; ya me iré. Conozco el idioma. Cazo ratones.

Y me marchó, en oveja, o a caballo.

30

Paloma Rosa. Rosita Paloma. María Flor de un Día, María Lirio de Oro. Todas viven por aquí. Dijo y volaba luciendo las hojas verdes, la albahaca de la cola, salpicada de brillantes.

Una voz oculta, desconocida, preguntó: ¿A quién es que usted busca? Y ella nombró una a una las que, supuestamente, radicaban por ahí. La voz pareció decir Ah y desapareció.

Iba a caer la noche. Se le apagaba el verde de las hojas, la albahaca brillantada, apenas espejeando ya la diadema.

La voz dijo: ¿A quién es que usted busca? Y ella A mis primas. Todas viven por aquí. Sus primas murieron todas. Ayer, fue sepultada la última. Paloma I. Rosa. Rosa Iris-Paloma.

Igual, prosiguió navegando. Proseguí. El viento de noviembre erguía el perejil, los penachos.

La estrella de la tarde como una yema resbalaba entre las ramas y en el aire.

31

Las mariposas se entreabren. Adentro, tienen pistilos, polvo de oro. Quiero volver a casa, la hora de los ángeles, el celeste entretenimiento. Azoteas, copas de árboles. "Churrinches" en sus nidos, cabezas rojas, bermejas; cardenales; todos los pájaros de sombrero rojo que me hechizaron.

El primer día de escuela. Cuando la maestra dijo Rosa, y sonaban las campanas. Un ómnibus siniestro sólo al mediodía y al

atardecer. Papá, que venía desde nuestra misteriosa casa, a espiar por el vidrio cómo me portaba en la escuela, y yo le hacía señas con mis dedos de gato.

Mas, de pronto, y rápidamente, todos se casaban!

(se casó la maestra),

los niños y las niñas,

papá con mamá.

Y yo,

quedé sola,

bajo la gasa brillante,

la corona,

cuando empezaba a caer la interminable

noche de las chacras.

32

Por aquellos años me entretuve en mirar los cajones. Estaban semiabiertos. En unos había muertos, en otros, pedrerías. Pero no era extraño hallar entre granates, muertecitos. Ni que los muertos tuviesen un broche de piedras en el escote. Algún día, al azar, di con la caja del lagarto. (Una voz dijo: Deja eso). El lagarto estaba vivo, de un celeste traslúcido; se le transparentaban los huevos, hasta media docena. Hábilmente, le abrí una grieta y saqué alguno; para recomponer todo, enseguida. El lagarto, rabioso, se enroscó en un ángulo del ataúd. Y proseguían las lluvias, los contrabandos, las señas. Desde el monte bajaban solos, grandes ramos de jazmines que había que seleccionar y repartir, sobre las sillas, las mesas, las faldas de las visitas, (los cajones del principio), y después, por todo el aire.

Y al asomarse a estrechos ventanucos, se veía venir cada vez más flores.

Y había un confuso redoble de campanas.

Dijo: voy a visitarte vestido de calabaza.

Dijo: vendré a visitarte vestido de calabaza.

Le dije que sí, que viniera, que ya lo había dicho.

Y me metí en el cuarto más oculto.

Y ya esa noche en sueños, avisté al visitante que venía, de melena, vestido negro, uñas largas y retorcidas. Y toda la cara de calabaza.

Me escondí en los encajes y abajo del lecho. El viento entró y movió las cuerdas del arpa. Él se habrá asombrado de hallar todo negro. No quedó ni una luz de pie. Yo oía sus uñas que raspaban. Le percibí un perfume a fruta, tazón de dulce, y más atrás, el perfume oscuro de sus rizos.

Ni respiré. Pero por alguna suerte, él acertaba y se acercaba.

Entonces, desde lo hondo de los aposentos, un habitante vino con una vela.

Él se aterró y lo enfrentó; luego, retrocedía, salía, y se desarmaba en el jardín, la antigua plantación de madreSelva y flor de lis.

Los hongos salieron con un cabezazo, marrones, blancos, parecían huevos; se reproducían y desparramaban por todo.

Yo ya no podía moverme. No sé cómo las vacas andaban sin quebrarlos. Les eché vino a ver si les quemaba. Pero fue inútil. A lo lejos, gritó un cisne.

Y desde el sur venía una ola negra, una vaca negra, un ropero negro.

Clamé a mis padres, y a las tías, nombrándolas una a una.

Los hongos se reproducían velozmente y se desparramaban.

Dije: ¿No será esto un sueño? Y abrí los ojos. Pero vi lo mismo. Hongos que se desparramaban velozmente.

Y un ropero,

que venía desde el sur,

corriendo.

El buey llegó a hablar con mi padre. En la espalda traía pájaros de diversos tamaño y forma. Amarillos. Negros. El buey hablaba con mi padre, (de paso, comió unos claveles) con los ojos llenos de lágrimas, reprochó muchas cosas, tal vez la mutilación; mi padre casi sollozaba.

El buey se volvió, se fue. Sobre su lomo iban impasiblemente, mirlos y palomas. Y otro pájaro más grande –yo me puse de pie para verlo– se le posó. Y parecía lechuza, parecía urraca.

Cuando llegamos a la casa de la visita, me senté en el sofá. Los espejos tocaban el cielo o el techo, que para mí era lo mismo. En las vitrinas, abanicos: alas quietas, abiertas, como espolvoreadas de un licor brillante. Me decían: “Acércate y mira”.

Y parecían decir “Mira y no te acerques”.

Después, el guindado y el anís. Y luego un licor, mitad rojo y mitad azul, llamado Clavel del Aire, que era quemante y leve como el fuego.

Yo miraba, asombrada esa casa; pues me acordaba de la mía, con ratas y maíz. Pero lo que más me desconcertó de la entrevista, fue que entre los asistentes había una muñeca.

De porcelana, mármol o cristal, igual que todas, vestido armado, capelina de la que colgaban rizos, y sobre su falda, esas perlas perfumadas y nevadas que las preservan.

Ella se desempeñaba, siempre, con gran donaire, y finura, y era muy apreciado lo que decía, y las sirvientas la atendían con deferencia. Y al irnos, formó parte del cortejo; levantando su menuda mano (de vidrio), dijo “Adiós”, y “Hasta pronto”.

Por el camino anduve ansiosa. Y al entrar a casa, interrogué a mamá. Mas ella era astuta igual que un zorro, y escurridiza como picaflor. Y hasta el día de hoy, no dio respuesta.

Como pasase por tanto tiempo frente a casa, mamá dijo: –Vamos a matarle.

Pero esa tarde, él entró solo; cruzó la valla, se sentó en el sillón. (Era un viejecillo de tantos); cerca de los cuadros y las cestas. Por la ventana veíanse el jardín de juncos y los vecinos que paseaban desmañadamente.

Mamá trajo el licor con el arsénico y él lo bebió; mamá me miraba asombrada. La operación repitióse diez veces.

Y él seguía igual. Pero no. Su tamaño cambiaba. Empequeñecía. Empequeñecía. Corrió por la mesa, y luego, ya sin gravedad, se iba por las alacenas y la pared y por el techo. Mamá miraba con desesperación. Después de todo,, no era inalcanzable el techo... Mas, he aquí, que en un ángulo, allá en lo alto, surgió una mata de calas, blancas, tersas, acampanadas; él, ya con el tamaño adecuado, se metió en una y desapareció en el pistilo.

Mamá dijo: Quién lo hubiera pensado!

Yo dije: Quién pensaría que iban a aparecer calas en el techo!

Vino una nube blanca con sombra negra. Al principio hizo un rumor de flecos, pedregullos; luego procedió silenciosamente.

Salí sin permiso de la casa. Papá no estaba; mamá cuidaba de la niña chica. Y cuál no sería mi sorpresa al ver esa vaca grandísima posada sobre todo. Que me captaba, me envolvía.

Mis gritos fueron ahogados en medio de gasas y entretelas.

La nube pareció mirar hacia todos lados como si tuviera ojos; porque en realidad no tenía ojos; no tenía nada. Y se fue, se izó. Y nunca más me dejó en casa. Ni en ningún lado.

El maíz, las semillas rosadas y amarillas. Ya cerca del suelo parecieron lentejuelas y brillantes.

Y dentro de la tierra daban un rumor que denostó la formación de una ciudad, que enseguida, afloró. Como una estación interestelar, circuitos, chisperíos.

Las gacelas, recién separadas del vientre de la madre, notaron algo inusual en el mundo, y volaban –apenas nacidas– arriba de los montes. Las asaltaron los leopardos.

Cada pájaro en su nido, escuchaba de perfil, aquel barullo. Y yo, aterrada y encantada, no podía dejar de mirar la ciudadela del maíz, mazorcas, pedrerías. Y ansiaba que no terminase la noche, demorara el sol.

Era tan ilusa que creía que iba a haber más días.

Cuando era chica vi al Hada de las Lechuzas. Sentada; en forma de sillón angosto y alto. El zócalo de organdí gris; una parte de la falda, celeste, tubular, y el respaldo o talle, porque era a la vez el sillón y la ocupante, (a la vez), tramado en perlas y barritas de un resplandor gris, sombrío. Ojos oblicuos, que se replicaban vagamente por el pecho. La corona, también de perlas; en el aire.

Sólo en algún punto tocaba la frente; aunque una vez la vi todo desflecada hacia el rostro. Porque había alguna fluctuación, un cambio.

No sé si esa efigie protegía a aquellas aves.

O era el fantasma matriz.

Pero fueron, por cierto, muy grandes su originalidad y su belleza.

41

Mis tías italianas, que no conocí, Iríde, Divina, Rosa, de pie en la puerta. Velos negros. Divina. Rosa. Iríde.

Sonrisa ambigua, toscana –bosques y marmoleras–, romana, etrusca, griega y celta.

Se cocina en grandes ollas que el humo pintó minuciosamente; en las vigas saltan ratonas, pájaros, orugas.

Debajo de las mantas crecen hongos, rojos, de los que se pueden comer crudos.

Yo estoy y no me ven.

42

Lo más hermoso fue el himno gaélico. Cuando se derruyeron las piedras. Palabras celtas y latinas juntándose.

La Corona de Novia gobernaba con varas de marfil y espuma, de tul y humo.

Y más abajo el lirio celeste, azul en algún punto: una peca amarilla en un pétalo. Dentro, hecho por pincèles invisibles. Bujía exquisita. Forma de Dios. Y, no pasivo, ¿se movía?, ¿qué ocultó? Acaso, una mosca, la magia del Diablo?

Pero allá lejos, flotaba la Iglesia perfecta ceñida por alas de ángeles. Y yo por el senderillo no sé cómo.

Y un lirio azul venía.

Confitura de gasa.

Amatista impulsando –muy disimuladamente– a caminos que no se debe seguir.

43

Dentro del negro carruaje iban los mayores; e íbamos nosotras las niñas. Y en la capota se repetían niñas, muñecas, acaso nosotras. Vestidos armados, sombreros en azul y rosado; las canastas: camelias, té.

Todo el paisaje era negro; y negros caballos.
Las niñas estábamos pintadas al fuego y la yema.
Y ese viaje que no tuvo fin.

44

Volvieron las vacas. Los santos se iban de las puertas con ramos de almendro y retama; no era que caminasen; el viento los llevó poniéndolos aquí o allá; sus vestidos en rojo oscuro y azules. El lucero estaba tan cerca que parecía de vidrio, un botellón.

Una voz en lo hondo de los aposentos, dijo: –Invita a los santos. Sírvelos.

Corrí al umbral. Clamé: –“¡Estefanía! ¡Ratón! ¡María Inés!”

Mamá salió de detrás de las alacenas, diciendo:

–Ésos no son los nombres de los santos. Voy a poner la olla, a hacer la sopa.

Puso la olla, el agua, ramos de yuyos. Dijo: –Cázame una mariposa.

Sólo porque lo deseé, una mariposa apareció al instante.

La agarré de las alas, trémula. Era grande, negra, de cabeza blanca. Mamá la echó; se asó enseguida y quedó íntegra. Las alas abiertas sobre la sopa. 7

Mamá decía: –Le dará sabor y suerte.

Me azoré. Vi los años venideros. Y los del pasado. Mamá que me obligaba a cazar mariposas. El destino que las ponía en mi mano.

EL MAR DE AMELIA

1

Siempre, usé corona: las estrellitas eran tan finas que parecían de hilo. Los ángeles, en ese lugar, revoloteaban igual que pájaros, espontáneamente. Alas en colores violentos. Franjas rojas, azules, verdes; pero, angostas y largas, rígidas.

Como alas de loro; ellos eran adustos; nunca sonrieron. Uno pareció fijarse en mí. Y habló con Sean. O Sean habló con él. Y, cuando la fiesta, me hizo la primer visita. Que fue breve y embarazosa. Y prosiguió visitándome, todos los domingos y jueves. Tal hacían los jóvenes con las muchachas de ese sitio. Yo lo recibía de pie en la sala, y él estaba de pie enfrente. Se habló de boda. El habló con Sean, o Sean habló con él, y preparé mi ajuar.

Mas, un día, desapareció.

En toda la comarca comentaban mucho; quedé como burlada y frustrada. Y escudriñando —por el monte— a la banda de sus congéneres.

Sin distinguirlo, ya.

2

Tanto como cuidó del paraíso, los mariposares y el rosal.

A la caída de la tarde, vio a los árboles cubiertos de lilas y piedrecitas venenosas (paraísos);

rosas de un granate sombrío, casi negro; ella no sabía si las había estado cortando en terciopelo, colocándolas, o las convocaba con su poder. Era esto último y no se dio bien cuenta.

Y el mariposal, a cada rato, más inquietante. De los huevos, pequeñísimos como puntos, salían oscuros seres, con una veta de fuego; en forma de alhelí, verdepálidos con intenso perfume a hierba y peras; o sagrados, monjiles; o nupciales, con un brillante en medio de la frente y largos vestidos blancos.

De todo esto estuvo un poco orgullosa aunque no lo presentaba, y custodió siempre, todo, a la caída de la tarde, al alba, al mediodía. Parada sola. En medio de la inmensidad.

3

(A Artigas Milans Martínez)

Mi madre quebró la relación con las hadas. Pero, ellas entraban doradísimas y livianas, plateadas y tan hermosas, a sentarse en el sofá; en mitad de la frente y la cintura, el ramo de clavelinas, que es el distintivo de estos seres.

Mamá dijo: —Terminó el reino de las hadas.

Y se iba por las habitaciones.

Y yo clamé: —No, no; quédense! Yo soy la dueña de esta casa; soy la Niña.

Mamá volvió con el plato de manzanas, el tazón de crema, y no las invitó; ni con los licores de todos los colores, que, ellas, antes, bebieran arduosamente.

Las hadas se iban, sus vestidos disolviéndose en el viento. Y en los ojos violetas, grabado el porvenir.

4

Cayó un cóndor en la puerta, el pasillo, la galería. Con las patas emplumadas parecía un hombre. Las alas macabras y grandes, denotaban, sin embargo, una gran bondad. Le dije: —Vete, no te quiero más; deja que ame a otro.

Pero él desde la puerta, parado o caminando, yo no sé, miraba, fijamente, al dormitorio, la cama de plata, los abalorios, el sitio donde habían transcurrido mi niñez y adolescencia, el noviazgo y los esponsales.

5

Prímulas, azahar.

Los trigos parecían más altos que los árboles.

En esas regiones casi nunca había sol; siempre había luna: roja, rosada, celeste; como un globo iba por muchas rutas. Su luz sin rayos dio una tonalidad indecible a todas las cosas.

Papá volaba en un carro, un avión hecho por él mismo, durante pocos días; le veíamos pasar entre dos alas largas y angostas; rozando el techo, se reía, y al instante, ya, de pie, entre nosotros, daba sus serias órdenes; parecía otro.

Las azucenas huían por el río.

Y mi madre me preparó ¡tan diestramente! para que fuese actriz de cine.

Mas, todo quedó como un abanico abierto.

Que nadie toca.

6

En un sartén de oro, con óleo de oro, freían margaritas, huevos, y mi alma que había cobrado forma de yema y flor.

Bramé.

Mamá dijo: —Quitemos el brillante de la niña.

Y con una cuchara tan deliciosa, que, tal vez, fuera su propia mano, sacó del fuego a mi alma, que cruzó el aire y se me posó en la cara, en la frente, volvió a mí.

Dije “Bien” como en un sueño mamá dijo “Bien”.

Y allí, seguían friendo yemas, diminutas muñecas con pétalos, y algún espíritu, imprevisto, que temblaba por librarse.

7

No dejes que quemén la quinta de Savio, que le prendan fuego en esta víspera de Año Nuevo, cuando suenan las campanas de debajo de la tierra y fosforecen los años.

Mi tía Joseph, Josefa, hermana gemela de mi madre, está viva y es joven, y siente arder una aurora en mitad de la noche, y dice que ve las Cumbres de Emily, y yo le cuento que volví para siempre a Manderley; ella habla con mamá, y yo, a su lado, como si fuera mayor, no juego. Sigo mirando las cosas invisibles de siempre.

Pollos, sobre la mesa, gimen y cacarean, bien rellenos de diamantes y olivas. Yo quiero una pechuga con perla; yo quiero una pata con almíbar.

A lo lejos aún muy lejanos, los camellos como ciudades montañosas, arriban ya, al insondable jardín de naranjos.

8

Los enanos vuelan igual que pollos arriba de las plantas. Los gigantes se ríen; más altos que los árboles, caminan como si estuviesen inmóviles.

Mamá tiene las alas bien emplumadas, y sus insectos parásitos parecen brillantitos, chispillas de zafiro.

Yo voy entre rosas, dalias maduras.

Y almuerzo en el plato de retamas y cereales.

Me pongo la gasa blanca para ir al colegio.

La maestra y los otros niños dirán nuevamente, “Ella ¿cómo habrá hecho para aprender a volar?”

9

La bailarina estaba inmóvil junto a las calesitas y demás juegos funambulésicos, andando la noche de estío, pasaban serenamente otras mujeres tan bellas como ella.

La bailarina tenía una belleza serena, el cabello largo. Pero ¡sus dientes! De colores. Uno verde, otro, rosado; uno verde, otro rosado. De un verde y rosa nunca vistos, tocados de una luz de otro planeta, manzanas y rosas de las delicias.

No sé si terminó aquella noche, ni por dónde se fue la bailarina.

Mas, su dentadura, de colores, está grabada como una diadema en mitad de la boca de la vida.

10

Pregunté: —¿Qué comes?

Dijo: —Arroz con monstruo.

Y, vi entre los granos un ser desnudo y plateado, que conservaba algún movimiento, como si no estuviese cocido, una vida imbatible, macabra y vaga. Y con varios pares de ojos, hermosas pestañas.

El amo trajo una botella, de vino de moras, y pareció ofrecerme y yo iba a aceptar. Pero, agregó: —Sólo si participas también de lo otro. Miré las puertas y ventanas, clausuradas. No se oía ni el rumor del viento. El camino remoto hacia mi casa. Tenía hambre y sed. Dije: —Sí, sí, bueno.

El amo trajo otro plato. Echó vino de moras y un cucharón de arroz, y con sus propias manos partió aquello, y me dio una mitad que al caer en mi plato, ya, era el ser todo, aunque algo más chico, con los ojos y pestañas. Y en el plato del año había también, todo un ser con muchos ojos y pestañas.

Y así, comenzó la cena. ~

Que no hubo forma de finalizar.

Ni de empezar.

11

Laureles, lirios. Mariposas que bailan como Nijinsky, todo hechas con hilo de plata y oro, y, totalmente, escritas, numeradas.

La estrella de la tarde, tan sola, vigila amores y amoríos. Fuente de bromelias y romelias, donde acuden a beber las serpientes que se

aman a sí mismas. Ovejas, al atardecer, visitaron a mi madre, quitándose con gracia, el sacón de rizos. Y volvían a ponérselo, antes de irse.

Soy prima hermana de la achira,
esplendorosa, infernal, sacrosanta,
ando, aparte, pensando en ella;
se me va a ir la vida sin poder desenlazar mis manos,
de las suyas, negras.

12

Corrían los volatineros por el aire de la ciudad, yo los miraba desde mi humilde tul, eran como las estrellas sin ropa ni edad, tenían el peso dorado y un sombrero azul. Dejé corriendo la pequeña heredad, el naranjo lucía nieve como un abedul, los zorros del campo huían a la ciudad, todo lo que era espeso se volvía de tul. Sin embargo, sólo estaba sentada, y mi padre decía: ¡Deja quietas las cosas! Pero, si yo, en verdad, no cambiaba nada.

El cabello me caía hasta el suelo, de lacio. Nadie quiere comprarme estas rosas? Y los pollos que buscaban Lombriz y Topacio...

13

Las parras con sus uvas verdes; los perales del paraíso; qué forma extraña las peras verdes y duras, espumosas y blancas.

El perfume a peras abarcaba diciembre.
Todos los días es víspera de Reyes.
Terminó el ciclo escolar.
Pero, en el horizonte, se dibuja, ya, otro marzo escolar.
Los padres se afanan en sus tareas.
Cada día labrañ la misma sopa.
El sol y la luna son Dios y la Virgen.
...Creo que habré muerto uno de estos días.
Cuando tuve tanta fiebre.

Y vinieron dos doctores

...Creo que hubo un día como un alhelí...

Porque yo no recuerdo ninguna otra cosa.

Yo recuerdo sólo hasta ahí.

14

De los naranjos sale un fantasma. Parece de crema. ¿Mamá lo abraza? Mi hermanita asesinada antes de nacer. O yivió tres minutos.

Su sangre que corrió sin lástima. El pequeño corazón que nadie quiso.

La encerraron en un cajón de la cómoda. Su sepulcro entre las raíces de naranjas.

Esta tarde en que pienso tanto, le doy un nombre, ella que no tuvo; el mío, Rosa.

Las mariposas la representan.

Una gris, sobre todo, hace la pantomima, pegada al vidrio. Tratode no verla; pero, ella habla y llora, habla y llora, con su pequeña cabeza de organza, que se desprende y cae al suelo, y recupera no sé cómo.

El viento dice "Ésta es la niña". "La del cajón del ropero". "Y las raíces de naranja". El viento dice: "Ésta es la niña": "La muestro cuando quiero".

15

Quedaron abiertas todas las puertas y ventanas. Frente al oscuro bosque. Y ya andan los asesinos, los ladrones, los muertos y las máscaras.

Estoy tendida y tiemblo. Papá, no vienes? Si hablo, se acercan todos. Si grito, van a entrar volando. Tú te das cuenta, y acudes en puntas de pie, te sientas a mi lado, dices: -No hay nadie. No hay nada.

Pero bien sabes que no es así. Y vuelves, disimuladamente, a tu lugar!

Y, entretanto, qué cerca se vino el jardín de manzanas. Y esos terribles pájaros, cuadrados, planos, sin cabeza, con el rabo como un lazo, que brillan igual que el sol. Si entra uno, me muero.

No sé cómo quedaron abiertas, ¡otra vez! todas las puertas y ventanas. Papá, ven un instante, mientras, lejanamente, entre cerrados lobos, el día se abre paso.

16

Era al borde de las chacras de la infancia; más allá, los pastizales, los barrancos. Las ranas, sin cesar, pedían y agradecían la misma cosa. Era en medio de las chacras con nombres italianos; la chacra de Menoni, de Bottaro, la chacra de Zunini, de Malvasio, la chacra de Médici o Varese, todo bajo las deslumbrantes estrellas de los indios; por el aire pasaban las pitangas, los hongos boquiabiertos; el lechuzón buscó una cueva de membrillos, para dar desde allí su siniestra advertencia; pasó un carro y vi que uno de los caballos era blanco, llevaba un farol que se mecía como una cola; pasó una mujer buscando amantes; pero en realidad, no había nadie; más allá se divisaba la línea divisoria, la chacra de arvejales, donde las liebres acudían a cenar, desafiando banderas, espantapájaros, espantaliebres. Cuanto más tarde era me sentía más segura, cruzaba toda la chacra del abuelo y tierras más remotas; iba y volvía. Una vez, no sé cómo, perdí el rumbo; la luz del alba me halló cerca de la ciudad. Mi terror fue tal, que, de pronto, me nacieron alas, largas, blancas, como de plata, de gladiolo; volé tanto, que, en un minuto, estuve en casa. Mi hermana se sobresaltó, se despertó, y quería llorar, quería huir... bajarme las alas.

17

Yo, de entre las frutas, perseguí a la ciruela; digo, por su curva de corazón, y el color a uva y a violeta, a clavel y café; había otras, amarillas como el sol; bajo la cutícula tirante, estaban los licores y un topacio. Centelleaban. La gente se confundía, y en vez de “el

árbol de las ciruelas”, decía “el árbol de las estrellas”. Algunas caían y se abrían, y entonces, enseguida, aparecían los lirios atigrados que esperaban más gotas, los gatos del bosque, blancos como lirios, que averiguaban qué pasaba, muchos colibríes, unos verdes, otros rojos, y mariposas de colores pálidos: blancos, salmónes, color limón; a veces alguna negra, gruesa, de alas afelpadas, y sin ningún derecho.

La lluvia cambió todo. La uva está rota; se ha vuelto un río de leche, de miel; cerca de ella, giran mariposas raras, llenas de vello, casi vacunas. El maíz mece sus cruces debilitadas, rodeado de una márgarita larga y nívea, fuera de lugar.

Las nubes aún ciñen todo, dejan caer plumas, abanicos, alguna corona, un sapo de grueso labio anacarado, que ladra en el jardín rítmicamente. Los niños escuchan con asombro.

El vendedor de huevos, después de tantas tardes, se para en la puerta. Desde lo alto, le preguntan por esa mercancía. Y mi padre avanza hacia el derrotado maíz. De los árboles se separan unos rostros grandes, de colores, entre frutales y humanos, algunos permanecen pintados al tronco, y hablan a mi padre, lo llaman, ríen, lo interrogan. Él sigue; hace como que no los ve.

Ha llovido mucho, perdimos las siembras.

19

Son sombreros de paja, decía mamá. Y ellos, los sombreros de paja, tal bestias exquisitas, navegaban, levemente, arriba de los prados del verano, junto a las azules ciruelas y los “lirios de un día”.

Eran anchos y dorados, y estaban sobre la frente de los segadores, como pájaros que volasen, fijos, siempre en el mismo lugar.

Yo les miraba con miedo, ¿dónde los guardarían de noche? Si algún monstruo salido de la sombra devorara sombreros de paja? O acaso, las vacas y caballos de gruesas lenguas quisieran lamerlos.

Pero, no pasó ninguna de estas cosas.

Y ellos prosiguieron caminando lentamente, a lo largo de las chacras de ciruelas.

20

Dios en el centro, y aunque se moviese todo giraba a su alrededor. Dios, de cerca era negro, y de lejos, como la luz, brillante. No. Hablo mal. De lejos, era negro, y como alabastro, de cerca. Dios daba miedo.

Y la Virgen más allá: vestido de organdí rosa y muchos volados. Organdí celeste. Camelias en el escote. Caravanas y abanico. La Virgen, vestido de baile y abanico, y el gran mantón del pelo. Pero en torno de su frente, giraba, de continuo, un rayo, una sucesión de rosas. Los ángeles iban de aquí para allá como pájaros, se oían sus suaves aletazos. Y los santos. Isabel de Hungría, la canasta de lirios y de frutas, Luis, Pedro, Juan. Todos. Y las varas benditas. También, había un montículo de ostras.

¿Cómo? Si eso no era un mar, era un bosque; las ostras, al entreabrirse mostraban la perla brillando como plata. Con un brusco desprendimiento, un suave chistido, todas estas perlas saltaban hasta la Virgen.

Y, también, íbamos los habitantes de la aldea, los vecinôs, cambiándonos, igual que siempre, platos de ciruelas, calumnias y saleros.

Por una noche, nomás, estuvo junta la gente de la tierra y la del cielo.

21

Recuerdo algunas cosas.

Por ejemplo, cuando llegó Ana. La lluvia Ana. Era una tarde muy bella; el garcerío brillando como una brasa, reflejándose en el cielo. Más, de pronto, llegó Ana, oscureció, arreció; con sus líquidos haces negaba al mundo; lo hizo desaparecer. Pensé en

mi casa, allá lejos, tan chiquita: de tarde, se vendían claveles; de noche, luciérnagas. Por la mañana, mamá dormía un rato, y enseguida, poníase a dar el almuerzo a los claveles. Me cubrí el rostro con las manos, transida.

Hasta que Ana juntó sus cabellos y se fue.

El garcerío salía de sí, un poco embobado. Yo huía por el camino. Cuando llegué a la casa, era el anochecer.

Mamá, inmóvil, con el batón blanco como siempre, vendía las primeras moscas plateadas y los últimos claveles.

22

Mi padre hacía grandes haces en el campo; más allá, otros cumplían otra tarea. Se oyó: —¡Caerán las mansiones! Vino al suelo un ave de color castaño, como un ramo de pajas, y subió. Y vino un ave de color azulverdoso brillante, y subió.

Papá, a lo lejos, clamaba: —¡Qué bellos pájaros! Contesté, ¡Son buitres!, meditando por qué eran “buitres”, y qué tenía que ver con la belleza de los hechos.

Y volví a la pequeña casa; me senté.

En sueños, se oye claramente, la voz de papá.

23

Trufas como hocicos de perros, húmedos, largos, negros, abajo de la tierra, de la helada.

Busco con pequeños cerdos amaestrados y cebados, que nada encuentran. Ocultos repollos del encanto, fragancia al infinito. No envían nada, ni algo parecido, ni dispar, una rosanieve o una carta. Yo necesito ese amor de mezcalina, el poder a toda costa, carne de elegido, pliegos de hongo santo, oscura familia de adentro del mundo, in habitante con diadema, yo debo comer trufas; pero, marchó con hambre y sola, vestido blanco del colegio, de la boda, mientras suena una lánguida campana y me persiguen en todas las aldeas.

Cuando se casó Felicia, yo tenía siete años. Todos de continuo, hablaban de la boda. Creo que fue un día con mucho sol. Yo lo recuerdo un poco oscuro.

Las gallinas del monte cantaban a lo lejos, jubilosamente; se dice que siempre ocurre así en estas ocasiones, porque ellas están libres de toda acechanza; mientras que las de corral, pueden ser víctimas.

Creo que no fuimos a la boda, o sólo fueron mis padres.

Mi sombra se soltó de mí, y se contorsionaba y bailaba por su cuenta, y ello me azoró, así como las muchísimas flores cruzando como pájaros o flechas. Pero, no, si eran inmóviles. Allí, la bromelia y su rosa larga; y el cedrón de los remedios.

La Boda navegó todo el día como un barco. Entonces, yo pensaba que algo iba a caer para mí del cielo.

Sin darme cuenta de que, ya, me habían elegido y condenado.

(A Rolando Faget)

Como es habitual, vino la Virgen a mi habitación. Todo blanca. Inmóvil. De pie. De perfil. Los ojos bajos, las manos juntas. (No estaba en el aire ni en el suelo). Y, esta vez, atravesada de una escritura excelsa, una sarta de diamantes. Yo me acerqué a sacar una piedra, una letra deslumbradora; pero tuve miedo de que le doliese, y retrocedí y me senté en el lecho. Dije, "María!".

Ella, naturalmente, no contestó.

El aire se volvió oscuro. Irían a aparecer las rosas y los salmos?

La Virgen seguía inmóvil.

Con la chuza de brillantes.

Yo estaba en el lecho, y mamá en otro lecho próximo; y más allá, otras mujeres en sus lechos; parecía un hospital o un hotel; y las ventanas grandes como puertas.

Y en el jardín se veía una señorita desnuda y muy hermosa y un ser con varios pares de alas la estaba abrazando. Aunque en realidad la estaba poseyendo; pero él era muy discreto, y mamá trató de que yo no advirtiese y cuando fue imposible, dijo: —Te fijas? Él no es un hombre.

Mas, ya, todo había desaparecido. En ese entonces, surgieron unos personajes tenuemente absurdos, como ser volatineros o bailarines. Y entraron por las ventanas y nos miraban y se miraban, echando caramelos envueltos en papel plateado sobre los lechos, que dejamos volar al suelo.

Crearon una suerte de expectativa, de preámbulo, que no terminaba nunca, y no se iban nunca. Y el día estaba inmóvil, duró muchísimo. Teníamos miedo; hasta que yo me atreví a dejar la cama e ir hacia una ventanuca.

Entonces divisé el horizonte, y con alegría vi que comenzaba el atardecer. Lejos, pasaban carromatos de guerra, carretelas. Y las legiones a pie, se acercaron. De dos en dos, con vestiduras sombrías y granates. Y al estar más cerca, chocaban sus aceros, destruyéndose, haciéndose desaparecer. Pero no en el suelo, ni en los pocos arbustos visibles, ni siquiera en el aire o el subsuelo. Desaparecían en ningún lado.

Al asomarme vi que era un día sin nubes y sin sol. No estaba la mancha blanca del alba ni la granate de la aurora.

Sobre las hojas crecía como una espuma, un hilado, sobre las hojas crecían diamelas y puntillas.

Vi un buque negro parado entre los árboles, vi todo una flota con aire amenazante. Como si fuera a estallar la guerra. Pero cayó de golpe sobre la casa una granizada de confites.

Mamá se levantó diciendo: —Serán las seis, las ocho. Yo estaba desnuda. Y pedí un ramo. Mamá hizo uno con aquellas diamelas y me lo dio. A lo lejos, se oyó el jubileo de las gallinas, las gallinas de los casamientos, y de las ocas, patos, y otras aves de corral.

Dije que no tenía tiara y mamá salió y tejió una con aquellas diamelas; la puso en mi sien. Y fue a hacer un batido que colmó vasos, budineras, platos, fuentes y tacitas.

Yo seguía de pie, desnuda, y veía que el novio no aparecía.

Cruzó un perro negro, había un ropero negro, del que empezó a caer de un modo levemente singular (que yo advertía apenas), algunas ropas. Mamá acudió y pareció leer en ellas. Y se volvió azorada. Decía: —Tal vez no sea el día, la hora... Tal vez, no sea hoy el día.

Y me miró adentro de los ojos por si hubiese lágrimas.

Y agregó, rápida: —Traeré un budín divino.

Yo me puse a esperar, tensa, como si fuese lo más importante eso.

Y se oyó un gran rumor de platos y otras cosas.

Pero yo sabía bien que tampoco iba a venir con eso,

28

En la mañana límpida se ven por todas partes, los bellos y plateados excrementos de las palomas, con su singular perfume, su irisada perla. Ellas se despliegan allá en lo alto, blancas, celestes, color plata o rosa.

Yo estoy sentada a un pupitre, fuera. Y finjo ser maestra.

Y mi hermana y mi prima consienten en parecer discípulas.

Yo explico largamente cosas que no sé, moviendo las manos que parecen de papel.

Cerca del mediodía se oye el ronroneo de los leones, que dejan sus viejas casuchas. Pero, las palomas vuelan más alto que todo.

Tal vez, desde la casa nos traigan el almuerzo, las copas de arroz y de frutilla.

Después, llegará la noche, el tul negro, potentísimo.

Y el cometa con su cabeza llena de puntas. Igual que una murena dorada en el agua quieta de la noche. Y anunciador de cosas terribles.

Por la entreabierta ventana esperaremos, descreídas y temblando,
que empiece lo terrible.

29

Los zorros caían como rayos, como flechas, sobre las matas, robándose los pollos y los huevos; los zorros trotaban solapadamente entre los ramos, eran inaudibles; sólo se les oyó por el clamoreo de las gallinas deshojadas. Se parecían a ti, pero, más morochos, potente cola, hocico, gafas.

En ese entonces, las luciérnagas robaban criaturas, con el poderío, sólo, de la luz y el magnetismo. Vi pasar una niñita horizontal, llevada por luciérnagas; quise quitarla, pero, ellas pudieron más. Y los espárragos, con su murmurio, color rosa, celestes, color oro, pedrería, iban altos como espadas, y había que esperar a que volviesen a su tamaño natural para cazarles.

Cada zorro era un emperador y era un ladrón, era travieso y sanguinario. Y se oía la voz patriarcal que decía: —I volpi.

O: —Volpone

. (Si era un jefe zorro)

O: —Le volpe...

(Si eran damas zorras)

Y al alba, a la melancólica luz del alba, se iban como rayos, cochecitos. Oscuros, o blancos como nieve. O de deslumbrante piel plateada.

Y la luna parecía caer sobre mis insomnes manos, igual a un papel, redondo, color rosa, sobre el que yo dibujaba un zorro, —parecido a ti—, pero, de larga cola, hocico, antejo, yo formaba un zorro con potente trazo.

30

El manzano abrió las flores blancas; y el almendro y el peral abrieron flores blancas, y el durazno sus azahares rosados y dorados. Parecían grandes sombrillas. Y parecían El Paraíso. Y debajo, un abanico,

con los siete colores, igual a uno que había en casa, pero éste se volvió sólo de luces y se propagaba; en poco rato, hubo muchísimos, flotando por todo el aire. Y un papel plateado, alto como un hombre, iba delante de mí. Con un rumor que atraía y aterraba. Y yo le pegaba y no podía espantarlo. Y no sé si era yo o era Josefa, hermana gemela de mi madre, que, cuando niña, cayó de rodilla, ante estas cosas.

31

Siempre hubo una zona semiprohibida, llamada Amelia.

Cada vez que yo oía el nombre “Amelia”, me recostaba a la pared, dejando todo lo que tenía que hacer, y con una sonrisa indecisa.

Y entretanto, se seguían ejecutando postres y licores; el manjar más exquisito es “las muñecas asadas”; las muñecas, como se sabe, son riquísimas; están hechas de galletitas, perlas y pollitos suaves. Al ponerles en las asaderas se asan enseguida. Yo ansiaba ingerirles; las corté con destreza, dejando aparte, sólo, la coronita de vidrio de oro.

En medio de estos almuerzos, algo como una voz, soplaba “Amelia” en la pared.

Y el tiempo inmóvil y fugitivo al mismo tiempo; no sé cómo podía ser así; los trabajos inútiles, el catálogo de los árboles que habían dado fruto, flor, los ciruelos; las calles arriba, abajo, y los apuntes sobre la Persecución y Características del conejo silvestre.

Pero, antes de irnos desde el huerto a la ciudad, vino un enorme vendaval, que izó a seres y a cosas, llevándolos hacia el norte, a la sombra y hacia la nada, ¿qué era? ¿qué era?

Como bien se ve en el mapa y bien se ve en la historia, creció y fluyó por sobre todo... el mar de Amelia.

32

Lo diabólico iba por la habitación. Sin ser la primera oportunidad en que se presentaba.

Ya, de chica, le divisé, y no lo dije. Una cosa absolutamente distinta entre las cosas. No era que me hiriese; pero, esa distinción, ese otro ser, me molestaba. Me perseguía sin tocarme. Dentro del colchón noté una cosa, ¿cómo había entrado allí sin rasgar la tela? Era lo diabólico o su formación. Lo extraje sin rasgar la tela y me levanté. Era algo escurridizo como un pez con dos colas; yo lo aferré bien, y salí al zaguán y lo tiré en la calle, hizo “crac”, y un pequeño perro que apareció, lo tomó en la boca, se oyó “crac”.

Entonces, sentí pena. Después de todo, se trataba de un ser, me dije. ¡Cómo le habría dolido el golpe, y después las fauces!

Y al sentir pena me normalicé, volví al zaguán, volví a la cama. Pero, lo diabólico, ahí estaba.

33

(Eugenio Médicis)

Abuelo Eugenio, jefe, descubridor de la chacra mágica, su embrujo duplicabas, con tus celestes flores y frutos japoneses,
granadas de jardín, membrillos,
limón dulce y caqui, dorado, brillando como estrella,
o el pardo, amarillo, negro caqui.

Las viñas, con sus manos celestes, color rosa, que parecían de papel, que el viento no podía mover, pero, que las langostas calaron como encaje, las arañas en un hilo; la luna pasaba por allí como otra mariposa. Los hongos, esas mujeres-hombres, esas campanas redondas, blancas.

Abuelo amo, doctor en frutos, ingeniero de retamos, tu Italia quedó lejos, tu misteriosa Italia griega y ya para siempre perdida canta, puerto de Génova, Firenze lontana, Cavour-Mazzini en los retratos, Regina de los cielos, aquí I Carbonari.

Abuelo jefe. Mi infancia tuvo miedo. Tu estampa antigua y siempre joven. Tu astuto paso. De lobo y rosacruz. Tú eras tú. De tu cabeza calva caían las dádivas, de tus lentes de oro y la cadena igual.

O del terciopelo de tu traje verde como pera, o negro cual ciruelo.

Como una serpiente aparecías en las hojas, y te ibas en las hojas como una serpiente. Gobernaste los carruajes, tus peones en docena, ingenuos y traviosos, los topos en rebaño.

Debajo de la chacra siempre hubo un tam-tam guerrero; se consumaron muchas bodas allá abajo y se consumieron.

Fundador de las moreras y las moras, de las mariposas de la seda; fundador de las olivas y sus jades y sus perlas; de las yucas con las uñas. Inventor de las naranjas, creo.

Tu mirada verde se posaba entre las hojas.

Te enamoraste muchas veces; pero, privó como en el retrato, la vieja boda con mi abuela, cuando ella vistió de negro con brillantes.

Tu vida estuvo inmóvil tres años; algún día te levantabas como de ti mismo, dando unos pasos por tu jardín incomparable.

En el fallecimiento gotearon los membrillos; saltaban piedras del rosal, aparecían antiguas primas en sus carros fúnebres, cargados de sandías. ¿Se mandó postal a Italia?

Después de tantos años y en sueños, empezaste a aparecer, cada vez más alto y más delgado, tu cara muerta se abre y habla, ante tus nietas, ya, tan altas como tú, galán insólito, un algo oscuro, no clasificable, recorre audazmente los restos de la chacra.

34

En el vidrio se dibujó un cuerno. Por la ventana entraron vacas y caballos. Miré y en la cama de al lado estaba acostada una vaca. Dos astas me toparon hechas de jade y con perla; me empujó una cabra, me hizo salir del lecho. En la pieza vecina había vacas y caballos charlando entre sí o para sí. En la cocina una vaca con su gruesa lengua insumía las migas de pan y la jalea. Por la ventana penetraba una larga cabeza de caballo, mostrando todos los dientes, como pocas veces, hacen los caballos. ¡Qué horrible, pensé, es la cabeza de un caballo!

En el patio los perros farfullaban y los gatos hacían un arrullo,

un cántico “a capella”. Clamé “Mamá” “Mamá”. Y la vi corriendo, chiquitita; con el pelo hasta el suelo, las plumas hasta el suelo, se trepó en un árbol, piaba llamándome, aleteaba, corrí, ascendí, me puse bajo sus manos, bajo sus alas, digo.

Creo que llovió un poco.

Creo que bajó el sol.

Y empezamos la azarosa noche allí en un nido.

35

La luna, la Virgen, quedó en el centro de un disco azul, con un breve borde de color de rosa, y lo demás era nube.

La Virgen parecía decir: Entre yo y lo demás hay algo azul.

Todo esto cambió, y ella, ya, morada y confusa, empezó a bajar impasiblemente. Parecía un terrón de sandía, un diente de higo.

Yo quedé asombrada.

De bien adentro de mi carne y de mis huesos pude sacar finísimos lienzos, organdîes, y así desplegué unas alas que me daban vuelo y peso, y subía y caía; hice la danza de homenaje a la luna. Pero, ésta desapareció totalmente.

Y yo tuve que enroscarme en mi carré^ltel, mi alhelí.

Hubo una larga penumbra. Todo quedó inmóvil. Parecía que en muchas partes había algo oculto.

Y en el alba, a la melancólica luz del alba, aparecieron los ámbolos muy juntos y ensimismados en el mismo pensamiento.

Y resurgían los animales, blancos, hermosos, rectangulares, pasmosamente de pie, como en la tarde anterior; como si no pudieran acostarse.

36

El plato de plata estaba colmado de esa piedra brillantada.

El ama con una hoja fina abría la piedra y repartió entre los comensales. En todas las comisuras quedaron escamas brillantes, y en las faldas y por el suelo.

El lampadario hacía más grandes y oscuras las hojas de lilas y de fresas.

Y al día siguiente toda la creación igual que siempre florecía y sufría.

Y brillaba más que nunca el altar de Dios.

37

Había tres gatos que no eran silvestres ni caseros.

Vivían en la bodega. La bodega estaba lejos de la casa. Yo iba hasta allá cuando las amas andaban cortando ajíes que son de tul verde, con el coágulo rojo dentro, la amatista, brilla la pata de turquesa de que penden.

De esos gatos se dijo que comían mariposas, y algo más absurdo se dijo, que comían moras. Pero, yo nunca lo comprobé.

Estos gatos eran llamados “los indios”. Al verme cada uno trepaba a un árbol y me miraba. Así yo era observada desde tres lugares diversos.

Un día uno de los gatos tuvo para mí intenciones sexuales, y yo huí a través de los ajíes de encaje, y él volaba y caía a mis pies, y volvía a volar y a caer a mis pies; me siguió en la larga caminata, demostrando a cada instante, su poder supremo e inútil.

38

Se sintió un perfume lozanísimo y un poco melancólico. Mi madre hacía grandes ramos.

Y pasó el mediodía y comenzó la tarde de la pasión.

Los ratones intuían algo y con pequeños palos y cañitas taparon sus cavidades. Se notaban ojos ratoniles.

Mamá y el ama sacaron del ropero al animal y lo envolvieron con un lienzo fino. Él pareció saberlo todo y alborotarse, y, también, parecía que se había dormido y olvidado.

Mamá lo besó y le pidió perdón. Las amas ya presentaban la cruz y los clavos.

Yo fui a la cocina, pero, sus precarios muebles no me dieron refugio.

Salí al jardín sin atreverme a pasar más allá. Mamá gritaba: -¡Ven! ¡Todos tienen que estar presentes!

Entonces yo huí, corría sin cesar por el pequeño jardín.

Hasta que cayeron el silencio y la sombra.

Y los familiares acudieron, algunos con lámparas. Y me seguían y llamaban por los vericuetos del pequeño jardín, y sin alcanzarme nunca.

39

La malvarrosa tiene un perfume lozanísimo y un poco picante. Mamá decía “malvarrosa” con singular acento, y que le hubiera gustado tener hijas llamadas “malvarrosa” . .

Era cuando los íncubos y los súcubos que nos perseguían siempre, rondaban como nunca.

En sueños, inconscientemente, yo movía una mano para apartarlos.

Y en las pilitas de la oscuridad brillaban las matas en verde deslumbrante.

Al despertar sentía un leve olor a sangre y sentía aquel aroma picante.

Fue cuando empecé a poner muchísimos huevos, blancos, muy bellos, con perla, cristal y pedrería.

Yo oculté bien la colección, pero, algún día la mostré.

Unos dijeron: No puede ser!

Otros dijeron: Es verdad.

Entonces, yo salí poco de mi lecho.

Afuera, proseguía el confuso mundo.

Y adentro se cumplían mis diabólicos y fragantes casamientos.

Yo estaba adentro del tronco de la magnolia arrollada como un caracol.

Vino mi madre con su diadema de tres pisos hecha con brillantes, piedras que adentro tenían agua, y quedaban irisadas, y huevos de codorniz; en contraste, el vestido era gris y simple; pero, los tallos, los zancos, parecían de cristal. Yo dije: –Bájate.

Y ella dejó los adminículos de vidrio; yo dije, “Acércate”, y ella inclinó la cabeza, de donde empecé a sacar aquellas cosas que resultaron ser caramelos, yemas confitadas, copos de sal y azúcar.

Yo preparé con eso, sucesivas y rápidas meriendas, que di a las muñecas y a pequeñas amigas que venían al minuto.

Mi madre se fue; a colmar la corona, nuevamente.

Y pasaban pájaros por todos lados, en número casi alarmante, por todos lados, finos como flechas, como líneas, que en algo doblaba el viento. Pero, había otros, oscuros, gruesos, grandes, graznaban; eran Pavos; graznaban.

Y tenían las mejillas flotantes.

Fuimos bajo la higuera a hablar de Dios.

Las hojas de la higuera no se veían o casi, más negras que lo negro. Los higos en haz, sí, color celeste claro, radiante, como hechos con heliotropo y cristal de licorera.

Para hablar de Dios no movíamos los labios.

Enseguida, nos entendimos.

No pasaba ni la brisa.

Pero a lo lejos parecían correr fogatas y los lobos de otro ducado.

Las hojas de la higuera eran más negras que lo negro.

Estuvimos hablando de Dios por mucho rato.

A la hora del atardecer en la escarpada tierra, desde el callejón hasta los eucaliptos, junto a las achiras de hojas rojas como llamas, se encendían las hornacinas, los “infiernos”, por todas partes. Y los santos de corola azul.

Allá en el caserío, abuelas, bisabuelas, sentadas en fila, me gritaban: —¡Pon algo a cada santo!

Y yo iba corriendo, Señora del Rocío, Señora de los Lirios, Santa Inés (Cordera), María de los Ángeles, Niève, Angustia, Armiño.

Pasaban volando mi pollera a cuadros, mi chalina.

Y luego como una flecha volvía al caserío; me detenía de súbito un poco asombrada.

Llamaban a cenar, entrábamos, avanzaban la cena, el pan, los platos. Comíamos en la oscuridad.

Entre el callejón y los eucaliptos, afuera y allá arriba, se movían los “infiernos” y los santos.

Los leones rondaban la casa.

Los leones siempre rondaron.

Siempre se dijo que los leones rondaron siempre.

Parecían salir de los paraísos y el rosal.

Los leones eran sucios y dorados.

Ellos eran muy bellos.

Los ojos como perlas. Y un broche brillante en el pecho entre aquel pelo áureo.

Los leones entraron a la casa.

Corrimos a esconder los floreros de sal, de azúcar, el cometa Halley, las queridísimas sábanas nevadas, la colección de estampillas. Y a traer los sudarios.

Los leones eran al mismo tiempo, presentes e invisibles, al mismo tiempo, visibles e invisibles.

Se oía el rumor de la leche que robaban, el clamor de la miel y la carne que cortaban.

Llevaron hacia afuera a la abuela oscura, la que tenía una guía de rositas alrededor del corazón.

Y la comieron fríamente. Como en un simulacro.

Y, —¡como si hubiese sido un simulacro!— ella tornó a la casa y dijo: —Los leones rondaron siempre. Están delante de los paraísos y el rosal. Dijo: —Los leones ya están acá.

44

A la hora de la siesta las cosas se transformaban.

Hasta el papel de seda, sobre el que eran posadas las tacitas, se abullonaba, y de ahí salía una serpiente, gruesa y suntuosa, que parecía dirigirse a muchas partes.

En mi vestido azul de niña, aparecían ratones, en los bolsillos y el ruedo, y también en el escote había ratoncillos.

Yo quería huir y veía caracoles por todos lados. Color crema y la virola rosada. Me detenía ese círculo sexual y místico.

Apenas pude correr hacia el lecho, pero al acostarme, los ratoncillos chillaron, no sé si de alegría o de temor. Subí por la escalera hacia el techo, allí había un pavo enorme, posado, que nunca había estado. Y vi huevos de pavo que ¡cloqueaban!

Entonces, resolví quedar inmóvil, los ojos bajos, de pie, bajo el ardiente sol. Si me movía o miraba, las cosas se transformaban. Hasta que allá muy lejos entre las nubes desleídas, se asomó una estrella.

Y yo había pasado nuevamente —sin saber ya cómo— el pavoroso puente de la siesta.

45

¿Loros? ¿Olvidé hablar de ellos? Usaban collares fosforescentes, azules, negros, rojos, verdes. Bajaron de los hondos cielos, de los

rosales, que, en ese sitio, eran más altos que cipreses, (pasaban las nubes con sus ramos).

Loros en todas las ventanas y las puertas. Unos como hombres; otros, de pie, en mi mano. Los conducía ante la abuela con gran interrogante, esas capuchas, esos velos; parecían hechos de brasas e higos verdes; yo creí que eran santos inmortales, coloreados.

Vivieron en la huerta, el jardín y la morada. Con muchos disimulo y atención oían todo lo que decíamos.

Y así, cosas de nuestra vida rodaron por años en el viento.

46

Vestíamos de fantasía hacia el final del año. Una tela como cristal; otra, con uvas estampadas. Rosas, dalias. Las mismas del jardín. Y anchas capelinas, delantales de organdí, canastillas con violetas.

Íbamos los huertos al través. La arveja daba pequeños gritos, volcando cada una de sus cuentas. Los narcisos silvestres, dorados, amarillísimos, cruzaban todo el aire con el perfume y con las flechas.

Vestimos de fantasía, no sé por qué, al terminar el año en los jardines, flores dibujadas por el rostro,
y sonaban guitarras invisibles.

47

Resolvimos disfrazarnos. Para robar ciruelas. Para asustar a los vecinos. Vestidos de espantapájaros. Ramos de violeta en el rostro y hasta el ruedo. Alas y brazos desacomodados.

Fuimos a la chacra más próxima. Muchos se asomaban por puertas y ventanas. Uno dijo: —¿Quiénes son? ¿Cuál es el jefe?

Pero, éramos tres mujeres.

Otro dijo: —Son las niñas de al lado.

En una noche quieta, deslumbrante. La luna sobre las ramas. Como una mariposa redonda y total.

Las ciruelas parecían remotas.
Y no había a quién asustar.

48

Me encontré una cometa tendida en el suelo. Pareció hecha con papeles lunares. Tenía piedras brillantes. Y dientes.

Se reía, hablaba. Vi sus teclas y botones luminosos.

Quise huir de ese comentario de trasmundo. Y bridas, hilos, me perseguían. Hasta que pude librarme. No obstante, una lagartija o flecha iba delante de mí.

Cerré la puerta con furia, me dormí llorando. Soñé. “Vete al Cielo, al Demonio”. “¿De dónde viniste?”.

En el alba volví cautelosamente, al sitio ya solitario. Las plantas de té abrían camelias rosadas y quietas. Y parecía que nada hubiera pasado.

49

¿Y ese fantasma, ese amasijo, ese papel de ajo? Al principio era pequeño; ahora, ya, crece por todo, se despliega como una sábana, inunda la casa, el jardín, la quinta, sube al cielo. Dios mío! Que no vean los vecinos! Nosotros siempre fuimos tan raros! ¡Y ahora esto!

Vamos a disimular; hablemos como si... —Es una nube de tormenta, de granizo; se irá.

Pero los vecinos ya miran hacia arriba. Y la nube se rompe, brota una cabeza que adentro tiene muchas hileras de dientes; afuera tiene dientes. Los vecinos miran hacia arriba. Ya están comentando. Van a deformar las cosas. Volverán los hechos aún más grandes. Harán calumnia.

Oh, Dios. De un papel de ajo.

En ese sitio nunca hay sol. Cuando a pocos kilómetros, ya está el mediodía, o la mediatarde, y la luz esplende, allí, es de noche. Sobre el cerco asoma la luna; sólo un pedazo, terrible y plateado. Los árboles oscilan, rígidos. Hay muchas iglesias, y los objetos tienen forma de iglesia, tienen como una cruz y un jardín. Los hombres parecen santos, andan mal vestidos, la mirada traspasante. El supremo jefe es cura; llamado San Mora. Y todos, en sus conversaciones, en cualquier lugar y a cualquier minuto, en cada párrafo, hacen aparecer el nombre Mora, aunque no venga el caso.

Pero, lo más sorprendente fue lo que vi el último día.

Una vaca enorme. Aunque me advirtieron que era una mujer, y de cerca, lo comprobé. Sus cuernos ya resultan cortos; es muy bella, gordísima; sobre las muchas mantas de carne tiene alhajas, caracoles. A cada rato le desembarcan más alimentos; bolsas de frutas y de panes.

Y ella llora un poco en medio del aire Morado, y sus lágrimas son absolutamente duras como perlas, y caen al suelo con un ruido suave.

Vi un animal forrado de otro animal y por los orificios aún le salían patas de pez y espinas de niño. Y todas sus telas y mallas eran finas y tensas y tersas, muy bien hechas. El color, rosa, perla o gris.

Estaba en el aire y en el suelo.

Yo quise agarrarlo y creí que lo había hecho, pero, nada de eso sucedió. Además, el aire se cerraba con manzanos. Era un círculo perfecto. Las manzanas se precipitaban unas tras otras, blancas o rojas; como bombas o cajas. Y cuando habían caído todas, una nueva floración daba a luz más bombas y cajas. Y la luna entre las hojas, un disco delgadísimo que giraba sin cesar e inmóvil por supuesto: la melodía decía "Nadie toque nada; no intente entrar, ni irse: está bien, así".

Las “abuelas”, tejidas totalmente con rafia y alhelí, fueron puestas en las puertas, o prendiendo de los árboles, o de a dos, más allá.

El manzano sombrío esperaba los acontecimientos con su carga de pequeñas bombas.

Sopló viento, y las “abuelas”, —electrificados el esqueleto hecho todo de hilo, y los ramos—, cambiaron de sitios.

Poderosos animales, blancos y negros, homosexuales, cumplían su tarea de amor bajo las ramas.

Pero al irse, uno eligió el norte; el otro, el sur; uno el este, otro el oeste. Para volverse un minuto y proseguir bajo una breve polvareda brillante.

Yo estaba oculta entre las hojas y asomé de entre las hojas.

Yo, como siempre, no sabía qué hacer, si esconderme. Si aparecer.

Las divinidades agrarias en la noche iban de aquí para allá, o formaban raras filas debajo de los árboles.

Algunas en forma de grandes pajarracos o de seres humanos.

Otras, con sólo un pie, pero igualmente bellas. Los colores: verde y rosa. Pero un verde y rosa nunca vistos, o un amarillo de yema con un esplendor indecible.

Cada una ponía huevos, de sus mismos colores, pero estos huevos eran rápidamente devorados por el rocío.

No sé si habían venido de Italia con los abuelos, o eran surgidas ahí.

Al alba parecían desaparecer, esfumarse. Entonces, por más que yo mirara, mirara, sólo veía manzanas, el viento que andaba sin saber por qué.

Ramos de azahares.

El gato traía lagartijas, desde la sombra. Pequeñas, de dos o tres centímetros. Y en verde rabioso o lapislázuli. Pero, sin matarlas ni herirlas, y las ponía en mi falda.

Y yo las volvía al pasto.

Mi gata hermosa y delicada traía lagartijas y las ponía en mi falda y yo las volvía al pasto.

Éramos chicas la gata, yo y las lagartijas. En medio de la siesta deslumbrante.

Yo creía que eso era todo, las dalias, algún fantasma que transcurría por el aire, lentamente, o se enganchaba de los árboles como un trapo.

Se formaban aquellas esferas de tierra por el campo, colmadas de bichos apetitosos a las gallinas. Esas poblaciones tenían algo de sombrío. Esos insectos eran humanos. Pero, al mirarles sólo eran insectos. Y ¿cómo explicar? Yo sentía la comunicación y el llamado.

Estuve a punto de editar un diario, que saliera al anochecer; sólo una hoja con una lila inserta, que explicara eso. Pero, no se dio esta empresa.

Y, además surgían hongos, también redondos, por todas partes, que disimulaban todo.

Y así corrieron años.

Y el oscuro asunto se perdió en el tiempo.

El monstruo me miraba, el cárabo, con su ojo rojo, azul, de oro, bajo el antifaz, la pluma, que iba recta y doble, ya más alta que los árboles.

¿Era un país lituano, de la India, o en mi país?

Entre el ave y yo había un nido con tres o cuatro huevos, defor-

mes, casi cuadrados, como mal hechos con loza, papel acresponado.

¿Y mi familia me dejó allí? De súbito, sin saberlo. O a sabiendas.

Y, ahora, el pichón ya era viejo, sus gritos como cuchillazos en el aire.

Me palpé la pollera chiquita y la tiara de pelo y de orugas, fija, moviente, que me cruzaba la sien fijamente.

Y como no sabía qué hacer, no había qué hacer, seguí contando esos huevos, poquísimos y rarísimos, sin que nunca saliera bien la cuenta.

57

Trajeron un pescado enorme, desde la lagunita. ¿Cómo? Allá sobresaldría! Pero, era, así. Lo dejaron fuera. Muchos metros. Los niños, enseguida, se le trepaban y caían resbalando. Aunque era de noche conservó los colores, —como ocurrió siempre, con todo, en casa— sus oros y salmones. Las flores, también, conservaban los colores, algo más aterciopelados. Tal vez, él ya había muerto, pues, bajó los anchos ojos, y de la boca, le salían lágrimas. Alguien dio un cuchillazo; pero, no se vio eso; se vio ya hecho. Y de su interior empezó a manar lo único que había, y en infinitud: unos objetos pequeños y duros; que parecían avellanas, que parecían balas; no era ninguna cosa conocida.

Todos los miembros de la familia trajeron vasos, ollas y floreros y juntaban con avidez. Y los vecinos, enterados automáticamente, acudían, también, con vasijas.

Y, ahora, qué? pensé. ¿No era preferible proseguir la cena, leer la novela, hacer los deberes, aguardar el invierno?

Di un manotazo para que huyesen los murciélagos,
y tracé algunas palabras en el desolado papel.

LA FALENA

1987

La falena, Arca, Montevideo, 1987; 132 páginas.

CARROS FÚNEBRES CARGADOS DE SANDÍAS

Al mediodía, las ásperas magnolias y las peras, los topacios con patas y con alas; azucenones, claros, rojos, semiabiertos; la casa de siempre, el patio familiar, parecían el paraíso, por el brillo de las ramas, los racimos, las estrellas en las hojas, cuyas figuras de cinco picos se reflejaban por los suelos.

Y el bebé con sus plumas. No se sabía si era niño o era niña. El bebé entre las cremas. Blanco, celeste, color rosa. Si era mujer o era hombre. El bebé entre sus tules, sus claras y sus yemas, las "coronas de novia".

El deseo estuvo, allí, servido.

Era eso, exactamente.

Tocaron las campanas a rebato. Cuando el asesinato, la violación del bebé; la devoración, la consunción. Sonaron las campanas a rebato, cuando la visitación al bebé, y todo lo demás.

Las frutas desaparecieron. La casa quedó gris, chiquitita. Como antes, más que antes.

Pasó un minuto.

No sé si pasó un día, pasaron años.

Y Dios perdonó. Se sintió el rumor de sus alas bajando por las uvas.

Dios quemó el pecado,

lo borró,

lo quemó,

lo dejó blanco, como nieve, como espuma.

* * *

Pasaban murciélagos, prendidos a la ropa de las vacas, las gace-
las; cuando pude quité alguno.

Y otros, más domésticos, colgaron en la cocina con la cabeza
para abajo; papá les daba vino, cigarrillos. Las mujeres, más ilusas,
poníamos rosas y alhelíes, para que el intenso perfume a sangre y a
azúcar de esas flores, les calmase.

Un día, uno me mordió; mas, proseguí indemne. Oigo, sí, que
“los niños de la noche hacen su música”; pero no participo del
festín. Estoy como testigo. O participo, y no lo sé.

* * *

Qué especie misteriosa la de los ángeles. Cuando nací oí decían
“Ángel”, “Ángeles”, u otros nombres, “Nardo”, “Lirio”. Espuma que
crece sobre las ramas, cerámica finísima aumentando sola. Nardo.
Lirio.

Y en los ojos de los perros, también, hay ángeles.

O eran altos, vestidos de pluma y gasa, alas larguísimas, ojos
grises. Nos acompañaban a la escuela (cada uno disponía de uno),
al baile de las niñas, a mis bodas sucesivas, paralelas, que ya conté.

Cuando los novios eran lagartos, eucaliptos o claveles.

Y a la boda mayor con el Gato Montés; mi madre tenía miedo
y me llevaba de la mano, y papá no se atrevió a ir.

Ellos sobrevolaban cerca. La entrada al bosque, la cocina, la
hornacina donde había pequeñas calaveras, palomas cazadas.

Presenciaron el ceremonial y el rito,

Y con su silencioso poderío me salvaron.

* * *

Apareció una flor en el agua. De un rosa incendiario, des-
lumbrador. Redonda u oval, según el instante. Sin raíces sobre una
hoja negra. La descubrió un niño que gritaba que había algo raro
por el lago, y la madre lo golpeó suavemente, diciendo que sólo
era una flor. Después, notó que parecía de brujería.

Me desnudé y nadé, yo que no sé nadar; volé, que nunca pude

volar. Pero entre la flor y yo, siempre hubo una distancia; por más que se extendieron mis dedos, no podían alcanzarle.

Corrió gran parte del día; ya había un tumulto en la aldea.

Y la flor se izó, casi rozándonos los ojos, subía con todo el plumaje en llamas. Los niños, entonces, creyeron que era una cometa. Los mayores, entonces, creyeron que era un cometa.

Más arriba, semejó la luna, y más arriba, una estrella, y se perdió en la nada.

Pasan años, y proseguimos explorando minuciosamente, inútilmente, el lago, el aire, y la nada.

* * *

El ladrón era de oro. Era un ladrón rosado.

Parece ser que, por la tarde, llegó a la casa. Con todas sus fechorías, ya prescritas. Y se arrolló en un hueco de la pared, en espiral, caracol.

Sólo le saltaban los ojos como dos botones negros. Yo, entonces, le vi bien. Pero creí que fuese algo raro que había empezado a formarse ahí, un animal nunca visto. Y nada dije.

Al bajar la noche, cuando el viento hamacaba los árboles y caían las peras y las rosas, él salió de su escondite, y blandía un cuchillo. Su lomo era dorado. Tenía un chal color rosa. Dio unos pasos, y del aparador cayeron los huevos y los platos, y del ropero volaron murciélagos y pollitos.

Papá se puso de pie, tambaleante; mamá dio un grito; los abuelos decían algo en sueños; las otras niñas gritaban y se dormían, gritaban y se dormían. Yo, nada dije.

A la medianoche, él ya había triunfado sobre todo. Y se iba, con sus cuchillas finas, con su chal.

* * *

Qué noche extraña cuando murió el abuelo. Caían gotas, piedras blancas, de los limones y el rosal. Desde el aparador salían ratas; las tacitas en docena, siempre doce, las copitas; los licores de todos los colores, quedaron negros.

La tía Joseph dio un grito cerca del cadáver. Nosotras, las niñas, también gritábamos. De improviso, aparecieron tías más remotas, primas de primas, súbitamente, en un minuto, como si hubiesen viajado a caballo o en mariposa. Y vecinos de las más lejanas chacras, y hasta de las chacras de subtierra, vinieron en sus carros fúnebres, cargados de sandías.

Vi alguien, rarísimo, adentro del espejo; me fijé bien por si era un reflejo; pero no había nadie que correspondiera a él.

Mas, al amanecer, los extraños partieron. Todos. Y nos acostamos. Cada uno fue a su lecho. Y dormimos, algunas horas, profundamente.

Y entre nosotros estaba el abuelo, muerto.

* * *

Quedé inmóvil, los rizos largos, rojos, en los jardines del tío Juan; cerca, celedonias y siemprevivas, también rojizas.

Los que pasaban a mi lado; creían que era una muñeca, un cuadro, un ángel, de los tantos, que, siempre, andan en los rosales y los nidos. Y me miraban con cierta seriedad y devoción. Y había nidales, por todos lados, con huevos de diverso tamaño, todos finísimos. Yo veía las maravillas parpadeantes.

Y quería moverme,irme; pero nadie me llamaba, porque ninguno creía en mí,

...nadie me llama,

va a caer la noche.

Y prosigo inmóvil.

Dentro del vestido blanco, dentro del sombrero rojo.

* * *

Por el bosque, inmensurable. Yo veía su fin y no lo podía alcanzar. Con un canastito de rojas fresas. Y las mariposas, las almas, en todos los colores; algunas se posaban sobre mí.

El tren, ese monstruo, partió el bosque como si lo fuera a matar, (quedaron dos bosques), y se perdió en el infinito.¹

Otra vez, un silencio inmenso.

Los árboles altísimos llegaban al cielo, a las casas de los santos.

Y yo vagaba, huida de la escuela, de mamá, con el breve vestido rojo, el canastito de moras negras.

Y de lo más cerrado del bosque salió el Lobo, rostro picudo, ojos hundidos; pero yo no retrocedía ni dejaba de mirar.

Y la misma comedia, cada día, el mismo rito.

Rosa y el lobo.

Mitad y mitad.

* * *

Cuando tenía seis años, ocho años, la abuela dictaminó vestido de liebre, que me libraba de todo mal. Y, entonces, hizo un sacón de piel de liebre y lo ajustó, y, adentro, puso lápices y libros.

Al alba, antes, en la noche, yo iba para la escuela, vestida así, y en cuatro pies, entre las hierbas parpadeantes y las dalias. Cientos de metros; a ratos, me detenía y preparaba café en un pequeño frasco, y proseguía.

Mas, una vez, los niños feroces me descubrieron.

Gritaban: ¡Ahí, va Rosa la liebre! ¡Va la liebre, la liebre! ¡Va la liebre! Y me cercaban.

Las estrellas extendieron sus ramos, para que trepase y huyera con ellas.

Pero empezó la aurora a pintar.

Y se vio el sacrificio en el matorral.

* * *

Íbamos de visita. Mamá, con tacos altos, entre los pedruzcos y los pastos. Mamá, con plumas en el sombrero. Y Nidia y yo, delante, vestidas del mismo modo. Lejos, los negros eucaliptos, las retamas, las Presencias.

Al llegar a la casa de la visita, espiaban a ver quiénes éramos.

Y nos llevaron con gran cortesía, hacia el comedor. Nidia y yo teníamos un gran moño de organdí blanco sobre la frente. Y en

los cuadros, siempre lo mismo: un pato sangrante, un melón, un racimo. Y en las cestillas, también, racimos.

La charla fue por cosas ajenas y propias, una hora y media.

Luego, la licorera, y las copitas, y las masitas, que, casi, no probábamos, mirando de reojo a mamá; y poniéndonos rosadas como ciruelas. Y las despedidas hasta el portón. Mamá iba, trabajosamente, entre los pastos. Nidia y yo, delante, casi iguales. Nidia algo más chiquita. Y veíamos, azoradas, las manchas de colores en el cielo, las retamas tan oscuras, y hasta alguna comadreja, que pasaba como loca, con los ojos cerrados, con una gallina en la boca.

* * *

Me vino un deseo misterioso de ver fruta, de comer fruta; y salí a la selva de la casa. Cacé una manzana, un membrillo malvarrosa, una ciruela y su capuchón azul. Asé, ligeramente, una dalia, y la comí, tragué una rosa; vi duraznos y su vino ocre, uvas rojas, negras, blancas; los higos, que albergan, por igual, al Diablo y a San Juan, y los racimos de bananas y de nísperos; me cayeron dátiles en la blusa.

Me crecieron alas, blanquísimas, me creció el vestido. Eché a volar. No quería volver, más. Llegué a un tejado; creyeron que era una cigüeña, un gran ángel; las mujeres gritaban; los hombres rondaron con intenciones ocultas.

No podía volver, ya.

Ando, ando.

Las gentes retornan de las fiestas, se desvelan;
y yo vuelvo a pasar volando.

* * *

Quiero entrar a un jardín de rosas, oscuras, rojas, redondas, ovals, aterciopeladas, como las que vi de chica, con perfume a vino, a uva y a manzana, que, no sé por qué, llamaban Estrellas. De Francia. Sentarme, allí, oculta. Y que pasen, cerca, casi rozándome,

mientras, dicen “¡Ven!” “¡Ven!”, mientras, gritan “Estará escondida!” “Estará dormida!”

Y llega humo de la casa, un olor a arroz con nardo, y a budines, un contrapunto de lechuzas y violines.

Y, a la medianoche, aparecer con una sonrisa extraña, en medio de los llantos, la alhucema, el pastel blanco, diciendo: —Ustedes me miraban y no me veían.

* * *

Vino galopando con un cordero muerto. Por el valle, por las callecitas de los campos. Con aquel niño muerto, que bamboleaba la cabeza.

Había tantas estrellas y las flores azules del mío mío; en el pastizal, tantas flores y bichos chiquititos.

Muchos pecaban en el pasto; otros pescaban en el pasto, ponían los anzuelos, y cazaban ratas, pequeñas liebres, que llevaban a sus casas, casi muertas, casi vivas.

Todos querían acoplarse, comer, matar.

Pero era como un sueño que empezaba y se desvanecía.

* * *

Era una mañana con alguna lluvia, y viento. El tártago mostraba los negros frutos y duras hojas, a modo de castigo. Parecía un enebro, que fuera a ofrecer una bebida diabólica y oscura.

La gallinita blanca iba hacia él como en una pesadilla; la llamé, pero no volvió su pequeña cabeza donde ya anidaba esa locura; le vi las piernas finas, la ropa leve.

Quise acudir. Y de inmediato, aparecieron grandes telas de araña, llenas de perlas y brillantes, tiesas y bellísimas. Por donde yo quisiera salir había una de esas tramas. Alguien con su imaginación las construía, para que yo no fuese.

Y en el tártago, en el enebro, dejó de ser la paloma blanca.

* * *

Esa novia de los huertos era alta, delgada, muy hermosa; el cabello recogido en la nuca como un moño; tenía vestido negro, mantón blanco. Había nacido en esa casa; sabía cocinar, coser, tejer, cuidar de los retamos, no sabía escribir, sabía rezar.

(El novio era de sólo unos metros más allá.)

Para entrar a la iglesia tuvo que inclinarse, pues, la puerta era chiquitita y ella muy alta. Tenía vestido negro, mantón blanco. Y como ramo, una flor de coliflor: hojas grises y largas, rosetón blanco, acrosponado, anacarado; sobre el que caían el arroz, el adiós y las lágrimas.

* * *

Las avispas eran finísimas. Como los ángeles, cabían muchas en un punto. Todas parecían señoritas, maestras de baile. Imité su murmullo bastante bien. Rondaron sobre las flores blancas del manzano, las ocres del membrillo, las duras rosas rojas del granado. O en las fuentecitas, donde mi prima, mi hermana y yo las mirábamos con la mano en el mentón. Ante ellas fuimos gigantes, monstruos. Pero lo más pasmoso era los cartones que fabricaban; casi de golpe, aparecían sus palacios de grueso papel gris, entre las hojas, y, adentro, platos de miel.

Mientras, proseguía el lagarto cazando huevos de gallina, calientes golosinas; cruzaban las víboras azules como el fuego, subían claveles labrados y rizados, iguales a copas de arroz y de frutilla.

El mundo, por todas partes, acuciante, encantador.

Y una cara, separada, sólo pintada, iba entre las hojas, ojos bajos, boca abierta y roja.

Y cuando ya había pasado,
pasaba una vez más.

* * *

Anoche, llegaron murciélagos.

Si no los llamo, ellos, igual, vienen.

Venían con las alas negras y el racimo.

Cayeron adentro de mi vestido blanco. De todas las rosas y camelias que he reunido en estos años. Y en la canasta de claveles

y de fresias. La Virgen María dio un grito y atravesó todas las salas; con el pelo hasta el suelo y las dalias.

Las perlas, almendras y pastillas, las frutas de cristal y almíbar, que vivían en fruterías y cajas de porcelana, quedaron negras, y volvieron a ser claras, pero como muertas.

Yo me erguí. Goteaban sangre mi pañuelo blanco y mi garganta.

* * *

De todas las primas que venían a visitar a mi madre cuando vivíamos en el campo, una me quedó grabada.

Siempre, llegó en grupo; era evidente que no se atrevía a cruzar sola. Usaba vestidos pardos, veteados, dos delantales en esos colores, gorro igual con vuelo, anteojos, y en vez de nariz, tenía un pico, duro, rojo, anaranjado. Algún niño la dibujó en secreto, pero rompió el dibujo, porque tuvo temor.

Por lo demás, ella era dulce, sonreía. Traía albahaca en sus regalos, yerba lucera. Y paquetitos de caramelos y amatistas.

* * *

Resolvimos seguir robando. Pero separadas. Estrella, por su cuenta; yo, por la mía. Hay noches propicias. El cielo queda anaranjado, rosa cyclamen. Los naranjos, absolutamente negros. Vuelven las aves; hay que tener cuidado porque silban, revolotean. Sé qué rama elegir. No sé por dónde andará Estrella. Pasan los amos de los huertos. Con sus bolsos y bandejas. Llevan un corderillo recién nacido o recién sacrificado. Peras y manzanas, ramos de lilas. ¿Habrà boda? A la medianoche, todo queda inmóvil. Desciendo. Busco un caminito mirando si, por el siguiente, viene Estrella. Paso junto a las hojas anchas de los tãrtagos y a las hojas redondas de violeta. Entro a la casa; no hay que vacilar. Prosigo levemente sobre aparadores y roperos, robo en las cajas. Alguien da un grito; otros gritan. Huyo. No sé si, allã, quedan con las hachas, o fue sólo un grito.

La luna deja todo blanco, y los escondrijos, más negros.

Estrella pasa, veloz, con su carga.
Y desaparecemos en el suelo.

* * *

Cuando yo era lechuza observaba todo con mi pupila caliente y fría; no se me perdió ningún ser, ninguna cosa. Floté delante del que pasara por el campo, la doble capa abierta, las piernas blancas, entreabiertas; como una mujer. Y antes de que diese el grito petrificante, todos huían al monte de oro, al monte de las sombras, diciendo: ¿Y eso en medio del aire como una estrella?

Pero también, era una niña allá en la casa.

Mamá guardó para sí el misterio.

Y miraba a Dios llorando.

* * *

Aparecían, de golpe, como todas las cosas de mi vida. Negros, blancos, de mantón sedoso. En medio del campo, la laguna del campo, de la casa. Los pájaros acuáticos mirando para abajo, pensativos. Sobre las altas patas. Parecían sauces, hombres, cosas muy disímiles. Les veíamos por las ventanas y en las habitaciones iban comentarios. ¿Qué predecían? ¿Lluvia? ¿Viento? ¿El verano próximo, el lejano invierno?

Un día, vino uno solo, negro. Y gente feroz le mató. Una niña vio, de lejos, el asesinato. (Yo). Y no se olvida.

Mi vida viene y va.

Va y viene.

Y, siempre, hay un pájaro negro que cae. Y cae.

* * *

Abrí las alas, cerca del techo, y me pegué. Marrón con manchas guinda y números desconocidos.

La madre de familia y los niños, (que ya iban a la escuela), vieron que eran números desconocidos.

Querían arrancarme las alas.

No sé bien qué hablaban.

Yo estaba allá, arriba, sin peso.

Entró el viento.

Entró el padre de familia.

Trajeron adminículos; no sé bien qué hablaban.

Él me miró. Tal vez, cayó en una zona de encanto y pena. Le parecí una mujer con vestido de baile.

Se apagó la lámpara.

¿Qué decidían?

En la oscuridad me volví negra, y mucho más grande; y los bordes de mis alas daban luz. No podía irme porque los Hechos me habían puesto allí.

Ellos no se acostaban.

Yo seguía negra, inmóvil y cambiante.

* * *

Los zapallos estaban planos sobre sus hojas, como platos.

La espalda, redonda, anaranjada, el pecho redondo, anaranjado; parecían el escudo de Aquileo brillando al sol. Venían las mariposas y las rosas. Las vacas con malas intenciones. Las liebres de pardas gafas. Llegó mi abuela, Señora Rosa, y no hizo caso de nada de eso. Puso unos cuantos en lo hondo de los cestos. Los llevó a casa, les partió, les transformó en miel y hadas. Me invitó.

Quedé tocada. Casi ida, embrujada, así, como me ves.

* * *

De nuevo, empezó la guerra, dijo saltando de las magnolias a la sala, a la cocina, negra, donde se transformaban tantas cosas. Uno iba con un racimo; otro, no sé qué; otro, con una gallina y su huevo. En el aire brillante, negro, empezaban, otra vez, todas las cosas. Pero yo, ¿qué hice?, dije.

Y se oía el rumor de lejanos armamentos. Estaba desnuda, como siempre, vestida sólo con el collar de coral, una muñeca fina

en el altar. Mas, por la ventana, que había quedado abierta, ya se vio al rix, las trenzas alrededor de la frente, y, también, desnudo; entonces, salí al jardín; había un gran tumulto. El vino iba por sobre todo. Con su aroma a rosa. Su aroma a fresa. Su aroma a alma. Yo sobrevolaba como una libélula, vestida con las alhajas marinas, animales, rosadas, finas. Un gran silencio; y al rato, saltaba de entre los árboles, una explosión de astros. Hasta que, al fin, terminó eso. El rey se fue, nos dio la espalda. Quedaron muchos cadáveres sobre la puerta, a través de los cuales, ya comenzaban a nacer plantas.

Uno iba con no sé qué.

Otro, con una oca.

Otro, con la tijera para cortar la madreSelva y los viejos muerdgos de las fiestas.

Volví a la sala, la cocina; en el aire brillante, negro, empezaban, otra vez, todás las cosas.

* * *

Una terrible mariposa negra llegó en la noche y se posó en el techo. Sabía todos los juegos sexuales. Aterrados, nos hicimos los desentendidos. Pero ella bajó; hasta murmuró algo; a uno, le pegó en el rostro; a otro, se le paró en el pecho; yo corrí, llamando a alguien que no estaba, la casa solitaria, el viento.

Ella me cercó, me conminó; a cada uno, cercaba y conminaba. Estuvo activa durante toda la noche; logró, paso a paso, sus designios. En el alba se fue sobre las arboledas.

Cerramos, dos veces, las ventanas, las cortinillas. Que no llegase, nunca más, el día. Huimos a la oscuridad, locos de miedo y de vergüenza.

* * *

Papá, tengo fiebre, calor, frío; cuida las cosas de la casa, los animalillos, ratones, (negros, blancos, marrones, grises), déjales alimento, pan, almíbar, papel picado.

...Pero, tú sigues cavando en el jardín de los naranjos.

Te miro a través de la inmensa ventana.

Sigues y sigues en el impresionante jardín de las naranjas.

No vienes a ver si duermo, mejoro, me caso, me muero, caigo de la cama.

Pasan días, meses, años.

Las cometas cuelgan del techo, finas y celestes, colas de gasa, ojos dorados.

Y hay diamelas en el altar. (Un cariaquito). Mamá está hablando cosas muy extrañas acerca de ellas.

Y tú no dices nada,
¿no vienes a escuchar?

* * *

Parecerá mentira. Pero venimos de un tiempo donde podían ser la Comadreja y María Perla.

Aparecen en las callecitas del atardecer. Por cada extremo de la calleja, aunque semejen ir juntas. El rostro tan estrecho, gotas de miel en el hocico, un moño granate en las orejas.

¿Adónde se dirigen? ¿Al rosario? ¿Al matadero?

¿Nos robarán el pan dulce, las rositas abiertas hace un minuto?

El pueblo charla bajo la luna.

Y las antiguas habitantes—más antiguas—proceden sorpresivamente.

* * *

En los alambrados, telarañas radiantes y siniestras. Esas hilanderas responden al mundo con su trabajo de plata. Y la Suerte pone brillantes y perlas con absoluta certeza; sólo donde deben ir.

En los alambrados quedan restos de comadreas y picaflores (que han venido a parar ahí, en las huidas nocturnas).

Y baja una nube, diligente y tranquila, como una mujer, un ser; roba algunas cosas, algunos restos. Deja algunas cosas. Caracoles, (desaparecen, velozmente, por el pasto). Y una ángela diminuta, que llevamos a la casa y ponemos, de nombre, Lílám. Es como

una muñeca fina, con alitas de oro y pelo igual. Está, inmóvil, por horas, sobre los muebles. O vuela en el aire de las habitaciones, ante nuestras miradas deslumbradas.

* * *

Por la noche oí un rumor. Supe que algo había cambiado en el jardín. Fui allá, dentro de la mayor oscuridad. Esperé temblando. En el alba vi qué era. Una mariposa estaba naciendo allí. Quise ampararla, llevarla para adentro, antes de que apareciesen los perdularios de siempre. Pero, ¿quién abraza una mariposa, quién lleva un alma entre las manos? Entonces, noté que sus alas iban hacia arriba, creciendo a ojos vistas, negras, lilas; en rosados brillantes y sagrados. Ya otros, se habían detenido, cerca, inmóviles de horror. En las alas había franjas color nieve, con historias confusas, escritas o pintadas, que todos intentaban descifrar. Y subían entre los árboles, no sé cómo, salpicadas de piedras preciosas; llegaron hasta el sol; y en las horas, días o meses siguientes, porque perdimos la noción del tiempo, hubo, siempre, como una neblina, una suave oscuridad. Yo intenté irme, tomé mis cosas, y dejé el jardín. Pero en mitad del camino, me detuvieron, diciéndome que volviera, ya que yo había descubierto eso.

Así que, de noche, oigo el murmullo, el botón, y al alba, veo subir las alas, negras, lilas, amarillas y rosadas, con historias de santos escritas al trasluz.

PAVOROSO SACÓN BRILLANTE

Soy siempre la tonta bellísima allá en la chacra de las fresias.

Mientras, el viento del destino soplabá para las otras, mi corazón inmóvil, ansioso, vigiló el sueño de las muñecas y los perros. Vi, tantas veces, levantarse la neblina con un ala sólo, el aire, el rocío de pavoroso sacón brillante, surgir mi madre, no sé, vendiendo lagartijas y membrillos.

...Yo quedé en el óvalo.

A ratos, parece estremecerse, tenuemente, la guirnalda.

Cruza gente que conozco y no conozco... Y es el viejísimo valle de las fresias.

* * *

Cuando volvíamos de la ciudad, al mediodía, mi madre, mi hermana y yo. Y papá nos aguardaba allá en lo más hondo de las profundas chacras.

Sobre las lagunas, las negras palomas de agua, de plumas duras, casi de hueso, se mantienen sobre la superficie; se multiplican como moscas, tienen forma de mosca.

Y los matorrales: violetas, lilas, alhélies, varas azules, tristes y radiosas, y sin embargo, comestibles.

Pasamos por el cementerio; una enorme liebre de piedra vigila para siempre, a los que ya están y a los que van a venir.

Nos da miedo, sueño, hambre. Y dormimos abrazadas por un minuto. El sol queda, a lo lejos, como un punto. Hay una brevísima noche en mitad del día. Y proseguimos. Las hierbas son más altas que nosotras. De todas partes, surgen animales entrelazados. Preguntamos por qué. Y nuestra madre trota delante, sin responder.

Mientras, allá en lo más hondo, papá nos aguarda, cocinando heliotropos, violetas, pajaritos.

* * *

Veo las licoreras de un verde tierno, casi de pasto, y las de tono rosa y las amarillas como miel.

Yo elegí vivir junto a las fuentes, los retratos, los vasitos de uvamiel.

De vez en vez, vienen visitas. La niña aquella, con moño de organdí, que sólo dice “sí” y “no”, de vez en cuando.

La gata de los vecinos, cambiando de color, todos los días, y de nombre; si no se acierta, no obedece; va sobre el ropero, sobre el fogón; las planteras (que gotean, siempre; a cada instante, tienen otras lágrimas y otras hojas).

O familiares, más remotos, primos de los primos, separados, y al anoecer. Los miro cenar y dormir, y siento tales miedo y felicidad que no puedo dormir ni cenar. Al alba parten.

Mamá explica bien el nombre de cada uno. Cómo están casados. Los nombres de sus casas, nombres santos. “Santa Ana”, “San Luis”, “Santa Inés”, –allá, lejísimo– “María de los Ángeles”.

...Quedé entre las cosas blancas y sombrías.

* * *

Dios empezó a bajar con el delantal enceguecedor, que, sin embargo, dejaba todo más claro, la corona de rosas de topacio, de rubíes, turmalinas.

Aparecieron crisantemos, amarillos, color crema; a cada instante, más y más; algunos creciendo como arañas, otros rígidos, de loza. Una nube tapó la luna, porque no podía haber otra luz que la de Dios, que se agigantó, y ya estaba en el centro de todo. Las flores se volvieron ovejas y marcharon al matadero, o gatos, de mano de terciopelo, que, enseguida, quedaron sin cabeza. Apareció mi padre con sus huestes, sus yelmos y sus lanzas, ¿para qué? Si estaba derrotado de antemano.

Entonces, Dios nos dio la espalda, enteramente, se iba. Pero

Igual, quedó de frente. Le seguíamos viendo, le veíamos el rostro, los ojos sin color y los rubíes.

* * *

Va a ser la una.

Falta un miembro de la familia.

No sé si nos atreveremos a almorzar.

A lo lejos, miro los prados, las flores del maíz; las ovejas parecen matorrales de lilas. Las liebres dormirán, con los ojos abiertos y enojados, esperando la medianoche, los cogollos, las diademas.

Pero ahora, todo está inmóvil; no pasa nadie; sólo, de vez en vez, cruza el aire alguna guinda, un santo, pequeñísimo.

Aguardamos lo imposible,
la vuelta de papá.

* * *

...Vino su madre, María-Ana, Ana-María, venía desde la Lusana, del bosque natal. Con manto azul y canastita de fresas. Como se murió a los cuarenta años, es una niña, una niña vino a verle. Y contó, cómo allá, antaño, se formó el ejército de los lobos —eso, yo ya lo sabía— y comandaba toda la región, cómo tuvo tenientes, soldados y coroneles; y el primo Ugo que le declaró la guerra y le venció. Y la nieve, de la que emergían lirios dulcísimos, que llamaban “pájaros” o “pañuelos”.

La miré más y le brotaban frutillas desde la mano; ella, también, era milagrosa.

Dijo: —Me lo voy a llevar.

Dije: —¿Cómo?

Contestó:

—Volando...

Y se esfumó.

Se parecía a él y a mí.

Sólo esa vez, (cuando él murió), la vi.

* * *

De golpe, surgieron las ovejas. En un momento, una caída de ojos. Por todo el paisaje y la ascensión al cerro. Éstas eran color rosa, celeste. Color sepia o platino; las otras, blancas, grises, negras. Aunque, a ratos, las cosas pareciesen al revés.

Creí estar soñando. O que veía en un papel, dibujos en forma de ovejas. Pero no; era de verdad. En el paisaje. Y al cerrar los ojos, aparecía, enseguida, en la pantalla negra, un rostro rectangular, oval, y el grueso cuerpo cubierto de bucles, multiplicado, sabiamente.

Parecían haber acudido a la concentración, convocación, sin extrañarse, con algo de tristeza.

No podía irme, porque ¡por dónde! No podía llamarlas, porque ya estaban. No podía espantarlas porque eran inmóviles. No podía olvidarlas porque no me olvido, no podía admitirlas porque había algo que no era bueno.

Estoy en un estrecho límite, y esto es un pedido de ayuda.

* * *

La tierra donde los gladiolos caminaban.

Y las frutillas tenían luz propia; aun en la mayor oscuridad, por todas partes, se veían hojas verdes. Y debajo, las bayas, lamparitas. Había que remontar cometas durante toda la noche.

Las cometas tienen forma de mariposa, de pájaro o caballo.

Este es uno de los trabajos de las muchachas druidas.

El viento del sur nos apoyaba, pero si decaía, había que correr, tirar los hilos, no fuera a rasgarse la piel de gasa, a quebrarse el esqueleto de madera en esa noche.

Ahora, pienso cómo hicimos ese trabajo, durante tanto tiempo, con toda perfección.

¿Quién no oyó el perfume a muérdago?

¿Quién no vio
caminar los lirios?

* * *

Hay diversos tipos de uva. Uva negra, morada, blanca, aunque

ésta, en verdad, es verde, celeste. Dicen uva Blanca, y yo miro, y es Verde o Celeste. Las hojas son triangulares, irregulares, secas. Murmuran con el viento; pero por lo general, están inmóviles. Me voy por el jardín de uvas; miro hacia atrás con miedo de que me persigan; pero nadie viene. Continúo en el viñedo inmensurable, que es, cada vez, más estrecho, y es más ancho. Casi nunca toco uno de esos granos, tomo una gota de ese néctar. Sólo el paseo entre las hojas, los racimos blancos, rosados y plateados.

Mientras, cae la tarde, se enciende la luna, de golpe, como un fuego, y en la sombra, hay dos seres que se enlazan, y no sé si son tigres, son abejas.

* * *

Era la cena familiar, sombría, la de siempre. A la luz de la luna, de los cirios, se contaba la misma historia. Estaban todos los habitantes de la casa, de algunos de los cuales no se sabía el nombre; y los perros y los gatos, estirados, pero ansiosos. Veía las papas sin color, los espárragos, la leche.

De pronto, me turbé. Desde la espalda me saltaron dos pétalos, que se volvieron alas, enseguida, en el tamaño justo. Y de un rosa incendiario, deslumbrador, salpicado de puntos brillantes, los tonos de las fresas y las fresas, todos los escalones del rosado y un perfume profundo a rosa.

Miré y nadie decía nada, ¿me había vuelto invisible hacia los otros? Pero después, oí que hablaban y rezaban. Algunos se rieron (como siempre); los perros y los gatos corrían a ocultarse. Una de las primas lloró, dijo que ella, también, quería alas.

Y yo estaba inmóvil, de pie.

Y no sabía qué hacer,
a dónde dirigirme.

* * *

Los "tucu-tucus", los topos de subtierra. Con los ojos ingenuos, aviesos, parecidos a los nuestros. Su familia y la nuestra.

habían vivido, desde tantos años, en el mismo sitio. Nosotros, en la casa de arriba; ellos, en la casa de abajo. Se comían las arvejillas, las raíces; pero de ellos, eran el cántico del atardecer, los tamboriles que decían, siempre, lo mismo, y daban un leve sobresalto.

Recuerdo a las novias de los huertos, cruzando las eras, para ir a casarse, vestidas de nieve y al compás de los escondidos tambores.

Y la luna pálida como un huevo (de las grandes lluvias); o la luna roja (de las sequías).

Y mi porvenir confuso, sin llegar a ningún sitio, salir del bosque, del negro canto. ¿Qué era eso que decían los topos, que yo no entendía?

* * *

Las moras son blancas y negras. Caen, a través de todo, por la noche, el día, la mesa, los rezos, los juicios. En los meses de aquel verano, nadie pudo atajar su infinita presencia.

La abuela las transformaba, velozmente, en dulce, jaleas y confites.

La abuela las corría y las ponía en canastillas y floreros.

Pero era inútil, ellas estaban, igual, sobre todo.

Hasta que el sacerdote salió de la iglesia, vino por los jardines, y las exorcizó.

* * *

Santa Rosa es una doncella de los campos. El manto color ciruela le llega hasta el suelo; el cabello es, también, del color de las moras, y los ojos. El óvalo, muy blanco.

Como se sabe, aparece en agosto. Mi abuela y yo nos llamamos Rosa; y salíamos a mirarle; con qué gracia iba sobre los jardines de cebollines, sobre las tomateras de capuchón de paja!

Y tras ella, como también se sabe, llega la borrasca, la tormenta. El cielo se rompe y desde sus reconditeces, caen piedras, flechas, y pequeñísimos santos, que morían al tocar el suelo. Y la abuela los

recogía, enseguida, y los transformaba en manjar, confites, pero, conservándoles las alas y coronas.

Y durante todo el año invitaba a las visitas, les decía: "Son del cortejo de Santa Rosa".

* * *

Hay caracoles, aquí y allá. Con sólo fijar la mirada, ya surgen.

Son de nácar, de azúcar y de loza; adentro, el pequeño monstruo rosado.

No sé si están inmóviles, caminan; arriba de las hojas de membrillo. Y hay, también, quien caza caracoles, trae las canastitas; los cocina, los hierva, guardándoles las formas y los cuernos, los pone en fuentes y salseras. Y, entretanto, es Carnaval; anda toda la familia por la huerta, y los parientes más lejanos, los vecinos, conocidos, desconocidos. Los hombres parecen mujeres; las mujeres parecen hombres. No se sabe quién es quién. Todos usan delantales de flecos de colores, coronas, caravanas. Aquél va en un carroza con muchas lámparas. Se mueven, frenéticamente, escobas luminosas y sartenes.

Todos se han vuelto rosas o animales.

Los tíos más viejos y más serios, ahora, son estrellas o son zorros.

Y llueve, apenas, casi nada, dulcemente.

Y gente que no está en la fiesta, o que está —no se ve bien— saca, con cuidado, de las rañas, rosetas de brillantes, rositas, caracoles.

* * *

Transitan en la mañana, las cabelleras rojas (como si hubiesen sido hechas con cerezas y pimpollos).

Son tiesas y aéreas.

Parece las nombrasen "Señorita Inés", "Señorita Nieve", "Esmeralda Señorita".

Van y vienen. Por un rato, no pasan.

¿Qué reparten? ¿Panes, rosas?

Las espío desde un hueco de la pared.

Pienso en Isabel de Hungría, Moira Shearer y Gréta Garbo.

Pero yo estoy aquí, oculta; en mi torno, se apagan faroles, crece la luz del día, acomodan sábanas, fuentes, en las que altivos gallos, pintados, cantan.

* * *

Primero, fue la cena familiar, de siempre. Luego, peiné con cuidado mi cabello, y me vestí; pero enseguida, desaté las trenzas, y quedé casi desnuda. Salté al caballo. Los cuervos me seguían. Habían venido a la casa siendo huevos; ahora, eran de edad –mis perros voladores– ladraban o callaban, según el peligro o la quietud. Conversábamos bastante bien, aunque, a ratos, ellos dijese una frase que sólo era de aves. Uno se posó en la cabeza del caballo; otro, sobre mi hombro. Y volvían a volar.

Subí, al paso, ya enmascarada. A galope, a balazo. En la cumbre, detuve el caballo negro; icé los revólveres. Mi alma triste cobró otra víctima. Bajé. Por las hondonadas, por los valles; pasaban cosas del tamaño de una vaca o de un topo, y un arduo aroma a eucalipto y resedá.

* * *

En un crepúsculo sombrío, en el que emergen gladiolos blancos, el junco de oro, llegan murciélagos; unos negros; unos de colores; como una asociación.

Huyo a la casa, a la cocina negra donde se transforman tantas cosas. Quedo inmóvil, de pie, o sentada, siempre al lado de mi padre. Los vecinos han venido a comer flores cocidas con óleos y con sal; vienen a charlar, a fumar; hablan de viejas guerras. Yo sigo inmóvil, hipnotizada, como si me hubiesen cazado, o casado, o matado. Al fin, terminan la cena, los viejísimos, eternos comentaristas. Una patata se estrelló en el fuego. Mi madre despide a las visitas; acomoda los lechos. Digo que tengo algo que decir y no sé cómo empezar.

Pero igual, bajan mi cortinilla.
La noche desampara el mundo.
No puedo huir al jardín, y en la casa hay gran peligro.
A la medianoche, toco mi espalda, cautamente, y mi pecho.
Por si, ya, estuviese.
Un aire extraño, suave, entreabría el ventanal.

* * *

La urraca se llamaba Simona. Era azul, preciosa. Con capota de lujo y delantal; parecía una maestra. En la casa se le consideró la prima, la tía joven, una abuela, esculpida en zafiros, esta vez.

Por ese entonces, yo vivía, casi siempre, entre alhelíes; era cuando las inquietantes apariciones de mi madre, por todos lados; y no sé, me dio felicidad, ese ser charlatán, rapaz; se iba con una taza, un cubierto, hacia arriba, entre los negros nubarrones y el plantío.

* * *

Estando enferma me daba miedo el otoño dorado, inmóvil. Allá, sobre las más altas cumbres parecía flotar la María de Isaacs, con el mantón de pelo negro, el vestido azul.

Seguramente, iba a caer la noche. De todo el suelo; surgieron amatistas. En puntas, rombos, estrellas; los ramos oscuros, catedralicios, rojos, rosados, azules, color guinda.

Caminé, apenas, como un ángel, por los senderillos del jardín y de la casa, hasta el comedor y las tacitas de donde saqué alguna confitura. Parecían pasar carromatos por la calleja.

Volví, apenas, sobre el suelo en que estaban desparramados los brillantes.

Me senté en el lecho.

Un viento desgarrador, transido de flores, hamacaba por última vez, el valle del Cauca.

* * *

Al tornar del colegio, los otros niños jugaban en el patio; mamá preparó el té. Comencé a quitarme el delantal.

Enseguida, volvieron las plumas.

Mi rostro quedó absolutamente de perfil, se arqueó la nariz; crucé la ventana, volé al aire azul, batiendo las alas, blancas, pardas, grises, entreabiertas.

Bellísima, impresionante. El cuerpo era pequeño; parecía sólo una cabeza. Con desesperación recordé el lugar, el caminillo, el escondrijo. Llegué en un minuto; de un aletazo barrí el piso, la entrada, pulí los huevos, conté mis pollos; con miedo horrible de que no fuera a alcanzarme el tiempo salí a buscar presas; maté ratones de un picotazo en el oído; los distribuí; a cada uno, uno.

Torné de prisa, al aire azul. Pasó la muerte, tan delgada, con el vestido largo, blanco, de organdí. Entonces, di el grito petrificante que alertó a todo el valle. Y en el mismo momento, estuve, otra vez, de pie, en la otra casa. Mi madre recogía el delantal, servía el té, decía: "Gritó la lechuza".

* * *

Mamá decía "coronas de novia", y yo miraba los racimos apretados, de un blanco oscuro, adusto, retratos de antiguas bodas, demasiado serias, el novio tieso, la novia en caja, como una muñeca, con adornos de strass.

Las novias de los huertos cruzando todo el jardín de lechugas para ir a casarse, seguidas por la cola de nieve, correr hacia el bosque, las iglesias, las chacras remotas, las casas solitarias, de las que, siempre, emergían humo, rumor de pianos.

Mi madre dijo "corona de novia", y yo vi mi porvenir confuso, remoto, desolador, inigualable.

* * *

Tenían un aire distinto los días de Carnaval. Debajo del emparrado se planchaban los pañuelos con brillantes, los delantales rizados, encantados. Papá saca el coche y le pone las guirnaldas,

silbando suavemente. Mamá y las tías jóvenes lucen como una oscura alegría. Yo corro por este comedor y por el otro más negro, el de los cuadros, cuyos temas, nunca divisé bien.

Aparecen zingaras, princesas. El atuendo más codiciable es el de rosa, es el de hada (con la vara de oro, la corona).

El coche corre, ansiosamente, por las chacras, llega a la ciudadela, se enristra a los otros coches. De continuo, caen brillantes, perlitas y confites, vienen ataques de miel y de perfume, ramos de lirio y de albahaca. Todo está que es otra cosa. Se mira de reojo lo de siempre, y cara a cara, lo más raro.

...No había nada tan feliz, tan serio, tanpreciado.

* * *

Van a comenzar las clases. Hay que comprar zapatos. Se hacen cuentas. Mamá teje delantales, moños, medias.

Yo estoy entre las plantas, donde vive el hombre-vampiro; sólo yo lo sé (y no lo digo). Yo tengo ojos tristes, trenzas largas. Vendrá el otoño, maduran las manzanas.

Los alfélices son negros como hechos con sangre de gato.

Llueve, apenas, dulcemente —¿acomodo los lápices, los libros?— a través de las ramas, los limones dulces, las futuras peras.

Unas uñas como ganchos van de ramo en ramo. (Y no me voy). Un rostro oblicuo, orejas puntiagudas. Una voz dice: —Hoy vengo de más allá del bosque. (Y no me voy).

Dice:

—Soy el Conde. Soy tu abuela.

Yo, a las dos cosas respondo con absoluta fe:

—Sí, sí; yo, ya lo sé.

* * *

Sean me mostró las blancas casas desparramadas a lo lejos, bajo las vides; árboles de diversos verdes, racimos que crecían y crecían, iban por el suelo, acostados. Rodeó uno con el caballo, y era granate y de color de rosa, y de él emergieron dalias y murciélagos.

Ese día me casé con un lobo, por gusto de Sean. Un lobo de rostro enjuto y ojos brillantes y hundidos.

Un jefe lobo.

Sean fue el sacerdote y el poeta.

Y yo concurrí con el ramito de muérdagos en el escote, como todas las novias druidas.

Al caer de la tarde nos dirigimos a la selva.

Delante, el Lobo.

Y yo, detrás, sometida. Y de reojo vi a Sean, que, a lo lejos, volvía a bordear a caballo, los gigantes racimos, de los que saltaban rosas y apariciones negras.

* * *

Estaba en el umbral; le habían dicho que no se moviese de ahí, que era pequeñita; ¿once u. ocho años? Delante, el jardín de rose-
ras. Como otras tantas ayas, de uñas finas, juguetes rojos, rosados, color oro, negros y celestes. Más allá, la planicie de los pájaros, una vaca, y algo más que no se sabía qué era.

Pasaron tardes, tardes.

Y un día apareció. Suntuoso, potente, sedoso, el corazón le retumbaba por todo el jardín; ella creyó que era un topo que cavaba; mas no, era el corazón de él, résonando. Y le hizo una mueca, que nunca había visto, que entendía. Pudo volverse, correr el cerrojo, buscar las faldas de todas las madres y madrinas, que le contarían, de nuevo, la historia de los cuadros familiares, la mesa, las alfombras, el sofá. En cambio, fue tras él, atravesó el jardín, aun creyendo que lo que iba a hacer era matarla.

Y cayeron, enseguida, en delito y en delirio. Se repetía tantas veces, que pudo volverse loca; mas, tornó a la casa, aprendió, de pronto, el disimulo, se sentó a la mesa, juntó las manos finas como copas, tomó la leche, tomó la sopa, se durmió bajo los moños celestes, las miradas familiares.

Aquello ocurría y ocurría.

Su médula ya era del color azul oscuro y granate, de las amatistas.

No hay nada invisible en este mundo. Una llamarada cruzó el

campo, cruzó la casa; el padre dictaminó muerte; con una lanza atravesar a los dos. Así, se hizo; en el momento en que estaban más juntos, la misma lanza les partió.

Murieron ambos en poco instante. Pero no se sabe cómo, al rato, él se puso de pie. Por un minuto estuvo así. Indemne. Y se volvía al misterioso punto de donde era venido.

* * *

Recuerdo bien que tenía un vestido oscuro con pequeñas manchas blancas, un vestido marrón salpicado de nieve, y sombrilla, y cartera, y mamá le dio unas rosas, y hablaron en el umbral; de algo que yo entendía y no entendía, y me dijeron fuera a mirar los conejillos del jardín, y no fui. Hasta que se marchó la otra en el liviano carro en que había venido; y guiaba con una sonrisa que no parecía suya. Como si estuviese representando. Y mamá siguió un instante, inmóvil.

Después, el viento hizo parpadear todas las cosas.

Se llevó los papeles.

Se llevó las sábanas.

Y mamá corría por alcanzarlos.

Y corría por alcanzarlas.

* * *

Aún, hoy, me sorprenden aquellas apariciones. La aparición del día, vestido de diamante, enagua color rosa.

Las nubes bajando sobre el día radiante dejaban todo níveo, gris como nada, un caracol de loza sobre la mesa, el altar, (torneado y elegante, antenas finas, ojos negros).

El membrillo, de sólo un ala, en rosa oscuro, intenso; las cecezas de muchas alas, todas moradas; el chisperío del granado; las sandías como bloques, como pesos, (y, adentro, luz ardiente, medallitas); éstas que yo digo se abrían solas, riendo a carcajadas.

Los santos en el altar, de día. Y, de noche, a las buenas o a cuchillo, robaban las manzanas y las copas.

Y la procesión de los hongos, piel suave, puntillas en el interior, los hongos sagrados de la comunión.

El zorro, negro, oro, venía a tomar la sopa, el pollo, que le teníamos preparados, ladraba un poco por el jardín, hacía una pirueta y se iba en la noche de los años.

Las mariposas todas, esas primas; las mariposas, esas almas de los niños detenidos antes de nacer, que nos saludan perpetuamente, batiendo los dos pétalos, las dos velas.

Y la retama, la ventana de retamas, donde cumplí trece años. Todos decían eso. El viento, también, decía; y agitaba mi vestido blanco y las banderas.

LOS OJOS DEL GATO ERAN CELESTES COMO VIDRIO Y ALHELÍ

Al volver pasé todo: la vaca, el caballo, los objetos de labor, la casa del hada (raramente, había quedado abierta); se veía al hada, caída, dormida, con todas sus alas, larguísimas, amarillas, que parecían de papel de seda. Corrió, gritó: ¡Mamá, vi al hada! ¡Vi al hada dormida! ¡Mamá, vi al hada!

La madre despertó, gritó: ¡No! ¡No! ¡Nadie pudo ver al hada dormida! ¡No, no! ¡No! ¡No! ¡Nadie vio al hada dormida! ¡No!

Se aferraron las manos, lloraron, gritaron. Una ventana abrióse, sola, y algo entró o salió. Y las otras ventanas y puertas, igual. A lo lejos, empezó el galope de un caballo, como una inmensa cabalgata que no fuera a terminar nunca.

Gritaban: “¡No, no! ¡Mentira! ¡Nadie la vio, no!”.

El hada surgió, de súbito. Como lo que era: un Hecho.

Las segó al instante. Quedaron con el rostro salpicado de rocío, y los dedos curvos en un nunca visto adiós.

Afuera, la mañana daba vueltas, vuelcos, reía absolutamente cargada de frutas y de flor.

* * *

Al pasar me pareció que el árbol me llamaba, quería decirme algo. Me detuve; miré el tronco, largo, gris, un poco entreabierto arriba. Allí tenía metido un hongo, enorme, con un ala; parecía un animal o un sombrero, parecía una gallina. Eso era lo que quería avisarme el árbol. El hongo era gris, y a ratos, de un rosa morado. De tan rotundo, curvo, había echado hijos. En cualquier parte tenía numerosos muchachitos, huevos. Pude irme, entrar al

bar; pero quedé. El árbol hablaba, me hablaba, sin hablar, que era su manera de hablar.

* * *

De golpe volaron las mariposas blancas, aracindas. Con un punto negro o rosa, pero eran absolutamente blancas. De un cúmulo parecía emerger otro cúmulo; bullían. La estrella de la tarde se paró en mitad del aire, tal una copa de oro espeso con una hostia. Mas apareció una mano que sacó la copa y puso un farol chino, con cuatro bridas terminadas en gruesos topacios rosa. El farol chino quedó de pie en el aire como si nada.

Tanto le habían embellecido, perlado, que no se podía dejar de mirar.

Yo me alejaba de espaldas, por no dejar de mirar.

* * *

El conejo se posó entre las piedras que subían hasta el bosque. Sus orejas eran de gasa nívea y tenía tres o cuatro perlas engastadas en la cara. Comía perejiles ardientes, frutiñas del bosque. Yo aparecí a su lado, en total silencio; apreté mi cabello para que el viento no lo hiciese sonar. Pero el conejo me miró con todos los dientes en flor.

A lo lejos, parecían flotar los Alpes, flotar Italia, la otra parentela.

Antes del anochecer, el conejo se fue, en un salto cómico. Y dramático.

Por el inmenso campo surgían casas, vacas, casas, todas ajenas.

Y no había adónde regresar.

* * *

El reloj de la casaquinta estaba afuera, sobre una larga pata. Era un óvalo de alabastro, con rueda de oro: las agujas de azabache y de turquesa. Cantó cada media hora, la historia aciaga de las rosas y las mujeres solteras. Parecía un pájaro mecánico, frente a los otros loros de verdad, color fuego, hojas, que volaban de rama en rama.

Nunca debí salir de allí donde la magnolia me dio su encanto, allí donde todos los libros eran sólo uno, de los de la escuela, de las hadas, de los bailes y me moví como una princesa tímida.

* * *

¡Apareció la Virgen! con el vestido verdepálido, oscuro, con que venía siempre, aunque a ratos era celeste; el rostro, almendra, los ojos entrecerrados; y la deslumbrante cabellera roja que fue su distintivo.

A los pies tenía algún espacio que nadie parecía cruzar.

Un bosque de voces clamó: ¡La Perla! ¡Apareció la Perla!

(Por ahí le llamaban La Perla). ¡La Margarita!

Es decir, la Doncella del Mar.

Corría, torné a casa. Gritaba, a través de nuestros propios jardines, soñaba: Mamá, apareció la Virgen!

Mamá estaba de pie en la cocina, partía cáscaras de huevos y de papas.

* * *

Con asombro vi pasar un hongo, un topo familiar, sombrío, pasó una princesa sioux, pasaron rosas charlatanas. “Rodas, Rhodes, Roses”, decían.

Pasó Perón, pasó un clavel, o mejor, “lo clavel”, porque hubo un perfume cegador, y un rayo rojo como un rayo me envolvió.

—Di, (dije a alguien que no estaba o que estaba y no hacía caso) ¿cuándo se levantará el alba eterna, caerá la tarde de esta vida?

* * *

El que gobernaba los bosques era feroz, era ferozmente multi-sexual, es decir, reunía en sí mismo, muchísimos sexos, y uno más. Casi todas sus bodas se cumplían en él mismo, con él. Iba desnudo, luciendo todos sus sexos, o vestido de agua y turquesa, con estrellas pardas sobre la cola y la sien. Era bellissimo. Gobernó los bosques moviéndose como una llamarada, pero dejaba a todos rígidos igual

que serpientes; administraba el bosque como si fuera una bombonera o un nidal. Para él eran lo mismo los trenes y las lagartijas. Violó a las niñas casi inmediatamente después de nacer, mas sin causarles ningún desprestigio; de él venían todo el mal y gran beneficio. Llevaba el corazón a flor de piel, a la vista; su corazón era en forma de topo, tucu-tucu, daba bramidos, saltaba hasta el suelo, lleno de pelos, dientes y uñas; y boca; y volvía, saltando, hacia arriba, hasta el pecho tremendo y perlado, y moviente como una fogata.

Y tenía amistades lejanas que le llamaban el Dios de los Cedros y Dios.

* * *

Al soplar el viento de la tarde, cuando empezaban a levantarse los huesos y los hongos, ella debía salir a volar a ras del suelo. Se iba: las tres faldas blancas, desplegadas; abierto el faldellín de negra gasa. La madre: —¡Vuelve! ¡Ven! ¡No te alejes! ¡Ven! ¡Ven! Que te ate con la tira de seda o de acero. ¡Ven!

Ella, ya lejos: —¡No! ¡No! ¡No me llames! ¡No vuelvo! ¡No puedo! ¡No!

Y, dándole un nombre feérico o familiar: —¡No, no, Diente de Higo, María mamá! ¡No, no!

Y proseguía, volando a ras de tierra. Remotos vecinos se asomaban, gritaban:

—¡Fantasmón! ¡Cara de muerta! ¡Huesa! ¡Tarro de azúcar! ¡Jazmín! ¡Lirio! ¡Cigüeña!

Todo en un tono de veleidad y desprecio.

Y ella seguía, mirando hacia arriba, y el dolor clavado en la cara.

Al soplar el viento de la tarde no podía dejar de volar llevando en la mano una hueva, un paño, una cosa absurda cualquiera.

Si alguien de los que gritaban la matara, tirara el hacha y la matara, librando a ella de ella misma. ¡De tal inquietud!

* * *

Mamá dijo “Coronas de novia”. Y vi varias matas o arbustos, todos salpicados de flores menudas, crespas y juntas, en un blanco de tiza y de tul.

Corrí entre las matas como si pudiera contarlas. Puse la mano dentro de una y hallé un nidito con piedras lilas, diáfanas, como las que se ven en las casas de los joyeros. Mamá dijo: —Amatistas.

Y yo miré a lo alto, la miré, pensando: —¡Qué palabra tan bella! Mas, todas estas piedras se abrieron y les salían mariposas violetas y pálidas, que se iban, volvían, y enseguida fueron del tamaño de mi mano, y una, sólo una, creció alta y ancha coño un árbol.

Creció tanto, que murió de súbito, cayó al suelo, muerta.

Entonces, mamá corrió, comenzó a juntar las alas lilas, enrolló toda esa tela tan leve y se la echó al hombro. Y dijo:

—Tornemos, que ya va a regresar papá.

* * *

Para azucarar zorros mi abuela era especial. El plato llamado “Dos zorros” era más que conocido en toda la comarca. Se les conservaba la piel de plata y perla, las uñitas trotadoras, los ojos, la cara ducha en morisquetas y visajes. “Están vivos”, decía.

Sobre la mesa de las celebraciones se distinguían siempre dos siluetas acostadas, ya fueran los bautismos y las bodas y aun la mesa fúnebre.

Avanzan en el recuerdo, aparadores, sillas, jarros de rosas y azucenas, un leve trote de zorros por la luna. Y el ensueño, que corta sin piedad, dos mantos, dos sonrisas.

* * *

Vamos a las ferias.

Papá dijo Vamos a las ferias.

Y trajo las gallinas negras y el caballo. Mamá y la tía se ponen de gala y parecen muchachas muy jóvenes. Papá las mira con cierto desconcierto. Mi hermana que es algo más chiquita que yo y yo usamos mantoncito granate.

La carretela vuela sobre el jardín de alhelíes, sin quebrar ni una vara, como si no fuéramos, parece que no vamos.

Arriba está el cielo donde se arrullan las palomas.

Y más arriba el cielo donde las águilas viven de pie en el aire.

Y más allá el cielo de los ángeles y los santos.

Hace frío aunque ya se aproxima el estío.

Es un día nublado, un poco alegre, un poco triste.

Así que vamos a las ferias.

Papá, en tus inescrutables ojos tristes, se estrella mi porvenir.

* * *

Una de las amigas de mi madre se llamaba Esmeralda. Ella venía al atardecer de cada tarde, y quedaba aparte en un rincón. Yo, más allá, leyendo y bordando.

Esmeralda traía el cabello suelto o atado como un moño; donde acomodaba un clavel; ramos de diamelas en el escote.

Yo, aún de lejos, supe bien sus temas. Creo que eran muy solas, soñando con novios príncipescos y ciudades que ya no verían nunca. Pero, a ratos, la charla fue cotidiana; por ejemplo, acerca de senderillos del jardín, por donde iban menudos seres con la carga. Y las pequeñas flores.

Después, Esmeralda se perdió por siempre en la noche del jardín.

El cabello hasta el suelo, una blancura pálida y deslumbrante, y su erudición sobre hormigas y rositas.

* * *

Se oyó un rumor confuso en torno de la casa. Dijeron: Son las vacas. Dijeron: Son los ángeles; es el apio.

El apio seguía creciendo con las ramas marrones, parpadeantes; en una horqueta tenía huevos. De codorniz. Dos o tres. Huevos de paloma con brillantes.

Salí. Dije decidida:

Dame uno.

El apio, como siempre, escondió su hoja oscura.
Torné, entré, dije silbando despacito es el apio.

* * *

Todo estaba puesto en el aire, llameaba, suelto. Una cabeza de muchacha, allá en lo alto, sólo una cabeza, con la trenza rubia en punta, en vez de cuerpo.

Un peñrito flotaba en dos patas; en otro sitio, una ardilla, igual. El gallo con un ala hacia arriba creciendo como rama. Las sirenas zambullían en el cielo. Las "rayas", perdidas su agresividad, eran escudos fijados al espacio. Había gente que cabalgaba en caballos sin patas por el aire.

Volaban quietos a un lado el lauredal y en el otro extremo personajes revestidos, representaban para sólo un animal.

Y todo esto cubierto de un cierto brillo en rosa satinado.

Más, más allá, más allá, mucho más lejos y más lejos, se veía un arco iris negro, roto en tres partes. Se extendían cielos espantosos y muy pálidos.

* * *

El mundo era todo negro; nos guiábamos sólo por el brillante bordecito de alguna hoja, alhelí, pequeñas cosas. En cuanto nació supe que mi madre me seguía; preparaba los clavos y la cruz. Aparecí sabiendo eso.

Había que subir una escalera para ir hasta la Casa del Gato. El gato vivía en una caja más chica que él; no sé cómo podía ser así. Salía, volvía a entrar.

Los ojos del gato eran celestes como vidrio y alhelí. Eran dos, unidos por un pequeño hierro. Estaban en cualquier parte, pero él sólo con la intención los traía sobre la cara, y entonces todo el mundo parecía claro.

A ratos, el gato bajaba hasta el suelo, estirándose, alargándose, varios metros, como si fuera algodón, y volvía a encogerse y a quedar allá arriba.

Mamá me perseguía por todos los jardines sin alcanzarme nunca. Apareció un murciélago. Su diagonal en forma de zigzag atravesó todo. Por cualquier lado estaba esa cera oscura o su dibujo. Mamá subió hasta la Casa del Gato, y avisaba. Pero el gato no respondía; hasta creo que escondió los celestes ojos.

Y pasaron horas, años, no sé cuántos, porque era todo negro. Hasta que llegó la hora, el año.

Mamá me corrió por todos los caminitos del jardín y me alcanzó. Ya estaba pronta la cruz; estaban prontos los clavos. La cruz era grande, y dura como piedra. Los clavos, largos y finísimos como hilos. Me atravesó la frente, los hombros, las rodillas.

Corrió mucha sangre. Volaron jazmines.

* * *

Por esos años muchos fueron crucificados. En la tormenta se veían las cruces negras y delgadas. Llegaban aullidos en el viento; otros morían delicadamente. En casa me previnieron contra los crucificados, que después desgajaba el viento.

Al ir a la escuela yo sentía temor, miraba hacia todas partes y me detenía para ver hacia atrás. Los jardines de lechugas se encendieron sin pausa, y los de repollos, grises y celestes como el humo, y también rosas incendiadas, estrellizias de oro. Y a lo lejos estaban los crucificados.

Al trabajar bajo la mirada de la maestra, mi corazón quedaba chico como el de un cordero y grande como el de papá.

En medio de números, letras, yo veía a través de las ventanas, el bosque remoto. Y el pálido horizonte con los crucificados.

* * *

Mamá iba a robar naranjas; ella que nunca tocaba nada, iba a robar naranjas.

Decía "Las de los vecinos son más exquisitas". Para robar se ponía el vestido de hada, que era de gasa nívea, y un hilo brillante sobre la sien. Así, si de lejos la percibieran, nadie haría caso cre-

yendo que era sólo un hada. Y se iba con el bolso y nuestro perro "Fénix". (Éste era un bello ser humano, blanco, marrón y negro, cuya sonrisa recuerdo perfectamente.)

Pasaban la línea divisoria, y por cada naranja que ella quitaba, nuestro querido perro daba un salto, silencioso, y ni un ladrido, pues bien sabía qué era eso. Sólo sonriendo en la oscuridad. Volvían los dos con las naranjas. Y las volcaban sobre la mesa, los dos sonriendo.

Luego, como ya era muy tarde, las luces se diluían. Y comenzaba a andar el Tatú, empezaban a andar tatúes por todos los caminos de las chacras. Iban como carrozas muy menudas. Yo les veía tal si les viese. Cabeza y pies, diminutos; podía contarles cada curva tableta de la caparazón, en donde muy de tanto en tanto, Dios acomodaba un rubí o una perlita.

* * *

En algún día así venía doña Eduviges. El sol resplandecía tanto que parecía triste. Entonces, los labradores quedaban chiquititos y la vaca iba alta y rígida como una pared; a su sombra se podía dormir un poco.

Corrían huevos por todas partes, grandes menudos; huevos de palomas, de gallinas; como insuflados de un movimiento ni pensado. Doña Eduviges se hallaba cerca del portón de los romeros, sacando ramilletes; acaso para un conjuro.

La abuela decía: Pase, pase, doña Eduviges.

Y se sentaban cara a cara. Para hablar de sólo un tema; ya no sé cuál. Doña Eduviges, con la sandalia, empujaba torpe y diestramente, a los huevos que parecían girar en torno de toda la silla.

La abuela, ajena a eso, decía: —Doña Eduviges, tómese un té.

Arriba había manchas oscuras. Un buitre bajaba desde lo altísimo; grande, y muy leve como un papel plateado y quemado. Pero al llegar a tierra mostraba la zarpa tras de un polluelo. La abuela, cloqueando, llamaba a todos los pollos como si cada uno tuviera un nombre, amparándolos bajo del halda.

Y ella y el buitre se miraban como si siempre se hubieran visto.

Y el buitre no tenía otro remedio que irse, volar hacia arriba, abriendo su tela sombría y plateada, atravesaba el viento con un silbido que daba miedo.

Y doña Eduvigés tomaba el té.

* * *

Apareció una mariposa con el centro muy iluminado; un ala rosada muy bordeada de azul; otra ala azul, bordeada de rosa. De ala a ala iban muchos centímetros. Se posó sobre un gajo. Era consistente y radiante. Con sorpresa vi que otras, iguales, cruzaban el aire como flechas. Y otras, idénticas, estaban pegadas en el cielo.

Había jazmines grandes cual cabezas de jovencitas; sobre ellos caía perfume, diamela y rocío, pero ya era el mediodía, sonaban las campanas, la gente salía de misa.

Quienes me veían por el camino, gritaban: —¡Ven! ¡Ven!

Y al mirarme mejor, gritaban: ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Y hablando de la iglesia iban al almuerzo. Pero yo ya nada podía hacer; yo estaba fija pintada en la tierra, yo estaba fija pegada en el cielo.

* * *

De las niñas, sólo nuestra prima “Poupée” tuvo un vestido de hada. Siempre le llamamos Poupée, —La Muñeca—, aunque el Registro dijese Hebe-Iris. Ella era muy bella; con una belleza que abatía todo. Era como un fuego por la casa.

Entonces, su madre le hizo un vestido de hada; azul profundo igual que el cielo, y a ratos, pálido y ancho igual al aire. El sombrero en pico (al modo de las hadas). Y lo más terrible fue que cuando llevó este atuendo, siempre llevó también en la mano una varilla, en cuya punta había una estrella!

Así, cruzó los jardines, llegó a la ciudad, y algunos días fue así a la escuela!

Nosotras la mirábamos con terror y un poco tristes; retrocedimos tendiendo hacia ella las manos vacías.

Al bajar la inmensa noche de las quintas, cuando cada diamela echa un chorro de azúcar, y todas juntas forman un minúsculo palomar de porcelana, de cristal, sobre todos esos lirios, estaba la prima vestida de hada.

Nosotras retrocedíamos entre los perros y ratones, y ella hacía lo que quería, señalaba las cosas que se le antojasen, moviendo apenas, o ferózmente, sus negros rizos, su capelina estrellada.

* * *

Al subir la luna me levanté. Ya andaba el gliptodonte en su redonda caja; era más alto que los techos. Y el dinosaurio mordisqueó las ramas fulgurantes del magnolio, y los gajos con cirios del ciruelo. Hacía un barullo como si se riese.

¡Si mi madre me viera!

Penetré en un tronco; allí había también una lechuza, que enseguida se posó en el hombro, y una vulpeja o comadreja; no distinguí bien.

Al subir la luna, salí.

A lo lejos, llamó el zorzal.

La luna era un medallón anacaradísimo, todo ribeteado de piedras celestes y rosadas; voló entre las ramas; y en cierto punto se detuvo.

Yo volví al lecho, me dormí. Y todo recommenzó igual. Sólo que en el sueño mamá aparecía y me perseguía, y me atrapaba.

* * *

A las tres de la tarde, en la casa de la quinta, miro el piano que nadie toca, los cuadros con patos y naranjas.

Se oye un leve rumor, un crujido; quedo en suspenso.

Salgo. En el jardín está la mata de azucenas inmemoriales. El viento gira en torno de la casa. Los jardines de alhelíes se suceden sin reposo.

Aparece una niña, de nueve años, que yo nunca había visto, pero que no resulta extraña.

Dice como jugando, como riendo, como si se riese, me mira y dice: Yo soy el amor, los casamientos, y tú... eres la inenarrable soledad.

* * *

Papá, vuelve. Formemos el cuarteto. De inmediato, ustedes serán grandes; nosotras, chiquititas. Tú, trae las manzanas, los ajos, blancos como nieve, los vuelcas en la mesa.

Yo me apoyo en la pared casi sonriendo. El viento rueda en torno de la casa. A grandes pasos se dirige hacia el tremendo maizal. Llega un rumor de grandes pasos, como si algo imponente viniera del maizal.

Tú miras el horizonte que la noche borra juntando la tierra con el cielo. Mamá sale y dice algo a las violetas.

...Pero sólo existimos nosotros cuatro.

Sólo nosotros existimos. Y la remota estrella.

* * *

Era el atardecer y fui hasta el jazmín, a echarle agua, a hacer un ramo, no sé. Y de dentro de la mata vi subir una carne dura, oscura; tenía muchísimos ojos, que echaban lágrimas, que, no creas, enseguida se volvían gotas de fuego.

Temblé; me aterré. Dije: —Déjame ir, señor.

Ya había caído deshecho el ramillete.

Torné de espaldas, porque no podía dejar de mirar Eso.

Mamá, al verme llegar así, gritó: —¿Qué haces? ¡Estás loca!

Yo me arrodillé a su lado, cerca de su sillón. Le dije: —No hables, no grites, no hables.

Le dije: —Está formado el diablo adentro de los jazmines.

* * *

De súbito, quedé entre los cactus, que se sucedían en diversos planos, con las púas aterciopeladas, las banderillas rosadas y amarillas.

Era en la mítica y mística ciudad de Tula. Y yo estaba en la piedra de los sacrificios. Nací sabiendo eso. Ya se oía el tam-tam por el llano. Y los dioses, en fila, tenían sed, la boca entreabierta.

Les echaban pequeños claveles y gotas de sangre.

Ya, en el aire, me esperaba el dios, bajo la sombra de sus trenzas de papel.

Mi corazón sería quitado con una cuchara y como un mirlo volaría a él.

Ya se oía el tam-tam por los llanos.

Otros vestirían mi piel por varias veces.

Eran el día y el minuto precisos.

Sólo ese día, el minuto ése.

Cuando nació lo sabía.

Pero, entonces, el sol que caminaba hacia el oeste, huyó velozmente, y se presentó en el este.

* * *

Al alba acudí a la puerta, que había quedado semicerrada. Choqué contra aquello aparecido allí. Era blanco y espumoso. Con una blancura ovina y de otros mundos. Pero, se le cayeron escamas color rosa, color salmón, que parecían de carey, que parecían pequeños juguetes, que dieron grititos.

Los padres vendrían por la lejana carretera.

Habíamos quedado solos.

Aterrada clamé a mis primos: ¡Carlos! ¡Ilse! ¡Hebe, Iris!

Ellos luchaban con el sueño.

Recorrí todas las puertas y ventanas que estaban semi-abiertas. Y en todas se repetía eso.

Clamé, aterrada: ¡Isabel! ¡Carlos! ¡Hebe! ¡Nidia!

Y ellos vinieron y comprobaron todo.

Buscamos la trampa y huimos en los escalones que bajan a la subtierra, por donde un día subió el Gran Ratón e hizo sacrificios.

Muy lejos oíamos el rumor de la carretela que volvía. Mi padre, que con su voz parecía rasgar el viento.

Y oíamos su cuchillo que trizaba y que trizaba.

Salimos, corrí a las puertas, salí, giré en torno de la casa. Aquello había sido, existido, circular, en forma de anillo, y por más que busqué entre los trozos, no hallé pies ni hallé cabeza.

* * *

Mi madre dijo: —En esta casa hay oculta una pierna. Y nada más dijo. Yo busqué en vano. A tontas y a locas. Pero cuando estuve enferma y con mucha fiebre, salí de la cama y abrí el ropero. Y hallé la pierna. Que no era gruesa ni delgada; parecía de hombre y de mujer. Tenía un zapato confuso y una media igual. Mamá apareció y completó el informe, dijo:

—Es una pierna de pollito.

Yo rememoré todos los pollitos que había visto en mi vida, de diversos colores, y todos tenían las patitas chicas y flaquitas. Clamé:

—De pollito?!

Mamá replicó: —Yo no miento. Odio a la mentira. La castigaría con la Muerte.

Volví al lecho y me dormí y mejoré y sané.

Y, no sabía de qué era la pierna, si estaba, si no estaba, no sabía dónde estaba.

* * *

Venía otra tormenta. Después de todo no iba a hacer gran cosa. Era una nube negra por el aire y por la tierra. Con la boca redonda en el centro, rodeada de dientes picudos y plateados. Se oía un tremendo rugido y un rumor de campanitas.

La gallina, gris, parda, corrió por la sombra y quedó inmóvil bajo la luz de plata. Y quedó diáfana, de organdí; en su falda, en su vientre, se le transparentaron muchos huevos, celestes, rosados y amarillos, pero, en tonos delicadísimos. Tal cuando la hortensia da en la misma planta, hortensias rosadas y celestes.

Como pudo la gallina partió de la luz. Ya parda y gris, comadreja casi, huía terriblemente aterrorizada de volver a quedar en el punto de luz de la tormenta.

* * *

Las trajo su madre. Se llamaban Corazón y Corola. Las recibió mi encantada abuela que entonces era muy joven. Las recibí contenta. La que más reinó fue Corola. Vestido negro y entredós rosado. La mirada con un manto y su risa misteriosa que atravesó la casa. Yo me coloqué en un altar y dejé a ellas en otro altar. Puse una distancia.

La que más reinó fue Corola. Cuando se fueron, nada se supo de ellas. Corola jamás envió un mensaje.

Meses después, los trabajadores de la chácra, los que laboran con pico y pala, aún creían verla reír en el aire, y quedaban sonriendo, en suspenso, con los labios entreabiertos.

Muchos años más, un miembro de la casa, la descubrió entre dos terrones, en forma de arduo lagarto; por la negra tez rugosa, guías de rositas, ojos esquivos, zigzagueante lengua que invitaba a caminos místicos y obscenos.

* * *

Los girasoles eran panales enormes formados por corpúsculos murmuradores y en medio estaba incrustada, dibujada, la margarita nevadísima. Algunas de estas margaritas, sólo algunas, de tanto en tanto, tenían un pétalo absolutamente negro, como un defecto deslumbrante.

Éste es el jardín de girasoles, me dijeron, acentuando la voz en "éste" como si yo hubiese propuesto otra cosa, anduviera equivocada.

Me recosté en el aire tal si fuese una pared; vi que los otros tenían tacitas de loza muy fina y bebían; sólo yo no tenía nada, ni taza ni sed; firme y leve como una muerta.

Los girasoles eran como dije al principio y perseguían al sol.

* * *

Había un frasco verde, deformado y muy grande, puesto sobre

la tierra, y dentro vivía una planta con anchas hojas y calas blancas y de vidrio verde.

Mamá se había ido y yo que era chiquitita, lloraba a gritos. Me decían: No llores. Volverá pronto. Ahí está.

Me sentí atraída por las hojas. Busqué refugio en ellas. Que rápidamente, tendieron el lazo; se adueñaron, me tragarón, empezaron a comerme despacio y con furia. Yo daba leves grititos. Algunas hojas se ensanchaban para ocultar lo que estaban haciendo. Mi pequeña alma flotó por ahí.

Cuando volvió mamá no se daba cuenta, me llamó, clamó. Pasó al lado de la planta, que estaba quieta, con sus hojas anchas. Y no veía adentro de la planta, un ramo de leves huesos, un montón de sangre.

* * *

Bajita, ancha, casi en forma de corazón, venía en una jaula. Era color hígado aterciopelado, color hongo, flan, lisa, marrón oscuro; una pava bajita, sin alas; patas muy cortas.

Pedí le dieran un poco de libertad. Y abrieron la jaula y ella enseguida comenzó a comer afrecho y agua. Yo dije: ¡Ah! Estaba con hambre y con sed!

Pero, vi se había vuelto un hombre, de rostro feo y bueno, que miraba hacia afuera, y me dije: Al observar el mundo, enseguida encontrará la libertad.

Pero se cambió en la pava chiquita, de budín oscuro, lisa, ancha, sin alas. Así era hermosa. Producía sorpresa.

* * *

Se detuvo frente al Palacio natal. De púrpura, de mármol rosa; altísimo; con la cúpula en punta tocaba el cielo; y estrecho, parecía sólo una pared fulgente.

Lo miró. Allí habían acaecido su nacimiento y la niñez que casi tocaba al fin.

Iba a entrar y vaciló. Era una noche insólita. Sin rocío ni estrellas.

Acaso había viajado toda la mañana, y la tarde, y el atardecer, que se presentara con varios arco iris oscuros cruzándose en el paso, en los que predominaban el lila y el amarillo.

Visitó todos los reinos vecinos, casi subterráneos, casi sobrenaturales, con las capitales minúsculas y esplendorosas: así cruzó por "Rata", "Rubi", "Priscila", "Valle Negro", "Jazmines", "Marosa"; cruzó por "Armoricana" y por "Taza".

Y estaba de pie frente al Palacio natal. Iba a entrar y dudó. Fue hasta una piedra, un matorral cercano, descansó y se alisó la falda diminuta. Los años futuros no veía, como si no fueran a existir; alisó la falda diminuta, se quitó la máscara de coyote, la mascarilla de lobo, sin la cual, sus padres, nunca, le hubieran permitido viajar.

* * *

Uno de los huevos que puso mamá era rosado bellissimo; se entreabrió al final de la primavera con un murmullo de papeles acresponados. De él salieron hombres y mujeres, de ya neto perfil, zorras, arañas, alondras —todo creciendo rápidamente—, hierbecitas, moluscos, un hada con una dalia granate en la mano.

Eso estaba unido y se desunía y volvía a unirse, acaso con temor de la luz.

La primera en liberarse fue una zorrã, que huyó hacia los matorrales; tenía un colgaje; había nacido con adorno, que mamá ordenó quitarse, no sé por qué; ella no hizo caso, y chapoteaba en los pequeños laureles.

Yo quería enumerar todo lo que había nacido.

Mamá estaba alta y erguida. A ratos, echaba una mirada a la cáscara rota, color rosa, de la que seguían apareciendo murciélagos y mariposas.

* * *

¿Cómo habían surgido esos arbolitos tan ralos, naranjos, manzanos? Con las manzanas en un oro avasallante, las naranjas, rosa deslumbrador.

Tenían muy poco follaje y muchas aves, cosa que azoraba. A lo lejos, quise divisar los árboles altos, la casa de donde yo provine, y a cada rato, cuanto más los buscaba, menos aparecían.

En el suelo vi caída una mariposa muy oscura; me incliné para examinarla, y no era una mariposa, sino los lentes negros de mi madre que nunca había usado lentes negros.

¿Qué era? Acaso, la hora de ir a la escuela? Vagamente me entreví el delantal y un bolso con los bordes de plata. Miré el sol. Si fuese muy tarde y ya los niños estuvieran por salir! Corrí; por suerte, me detuve, retrocedí... si yo no estaba inscrita en ninguna escuela!

A lo lejos, una nube se había posado sobre mi antiguo hogar. Acá las naranjas y manzanas hicieron un rumor de campanitas. Avancé muy poco. Pasó algún animal. Pasó una planta. Pasó el viento. Algún ser humano que yo no conocía.

Tuve la casi irresistible intención de gritar: —Señora... Señor!
de correr y gritar: —¡Señora!... ¡Señor! Me llamo Alice, y me perdí.

* * *

Recuerdo tu figura cruzando por la chacra, cruzando por la tarde, silueta de italiano, traje flamante, sombrero “pajilla”. La cara de Toscana —ojos con luz verde— bella como ninguna. Y discreta. Papá.

Te miré venir. Me diste un juguete nuevo. Y a mi hermana diste un juguete nuevo.

Ibas a la cocina, hablabas con mamá.

Era una tarde gris, ¿feliz?

Recuerdo que rodaban huevos de paloma por los suelos.

• Y había matas chiquititas de arvejas y maíz.

* * *

Se oye la voz de mamá como si estuvieran hablando afuera de nuestra casa en el campo. Avisa que ya salieron hongos y está abierta la colmena.

Sus pasos son de plata.

Los de papá de hierro y oro.
Van a la cocina y él habla de la guerra.
Dice que el Durazno Rojo se enfrentó al Durazno Negro.
Yo, inmóvil, detrás de algún sofá, espero, en vano, que diga
cuál triunfó.

* * *

Jerusalén encantada, marzo de 1983.

Me pareció que navegaba en la taza de plata que mamá tenía
cuando yo era muy chiquita; en la taza había rosas blancas.
Yo me adormía. Y las rosas comandaban la taza.

* * *

Papá declaró la guerra a Los Claveles, sus belicosos vecinos. Los
claveles llevaban dibujada esa flor en sus vestes flotantes; como una
llamarada. O era una rosa, o una malva.

Y todos ellos tenían olor a miel.

Papá defendía su reino milenario; las callejuelas que terminaban
en una casa; las casas estaban por cualquier parte, y las callejuelas
pasaban por dentro de los dormitorios y comedores.

Papá defendía su reino milenario.

Los murciélagos se pusieron de parte de papá.

Se empezaron a agrandar; quedaron como avionés, de madera y
hierro, y volaban más arriba del humo y de las nubes. Sus sombras
formaban sobre la tierra, cruces.

Al final, los Claveles fueron totalmente derrotados.

Parecía que se levantaban, pero caían. Se sentía un perfume
como si hubieran volcado ollas de miel.

Creo que papá de esto tuvo envidia.

Los aviones se fueron achicando en el término de una mañana y
volvieron a ser murciélagos.

Y como un silbido se escondían en las vigas y en más escondidos
escondrijos.

* * *

Eran unos hongos redondos y enormes. Y había unos hombres muy grandes que los custodiaban, contándolos a cada rato; les decían por el nombre: Efraín, Daniel, Sara, Débora, Rubén, y cuando alguno desaparecía, los gigantes se enloquecían y levantaban capas de tierra, por donde los hongos, por su cuenta, ya estaban reapareciendo.

Había una luz crepuscular, inmóvil y cenicienta.

A lo lejos, estaban las pequeñas casas.

Y cerca, la casa de los Príncipes, que era alta y color rosa; rodeada de banderas.

* * *

En ese entonces usábamos vestidos de papel. Blancos con moños. O de color turquesa. Medias de papel de gasa. Zapatos brillantes, de papel, casi siempre rojos. Sombreros de papel con una rosa. Y así taconeábamos sin rumbo por la ardiente ciudad, llamada Ciudad de los Santos y los Lirios.

Del cielo cayó una mariposa muy grande como recortada de una lámina enorme.

Rodaba a nuestros pies casi muriendo. Sentíamos el temblor de su manito de antenas.

Dijimos: ¿¿Qué es esto??

Y desde las profundidades del aire ya estaba bajando otra, igual.

Jerusalén encantada, marzo de 1983.

* * *

Me veo junto a la casa de Nelí, que, en la sombra seguía siendo rosa; con una forma oval cerca, un horno, un hongo, no sé.

Yo, escondida entre las matas, el viento que hacía mover las matas. Pasaba un hombre, decía cosas que abrían zonas desconocidas. Él iba a ver la novia junto a los portones de otra chacra. Ella: vestido armado, transparente, de organdí, y los moños.

Pero, yo era una figura chiquitita y olvidada, (dos ojos en la oscuridad), transitando o en pie, frente a las construcciones (de Nefí), pavorosamente iluminadas.

* * *

Así que ése era el jardín de mandrágoras. Estaba allí y no me había dado cuenta.

Ése era el jardín de los ahorcados. Tironeé una mata, y sí, vi la raíz en forma de hombre. Corrí, loca de terror, al interior de las habitaciones, de donde por cierto, nunca me había movido. Así que ése era el jardín de los ahorcados. Por cada ahorcado, una mata. Pero, hurgué en mi memoria y no había señas. Busqué papel y pluma, mas los parientes demoraban tres años en contestar. Di un grito y fue inútil. Corrí hasta el fichero, el armario, y sólo había cajas de dulce y quesos color rosa, o celestes, cada uno con un ratón en el interior. ¿Los periódicos? Nunca trajeron nada verdadero.

Entonces, llamé a las Empleadas: —Aline. Todas se llamaban Aline y tenían un par de alas minúsculas cerca del hombro. Les dije: —Díganme, ¿es verdad que los ahorcaron?

Ellas se cubrieron el rostro, volaban, se deslizaban, sigilosamente, a ras del suelo.

* * *

Cuando fui de visita al altar usé vestido de organdí celeste más largo que yo, por donde, a ratos, sobresalía un pie de oro, tan labrado y repujado, desde el seno mismo de mi madre! Mi pelo también era de organza celeste, más largo que el vestido, pero podía pasar al rosa y aun al pálido topacio.

Desde que llegué las habitantes se pusieron a rezar, y así empezó la novela; la novena empezó así. Los picaflores, colibríes, atravesaban las oraciones; entraban a ellas y salían; su fugaz presencia produjo, primero, desasosiego, para dar después otras destreza e intensidad a la sagrada murmuración.

Algunos seres estuvieron de visita, afuera y por un segundo; vino la Vaca de cara triste, el Conejo, la Nieve, y una mosca.

Mientras estuve, las habitantes rezaron apasionadamente, mirando sin cesar, mi pelo, mi pelo, que en pocos segundos, iba del azul al rosa y aun al rubí pálido, con absoluta naturalidad.

* * *

Esa tierra que parecía lejana quedaba ahí nomás en los huertos.

Esa hilandera estuvo siempre debajo de las ciruelas; en la falda su labor, el hilo destellante, los cigarrillos hechos con tubos de mariposa y hongo macerado.

La cigüeña color rosa fresia pica a la cigüeñita para que se aliste, la pica en el pico, en las alas y en el pico.

Todo el mundo está naciendo. Está roto el huevo.

Todos salen cantando, piando, saltando.

Yo también nazco. Clamo. ¿Qué es esto? En vez de alas, tengo sólo esto?

Y estiro los brazos de bailarina, la veste que flota un instante.

Miro los pasos, ay, ya contados, hacia la escuela, (¿Hacia la boda? ¿Con diamantes?).

Y una infinita sucesión de muertos y de muertas.

* * *

Había un friso hecho con muchachos de narices picudas y vestidos grises. Estaban tomados de la mano o hacían señas levemente obscenas.

Esta actividad apenas existía y daba gracia y miedo en medio de las marejadas de la luna y el relumbre del viento.

Yo aparecí ahí con mi vestido de novia, deslumbrador; en las franjas de la falda estaba escrita con encaje la historia toda de la familia. Desde los bisabuelos, a los abuelos y los padres; con sólo bajar los ojos, veía en hilo, el nacimiento de mi hermana y las bodas de mis primos.

Los del muro decían que estaban ahí porque sí. Yo estaba ahí

con el traje de desposada, titilante, que también ondeó como una bandera; ya dije años ha que no hubo novio; aquí y allá el viento andaba, resonaban las campanas de la aldea.

* * *

Se oye un rumor tenue, inconfundible, por las habitaciones, acaso afuera. Es un caballo adentro de la casa? O es una mariposa. Es un higo o es un alma.

—No tocarás ni una niña. No pondrás máscara a los conejos.

Estos duermen abrazados, más blancos que la nieve, más negros que el infierno.

—Justamente, yo traigo dos máscaras, una negra y otra blanca.

La conversación en este punto, me despierto y me siento. Los trenes de juguete se han vuelto de verdad. Ululando cruzan la charca y van rumbo a la ciudad. Son las tres. En el reloj que se multiplicó por todas las paredes. Y son las tres. En el —acaso— ya para siempre inalcanzable, jardín de dalias y de enebros.

* * *

La niebla había borrado todo. Sólo los grandes árboles más próximos, eran aún visibles. Con sus frutas luminosas y transparentes. Redondas como platos y tazas. Y gran resplandor.

Siempre me habían asombrado y encantado.

Y en diversas oportunidades tuve intención de llamar: Abuela, Madre, Tías, ¿por qué nunca cazaron de esas frutas, pusieron sobre la mesa? En ningún cumpleaños? Pero, jamás me atreví. El diálogo era conmigo.

Cuando trepé resbalé asustada hacia abajo.

Mas ese día fue tal la fascinación que volví a subir con la argucia de los gatos: Se me deshicieron el moño, las cintas. La fruta se escapaba; cada vez más lejos, tal si el árbol no tuviera fin; iba hacia otra rama, y yo detrás. La llamaba, y al no saber su nombre, con el de otras:

—¡Limón! ¡Jengibre! ¡Membrillo! ¡Manzana!

Como si me fuera a entender o a contestar.

Y, desesperada, le grité "Lucifer".

Entonces, oí un apresurado aleteo de pájaros.

(Estos cayeron al suelo como piedras).

La neblina se hizo más espesa. Yo ya no sabía dónde estaba sentada. La flor giraba en torno de mí, la fruta. Con su enorme esplendor. Yo le sentía, casi, el gusto horriblemente desconocido. Pero, otras tardes, las frutas estaban amarillas y tranquilas, con luz suave, livianas como platos. Su color a dulce de limón con mucho azúcar. Yo trepaba y quedaba quieta. Así vi el vuelo de las moscas, las nupcias del armiño, su ululante y breve ceremonia.

Y volví a casa con mantón de oro y sandalia. :

Mamá me miraba desde la ventana, clamando: —¿Quién eres? ¿Eres tú? ¿Quién eres?

Yo, ya sentada en el salón, decía... Bueno, ya no recuerdo qué decía. Mientras pasa el humo y desafío otras arboledas.

* * *

Desde los inalcanzables árboles, las torres altísimas, caía la luz deshecha.

Yo estaba enferma y mejoraba; siempre estaba enferma y mejoraba. Mamá me leía *María*, de Isaacs.

Las liebres volaron rozando mis cuadernos; pasaban las "mullitas", anticísimas, disfrazadas. De armarios.

Pasaban en silencio o con un tenue barullo; como si llevaran cosas dentro.

Yo quería hacer mis deberes y me olvidaba.

Desde las inalcanzables torres, la luz caía. Deshecha en rosas. Y María...

* * *

Gilberto, el paragüero, vendía paraguas, sólo en los días de lluvia. Nunca bajo el sol ofreció su mercancía. En el libro de la escuela figuraba Gilberto el paragüero!

Y me habían enseñado la “tabla del dos”; vine alborozada con esa adquisición científica. La maestra era una sabia. Se llamaba María-Esther.

Cantaron las calandrias, cantaron las “ladronas” (esas urracas); de pie, en el alambre y entre la ropa, estaban las pajarracas.

Llovía dulcemente sobre los claveles, sobre las viejas cacerolas tiradas en el jardín, en las que bullían hongos de diversos tamaño y forma, blanca hierba y caracoles —tenebrósos— blancos como el azúcar y la sal.

Compré —a Gilberto— para pasearme, un paraguas con todos los colores, y un par de zapatos, igual.

* * *

En torno a la casa estaban las cebollas, rostros de turquesa, celestes, frágiles, delicadísimos. Anidaron aquí y allá; moviendo, a ratos, las delgadas colas, y las niñas clamaban: Son víboras. En medio de la mesa había un tazón con sangre, —yo bien lo vi— y no se sabía de quién.

Un buey voló cerca de las nubes y ya estaba de pie en el prado. El Asaltante Negro recorría la trilla, ¿era un bandido o era un rey? Todos decíamos haberle visto, sin saber si era así. Fue el primer hombre del que me enamoré.

Pasé por los jardines y en mi delante cacé cebollas, de hojitas de oro, caras de porcelana.

A lo lejos, trinaron las otras niñas.

* * *

Súbitamente apareció el jardín de azaleas. Pero, ¿cómo no haberle visto antes? Si yo había pasado tanto por allí! Si estaba en el interior de la casa! Y la abuela no dijo sobre eso. Ella hablaba de tantas cosas: las papas viniendo solas desde el centro de la tierra, gordas y vivas, hasta con insignias, hasta con brillantes, zapallos, cacerolas cantantes, paragueros, y demás. Pero nada dijo de esto.

Las flores irradiaban con una alegría intensamente fúnebre.

Me quedé inmóvil, tal vez para siempre, bajo el organdí, la cbellera.

Mis manos, más pequeñas que patas de gallina, no rozaron ni una flor.

Sonó un reloj.

El viento entró, anduvo el viento, el viento andaba y no se llevaba las azaleas.

* * *

La diosa pasaba en su pequeña carretela, tirada por un león. La diosa iba sentada, desnuda, y era muy gorda y muy bella. A los costados hacían guardia los lirios, blancos y simples, sobre frágil pata verde.

Los hombres se hincaban ante la diosa, pero enseguida corrían por algún vericuetto del bosque y en el escondrijo le salían al paso, y tenían con ella, un breve y retorcido amor, mas la diosa proseguía indemne, para volver a pasar a la mañana siguiente, en su pequeña carretela de hierro, tirada por un león.

* * *

Las tardes de la casa cuando ninguna hablaba y parecía que sí. O mi Madre parlando sola allá en la alcoba; y yo, igual. El inenarrable jardín de alhelíes: varas en rojo azul brillante. Lo feroz era tener seis años y al mismo tiempo treinta; todos los dramas de la casa acaecían dentro de mí.

Y las sombras altísimas, misteriosas, que se desprendían de la pared, andaban como personas, y al día siguiente volvían a aparecer ante mis miradas aterradas.

Las clavelinas y el perfume exquisito, el ensoñado rosa, donde los arácnidos tenazmente prendían su pedrería. El picaflor espejeando sobre la olla de miel, ¡y la olla con arroz! Mi madre, al verle, inventaba un poema, que guardaba en el aire, que nunca escribía.

Ésta es la historia que no tendrá fin.

* * *

La vaca vino a hablar con mi padre. Él la recibió en su escritorio. La vaca hablaba con ronca voz, en nombre de sí y de las otras vacas.

Recordó el día de hielo en que nacía, la madre que la bañaba y le dio leche, el ciclamen que trajo en las sienes al nacer, como reflejo de su sino triste, del cuchillo.

Afuera estaban el Jazmín del Paraguay, todo nevado de azul, azúcar y rocío, y las tortugas andando inmóviles bajo el plato, serias y despreocupadas.

La vaca hablaba con ronca voz, en su nombre y en el de las otras vacas. Papá le miró el áspero mantón y los redondos zapatos naturales.

Mamá y sus primas se asomaron a escuchar.

La vaca miró a papá con ojos color de agua.

Papá bajó los suyos, sin prometerle nada.

* * *

Huí, no corriendo, aunque parecía que corría y volaba, junto a las matas y las casuarinas y sus hijos ya tan altos; se oyó el ronroneo de las viñas; se vio a las uvas brillar bajo la luna; aunque no había uvas ni había luna; era una noche sombría, inmóvil; con un presagio entre las hojas.

Llegué a la franja del fin, a la tierra ya casi ajena. Dejé de andar. Un rayo venido quizá de dónde, me alumbró y quedé en evidencia, como si estuviera representando: el cabello suelto, la cara oval, vestido a cuadros, zapatos de niña, rojos y altísimos.

Tal vez, desde la casa, me llamaron, pero, no se oyó.

Detrás de mí, sin que lo sospechase siquiera, el monstruo estaba tremendo e implacable.

* * *

Yo, de chica, me inventé muchos hermanos; imaginé que les descalzaba, les vestía, les daba de comer, les llevaba a la escuela;

no recuerdo sus nombres; una de las niñas se llamaba Lila. Hice todo eso porque tenía sólo una hermana, y en las otras casas había muchos niños.

Me colgaba de los árboles y atravesaba las flores, hablándoles.

Con los años eso cayó en el olvido.

Y no.

Porque, ahora, algunas noches, vuelvo a verlos; la cabeza pequeña y brillante, en medio de plumas más opacas, pero también radiosas. Avanzan vagamente pavoneándose como aves estrellas. Y dicen: Nosotros también nacimos.

* * *

La Mariposa y la Serpiente llegaron juntas. La Mariposa, a ratos, iba sobre la cabeza de la Serpiente, que era plana y azul. En cambio, la Mariposa era chiquita y negra, con sólo el borde color de rosa.

Pero, cuando la Mariposa subía y volaba se volvía enorme y todo rosada, y su borde era negro. Y parecía hecha con metros de gasa y organdí.

Mamá estaba en la silla, zapatos plateados, vestido de telaraña (que es el más hermoso vestido), melena corta y negra, ojos sombreados.

Yo dije: —Llegó la Serpiente.

Mamá dio un grito.

Yo dije: —También llegó la mariposa.

Mamá dio un gritito.

Pero después, prosiguió inmóvil, sin decir ya nada, mirando hacia adelante, a su confuso porvenir.

* * *

Las muchachas de aquel tiempo daban a luz muchos hijos, que quedaban abandonados en la hierba, y no siempre, eran criaturas humanas, sino perros, gatos, insectos y demás.

Las muchachas eran muy hermosas, pero, algunas eran feas, mas, igual, prolíficas.

Todas las criaturas quedaban abandonadas en la hierba, gemían durante mucho tiempo y morían.

Pero, algunas, muy pocas, lograban sobrevivir. Y así se les veía pasar, vueltas ya arduos donceles, esbeltas ciervas o encrespados leones.

Yo, en diversas oportunidades, di a luz una mariposa grande, que se iba por la selva y retornaba fugaz; sus alas del más encendido oro con algún oscuro manchón.

* * *

En la noche abrían las “Judías”, que eran unas flores grandes, blancas y fijas como focos.

Su perfume, deslumbrador, se iba volviendo luz; cada vez más rotundamente. Así todo el campo, todo el mundo, quedaban a la medianoche, iluminados. Aparecían, nítidos, los merodeadores, las casas, las plantaciones.

Me daba por recitar y representar, y me iba por los caminos. Otra, bajo el perfume que era luz, poníase a cocinar, a hacer innumerables manjares, precipitadamente. Otra, con los viejos hilos plateados, que existen en todas las casas, ejecutaba mariposas, ¡con tales destreza y exactitud!, y las ponía en su torno y en todos lados. Y eran tan acabadas las mariposas, que cuando yo pasaba cerca, temblaban, y querían entrometerse conmigo.

* * *

Ciruelo. Bronce. Rosado. Una hermana de mi madre se volvió paloma y entró en el árbol donde estaba aguardándola un nido. Yo trepé tras ella. Le observé la cabeza, pequeña y blanca, como una joya. Yo estaba desorbitada y me atreví a examinarle las alas y vi las carpetitas de tul de que estaban hechas, los hilillos de oro, pequeñas turquesas, perlitas. Y hasta la icé para ver sus huevos, que ya estaban ahí, frágiles y blancos como el azúcar y la nieve.

Me encantaba lo que estaba pasando a mi tía.

LA FALENA

Para visitar a aquellos tíos siempre había que ir de noche; viajábamos a la luz de la luna hasta el negro naranjal y los hongos, que se erguían altos y abiertos con una gracia leve de azucena.

La cocina, desierta a esa hora. Y también la capilla y el galpón. En el dormitorio los tíos dormían profundamente; y sin despertar, desde su profundísimo sueño decían:

—Hola! ¿Vinieron? ¿Por qué no vienen con más frecuencia?

—...

—¿Están aquí? Coman algo.

—Ya lo hacemos.

—Hay arroz y leche sobre la mesa.

—Ya los vimos.

—Adiós, entonces. Vuelvan pronto.

—Adiós, adiós.

Tornábamos al naranjal negro y los hongos en flor, marchando con mucha prisa, antes de que la luna cayese en la cueva del monte y quedáramos sin rumbo.

* * *

En la habitación oscura, sin abrir la puerta, alguien entró, y comenzó a peinarme. Yo, singularmente, apenas me defendía.

Me peinaba hebra por hebra, a todo lo largo, y hacía cerquillos, bucles, rizos, y nuevamente a todo lo largo. El peine era opaco, y a ratos con un esplendor de coral.

Yo, casi nada efectuaba por librarme, hasta que el pelo quedó tendido y lacio, y su punta tocaba el suelo y seguía como un río.

Y quien me peinó desapareció en la oscuridad —sin abrir la puerta— así como había venido.

* * *

El leñador sombrío surgió en la tarde.

Ella recién se había posado junto a la puerta.

Él era negro por el sol de los montes. Bajó de su carro, dijo: —¿Quieres leña? Ella: No, no. Estoy sola. Papá no está.

Él puso su mano de reptil sobre la puerta que se hundió, y vio-se la ensalada, ya, construida arriba de la mesa.

La ensalada era verde como el fuego y roja como el pecado.

La ensalada era roja como el fuego y verde como el pecado.

Ella se la ofreció para que se le disipasen otros pensamientos.

Él dijo: No, no, nada quiero.

Y la levantó en vilo como a una muñeca.

Ella con un hilillo de voz, clamó: —¡Esta es la hora en que ya retorna papá!

Pero él no oía ya ninguna palabra.

Afuera, el viento mecía el cañaveral y las pequeñas lagunas donde hasta hacía sólo un instante ella había jugado.

* * *

Son los impresionantes bosques de hule, berenjena, violeta y uva.

Dentro de las redes han caído animales estrellas y no logran escapar.

Los santos, en el aire, miran con ojos celestes, impasibles. Y, en frente, las santas forman otra fila, con el ala baja, y los cabellos bajándoles por el ala.

* * *

Entró Diamena con los huesos. Era en la casa chiquitita, en lo más hondo de la noche apuán. Diamena puso el plato sobre la mesa. Estaban todos. Los padres: Doiménico y María; los hijos:

Pascual, Pedro, Enrique, Ernesto, Albino, Héctor; las hijas: Divina, Rosa, Iride.

Diamena puso el plato con los huesos.

Afuera, transitaba un animal breve y blanco; el sacón brillante le llegaba a tierra; o era oscuro y menudo, y entró por la ventana e iba hacia el plato. Diamena retiró el plato.

La madre y las niñas clamaron: ¡Diamena, sal; cruza el viento! Diamena tomó el plato y salió.

Era en lo más hondo de la noche apuán, y ocurrían cosas como éstas.

* * *

Hacía tiempo que estaban esperando el Alma. Y el Alma nunca venía. Mamá hizo golosinas de colores y las guardó en cajas negras, y en un plato colocaba velas de diversos tamaño y forma. ¿Y cómo sería el alma? ¿Los pies de oro y plata? ¿Coronas de cristal? ¿Tejida en hilo blanco igual a un tul? ¿Jazmines en vez de huesos?

Para aguardarla pusieron rosales en toda la pradera y gladiolos como un mar. Había una nave entre la hierba, y las ratas reinaban sobre el mar (rosado y breve de las huertas).

Pero el Alma se negaba a aparecer.

¡Hasta que quedó sentada entre nosotros súbitamente en un atardecer!

Las estrellas caían, a tontas y locas, como arvejas y maíz; la nave campesina llegó junto a la ventana y su velamen ensombreció todo; los gladiolos quisieron salvarse y huían hacia el sur; pero en mitad, ya fríos, murieron y crujieron.

Cada uno de los habitantes de la casa se puso a gritar; pero, no, juntos, (y esto fue lo raro), sino por turno.

Yo fui la última en gritar y sin querer toqué una mano del Alma, que tenía muchísimos dedos, muchísimos, como pistilos, como cien.

El Alma me miró y se fue.

* * *

Era raro que viniera un alma. Algunos la esperaron años inútilmente. Y yo encontré una sin querer. Se levantó de un melón, como una seda, una gasa. Salté sobre las hojas, los otros melones en rojo ámbar; vi un zapallo, angosto, alto como un metro, verde sombrío, casi negro, parecía pequeño mueble, armario, que escondiese la cosa más secreta; lo topé y quedó impasible. Pero yo iba huyendo, pasé el prado y sus margaritas rojas; vi las perdices de agua que nadaban con zapatos; iban y venían, de continuo, como si hubiesen perdido el tino; siempre hacían así.

Casi llegué a la casa, pero tuve miedo de entrar y huí; corrí al bosque, el árbol preferido, trepé, me acurruqué.

Pero, fue terrible, pues, pasaron varias horas e iba a venir la noche, y yo sentía un silbido dentro del pasto, algo que trepaba por el árbol, un bicho con perlas, que no era un bicho, arriba de mi sien.

* * *

Me encontré con el alma en medio de la sopa, al hincar el tenedor en una carne, en una papa.

Los otros comensales hablaban del día. Era un día gris. Con las plantaciones de papas, cebollines. El gran verjel, gladiolos. Y, de nuevo, cebollitas.

Era una conversación entre agricultores.

Y los centenarios aparadores con la rubia miel adentro, más rubia que la miel, y esa licorera azul como de uva.

Yo vi en la sopa una construcción, que vivía, que se estiraba y se abría, una tela que al desenrollarse no iba a tener fin. La hincué, la sujeté.

Disimulé, fingí que comía, bebí, miré hacia afuera.

Los demás dijeron: —Come, Rosa Pequeña. Toma tu sopa, rosario, estrella.

Y yo, disimulando como podía.

* * *

Lo más tremendo fue, naturalmente, la aparición de Dios; en la más íntima alcoba, en la morada última, Dios apareció con las gemas.

Era una tarde, y ya habíanse ido las visitas, y las azucenas levantaban en el aire sus pálidas campanas, y ella se quedó inmóvil, en el jardín.

Desde allá, las ovejas, al darse cuenta, vinieron en comisión, o de una en una; la miraban como si nunca la hubieran visto, los angostos ojos abiertos en la lana.

* * *

Cuando nací había muchísimos higos. No puede ser, me dirán, si era invierno y hacía frío.

Sin embargo fue así; estaban en todos los árboles, aun los que no eran higueras, y en medio de las flores. Oscuros, celestes o rosados; algunos desde el origen, traían adherida una vibleta o una mosca. O en el punto central entresacaban una perla (nunca la dieron del todo). O se desprendían girando como astros envueltos en anillos de colores, hasta que casi exánimes tornaban al lugar.

Se sentía un aroma a almíbar y azucenas.

Yo, en medio de mi primer lloro, pues era a los pocos minutos de nacer, dije a mi madre: Hay higos.

Y mi madre miró sonriendo a mi Rosa abuela, y le dijo: Mira lo que dice.

Y mi abuela se aproximó, demasiado, con los ojos bajos, la sonrisa fija, y una tremenda corona de higos negros, gruesos y atormentados.

* * *

En la noche, al amanecer, trajeron vestidos, trajes; los hicieron de percal, de "radiosa"; percal rosa, verde pálido; "radiosa" que era siempre negra con rosas. Los dejaron por el suelo, el piso, sobre la mesa y el sofá.

Al alba grité: ¡Mamá! ¡Nidia! ¡Vengan! ¡Hay trajes!

Y cada una tuvo la secreta ilusión de usar uno o varios en los días siguientes y años.

Pero esos trajes no se podían usar.

Eran como irreales, como trágicos.

* * *

Cuando uno de nosotros murió, todo estaba negro. Vinieron los otros amos de los huertos y se sentaron en círculo, y cada media hora se servía café en unos vasos, que, años más tarde, cuando abandonamos la vivienda, quedaron prendidos en las paredes. El viento, por alguna fisura, hacía un rumor insólito; y más allá, hacacaba a los laureles y las yerbas.

Y todos estábamos mudos.

Y antes del alba cuando la primer lucecita comenzó a andar, surgieron unos pájaros pequeños y floreados. Al principio, les tomamos por colibríes, y luego, resultaban ser loros, finos y frágiles y hermosísimos; con un centelleo de pedrería volaron y volaron sobre el muerto y su colcha negra (muchos creyeron estar soñando), pero, yo vi la verdad, y cuando salían, salí también, y les seguí un instante por los jardines y vi se llevaban el alma (ésta era como una tela); la llevaban entre todos, quizá hacia qué lejano escondite.

* * *

El día del martirio subió un polvo negro hasta el cielo, y luego, subió un polvo blanco hasta el cielo.

Y en ese instante, la víctima fue atada, y sus congéneres huían hasta los malvones, sin poder penetrar; quedaron como parados en ese frenético correr.

Y llevó casi media hora cortar la cabeza, pues, se presentaban diversas dificultades, hasta que cayó en un canasto, y fue alzado el cuerpo grande y tembloroso. Y otros llevaban (con codicia) palan-ganas de sangre.

Pero, dentro de la casa, en un ángulo, alguien prorrumpió en

llanto, lloraba con la boca torcida, y continuamente; y no quiso probar ninguno de los sucesivos almuerzos.

Y años más tarde, dijo que aún oía los gritos de la víctima, y sobre todo, uno de los gritos.

* * *

Al atardecer, andando cerca de la casa, vio que una mariposa se le paró en la falda, cuando volvió a mirar ya eran dos; quiso sacudir el delantal, y ya había otras dos; estas mariposas eran negras con dibujos amarillos, y seguían surgiendo de dos en dos, y surgían inmóviles, paralizadas.

Se volvió a fijar y ya estaban por todo el vestido, el pelo y la frente.

Al levantar los ojos, vio las mariposas —todas negras y amarillas— formándole una clámide, una pirámide. Si aparecía alguna celeste o rosa (cosa que aconteció), las otras, por un influjo que no se sabía bien cómo funcionaba, las hacían desaparecer, las disolvían.

Así, las cosas, vino el abuelo; al ver eso, comenzó a hablar, precipitadamente, en otro idioma, y se ocultó. Surgió la abuela, hizo un ademán desgarrador, retrocediendo. Vino la tía (Josefa); era una soñadora, y comenzó a decir: —¡Qué bellas!

Pero, con el rostro congelado se desvaneció en el viento.

Llegaron la hermana y la prima; casi niñas; y al ver todo, tendieron las manos hacia esas señoritas de alas y antenas, con la cautela de quien va a sacar rosas de un rosal, y teme a las espinas. Pero, enseguida, retrocedieron, y huyendo sin volver la cabeza, gritaban: ¡Adiós!... Con una voz que parecía ya cruzar otras capas de nubes y de polvo.

En el atardecer. Quedó sola con la suerte.

* * *

Las poetisas bajo sus larguísimas cabelleras, grises con alguna hebra negra, y jazmines por todo el rostro, sentadas en el umbral de la más antigua casa.

Caía una lluvia fina como un polvo sobre las oscuras plantas, y arroz del cielo, que hervían en una marmita.

Ya estaba iniciado el último pliego.

Había una mariposa tenue y muy blanca, enorme, surgida de ellas; o, al revés, era quien les había dado origen.

Esa mariposa abarcaba todo el viento, el infinito, y así, volaba angustiosamente dentro de sí misma.

* * *

Yendo por el bosque al atardecer, nos encontrábamos varias Vírgenes —aunque sólo era una— sentadas y arrodilladas, aquí y allá; casi siempre de rodillas.

Eran delgadas y muy jóvenes, y el color de su piel y sus vestidos, gris rosa, madreperla, rosa iris. En la falda tenían siempre un huevo, un clavel, una amatista.

Mamá gritaba: “¡Es la Virgen! ¡Es la Virgen!”

Y esas palabras La Virgen, se me hundían en la frente, como una piedra, como una estrella.

Y bajo las nubes claras y oscuras, volvíamos a la casa corriendo con un poco de miedo, al lado de las Vírgenes.

* * *

El alma de Clementina Médici es una gasa gris, blanca, que viene de metros y metros, a ratos, tiene un bordado en hilos de colores; a ratos, tiene un olivo de Jerusalén. En un nudo de esa seda anida el Diablo; quedo pasmada ante sus develaciones, reverberos. Yo quisiera huir, pero Clementina Médici Mi Madre, me viste de novia a cada instante, de la cabeza a los pies; me pone una cosa blanca delante de los ojos; yo quisiera irme, pero es imposible; ando en esa tela, perezco, resucito, desaparezco, como una mariposilla en un jardín.

* * *

Cuando nació, apareció el lobo. Era un domingo al mediodía, —a las once y media, luz brillante—, y la madre vio a través del vidrio, el hocico picudo, y en la pelambre, las espinas de escarcha, y clamoreó; mas, le dieron una pócima que la adormecía alegremente.

El lobo asistió al bautismo y a la comunión; el bautismo, con faldones; la comunión, vestido rosa. El lobo no se veía; sólo asomaban sus orejas puntiagudas entre las cosas.

La persiguió a la escuela, oculto por rosales y repollos; la espiaba en las fiestas de exámenes, cuando ella tembló un poco.

Divisó al primer novio, y al segundo, y al tercero, que sólo la miraron tras la reja. Ella con el organdí ilusorio, que usaban entonces, las niñas de jardines. Y perlas, en la cabeza, en el escote, en el ruedo, perlas pesadas y esplendorosas, (era lo único que sostenía el vestido). Al moverse perdía alguna de esas perlas. Pero los novios desaparecieron sin que nadie supiese por qué.

Las amigas se casaban; unas tras otras; fue a las grandes fiestas; asistió al nacimiento de los niños de cada una.

Y los años pasaron y volaron, y ella en su extrañeza. Un día se volvió y dijo a alguien: Es el lobo.

Aunque en verdad ella nunca había visto un lobo.

Hasta que llegó una noche extraordinaria, por las camelias y las estrellas. Llegó una noche extraordinaria.

Detrás de la reja apareció el lobo; apareció como novio, como un hombre habló en voz baja y convincente. Le dijo: Ven. Ella obedeció; se le cayó una perla. Salió. Él dijo: —¿Acá?

Pero, atravesaron camelias y rosales, todo negro por la oscuridad, hasta un hueco que parecía cavado especialmente. Ella se arrodilló; él se arrodilló. Estiró su grande lengua y la lamió. Le dijo: ¿Cómo quieres?

Ella no respondía. Era una reina. Sólo la sonrisa leve que había visto a las amigas en las bodas.

Él le sacó una mano, y la otra mano; un pie, el otro pie; la contempló un instante así. Luego le sacó la cabeza; los ojos, (puso uno a cada lado); le sacó las costillas y todo.

Pero, por sobre todo, devoró la sangre, con rapidez, maestría y gran virilidad.

* * *

Su pelo era una trenza de ajos. El rostro cuadrado, aunque a ratos, fuese oval. Aparecía junto a los jazmines, las flores de Cambray, que salen de las hojas negras, tal organdí arrugado.

Como nunca se casaba ni tenía novio le llamaron la Virgen de las Chacras. Y todos la amaban y odiaban al mismo tiempo, sin que ella se percatase.

Con todo, construyeron una iglesia, pequeña, para que tuviera donde comer y dormir; comía luces, cuadrados de gasa, y algún jazmín celeste o blanco.

Pero, la vida en las quintas cambió.

La ciudadela avanzó hacia el lugar de los jardines, y hubo mármol rosado donde antes había albahaca.

Mas, ella permaneció inmóvil.

En el hombro la trenza de ajo, y en el ruedo, jazmines, hierbas vivas, hierbas secas, y huevos sin empollar.

* * *

Surgió una mariposa que yo había visto hacía muchísimos años; pero, ahora, en retrato. ¿Quién se lo tomó y cómo estaba allí?

La mariposa salía de la postal; y voló y revoló, efectuó la pantomima de su vida, tornando a ser sólo imagen.

Los reyes hacían el suntuoso regreso hasta sus casas. Y yo, en el borde del lecho, analicé todas las cosas de esa mañana.

* * *

Estaban tejiendo a Dios con un hilo negro, potente, que también se ponía azul; otros, lo pescaban con un hilo de oro, filigrana; otros con cuadrados de organdí que parecían de nube.

Y había quienes lo tejían con madejitas de hilos de todos los colores. Y fueron los que lograron una más ardiente divinidad.

* * *

Tomaba té, iba a la escuela. Pero, de pronto, le empezaba a brillar el ala. (La madre quedaba afligida.) Aparecía en una esquina del hogar, adentro o fuera, o en ambas partes, al mismo tiempo; no quedaba claro.

Dentro de la entraña (se le veía a través del organdí ilusorio del vestido), y sin que nadie la hubiese tocado, le nacían seres y cosas, corderos, muñecas, y otras vírgenes azules o multicolores; todo esto era dado a luz, con un grito y quedaba enseguida en otra longitud.

Y ella volvía a tomar té, a ir a la escuela.

Pero por breve tiempo.

* * *

Larga tradición de dalias, “penachos”, rosas, hongos más altos que las ventanas. Una columna de humo sale de adentro de la tierra, señalando allá un pueblo.

Es la tarde de las madre selvas y los gatos. Es la tarde.

Tenera negra con máscara blanca, con máscara clara, atada frente a la puerta.

Te recuerdo.

Lo que más recuerdo es los dedos retorcidos de las dalias.

Y el golpeteo de tu inmóvil paso.

* * *

El diablo bailaba sobre los limones de fuego azul, bailaba entre el perfume, sobre la hojarasca, y sobre las fresas.

Yo me oculté junto a la pared, asombrada ante aquel pájaro gigante, ese hombre con uña y ala, cuyo rostro desconocido se parecía al de mi padre, al de mis amigos y enemigos.

Yo me hacía cada vez más chiquitita. Él bailaba y en el baile cazaba dalias, rosas, y las engullía como si fueran almas.

Hasta que se reclinó y se durmió y parecía un doncel hermoso hecho de menta y de pimpollos.

Entonces, yo me levanté, yo también inicié el baile.

Pero, si no había nada, todo estaba inmóvil como nunca.

Los huevos de paloma finos como azúcar. Y el clavel del aire.

* * *

Cuando éramos casi chicos, o casi grandes, en una zona confusa, quisimos cazar la luna. Amontonábamos conos y cuadrados, y más conos y cuadrados, que se desmoronaban enseguida, y escalones de cartón que se desmoronaban y otras estratagemas. Hasta que a Miguel se le ocurrió balearla con un rifle (hallado dentro del esqueleto de un caballo), y que cayese como una granada perdiendo granos, pero tampoco fue así. Para peor se nos cruzó uno de los remotos vecinos, e increpó duramente; le respondimos en otra jerga.

Entonces, recordé un hilo negro, muy temible, con el que mamá ejecutaba ciertas labores, y al secuestrarlo, nos hicimos con él, blusas y alas, que armábamos con palillos, y aprovechando una ráfaga propicia, y con un gran impulso, pudimos ascender y ascender, llegando a la noche negra y a la plateada. Y empezamos a rondar la luna, dándole aletazos y más aletazos; era lisa como un espejo y rugosa como un pan; daba una oscuridad de esmeralda, turmalina, daba una luz de rosa fría, y no había forma de vencerla, hasta que Miguel la abrazó y la desprendió; no hay que olvidar que pendía sólo del aire.

Y así comenzó el descenso, cada vez más abajo, más abajo, teníamos miedo de que Miguel huyese, no dijese que la habíamos alcanzado entre todos.

* * *

Ah, habiendo tantos árboles de la misma familia, sólo en uno aparecía el fruto rojo. Y muy cada tanto, cada muchos años; al abrirse el capuchón verde se le veía brillar como una brasa y una rosa.

Y así todos teníamos miedo, como si fuera a venir el fin del mundo, como si aquello fuera un cometa y su cabello fatídico.

Mas sólo acontecían los pequeños hechos cotidianos; nada ocurría de bueno ni de malo. Hasta que en el amanecer de un día cualquiera, ya no se veía aquel fruto.

* * *

El clavel surgió volando en la mañana; vendría desde muy lejos; las alas cortas y redondas; rojo vivo como hombre, rosa tenue de mujer. No se veía si iba solo, con pasajero; si llevaba misión, o volando porque sí.

Las amas de casa tendieron sus sartenes; a ver si caía y se freía, y transformábase en otro almuerzo o en postre. Las niñas de la Comunión entreabrieron los labios como si él fuese la hostia. Me pegó en la frente; su aroma a óleo, su rumor de brasa, entraron a mi garganta; abrí los dedos; se partió; me quedó uno en cada mano, mas, se reunió y voló.

Todos los vecinos salían de sus casas, venían al llano. Con lentes. Para ver el vuelo del clavel.

* * *

Cuán hermosa la quinta de Pruzzo, con los árboles altísimos! Mi abuela y yo entrábamos cautelosamente tal ladronas. Allí, los picaflores eran rojos, bermellón. Los había verdeazules y dorados, pero en su mayoría eran rojos. Cruzaban el aire como flechas, metiéndose en las rosas y narcisos.

Los perros lobos espían en la oscuridad con ojos de gema.

Por el aire, lasavecillas espejeantes. Y nosotras en predio ajeno, inmóviles y suspensas, y temblando un poco.

* * *

Nácar: rosa, pálido verde oscuro, gris. Almejas vacías por toda la charca, el tajamar sombrío y luz de luna. ¿Eran ellas el nido de la Virgen?

También los muertos de la casa: abuelos, tíos, primos, se volían nácar. Flotaban ahí nomás cerca de los negros higos y el retamar. Pero, por más que yo tendiera el brazo hacia Eso, nunca lo alcanzaba, aunque pusiese una escalera, aunque una torre pusiese.

* * *

En el centro la laguna, inmóvil como un espejo.

En torno, la maraña, telaraña, de donde prendían con fulgor, ajíes; verdes, granates, su resplandor a rosas y a tomates. Mas, cada uno, ardía, era una brasa; tenía boca, dientecitos, una lengua titilante.

Y las mariposas cantoras —quien las escucha está condenado— y yo escuchaba muchas. Sobre mi cabeza eran sombreros.

Desde la lejanía, a través de infinitas enredaderas, se oyó a los familiares; dijeron: —Ten cuidado. Saliste sin sandalias ni capelina. Ten cuidado.

Y se oía ahí cerca. Como si las enredaderas fuesen teléfonos.

Posé con temor el pie de almendra; la mano igual. Y contesté por el teléfono de las enredaderas, contesté mintiendo: —No hay cuidado. Acá no hay nada. Nada me roza. Sólo vi rosas. Y enseguida digo suave y tenebrosa: —Estoy mintiendo.

* * *

La “mulita” quedó verde pálida bellísima, casi celeste, en el paroxismo del temor. Corrió con sus menudas manos por las sendas y rosales; y se hundió, y reapareció, ya vuelta oro, pedrería, ya vuelta estuche, engarzado y tachonado.

Y tornó a bajar y a reaparecer, con sus tablitas pardas, cotidianas; que tabletearon en la noche fría.

Y aún descendió hacia el lugar de las raíces, donde nacen los hongos venenosos y los hongos color de rosa.

Pero, los perros cazadores saltaban desde las azoteas; desde los árboles, los hombres con lámparas y palos.

...El cadáver fue servido con violetas en platos de loza, junto a los vinos y conversaciones suaves. A los veinte minutos de la cena.

* * *

Extraño el grito bovino, el bramido de las vacas en el anochecer. ¿Era de rebeldía, de aceptación? ¿Adónde iban? ¿A dar a luz, a dar leche? ¿Iban al altar, al matadero?

Yo, dentro. Y todos los libros eran sólo uno, los de la escuela, del liceo, de los bailes, de las hadas.

Arácnidos bajando del aparador, fabricaban, al instante, el hilo con que llegar al suelo.

Mamá estaba inmóvil; no hacía ningún trabajo; tenía en el rostro, una peca violeta, y algunos nomeolvides en el pelo.

* * *

Salí; me desnudé; empecé a girar; surgió, una franja de colores; me envolvió; corrí; parecía que volaba; volaba a ras del suelo; remotos vecinos, y próximos, conocidos, desconocidos, salían a verme, gritaban: “¡Vuelve!” “¡Eh!” “¡Estás loca!” “¿Adónde vas?” “¿A la cosecha de las azucenas?” “¿Salen hongos al revés?” “¡Estás loca!” “¡Siempre estuvo loca!”

Aunque yo nunca había hecho ninguna locura. En mitad del viaje, me salieron unas alas, al mismo tiempo todo rosadas y todo celestes. Todo rosadas y, al mismo tiempo, todo celestes. Rígidas y torneadas como muebles. Con ellas, llegué en pocos minutos al horizonte.

Y cuando iba a desaparecer tras de él, mi padre me atrapó, me abrazó; me llevaron, de nuevo, a la cocina, me dieron el plato con la leche y con las papas. Decían: —Niñita, no vuelvas a correr.

En ese instante entró una mariposilla y comenzó a girar, a girar; era rosada y a la vez, celeste. Al mismo tiempo, rosada. Al mismo tiempo, celeste.

Fui a alertar a los que estaban cerca. Pero, bajé los ojos, simplemente.

* * *

Yo, de chica, fui una gitana. Y me llamaba Turmalina. Me senté al borde del sendero. Y cuando pasaban las señoras, cuatro o cinco, amigas de mi madre, siempre las mismas, todas juntas, o sólo una, (o siempre la misma), decía: —¿Quiere que le diga la suerte? ¿Quiere que les diga la suerte?

En cambio, me daban un huevo, cálido, recién puesto, o un ramo de chauchas, o cosas así, de las que yo no hacía caso, pues, había crecido entre eso.

Pero, de más grande, me aposté en las carreteras, y cuando pasaban los señores, decía: —¿Quieren que les diga la buenaventura?

Y ellos huyeron, un poco embelesados y aterrados. (Esta es la mujer a la que sólo tocó el viento).

Aún, ahora, mis primos vuelven a la antigua heredad, y oyen voces que murmuran: —Aquí vivió una adivina.

* * *

Cuando yo era muy chiquita, pregunté a mamá: —¿Eso qué es?

Y ella contestó: —Es una escoba.

Y yo dije: —¿Qué es escoba?

—Una mata atada a un palo, sujeta con hilos; y sirve para ordenar la casa.

Repliqué riendo:

—Antes de nacer, yo tenía una escoba... color de plata. La recuerdo, perfectamente. Con ella iba en un minuto a cualquier parte.

Mamá quedó tal una mora; en puntas de pie. Y preguntó:

—Tú... ¿cómo eras... antes... de nacer?

Dije: —Era alta y muy bonita. Las otras muchachas no me querían, me odiaban; fingían burlarse, reír, pero, no me importó. Yo usaba vestido lila, mantón verde, sombrero picudo, e iba en un minuto a cualquier punto.

Mamá insistía como una boba, y fuera de sí.

—Tú... ¿cómo eras... antes de nacer?

Contesté:

—Me llamaba Turmalina. Tenía una larguísima cabellera color almendra. Y...

Pero, fue todo lo que le conté de mí.

* * *

Llueve. Es de noche. Por lo tanto, nuestra prima Poupée quedará a dormir en casa. Llueve. Alguien dice: —No es necesario regar las violetas.

Como siempre, cenaremos arroz con arveja. Como siempre.

Yo estoy estremecida. Porque detrás del aparador hay un murciélago.

Tiemblo. Porque ese murciélago es mío.

Aunque no se sabe esta noche a quién libará.

Por ahora, Poupée se ríe. Y yo me río.

* * *

Fue un otoño desproporcionado. En los troncos, de un exquisito color naranja, salían margaritas gigantescas, (¡de los troncos!), y hongos, también gigantes, que se abrían como sombrillas, y hablaban a los transeúntes, sin que estos denotasen ninguna sorpresa. Al contrario, se decían: —“El hongo me comenta que..” —“Oye lo que opinan aquellos hongos”.

En el aire tenue y potente, las águilas hacían proezas. Llevaban una gallina hacia lo alto y la bajaban sin hacerle daño. Una “mulita” recién nacida, de pocos centímetros, creció, en un minuto, como una casa; sus pardas varillas, se volvieron nácar, se volvieron guías de gruesas perlas: era tal su belleza que no se la podía mirar. Por suerte cavó y huyó.

Las manzanas tomaron un rojo bermellón, agudísimo; parecían redondos diablos; pasaron al azul radioso y al color estrellá; echaban chispas.

Una de nuestras primas se arriesgó y comió una, y su piel quedó salpicada de levísimas pepitas de oro, que no se le fueron nunca. Perdió su nombre por el de “Hada”.

Así transcurría el otoño. Y lo último que ocurrió fue que en un mediodía sereno, la casa subía; y seguimos almorzando cerca de las nubes. Luego, ella bajó diestramente entre los árboles, y quedó en su sitio. Algún tiempo después, nuestro padre quitaba toda veracidad a estos asuntos. Mientras que la prima “Hada”, enérgicamente, los confirmaba.

Vi un árbol altísimo, verde y rosa sombrío. El viento hacía girar las otras arboledas; pero, a éste dejaba inmóvil. Parecía tener alcobas, aposentos, gente dormida y muerta, búcaros con rosas.

Iba a alertar a los que estaban a mi alrededor; en cambio, procedí cautelosamente; tomé la caperuza, el escarpín. Creía que el árbol iba a huir; no; quedó fijo. Trepé algunos de sus escalones. Salió volando una bandada de colibríes, pero, como secos, de papel, aunque sus colores eran muy brillantes.

Allí, la gente estaba inmóvil con una ilusoria sonrisa. Yo, también, encontré un sitio y me tendí. Cayeron rosas, madre selvas, sobre mi frente y sobre mis pies. El viento hacía tremolar las otras arboledas. De la casa donde había nacido y crecido, no me acordaba ya.

* * *

En vez de cabellos tenía rosas; rositas rosadas con tallo corto y hojas verdes. Tenía una corta melena de rosas. Y a dos centímetros de su cabeza flotaba otra rosa rosada con hojas verdes. Siempre la seguía esta rosa. Tenía el rostro oval y los ojos casi fijos. Usaba un ropón verdepálido, que era lo habitual en las niñas de las quintas. Mamá, imprevisiblemente, la invitó a tomar el té, diciendo que era hija de una lejana pariente; cosa que me asombró; yo no sabía eso. Mis amigas al verla se rieron. Ella se sentó a la mesa, como la Virgen. Tomó lo que mamá le daba: una taza con miel, hojitas de alhelí.

Se fue a la caída de la tarde; tal vez no tuviera nada que decirnos.

Pasó en medio de las sonrisitas de mis amigas.

Como si las rosas la condujesen.

MI VESTIDO SE HUNDE EN LAS BROMELIAS Y MÁS ALLÁ NO HAY NADA

La madre miró a la nena; vio que estaba por poner el huevo. La nena tenía la boquita roja, entreabierta, el pelo de oro, erizado, y emitía un murmullo inconfundible.

El padre, por pudor de lo que iba a acontecer, salió al jardín y se sentó bajo el árbol de ciruelas.

La madre arregló una ropa que ya estaba arreglada y preparó el té, deteniéndose más de lo suficiente en cada fase.

La nena extendió los brazos y puso el huevo. La madre lo tomó en sus manos, cálido, y corrió a presentarlo al padre, que seguía bajo el árbol. Éste esperó ver un huevo de gallina o de paloma, que era lo que más conocía.

Mas, no; divisó uno de material exquisito, como ser porcelana o alabastro, y envuelto en luces.

La madre volvió con él a la habitación y lo colocó en una canasta, ya arrepollada de encajes y puntillas; la nena se acuclilló y comenzó a empollar con los ojos bajos, el cabello cubriéndole el rostro; pensó de nuevo en el tremendo pájaro, que había bajado del viento por un minuto, y había tenido con ella relaciones extremas, y tal vez, ni existía ya.

* * *

Al abrir una puerta de aquella casa vi los aposentos de siempre; pero, había otros salones que nunca habían estado, y que irradiaban grandemente. Yo empecé a transitar entre las arañas y los espejos. Y las azaleas estaban por todas partes, unas pocas, en rojo bermellón; las otras, con los pétalos lilas y largos.

Las mujeres se enroscaban entre las azaleas, se peinaban, se pintaban, se adormían, o copulando entre sí; mas, de una manera exquisita y virginal. Éste es el baile de las azaleas, dijo una voz; este baile empezó hace años, siglos, milenios, en otro planeta, en otra constelación o dimensión, en un universo otro, paralelo.

Y agregaba cosas así.

Y este baile está próximo a alcanzar su clímax; cada cinco minutos lo alcanza. (Las azaleas quedaron brillantes como el fuego.) Los hombres —de frac, o capa y espada— obtenían una emoción casi sexual.

Entonces, entraron los servidores; y las viandas, que eran platos con huevos de codorniz, redondos y color de rosa; venían con la cáscara.

Y yo no sabía qué hacer; si devorar aunque fuere uno de esos huevos. O sentarme con las vírgenes.

* * *

Cuando yo era muy chica allá en la noche, las flores de zapallo se volvían faroles y me abrillantaban la senda y mi pequeña falda rojo-fuego, y la melena roja, y los libros, y los zapatos rojos, finos y altísimos, que usé de niña.

Conejos blancos como la nieve, sus anacaradas orejas, aparecían y desaparecían, daban saltos, acrobacias, como diciendo que no podían quedar ocultos, no hacerse ver, ante mi viaje sin rumbo, tenaz y fulgurante.

* * *

Súbitamente, topé las mejillas de la niña —era una niña chica— suavísimas y compactas. El pelo y los ojos muy oscuros. Tenía una falda larga y floreada que se confundía con el aire en flor, y, a ratos, de un modo invisible, prestidigitación, cambiaba por otra falda breve y burda. A ratos, sostuvo un cirio encendido; por largo instante cuidó de dos conejos; también contaba todos los nísperos en un arbusto, con gran sapiencia.

Pero, por sobre todo, no miraba nada; ni me vio; miraba todo a la distancia, sin moverse; de pie, sobre un montículo. Tal vez fuese ella la eterna dueña, la que guió el antiguo lío que se desató en los huertos. Y a quien mi padre, y mi gran padre, y los otros amos, se empeñaban, obstinadamente, en desconocer.

* * *

Se llamaba Mirlo. Cuando la maestra la llamaba Mirlo, se producía una breve hechicería.

Y del techo colgaban siempre, telarañas y rocío, como si la escuela no tuviera techo; y las “campanillas”, de un lila trémulo, corrían por las paredes, en todos los rumbos, tal si nos hubieran enviado muchos telegramas juntos. Las trenzas de Mirlo eran rubias y en el sol quedaban negras. Su ropa, de puntilla, con lazadas celestes y rosadas. Mirlo fue tan bella que producía envidias y risitas.

Apenas pasada la niñez, ocurrió algo imponente e imposible. ¡¡Mirlo se transformó en un objeto, en una cosa!!

Primero, fue una caja, un exquisito cartón rosa, que la madre colocó con emoción sobre la mesa.

Luego, pasó a ser otras cosas, cada vez de más grande jerarquía, categoría. Subió a botella, licorera. Botellón tachonado de piedras preciosas. La madre lo guardó con sumo cuidado en un anaquel. Y cuando venían visitas lejanas, decían: —¡Oh, qué bella cosa!

Y la madre sacaba y mostraba, (llorando disimuladamente) la licorera, cuyos topacios y rubíes, ya eran la luna y las estrellas.

* * *

Estaba soñando que era la época de los carros —papá los manejó con tal destreza!—. En un cubículo del bosque, junto a las hierbas cortadas y apiladas, y las hierbas vivas, había un carro caído sobre sus asas. Y en torno, breves claveles rojos, “encarnaciones”. Viene papá y le unce un caballo, y salen volando como el fuego... Yo estoy junto al portoncito, con romeros en las blusas y las faldas. Y

veo pasar al pardo carro, traqueteando, tableteando. Es de noche, y la luz es matinal.

Y en algún rincón del bosque hay otro carro como encarcelado, y como esperando, de rodillas sobre sus astas.

* * *

En el atardecer el níspero es un centro. Con sus nísperos de oro oscuro y puro. (Algunos caen; los otros están quietos y con miedo; algunos se ríen de los que caen). Una víbora, hecha por el mismo árbol, recorre todo el árbol, sin olvidar un trecho. Algo como una voz dice en inglés (no sé por qué): Medlarz. Y en las casonas vecinas los habitantes ya duermen.

Y arriba, múy arriba, hay otro níspero y las medallas, giran los tiempos remotos, indescriptibles.

* * *

Anoche entró, sin abrir la puerta, la sacerdotisa gaélica, de la cual soy viva reencarnación. Traía un traje azul o bermellón; no pude ver. Lleno de inscripciones. Y las varillas de nogal, más numerosas que los dedos, con las cuales trazó las palabras rúnicas de la gloria y la soledad.

No quería mirarla ni preguntarle, pues, ella era yo, y tenía miedo de que se insumiera en mí.

Giraba lentamente como en una representación.

Hubo un profundo olor a muérdago y manzanar.

Hasta que le vi el pie de fuego y se fue sin abrir la puerta.

Una pequeña víbora destellante puso un huevo, pequeño, sobre el que había la mismísima inscripción.

Después de unos segundos como siempre me dormí.

Y, como siempre, cuento lo que vi.

* * *

Una pausa me llevó a la siesta de la casa. Digo siempre la Antigua

Casa. La uva moscatel baja por las azoteas, celeste y color miel; cruza las habitaciones, las camas y las mesas. Para pasar doy un salto, pues, por todas partes, va esa guía de oro y pedrería.

Se oye el leve tic tac del reloj, que, con ser tan leve, se oye tanto. Me da miedo como si mi vida ya hubiera pasado.

En el espejo se presenta la imperturbable novia, con el traje. Siempre blanco, la mano tiesa y la tiara de flores de naranjo.

La miro un minuto y vuelvo.

Una voz dice algo y no sé qué es. Acaso "Duerme un rato" o "No toques las licoreras", que jamás toqué. ~ ~ *

* * *

Mi padre, el brujo, me obligó a vivir en el cielo estrellado. Saliera por la terraza del norte, del sur, del este, del oeste, mi pie de avispa iba por el firmamento, los puntos destellantes.

Un día que en el palacio se celebró la fiesta de las rosas, yo bajé, y escondida en un ramo, salí como si anduviera en esas cosas; mas, la tierra estaba polvorienta. Nadie me miraba, como si no fuese. Y los que me veían me rozaban el pie, el hombro y el cabello; a todo se atrevían. Volví corriendo.

Entré. (Cayó el ramo. Las rosas se deshacían enseguida). Subí la escalera hacia la alcoba. Susurré a mi padre, el brujo: -Ya salgo al cielo.

~ ~ * * *

El dragón que se está formando en el patio tiene las escamas perfectamente escalonadas. De su profundísima fauce sale una cinta que casi vuela, que es color salmón y oro, hecha al mismo tiempo de oro y seda, que silba y canta.

Los pájaros bajan un gajo, como diciendo: ¿Esto qué es?

Las gallinas crisan sus pequeñas manos y retroceden con el perfil tieso de jóvenes viejas, hacia refugios imprevistos.

El dragón está casi todo hecho.

Su lengua larguísima y ondeante va por las habitaciones, y encarna

—ella, sólo— a todo lo demás. Bastó ver ese rosado lazo, de seda y oro, para que yo muriera.

Yo, de chica —no, ahora— veía en la oscuridad. Por la noche mis ojos eran dos turquesas, dos brillantes uvas, y salíame del lecho. Mamá, ya dormida, desde su profundísimo sueño, decía en voz alta “No saltes, cazadora”. Pero, yo me iba sobre los ovillos de lana, los árboles y nidos. Con finos dientecillos mordía un pequeño hueyo, amarillo como un caramelo, y a otros árboles y nidos. Mas, nunca hice mucho daño. Por la alacena, un poquito de queso, celeste o color rosa, retornando al lecho. Y en la aurora, mamá, ya de pie cerca de mí, o del cristal, decía: —No sé... Anoche, soñaba que...

* * *

Cuando nací mamá se dio cuenta de que yo era una mariposa. Y con un punzón, que ya tendría preparado, o que sacó de la caja de objetos prodigiosos, me traspasó tan diestramente, que quedé viva, y, así, me puso en el cuadro de sus postales más hermosas. Con el tiempo mis alas aumentaron y cambiaban los colores, celestes y rosados. Hasta tuve una orla color plata, color oro, y puntitos, igual. Mis antenas se iban como hilos, por el olor de las rosas del jardín, los jazmines y azaleas, y brillantes del rocío.

Pero, mamá no dejaba de mirarme. Aunque estuviese en la cocina con las habas y el cuchillo, en el huerto, en el altar, con mi padre, o sus hermanas.

Jamás sacó los ojos de su hija mariposa. No quitó el punzón que me separaba de las rosas.

* * *

Gallina blanca y livianísima como espuma. Con manos secas y amarillas. Que mi prima levantaba en el aire. Y ponía huevos, seguidamente. Huevos sin incubar. Que mi prima arreglaba sobre la repisa con tanto gusto. Algunos, al poco rato, ardían igual que estréllas;

otros estaban quietos como la nieve; unos se cubrían, enseguida, de minúsculos miosotis, nomeolvides, o de color oro y colibrí.

Bellísima gallina boba, que mi prima izaba como una crisante-
ma, y a la que dio nombres antiguos y bellísimos.

Le decía

“Virginia”.

“Celeste”.

“Amelia”.

* * *

En mitad de la tarde, delante de los frutales, apareció la recita-
dora; flotaba en el viento su pelo color cereza; su óvalo era blanco
y serio; el vestido morado, abierto hasta la cintura, le llegaba al
pie, pues, parecía tener sólo un pie, aunque luego, se vio que eran
dos, y como de mármol, con uñas bermejas; las manos, igual; los
zarcillos de plata tocando el hombro. La gente, que se acucillaba
a escuchar, no entendía bien lo que ella decía, ¿contaba la histo-
ria de cada ser y cada cosa?, del gusano, la perdiz y la rosa, con
movimientos serios y breves, o con una leve sonrisa de sus labios
fuertemente teñidos de rosa.

Los niños saltaban arriba de las calabazas, fornidas y erguidas
igual que muebles, y gritaban lejos: ¡Volvió la declamadora! ¡Está
la recitatriz! Y vino más gente y se puso en cuclillas. Hasta que
cayó la noche y los colores de ella se volvieron más intensos y flotó
en el aire y se diluyó en el aire como una lámina. *

Gritaban: ¿Cuándo volverá? ¡Que no vuelva nunca! ¡Es una santa!
¡Tenía un hilo de rubies en el cabello! ¡No eran rubies, eran flores!

Y volviendo a sus hogares, ya en la noche, cayó sobre todos, una
lluvia de rositas chiquititas; clamaron: ¡Llueve! —pero, estaba la noche
azul, radiante—. ¡Llueve! ¡Está lloviendo! (Ya, totalmente despistados).

Y apresaban en sus manos, las rositas, como en un disparate.

Y las rositas daban un profundo olor a membrillo muy maduro
y a limón.

* * *

Papá, tejiste en media hora, mi canastita de violetera, para la fiesta de exámenes!

Me vuelvo a ver con el vestido verde y largo, frente a una confusa platea, clamando “¡Violetas! ¡Violetas! ¡Vendo violetas! ¡Cómprame usted este ramito! ¡Vendo violetas! ¡Violetas!”

Mientras ofrecía los ramos sombríos y mal hechos.

Afuera, brillaban, al mismo tiempo, el sol, la luna y los otros astros, y miles de aves que iban del rojo al negro, trinaron jubilosamente, no sé por qué.

Y mi figura minúscula siguiendo por el escenario, “¡Violetas! ¡Violetas! ¡Vendo violetas! ¡Cómprame usted este ramito!” con voz empecinada y trémula.

* * *

Al volver a la vieja casa, vi todo tan distante. El pasto, de un verde muy débil; caminé varios metros entre árboles que parecían personas dormidas de pie. Un pájaro pasó como una seña que no decía nada. Con gran desconcierto me detuve, ¿dónde estaba el país natal?

Entonces, oí un llamado, una voz que reconocí, de inmediato, mas, ¿de quién era?

Fue como si allí recomenzase todo.

A mi lado, noté un ramo, no muy grande, que sostenía en su punta un enorme ají, y éste echaba guías.

Y sobre otra rama había unas frutas moradas, polvorientas, platinadas. Entreabiertas como bocas, con dientes bastante parejos y lengua, que conversaban y se reían de continuo, contando y comentando viejísimas cosas del hogar.

Yo me incliné. De inmediato, se cerraron totalmente; vino un perfume rarísimo, y un polvo brillante me cubrió el rostro.

Ante esto, no entiendo por qué, me erguí como una bailarina y con paso ceremonial, llegué a la casa, entré casi en puntas; me detuve.

La antigua ama, al verme, dio un grito. Y luego dijo: —Ah, sí. Aquéllas están, de nuevo. Son terribles. No hacen caso de quien se les acerque. Pero, le dejan bañado en oro.

* * *

Era una dalia con el centro redondo y negro como el sexo de una mujer fantástica.

Allí se posó una mariposa en oro deslumbrador, hecha de azúcar y esmeralda.

Pero, no era una, eran muchísimas, sobre el sexo solo.

El viento no podía dispersarles.

Y por mucho rato yo fui la dalia y las mariposas hicieron su trabajo.

* * *

Sé que vinieron lejanos parientes; dos o tres mujeres delgadas y morenas, y creo que, también, vi un hombre. La cocina era negra y sobre el techo, boca abajo, había muchísimas copitas en papel de plata, que ¿quién había puesto allí?

En la olla el agua hervía, y la tapa bailaba, y se veía a los pescados, divisábamos las caras de los peces.

Por los callejones los perros ladraban, mordían, peleaban. Llegaron corriendo y se tendieron a nuestros pies, como esclavos.

Los visitantes quisieron ubicar algunas palabras, mas decidieron irse. Fuimos con ellos un trecho.

Al volver, la tapa de la olla ya ni estaba. El agua hervía de tal modo, que se veía a los peces, casi de cuerpo entero, bullendo y topándose, como si hubiesen resucitado.

* * *

Algo quedó de aquella pequeña chacra de los vecinos. Un color verde intenso y la Corona de Novia, y el paseo del Santo Tatú, bajo su capa de madera y rubí; yo era una niña perpleja mirando volar las cosas y el tiempo.

Por todos lados había blancas maripositas.

Las muchachas de esa casa casi no tenían vestido ni qué comer.

Se ennoviaron a la caída de la tarde discretamente hasta la boda y otra casa, cerca de las madre selvas y el Tatú.

* * *

Empezaron a caer mariposas, redondas, chicas, con más hojas de las necesarias, color verde manzano, manzana muy verde, rosa leve, rosa granate. Caían por toda la mesa, las sillas, el piso y el sofá. Caían afuera y adentro, perpetuamente.

Haciendo un rumor de hojas secas, de papeles; parecían hablar entre ellas. Llegaron del este, en bandadas; del sur, en grandes bandadas; del oeste, en polvareda; del norte, en llamaradas.

Hasta que bajaron al caldo y a los platos. Dimos un grito. Y nos acostumbramos a que formaran parte del caldo. La abuela—tan diestra— las trató con azúcar y las ponía sobre los postres, integrándoles.

Mamá las cosió —porque se podía—, en los ruedos; e hizo con ellas guías, mosquiteros y coronas.

Unos dijeron que no íbamos a sobrevivir.

Otros dijeron que era una gran desgracia.

Otros que era una desgracia fina y exquisita.

Y otros gritaron que simplemente no era cierto.

Que veíamos todo eso porque ya estábamos muertos.

* * *

Fina luna de nieve, mi compañera, cuando los absurdos viajes del campo a la ciudad y de la ciudad al campo. Cuando en las noches de plenilunio no podía quedarme en casa y huía entre mis padres que no me veían como si hubiera quedado transparente. ¿Pudo ser que una niña tan chica y sola fuera por los largos callejones? Y pasaba algún jinete que se volvía para decir un piropo a esa especie de niña transparente, que parecía caminar en vuelo o volar en pie.

...Los jardines quedaron tendidos allá. Se oye la negra risa de las zorras.

Por entre las gardenias pasa un pie de plata, y deja un dibujo humano e inhumano. Los lirios heráldicos están reunidos. Y, por siempre, harán guardia a la irreplicable historia.

* * *

En el delirio infantil en que se sucedían las gemas y las cremas, los horizontes borrosos o precisos, siempre envueltos en llamas, pues, todo se prendía fuego a cada rato, y entre el fuego iban mi padre y mi madre. Como si fueran Dios y la Virgen; el Diabolo con la Diabla, su emperatriz. El dulce de guindas máspreciado que venía echando rosas, al llegar a mí, ya era sangre, y aun cabello, de algún ser anónimo y pelado. Cuando creía reclinarme, iba por el borde de la ventana, por el aire, apoyada en sólo un ala, en un racimo. Y sonaba un concierto de tablas; los tucu-tucus, topociegos, en impresionante recital bajo tierra, al atardecer y al mediodía, más imponente al mediodía.

Hasta que mi padre me cazaba, diciendo a mi madre: —He aquí al topo.

Y me ponían bajo un manto y en medio de mi lecho.

Y una mañana amanecía sana, iba hacia el sillón, el sol, la aurora de oro, pero todo esto sólo duraba un instante; pues, al mirar hacia el jardín, allá, ahí, ya había un palacio que nunca había estado antes, una construcción sombría.

Todos, alegres, a saludarme, mas caminaban hacia atrás, helados, al seguir el rumbo de mi mano, y escuchar lo que yo decía.

* * *

Yo soy la reina

de los tucu-tucus, como ves.

Aparezco en cualquier sitio.

Mi vestido de novia, armado y negro, y la tiara, brillante.

Yo no camino; aparezco en cada sitio.

Sobre el campo hay margaritas, verbenas, perlas, vacas cuadradas, rectangulares, en cuyos larguísimos rostros, bien cornamentados, surge asombro por mi envoltura oscura, mi carita blanca, bajo las puntas brillantes.

Me interesan el atardecer

de los topos,

el quieto galope de los mismos,

su sordo latido bajo suelo.
El gran recital de tamboriles,
y de leznas
y de tablas,
dos o tres, o muchísimas...
La luna va a entrar o va a salir.
Yo me deslizo inmóvil.
Yo soy la reina.

* * *

Una de nuestras hermanas nació en el jardín; en vez de pies, tenía raicillas que la fijaban al subsuelo; el resto era un erguido talle, una bella doncella; el cabello más abajo de la cintura se le colmaba de azules campanillas, que ella quitaba de la frente para aparentar como todas.

Papá y mamá no sabían qué hacer, mirándole el rostro oval y serio, los labios rosados y dorados; le echaban agua y miel, y la mantenían esbelta. (A nosotras tejían el traje de baile y el colegio).

Cuando llegó el tiempo de los novios, los galanes, los jinetes, detenidos a su vera, vacilaban, ¿cómo desposarla? ¿Habría que trasladarle con un trozo de terruño hacia otro jardín y otra casa?

Para nosotras estaba previsto casi todo.

Para ella el porvenir quedaba misterioso.

* * *

Al atardecer miré los nísperos, sus bayas de bronce y oro; trepé sin querer, descolgué unos ramos, comí, guardé para mi tío licorista.

Al bajar, las hojas no me dejaban. Aparentemente cándidas, eran diabólicas. Se enredaron en mis dedos. Hubo una pelea estrafalaria, absurda.

Cuando pude descender, huí corriendo, de espaldas, mirando siempre hacia los árboles.

Luego, emprendí la marcha directa a casa. Me senté en el sofá.

Los parientes andaban cerca. Con asombro oí lo que decían: Es

una diabla. Mírenle el rostro oval y serio. Hace cosas imposibles. Es una diabla. Imanta todo lo que toca.

Los parientes estaban lejos y casi en fila. Me miraban como si yo no estuviese ahí, como si fuera otra.

* * *

Las construcciones de la naturaleza, los gusanos verde y rosa, la bromelia y su rosada mano.

Ya es muy tarde; a lo lejos, ladran los perros, y todos miran como si fuera a ocurrir algo. Pasa un carretón por la calle.

Del rosal salen muñecas, vestidas de organdí, los ojos inmóviles, celestes. Son muñecas vivas que produce esta región.

Nos abalanzamos a apresarlas, y el alma administradora del hogar, dice: —No las toquen; están vivas.

La noche cae de súbito. Comemos el eterno arroz con insectos, el eterno arroz con pollo.

En lo hondo de las tinieblas ambulan las muñecas y sus ojos.

* * *

Es una mujer pequeña, en forma de red, y de un verde intenso, brillante, tal albahaca y perejil; y el sexo redondo y fileteado.

Los hombres que pasaban a su labor, se detuvieron y miraron, y proseguían, y más allá armaron una gresca, y en la fábrica volvieron a pelear, y al mediodía ya estaban ansiosos, junto a la mujer, pequeña, en forma de red, verde intenso a albahaca y perejil, y los hombres querían avanzar, pero el alma de ese ser, también verde, e invisible, velaba siempre, impidiendo todo ultraje.

* * *

Me senté entre los pensamientos. Las carillas negras, color uva; negras, blancas, rosadas y amarillas, superpuestas.

Era de noche y quedé sentada entre los pensamientos. No podía irme. El pelo me empezó a crecer, corrió por todo el jardín, el campo,

se fue lejísimo, hasta el bosque, de donde mandaba mensajes oscuros, que sonaban en mi oído como si me hablasen por teléfono.

Y en torno las mascarillas endiabladas, las flores enmascaradas, negras, color uva... Me levanté casi; me iba. No sé cómo recogiendo la pequeña falda y el fantástico cabello.

* * *

Los ángeles se presentaban de pie en el aire, o arrodillados, con la vara de azucena, y las perlas que corrían abajo de la cama o a la vista.

Mamá miró, al principio, con miedo y timidez, y luego, con coquetería y avaricia. Y empezó a construirse collares y pulseras.

Y yo, inmóvil y un poco triste, la veía pasar de la sala a la cocina llevando las bandejas y las copas, con el vestido largo de nieve o negro, y los angélicos collares ya más largos que la ropa.

* * *

Yo tenía las rosas del rosal, el ramo de flor, de clavel.

Y apareciste tú, la Máriposa, la Maestra, con las larguísimas piernas de hilo, el cuerpo veloso, deslumbrante, las alas de gasa torva. Me enredé.

Quise soltar el ramo. Huir, correr, ya era imposible.

Tú ajustabas más las alas negras, bellísimas y horribles.

* * *

El cielo era como de yeso, de carbón tenue, en un amarillo muy bonito.

Con sólo tender las manos, la mirada, cayó hecho añicos.

Y detrás apareció otro cielo, del más espantoso negro, y cayó al suelo.

Y después aparecían más cielos espantosos y crujían en silencio o con un leve crac.

Intenté correr hacia lo que amaba: los familiares, las ratas y las fresias.

Pero, caían, más cielos hechos pedazos.
Y ya era imposible un solo paso.

* * *

Dalias atravesando toda la existencia. Rojas, negras, redondas como platos. Sangre espesa, perfumada. Vino lunático.

Podrían ser blancas o amarillas. Pero, las verdaderas son rojas, eran negras.

Un día pasó alguien con una dalia azul. Y la llevaba entre las dos manos.

Dalias en el centro de la mesa y al costado de la cama. Espiaron los connubios de mis padres, la canasta del nacimiento; las mujeres, al casarse, se vestían de dalia, y al morir llevaron dalias:

Fueron campanas, relojes: los retorcidos minutereros dieron las doce de cada noche y cada día.

La voz del viento dice: Dalias... Dalias.

Y bajan los encapuchados las últimas colinas.

* * *

El águila, allá arriba, era sólo un punto. Y, al instante, como si no hubiera espacio, estaba en el suelo; pero, de un modo singular, tal si caminase sobre un ala, las puntas de las alas. Yo volvía el rostro, se me resbalaban lágrimas, y el águila persistía en hacer eso infame. Yo prorrumpía en sollozos, y entonces, ella, poniendo las alas, enormes, rectas, se iba hasta lo más altísimo, con una risita de hierro y seda.

* * *

Entre los que vivíamos en la gran sala, algunos jamás crecieron. Se paseaban junto a los grandes y parecían juguetes. Nosotras llegamos a la altura de mamá, y ellos seguían iguales; el rostro, redondo, oval, los bucles sobre los ojos claros y celestes. Todos tenían el mismo nombre.

Después de largos años, una tarde, murió uno, y a los pocos minutos, murieron todos.

Los llevaban a la sala contigua.

Y los encerraban en cajas de porcelana, que siempre estuvieron prontas.

Y mucho tiempo después, cuando nos separamos, cada uno portó una de esas cajas, y la guardó entre sus cosas escondidas.

* * *

Mamá era finísima y alísima; su vestido granate llegaba al suelo; no sé cómo cabía adentro de la casa, pues, era mucho más alta que la casa.

La mitad de su cabeza —casi hasta la nariz— de pedrería.

Sobre esos rubíes, esa nuez, iba una corona, un canastito, donde portaba las golosinas y regalos.

¿La amábamos? ¿No la amábamos?

La diviso en pie junto a la mesa o marchando con nosotras a la escuela; daba miedo y perfume y un murmullo, como si estuviese hecha con papeles de maíz y de claveles.

Y se volvía, de súbito, a matarnos.

* * *

La hija del diablo se casa! No sabíamos si ir o no ir. En casa resolvieron no ir. Ella paseaba con la trenza brillando como un vidrio al sol. Vestido celeste. Y las pezuñas delicadísimas, cinceladas y de platino. Con los ojos un poco redondos, insondables, se paraba frente a cada uno, como publicitando, invitando, o, consciente e inconscientemente, amenazando. La hija del diablo se casa! Cerraron las puertas y ventanas. Pasado el mediodía resolví huir. Crucé por arriba de los jardines de fresias y junquillos, tratando de no trozar ni uno de los ramos amarillos, de los que vivíamos; por ocultas veredas; creo que hice tres veces la misma senda, me perdía, y tuve miedo que, desde la casa, estuviesen espiondo mi inútil vuelo.

Al fin toqué las puertas de los hornos! Pasaban platos con todas las escenas del amor erótico. “Invitan con la Carne”, dijo una voz

que me pareció de una vecina; miré y, si era, estaba embozada. Y también servían niños nonatos, cubiertos con azúcar. “Son riquísimos”. El tam-tam celebratorio apareció adentro de la tierra y en un perpetuo crescendo, anuló las conversaciones y llegó al colmo. La hija del diablo, de pie junto a la pared, el pelo igual que el sol, entreabrió el vestido, las piernas, las pezuñas. Su himen cayó roto (se oyó un leve bramido) y corrió como una margarita entre nosotros. Alguien gritó: —¿Y el novio?! —Se va por aquí. Es chiquitito.

Cerré los ojos. Creo que cayó un aguacero. Huí arriba de los jardines, de los ramos amarillos; entraba en cada cueva y salía aterrada. Entré en mi casa. Mamá estaba fija en el mismo lugar, haciendo el mismo encaje. Sin levantar los ojos, comentó: —Pero, ¿qué haces? Andas por el jardín con estos aguaceros.

* * *

Había quedado sola. En esa tarde mis padres estaban lejos, muy lejos. ¿Qué ocurría? De súbito, sentí ansiedad, miedo, frío. Me oí el corazón.

Fui a la alacena; mordí un tomate; agua. Pero, no era hambre ni era sed: me puse el manto y no era el frío; me lo quité, no hacía calor. Fui hasta el pequeño patio. Allí habían dejado un reloj. Tic-tac. Tic-tac. Ah, era el tiempo. Pero tampoco era el tiempo, tic tac, tic tac.

Paso a paso, salí y comencé a caminar en torno a la casa, chiquitita.

Y entonces, vi un ángel apoyado en ella, gris y altísimo; su pluma, desde el techo al suelo, caía como erizada; recién hubiese dejado el vuelo. Y una rueda de carro, que hacía tiempo yacía allí, como un sol, alumbró toda la casa.

Grité, no grité; con terror, un hilillo de voz, dije: Oh, Dios, mandaste un ángel! Y yo sola en casa!

* * *

Cruza un halcón bajo la luna. Se reflejan adentro sus linternas y sus pies. Hay un pájaro en todas las paredes. Entró un tul. Suplico: ¡Que no se venga tan cerca! Que se quede en el campanario, en

el alero! Una voz dice: Ya está aquí. Mírale la cara en pico. Es igual a la de tu tío, el que te espía desde todos los balcones y baldosas y te regala ramos de tomates granates que tú devoras como si fueran rosas. Igual que siempre, otro me decía, lo que me pasaba, lo que yo hacía.

* * *

Cuando éramos chicas, el conde Drácula vino a residir cerca de nuestra casa, la cual era chata y fea, mientras el palacio de él, casi llegaba al cielo. Sus colores, púrpura, bermellón, y aun un blanco deslumbrante. Papá quedó molesto con ese vecino tan oscuro y poderoso. Pero, como era muy discreto, disimuló todo.

Mi hermana y mi prima resolvieron era yo quien debía casarse con el conde Drácula. Y, en secreto, cortaron el vestido de la boda (color rosa) y lo cosieron. Y, como mi edad, aun siendo la mayor, era de doce años, se vio necesario un permiso de mi padre; entonces falsificaron una hoja y grababan debajo: Pedro. La noche del día señalado, nos acostamos, para, secretamente, levantarnos y arreglarnos.

Y corrimos hasta los pies del caserón. Al tenderle el pliego, el Conde dijo: —Y bien, ¿cuál es la novia?

Yo me adelanté temblando, pero con gran fe en mí misma.

Ordenó: —Entonces, deben apartarse las demás.

Oí el leve trote de sus pies sobre el jardín, y un grito, y no entendí qué decían, y no sabía si se habían ido o seguían agazapadas por ahí. Yo ya estaba tendida sobre la mesa. El novio buscó un punto en mi garganta y posó allí su cabeza, su dentadura de más allá del bosque. Mi sangre pasaba a él como en una ilusión. Me dolía y no me dolía.

Entró alguna ráfaga helada, quizá cómo, porque el palacio ya estaba cerrado.

Creo que nada más se oyó.

Mi prima me mostró los huevos que había puesto. Eran bellísimos, como nieve y alabastro; el rayo de ese rubí tocaba el cielo y alumbraba todo el lugar. Eran media docena; los puso en una caja y la abrazó.

Yo arpeollé mi vestido en el sillón; le dije: –Tendrás polluelos; de allí saldrán tus pequeños hijos.

Ella dijo: –Sí, sí! Mis hijos serán estupendos príncipes!

Pero, luego, lágrimas amargas cruzaron su cara de elegida, y agregó: Mis hijos vivirán en la tierra... y en el cielo.

* * *

Eran las diez de una mañana clara y serena. Sin una nube. Sólo que no había salido el sol. Corrí por el jardín y me enfrenté a los mayores: –¡Abuelos! ¡Padres! ¡Tías! ¡No salió el sol!

Ellos contestaron: Ve a tu trabajo. Siempre haces mal la cuenta. Mi trabajo era contar mariposas. En la mente y en el papel. Y esa mañana había muchas maripositas. Me envolvió un cúmulo.

Intenté trabajar, sollozando un poco como quien sabe que nunca llegará a buen término. Pero volví al centro del jardín. Miré todo el horizonte, el círculo, esperando ver un punto brillante, rayos rosados, aunque fuese en el norte, o en el sur fuese.

Las voces continuaban: –¡Ve! ¡Trabaja! Pasaron varias mariposas. Empecé a anotar. Con desesperanza.

Alguna se iba o volvían todas.

Yo escribía y nuevamente tachaba.

Y me olvidé de que no había salido el sol.

* * *

Me desperté a las tres de la madrugada. Me levanté. Debía ir a la escuela. Y la escuela estaba muy lejos. Muy lejos. Todo el campo parecía un plato de vidrio.

Me puse el sacón de liebre, para despistar a los humanos, y la mascarilla con lentejuelas para asustar a los bichos. Debajo del sacón iban las cuaderñas y lo demás.

Salí. De todas las enredaderas colgaban copas brillantes, figuritas de la madrugada.

Me detuve. Nuestra Señora del Rocío estaba de pie sobre una oveja, que sostenía inmóvil la aparición.

* * *

Sólo me siento libre allá en el prado, en las tardes inmensas y doradas, cuando yo era un pájaro, con el envés color nieve, que, de pronto, daba un golpeteo y se iba, lejísimos, a otra propiedad, pero, ¿quién hace caso de los pájaros? Lo más, dirían: Mira, pertenece a otra chacra. O podría ser que me baleasen con un rifle; se corre ese peligro, ¿se corre ese peligro?

Fui gusano de luz; mi cabeza era una antorcha; mi cuerpo, brillantes en cadena, navegué sobre los siniestros higos.

Me presenté amapola, curva, deslumbradora, en un rosado como jamás se vio; algunos pétalos caían sobre un gajo, tal si se me estuviese formando allí una mano; mi madre, al asirme, me puso en el delantal, y me paseaba por los vericuetos del sendero, pero, yo sacaba de entre sus vestidos, la cara de amapola deslumbrante, que daba consternación, miedo, y creo que hasta envidia, a los vecinos.

...Todo, allá, quedó,
guardado en la blanca luna
y en el viejo sol.

* * *

Hacia el alba los cedros llegan al cielo y las matas de bálsamo dan su olor.

En los grandes nidos, donde podrían haber dormido personas, aparecen rastros de monstruos, trozos de piel de seda negra, y jóvenes dentaduras maravillosamente cinceladas.

Hubo un exterminio por hambre o por amor.

La lila flota aquí y allá como una polvareda.

El alma administradora del hogar se asoma ya con un manto y enguantada, y luego, baja, y cruza el jardín, mirando. Como si volviere

a comprobar: el número de los cedros, el nivel de los monstruos.

* * *

A la primera luz del día, el conejo Astapenko, apareció con el tic y el saltito característicos. Era blanco y negro.

De la alambrada pendían gotas de perla y lágrima. Acudió un vecino. Dijo: Buen día.

Astapenko respondió: Buen día.

Y luego, dijo: Hoy me caso. Las relaciones con mi novia llegaron a ser extremas. Así, que la boda es hoy.

A lo largo de la mañana aparecieron otros. Y formaron un perfecto círculo. Todos les observaban. A las doce, Astapenko dio un gruñido y saltó sobre la novia, y se realizó otra cópula.

Ante esto, los otros reaccionaron de diversa manera.

Unos, volviéndose de espaldas; otros se iban lejos, otros bromeaban, o se fueron, con envidia y con enojo, otros intentaban imitar lo que acababan de ver, y les fue imposible.

Mientras Astapenko y su novia desaparecían en la llama oscura del mediodía.

* * *

(Mi abuela Rosa Arreseigor de Médicis)

¿Qué alegría tuvo?

Matar palomas y gallinas para comer, siendo ella un ángel.

Daba felicidad. Y le empezaron a llover desdichas sobre el pelo blanco y cara de madona.

Hasta sus ojos volaron una tarde hacia los altos árboles y más allá, y la dejaron sola.

* * *

Era a la noche, en la casa chata y fea. Mamá dijo: —Hoy vendrá Elena de Montenegro.

Yo la miré.

Ella dijo: Es una princesa italiana de varias décadas atrás, de un siglo. Y, ahora, esto es Italia.

Yo la miré.

Elena de Montenegro entró: traje gris, sombrero y el guante con perla.

Se sentó en el viejísimo sillón, y yo, avergonzada, bajé el rostro.

Luego de unos pocos minutos, se fue, mirándonos con su modesta sonrisa de reina.

A la mañana siguiente estaba todo igual.

Pero, por muchos días y años, mamá, al hablar con las vecinas, decía como quien echa un broche con piedras, en medio de la conversación: ...“La noche en que estuvo Elena de Montenegro...”

Las vecinas parecían no oír, pero al rato se callaban y parpadeaban.

Y mamá proseguía, con una sonrisa desconocida, la conversación.

* * *

Entre la muchedumbre de gentes y vehículos, le pareció ver animales que llevaban ramos fúnebres. Enebros o ciprés.

Y en la calle central divisó, también, los animales con anagrama.

Entró al hotel; cerró con cierto horror la puerta; se quitó el vestido y durmió un instante.

Pero, al despertar, su actitud ya era firme. Se vistió y pintó, poniendo rapidez y gran cuidado.

Tomó un vehículo que la llevó muy lejos.

Al descender tenía bien sabido el número preciso. Lo halló después de un rato. La puerta estaba apenas entreabierta.

Las mujeres habían muerto todas y aparecían apiladas, sus vestidos eran pálidos.

Se sentó.

Una, apartándose de la pila, le sonrió; dijo: —Soy Graciela, (llevando hacia arriba los ojos fascinantes).

Y agregó: —Voy a hacer una ensalada.

Y, rápidamente, la hizo de verdad (¿cómo?). La ensalada 'bri-

llaba igual que el sol; era de muchos colores, pero, por sobre todo, granate y verde.

Mas, enseguida, Graciela cayó plegada en tres partes, silenciosamente.

* * *

De súbito, di en el lugar. Desde siempre supe que en la casa había eso.

Ella me mostró las cajas, ataúdes pequenísimos, hechos con porcelana. La porcelana, en los bordes, hacía puntillas.

Y una flor pintada, rosa o celeste.

Dentro, esqueletos de niños, o embriones; algunos, con los ojos semiabiertos, otros en caldo. Diminutos, como pollos, perdicés o paloma!!

Las tapas se cerraron, solas.

Ella, enseguida, abrió la ventana. Y vi tres mariposas, que entraron ondeando, y se veía que eran esperadas.

Pero, yo volví a mirar las pequeñas tumbas portátiles.

Y, a pesar de ser tan tímida, con una leve sonrisa, dije: —Dame una.

Ella se sonrió también, y no me contestó nunca.

* * *

Cayó la noche y yo estoy sentada en el carro. Gritan los pájaros y los sapos. De la casa no sale-nadie. ¿No vendrán a ver si se me ha roto un ala, si se me ha caído una mano?

Detrás de las ramas estarán ocultos los hombres y mujeres.

Espero inútilmente.

Mis caravanas giran y brillan en la oscuridad.

Mi vestido quedó rosado como la luna. Un fuego frío prendió en mi pie y se pasea por todo el carro. Entonces, retomo las riendas, y se ponen, de nuevo, en marcha, las pequeñas bestias que me llevan y traen.

* * *

Déjame ser el hada de las tinieblas. Que es lo que fui y para lo que nací.

A la medianoche divisaba las arvejas allá en lo hondo.

Una liebre venía a rondar a mi madre, ronroneaba cerca de su cara; en una de sus larguísimas orejas traía un brillante y una rosa.

El día siguiente era igual a todos... Hasta que recordábamos el viento negro en el maizal. La liebre y su traje demoníaco. Y decíamos Es mentira decíamos Es verdad.

* * *

Clamó Oh! Estoy comiendo a Dios. Sus dientes castañetearon suavemente. Y se vieron níveos como la leche, rosas como el coral. Dio mugidos de sorpresa y de delicia. Decía ¡Ah! Esto es la divinidad!

Sus congéneres advirtieron y estaban alertas. Diose cuenta y corrió entre las matas; y ellos le corrieron; corrió mucho más lejos; hasta transitaba un poco por el aire. Igual, los otros le rodearon; le quitaron lo que tenía entre los dientes, como una tela. Algunos lograban probar. Y también clamaron ¡Ah! y bramaban de sorpresa y felicidad. Formaron un círculo sexual y místico. Un inmóvil círculo. A ratos, mugían entrecortadamente, decían: Oh, Esto es un poquito de Dios.

* * *

Sobre el techo había un nido anchísimo, casi más grande que el techo, tejido entre ramas de un celeste fosforescente o morado. Y en él un gallo, pajarraco; sus colores vivísimos. En el cielo estaba apareciendo otro igual.

No había luna ni sol. Una nube clara en un lugar del aire.

Las vacas pesadamente puestas alrededor de la casa.

En la punta de una rama seca, una cacerola azul; se veía demasiado sobre la rama seca.

Y una voz femenina dijo en idioma casi indescifrable:

—Vendrá mucho frío; hará mucho daño. El frío va a quemar las ciruelas y el frío va a quemar el gato.

* * *

Cuando mi abuela era la reina, de tanto en tanto, nos invitaba al teatro. Su palco parecía un salón, en el que llovían flores y bombones. Pero, yo penetraba en puntas de pie, temblando. E iba hacia un rincón como si no existiese.

Ella siempre usó diadema y sus botones eran joyas. Los que venían a saludarla, le besaban la punta de los dedos y los erguidos rizos.

Pero, ella tenía también un aire casero a rosas y palomares.

Y, tarde, en la noche, mis padres y yo nos volvíamos en el carricoche que, como un insecto, atravesaba las praderas.

Yo, dentro del insecto, plañía, preguntaba, ¿qué pasó en el teatro?

Y al día siguiente, y en los días siguientes, repetía a mis amigas, suave y severamente: la madre de mi madre, Es La Reina.

* * *

Algunas hojas tremaron como si quisieran desprenderse; eran tan ilusas que creían que iban a poder vivir solas. Al caer quedaron amarillas y salpicadas de rocío. Hubo quien las tomó por estrellas alzándolas un minuto. Yo, como siempre, acechaba entre los árboles. Yo era el ángel, el duende, la muchacha eterna de los árboles.

Yo era un ángel triste y feliz al mismo tiempo, audaz y tímido, blanco y tenebroso.

Y se oía un grito en el lejano horizonte de los cantares, donde liebres, armiños y lobizones, confabulaban, de continuo: Y ese grito hizo mover mis alas.

Y un suave tam tam entreabrió el cielo, que volvió a cerrarse. E iban de estrella a estrella, el carro nevado del armiño y los viejos carros de oro de la liebre.

Yo estaba, allá, tenaz.

* * *

Me besó en el estómago y su pico era frío, dijo. Estaba allí, de pie, con el delantal a rayas; parecía una presa suelta, una condenada

libre. El bonito rostro nevado iba hacia los árboles que se superponían hasta el cielo, monstruosos árboles, en diversos tipos de granate y verde.

Dijo: ¡Qué arboleda! De ahí salió el Pájaro. Y miraba fijamente hacia ninguna parte. Todo estaba silencioso, quieto. Eran una quietud y un silencio nunca vistos. Como si ya se estuviese en la muerte y en el Paraíso.

Hasta que, nuevamente, pusieron en marcha las cosas y los años.

* * *

Mira y oye el sol, dijo. Escucha sus campanadas y su cántico.

Sí, sí, dije. Yo nunca le había mirado bien, atrapada por la luna.

El sol era una guinda oscura; sus rayos, rosa durazno. Desapareció. Y salió la luna y se posó entre los lirios. Como un espejo casi redondo, en el que me miré, pero, que no acusó mi imagen. Él dijo: Es una cena lobizón. Yo dije: —¿Qué es lobizón? (Aunque él sabía bien que yo sabía qué era.) Con todo, explicó: Una mezcla de lobo y hombre. Alguno que se transformó y no pudo volver en sí antes de que yo le diese caza y muerte. Ahora lo cenamos. Sobre las oscuras rodajas, por disimular, había puesto azúcar y las llamadas “flores de la Virgen”. Los cubiertos eran finísimos, de nácar y de plata.

Él comía con gran apetito; yo, con enorme reticencia.

Hasta que en el cercano horizonte, se dibujó una mujer que clamaba: ¡Me mataron el marido! ¡¡!

Yo comencé a huir y el vestido níveo y espumoso se enredó a mis pies, pero igual huía; la luna dio como un haz blanco; yo corrí mucho tiempo, hasta que se me cruzó un perro grande, inhábil, que parecía que no podía irse. Le grité: ¡Vete! ¡Vete! (Pensando “Este es otro”).

Le gritaba ¡Vete! Y él seguía ahí, como ambiguo y desconcertado. Y él que me invitó a la cena ya llegaba con las armas. Y volvió a dar caza y muerte.

Iba rápido: sus líneas eran primarias y el ruedo ondulado; iba de blanco. Y le habían clavado un hacha en una vértebra, una hachita definitiva, que le brillaba como una mariposa. Nadie se la podría sacar. Ya iba casi muerto y disimulaba para que a la llegada no se diese cuenta su señora. Fue cuando se acordó de que no tenía señora, que nunca se había casado.

En eso vino un rosal y de él partía una muchacha; la atrapó al instante y tuvo con ella un inusitado amor. El propósito era no morir del todo. Pensó ¿Y si fuera mentira la muchacha, un delirio total, no hubiese sembrado nada? Pensaba y pensaba eso, bajo el rostro que ya estaba torcido y quieto.

* * *

Sé que era de tarde y llovía levemente, llovía con sol; los hongos se multiplicaban como perlas, corrían por todo el campo.

Mi hermana y yo colmamos varias tazas. Teníamos unos sombreros enormes: papel y organdí, armados sobre palillos. Sus colores: rosa, verde luz. Mamá estaba parada en el umbral y no nos miró. Entramos y nos sentamos quietas en el arcón. Bebimos el té con aquellos armatostes bellísimos sobre el pelo. Mamá parecía no estar, contar las briznas de la lluvia.

Cuando cayó la noche, siguió en lo mismo; sólo que, de pronto, decía cosas casi increíbles, dijo: No se vayan a acostar con los sombreros.

* **

Santa Elízabeth llegó casi volando. Bajo el capote negro se veía su vestidura bermeja. Sentóse, y el vestido creció por todo el piso. Yo me senté en un pedacito. Alguien gritaba: ¡Es Santa Elízabeth! ¡Es la Visita! ¡El Pájaro, la Paloma! ¡La prima de la Virgen! ¡Es Elízabeth!

Alguien corría por las habitaciones y las cocinas presentes y remotas, gritaba ¡Santa Elízabeth! Ella me miró (sus ojos, sus anteojos, en pico hacia las sienas), fija y levemente. Yo quedé suspensa.

Al minuto, Santa Elízabeth llegó a la puerta; se fue corriendo; abrimos las ventanas para mirar. De tan rápido, parecía que volaba,

que iba más alta que los árboles, el capote negro abierto por los
aires; brillando como fuego su traje bermellón.

* * *

En la canasta una camelia y un clavel, un clavel una camelia. Yo
revolví, y hacia las raíces ya vi unos huevos, blancos y purísimos.
La lechucita de ojos de oro era nacida.

Corrí a la ventana, clamé: ¡Nació la Lechuza! ¿Qué le doy de
comer? ¿Leche? Nadie contestó. En cada ventana grité lo mismo.
Todas daban al monte que estaba al alcance de la mano, y remotí-
simo. Nadie contestó.

Fui a la cocina. Miré en la olla y era vacía. Y las sartenes colga-
ban todas, como por cientos, en un negro deslumbrador.

Volví a la canasta, las camelias y los claveles, zarpé en lo hondo.
Dije: Ven aquí.

Y un poco más tarde y con algún trabajo, alcé a la lechuza y el
pico agorero tomó de mí.

* * *

Parecía que desde la luna nevaba. Todos dormían. Miré por la
ventana. Y la Novia estaba de pie; el vestido en atadas olas de nieve
y lentejuela, o en satín; un manto, y el rostro que parecía cercano,
que se veía como si ella estuviese aquí; del que caían azucenas, lá-
grimas, gotas de sangre. Casi grité. ¡La Novia se movía, comenzó a
andar! Bramaron los viejos robles de cumbres heladas; corrían bi-
chos conocidos y nunca vistos. ¡La Novia caminaba! ¡Hasta parecía
que se aproximaba! Grité: ¡La Novia camina, se echó a andar!

Los habitantes, en sueños, se movieron y gimieron. Se levan-
taron. Hicieron en sueños el trabajo de todos los días.

Y en ese giro se acercaron a la ventana, junto a la cual, la Novia
ya brillaba de frente y de perfil.

* * *

Éste es el relato del atardecer. Las arboledas separadas y negras cambiaban gritos y silbidos. Yo corría. Desde el níspero de los vecinos, sus hojas oscuras, duras, y frutos pardos, cayó una cosa luminosa, en un plateado ardiente y tenue, que se desvaneció en el suelo.

Me detuve; y seguí corriendo. Se me cruzaban viejas bajo los mantos; un cadáver, una planta. Todo fino y fresco. Una maestra de doce años, zapatillas silenciosas, delantal, pero, en las sienas llevaba una diadema hecha con rosas diminutas, que señalaba su poca edad, y sus discípulos la seguían en un relámpago, bajo el vestido de piel de hurón.

Y no prosigo este cuento de atardecer porque siempre sucedían cosas portentosas que brillaban como locas hasta caer al suelo.

* * *

El comandante Perla se acercó de tarde. Se paró en el jardín; negro el traje y la cara lisa como un nácar. Miraba como sin ver. Piernas y brazos, un poco desacomodados, parecía una espantapájaras, espantaliebre; iba a empezar la lid.

Tal si recibiesen orden, las muñecas bajaron de las cajas, el aparador y los roperos, y se pusieron en fila; abiertos los vestidos celestes y dorados, sacaban la lengua dulce y rosada como un pétalo.

El Comandante Perla dio tres pasos, que resonaron como un corazón o una azada, que no se vieron, y en otros tres pasos, que no se vieron tampoco, apareció en la habitación. Iba a empezar la lid.

Con sólo una mirada derrumbó a las muñecas, que cayeron tiesas, y mareó a los familiares, que andaban por ahí.

...Yo lo enfrenté vestida de ángel; con alas larguísimas salí volando y me elevé más alta que los árboles de dalias y de claveles.

El Comandante Perla salió al jardín. Y quedó rígido; mirando como si no mirase. Yo allá en lo alto giré sin tregua, bajo mis fantásticas vestes, los vestidos de baile rosados y celestes; lo sobrevolé y llegué a rozarle el rostro con mis revoloteos.

Entonces él cambió de táctica.

Bajó,
se desarmó,
tomó otra forma,
y como un perro huyó corriendo a ras del suelo. ¿Vendrá otra vez?

* * *

Llovía mucho. El canto abarcante y redondo de las ranas se volvió un hilo finísimo, titilante, como un teléfono agreste, en el que, de alguna manera, todo quedó ubicado.

Alguién gritó que estaban, ya, radiosas, las zanahorias.

Y los dos tíos viejos, entonces, protegidos por sus propias trenzas y melenas, salieron y corrían, y en medio de la semitiniebla daban con las matas y quitaban las zanahorias, cuyo brillo era igual al de los topacios y los rubíes. Y al volver con ellas y echarlas sobre la mesa, ellas parecían chuzas y sexos.

E iban a salir a buscar más. Cuando la voz mandataria del hogar, dijo: No, niños, no. Basta. Ya paró la lluvia. Ya paró todo.

Yo me arrebujé en la cama y me dormí, y en el alba vi brillar el sol y me olvidé, por completo, de la noche.

Pero, ahora, la estoy viendo.

* * *

La tía se pintaba las cejas. Su vestido tenía un volado. Mamá la miraba. El palomar era como un ángel sobre la casa. La tía avanzó por el jardín de las palomas. En plena tarde.

Mas, un paso más allá, nomás, era distinto; un metro más allá, era de noche. Y quizá, medianoche.

Las lechuzas se irguieron en las puertas de sus grutas. Trajes blanquísimos y mantón pardo, los felinos ojos mirando hacia adelante.

Daban un murmullo virginal, que parecía el cántico de mamá cuando estaba sola, y luego, un tijeretazo.

Y comían a algo, o a alguien, inacabable.

* * *

Una de las lechuzas se fue caminando, disimulando, hasta que levantó el vuelo y pasó el prado, una olvidada laguna, y el bello mar llamado "de Amelia", pasó una honguera, que era como un túmulo, y se detuvo. Le dio malestar y al abrir un ala, se vio bajo ella como un hijuelo, un hongo que empezó a dar luz, una bujía, y en ese haz de luz brilló una parte del campo, y nacieron alhelíes, celestes como siempre. De pronto, todo se apagó. La lechuza volvió a su pueblo y contó lo que precede. Y las otras escucharon tiesas, y la deshicieron para siempre.

* * *

La mariposa aparecía dentro de la casa, pero sin venir de fuera, sin generarse ahí. Era enorme, triangular, siempre la misma a través de los años. Negra y floreada; mi padre la miró atentamente para referirla a algún juego. De un aletazo caía a otro mueble, después de muchos meses, y desaparecía para volver a aparecer. Yo tenía temor de que mamá lo contase a los vecinos, yo guardaba el secreto deseo de que mamá contara todo a los vecinos. Nací para eso, para detallar estos sucesos.

* * *

Y vamos a examinar a los jardines. Mata por mata, hoja a hoja, dondiego de la noche flores mágicas, azules y chiquitas. El alhelí celeste carmesí, los claveles de miel y de papeles, cada una de sus vueltas, cuánta agua tomaron, la rosa que en el ruedo de terciopelo lleva inscrito el nombre de mamá, benjuí y perejil. Debajo del orégano surge el coñejito de pana granate que los Reyes pusieron a mi hermana; era un juguete. Ahora, está vivo no sé cómo, dice: Yo soy tu sobrinito. La retama amarilla, estrellada, y las estrellas, floridas; cae un pliego, rueda por las ramas y se va al suelo, leo:

No investigues,
no preguntes, no insistas.

Dice: cuenta lo que viste.
Apúntalo en las ramas.

* * *

En el desayuno, como siempre, le trajeron una bandeja con las hierbas, flores crudas. Por ejemplo, un tulipán con pintas. Amarillo con rojas pintas. Algunas víboras que se hacen pasar por flores, un candelabro hecho por siete claveles. Dentro de una blanca azucena hierva sangre roja que se sale un tanto de las paredes.

También hoy en la bandeja hay un negro bien moldeado, sobre todo la cabeza, un negro nonato, o recién nacido, o de un mes, yace entre los alimentos... Ella fijó la mirada y empezó a comer.

* * *

Dije: Vamos a verlo, Delma.

Delma salió de la pared como una difunta que abandonase su cubil. Traía un vestido, gris, largo, agarrado en los hombros; sacó de ahí cerca, un sombrero grande, de paja florida.

Dije: Pero si es de noche.

Y Delma: Está la luna.

Y aparecía, en verdad, sobre los hornos, como un plato. Daba deseo de entrar en él. Así, el mundo siguió con luz, y proseguía casi toda la actividad.

Yo insistí: Vamos a verlo.

Delma contestó: A los siete años yo ya iba.

Lo que me sorprendió.

Tomamos el camino. Delma iba delante con el vestido gris y el sombrero.

Yo iba desnuda y la melena suelta y me asombraba de que no me pinzara algún reptil o algún insecto.

En un momento nos perdimos, anduvimos abajo de la tierra.

En un momento una lloró; luego, reímos juntas.

¡Al fin aparecía!

Un yacimiento de carne, grande, aleteante! que semejó que iba

a crear caracoles, alondras y terneros, pero, nada de esto sucedió. Ese plantío de carne no podía levantarse de sí mismo. En torno todo era oscuro y con una gran quietud.

Pero, sólo unos pocos metros más allá estaban las redondas manzanas, asaltadas por colibríes.

* * *

Siempre estaba acostada y daba luz. Era un cuerpo grande, blanco y perfecto. Se apagaba y prendía como una luciérnaga. Los bichitos sexuales que vivían en la pared, dejaban sus hoyos y pozos e iban a sorberla por todos los rumbos. Entonces, ella irradiaba como un sol. Pasada la adolescencia dejó de brillar. Estuvo un tiempo, quieta, y luego se irguió en el día corriente y entre las cosas, dispuesta a casarse con un lobo o con un hombre.

* * *

Salió un sol de rayos rojos como las rosas. Y alumbró todo el país; y los otros países no se dieron cuenta.

Yo rondé la casa, con mi áurea diadema, me posé en la ventana. Los que dormían, en sueños me entreveían, y yo huía a la puerta y me posé y de nuevo me entreveían.

O en medio del malvón, casi abrí, de rodillas, el libro que los monjes habían hallado dentro de un árbol, y que relataba la historia toda de la casa, su itinerario y su destino.

Ellos se levantaron y desde el umbral, gritaban: ¿Qué murmuras? ¿Qué rondas? Deja de perturbar.

Pero veían mis blancas manos que repasaban el destino y mi diadema áurea saliendo de las hojas.

* * *

Una mujer se hizo evidente y me apresó una mano y me martirizó la cabeza. Yo proferí gritos y aullidos que no se oían. Y lo graba ver a mi madre y hermana y a mi padre, acostados cerca y

sin percatarse. Cuando pude gritar de verdad un poco, les dije: ¿Cómo no miran de vez en cuando a las otras camas por ver si pasa algo? Y la mujer estaba extrayendo unos zapatos de la mesa de luz, y luego, se desprendió del ropero.

Y ya no la vimos más.

Pero, a la noche siguiente...

Recordamos con mi madre que, hace tiempo, viene una mujer. Y entra en nuestra familia. Es como las otras, y tiene algo que la hace diversa. Escrutando el pasado la distinguíamos en muchas ocasiones. Ahora atardece y las estrellas alumbran de súbito y algunas no hallan sitio y corren por la tierra y se esconden en cualquier lado.

Sale un ovino desde los retamares. Y se para delante de la casa; pesado rectángulo colmado de rizos. Luego vuelve a su profundo sitio.

Sobre la mesa ya está dispuesta la cena; repollitos acuáticos, y hongos y musgos que cazamos en los recovecos de la casa, la sopa de miosotis y perlitas. Todo criado por la antigua pared.

La mujer reaparece al instante. Se integra a nosotros, aunque no queramos, y se distingue de nosotros; hace un gesto como si fuera a ayudar o a comer.

Yo finjo no mirarla, no ver nada.

Huyo. Mi vestido se hunde en las bromelias. Y más allá no hay nada.

* * *

El Jazmín del Paraguay dio su olor azul con olor a eternidad; aquí y allá un heliotropo de flores mágicas, celestes y chiquitas.

Sobre la hierba deslumbradora, el Padre Rivero, destacado poeta uruguayo, exsacerdote, Gregorio Rivero Iturralde, dijo: La mariposa no murió. Está viva. Y vuela.

Yo contesto: Voy a proseguir mi ñanduty. Y cazo más miosotis en vuelo y agrego otras ondas a mi traje interminable.

* * *

Unos claveles blancos, grandes, simples y blanquísimos.

En el lugar en que el cáliz se junta con el tallo tenían un brillante traslúcido, que escintilaba y dejaba caer chispas de cristal y plata.

En ocasiones, de esta planta nacían también violetas y verbenas, por sus supremos poderes. Muy poco se presentaba en los jardines. Y cuando aparecía, su dueño era llamado también “Brillante” y agasajado en todos lados.

* * *

A la noche, y en la intensa luz de la luna, las rosas mostraban su fantasma, otra cosa hecha sólo de bordes, de líneas, y mi madre se equivocaba y quería tomarla y la rehuía con vergüenza, con miedo de parecer insomne o sonámbula. Daba miedo andar por el jardín; me puse un saco a manera de protección, pero, me lo quité y eché, porque también tuve miedo de él.

Allá en un costado, las primitas más chicas, tenían gritos de al-gazara y los quemaban; en sus pequeñísimas ollas, hacían comidas de juguete.

El ángel estaba de pie, cerca del linde, entre los yuyos; era alto, vestido rosa, livianísimo y marmóreo, alas entreabiertas, que, a ratos, plegaba con un golpe de abanico, rostro en óvalo, ojos claros, inmóviles.

Algunos le decían: El joven.

Otros: La muchacha.

Daba un rumor peculiar, Sh, Sh, Sh, que, hasta en sueños, escuchábamos. Una noche vino una vecina, de la más remota chacra, y clamó:

—¡Éste es el Ángel de la Muerte! ¡Él es! Bien le conozco.

Y agregó:

—En cualquier minuto terminará con todo.

* * *

Si la reina de España muriera
y Carlos Quinto pudiera reinar

correría la sangre española
como corren las olas del mar.

Al flamear el último sol, ardieron las herrerías. Pedro el capitán calzó un último caballo. El sol pareció deshacerse en llamas.

Las tres salieron del bosque. Eran chicas, de manto de organdí rosa, que parecía la continuación de ellas mismas. Salieron del naranjal, como siempre, y en vez de naranjas, portaban hongos blancos, grises, brotados en los troncos de naranjos, que la madre prohibía comer o tocar.

Apenas cruzaron un trecho, una forma se separó de las formas. Y dio un abrazo que abarcaba a las tres, pero que atrapó a una. Las otras huyeron y reaparecieron, una en el este, otra en el oeste, flotando ya irreales, quisieron avanzar con un vano gesto.

La que estaba en las uñas dio un grito; fue íntimamente manipulada, y, luego, quebrada. La abandonaron hecha añicos, tal una tacita transparente bajo mantel rosa. El sol incendiaba las herrerías. Pedro el capitán y los otros creyeron oír un grito; salieron. Veían volar el sol, el viento, el último caballo.

Si la reina de España muriera
y Carlos Quinto pudiera reinar
correría la sangre española
como corren las olas del mar.

* * *

Examinó los nidales. Y al fin raptó un huevo. Con mano estrecha y chica como cucharita de plata. Lo posó en la repisa. Le parecía que ese huevo era el mundo, un planeta. La madre la espiaba mientras bordaba. Indecisa.

Desde los recovecos de la casa avanzó una culebra; el cuerpo negro quedó en la sombra; pero, se rió como un hombre, dio una carcajada, mostrando los dientes de oro, enroscóse y comió el huevo, y volvió a reírse como el fuego, ya rumbo al escondite. Ella salió al jardín. Y entre las plantas se detuvo tímidamente.

Algunas daban flores azules; otras tenían un velo largo con brillantes.

Ella escrutó a lo lejos una vez más, su porvenir, del que aguardaba una cosa tremenda...

Que nunca se cumplió.

O que se cumplió.

* * *

Corrí y todas las casas eran conocidas y con un detalle desconocido. Cada una era la casa que buscaba. Y no era.

Cerca del linde, mientras rugía la tempestad, hallé a mis parientes. Hallé a Poupée y a su difunta madre al lado. Dije: ¿Cómo? Si ella...

Al mirarla mejor vi que la muerta aunque se movía normalmente y tenía vestidura común, denotaba otra dimensión.

Poupée dijo: El obispo dice que...

Los árboles y las cañas rugían, silbaban y se golpeaban como si hubieran decidido desaparecer.

* * *

Me dicen que mamá me dio a luz debajo de un diamelo, que tenía abiertas sus rositas de marfil, (en mi comarca ese arbusto es sagrado, y todas las que nacíamos allí, en secreto éramos también diamelas), y esto me marcó para siempre. Y que, cerca, hacían aparecer hijos, las raposas, una comadreja bicolor, otros bichos.

Y una corona de canarios, dorados como el oro, giraba en torno de la cabeza de mi madre, perturbándole y realzándola, mientras ella me daba a luz.

Y que el cielo producía pavor con todas sus velas tan bajas y parpadeantes, la tarde que siguió a mi nacimiento.

* * *

¿Cómo salimos a cazar la diosa? Sin propósito determinado, sin darnos cuenta. Una tarde que se prolongó más que las otras tardes, un atardecer que no terminaba nunca, por un campo que no parecía el mismo, salimos sin rumbo, con perros y gatos —los más finos cazadores, gatos y perros— hasta llegar a un punto entre las matas donde surgió la diosa. Y en un primer momento, semejó Pomona, la bailarina de las frutas, con un pie romano y otro, etrusco, ajustado el traje y ancho, y la sería y juvenil carita. Mas, ella no era, era otra diosa. La cercamos con los perros y los gatos, y éstos la arriaban hacia casa, y ella huía a ras de tierra, como volando y cuando creíamos ya se iba, se escapaba, el vestido pálido, las manos de alabastro, los perros y los gatos la conminaban hacia la casa, y por algún designio oscuro que habría en su vida de diosa, ella volaba y obedecía, hasta que quedó enclavada en nuestro jardín entre los rosales blancos. Salieron más habitantes y decían: ¡Oh, qué bella! ¡No te vayas! Las otras diosas que teníamos, ante ti, quedaron ratas. Te adoraremos por los siglos.

* * *

Cuando iba a visitar a mis amigos Alan y Elveta, ellos al verme, daban saltos, mostrándome las nuevas flores y frutas que habían surgido sobre el jardín, bajo la arboleda. Y luego, el almuerzo, los licores de todos los colores.

Y mientras Alan descansaba, yo iba con Elveta por los senderos. Y casi siempre, pasó algo fuera de lo común. En plena media tarde, la bóveda estrellada. O el grito de amor de los patos que nadaban ¡en tierra! Y hasta alguno de ellos, al izarse, quedaba enorme, y chiquitito, al bajarse. Tomábamos té, y Alan y Elveta me acompañaban en una parte del retorno.

Pero, un día, Elveta me dijo, recordando su boda ya remota me dijo 'Elveta: Nada querré más de los hombres. No me volvería a casar jamás. Yo quedé prendada de mí misma.

Sopló un viento helado. La arboleda oscilaba rígida, como si alguien la estuviese moviendo y sopló un viento helado.

* * *

Unas cañas grises desfilan hacia la luna; la luna es un redondel de gasa, y no está en lo alto; está en la tierra.

La gente y los perros salen a cazar liebres. Los carruajes más negros ruedan al abismo con un chillido.

Yo subí entre las piedras para buscar mi casa. Había plantas desconocidas en la oscuridad. Y los de la derecha y los de la izquierda en continua pelea. Yo transité bajo una lluvia de balas y de flechas. ¡Y la que hallé tampoco es mi casa! Así, que vuelvo a bajar. Los cañaverales grises corren hacia la luna como a un trapo. En el tiempo de las liebres. Sí, sí. ¿Obtendrán algún muerto?

Yo pinzo lo que queda dicho, por la mitad, usando una especie de anillo, o de insecto, con muchas luces.

* * *

Yo fui a la escuela para parecer como las otras, siendo en realidad la última dríade de este mundo. El árbol de mi amor se llama roble, encina, o, en realidad, no tiene nombre. De niña me acurruqué en él y le dije Papá. Ahora, lo abrazo con leves brazos de bailarina y le digo Novio mío. Tengo miedo del huracán y de las hachas. Por mi naturaleza yo dependo de su existencia.

Por ahora, él y yo estamos vivos.

A las tres y media de la tarde, dentro de la casa resuena una azada trabajadora. ¿Cavan entre las fresias?

En el armario caen las copas, todas, y se deshacen, (como sólo ocurre un día al año de no sé qué años); si se abrieran las puertas de ese mueble, rodaría, sólo, un polvo brillante.

Y en las planteras, "calas" o "cartuchos", siempre niveos, se han vuelto ardientes y rosados. Quisiera ir a otra villa. Parto así nomás, con delantal y zapatillas. Llamo a mi hermana y a mis primas, pero ellas están con las muñecas.

Cruzo jardines innumerables, nunca visto, matas de miosotis, nomeolvides. De súbito, en mitad de la tarde, bruscamente, cae la noche.

Me detengo, me sereno.

Digo: Y bien, si es de noche... iré a un baile. Retiro un vestido de gasa, de adentro de una planta, y me lo ajusto. Pero, me asaltan una enorme inquietud y una pesadumbre. Y ¿por qué? Si estoy de baile.

* * *

Hoy descendí del cuadro. El pie angosto y nervioso como una mano, bajó escalones. La manta plateada, y en la mano, un platicito con granos oscuros o en capucha. Muchos se volvían a mirar esos maníes fúnebres. Por el jardín transité entre arbustos. Andaba un jabalí, que se comía las rosas como si fueran manzanas. En cualquier momento eso hubiera originado un lío. Pero, hoy están todos comentando, sólo, que yo bajé del cuadro.

* * *

Como nunca el vendaval hacía trepidar "Las Torres". Cerca de la lámpara jugaban mi hermana y mi prima.

El mundo semejó vacilar como un buque. Un rasguño, al oírse en la puerta, fue el llamado, algo distinto a todo. Y mi padre quitó el cerrojo. Velozmente, la liebre se hizo presente en el salón. Su tamaño, inusual; posóse; mas el rostro era el de un buen mozo de unos cuarenta años, bigote negro, ojos que hicieron, creo, parpadear a mi madre. Las niñas huían a la oscuridad, volviendo al centro. Yo me puse de pie, adentro de mi tremendo vestido rosa, delante de un pequeño mueble fúnebre. El visitante dijo: Estaba imposible, esta noche, la pradera.

Y de sus orejas, largas y tiesas, cayeron gotas y perlititas de vidrio punzó. Ah —acotó papá— ya es el tiempo de las granadas...

—¿Le parece?

Había minutos de confusa conversación, y otros de gran silencio, mientras bramaban el viento y el reloj de "Las Torres",

En lo hondo de mi corazón me enamoré. Mi padre, ya totalmente sereno, totalmente iluso, miró al visitante, fue a ofrecerle un cigarrillo. Y se detuvo.

* * *

Entonces, me atrajeron mucho las parvas. Trepándome con dificultad, resbalaba y volvía a trepar, o en su medio estoy sentada esperando no sé qué. Como si fuese la única reina de todo el atardecer.

En cierta oportunidad oí un barullo en la parva vecina y vi que surgía desde su interior, alguien en carretela; moño de mujer (iba desnudo) y tremendo sexo masculino. Se fue en pequeño carro hasta el bosque, a tomar la presa, que trajo envuelta en paja; así no se sabía quién o qué era.

La presa gritaba como nunca oí gritar a nadie. Pero, marchó con su raptor a lo hondo de la parva.

* * *

¡Qué mala está hoy, mamá! Tiene una gran fiereza. Ya huye, se trepa como un gato, va por el tronco del duraznero, el cuerpo fino en curva, la cara erizada, felina; maúlla; y me arroja sarcasmos y duraznos.

* * *

¡Cómo se multiplicó la casa! Ahora, hay muchísimas habitaciones. Papá está enfermo. Pido ayuda a mi hermana, a mi madre, mas ellas sonríen, y quedan impasibles. Papá dice: Siento un dolor muy grande. Huyo, porque en la puerta de calle, veo visitas; vienen de la otra villa a verme. Corro, entro en una habitación, y hay dos o tres parejas copulando, y un joven desnudo hace guardia. Digo: ¡Mi Dios! ¿Qué es? ¡Yo no vi nada! ¿Cómo puede suceder esto, una cosa así en el mundo?

Salgo al corredor, quiero esconderme, y ayudar a mi padre, mas las visitas ya avanzaron y me descubren y me nombran; yo

me arrollo al pie de una puerta, para que no me localicen por los vidrios.

¿Por qué nacer con un destino? Es como una manchita en la cara.

Sube un cáliz cruzado con lirio, todo bordeado de bocas, llamas, perfumes; posee diversas mentes, varios entendimientos.

* * *

Aquella chacra, que perdimos por una hipoteca, recuperé todò
abrillantada y confitada. Está plena de huesos y de almas, se le
caen dalias y confites. No me imaginé, al decirle adiós desde un
montículo, que ella me iba a seguir.

Por todos lados encuentro su manto estrellado como el de la
Virgen.

.....

...Y se oye el traqueteo del coche que trae los víveres desde la
ciudad.

* * *

El Día de los Muertos los árboles se ponen muy simples, como
hojas; les recorre una luz azul.

Los muertos aparecen, acostados, o de rodillas, intentan andar.
Uno echa una mirada erótica hacia una muerta rubia que sobresa-
le más allá.

Pero, enseguida comienza a hacer frío. El sol queda negro, sólo
con la "sortija", la hilacha; los pájaros pían y se van al nido.

Una oveja se acuesta de espaldas; con los pies para arriba.

Y lo que es de abajo torna a bajar.

* * *

MEMBRILLO DE LUSANA*

1 1991

*Lusana, aldea de Italia y de mi origen.

Membrillo de Lusana fue publicado originalmente en el tomo II de la segunda edición de *Los papeles salvajes*, Arca, Montevideo, 1991. En 1989, Arca había publicado el tomo I de esa segunda edición, incluyendo los mismos libros de la primera edición de 1971 más *Clavel y tenebrario*; 248 páginas. El tomo II incluyó *La liebre de marzo*, *Mesa de esmeralda*, *La falena* y *Membrillo de Lusana*; 345 páginas.

De todas las niñas que habitaron el laurel, la que más recuerdo es: Rosaura-Laurel-Rosa. Así decía en su tarjeta de nacimiento. Cuando ella salía de la viña oscura, con los vestidos que desaparecían en ella, y el peine que era su joya y su corona, parándose delante del viento y de la luna nueva —Laurel Rosa— un lobo oyó este nombre, cuando los lobos venían de correría y corriendo se echaban los corderos al hombro como sacos.

—Laurel Rosa— la merodeó, husmeó, movía la cola en gozo anticipado, lamió su ruedo y sus dos manos; en vez de bramar, ronroneaba; la atrapó; se casaron en un minuto; saltaban chispas.

Luego, él la miró. Parecía —cosa imposible— que encendía un cigarrillo. Ella dictó: ¡Es mentira! ¡Esto no sucedió!

Y agregaba: Adiós, maldito, volviéndose a su sitio seguro entre las ramas, mas uno de sus ojos —a ocultas— lloraba sobre el arco iris ya deshecho.

Y él se fue lejos; reunióse a la manada, mataba ovejas, ni se acordaba.

* * *

Atravesando la leve tormenta de verano entró una muchacha, que, sin que se lo preguntásemos, dijo llamarse Cordera de Dios; y al oír lo de “cordera”, nos abalanzamos sobre ella, sobre sus miembros y otras partes; cedieron fácilmente, como si hubiese sido armada para durar poco.

En las cazuelas individuales repartíamos las porciones —parecían salpicadas de ojos y de amatistas—, las devoramos medio cantando, medio llorando.

En el suelo, quedaron el bolso con el pequeño documento, que no miramos, y algunos restos de la melena.

* * *

Alguien me nombró María adentro de las enredaderas; otra me dijo: Ana, tengo frío.

Otra dijo: Estoy entre los ramos tornasolados del café.

Eran casi las once. Y guardaban el sol en una plantera de barro cocido hasta el otro día; pero, su brillo hacía un manchón de oro. Ardía un grillo; en los antiguos cascarones, las cigarras se preparaban para resucitar.

Los perros custodiaban esa cosa delicadísima, que les han encomendado hace mil años y ellos siguen cuidando en todo el horizonte y en un solo sitio.

Presentóse la liebre que va maquillada y con perlas.

Pasó el tiempo.

Las que me nombraron alejábanse montadas en sus antílopes.

Una vaca pastaba cerca, levemente, y una garza como de mármol, vivía delante de ella. Pero, no voy a hablar más de animales de este mundo.

Llevaron al sol envuelto en una frazada y lo pusieron en el lugar de su aparición.

Pasaron incontables jinetes. Voló el viento. Pasaron las nubes. Y las nubes. Y dos capitales remotas: Lhasa. Altai.

* * *

Son cosas secretas, antiguas divinidades. Aparecen, a ratos, en las planteras; miman a las hojas; pero, si uno bien se fija, ve las piernas verdes cruzadas como tijeras y el delantal violeta.

Un vecino grita: ¡Miren! ¡Miren!

Otro grita: ¡Ya andan! ¡Nos vencerán!

Pero si se busca entre las hojas no hay nada.

* * *

Se sintió un breve perfume a comida de muñecas; de detrás de mi delantal de seis años, con todos los colores, saqué perejil y lo piqué en las cazuelitas diminutas y los pocillos del tamaño de un huevo. Eché agua.

En lo alto daban miedo las magnolias lúbricas y fúnebres.

La casa, ahí cerca, estaba quieta como si no hubiese nadie; venía un rumor como si no hubiera nadie.

Me parecía que los parientes todos se habían vuelto jinetes, y galopaban por el callejón con el viento sur.

Parpadeé.

La muñeca seguía allí, igual que siempre, inmóvil.

El pelo como de oro; el vestido, organdí y oro.

Yo, sonriendo, le dije:

—Sí, sí. Estoy cocinando para ti.

* * *

Es el atardecer

y pasa la Virgen de los ladrones, con el rostro levemente oscurecido, y lleva algo confuso, una valija.

En medio de las bromelias esa rata devora alguna porción de otro ser; se alteran sus menudas facciones.

Yo, (también adentro de los inmensos jardines), sólo pienso en una ciudad, de la cual, sólo conozco que existe, y su nombre, precioso como una joya: Altai.

Pero, bien veo que estos jardines no tienen salida y la rata come su pastel de carne.

* * *

Era a la tarde y estaba en la cocina dulcemente. Oí que me llamaron; vi una especie de diosa; acaso Ceres, con la canasta de nardos, repollos lilas, redondos, como hechos con sólo una hoja, que son los más sabrosos, y las azucenas comestibles. Aterrada, dije: ¿Qué?

Ella dijo: Sígueme. Voy a transformarte.

—¿En qué?...

—En planta —contestó entre satírica y triste.

Yo no quería obedecer. Tomándome del pelo me llevaba. Íbamos por los senderos y por el aire. Al llegar al arvejal me empujó entre las matas. Ordenó: Siémbtrate.

Yo enterré los pies, agarré las ramas. Mi ser comenzó a desaparecer. Me colmé de vainas con perlititas y de hojas. Sólo restaban, un tanto, los ojos.

La aparición esfumábase. Duró un instante más, el fulgor de sus joyas agrarias.

Pasó una nube. Más allá pasó otra nube. Se acercaban los loros picoteantes. Y se acercaba la liebre muerta de hambre.

* * *

Me voy a disfrazar de lobo. Ese hocico tan largo, los ojos oblicuos, el saco peludo y parado. Me pongo zapatos de plata.

Sopla el viento. Cae nieve. Las niñas retroceden como ovejitas.

Por allá gritan: ¡Anda un lobo!... ¡Hace frío!... ¡El lobo no tiene frío!... ¡Va muy abrigado!...

Me doy vuelta y veo a mi madre que siempre está allí. De una dentellada le saco una mano.

Ensangrentada dice: ...Peño, ¿es verdad...?!!

Aún alcanzo a reconocer las orquídeas caseras, rosadas y ardentísimas tras del cristal.

* * *

Andan ángeles malos por la plaza. Las plumas preciosas rozando el suelo.

Vienen al Café; ocupan una mesa; cuchichean sólo entre ellos.

Nuestras copas se extienden y abren y bebemos un whisky de guinda. Los ángeles tienen los párpados y pétalos muy evidentes y muy arqueados;

de sus rostros pende una
luz celeste

y otra cosa, tenebrosa, finísima, jamás soñada.

Cuando yo era chica quería ir a Jerusalén, y mi madre dijo: Pero, ¿cómo? Si no tienes pasaporte ni capota.

Y yo le dije: Viajo con una de esas estampas de colores, que tú me muestras.

Y sin pedir ni la estampa corría hasta la orilla donde los roedores más sensatos y sensitivos, construían unas barquichuelas con juncos y otras cosas. Y todos los familiares también corrieron, al ver que yo me embarcaba, y sentada en la popa, decía “adiós”, apenas, con la mano.

El gran ratón que guiaba con sólo un remo, tenía los dientes agudos y sonrientes.

Y dijo: No tendrás frío.

Y así partimos por la carretera de agua, el río delgadísimo que atravesaba la quinta, entre los manzanos y sus manzanas, y entre las naranjas de oro.

Soplaba un viento que no se veía, que nada movía, ni mi vestido blanco de reina niña.

Pasó un gran trecho y pasó el tiempo y un largo trecho.

Y yo iba muy seria, casi sonriendo.

Pasó otro tiempo.

Y otro trecho.

Y, luego, algo rarísimo, que no puedo ni contar.

Hasta que empezaron a verse olivos y eipreses.

Hasta que empezaron

a sonar las arpas.

Y el ratón dijo: Baja.

* * *

Salió de adentro de la tierra; no se entendía lo que decía, si no, no hubiese tenido gracia; sabíamos lo que decía. Pasó como una llamarada por todo el mediodía de la casa. Los ratones entraban y salían de la pared, de sus dormitorios y comedores. Y uno me dio un alerta, un silbo.

Que me dejó tiesa en el altar.

Pero luego,

como siempre, empecé a moverme y a girar, con el delantal de todos los colores sobre el vestido negro; y el plato de naranjas.

El desconocido, oscuro y opalescente, anduvo y anduvo, hasta que casi cayó la noche, y se cerraron las puertas de los conejos. Y yo me senté delante de la puerta.

Mirando inmóvil hacia adelante.

Pasaba el viento.

* * *

Cuando era chica yo daba un silbo a mi amiga Octavia que vivía lejísimo, e íbamos juntas a buscar las "larvas". Por el camino no nos mirábamos porque teníamos vergüenza anticipada.

Con un martillo rompíamos la pared, y ellas aparecían diminutas, la cabeza nítida y el vestidito.

Era menos horrible cazar muchas.

Susurraban en un idioma parecido al nuestro, como en un dialecto que estremecía.

Octavia y yo, llevándolas, buscábamos un banquillo anticísimo entre las malvas y las azucenas, y allí, comenzábamos a devorarlas.

Pero, ellas todas, tenían una enorme dignidad.

Pues, viéndose perdidas, nunca,
ni una, pidió piedad.

* * *

Salía a mirar los árboles, que eran más altos que los árboles, tan negros y anchos, como telones, más altos que las nubes y que el cielo, y estaban tan quietos. Yo di en tomarlos por santos. Hablaban formando como un hocico, una boca anchísima, de deslumbradora dentadura o sin ella. Cuando llegaba el viento, éllós se reían terriblemente, del viento.

Lo que decían removía toda la vida, daba deseos de retroceder o de irse. Yo di en llamarles Los Santos. Allí ¡está San Carlos! ¡Santa Úrsula! ¡Rosa Santa! ¡San Esteban! y San Eugenio...

Logrando escapar por un minuto, huía a la cocina, freía un

huevo, hacía alguna otra cosa inútil; pero, la cabeza se me volvía sola y los pies tras ella,

a mirar aquello.

* * *

(A Pablo Rocca)

Tenía que realizar un asesinato. Y no me atrevía.

¿Encomendarlo a otros? Son tan falaces. ¿A un bicho? ¿Perro, camaleón? Estaban muy rebeldes los bichos ese año...

Vi en el aire, hacerse evidente, un ángel. Malo. Y se lo propuse. Aceptó. Marchaba con un lirio delante para disimular. Vio a quien buscaba. Formó una hoz; lo cortó en diversas partes; le quitó los dientes y se los daba como para que jugase; le sacó el pelo y los pies; le quitó el corazón. Creía que iba a tirarlo lejos. Pero, en cambio, al borde del mediodía, lo echó en mi plato; y al día siguiente, también, y al otro.

No se va más. Está siempre ahí en el aire.

A cada rato veo su pelo dorado como el oro.

Y su bellísima cara capaz de todo.

* * *

Estaba dulcemente en la cocina y un adminículo de madera y de metal, saltó a la pared y se puso a reír y a parlotear.

Ella dio un grito.

Y él saltó a otra pared y seguía riendo y hablando.

Ella dio otro grito.

Acudió un habitante de la casa.

Escuchó y observó.

Rápidamente bajó al adminículo.

Y de un golpe brutal lo mató.

* * *

Una diosa griega, Iris, vino al aire de la habitación, abriendo el abanico de siete colores, se hacía grande y chiquitita, y volaba y revolaba ante nuestras miradas embelesadas y aterradas.

Aunque era prohibido, yo me atreví y dije: Iris, vete.

Y corría a abrazar la cazuela (donde estaban las ciruelas hervidas), como buscando un amparo.

Pero, Iris hacía lo que quería.

Hasta que cayó la tarde antes de tiempo. Y entonces, ella se esfumó, dejando aquí y allá, unos puntos brillantes.

Con paso ceremonial no sé por qué, traje la olla y la posé sobre la mesa; nos sentamos todos.

Levanté la tapa, y allí entre las hervidas ciruelas, nuevamente estaba Iris; de todos colores, y como por gusto, ahogada.

* * *

Surgieron en fila a la caída de la tarde; tenían el rostro pintado también en la nuca, lo que producía confusión; yo estaba bajo el alero donde las palomas lucían plumas y turquesas.

Parecieron comentar algo sobre ellas; pero, en un idioma que yo no entendía, lo que me exasperó.

Fui a tomar el té en el bosquecillo de laureles, desolada. Y ellos pasaron a mi lado y por un minuto me cercaron; uno cazó una paloma que no pude recuperar; otro me nombró "Laura", ahora, sí, claramente; entonces otros rieron o hicieron un leve gesto de burla, y señalando los laureles de esa tarde en la que, por primera vez comenzaron a desfilar.

* * *

La Virgen salió de su casa para ir al baile. Le pedían: No vuelvas tarde. Ondeaba por el aire el velo celeste. Al pasar entre las muchachas, éstas se reían o quedaban heladas. Otras decían: Es la Virgen! ¡Es la Virgen!

Y dejaban de hablar para mirarla. Cerraban el círculo. Es la Virgen! No, no es! ¡Es ella, sí!

Y pasaba entre ellas el rostro frágil y blanco como un huevo blanquísimo, el collar de cuentas radiosas como lágrimas, llegando al suelo.

Cuando la Virgen entraba al baile, los muchachos preferían no invitarla, mirándola de reojo. Alguno se atrevía, y en medio de la música, le decía: Tú ¿eres la Virgen?

Ella lo miraba con las pupilas fijas, pues, nunca sabía qué contestar a eso.

La mano, posada, apenas, en el traje de él, tomando a cada rato más el trazo de una camelia.

Cerca del alba la Virgen salía del baile; se iba sola, alta la cara; desaparecía por la calle en penumbra y en cualquier farol resplandecía el largo vestido celeste.

Era la hora en que se prendían todas las rosas, rojas, de oro, con su fantástico perfume a jardín.

Al entrar en la casa oía voces que decían: Llegas muy tarde.

De inmediato, buscaba el lecho; por el suelo las piedras brillantes igual que lágrimas. Se dormía pero quedaba siempre despierta.

En ocasiones, alguien que había estado en el baile, sin que ella acaso se percatase, llegaba con paso de gato hasta el enrejado y echaba una rosa.

Para la Virgen,

Ella vivió un tiempo en nuestra ciudad, pero, después, se fue lejos. Se mudó con sus padres. Iba alta en el carruaje, entre el mobiliario, quieta como de mármol, las manos casi cruzadas y el mantón celeste.

* * *

Dijeron “Es la piel de Mario”. Y yo miré y era un hatillo en el suelo. Reunida, arrollada; pero, se veía que había sido quitada de sólo un tajo, con real maestría, sin dañarla. ¡Pero, tenía pelo largo, color de plata, pardo, como de zorro o lobo!

También dijeron: Va a ir a la cruz sin su piel, desnudo.

Y vi que lo izaban hasta una cruz alta y mal hecha.

En los árboles se prendieron luces redondas y lilas que parecían

manzanas o ciruelas. Yo, mirando hacia la cruz, grité: ¿Cómo? ¿Por qué?!

Pero había una sinfonía.

Un gran mirlo, una primadona, que explicaba cantando el porqué.

* * *

Transité lentamente entre los muebles fúnebres. Hice el breve trecho hasta el ventanal. Las luces de mi diadema me recorrían el rostro. Unos ángeles se posaban ahí. Eran ángeles carniceros, en acecho de los conejos y de las ratas gruesas y succulentas. Les quebrantaban, les levantaban. Se oían gritos y aletazos. Después de un lapso, de nuevo, la cacería.

Cerré las ventanas. Mi vestido negro barrió el suelo. Apoyándome en los muebles llegué al arcón. Me senté. En la más completa oscuridad escribí una carta. Y unos salmos. Éstos.

* * *

Transité lentamente entre los muebles fúnebres. El viento no cesaba de soplar. Una silueta delgadísima cuidaba la anémona en el vaso. La rodeaba, la regaba, la respaldaba.

Dije: Berenice, ¿cuándo vendrá el día?

E hice el breve trayecto hasta el ventanal. Bajaban los ángeles a posarse allí. Eran ángeles carniceros, acechando a los conejos y a las ratas gruesas y succulentas. Les quebrantaban, les llevaban hacia arriba. Se oían gritos y aletazos. Luego de un lapso, repetíase la cacería.

Grité: Berenice! ¡Ven a ver esto!

Pero Berenice no abandonó la flor. Cerré las ventanas. Mi vestido negro barría el suelo. Apoyándome en los muebles llegué al arcón. En la absoluta oscuridad escribí una carta. Y unos salmos. Estos.

* * *

Era una mujer con zapatos de plata o de hierro, que tenían una discreta inscripción en rubí. (Miré a ver si ella era de verdad, y lo era).

Serían zapatos de sus abuelas y madres, y zapatos heráldicos.

A raíz de esos zapatos, la perseguí durante la fiesta, la cena y el baile.

Tarde, muy tarde, ella se fue sin saludar a ninguno; muy naturalmente pasó la puerta.

Una pequeña oveja estaba esperándola en la oscuridad; iba delante o en su costado y luego ella le llevó en brazos. El campo inmenso y negro. Las casas desparramadas. Y los esqueletos de vaca, tirados por ahí.

Al fin, por una fisura, se vino la aurora, hecha de manzanos en flor y de rosaledas y no olvides la noche anterior.

* * *

Vino un bicho y quedó en medio de nosotras que estábamos sentadas circularmente, mujeres y niñas. Era una especie de caballo, desacomodado, con muchos brazos y patas, y un par de ojos en forma de almendra, que nos miraban con fijeza y tristeza, aún en la penumbra del atardecer, y parecían los ojos de nuestra hermana Laura y de nuestro hermano Juan. Y, al mismo tiempo, ¡al mismo tiempo!, hablaba en varios idiomas, idiomas silvestres, que no entendíamos, pero, que habíamos oído en el instante mismo de nacer.

No pudimos articular palabra y deseando muy en lo hondo llegase algún hombre cuya mayor gravitación liquidase aquello. Pero, nadie vino, salvo la luna. Ascendió refulgente como un cristal.

Entonces, sí, la construcción se desarmó, se le desparramaban las piezas.

Sus idiomas, también, se separaron y terminaron.)

Quedamos mirando la lista de jazmines y de rosas.

Y más allá, la caravana de nocturnos comerciantes que iba como siempre con sus productos y sus presas. De sur al norte, y de norte a sur.

* * *

Vi una vara con unas hojas que parecían de lila, de oliva o de rosa, pero, larguísimas, y dando una cabeza, –como si fuera un fruto– entre humana y porcina que meditaba y comentaba.

Dije a mi prima Luz, ahí cerca:

–Ésa es la rama que quiero.

Y ella mirándola, hizo un gesto que expresaba: –Pero, tú!...

* * *

En el verano y la sequía, por la noche, de membrillo a membrillo, se extendía Dios, como un algo, un organdí celeste rizado, más leve todavía.

Era incomprensible que los habitantes de la casa siguieran durmiendo profundamente. Pájaros y ratas huían con un silbo. Y algunos quedaban como para siempre en el aire. Sin peso. Su color lavanda plateado.

Yo los cambiaba de sitio en el aire. O no sé si me movía. Radiosa y transparente y ni muerta ni viva.

* * *

Aquel verano las apariciones llegaban en forma de mariposa, desde el lejano horizonte, y yo las espantaba con la mano, fija, cerca de la mesa, el sombrero de paja caído por ahí.

Más allá, una gallina, súbitamente, se levantó, y viéronse los huevos abiertos y vacíos como tazas.

La gallina se iba a pie con sus hijitos recién hechos.

Cerré los ojos, casi me caí.

Alguien estaba cerca, sin saber yo que estaba y explicó: Es el verano, chica.

Pero, bien entendí. Ya no habría invierno ni verano, ni noche ni día, había comenzado la Pasión.

* * *

En el jardín apareció a caballo, una guerrera. Iba desnuda, sólo con los rizos y un copete; el caballo parecía sin pies; oculto por los tremendos ramos de lavanda.

Gritó: Hay guerra! ¡Vamos!

Y señalando el lejano horizonte envuelto en llamas.

Mi madre y mis tías habían nacido uncidas a la casa.

La abuela hizo un gesto dulce, y siguió bebiendo su eterno té de hierbas.

El abuelo vivía inmóvil, y sólo intentó incorporarse.

Mi padre creo se enamoró de ella. Pero, miró a mi madre y quedó mudo.

Yo dije a mi hermana y a mi prima.

—Vamos!

Pero, ellas contestaron: Tenemos que mecer a las muñecas.

Yo grité a la guerrera: ¡Vamos! ¡Yo, sí, voy!

Y la seguí tan rápida como su caballo.

Del horizonte venía un rumor de cántico y peleas.

Cruzamos llanuras y llanuras, conocidos bosques y desconocidos, de misteriosos perales y de sándalos.

Yo iba por sobre las lagunas como si nada.

Mas, el horizonte se había apagado y surgió otro telón de humo y niebla, otro más de nieve y humo.

Ya no había rumor ni cosa alguna.

La guerrera estaba loca.

Y yo la seguía con mis pequeños cascos.

* * *

Vivíamos siempre en aquella gruta cerrada, y en medio un rayo de luz, quizá de dónde, bajo el cual se realizaban los almuerzos, bodas y velatorios.

En las grietas de la pared crecían lirios comestibles.

Hasta que entró una mariposa enorme, sus alas ondeando levemente; como un lienzo finísimo nadó por todo.

Mi madre le dio unos tijeretazos, pero, enseguida, cayó horrorizada y de rodillas, clamando: ¡¡Es Dios!! Y fue el recuerdo más grande que tuvimos.

* * *

Mis padres resolvieron irse.

Al volver de la escuela encontré una carta debajo de una piedra; decía: Nos vamos por mucho tiempo; arréglate sola.

Estuve un largo rato inmóvil; luego, penetré en la cocina desierta donde quedaban restos de las últimas palomas y ratas asadas, y un huevo de pavo, celeste como el cielo, que no me atrevía a quebrar y comer; y con él entre los dedos –Nos vamos por muchos años– me recosté en la pared como buscando una protección.

En todos los días y días y días siguientes, sólo di vueltas en torno a la casa.

Debajo de los malvones creció un pueblo de gente diminuta; las mujeres parecían hortensias, rosadas y lisas, y encajes en bucles.

Pero, eran pueblos nevadísimos como el azúcar. Alcancé a divisar funerales y bodas.

Siempre algunos de ellos me miraban con alegre sorpresa.

Pero, yo les retiré todo interés.

Sigo fija junto a la puerta. Y mis desolados ojos taladran el horizonte.

* * *

Las siete brujas salen de las pequeñas anforitas marmóreas, desde perfumerías y graves farmacias.

En número de siete.

Su perfume es a azucena terrible.

Sobre las escobillas platinadas actúan toda la noche, ya como
estrellas mínimas, ya como grandes brasas.

Y en la aurora esconden el rostro. Y tornan a los cántaros.
De una clase de azucena, no te fíes.

* * *

Cada uno queda recto en su silla como si estuviese de visita.
Baja la noche hilada con topacios.
Los vampiros vienen a dar al lugar estricto, cerca de las venas.
Y yo me acomodo hábilmente, de modo que se sacien.
Mi cabello larguísimo disimula todo.
Cuando me desmayo ya está el alba en las puertas.

* * *

Miré el dibujo que hacían las hojas amarillas al caer.
En un mal libro se leía: "El alma sensitiva..."
Pero, en ese instante entró el Cielo. Y estaba allí sentado entre
los muebles vetustos y las jarras grandes como criaturas. Al paso y
al caer de la tarde según su costumbre, se colmó de margaritas.
Yo, también, me puse el vestido más vistoso, las cuentas con
luces, y me peiné de un modo rebuscado.
El cielo empezó a mirarme singularmente.
Yo me aterré y di un grito, que, como en los sueños, no se oyó.
Y corrí a la ventana y me oculté entre las persianas.
Por la calle no pasaba nadie.
El cielo me atrapó.
Yo le dije: Te odio. Vas a devorar a todos mis congéneres. Y, a
todo, tornas invisible.
Él me hablaba y no se entendía.
Desplegó todas las alas.
Y con sus testículos numerosos y celestes me amaba y me hacía
trizas.

* * *

Di a luz un mirlo. Negro. Que voló a las aceitunas, pero, no comió de esa fruta. Pasaban gentes y gritaban: “Mira! ¡Un mirlo!”

Yo estaba al pie del árbol, maternal y rígida.

De lo alto caían piedras ovaes como almendras y rubíes; algunos querían juntarlas; no podían; ellas quedaban brillando inalcanzables en la hierba.

El mirlo dio un silbo triste como de alguien que no tiene explicación. Y en las lagunas chicas y próximas, subían los junquillos amarillos, las calas óseas.

* * *

Cuando desperté, frente a la cueva pasaba un dinosaurio.

Mi madre dijo: Tal vez, ya sea la hora de tomar agua.

Dentro de la cueva goteaba y hacía frío, a pesar de las pieles; salté fuera y con una piedra partí un coconuez.

Una parte del dinosaurio aún no había terminado de pasar.

Lo toqué apenas y me dio un miedo pánico.

Mi madre estaba de espaldas, sospechó y dio un grito.

Más allá iba otro animal enorme en su redonda caja.

Nos alimentábamos con gallinas más altas que mi madre, ratas crudas. Y de fantasmas, —que costaba mucho cazar y freír— y eran más pálidos que la nieve o brillantes como la luna.

* * *

“Diente de león”, “Diente de león”, eres famoso.

Te nombran en los poemas y en las novelas de mi país y en los de aquéllos.

Yo pude verte en rosa muy fuerte, entre las bromelias y blancos jazmines, como un azúcar feérico y un místico azúcar.

Tú me veías con mi corona de alambre y de piedras.

Por el callejón iban los carros y el paso del policía, (que daba miedo). Desde los eucaliptos se soltaba el diablo rabioso y velludo.

O salía de todos los rumbos, verde, y forrado de ortigas.

Me miro al espejo, Diente de León, ¿pasaron los años? Yo creo

que no. Tomo el peine y te entresaco de mi eterno peinado; como
a una mariposa, un ramo de hilillos de fuego, un pequeño manjar
de jardines, que perfuma el altar
y el ropero.

* * *

Esa silueta larga y blanca es el alma de la familia.
Se quedó sola
por el campo. Está sola en la cocina.

Es igual a mi madre, y a mi abuela; parecé mi tía Josefa; parece
mi padre, hecho con espuma.

Está quieta.

Nadie la mueve. Ni el viento. Transita cuando quiere.

Ladran los perros.

Y los teros formulan promesas de alegrías que
nunca se cumplieron.

* * *

En la mañana las palomas me dan temor.

Ésa, todo en gris brillantado;

otra, blanca como la luna.

Y buriladas por un sagaz joyel; más que aves resultan joyas.

Las miro y las remiro.

Se posan en los techados, y cada una es, la del Espíritu Santo.

Mas, sale el ama señora del hogar, con la cara enmascarada y un
revólver. Lleva también una olla.

...Allá arriba pasa un cendal blanco.

Sube una blanca rosa.

* * *

Me levanto cerca del mediodía. Me siento a la mesa. No miro a
los mayores. Sólo me atrevo hacia las niñas.

En cada plato ponen un pájaro o una porción de él.

-¿Quieres un ala? ¿La cabeza? ¿El pecho? ¿Uno entero?
Un día, a las diez, me atreví y miré en la olla.
Hervían todos juntos. En borbollón. Y como volando.

(¡¡Sopa de pájaros!!)

Crucé desmayada hasta el linde y me desmayé.
De adentro de sus matas frías,
celestes y brillantadas,
huían los claveles.

* * *

Quando vieron que la enfermedad era incurable y el sufrimiento mucho, todas las hermanas, disimulada y firmemente, la empujaron; sonó el cerrojo. Ella creyó era un juego atroz. Había caído la noche, y arañó la puerta intentando entrar.

Mas, de súbito, se dio cuenta y dejó de insistir. Su caminata fue suave, dolorosa, hacia delante, mientras se le abría paso en la mente un solo poema inventado de niña.

Pasaba los canteros de violetas oscuras y carnales; hablaban de amor y eran alimento; y los otros de violetas chiquitas y brillantes, (que se vendían, de las que vivían), bajo el capuchón de paja. Hasta hacía poco lo había ayudado a construir.

Pasó el primer llano, el primer plano; de las parvas se asomaban cabezas desconocidas; decían sólo una sílaba, todos la misma, y se ocultaban.

Las nubes volaban como pájaros o caían en forma de copos.

Hasta que a lo lejos, y más cerca, y cerca, sonó un alarido, una alarma, un pito; era el Lobo; la había detectado, y dejando su recóndita madriguera, venía con las zarpas.

Ella protegió su cabeza y fue lo último que hizo sobre el mundo.

...Al alba las floristas se despertaron, a pesar de la infusión bebida para olvidarse y dormir.

Y miraron todas, en el mismo segundo hacia el cerrojo, con la vana esperanza de que la otra hubiese vencido el cerrojo y estuviese dentro.

* * *

Para nosotros todo sucede en esta anónima humareda.

La sonata del mundo está muy lejos. "

Éste es el jardín. Y ésa la cocina. Al dios de la cocina, negro, pero invisible, ofrendamos los suculentos tomates cada día; él, aunque no tiene boca, deja vacío el plato.

Y están las menudas cosas de siempre.

Yo trazaré la crónica profunda e infinita,
siempre igual y siempre diferente.

* * *

Cuando vayas detrás de flores, no te fíes; puede aparecer el hongo, con su sombrero blanco, alado; pero abajo tiene la cara apretada y lila; me da miedo ese pie solo con ramificación secreta.

A lo menos trae una bolsita con veneno. Nos puede dejar secas, frías. Y quedarse muy campante, redondo y bobo.

Una pobre ave, desde una rama, dirá: Fue el hongo!

Pero, el comisario pasará casi de largo, clamando: Esto no tiene explicación, ¡murieron las floristas!

* * *

Dijeron: Mira. Las guindas.

Yo no las había visto.

¡Y eran la sorpresa de la tarde!

Inmóviles, volando, prendidas a un pecíolo tan tenue.

Curvas y rosadas, en su indescifrable carmesí.

Insistieron: ¡Prueba!

Y yo me dije "No, si serán las frutas del Edén, el Paraíso".

"O de los cuadros y muñecas".

Mi vestido tomó la forma y el color de una paloma, estricto y recoleto; cauta la cola. A lo lejos, trinó un lobo.

Yo miraba a las guindas como si, con los ojos abiertos, estuviera dormida.

* * *

—Es La Rosa, dijeron.

Y rodó de mi cuello, una rosa grande, abierta, tan rosada; voló por mi vestido y se fue al suelo, y allí estuvo,

y me di cuenta de que era La Rosa, el Nombre y el Número. De la puerta del cielo. Que pasé subrepticamente, para venir de visita.

* * *

Cuando yo era casi chica conocí a la Reina Elveta.

Ella era muy hermosa, sonreía siempre, y llevaba en el hombro un papagayo dorado, un loro de oro. Ella era la beldad de una ciudad escondida que quedaba ahí cerca y allá lejos.

Aparecía en nuestra campiña con sus ejércitos terriblemente empenachados. Papá tenía miedo de que destruyera el pobre sembradío, porque sí no más, como por juego.

En realidad era apenas mayor que yo.

Nunca cambiamos una palabra.

Ella era bella como un vidrio de oro.

La perseguía su principesco pájaro.

* * *

En la cocina arde el destino, el ser que esa tarde mataron en los maizales; ya en la olla, en el plato, roto en cuatro pedazos, y, luego, en muchísimos más.

Todos llegan a comer, aun los insectos, desde los agujeros y las ramas, vienen con sus pinzas y dentaduras de levísimo coral.

Hay un aroma arrebatador.

Hasta que desde la cocina ordenan: Niñita, ven a comer.

Y me observan.

En la madreSelva aguarda su turno una mosca de plata.

Yo como despacio y con furia. Afuera, ahora, se desata la guerra.

Delante de los caballos va la reina Elveta.

Yo quiero dejar de mirar y es imposible.

Dejar de cenar y es imposible.
No puedo detener lo que pasa.

* * *

Cuando integraba el elenco teatral “María Margarita”, que, valles más abajo, nominaron también “Stella Maris” o “María Estrella”, (siendo lo mismo lo que estos tres nombres significan, como bien se ve), una noche, y al fin de la función, mientras mis compañeros guardaban las violas y páginas de cantares, o tejían comentarios sobre los espectadores agrestes, a mí, que había quedado por casualidad, unos metros más allá, casi en la sombra, se me presentó un oso alto como un hombre.

Ignoro si el uñado ser vio el espectáculo; su viaje, de seguro, fue a través del enorme plantío de cedros, desde más allá, y de más lejos, originándose en las Rosaledas Imponentes.

Blanca una mitad de su ser, negra una mitad de su ser; amarillos ojos, a ratos, con un histérico reflejo plateado.

Y yo, sólo, era una actriz jovencita, en lucha por obtener un primer puesto, representando sin fin, entre las viejas hojas y las hojas nuevas.

Él me tomó las caderas, me mordió con su diente a bisel, me tomó la melena —todo de un modo sutilísimo—, anulando mi voz me arrastró del cabello a través de jardines, canteros; yo iba como si hubiera perdido el sentido o la vida; pero, recuerdo el cruce por árboles innumerables y desiertas planicies, y cómo, finalmente, me echó a la fogata de rosas.

* * *

Con voz suave —no se sabía cómo era oída— llamó a sus hijas Navarra y Viñeda. Se habían casado y vivían en lo hondo del valle.

—Navarra.

—Viñeda.

Las dos treparon a grandes pasos. Una estaba casi siempre embarazada. La otra también tenía múltiples embarazos.

Mas, subieron ágilmente y la dejaron en el centro. Ella, era la más bella; en el cabello oscuro le titilaban hilos níveos.

Dijo:

—Debo avisarles que cuando desapareció vuestro padre, y partieron casadas, yo comencé a recibir... visitas.

Me enlé con Satán.

Viene todas las tardes y las noches todas.

Nuestras relaciones son bravas, más que íntimas.

Ayer, mientras preparaba la cena, di a luz; no sufrí casi, Casi ni grité. De súbito, algo rodó de mí. Ahí está en el lecho. Pueden conocerlo. Tal vez, me abandone. No sé.

Novarra y Viñeda quedaron mudas. Ella seguía en el centro, frágil como la cera. Con los bellos ojos azules que visitaban el otro mundo.

* * *

En aquella tierra oscura, en el fiordo, las señoras y niñas escondían sus fetos.

Había siempre niebla, un espeso humo, e iban tapándose la cara, y ocultas unas de otras.

Furtivamente clavaban piedras y leyendas.

“Tu madre”.

“Corazón de Jesús”.

“Enano”.

“Animalito”.

“Amor mío”.

Y huían con las manos sobre el rostro.

Sobre las pequeñísimas tumbas surgían unas flores. Altas, rojas o lilas. Que no parecían flores.

* * *

Puedo reconstruir la casa, con madera, o con una piedra oscura y dura, que yo misma invento, y hago una estructura entre ilusión y verdad, la mesa con el hoyo, el techo, a ratos, de enredadera; un jardín escondido adentro de la casa; lo encontré sólo un día,

sin querer, y en medio de sus flores, estaba la abuela de pie, los paquetes con huevos de hadas aparecían por el techo y se echaban en la sopa, así vivían mariposas de todos colores en la sopa; los budines amarillos y colorados, con perla y patitas de huevo, las guiseras, el coral, las sartenes negras y platinadas, y más atrás, más ocultos y secretos, los frascos con los fetos, gatunos o humanos; les devorábamos en las heladas noches de invierno entre el miedo y la sal. Las gallinas altas tal señoritas, saco overo y ojos sombríos; eran las verdaderas reinas del condado, pues, se hablaba en voz muy baja, de sus amores con militares, ¿podría ser esto?

Hay días en que el viento aúlla y se lleva todo como telones.

¿Era nada verdad?

¿¿Todo pintado??

* * *

Empezamos, Nidia y yo, a comer flores. Yo atrapé unas; parecían de papel de nieve, y las devoré junto a las hojas negras que las respaldaban. Para ese entonces, Nidia ya tenía en la boca, un clavel rosa y lo comió. Mas, dijo: Yo voy a jugar.

Y se alejó, distraída como una reina.

Yo ya no pude detenerme. Comí un alhelí, un capullo de dalia como un hígado livianísimo; un enorme higo; cacé heliotropos en racimos (parecían uvas estelas), los comí, encontré otro clavel igual al de Nidia, y devoré; nardos —qué exquisitez— en escala y en procesión; una rosa cuyo aroma a vino me chamuscó la ropa; me perseguían las luciérnagas, porque de noche también andaba y también robaba. A ratos, usé un antifaz. Comí a un lirio, su silueta capitolina, su gusto a dios; una margarita principesca, con escudo de oro y alas níveas.

Sobre el vestido negro llevaba siempre el delantal granate, así expresando: Yo como flores. Me envenené. Di con un bulbo cuya lista en zig-zag no advertí. Casi morí. Me salvé.

Pasé muchas estratagemas e insucesos.

Y estoy hoy con este tulipán dorado que como de un bocado.

* * *

De adentro de la tierra se sacan cosas, botellas, trozos de vidrio.
Esa mañana, un candelero, que guardé por siempre.

Pasado el mediodía, bajo los pinos, giran dos planetas, gruesos,
de vidrio de oro, cada uno en su órbita.

Los niños del terror, ni chistan.

Mi madre está haciendo gladiolos, con organdí amarillo, organdí rosa, organdí nevado.

¡Ella hace los gladiolos!

Y los saca al jardín; los pone en las varas; enseguida, pñenden y se perfuman.

Los ferrocarriles huyen con violencia hacia atrás.

No entiendo; en cambio de ir hacia el futuro, se precipitan al pasado.

Estoy sentada junto a la ventana, y al mismo tiempo, en el jardín.

Las palomas picotean despiadadamente.

Se dan cuenta de que soy una niña extraña y me quieren matar.

* * *

El verano de Marge, cuando fue coronada reina, y reinó durante un mes, sin hacer casi nada, a puro encanto.

Y efectuábamos croquis sobre ella para que la vieses nuestros futuros hijos y nietos, ya que todo parecía próximo, parecía venir volando, como la misma Marge, con sus alas de levísimo mimbre, y sus pimpollos.

* * *

Yo soy siempre chica, mamá siempre joven, la abuela, dulce y viva.

Es el mediodía y me traen el plato con los huevos y las Muertes. Llamo Muertes a las perdices y pollos hervidos.

Pero, lejos en el cielo, pasan pájaros en auge, enormes, y como un puntito: buitres, halcones y caranchos.

Sus sombras forman sobre las cosas, cruces.

Ya voló el mediodía.
Los labradores van con la azada.
Los niños a la escuela; las matas son tan altas que ellos ni se ven.
Los jazmines están tiesos;
como si aguardaran algo,
como si fueran huesos.

* * *

“Soy la Estrella del Sur”, se oyó en la ventana.
Miré y vi una estrella. Dijo que iba a dar a luz. Y esto tenía cierta redundancia.

Le dije: Entra.

Y entró deslizándose sobre sus cinco pies con extrahumana gracia.
El lecho para huéspedes era pobre para ella, y el mío, también.
Se posó en un rincón como un pulpo vaporoso y luminoso.

Yo iba de una pared a otra y venían pequeños gritos como si ya le doliera mucho. Pensé en llamar a mi madre y a las vecinas, pero, tal vez, ellas dirían: Esa estrella que vino, ¿será casada?...

Me restregué los ojos, las manos. Como siempre, no hice lo que era preciso.

Hasta que se oyó un grito eléctrico y enorme.

Cuando me acerqué al lugar del nacimiento, la estrella ya se iba, volaba.

La seguía otro cuerpo, chico y deslumbrante.

* * *

Los pájaros nos robaban los objetos.

Veía a mi madre en la aurora, luchando.

—No llesves esa tijera! ¡Dejen mis cucharillas! Y daba vueltas como en un sueño con su traje de lilas y celindas.

Y los pájaros no hacían caso; le desarmaban la costura y el juego de té.

* * *

Nos encontramos en el manzanar.

Era una noche cerrada, oscura.

Me dijo: ¿Paseas?

Contesté: Siempre salgo.

Él dijo: Yo, también, siempre salgo.

Pero, en ese momento, irrumpió la luna. Con todos sus tules. Y una llaga, como si hubiese sido violada dentro del traje de novia.

-¿Qué tiene la luna?

-No sé.

A la enorme luz, se vio que yo estaba absolutamente desnuda; sólo con las trenzas múltiples, larguísimas.

El traje de él

era augusto y deslumbrante.

Como el de un guerrero.

Como el de un clavel.

* * *

De adentro de los membrillos salió una muchacha con lentes, con esas linternas sobre la cara, y el traje rojo como el fuego, en medio de la noche oscura, en medio de la noche blanca.

Los membrillos pesaban en los gajos, tal si los toros hubiesen colgado allí sus sexos; y se hubiesen ido todos.

* * *

Dijo: Volví. Soy la florista.

Y sí, la vi, ahí.

En sus manos, los ramos, la "hoja de salón", el gladiolo lirio, el tulipán dragón, cuyas lenguas amarillas soltaban fuego.

Aunque sólo tenía tres años corrí a la cocina: Mamá, está Celeste, la florista. Mamá clamó: ¡Oh!

Y salió, enfrentándola con su voz incomparable, opaca; le vio los ramos, le dijo: No toques más las flores; no se puede.

Pero, la otra cortó otras rosas. Y se las dio, diciendo: Toma, aunque son tuyas, te las regalo.

Se nubló el día. Del cielo cayó un pájaro. Las ramas estirándose, desmesuradamente. La florista se borraba.

Cuando todo volvió a su sitio, la florista ya no estaba.

Se veían los restos de sus formas, como en acuarela, y allá lejos.

* * *

La nube de tormenta desde hace rato está p^osada sobre la casa y sobre el mundo. El colegio se cierra. Los niños vuelven corriendo debajo de una gallina.

Todo parece un grabado, un cartón blanco y negro; pero, por algún vórtice asoma alguna fruta.

Hacia donde se mire, se ven animales, pequeños, chiquitos, cada uno de los cuales tiene muchísimas cabezas, todas distintas.

* * *

Juntábamos huevos de perica para vender; blancos y chiquitos, con alguno celeste, maldito.

—¡Huevos de pericaaa!

Estos huevos eran levísimamente alucinógenos, y por eso, enseguida, se iba la mercancía. Quien los tomaba quedaba sonriente, creyéndose ya un ave yendo por las ramas, y sólo estaba sentado en el banco de siempre.

Para vender, nos poníamos un antifaz, aunque creo que nos reconocían enseguida. Un día, estando en el campo, vinieron dos hombres con galones y nos amenazaban; los revólveres parecían de juguete; o eran de verdad. Como castigo, unas horas en el calabozo.

Pero, nosotros, ya, también, habíamos bebido de los huevos.

Y soñábamos que íbamos por los montes a buscar más huevos y a volvernos locos.

* * *

No pudo entender cómo había llegado hasta allí. Estaba a solas con un manzano en flor.

De su casa recordaba bien lo sucedido hasta la caída de la tarde. Nada anómalo. El lapso siguiente se borroneaba.

Era una noche oscura, sin luna.

El perfume del árbol, seductor, sexual; un perfume blanco y color de rosa y con pecas carmesíes y hasta con pecas ardientes y estrelladas. El árbol era lo único que se veía.

Oyó a los canes bramando alrededor del universo. Cerca estarían las aldeas tras las pequeñas cercas, y los bosques llenos de lobos y de zorros.

Mas, no iba a llegar ningún animal porque la vegetación era rala y sólo el manzano es el gran signo.

De súbito, comprendió que tendría que huir. De un salto. Vacilar un segundo hubiera sido terrible, hubiera quedado para siempre muerta.

Fija al pie del árbol de las hadas.

En la carretera corría un poco; luego, al percatarse, tomó un ritmo mesurado, un porte de reina primaveral.

Al borde del camino se sucedían las casas, muy alejadas entre sí; abiertas y con luces.

Entró en una. Pero, los moradores se habían ido. Tal vez, volviesen. Buscarán una gallina, pensó sin saber por qué. Como si los convocase, aparecieron, hallándola sentada cerca de la chimenea, una pierna más alta que la otra, las manos cazando levemente las rodillas, el rostro en óvalo, tal como lo había maquillado su madre a las cuatro de la tarde. Siempre al caer de la tarde, su madre la maquillaba; el pelo tan largo como el vestido.

Les miró sonriendo. Ellos le alcanzaron un plato con cerezas. Comió una, dulcísima. Les seguía sonriendo, pero se daba cuenta de que su sonrisa era rara, del otro mundo.

Ellos la agasajaron unos instantes, pero, luego, se asustaron, fueron a la habitación contigua; se conjuraban, murmuraban, acaso decían: ¡Que se vaya! ¡Fuera! ¡Nos va a quemar la casa!

Decidió irse, salió, corría —aunque en verdad volaba— arriba de los jardines, de los canteros de repollos.

Y debajo de la rompiente luna nueva.

* * *

Ahora, todas las noches quedo frente a la Cruz del Sur, después de mucho tiempo sin verla.

Está hecha de cruz,
brillante y candelabro.

Jarro sin jarro con rosas blancas, plateadas y rosadas.

Lazo de negros nardos.

Escueto ramaje.

Bajo este signo nací y crecí. ¿Cómo? Yo. Una europea. Y ¿cómo irme?

¿Qué dice? ¿Dónde está inscrita la verdad? Cada noche su mismo salmo es distinto.

Con unos pocos clavos firmes, oscuros, titilantes, la hicieron.

Con unos pocos claveles blancos fue armada.

Yo creo que cuando nací esta cruz ya conocía mi extraña carrera.

La miro como cuando vivía en el jardín.

Mi falda vuela en el viento o se estrecha en mi costado,
los días huyen, huyen.

Y yo uso las pulseras que siempre usé, entreabro el álbum donde están los primos que murieron niños
y aparece mi madre en su día de novia.

* * *

En una tarde de noviembre (un poco fría), del año... estando sentada en la hierba, mientras los buitres trabajaban el cielo, vi desprenderse de los montes, un carronato fúnebre, y me dio terror; avanzaba distorsionado, galopando.

Me puse de pie; cayeron lápices, cuadernos; la muñeca también se paró y dio un paso con movimiento casi militar, pero no pudo ir, por su naturaleza alejada.

El carruaje traía oscuros plumones y guirnaldas de violetas naturales; pero parecían de artificio. Y se paró

en el sendero un poco más allá.

Al aproximarme vi a la guiante, una señorita, una blanca niña, vestida con un traje triste y blanquísimo, hecho con perlas apagadas y pequeñas azucenas; el rostro, también tieso y blanco, labios y ojos lilas.

Dijo (y su voz se oyó!): Morí ayer. Yo misma me llevo. Pero, extravié el rumbo. Ayúdame.

... ..Al volverse otra página, la tarde ya se había arreglado.

La madre selva marchaba con sus flores.

Y un ave de las alturas cazó un pollito.

* * *

La música no me basta.

Vuelvo a la nada, al viento, al bramido de los perros en el horizonte, el zapallar materno, de donde ella sacaba los zapallitos verdes, dorados, crípticos, con los que hacía el manjar, las máscaras de Halloween.

Yo salgo desnuda o me pongo el velo; así me asomaba a las ventanas de los vecinos.

Cambio de nombre, sucesivamente, tal los colores en el arco, y torno al instante, a ser yo, por un instante.

Y resuenan las liras del viento.

¡Aquellas candelas en hilera!

* * *

Para agarrar a los ángeles, había que proceder rápidamente; si no, se desvanecían; pero, una vez atrapados, eran perdurables; más bien un aroma de las fresias que habían vivido en la casa, centurias y décadas atrás.

Los de más coraje y velocidad les ponían en ollas y cazuelas; hirviéndolos, daban espuma, ellos tan hermosos con sus ojos azules; y blanquísimos.

Y venían los amigos Luis y Juan,

y hablábamos del oscuro amor que nos

unía,
extraño, inexplicable;
y del caldo de los ángeles.

* * *

Vi a la redonda luna negra dando su luz blanca, y a la luna blanca, dando una luz negra, y a los manzanos pequeños y redondos, de impresionante sombra, y a los naranjos con la sombra, y las acacias medianas barriendo el suelo, y lejos, una orquesta de sapos y otros bichos, con una música escrita por ninguno y era lo más delicioso que se había visto. Y pasó el ave-hombre, la ave humana, y de su boca, cayó un clamor, tal una cuchilla.

Y yo salí de detrás de las acacias con mi vestido blanco de vampiresa eterna; mi vestido volaba como un pájaro.

Y el que me seguía, surgió, se presentó; le vi las botas rojas, le vi el manto y los cuernos duros como alambre.

La consigna era no hablar; mi piel temblaba; con la infantil mano me cubrí el corazón. Él, con la suya, de entre las costillas me lo sacó. Lo vi en su mano, era una rosa roja, una rosa blanca.

La luna, redonda como una perla, partía el mundo en dos.

* * *

De un aletazo quedó de pie en el aire. El mundo tremó y se recompuso. ¿Dónde ir? ¿A buscar la gloria? Vivía en las lagunas; era escurridiza. ¿Copular con un ovino? Ya lo había hecho. ¿Qué se puede esperar de los ovinos? ¿Que llegase el pájaro perfecto? Jamás. ¿Ir por la maestra de francés? Daba clases detrás del pedregoso cerro. ¡No! ¡Qué espanto!

Pero, fue por la maestra de francés. La halló sentada.

Enseñando; con un libro abierto. Al ver lo que venía, protestó en idioma galo. Clamó a los celtas.

Una pata gris, por enésima vez, la desvirgaba.

* * *

Tenía el pelo marrón y brillante. El hocico, casi redondo, orejas cortas, erectas. Las patas o piernas y la cola parecían sólo una pieza, peluda y brillante; talle largo, estrecho. Con el pequeño hijo o hija en brazos, pero, no lo apretaba, lo tenía separado como ofreciéndomelo.

¡Qué situación! ¿Cómo había venido? ¿Cómo, desde fuera, corrió el cerrojo? ¡Oh, yo, como siempre, sin cerrar la casa!

Pasé por diversas emociones y di en mucho miedo. Si pudiese hacer un té! Fui al pequeño, viejísimo armario. Busqué perejil, frambuesa, hojas de parra. No había perejil, ni frambuesa, ni nada.

Enfrenté, de nuevo. Ella, de golpe, con una piroeta me entregó el hijo, lo puso en mis brazos; esto fue azorante; y corrió fuera, y al rato, desde la ventanita me miró y me lo exigió, con un visaje, con ira. Se lo entregué. Pero, igualmente, abría guerra.

Como pude, cerré la casa.

Y aquí estoy entre estas cuatro maderas.

Acosada por ese bicho.

* * *

Después del mediodía se oye el paso de la azada, su punteo alegre y un poco tétrico. Aunque no se oye, mamá dice "Niñas, no hablen, duerman". Yo, en puntillas, voy a la ventana y diviso en el aire un ramo de zanahorias brillantes como sexos.

Sobre la mesa del comedor están la jarra de crema, y las azucenas blanquísimas.

De pronto, desde el otro huerto, irrumpe la abuela; entonces, mamá se levanta, y ocupan bajo los árboles, los sillones, charlan intensa y suavemente.

Yo, todo, miro y escucho.

Y me parece que todo es así, verdadero. Como de mármol. Y que va a durar siempre.

* * *

En ese árbol negro, amarillo, verde, fui al colegio. Me trepaba, rápidamente, sin faltar un solo día. La maestra, en las ramas, abría el libro, y yo, los míos. La maestra era una señorita, pero, a ratos, parecía una urraca bellísima. Yo nunca dejé de ir a la escuela. Algún día pasaba del primer al cuarto año.

Cuando caía la tarde mamá salía de la casa, y mirando el árbol, se desesperaba llamándome.

Hasta que yo me deslizaba hacia abajo, como un gato; con el blanco delantal y las perlitas.

* * *

Salí de la cama y me vi puesto un zapato de goma negra; dije: ¿Cómo? ¿Me había acostado con un zapato?

Lo quité, y debajo advertí otro zapato de goma negra. Dije: ¿Cómo? ¿Dos zapatos, al mismo tiempo, en un pie? Lo quité, y apareció otro zapato. Otro. Y otro.

Todos en diversos tonos de negro. Uno, corto y afelpado. Innumerables botines que me sacaba medio incorporada. De sólo ese pie. Con gran destreza y gran lucha. En un clima cinesco y reducido.

Aterrada logré pensar en mi hermana —esto es una grave enfermedad—: podría llevarme a un sanatorio.

¡Vana esperanza! No habría cura. Lo que me pasa mientras me quitaba más zapatos del mismo pie, no es verdad; sólo parece. Y es muy difícil, si no imposible, curar lo que sólo parece.

Al fin simuló anularse todo; anduve por mi habitación en la que había más cosas que antes, una mesa, más roperos; salí por la puerta, no del todo, la misma..

hacia la ribera de la selva de Bangladesh, donde volaban tigres con tres metros de longitud, comiéndose a los hombres (tal si fuesen gajos), negros murciélagos que dan a luz en el aire y en colores y dejan sus crías posadas en la nada.

Mientras navegan una luna nocturna, pero clarísima. Y la mujer de los ángeles.

* * *

El carnaval, cosa tenebrosa. En el ardiente jacarandá mi padre está de fiesta. Él, tan serio, se vistió de máscaro, ¡esas ropas! ¡esas prendas!

Yo me aterro y recluyo; pero, es inútil; desde mi pelo, se estira un papel plateado, brillante.

Los caracoles avanzan en fila ¡son verdes! azules! granates! Vienen camuflados. Bajo toda la tierra resuena un tamboril; redobla sin cesar.

Me mareo; cierro los ojos; cuando los entreabro una gallina cruza las habitaciones, disfrazada de gallina degollada; lleva una cabeza cosida a un pie.

Allá en el jacarandá, mi padre picotea, de perfil, el tronco; ya con traje de pájaro carpintero.

El carnaval, oscuro suceso.

* * *

Era pequeño, morado, afelpado.

Era chico, peludo y morado.

¿La siguió desde el bosque donde estuvo tan serenamente toda la tarde sin hallarse lobos ni zorros? Entró tras ella?

Trotaba (era un decir); corría, volaba, (era un decir) a ras del suelo; hizo una morisqueta nunca vista, impensable, ya que no tenía ojos, ni boca, ni nada.

Ella se aterró tanto y fue a meterse bajo la mesa, pero, hubiese sido peor; quiso gritar y no pudo. Prendió una luz por ver si pasaba algún buen vecino o paseante y se daba cuenta de que era un pedido de auxilio; rezó, rogó viniesen sus tías Anamora y Diamel. Eso sí, —a esa hora!— era imposible.

Un movimiento inaudito se acercaba por el piso.

Abrió la ventana dispuesta a saltar.

Pero, la luz no se prendió.

La ventana estaba abierta y no se abrió.

* * *

Entró bajo su capa de madera y rubí, posándose en un sofá.
Desde un ávido ojuelo me incendió.

Era lo que en aquellos tiempos se llamaba “la primera visita oficial”. La abuela dio un silbo, mezcla de sorpresa, ira y horror.

Pero, él siguió impávido sobre sus finísimas manos.

Yo, que hasta un minuto antes, parecía una niña, me erguí como una mujer.

La abuela dijo: Lavinia.

Yo dije: ¿Qué?

Ella dijo: Enciende todas las lámparas. *Tođas.**

Y me alcanzó una grande y roja.

Mas yo sólo prendí un pálido quinqué al borde de una silla.

Y delgada como un huso, bajo el vestido negro, fui hasta el armario y traje los platos con las hierbas. Y el elixir de arroz.

Comimos y yo agregué: Mi vestido de novia es este mismo; éste, negro.

La abuela miró otra vez el milenario armatoste de rubí que sería su nieto y yerno.

Ella decía: “Tatú”... “ta... tú”. Y él hacía algo como Sh Sh Sh.

La conversación entre los tres, naturalmente, era imposible; nos pusimos a escuchar lo que decían las cosas: el viento alrededor de las torres como siempre, el ardor de los jazmines, y bajo el suelo, una pala, una azada, nupcial, sepulturera..

La abuela retrocedió y se ocultó.

Yo miré al novio encendido casi al rojo vivo. Le besé la espalda dura y crespa.

Mi tiara virginal titilaba por última vez.

Yo misma dije: Vamos.

Y señalé la puerta. Íbamos en el viento por el camino de lechugas y jazmines.

En una de las ventanas nos enfrentó la abuela. (Era una noche oscura con luna fina). Desde sus ojos que aún escudriñaban todo, lo vio desaparecer y me vio desaparecer.

..*

DIAMELAS A CLEMENTINA MÉDICI

2000

a Pedro di Giorgio y
Clementina Médici,
mis padres.

Los poemas de *Diamelas a Clementina Méndici*—a excepción de catorce publicados en el “Dossier Marosa di Giorgio” en *Diario de Poesía* N° 34, Buenos Aires, 1995—aparecieron por primera vez en el tomo II de la tercera edición de *Los papeles salvajes*, Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2000; prólogo de Silvio Mattoni. En esa ocasión, la autora decidió publicar una versión reducida del libro, dejando afuera más de cincuenta poemas que ahora se restituyen, intercalados según el orden que figura en el original manuscrito. En 2001 *Diamelas...* recibió el primer premio del Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay.

Sea donde sea, sé que me estás esperando, allá en lo hondo de la casa de las quintas, con sus cordeles de sol y luna, su pobre y extraña maravilla.

* * *

Mientras hablas, un bulbo se remueve y crece. Sale un tronco en varias facetas. Hojas verdes, duras, y una flor de nieve que es al tiempo mismo de color de rosa, y como siempre lleva tu marca: Clementina. Médici.

Porque la hiciste tú, tú la hiciste! ¡Eres tú quien hace las flores! Con tu cuchillo de cocina, plateado y fino. Tu tijera negra. Laboras en lo hondo de la tierra. Y en la luz haces aparecer los lirios.

* * *

Qué lucha aquella con los mosquitos.

Nos metíamos en los mosquiteros y adentro de ese tul empezábamos a navegar, a ir. Sobre todo que afuera corría el río de las lilas.

Los tules volaban, se alejaban.

Yo te gritaba ansiosa:

—¿Vas tú ahí?... ¿Eres la misma??...

Tú gritabas: —Sí!...

Yo quedaba inquieta igual.

Pero seguíamos bogando noche arriba.

* * *

Cuando te robaron la prenda verde luz.

Y yo era un picaflor entre los naranjos y la vi en el sitio.

Y cerca la raptora oscura, ondeante. O se fingía dormida.

Fuimos las dos. Tu seda verde luz flameaba al aire. Era un higo brillante y desparramado. Y su raptora ondeante.

Pero había una raya que no podíamos cruzar. Tal si tuviéramos miedo y no razón.

Luego, retrocedimos, y corríamos, corríamos. Entre los dormidos lagartos, las bromelias.

* * *

Llueve.

En las tinas se están elaborando sapos y más plantas.

Oímos el borboteo.

Te miro y miro la sucesión de los milagros.

Aunque ya es noche cerrada, todo se sigue viendo.

Estás en el sillón, blanca como el pan y como el nardo.

* * *

Cuando me hablabas de Adelina Patti, y Raquel Méller.

¡O Elena de Montenegro!

Yo tenía un alhelí entre las manos, rojo como una guinda y una luz.

Tú tendrías una revista o una aguja.

Pero como siempre parecías estar haciendo nada.

Parecía que estabas en el cielo.

* * *

Jugábamos al anochecer entre el rosal, las arboledas, y el saúco.

Yo encendía el candelabro que tú apagabas tantas veces.

Y venían los dioses a jugar también. Tenían pies de plata y oro y no dejaban huellas. Y eran manos sus pies.

No nos veían. ¿Cómo era posible, siendo dioses, que no nos viesen?

Y tú estabas hecha con todas las flores como Blodeuwed.

Entonces lo dije y lo digo ahora.

Venían niñas pequeñas de las lejanías, blancas, rosadas, y de color oro; sus caras aún no del todo hechas, a mirarte con labios abiertos.

¿Qué flores eran ésas tuyas?
Puedo nombrar ochenta.
Y hay una que no cuento.

* * *

Si estuvieras aquí. Pero, si estás, digo, si... Iríamos por las veredas a comprar algo. ¿Agua colonia?, ¿un jabón en rosa suave, rodeado por unas puntillas?

No sé. O algo para comer. "Algo chiquito", tal pediste un día. ¿Qué era?, ¿un bombón, un huevo de codorniz? lo qué querías para comer.

Imagino un óvalo y lo izo en el muro. Estás en el óvalo. Como antaño, antes de que yo naciera. Vestido negro, y casi actuando.

El sombrero.

Un ramo florido.

Y ahí, en el ramo, oculto, pero a la vista, hay un amoroso huevo de codorniz.

* * *

No jugabas con nadie, ni con los dioses ni conmigo.

Yo te veía absorta, inmóvil. Y hermosísima.

Nunca te miré comer, creo que no comías.

Te vi tomar té... eso. Mientras ponías un ribete de humo a tus negros ojos y mimabas la cara con almendras.

Entre nosotras pasaron las glorias, las desdichas, (sobre todo), la luz del mundo. Y la infinita luz.

Tú me mirabas, quieta, triste, tomando té.

O te bañabas con almendra.

* * *

Querías verme y ver el sol. Pero, igualmente, te llamaron. ¡Mamá!
¡Contéstame, mamá!

Sí... Frente a todo lo del mundo, tu grandeza es estar en otro sitio.

Voy de visita a la nueva casa tuya.

Es en el aire casi.
Abajo corre el muérdago.
Arriba he visto entrar y salir a la paloma de los cuentos.
Pero no te asomas nunca.

* * *

A veces, cuando veo una pequeña niña, me digo: ¿No será Clementina Médici que ha vuelto?

Y siento deseos de robarla y de criarla.

* * *

Mamá, te llevo en brazos, estrella, nena del puerto del Salto; hija de Eugenio y Rosa, melliza de Josefa, hermana de Ida, esposa de Pedro, veo tus años junto al río, tu ir y venir al colegio (Preve), la Primera Comuni3n fija en la fotografía. La monja que te asistió.

Y la boda, del Carmen, vestido rosa, medias con vainilla, melena breve y ojos azarosos.

Y los invitados todos, sentados en las flores.

Y aquellas flores otras que caían del cielo, blancas como astros, y nadie pudo cazar nunca.

Y las miradas cortas, extasiadas,

hacia ti,

de la comadreja y del lagarto,

nerviosos en tu boda.

* * *

Estoy sentada en el lugar de siempre, en el mismo sitio. Esperando vengas.

Con el vestido azul, el collar y el abanico.

Virgen de las tardes de mi vida.

En tanto arde la estrella vespéral envuelta en lágrimas que hará nacer los lirios, círios, setas rojas y de color de rosa.

Mamá: Eso cómo se llama? Y Aquello ¿qué es?

Enséñame, mamá. Ayúdame.
En medio de esta tarde oscura.
En medio de esta noche fría.

* * *

A estos dos seres que viajaron desde lo hondo de los universos,
a juntarse y a crearme, Pedro y Clementina – Clementina, Pedro,
ahora aparentemente no visibles,
dejo el pimpollo sacro de la rosanieve,
Dejo la rosa roja de la resurrección sombría.

* * *

Pongo a tus pies turquesas, turmalinas, rubíes, y platinos y diá-
mantes, y todos los metales raros del planeta, unos que tienen nom-
bres de flor. Otros que tienen nombres de hadas.

Y la mariposa aquella del Sacrificio, (pero cómo pudo ser?), que,
sin embargo se queda con nosotras!

Y nos mira con sus antenas largas como hilos.

Y aquella ropa de nieve azul.

* * *

Mamá, quisiera darte eso que deseabas tanto. Y no sé bien qué
era. Y se te iba siempre como un cristal de color turquesa en vuelo
al horizonte.

Miro desolada el centro, las confiterías a los costados, las tiendas
gigantescas.

Quisiera darte eso que deseaste tanto.

* * *

Aquí la gente sólo hace y dice estupideces.

En tu sitio hay un jabón de nieve, una magnolia con esplendor
de astro.

Estoy mirándote las medias, los zapatos, el sacón granate con botón de níquel, con que me llevaste a la escuela por primera vez.

La maestra que te miró admirada.
Y el vuelo de un milano.

* * *

Miro al lecho y nunca estás.

Al sillón y ya no estás.

Entonces, llevo los ojos hacia afuera, a los ramajes. Y tú empiezas a vivir a través de mí.

Y vienen los gorriones musicales. Papá está cantando en ellos. Oigo su canto, bello, triste.

Papá está cantando en los ramajes,
y su cántico es bello y triste.

Porque nos ve juntas.

Pero así.

* * *

Te imagino dando a luz tus nenas, Nidia y yo. Joven mujer escindiéndote. Pero, ¡qué milagro es!

Y el día final, vestido azul, la definitiva mano.

Yo creía, no sé, iba a nacer de nuevo bajando por tus bellas piernas, o te iba yo a dar a luz. Se me cruzaban las cosas, todas.

Creí íbamos a huir del sanatorio. Juntas y a vivir.

* * *

Quiero ir de visita a la chacra y de noche. Que estén. He de integrarme con naturalidad. Me volveré chica y muy delgada y con trenzas. Voy a comer en ese plato un huevo de oro; casi seguro bajó de ti, mamá. Y una rosa roja que hay que comer con sal.

Mientras el viento de la noche pasa la ventana, huye, hace girar las nubes, hace girar las lilas, vuelve y huye.

En el inmenso ámbito sólo resuena un grito. ¡Papá y Mamá!

* * *

¡Qué tremendo cuadro!
¡Qué noche inmensa y definitoria!
Tendría que arrodillarme para siempre.
Tendría yo también que dejar de vivir.

* * *

Caían la lluvia, las madre selvas tristes, y tú tan chiquita, tan, la cara bonita; los labios parecían pintados. Ojos semiabiertos.

Entre las lámparas esa gente murmuraba. Es así.

Acaso me estabas diciendo, sin saber tú misma que a las cinco era tu entierro.

Llueve, hay que sacar las plantas. Hará bien a la madre selva. Un día igual a éste, cuando era chica...

Y yo pensaba: ¿Será posible que dentro de un rato tenga que dejar de verte?

* * *

Cocinas las honguitas, las papas de ruedas níveas.

Con el sartén y el aceite mágico.

Yo te miro asombrada, cerca, de pie. Tengo ocho, cinco, dos años.

Pero, si ya es de noche.

Y estás en el sillón, y nosotras frente a ti, en dos sillitas.

Pasa Soto, el único vecino, qué nombre Soto, va por los ramajes, cruza todo el soto.

Tú te meces de miedo, y nosotras temblamos.

Pasa Soto. Tenemos terror de que nos pegue. Y hay algo misterioso más.

Pero no acabará nunca de llegar papá?

Y al otro día brilla el sol en medio de la aurora de oro y tú estás de pie en medio de la aurora, y dices:

—¿Vieron? No era verdad! Pero, de qué teníamos miedo? Pero, de qué?

* * *

Unas plantas dan rosas, otras lises, y hay otras de nuevo estilo y sólo dan a luz alondras. Tu jardín todo bordado a mano. ¡Y aquel tulipán color naranja! ¡Nunca vi nada igual! ¿Cómo lo hiciste? Fue un primo príncipe. Sólo por una semana. Lo rescato desde lo hondo de los años.

Te veo en el atardecer. Entre tus dedos, tu puñal es una hoguera; las cejas, cuidadas, negras, una un poco rebelde, pero, no se notaba, ama jardinista.

Bajo el sol que cae, yo soy tu penitente, y repto de rodillas, tramo a tramo, tramo a tramo, marchando humilde y empecinada, al sitio donde plantaste las últimas violetas.

Y los días del verano en torno al 6 de enero. Los árboles oscuros, frescos, y otros de otros colores.

Y nosotras con juguetes.

Y tú, ojos negros y piel nívea.

Greta Garbo de jardines,
un vestido gris, sandalias finas.

Y eso que me decías de ti y de otros años,
tus noviazgos celestes y dramáticos.

Hay algo que no puedo decir.

Algo insondable se queda por decir.

* * *

Vi subir el sol, ¡cómo antes lo veíamos! sin averiguar nada sobre él. Sólo era un tulipán diamante, un diamante lirio, que nacía, iba a la cúspide y volvía a caer.

Y en ese lapso, dulcemente, pasaban las cosas. (A veces, con miedo, sí.) Hacías las comiditas en tu cocina. Yo podría contar

los nombres, todo detallar, mas nada digo: eran hostias, alimentos sagrados y bullentes. Yo te miraba a través de la ventana y desde un rosal; las rosas, granates, oscuras, místicas, también, como tu saco y tu alma toda.

Yo te miraba desde las margaritas. Cuando tú cocinabas en la eternidad.

* * *

Fui a visitarte y vi dos colibríes. ¡Oh, esos fuegos verdes y en vuelo!

Sé que los mostrabas tú, diciendo: Yo también tengo cosas vivas.
Me serviste desde tu caja,
esas copitas de licor furtivo.

* * *

O acaso me saludabas con esos colibríes.

Habrás dicho: Viene Marosa. Ya está ahí. Le voy a mostrar dos colibríes. Yo soy quien los arma. Pero, vamos a verlos juntas.

Sí, sí, mamá. Ni es necesario que me lo digas.

* * *

Siempre pienso: Yo, aquí, cómoda (es un decir), en el lecho. Y tú, allá, en condiciones tan diversas.

Y anoche me asomé hacia las ventanas.

Había una neblina leve; así las estrellas se veían brumosas y eran ramos de jazmines y de rosas. Entre ellas era tu vuelo.

Y dije: Aunque fuera un minuto, quisiera verte otra vez.

Ven, mamá, hacia aquí. Ésta es tu casa. Soy yo. Yo estoy aquí.

Y rompí a llorar otra vez.

* * *

Me pareció verte muy chiquita, de pie sobre una rama, con ropa de leyes o de monja, larga, oscura, mantón crema.

No; vístete como antes. Recuerdo cada vestido, sus hormas y colores.

Y las cajas de polvos y jabones "Maderas de Oriente", con una cúpula azul sobre la tapa.

Usa uno de aquellos vestidos mágicos.

Ahora que empiezas a aparecer así, pequeña como una muñeca. Y de ramo en ramo.

* * *

Al ver una hoja de duraznero retomé los huertos, aquéllos, nuestros.

Pero ¿quiénes osaron comprarlos? ¿No se advertían? Era cosa para siempre nuestra.

¿No oían las campanas debajo de la tierra? Era cosa sacralizada y nuestra. Nunca serían los amos. ¿No vieron al durazno?

Las flores rosadas y doradas. Apareciendo en ejército a sitiar todos los sitios, como las mil carillas de la Divinidad tan y tan seguida.

Esa tierra es de Eugenio y Rosa, de Clementina y Pedro, de Josefa, Ida.

Y de nosotros, los niños de entonces.

Algunas noches voy y entro, o llego de día y ando invisible entre esos otros que no advierten.

El viento del sur es el más hermoso y fuerte. Está el perro Fénix (San Fénix) cuidando el arvejal, (o se lo comerá la liebre), junto a los espantapájaros, y a la mujer que mueve unas alas para ahuyentar los bichos.

El viento del este colma de agua a los cántaros y tacitas dejados sobre las mesas.

El viento del norte es loco; mueve a las langostas y cometas. Y el del oeste es cauto; tiene preso al sol, ese coco, ese dátil.

Madre Clemen, tú y tu madre Rosa, son las reinas.

Me arrodillo; bajo los ojos, e igual las miro.

Vuelvan de regalo,
vuelvan de verano,
con los batones floreados,
las diademas.

* * *

Tu voz incomparable, opaca.
Tu voz parecida a la de ninguna,
ésa es la felpa que tengo en mis oídos y anda por todo el aire
de la casa.

Esos trazos, irrepetibles, únicos.

En la página preliminar de “Martha y Jorge” (Constancio Vigil),
y de “En familia” (Héctor Malot): A mis hijitas... para que la blan-
cura de su corazón...

Otra vez quiero ir a la escuela. Quiero aprender esa letrita.
O copiarla cien veces hasta saberla, sentada sola en medio de
un jardín.

Y tu mano,
(dedos color diamela), la veo en las fotografías, y en el hombro
de papá.

¡El anillo con rubí del compromiso!

Ese rubí es piedra de granada,
la luz de nuestras vidas.

El rubí sigue volando, sigue brillando por todo el aire de la casa.
Y hasta en el sueño veo esa cosa delicada, ese tránsito, ese com-
promiso.

* * *

Anoche, en la noche, repentinamente, cayó uno de tus retratos
tan hermosos.

Yo lo abracé y por un instante moramos juntas como antes de
que yo naciera.

Me parecía que succionabas ávidamente los latires de este co-
razon.

Te supliqué: ¡Contéstame, mamá! ¡Háblame!
Aunque sea algo parecido!
Y a pocos momentos oí bramar con timidez tu sillón y el armario
al lado.
Yo, en la oscuridad, miraba fijo.

* * *

Poeta, actriz, pintora, nunca necesitó lápiz ni pinceles ni palabras.
Amazona en un corcel blanco, que galopaba y galopaba, fue la
única en cruzar soñando las líneas horizontales.
Pero volvió una sóm-
bría noche a pararse de novia delante de un altar.

* * *

Una mañana muy fría y me había levantado tan presto!
Y sí, en la pared de latón estaba una langosta. Acuática y pare-
cía terrestre. Era muy grande.
Clamé: Mamá! ¡Mamá! ¡Ven a ver lo que se formó! ¡Oh!
¡Se formó una mujer!
Y tú saliste de la casa. Y venías a través del aire, con tu porte
mágico. Lenta como si el aire fuese vidrio. Pasabas entre los tártar-
gos y las rudas.

Yo te dije: Eso. Ahí.
Miraste y quedaste muda.
Las naranjas estaban dentro de un cascarón de hielo.
Los duraznos bajo porcelana estampada, como tazas chinas anti-
guas y colgadas.

* * *

Mamá, ¿recuerdas cómo se formaban mujeres?
Y cómo eran comestibles?
Las sirenitas que teníamos en el plato! Tú les echabas sal y aceite.
Pero, sin quebrantar ninguna.

Hasta una de ellas decía:

—¿Y por qué no, vinagre perfumado, licor de jazmines?

Las llevábamos a la ventana.

Y se iban al fondo de la noche,

al fondo de esa noche,

a la vez alegre,

a la vez aciaga.

* * *

Me arriesgo y abro los espesos velos de las antiguas, (si cabe decir así) de las antiguas cunas.

Y encuentro a ti, Clementina Médici, al lado de tu gemela. Te alzo.

Miro tu vida. La larga parábola, de la ciudad al campo, del campo a la ciudad.

Con aquella belleza irrepetible, única. Ibas diciendo algo.

¿Qué representabas con toda esa belleza?

¿Qué era lo que decías?

¿Qué fue lo que escribiste?

* * *

Nos pareció había pasado la hora. Nos pareció eso.

Nos levantamos corriendo. Algo insólito. Levantarse así. Se decía: —Pero, miremos el sol. ¿Las nueve? El sol estaba entonces, para el caso, en el punto crítico.

Ya había pasado la hora! Nos dormimos? ¿Todos? Mamá tenía un batón granate, de franela, granate. Y la abuela, otro, igual. E igual al de una mujer pintada en un cuadro, ahí en la pared.

Cuando yo iba a señalar eso, empezó de nuevo, la prisa, el correr, nos topábamos, cayó el desayuno apenas preparado.

A escondidas, espí al sol, me animé; era una colmena, se le cayeron unas abejas muertas, unas cuantas. Y, disimuladamente, puse una en la cabeza de cada niñita. Entretanto al sol se le cayeron, también, unas piernas pequeñas, rosadas, muy bonitas, que él criaba y no le servían para nada y las volteaba.

Otros miraron el reloj arriba del aparador. Decían: Es muy tarde, y ya demasiado; nos dormimos.

Y seguían topándose.

¿Era demasiado? ¿Por qué? Pero ¿qué iba a suceder y perdimos?

Me abracé a otras niñas, a una pared hecha de nada. Entonces, mamá miró a su izquierda, hizo un leve gesto de intriga. Lo que ella hacía parecía estar hecho en otro sitio. Era como un alma forrada de seda.

Papá irrumpió aun más desesperadamente.

Ella dijo: A ver, voy a buscar al nardo. A ver. Y salió y volvió. Trajo un armazón en forma de altarcito, hecho con huevos blancos, hecho con copos blanquitos.

Entonces, una breve cinta celeste cayó del cielo.

A nosotros.

Nos tocó.

Y así volvió la paz,

el día de nosotros.

Estoy esperando que comenten de ti:

Se fugó del Louvre la Monna Lisa, y la Dama vestida de azul se fue de Van Dyck.

Y si ya eres la estrella de la tarde, y la magnolia blanca con una boa lila.

Y estás sentada inmóvil como una estatua, al pie de los ríos, contando los cisnes.

Y de pie, como una estatua, en el borde del techo de la casa, ahí, hasta que salga la luna y vengan a rezarte los vecinos.

Decías "Son tazas japonesas".

Y yo en el lecho, con fiebre, las tomaba con una mano pequeña, tremante.

Decías "Fueron regalo de casamiento".

Y yo miraba las piezas nacaradas al trasluz. Y empezaban a vivir las japonesas. Ojos oblicuos, pinchos en el pelo, batones floridos.

Parecía que se movían, o eran también bichos de muchos colores, mariposas plegables.

Tú làs volvías con cuidado sumo al estuche y al encierro.

Qué belleza.

Quisiera tener fiebre de nuevo.

Y que me alcanzaras

tazas japonesas.

* * *

Oí tu leve crujir en el sillón. Clamé: Mamá! ¡Mamá! ¡Háblame, mamá!

Y volvieron a gemir los delicados mimbres.

Y siguieron tus gemidos.

Yo no tenía miedo.

Te escuché un buen rato. Y luego me ađormía. Como si me hubieses tocado y protegido.

* * *

Mamá, ya estoy rondando tus blancos huesos, los adoro, es ésa una cueva de lirios.

Y no hay nada como eso.

Vimos aquellas caras en los troncos; se dibujaban cada vez más, un poco ya sobresalían.

Gritaste: Es la familia!

Murmuraste Ella es!

Y yo veía los rostros del álbum y el recuerdo.

¡Ahí están los tíos Pedro e Isolina! ¡Y Rosa y Ángel!

El tío Juan que viajaba dormido. Los caballos lo llevaban así!

Tía Giustina! ¡Tía Tomasa, murió quemada!

El primo Horacio Médici, muerto en la guerra europea! ¡Lo mataron los alemanes!

Pablo e Irene Médici, murieron de aquella fiebre, el mismo día!
¡A los veinticinco años!

Y seguían, seguían surgiendo. En las hojas, en los troncos.

Cobran una tenue vida, casi movimientos.

Nos hacían, apenas, guiños.

Pero vinieron unas mariposas color naranja, de alas muy blandas y grandes,

y esos alerones,

nos separaron

de aquellas caras.

* * *

Mamá, cómo pudimos pasear tomadas de la mano entre las reinas y reinitas.

Aquéllas, altas, majestuosas. Éstas, enanas y bonitas.

E íbamos hasta el prado de los troncos, por un jardín de las bromelias.

Esas flores rosadas, estrictas como manos y con un solo dedo. Tú me dijiste el nombre “bromelia un día”, como quien hace estallar un sello.

Te sentabas en el punto más alto, y yo a tus pies.

Venían la noche, la casuarina en lluvia.

Las casuarinas que parecían enhiestas y caídas, los troncos por el suelo y por el viento los abiertos abanicos.

Ése fue el rumor de nuestro tiempo.

¡Cómo veíamos en la noche inmensa, pasear las reinas! tan grandes, refulgentes, y otra hilera de chiquitas.

Tú me decías:

—Pero esto no es cierto.

—Fíjate bien.

—No te fijas.

—Son casuarinas.

Y si sólo son bromelias.

* * *

Íbamos de la mano al través de habitaciones desconocidas, y más habitaciones desconocidas, pero, sin embargo, nos hallamos muebles que habían sido nuestros. Y así teníamos angustias, desazones. Yo me detuve y saqué de una cómoda un traje y me lo probé. Dije: Sí, es éste.

Pero lo volví a dejar a tu solo gesto.

Y luego íbamos por jardines y bosquecillos, y más prados y bosquecillos, y se encendían unas casas grandes y rosadas, cuyo brillo era desmesurado, como si estuvieran cerca y las pudiéramos tocar y estuvieran recién pintadas. Y tú quisiste contarlas.

Y yo dije: Déjales. Si cada vez son más. Mira cómo brotan entre las arboledas. Próximas y lejanas.

Y siguieron más prados y otros bosques.

Hasta que vi pasar una oca, corriendo pero casi en vuelo. Y con unos cuantos junquillos en el pico.

Dije: ¡Mira! Vamos a correr al lado de la oca!

No contestaste.

Entonces, me detuve, y me volví y me quedé helada.

Pues me di cuenta de que no estabas, y nunca habías venido.

* * *

Ayer vi el cielo. De vidrio, hielo, de organdí. En un celeste que sólo una vez yo había visto: allá en la infancia usé un vestido en ese celeste mismo. Los torreones, las construcciones, tenían entradas y salidas. Pasadizos, recovecos. Todo bellamente cuajado en ese leve azul de hielo. Y había algún banderín.

Y una luz inmóvil, delicada. Aunque no se veía sol alguno.

Parecía de tarde y no había nadie.

Sólo tú te paseabas por las entradas y salientes.

Con unas vestiduras largas, blancas, con dorados bordes y tu carita de Clementina Médici.

* * *

Bajo el viento que corría, sobre los yuyales, cómo hablabas de la Música, y Rubén Darío, y de todo lo que Era.

Y con tus dedos raros –blancos, lilas– tendías la colcha de oro sobre los lechos.

Sin dejar de mirar por la ventana-puerta adonde yo iba.

Y yo iba, con mis breves pasos, de pequeña liebre, adonde tú estabas.

Tu tijera negra de jovencita, de tus labores; la que perdiste por años antes de que yo naciese. Y un familiar halló en los arenales.

Con ella hicimos los vestidos de la muñeca
y la horma de nuestras vidas.

Tiene dos piernas que parecen cuatro
y unos redondos ojos que fueron impasibles cuando emprendiste el viaje!...

Está en la mesa de luz, quieta.

Con ella cortaste el alhelí rosado.

Y juntas, con ella, cortaremos nuestra parcela de inmensidad.

* * *

Al ver unas hojas de geranios y otras malvas, redondas, oscuras, frescas, me dije: Ni es necesario, Clemén, que estén las flores. Sólo con evocarte, ellas aparecen, reina de las bellas, tú con tu cuchillito de jardín, plateado y fino, corres el telón de las primaveras y lo colmas de todos los frutos y las flores.

Y detrás hay siempre un velo áureo, melancólico, donde ruedan las uvas como lágrimas. Y ruedan las lágrimas igual que uvas.

* * *

Tu belleza, de la que tenías conciencia alguna. De la que siempre te hablaron y no hiciste ningún caso. Por eso esa cara serena y sin un gesto trivial, nunca.

No te diste cuenta.

Y eras una tremenda, angelical muñeca.

* * *

Un caballito rojo te cuida, ahora. Es de madera de boj. (Es un caballo vegetal.) En los bosques. En otros países, y otro tiempo, fue hecho.

Vigila más de lo que le dije.

Cuando vuelvo a la noche, veo el retrato, tu bellissimo rostro en un jazmín.

Y el caballito, allí, al acecho.

* * *

*

Acaso, voy a olvidar tu modo de decir las Salves y las Ave-Marías (me insertaste en la Iglesia Católica, tal si fuera, de nuevo, en tu vientre), caían sobre mí en alhelíes.

Madre Clemen, fui tu hija.

Y ahora soy tu esclava.

Y hay en esto un gran ascenso.

Me arrollo a tus pies, con mi vestido largo, mi vestido breve, juntado en ramos.

Mamá!! El Ángel de la Guarda está en las puertas.

Y es como contabas.

* * *

Iba un insecto, volando verticalmente, con las transparentes alas, rectas. Irisado.

Bellísimo, arrogante, como un dios.

A ratos era diminuto. A ratos era más grande que todo.

Mamá, recuerdo cómo lo miraste.

Y luego dijiste: —Yo...

* * *

Si nos vieran aparecer en los lugares que siempre concurrimos. Unos se acercarían diciendo: –Oh, mucho tiempo, señora, y siempre bella! ¡No la veíamos!?

Otros, dándose cuenta, correrían por las paredes, espantados, mandándome señas pálidas: ¿Qué pasó?!

Y no advierte ninguno que siempre vamos juntas. Y tú vas como eras.

Más esa cosita levísima que te cubre ahora.

Ese arroz,

esa diamela.

* * *

Anoche, en una fiesta, al pasar de un ámbito a otro, la vi ahí.

Yo quedé extraña y dije: –Oh, señora!... ¿Cómo estás?

Me sonrió de un modo reconocible.

Pero, sin decir una palabra.

Sus ropajes eran celestes.

Y sus labios también eran celestes igual al cielo.

Observó dónde me sentaba.

Y luego, para mi desesperación, empezó a desaparecer.

Pasó como un hálito por mis oídos, y dijo:

Allá donde ahora estoy,

todo es brillante

y es todo negro.

* * *

Nidia, es 2 de mayo,

te invito a llevar flores a mamá.

Ella, como sabes, vino al mundo un 2 de mayo.

Ahora, se encuentra en ese dormitorio insólito.

Mes fantasmal éste de mayo.

Es el de los rosales.

Y sí. Lo estás viendo.

Amanecemos con la frente rodeada de rosas.

Anoche, oí un murmullo.
Alguien andaba con unos ramos.
Alguien andaba con las rosas.

* * *

Cuando vi que te ibas, clamé, sin decir nada. Se va la telaraña
toda, la urdimbre de mi vida. Y no. La heredo yo.
Debo mantener los hilos. Cada cosa quédese en su punto.
La historia tan delicadísima, no se va a perder el álbum vivo.
Y así estoy alerta, trabajo siempre.
Es como un terrible ensueño,
o dar de mamar a un lirio.

* * *

Como tú, igual, recuerdo a Aurora Silva, Aurita. Aunque no la
vi jamás.
Tú decías: Fue mi amiga más querida. Era bella. Era buena.
Hablabla en voz muy baja. Para visitarme cruzó por todos los jar-
dines con sus hijos.

Reveo cómo te dijeron junto a los portales, al lado del naranjo:
Aurora ha muerto.

Y tú llorabas pobre Aurita.

Dijiste aquella Salve.

Mas, extrañamente, ella creció a través de ti.

La izaste y trabajaste todo el tiempo.

Y yo, ahora, sola, la prosigo.

Hoy debo de llevar una pilita de
agua, y dos o tres claveles '
para Aurita.

* * *

¡Cómo volaste y revoloteaste sin pausa, mi mariposa bellísi-
ma!

Tus anchas alas celestes, tus alas chiquitas, visitadoras de todos los jazmines y claveles..

Iba tu vuelo, siempre, ilusionado y tenso.

Ahora, cuando hago el viaje y te visito, me digo: Oh, cómo acá finiquitó tu viaje!

Mas, no puede ser, no, no. Algo debe estar. Una fina raya parte de ti hacia el mundo, siempre.

Y tornas a aparecer en vuelo.

* * *

Te veo por el centro. Me enredo con tus alas.

Algunos dicen: Va envuelta en sábanas celestes.

Y yo digo: Pero, si es mi madre. ¿Cómo no ven? Y éstas son sus alas.

* * *

Mamá, eres el Ángel de los Cielos.

Así has de volver con los ramos,
con la buena nueva.

Yo te espero en el rosal,
en la casilla de la muñeca.

Como cuando venías o te ibas.

Y venías,

con otra muñeca
o sin nada y con una flor.

Yo soy tu mariposa

y tu racimo.

Tú dirás sonriendo, "marosita".

Yo, sonriendo, gritaré ¡Mamá!

* * *

A mi bella durmiente

en su día,

llevo el clavel rosa. Rosa porque es rosado y porque casi es una rosa. Y lo pongo dentro de su alma, de su cúmulo encantado. Adentro de su armazón de porcelana.

¡Ella es!

Pasan muchos. Todos van con ramos.

Ella todavía un poco abre las alas. Y me protege.

Hasta que yo digo: Clemen, mamá, es tarde, debo volver.

Ella dirá: ¿Adónde? ¿Por qué?

Pero ve cómo inevitablemente yo me alejo.

* * *

Desde mis pocos años, yo veía los tuyos como algo serio. Ahora sé. Sólo eras otra niña pasando por el patio de la casa. Pero tú tenías algo gris, sombrío, y blancamente sombrío, como si desde dentro de ti saltaran nardos.

* * *

Papá, vamos a encender claveles para ti por todos lados. Dice mamá: Vamos a encender claveles para él, para Pedro di Giorgio.

Vamos a encender más y más.

Refulgen ya por todo, como yemas, como astros.

Papá, tengo como una locura en este día, en esta extraña tarde.

Quiero prender claveles

para ti en todos lados.

* * *

Mamá, querido cisne, vamos a discurrir por la Naturaleza, que fue nuestro ámbito desde el nacimiento.

Aquellos siempre verdes prados,

aquellas azucenas.

Va a ir también papá.
Vamos a cortar los lirios.
Ya te veo en esa roca
y el ramo allí en tus brazos,
los pétalos rozándote la cara,
mientras se va la tarde toda,
y se cae el sol,
delante de tu cara,
delante de tu ramo.

* * *

Cae otra noche de color extraño. De los caminos y los muros
sale el bramido de los tucu-tucus.

Tucutúc-Tucutúc.

Es un llamado y una sorpresa. Una sorpresa y un llamado.

Las estrellas ruedan sobre mí, que quedé inmóvil, de pie.

Algunas son celestes, y no todas brillan, algunas son opacas
como lilas o diamelas.

Mamá está viva. Pero no resucitó. Está viva. Y quiere librarme
de las raras estrellas. Y puede poco. Observa. A ver si a ella tam-
bién caen. Y así es.

Nuestro hogar quedó lejos. Como si lo hubiesen trasladado
a un sitio remotísimo. En algún momento en que cerramos los
ojos.

Y nos dejaron solas bajo el arco iris.

* * *

Mamá, una oveja nos va guiando, es vieja, veo sus barbas canas,
los bucles secos, mira cómo va entre las retamas, las chircas duras,
los nomeolvides dulcísimos, y esos arbustos que se abanicen por el
suelo como si hubiese mucho viento y no hay ninguno.

Vamos andando mandadas por esa ovina que va adelante.

Oh, qué hondonada, mira! Es gigante!

La luna huye volando entre las ricasas nubes.

Bajamos a lo hondo de la hondonada, después de mucho tiempo y en poco instante. Qué panorama. De esa pequeña casa ¡Oh! sale papá y dice: ¡Vengan! ¡Ésta es la casa!

Yo alcanzo a clamar: No, no es ésa. No.

Pero veo que tú entras y empiezas a hacer tareas de cocina, y papá te ayuda, como siempre.

Yo, aún en el umbral, miro a la oveja, que se quedó clavada, y entonces le veo los ojos. Son de vidrio rojo; de juguete.

Y desde allí, clamo: ¡Mamá! Esta oveja que nos trajo no está viva, no es de verdad.

* * *

Creo que vi muchos eclipses. Tú me dices: Es un eclipse. Traigamos el vidrio ahumado. Ahumémos éste. Ya está.

Yo paso en torno al jazmín como 'en un rito, salto levemente por tus violetas, las clavelinas de carmín, de fresa. Su perfume a pastel con miel.

El sol en el vidrio es una yema de paloma; en medio de lo negro, eso rojo, tenebroso, chiquitito. Entré las estrellas que salieron de día pasa alguien. "Es Dios con traje negro", dice tu perlada voz que constata los milagros y los sobrepasa.

Andan oscuras alas por los prados de la avena y del maíz.

Mamá, ¿dónde estás?!

Ya no me importa si de mi vidrio se resbala el huevo.

Pero, si estoy aquí!

Me aferro a tu vestido que era gris, hasta que aflora de nuevo tu cara cinematográfica, en blanco y negro, de entre las guías de un rosal.

Mamá,
es muy largo ahora este eclipse.
¡Aparece de nuevo!
¡No puedo más!

* * *

Se oye una conversación lejanísima en el horizonte; es en voz baja, pero se oye claramente aquí.

Los perros de la vecindad corretean a las ratas.

Un animal desconocido se queda esta noche en las magnolias.

Es negro, grande. En el lomo tiene ojos verdes. De la misma textura y el mismo tono que un collar largo de mamá que siempre guardó en el ropero, sin usar.

Y se llama Raúl.

Qué raro que se llame Raúl. Y que yo lo sepa. Y que...

Si sólo es un animal desconocido que va a dormir aquí por una vez.

* * *

Cómo estoy en medio de la tormenta plateada y en el jardín. Si sólo tengo tres años y es tan tarde. A través de la tormenta se filtra la noche azul.

Tú duermes. Y tu aureola se enciende como nunca y me incluye como si yo también tuviese aureola.

Y está tu gajo de nardo nupcial, devoto.

Pero hay una soledad, una fragancia fría, tal si los nardos estuvieran rotos.

* * *

Miro hacia tu cama y nunca crece.

Separa los encajes de la eternidad.

Y de tanto en tanto pasas, jazmín, ceñido por tu extraña neurosis, un picaflores negro.

Corro la última blonda, los visos.

Pero, entonces tú desapareces. Y eso.

* * *

Oh, andan las ranas, en la laguna, pero por todo; esas raras ranas, hechas de nada y de canción de cuna.

Mamá, como aún tú y yo estábamos vivas, salimos del jardín de dalias,
y nos aventuramos en la noche oscura.

* * *

Mamá, cuando salíamos vivas de las calas.

Y éramos dos mariposas blancas.

Y más adelante, dos mariposas negras.

Y no se sabía bien cómo era eso.

Y luego, una blanca y otra negra.

Y tampoco se sabía bien quién era quién.

Hasta posarse una en un vidrio, y otra en un maniquí —que parecía que hablaba— y dijo “¡Ay! Tengo mucho miedo”, al sentir el aplique.

Y como estampas quedábamos fijas.

* * *

Partíamos del romero sagrado al lado de la puerta. Yo en el centro, y al lado, tú, mamá, y adelante iba la Virgen, cuyo velo celeste pasaba entre las espinas y retamas, sin prenderse.

Yo miraba los zapatitos de oro de esa Virgen (aunque a ratos no los tenía, pero volvía a tenerlos).

Y tu rostro de marfil rocío iba de la Virgen a mí y de mí a la Virgen.

Yo decía: Mamá, no nos alejemos mucho del romero. Y tú, tocándome el hombro, me decías:

Ella es la Virgen. Mira cómo vuela.

* * *

Por un día retornaremos. ¿Cómo? Nosotros mismos nos invitamos. Una voz dice en lo desconocido: Pero si no hay nadie y ya no hay nada.

Se fue la magnolia a pie hace tiempo. No queda un vaso en el

altar ni un ratón entre las hierbas. Los vecinos callaron: así no hay calumnias ni hay hogueras.

Yo contesto desde lo desconocido: No es así. Estoy viendo todo igual. Te quiero. Te vi pasar al atardecer y no me miraste. Pero es lo mismo. Te quiero igual.

Vamos a abrir la olla.

Mamá, ¿qué estás poniendo?

¿Eres de pluma?

¿Pusiste un huevo?

Todos lo comeremos ya.

Me asomo a las ventanas. Los enanos llevan ciruelas en un plato. Giran en torno de la casa y giran. Pero ¿adónde las llevan?. No se van más. Las llevan a girar.

Izo una cometa. Es rosada y es de oro. Tú me dices: Está el viento en contra.

—Sí, mamá. Mira! Ya se hunde, cae en pico sobre el caserío.

Como si les mandásemos una sorpresa y un aviso.

Mira, oye, ya están llorando y están riendo. Y no saben qué les pasa.

* * *

Cuando te veo, veo dorados racimos de uva en la interminable tarde de las chacras.

Mis sueños pesaban ya en mi frente tal guía de palomas. (Aunque no lo advirtiesen y algunos lo fichaban.)

El alambre del porvenir, tenso, convocó a todos los pájaros.

Tú venías desde las vides, como una emperatriz de mármol trayendo fresas.

Y no. Nunca trajiste nada de las huertas.

Tal vez comías en un gesto apasionado y fino como en un orgasmo.

Pero no te veíamos. Sólo aquel exquisito, invisible y maravilloso tinte de desprecio.

Yo te busco en las tacitas y en el jarrón. Ese jarrón en un liviano celeste puro hueso.

Pero, ahí no estás fantomas inocente,

y madre desaparecida
y brezal de la princesa.
Yo me aferraba a tus rodillas,
a tu cintura sacra,
de donde me desprendí un día
para quedar entre tus manos blancas.
Y ahora ¿qué?
Vuelve y vamos, juntas
por la noche oscura
por la luz del alba.
Dirán: Ahí va una hija con su madre
y una madre con su hija,
hacia el nunca más. Hacia

* * *

Los animales están llegando. Uno, delante del pequeño portón de la casa. Es blanco y muy extraña su boca.

Te digo: —¿Quién es?

Tú lo miras y desvías la mirada como si no te animaras a contestar. Luego, murmuras:

—Si yo te dijera quién es...!

Horas después, en otro sitio, baja un ave, de patas y alas gruesas. Un ave nocturna. En el primer caso también era de noche. Porque estaba todo en blanco y negro.

Madre Clemen yo conozco los componentes de la casa. Aunque, a veces, pregúntele.

Esa verdura oscura, el hongo de espesa testa diciendo: Soy el amo. ¡Obedezcan! O hagan lo que quieran. Pero soy el dueño, eh.

Y en la rama la puntual comadreja. Habrá nacido ahí, ya adulta y con hijos e impuesta en cacería.

En los armarios las tazas son cráneos en hileras, huecos y blancos.

Y Dios. Nunca se ve.

Pero es

de la familia.

* * *

Las manzanitas, noche de lluvia por medio, se vuelven grandotas y rojas, a lo largo de la rama.

Hay caracoles. Tú gritas suavemente: ¡Este es rosado! ¡Hay uno celeste! Y hay otro con tres picos en la espalda, maravilloso. Será el Rey, el Druida!

Y miras azorada al viento que mueve
los gladiolines nevados,
la naturaleza viva.

* * *

En un cementerio agreste, recuerda, nos hallamos cofres con huesos, un nombre algo borroso. Se acercó un vecino y dijo: Ah, sí, un nieto de éste tiene tienda en El Sauzal. Y una bisnieta estudia para médica. Con sacrificio...

Los huesos oían correctamente.

* * *

Tus ojos se cerraron. Y el mundo está trémulo. Las colinas amarillas volverán a engendrarte, la tierra negra de las lilas, o la blanca arena de claveles.

Volverás nevada como eras y cantando sin que se oiga algo que se confundía con el silbo de las palomas silvestres tan labradas, o el aire entrecruzando a los alhelíes y claveles.

Yo saldré del rosal donde te aguardo.

Tal vez se oiga un grito o una risa leve. O saldrá de entre las plantas, un banderín.

A los lejos habrá una representación
que miraremos asombradas
casi sin creer,
y que contará cómo volviste
a mi lado y a tu ser.

* * *

Ahora, vives en la lámpara. Me haces “shit” “shit”.

Ya he tocado esa dura organza. Me dices: Vivo aquí. Te miro desde aquí.

Y: Mientras vivas, viviré, me pones diamelas profundas, perfumadas,
como las de la huerta
de ayer.

* * *

Estuve observando el Paraíso. Y si no existe, la representación de un posible paraíso.

Las palomas cruzaban en bandas. Blancas y grandes aquí, menudas y grises allá.

Llevaban bajo del ala grandes bordados en negro hilo, pspuntes y puntadas, hilvanes impresionantes.

Y mientras te echaba más diamelas, seguí contemplando el Paraíso. /

* * *

Vivimos siempre en aquella villa, detrás de la reja y las flores amarillas.

Decíamos: —Habrà que ir̃a la ciudad. Tendríamos que ir. Y para eso es preciso hacerse la ropa.

Y diciendo “ropa” como quien dice “plumas”, “dalias”.

Pero todo siguió igual.

Papá con el roído traje que le sentaba bien.

Mamá, con el suyo negro, de cintura breve.

Y yo en el sempiterno vestido rosa sacado del tapiz de aquella silla.

Siguió todo igual.

Hasta que voló la tarde leve como la luna y subieron las aguas por las arboledas, colmadas de hojas como estrellas amarillas.

* * *

Si al fin estuviéramos juntos, cada uno en su parcela, y cada uno, sobre la placa, también, el alma, una mariposa que no quiere volar, tal vez a medio hacer.

Y será en la aurora y habrá luces, y habrá penumbras.

Y Jazmín nos regará, uno por uno. Con una regadera extraña.

* * *

Si nos despertáramos cantando en el atardecer para reingresar como siempre al otro día.

Pero si tú no oyes definitivamente. Y yo también he de callar y dejar de hablarte... por lo menos sigo escribiendo esto. Cuento que nos conocimos y nos quisimos.

Y que la gente decía de muy lejos:

Mira, mira, allá, allá lejos
va una bromelia con su hija.

* * *

Ingresó preguntando por la ciudad de Taza.

Colgaron un afiche y lo prendieron en el aire: Ésta es Taza.

Se oyó una voz: ¿Quién pregunta?

Y respondieron:

—Clementina Médicis... Médicis Clementina —es quien pregunta.

Colgaron eso también en el aire.

Otra voz aclaró:

—Ah, es el hada. Es la habitante de los robles.

—Es la habitante de los robles. Hoy se levantó olvidada.

(Poitiers —92)

* * *

Anoche, pusiste al jarro en vuelo.

De pronto, vi esa loza de color naranja, que iba, alto, ya cerca del techo, como una flor desprendida del tallo.

Y, entonces, se oyó brevemente tu risa seria.

Y el cuenco volvió a su sitio,
cerró las alas.

* * *

Los matorrales que parecían secos y estaban vivísimos. La parte de abajo del puente donde el amor infantil entreabría las alas.

Una tarde volaba una niña con plumas rosas sobre aquellas estratagemas de amor mal dibujadas y alhajadas. Ella planeó diciendo: Soy color rosa. Vean mis plumones hechos con rosas.

Y seguía en el vuelo.

Y tenía los ojos oscuros muy brillantes, los dientes algo separados.

Mamá me decía: —No te acerques nunca a ese sitio, a ese puente. Yo vi una niña que volaba y era como el diablo.

* * *

Iba por las grandes tiendas. Tenía poco dinero, mas compraba sedas rosadas y muñecas. Salida de una película. Y no parecida a ninguna. Envuelta por ese nombre Mamá como una puntilla.

Aún no lo sabía pero yo ya estaba haciendo su nido y el de los otros, con ramo de bromelia; hierbas extrañas (de las que usan los pájaros), oro en pelusa y salvajes papeles.

Donde ellos para siempre quedarían guardados, quedarían cuidados para siempre.

* * *

Sacaba desde la naturaleza. Una gamuza, un mosquito y un cuervo.

Y los ponía cerca de sí.

Un vecino miró y dijo:

-Y... esto.

Nada más dijo.

En el sur suceden pequeños huracanes.

Las muñecas, equivocadas, empezaron a caminar. Dejaban las cajas y las salas. Como si les hubiesen dado cuerda, o fueran seres humanos.

Dijimos: ¡No se dejen engañar! ¡Sólo son muñecas!

Pero, igual, atrapó una y la puso al lado del mosquito.

Y así culminó la tarde de aquel día. Hasta que vino la sombra a orlar todo con una vuelta azul.

Fue en ese instante, que Clementina Médici, Médici Clementina, colocó su rostro de perfil sobre la luz.

* * *

¡Qué mañana hermosa! ¿Cómo estará el áloe allá? ¿Cómo están las rosas? La rosa bronce, la rosa altar. Estarán buscando con ojo de perfumes, dónde va mi madre, hasta que la ven y dicen: ¡Ahí está!... ¿Cómo decían...?

rodeando ya su vestido lila, su vestido suave, sus cejas finas.

Y mamá dirá:

¡Qué mañana hermosa! ¿Cómo están las rosas!...

Pero, ¿qué me pasa?

¿Las rosas no me dejan caminar?

* * *

Mamá, una mujer más alta que todas, algo rígida, un poco emparentada con un bicho de labranza, con un buey o una vaca, estuvo incomodando suavemente durante todo el sueño.

Parecía una maestra del primer grado

(por qué? si no se asimilaba en absoluto a nadie),

que hubiera fallecido recién y fuera ése su aviso exagerado.

* * *

Virginia y Rosaura reaparecieron en el jardín. Iban vestidas de broderie. Celeste.

Una voz, desde lo desconocido, dijo:

Tu madre las vistió y ella misma hizo el broderie.

Yo contesté:

Pero si no puede ser. Mi madre no las conocía; no las conoció.

—Fue ella, sí —insistió la voz.

Ahora el broderie era rosado. Y las niñas iban, a la par, entre las hojas jugosas y lujuriosas del jardín.

Así que mi madre las había conocido y vestido en lo desconocido, en el más allá.

Ahora, una iba de rosa y la otra de celeste. Ahora... Quedé en suspenso.

Hasta que divisé otra forma avanzando allá arriba, pasando a través de todo, como si nada, como una línea. (Llevaba una especie de objeto con luz salmón.)

Y era quien propagaba las noticias.

(Río de Janeiro -93)

* * *

Marzo de mañana o noviembre, cuando todo estaba por suceder, y allí en las ramas.

Mamá lucía su nombre "Clementina" como una tira de cristal por las sienes.

Y estábamos nosotras. Y estaba Marge, esa hermosa muchacha que nunca había existido, pero que se nos aparecía a todos, desde siempre, en la imaginación.

Esa vez Marge iba surgiendo detrás de mamá; muy bella, con un vestido verde, en leves pintas, vaporoso y largo.

Y a pesar de amarla de veras, tuvimos miedo ese día. Y celos, de que ella se casase primero. Y con el muchacho que queríamos más.

* * *

Mirada desde lejos, tu vajilla era chiquita, de muñecas. En aquellas cacerolitas picabas ají y papas del tamaño de unos pimpollos de rosa. Y con eso alimentabas a los cuatro?!

Por la ventana caminaba el sol, y un día se te cayó en la olla. Hirvió hasta quedar rígido, y blanco y brillante como un huevo.

Ibas por los dormitorios mostrándolo: —¡Cociné al sol!!

Y tenías una sonrisa pícara,
un poco espantada.

* * *

Mamá, hoy te recuerdo hirviendo agua para lavarnos los ojos. Eras Santa Lucía. Como si tuvieras nuestros ojos en un plato. Los abrillantabas y nos los ponías en el rostro de nuevo.

Se veía entonces, el mundo tan hermoso! con muchas rosas, una paloma blanca.

E íbamos así a la escuela para que otros niños vieran también esos brillantes ojos.

* * *

Después de tanto tiempo, subió de la tierra, Pedro, nuestro padre, y se paró delante del guindo.

Al instante, revoloteando, estaba mamá y dijo sus frases impresionantes.

Todo era ambiguo, gris, como en un retrato.

Y sin embargo

* * *

En sueños llegó mamá y traía grandes frascos de perfume, adentro de bolsones que tenían inscritos, poemas. Y los repartía entre Nidia y yo.

Dijo: —Vengo de un ñongreso de poesía. En la ciudad de...
Atrás de las colinas.

Dije: —Sé bien dónde está el congreso. Sí.

Y ella nos daba las botellas doradas envueltas en poesías.

Repartía eso.

No la veíamos, pero era ella.

Nunca la vemos bien, pero es ella.

* * *

Yo iba de una chacra a la otra, y los teros cantaban jubilosamente, como si fuese a suceder algo grandioso.

Yo miraba al este y al oeste, viendo por dónde se levantaría el prodigio.

Llevaba algo que la abuela enviaba para mamá. Un huevo celeste, chiquito.

Pero antes de llegar se me quebró entre los dedos. Tuve miedo, espanto, no sabía cómo explicar y no expliqué nada. Tiré la cascarrilla azul y la miré en el pasto. Me lavé los dedos. Los teros anunciaban algo inimaginable, y no sucedió nada. Sólo eso.

* * *

Sábado de tarde. Acaso, lleguen visitas. Ana, María, o Isabel. O, mamá, alguna de tus primas.

De pronto, empiezan a revolotear los pajarillos salmones. Y es que hay alguien en el jazmín.

Puede no ser una mujer.

Tal vez un zorro, un gracioso gamo, un astracán o un perro.

No olvidemos que vivimos al pie de Lhasa y cerca de Bangladesh.

* * *

Anoche, 31 de enero, en sueños, vi a mamá. Nos abrazamos estrechamente, cerca del ropero. Estaba tan bella, tan blanca, tan igual.

Me decía en un tono de levísima súplica y con una sonrisa casi:
¡Quiero quedarme un poco más aquí!

Ten paciencia,
yo le contestaba.

Pronto, aquí, retornarás.
Y lo que yo decía, en sueños era verdad.

* * *

Mamá, vino el druida, el cura, y se llevó las perlas, robó tu collar.
Yo lo perseguía por el bosque, le gritaba: Dame las perlas!...
Y él se volvió y gritó:
Las llevo para el nido, las voy a empollar.

* * *

Mamá, cuando ese tren parte la noche, quisiera escribir una novela. Y en ella eres la actriz cinematográfica presentando su película. Y el fotógrafo te alumbra sin cesar. Y sonríes levemente o no sonríes nunca.

Pero algún audaz te roza los dedos, y cae fulminado.
Y sigues por
tu camino de jazmines y de lilas.

Y dicen todos: Ella es la reina. No se le puede rozar ni una mano.

* * *

Cada noche vamos en el avión cerrado, negro. Murmuras: ¡Qué horror! ¡No quiero venir más!

Y yo te digo, al volante: —Pero, no, no...

Cruzamos por espacios geográficos y metafísicos.

Y a nuestro
paso todo se parte por la mitad.

Y al instante queda como antes.

Entonces, sonríes y dices, dulcemente: —¡Ah!

* * *

Y un día decir adiós a “La Quinta”, para siempre, a los poemas?...! A mis padres ya sólo vivos como figuras transparentes en mi imaginación. A toda la familia de pie sobre flores.

Oh, yo quisiera poner huevos. Y de mí resucitasen todos. Y darles yo de comer y de mamar.

Mas, sólo estoy sentada aquí, entre estas sombras que se aproximan en la noche intensa.

Y en el jardín imaginario el extraño silbido de una liebre, y las resedas.

* * *

Somos cinco. Y me eligen para ir primero al matadero: Está bien.

Empujan con cuchillas.

Me espanto y me resisto y retrocedo.

Mas ya hay mucha sangre en mi vestido.

Mamá, sálvame, mamá.

Pero tú cuidas las hortensias de otro lado.

Es muy difícil.

* * *

Para sacarte de ahí-voy a vestirme de ángel. Ya estoy reuniendo las plumas y las perlas. No sé si ubicar éstas en la frente o entre las plumas mismas.

En la mano llevaré como lámpara un Jasmín del Cabo de la Naturaleza, ardiente, esplendoroso, más blanco que nada, más blanco que todo.

Tú dices: –Pero, ¿por qué preparas esas cosas? Si tú sabes volar. Si volabas, no recuerdas cómo volabas?

Sí, hoy mismo –respondo– vi jardines en vuelo, pequeñas matas con flores rosadas, en todos los matices. Y al parecer eras quien ordenaba las hojas y los pétalos. Sí, eras tú; era el viento.

Pero, ahora, debo vestirme de ángel,
para pasar esas Puertas.
Estoy reuniendo las plumas,
colocando las perlas.

* * *

O no sé, me derrumbo. A lo mejor sólo estás en el suelo. Amarilla y chiquita. Y yo no sé cómo estás.

Mamá, quisiera besarte.

Hace tanto que no te veo,
que no vienes por acá.

* * *

Mamá, la vegetación del mundo sigue siendo la misma, a través de tantos y tantos años. Hoy vi pasar las azucenas-focos, y a la gasalirio, y el jazmín de gasa. Y el jazmín-rocío. Me cayó encima un agua fría, perfumada, como cuando era chiquita y me llevabas de la mano, y yo decía: —Debo ir a la escuela; debo hacer los deberes. Enseña-mé.

Quiero rezar. —Enseña-mé.

Aunque yo ya supiese hacer los deberes y supiese rezar.

Pero me gustaba que me lo enseñaras de nuevo.

* * *

Abuela Rosa y Rosabuela,

yo te celebro, te homenajeo desde lo más profundo de mi ser.

Los frascos del dulce, maravillosos. El dulce se desplegaba adentro como un vestido, un pavorreal. Oh, ese color granate y ese negro con tantas luces.

Pero ahora hay un hueco, un ábside, un rocío altar.

Pero ¿dónde están las frutas?

Las persigo con un cuchillo para cortarlas, abrillantarlas.

Mas, no son iguales.

Las tuyas vuelan lejos con vestidos de cola, diademas de hadas.

* * *

Los vegetales con que complementabas nuestra salud, el áloe, el saúco, la madreSelva, el duraznillo, la malva, el llantén y el benjuí, te saludan desde esta mañana tan hermosa, dicen:
—¿Cómo estás, Clemen, y cómo estás?
con una vocecita, una sonrisa dulce, inmortal.

* * *

Yo sé que estás acostada, con las manos en el regazo.
Esperando que yo llegue y te diga: Levántate y vamos.

* * *

Tus estudios de costura, de bordado, de sombreros. Fueron una fantasía. Modista mariposa. Y 6 de enero.

Me explicas: Yo me hice ese vestido.

Y lo muestras en el retrato.

Y yo te veo un ramo entre los dedos.

Y tu rostro de Greta Garbo.

Pero, no, no, no es así; esa cara era sólo tuya, única, de Clemen, de mamá.

Pido a Dios que me guarde ese rostro para siempre. Con todas sus perlas, con todo su ornamento.

Clamo por él, desesperada, en cruz por los jardines.

De pie en el viento.

* * *

Mamá, no te abandono;

estoy sentada siempre junto a las plantitas que te acompañan.

Anda una mariposa; desde aquí la veo; pasó una golondrina; y tú catalogas todo como siempre.

Te veo las pequeñas manos.

Los dedos eran junquillos y en sueños parecía que sufrían.

Pasan ahora en vuelo tu pelo negro,
tu sonrisa apenas,
tu vestido de novia corto y rosado
y tu voz lila.

* * *

Los objetos del Universo tirados por aquí, por allá; los separa un abismo y no parece.

Unos son negros, no visibles; otros cubiertos de azúcar y de nácar. Fulguran el Centauro, la Liebre, la Virgen, el Jazmín y el Biscuit.

Y entre ellos surges con un ala en alto, y la otra graciosamente caída. Tus ojos de veinticinco años, (fueron los de siempre) negros y profundos, y una sonrisa leve, triste, como si pidieras a Dios la felicidad u otras cosas insondables, no sé. Pero conozco y no olvido esa sonrisa.

En la noche, en lo más hondo,
remoto, del Universo, surges.

De pie como una reina.

En medio de los objetos negros, invisibles, y los otros, en oro deslumbrante.

* * *

Te veo en todas las lámparas, en todos los jazmines,
sobrevolando las plantas que plantaste,
regar de nuevo las bromelias, decir como decías: —Mira, parecen manos entrecerradas.

De porcelanas rosadas.

Alguna vez bajarás de la luna donde vives, y te esconderás entre los alhelíes, junto a mi ventana, que es aquélla.

Y entredormida, me estremecerán, y asaltarán,
tu misteriosa proximidad.

La luna fría.

* * *

Decías: Esto es bromelia, y es esto, nardo, y aquello, narciso es.
Y sacabas para la Virgen.

Así crecí entre ramillitos.

Recuerdo que ponías algunos en tu pecho.

Y me invitabas: –Usa este ramo, esta madreSelva.

Y yo, con ello en la cintura, me iba hacia el portón –el viejo portón de palos verdes– y estaba inmóvil –mientras alguien pasaba solo, y me miraba, entusiasmado y sorprendido: como si el ramo hubiese salido de mí mismo, de mi propio ser.

* * *

El más bello viaje no es hacia la China. No. Sino a aquel membrillo de bocas rojas como coágulos. Perfumados.

Y la gallina salvaje, todo veteada, que venía del monte a charlar con mamá, y le decía: “Clementina”. Y un día trajo los polluelos a presentárselos.

Y un día mamá la invitó a merendar.

Así se sentaron cerca del aparador. La señora con su tacilla de nácar.

La gallina picoteando un arroz de color.

Yo estaba hondamente azorada.

Y de pronto vi en la pared, una araña con una pinta verde, que trepaba sobre sus piernas de hilacha, a ratos vacilando y avanzando, como quien quiere a toda costa alcanzar el destino.

Y tuve terror de que la gallina la viese, (porque miraba hacia arriba), y volase y la tragase.

Y así se hundiera en la nada
aquel día divino.

* * *

¡Qué palabra “huérfano”! Mi madre la decía y yo clamaba:
–Pero, qué horror! ¡Qué es?!

El que no tiene padres, eso es. Son muy malos los padrastros.
Mira, esos.

Ahora, soy yo la huérfana. Ya no me queda casi nadie.

Me paro en el cañaveral; en el adecuado sitio, y miro.

Si estuviese el abuelo Eugenio, siempre de reloj y traje, con la canasta de manzanas, a las que él mismo creó. Y tienen brillantes en las alas!

O el abuelo Doménico, también de Italia; nunca lo vi y lo veo siempre, lo estoy mirando, y trae el canasto de ciruelas, cubierto con una mariposa grande, hermosa, y se ven las ciruelas a través de la mariposa.

Espío si llega mi madre-rosa-abuela, y porta en el regazo una gallina del monte, una gallina lechuza, de ojos raros, o trae el delantal lleno de incontables huevos blancos que me alucinan.

Apenas vislumbro, mamá, lo que dicen tus ojos negros; había más allá de ti otro más allá.

Si llegaran las tías, Josefa, Ida, Rosa.

Y los otros deudos.

Si viniese Magdalena.

Y el perro Fénix, San Fénix. Cuidó el arvejal bajo la helada, reía con nosotros.

Y los demás perros y gatos y vacas y caballos.

Nos ayudaron sin cobrar un céntimo. Eran guardianes, labradores y nutrientes. Sufrieron sin reclamar, sin una lágrima.

Nadie llega. Nadie.

Me aparto del cañaveral que canta..

Voy al centro del campo, al silencio y a la luna. No escucho nada.

A veces, parece oírse un silbo; cae una hoja seca sobre mis trenzas. No me muevo para que no se desmenuce.

O leo una carta larga, blanca, blanca, blanca, sin ninguna letra, sin noticia alguna.

* * *

Estás junto al ropero. Apenas entreabres las puertas y miras lo que hay adentro. Y yo te veo las bellas piernas, aquellas medias opacas, transparentes, el vestido (es al mismo tiempo uno de antes

y otro de ahora), los ojos negros, invencibles, miran al porvenir como si algo aún pudiera haber, como si pudiese tornar la vida, y ser otra cosa mucho mejor de lo que fue.

* * *

Arroz de madre, mamón oscuro, clara teta.

Entretanto, pasa la mulita en su abierto cofre con patitas, de donde nunca nunca caerán y se perderán las pedrerías.

Perdón, Perdón, pide el tatú ese.

Y prosiguen la noche, la madre, el día.

* * *

Es Lunes Santo, mamá.

Hay pastitos blancos abajo de la cama.

Las plantábamos juntas.

¿Te recuerdas?

Cuando tú y yo éramos niñas.

Y me enseñabas a poner pastos en los floreros, abajo de la cama y que quedarán blancos.

Porque era la Semana de Dios.

Los días del milagro.

Ahora, te reveo, insólita, sacando los pastitos como nieve.

Y yo, sacando los pastitos como nieve.

De abajo de los lechos.

* * *

Se desliza tu figura en veste gris por entre los higos y ramajes, esa kermesse, ese día. De Reyes. Va tu mirada azarosa, tu boca pálida de rosa, Greta, Marlene, Clemen y Mamá.

Quisiera hacer un altar y ocuparas el centro, y a tu lado, papá, y cerca, los abuelos. Donde pudiera ir a cada rato yo a rezar.

Hasta que un día allí mismo me acomodase, a los pies, o en otro sitio cualquiera.

Como un gato, un pajarillo de ustedes. Desde siempre, para siempre.

* * *

Pescaron una mariposa de varios metros; venía envuelta en un tul plateado, pero éste se desvaneció en el aire. Y se vio a la mariposa sonreír tristemente por lo que le acontecía. Sus ojos eran como los de una muchacha o un muchacho. Y tenía treinta y dos dientes en marfil purísimo.

¿Volverla al agua? Pero, sin el tul? Acaso, ella lo recrearía?

Era una mariposa enorme, fuerte y liviana, era asombrosa y parecida a ti. Era tú misma.

* * *

Creo oír tu vocecita que bisbisea algo sobre una planta, un libro y un bordado.

Hace un comentario humorístico, terrible, acerca de otras cosas.

Vamos por la calle. O no, si estamos sentadas en casa, cerca una de otra; y me murmuras por nimiedades. Y siento esa llovizna mágica —la de tus murmullos— que constituye la vida.

... ..Pero si me he quedado sola y triste bajo el cabello rojo.

Con mis pequeñas manos que no pudieron alcanzar la luna.

* * *

Me parecía tan misterioso ver llegar esos seres desde lo hondo de los universos; porque para mí eran un advenimiento.

Mi abuelo Eugenio, mi Rosa-abuela. Mi padre Pedro, mi madre Clemen.

Sus nombres parecen cifrados, que ocultaran una cosa.

La abuela teje y desteje algo que no es un hilado; y se inclina sobre el pote de los dulces y claveles.

Papá lleva sus ojos verdes, sabios.

Mamá está hecha con rosas blancas y negras rosas.

Yo estoy escondida como siempre adentro del rosal. Pero, todo

veo. En torno, el incomprensible mundo. Arriba, como anillitos y pulseras, están desparramadas las galaxias.

Dónde van ellos, Dios mío, ahora?

Que no sea allá muy lejos, estén por aquí nomás.

* * *

Qué palabra misteriosa: Mamá.

Las dos sílabas iguales se cierran como dos valvas, ocultando una carne, un cuerpo inenarrable. Y el espíritu inserto es una perla.

Quiero analizar esa palabra críptica y no se puede. Giran en torno de mí las dos tapas de nácar, idénticas e inasibles: Ma-Má.

* * *

El vestido de Dama Antigua, o, simplemente de damantigua. Los armazones, los pimpollos de rosa té allí en el hombro, y la capelina y la sombrilla, y otros abullonados.

Iba la Dama Antigua en la carroza del Carnaval, como una luz que se fuera al sumo cielo en esa tarde suma.

Y yo la miraba en el encanto.

Mamá, nunca tuve el traje de Dama Antigua, del que me hablaste tanto.

* * *

Cuando salían niños de las largas hojas del maíz!, desde el sitio donde deberían estar las mazorcas. Eran bastante grandecitos. E iban vestidos de tul y muy pintados. Andaban entre nosotros, y decíamos: —Pero, ¿quiénes son? A ver si me acuerdo.

Sin darnos cuenta de que sólo eran los niños del maíz.

Y un día uno voló y revoloteó, posándose en el alero de la casa. Y de allí nos echaba a la cara una especie de arroz, de rosa y de clavel, pero no de verdad, sólo pensado.

Y luego se puso a volar rumbo al maíz. Iba horizontal como un pájaro. Y empuñaba un ramo de flor rígido y todo blanco.

* * *

Mamá, ¿cómo te apartaron de todo? ¿No tienes más una oportunidad?

Veo tu aristocrática letra en un libro: Clemen Médicis de di Giorgio.

Sé que querías ser una protagonista, una heroína.

Y así fue sin darte cuenta. Sólo por estar. De la manera tuya. Sólo por tu presencia.

Ahora, corro, corro y corro, sin poder alcanzarte nunca.

Ahora, no sé ya.

* * *

Esa quinta de Pruzzo nos encandiló siempre. Entrábamos subrepticamente entre los larguísimos árboles, oscuros, centelleantes.

Entonces, no había peligros. Íbamos como mariposas.

Y el retorno enseguida a nuestro hogar.

Los manzanos daban muñecas. Había que sacar legumbres y espigas para la maestra.

Y ese repollar brumoso.

El rocío pone en las chauchas una tira brillante.

Las cuida el perro Fénix, hermano Fénix, San Fénix.

Lo trajeron no recuerdo de dónde. Negro, castaño y con cuello blanco. Ojos y sonrisa —sí, sonrisa— de humano.

Vamos, vigilante Fénix, hermano Fénix, a las cañadas, por el maizal. No toques una paloma ni una rata. Son de las buenas. No hay ninguna mala. Ni decírtelo. Jamás hiciste daño a nadie.

Corramos, Fénix, despacio, pero corramos.

Vamos hasta la casa. A ver si están.

* * *

¿No sientes calor, no sientes frío?

No oyes a los trénes, lejos o cerca, pasan silbando como murciélagos o víboras. ¿No oyes ninguno?

Yo me pego como una mariposa al sitio donde estás.

* * *

Los viñedos verdes y oscuros, bajo los cuales pasaron por igual, con las recias canastas de uvas, los tíos de América y los italianos.

Esa uva efectúa singularidades: una mariposa. Es verde y pintada de negro. Hace algo sobre la uva y en el aire. Hace una cosa, una cosita, una diablura, una cosita.

Son cien mariposas. Cientos; hablo de una.

* * *

De pared a pared, en la cocina, iban unos avioncitos, negros y cerrados. Con las ventanillas muy ahumadas.

Mientras cocinaban, lavaban los platos. Yo grité con voz tremolante: —Pero, miren qué está pasando! Esos aviones...! Miren!

Nadie hacía caso de nada.

Y los aviones iban y venían, de una pared a la otra.

Hasta que se corrió la cortinilla de uno. Y apareció, pequeñísimo, el rostro de mamá.

* * *

Estaba en un peral y leía una novela de Berta Ruck...

La adolescencia ya estallando por todos lados, la crisálida echaba alas.

Soñé un porvenir igual al de todas, hijos, clases que yo guiase.

Mas, algo dijo no. Se abrió una flor. Se abrió.

Un misterioso viento me llevó.

* * *

Aquel ademán, delicado, insólito, saliendo de una tienda.

Yo iba con una compañera del primer grado liceal.

Y mamá surgió de la tienda, tan bella y joven, y me dio una coronita de rosas celestes, un broche. Y me lo apliqué enseguida.

Yo quedé un poco turbada con ese prendedor de rositas, en el pelo largo.

Ella agregó: —Llevo otro, color de rosa, para tu hermana.

Esa tarde está ahí. Y no la puedo olvidar.

Y, no puedo. Olvidar.

* * *

Las hermanas de mi madre. Josefa, de mármol y pelo negro.
Ida, rubia y con ojos verdes.

Y las primas: Rosita, Mercedes, Juana, Margarita, Emilia. Y otras. Cruzaban los jardines para venir a vernos.

Ya no hay ninguna.

...¿Qué hago, tías?

Tías, no sé qué hacer.

Espero en la marcela? ¿Volverán?

Con un bicho de luz como escudo.

Algo va a pasar.

Se abrirá una puerta. Y se abrirá.

* * *

Estoy haciendo la sopa. Me parece hace tanto rato que estoy haciendo esta sopa. Tal vez, el día entero. Porque es de noche, está todo oscuro, ya. Apenas, conservo una vela, cerca, para ver qué echo.

Con el delantal rosado, soy la cocinera.

Necesito dos hongos. Uno para poner en la olla, desmenuzado, que se disuelva, y dé aroma y gusto. Dé bríos a la sopa. Y el otro, el más importante, misterioso, quedará entero, brillante y afelpado, flotará sin límites, hará algo diabólico, endemoniado, para realzar la sopa; quizá en qué la transformará.

Pero, ¿dónde están los hongos? ¿Dónde los voy a buscar?

Acaso, en el límite del prado? En el ropero, la mesita de luz. En...

En eso una voz dice: —Pero, yo los tengo! Ven, ven! Los tengo yo!

Sí. Sí. Es la voz de mamá...!

Entonces, me echo a correr, sin quitarme el delantal rosado. Corro y corro perennemente, sin encontrar dónde están los dos hongos y mamá.

* * *

Sale el sol de la noche; está en el cenit, con poca luz y rayos cortos, retorcidos.

Parece un girasol seco que diese algún destello.

Mamá se levanta y pasea vagamente por la habitación; se mira en un cristal a la luz de ese astro sombrío, y dice: —Estoy igual. A cuando era niña.

Y acaso apenas empiece a despuntar su edad; o no.

Luego baña el cabello con perfume.

A través de las ventanas veo los negros árboles en donde papá maneja su carro de porcelana, alegre y fúnebre.

* * *

Creo estar detrás de la casa, y adentro, dormidos. En la sombra boyo la luna roja.

Por un horizonte de maíz y cañaverales se yerguen y brillan las divas de entonces —lejanas vecinas y amigas— y sus nombres son Teresa Astengo, María Merazzi, Oliva Montanari, ¿no, mamá?

Se divisan tus ramos extraños y mal hechos. Les pones marimonia, celedonia, una telaraña, rosas y claveles, claveles y rosas, retama blanca.

Tus bellísimos ramos, extraños y mal hechos (para la Virgen, para la maestra, para mí). No se desataron; están fijos para siempre y para siempre fijos.

Así sólo me queda seguir el camino que hicieron los Magos, hasta el viejo portón de palos verdes, por la calleja que siempre me llevó hacia la escuela. Me detengo en su umbral de mármol. 13. Todos los niños de la Escuela 13, o sus fantasmas, aparecen y se hamacan en los naranjos, juegan y bailan bajo esa luna mucho más brillante que el mismo sol.

* * *

Mamá y las tías miran hacia delante, al porvenir, como si aún fuesen niñas.

Y los potes de fino talco con las tapas brillantadas.

Delante de la puerta hay dos pinos.

Y hay algo misterioso en nuestras vidas. Esa lámpara marcha con zumo de ciruela..

Y boya en la sopa una rosa roja, que, a ratos, hace "tic", y está muy activa.

* * *

La madre de mi madre, Rosa Arreseigor de Médicis nótó era un alba muy distinta.

Y, azorada, fue a mirar los cuadros de su comedor (por no saber qué hacer) donde estaban aquellas argelinas con vestidos morados.

Y miró hacia nosotras y a mí, la más adelantada, y miraba con esperanzas, tal si yo tuviese la corona, las rositas.

Y venía un halo de la retama de oro; y ésta parecía cerrarse más y más sobre su secreto.

Y cercano el mediodía sucedió una cosa. Como ser la venta de un caballo o de un ave. O aun más insignificante.

Pero nos dimos cuenta; no era sólo eso.

Algo había cambiado. Hubo un tic. Allá.

Atrás del cielo.

* * *

Sobre el maizal flotó un ángel. Tenía un candelabro encendido. Me dije: --Pero si es de día.

Y a la noche las velas brillaban como nunca.

Entonces, iba a quedarse.

Hube de volver hacia la casa. Pero en mitad de mi cena, a través, de los ventanos, espiaba. Y lo veía pequeñísimo, y también de tamaño natural.

Mis padres susurraron: —Niña, debes ir a dormir. Pero, niñita.
Y yo no me atrevía a acostarme. Ni a contar.

* * *

Siempre había uno de nosotros arriba de un árbol. Y eso parecía lo más natural.

Los que estábamos abajo conversábamos de cualquier cosa con los que estábamos arriba.

Allí va mamá trepándose entre las peras como un gato.

Y una de las primas come entre las ramas una poma, y está sin cendales; se le ve desde abajo el sexo como las guindas en esa tarde verde luz.

Yo trepo a un árbol y salto a otro, a otro, hay segundos en que estoy volando.

—Mira cómo va...!

—Mira cómo se va yendo...!

Ya estoy en la chacra de los vecinos.

Yo disimulo allá arriba; soy cauta; pero ellos ven todo desde las ventanas. Yo ya dejé esa chacra, y otra, otra, viajo por los árboles remotísimos.

Entonces me da un terrible miedo. De no poder volver. Mas, encuentro en un segundo la clave y retrocedo.

Vuelvo árbol por árbol y salteo algunos, hasta caer en mi patio, desde donde repaso la hazaña en las arboledas,
y por ende,
mi oscuro porvenir.

* * *

Es una mañana lluviosa. La urraca abre sus alas de lujo, azules, negras, el moño amarillo; se va a una piedra. Da un grito antiguo.

Doña Simona —dicen— anuncia lluvia.

Miro con envidia (y amor) a la bella urraca. Al pájaro ese llamado Simón.

Yo voy a la escuela. Llevo un delantal demasiado breve. Y los

rizos demasiado largos. Me da temor este atuendo y no me atrevo a reclamar. Me baso en mis deberes que son perfectos.

Y salgo a los gladiolines. Las varas azules, negras, rosas, rojas, me alumbran, sucesivamente, el rostro, como si fueran cirios del altar.

Y yo una santa –pequeña y rara– que se hubiera decidido a transitar.

* * *

Mamá. Qué linda tarde.

Parece que estás.

Y yo vuelvo de la escuela y guardas mi delantal; me das un reto por poca cosa o nada. Dices: –Toma tu té sin dejar gota. Y trae el pañuelo para bordar, los hilos de colores. Hoy usa más el hilo...

Y los árboles se mueven dorados y luctuosos.

Y veo tu silueta de reina. Desubicada (o no). Que va al jardín y arregla una rama. Que junta fresias.

* * *

Pasó el coche de las maestras, volando.

Las maestras se llaman: una, María Esther. La otra, Ada.

Pasó el coche de las maestras, raudo.

Corro por mi delantal y la caja de útiles que tiene arriba un ramito. Mamá me peina los rizos y les pone una cosilla fantástica que me deja para siempre diferente a las demás niñas.

Ellas van por la carretera rosada. Yo marchó entre los gladiolos. Ellas van en línea recta. Yo en zig-zag. Qué raro andar así entre los gladiolos. Parecen papeles astrales.

Las otras ya llegaron. Estarán allá sentadas con la terrible Tabla del 9.

Yo no puedo salir.

Esas flores me tocan la cara. Y ya quedé lila, y color de rosa y como nieve.

Entre las otras niñas y yo hay un abismo.

Nunca pude entender lo que ellas hacen.
Nunca pude salir de mí misma.

* * *

Había unas ancianas llamadas Perlas. Se llamaban a sí mismas, “perlas”, y entre sí se decían “perlas”. Si alguna era comandante exhortaba ¡Perlas! ¡Eh, las Perlas!

Su cabello era de género. Y la ropa hecha con pelo, grandes melenas.

Las conocí cuando vendía mis pequeñas mercancías. ↓

Eran muy libidinosas.

Así, lograban atraer a alguna joven figura ornamentada de rosas.

Y toda la noche se oían gritos deslumbradores.

Entonces, los animales quedaban en celo, lejos y cerca. ↘

Y las flores sentían graves molestias en estambres y pistilos.

Y al alba las “perlas” yacían con las piernas abiertas por donde aún salían gritos, una risa rara y algún hombrecito.

* * *

Una danza antigua y florida.

El himno galante realzaba la macumba.

Vino un animal comprado hacía muy poco. Vino con un cuadro; “Animal de religión”.

Enseguida sufrió los enñlaces.

Ya estaban prontos perfumes, platos y polveras.

De golpe, le pintaron los labios, le pasaron un peine. Una tira le envolvió la espalda y la barriga.

El puñal le fue hundido en la boca, pero le dolió en el estómago.

Se apoyaba —no sabía qué le habían hecho— en un pie y luego en otro. Así eran cuatro los pasos.

Más allá, entre dos nardos, había unos niños de papel.

Y por algún lugar del aire, como si fuese por la música, empezaban a llegar esas gentes muy raras, y ya llegaban también las maripositas y las moscas.

* * *

Sacaban de la tierra a los “eduardos”, que eran verdes y blancos y rojos y lacios. Extrañamente en el bulbo traían una fruta y un pimpollo.

La araña era una gota espesa de perfume, sus patas de hilo hasta el techo, bíblicas.

Ahí estaba el nabo como un cuajarón de nácar y como si quisiera ascender a otras superficies. Ese bobeta bello, dulce y raro.

“Eduardos”, araña y nabo ya subían en la bandeja y se reían y hablaban contando cosas de la casa, algo irreales y levemente obsenas, que hacía tiempo estaban enterradas.

* * *

Desprendía una herminia de los árboles. Esa fruta traía pelo, un poco, casi blanco. Con cuidado de que alguna hebra no se le fuese por la nariz, sorbía, hincaba el diente. Era carne deliciosa, misteriosa, de manzana con otra cosa; tenía por ahí espinitas y esto la emparentaba también a los pescados.

Luego, ella sacaba unos segundos, la lengua angosta, roja y movable, y se relamía, mirando si nadie la divisaba.

Volvió a las operaciones extrayendo otros arañitos, desde las hojas infinitas, tupidas y vitales.

La pasión era tanta que sufría espasmos y alguna gota de sangre bajaba de su sexo. Entonces, se detenía un poco hasta que la perla roja llegara con algún dolor al cendal o al suelo.

Miraba hacia todos lados con temor de que la registrasen en esas cópulas.

Casi siempre en las acciones rodaban sus peinetas, y los corpiños salían del lugar.

Luego, el regreso casi corriendo, la melena al viento como bronce rojo, y los pies, irisados. Tal si hubiese estado a dos centímetros, la certeza de Dios y de sus santos.

* * *

¿Cuándo tornas, queridos huesos? ¿Cuándo vuelves del cielo,
ícono?

Yo soy tu golondrina, la que te espera. Con el vestido con flores,
rosadas y granates. Te veré por "18". Ah, sí, dalia, ven a aquella
mesa.

¿Qué tomamos? ¿Licor de guindas? ¿Oh, sólo agua?

Acaso, no quieras más que agua. Ya que procedes del cielo y
sus blancas estrellas.

* * *

Esta mañana andaban juntos, papá, y Virginia y Rosaura, las
niñas pintadas en el libro de la escuela.

Iban en busca de un hongo.

Hasta que lo hallaron en un pedazo de jardín chacra.

Era hermosísimo. Blanco, redondo, espumoso, copete, una
perla de extraordinaria fuerza.

Yo dije: ¿Cómo lo hallaron?

Yo me decía: ¿Cómo esta mañana andan juntos papá y Virginia
y Rosaura, las niñas que sólo existían pintadas en el libro de la escuela?

* * *

Por la ventana veíamos a los reptiles voladores, con cabeza de
caballo.

Yo pensaba: ¿Estos animales no se irán nunca del tiempo?

Mamá suponía: Y, no. Siempre estuvieron y estarán.

Y preparaba la comida para las dos.

Y tejíamos el vestido, una manga cada una.

Al caer de la tarde todo quedaba repentinamente oscuro.

Y los animales del aire proseguían andando, ahora con un borde
brillante y fuegos en los dientes.

O volaban apagados

y eran muy temibles.

* * *

Volaba, casi en el crepúsculo, con la cola y las alas abiertas, el pico corvo, los ojos entrecerrados. Parecía de rafia, de azabaches. Si se hubiese visto a sí misma, habría tenido espanto, aunque era bellísima.

La vimos venir desde el pórtico. Mamá y yo con vestidos salmones y la trenza en torno a la sien.

Ella descendió casi a nuestros pies; en perfecta puntería.

Fuimos las tres a la sala.

Pero la visita fue breve.

Partió volando por el ventanal.

Mamá encendió otra luz.

Y, como si yo no lo supiese bien, por milésima vez me dijo:

—Es mi hermana menor. Nació extraña. Y empezó a volar.

Y yo, como si no lo supiese bien, le pregunté por milésima vez:

—¿Y fue siempre así, negra y brillante, y como bordada?

* * *

De seguro estás en un jardín inconsútil, y es al mismo tiempo, el que hiciste con rosas y claveles tan precisos. Y aquellas mariposas, no muy grandes, dos alas negras y dos rosadas como brasas, (que mirabas asombrada), y la gran mariposa celeste de nuestras vidas, la de puntos brillantes en el ala, cuyo vestido trato aún hoy día, inútilmente de imitar.

De seguro estás en el sillón altar, los pies de porcelana, el arco iris bañándote la cara.

* * *

...Yo te busco en las tacitas y el jarrón. Ese jarrón en un liviano celeste puro hueso.

Pero, ahí no estás, fantomas inocente
y madre desaparecida

y brezal de la princesa.
Yo me aferro a tus rodillas,
a tu cintura sacra,
de donde me desprendí un día
para quedar entre tus manos blancas.
Y ahora ¿qué?
Vuelve y vamos juntas
por la noche oscura
por la luz del alba.
Dirán: Ahí va una hija con su madre
y un madre con su hija,
hacia el nunca más. Hacia

PASAJES DE UN MEMORIAL AL ABUELO
TOSCANO EUGENIO MEDICI

2004

Pasajes de un memorial al abuelo toscano Eugenio Medici, último libro escrito por la autora, apareció, junto a otros textos hasta entonces inéditos, en el tomo 11 de la Colección de Escritores Salteños dirigida por Leonardo Garet, Centro Comercial e Intendencia de Salto, 2006.

Medici Eugenio, Eugenio Medici, te traje de regalo, meninas. Las de Velásquez y las otras.

Las mirarás con ansia; ponlas donde quieras. En tu mano, mariposas; sobre la cómoda: con el espejo serán dobles. Ellas, tan bellas, tan extrañas, el vestidín de plata, las zapatillas con perla, ojos de vidrio, azul, celeste, mirando un porvenir ambiguo, fijo. Gemas, yemas sin destino, la eterna inmovilidad. A los pies de los Reyes, al lado de las dueñas. Son meninas. Existen y no existen. Pero yo las traje. Para ti; es el regalo.

Y hay por toda la habitación, una cosa nueva, un halcón, una luz violeta, un halcón que espía, pero no podrá llevártelas.

* * *

Te veo andar en medio de las nieblas; son nítidos tu traje de pana verde, el reloj de oro. No muy grande en estatura, vas con los agrónomos pensando los duraznos. Ellos miran y te explican, lo que ya sabes mejor que ellos. Este melocotón está enfermo. Este otro...

Pasan muy arriba los halcones, gritan los teros. Tú abres las neblinas como si fueran cortinados. Yo te miro, chiquitita, entre las lilas; no me ves. Soy tu escriba; vine en tu imaginación desde la Italia (...“misteriosa Italia griega, y ya para siempre perdida canta”...).

* * *

Voy por el callejón ¿qué acontece? Alguien puso un huevo celeste con pecas blancas. No me atrevo a tocar. Pero, alguien sí, se atreve; lo alza, lo fríe en el aire y se lo traga.

Huevo de perdiz, macho de luciérnaga, dice una voz inaudible. Hay un anatema entre los pastos.

¿Qué pasa? Murió Gardel. No puede ser.
El abuelo y los agrónomos desaparecieron.
Anuncian alegrías
que nunca se cumplieron.

* * *

Y así bajo el ardiente sol, pasa la novela, la novena, triste, sutil,
de cada cual.

Las calles eran San Martín y Apollón de Mirbeck.

Ahí ocurrieron los milagros tristes o bellos.

Bajo el ardiente sol, te veo, Medici, entre las uvas rojas como
sangre, rosadas como la luna.

Seguirá saliendo, con seguridad, el sol de medianoche, que sólo
nosotros viéramos.

Un viento suave, interminable, recorre la chacra, la lluvia de
los lirios.

* * *

Hay remate. Rematan aquella chacra.

Corre un murmurio que corre como liebre; silencioso cual ra-
tón o pájaro.

En la leve lluvia pasan los carros. Las espadañas, el áloe, las
cañas, se izan a la espera. Hay una casuarina que charla, despacio,
pero demasiado.

Y a ratos, llora.

El remate fue en silencio. Los gallos esperaban con la cresta en
alto. Los vecinos estaban a las puertas, pero como escondidos.

Nunca se vio un remate tan raro.

Hasta que después del mediodía sonó en los aires una sola frase:
La compró Medici.

Nos veo pasar a la otra huerta. Mamá que dice por unas flores
moradas en todos lados: –Son las “viudas”. Así las llaman. Y habrá
rosas rojas por todos lados, agrega, tejeré entre ellas hilos con pie-
dras. Soy araña.

Hierven lentamente las ollas; los budines tiemblan como astros.
¿Qué pasó? ¿Qué pasa? Y ese caminillo ¿dónde lleva? Contes-
tan: Es oculto y célebre.

Silba el viento por todos lados, pero no se mueve nada.
Sale una luna rosada y gris en mitad de la tarde.
Como si las hubiesen soltado vuelan las liebres.
Se remató la otra chacra.
La compró Medici.

En el amplio pasto se elevan unas margaritas de tallo muy lar-
go, sin hojas, y muy separadas unas de otras.

Son rosadas, salmones, verdes; se mueven apenas como por un
viento que no existe, como si no se movieran.

¿Son los retratos de Hebe, Nidia, Marosa? no son ellas; sí, son.

Y cerca, lejos, no se sabe, quedan unos papeles, de un rosado
pavoroso, ardiente, como si hubieran albergado un obsequio, que
ya no está, y del cual, ellas, las niñas margaritas, hubieran querido
participar.

* * *

Corolas redondas, fijas, blancas, con festón lila. Medici recuer-
das, les decíamos Damas de la noche, y siempre era de día.

Los colibríes, azorados, nunca se acostumbraron, las mariposas
y caracoles, de nácar rosa, grueso, volaban lejos.

Damas de noche, sin espejos ni reflejos.

Vamos, Eugenio Medici. Vamos.

A verles.

Tengo que ir contigo.

Yo, despeinada y descalza.

Quiero ir así.

Y soy una de las últimas princesas Medicis.

* * *

En las confiterías, en las farmacias, frascos grandes, pardos o celestes; celestes, en un deslumbrador celeste, opaco, con un pedo, tres, o pesadamente sobre las mesas, en las vitrinas, con obleas, caramelos; pero no importaba el contenido. Yo miraba los frascos. Me olvidaba de lo que había ido a comprar, no podía responder.

Ahora que quedé sola, vuelvan bellísimos frascos, vuelvan.

Siento su celeste perfume, su fantástica almendra.

Salgo a la calle, parece que me voy a caer.

Pero, no, voy erguida como una reina.

Vengan bellísimos frascos con patas y diademas.

* * *

Se sucedían las tardecitas, señor Eugenio; todas iguales y distintas, reinan la magnolia, el alhelí de oro casi azul, la guitarra de Julio, la niña que no pudo vivir —rosita, rosario, una bebé—, bajo tierra.

Ahora te hablo, niña. Mantente viva bajo el naranjo. Lis, renace en cada primavera con el tulcito blanco.

Entre los poderosos frascos de aceitunas pasaba. Rosa madre abuela; entre pelambres lacias y silvestres, cuelgan de la pared, los peines.

Por la abierta ventana que siempre nos olvidamos de cerrar, entra una enorme y flexible mariposa negra, sus alas son como banderas.

No tiene cabeza, pero igual vuela de un modo terminante como si bien supiera adónde va a llegar.

* * *

Volaba la volanta en la mañana fría, helada, de vidrio, de cristal; mi padre toscano, Pedro di Giorgio, hacia el abuelo toscano, Eugenio Medici.

Las “alegrías”, fucsias, margaritas, saltaban rojas desde la escaracha; yo sentía que habían nacido con la eternidad, igual que yo.

...Pasaron los años, y estoy en el bosque de eucaliptos, frente a la casa de siempre. De los altísimos árboles caen los diminutos frutos de madera amarilla.

Yo estoy fija en un tronco con el vestido listado y la tiara de piedras de agua que siempre llevé.

La tiara está hecha con un alambre muy bonita, y pocas piedras blancas muy separadas unas de otras.

Una voz remota dice "La niña de la tiara". "La niña de las piedras de agua".

Yo sigo fija en el árbol, sin importarme que llega inexorablemente la noche y van a empezar a brillar los santos.

* * *

Se quebró una taza de porcelana china. Las briznas, después de aquel asombroso crach de la medianoche, fueron a dar al techo, a las paredes, a las plantas del jardín y brillaban con su nacáreo de otro mundo.

No se apagaron nunca, Eugenio Medici, ¿cómo puedo pensar estas cosas, si estallé con ustedes y sólo soy una chispa de la taza de porcelana china?

Estoy prendida en esa camelia, allí al costado.

* * *

Recuerdas Medici Eugenio, Eugenio Medici, los hongos rojos, encargados a Italia, y que viajaran tan bien. Esos pompones en naranja encendido, claro, o granate, umbrío, y los pliegues del interior tan finos. Posados sobre troncos, estáticos como si no hubieran hecho el largo viaje, se sorbían los zumos, tentaban a loros y cotorras que no se atrevían a dar el picotazo, y se iban y volvían las verdes aves.

Premios llovieron sobre tus hongos rojos de Toscana (¿alguno sería venenoso?). Estalló en el sartén en fuego de colores, pero no. Premios llovieron sobre tus hongos rojos, áloe, rosacruces, casuarinas, (azucenas más blancas que la muerte), trepadora rosa bronce, kinotos, uva moscatela.

Mientras, entre los jardines, mamá se escapaba: (para que yo no llorase), se escapaba al médico. Pero yo miraba llorando las bandejas, donde al desgaire, estaba plantado un bálsamo.

Señor de los hongos rojos, presidente tres veces de la Itálica Sociedad. Tus reglamentos eran los reglamentos.

Pasan volando tus volantas y el caballo preferido "Gavilán".

Ahora, presides señor Eugenio Medici, rosacruz, príncipe, una chacra virtual, y entre la leve lluvia y las más levísimas lloviznas, prosiguen bien en alto, tus estrellas, hongos rojos de Toscana.

* * *

SÍNTESIS BIOGRÁFICA DE MAROSA DI GIORGIO

Para esta sinopsis, o montaje de datos biográficos y citas de carácter autobiográfico, con sus notorias lagunas y asimetrías, me basé principalmente en dos fuentes: una, testimonios personales y documentos inéditos proporcionados por Nidia di Giorgio; la otra, el libro de Leonardo Garet *El milagro incesante: Vida y obra de Marosa di Giorgio*, que además de un extenso abordaje ensayístico contiene cantidad de materiales gráficos y literarios de y sobre la autora de *Los papeles salvajes*. (D.G.H.)

“Descendiente de toscanos estuvo Italia grabada, viva en mí, siempre”, escribió Marosa di Giorgio en una última nota autobiográfica.¹ Y antes, en una entrevista, había dicho: “Siempre me sentí italiana y sudamericana, a la vez. El lugar donde transcurrieron mis primeros trece años, parecía un trasplante de Toscana. Todos habían venido de allá y se conocían; eran vecinos allá y hablaban, claro está, en italiano; y fundaron las maravillosas quintas de naranjas, las quintas negras y de oro”.² En efecto, su abuelo materno como su padre eran oriundos de la misma región italiana del norte y habían cumplido el mismo trayecto en el marco de las migraciones europeas de los siglos XIX y XX, arribando a América en oleadas consecutivas. Uruguay pasó de medio millón de habitantes en 1875 a un millón en 1900 y a dos millones en 1930. Si bien la mayoría provenía de las clases bajas de Italia y España, hacia el final del ciclo llegaron contingentes de inmigrantes de Europa del Este y

¹ Esta nota fue publicada en el tomo 11 de la Colección de Escritores Salteños dirigida por L. Garet (ver nota pág. 646).

² Entrevista de José Luis Guarino, en *El Pueblo*, Salto, nov. de 1990.

del Cercano Oriente, los que fundaron colonias agrícolas en el interior, que contribuyeron a diversificar la estructura productiva de un país que se había consolidado, durante la Primera Guerra, como exportador mundial de carnes y lanas. Cuando Marosa di Giorgio nació, en Salto, el 16 de junio de 1932, el proceso inmigratorio al Río de la Plata estaba detenido.

Eugenio Medici, el abuelo, había llegado a Salto en 1884, se estableció en el centro y desarrolló una intensa actividad en el sector comercial, desde la venta ambulante por el interior hasta la construcción, cerca del puerto, de una casa importadora y exportadora de ramos generales. Fue adquiriendo propiedades, entre ellas un hotel frente a la estación central del ferrocarril, pero avanzada la década de 1920 las había vendido todas y compró en un remate dos quintas linderas en una zona denominada San Antonio Chico, en el límite entre un área de horticultura intensiva que rodea la ciudad de Salto y un área más vasta de ganadería extensiva que abarca cerros y cuchillas de naturaleza basáltica con su abundancia de piedras semipreciosas, ágatas y amatistas. A contramano de las migraciones internas de esa época, cuando la población rural se desplazaba a las ciudades, especialmente a la capital, Medici se trasladó a una quinta suburbana con toda su familia, compuesta por él y su esposa, Rosa Arreseigor, argentina descendiente de inmigrantes vascos, y las tres hijas de ambos, salteñas de primera generación: Clementina y Josefina, mellizas, e Ida. Medici encaró el manejo de la quinta con un criterio comercial, plantó olivares y árboles frutales, vides, crió gusanos de seda, hongos importados de Italia, elaboró vino, dulces y conservas y fabricó con un socio el primer aceite de oliva en la región.

Pedro di Giorgio, el padre de Marosa, había llegado a los 17 años; trabajó en grandes plantaciones forestales de Salto, como en la de Estación Arapey. “Pedro di Giorgio, di Giorgio Pedro, acompañado por su padre, porque era un adolescente, y al desembarcar en el puerto de Salto (Toscana-Génova-Marsella-Buenos Aires-Salto, cuarenta días marinos), la primera muchacha con la que cambió unas palabras fue con Clementina Medici; y después de varios años

se reencontraron y se casaron”, contó en una entrevista.³ Al casarse, Pedro y Clementina fueron a vivir a la quinta más chica, donde nacieron sus dos hijas, primero María Rosa (Marosa) y, cinco años después, Nidia. La primera parte de su infancia transcurrió en esa quinta, mientras la madre atendía la casa y el padre trabajaba en los huertos. “Recuerdo, me recuerdo, pequeñísima, con un vestido azul con pecas rojas, siguiendo a mi padre que araba. Con bueyes. Sobre el lomo de los bueyes iban parados muchos pájaros de diverso tamaño y color. Era un grupo sobrenatural. Papá me dijo —¿Por qué no haces un libro? Lo pensé: ¿Qué querrá decir? ¿Armar materialmente un libro con papel y cartón, hojas y tapas? ¿O escribirlo? No me animé a preguntar. Tenía seis años.”⁴

⁴ Marosa empezó la primaria en la Escuela N° 13, cuando todavía vivía con su hermana y sus padres en la quinta de Apolón de Mirbeck y San Martín, pero cuando las facultades del abuelo disminuyeron después de una parálisis se pasaron los cuatro a la quinta grande, que se extendía a lo largo de la avenida San Martín. “En esos años vivieron en la quinta mis padres, los abuelos, Josefina, melliza de mi madre y su hija Poupée y la empleada Magdalena criada por los abuelos, con su hijo Pocho —reconstruye Nidia di Giorgio—. Llegaron a trabajar con nosotros trece peones. Hermano de Magdalena era Julio, uno de los peones, que de noche tocaba la guitarra para todos nosotros.”⁵ Ese fue el entorno de la segunda parte de la infancia, a la que Marosa se refiere en un pasaje de la nota autobiográfica ya citada:

Perteneciente a una familia católica, como ya dije, pero con un catolicismo amplio, amable, libre, de tono agreste —se vivía en el campo, en granjas— fui una niña enlazada a la religión. Lo que me rodeó estuvo tramado con lo trascendente (como es en la verdad).

Así, mirlos y claveles, representaban a los santos.

Los irisados íconos de esa iglesia y el jardín, iban siempre unidos.

³ Entrevista de Wilfredo Penco, en *El País Cultural*, Montevideo, abril de 1990.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Entrevista de L. Garet, en *El milagro incesante*, Ed. Aldebarán, Montevideo, 2006.

Con mi hermana y mis primas hicimos representaciones bajo el ala casera, en presencia de familiares; usábamos una leve fantasía y era en homenaje de santos. Fueron diminutas fiestas místicas.

Durante el ciclo escolar vivíamos en la huerta; concurrí a una hermosa escuela agraria. Yo ya era adicta a la lectura y nos educaron en la sencillez y en un discreto refinamiento. Salíamos al jardín, a mirar las brillantes telarañas, usando siempre capelinas y en las capelinas había ramitos de violetas. Así el sol no nos cambiaba el tono, y las flores eran una contraseña, una seña.

Nos hacían sentir princesas, muñecas, y con esa envoltura pasé la escuela, el liceo, el teatro, la desaparición de familiares, los quebrantos económicos, y atravesé la vida. Cuando digo princesa o muñeca quiero expresar que un leve cristal, una hoja, nos separaba sin que lo quisiéramos, de los seres y las cosas.⁶

Puede decirse que Marosa desarrolló sus aptitudes literarias, juntamente con su conocimiento de las plantas y el comportamiento animal, en un hogar bastante atípico para ese medio rural-suburbano. El abuelo Medici, que había ido a un colegio de curas, y luego hizo 32 meses de servicio militar en los Alpes, tenía una gran biblioteca encuadernada, con los títulos en oro, además de estar suscripto a revistas extranjeras. La tía y la madre de Marosa se habían educado con una institutriz, antes de ingresar al liceo. Josefina hizo y ejerció el profesorado de francés e imprimió dos cuadernillos con sus poemas. La prima Poupée estudiaba piano, por lo que había un piano en la chacra. Ni siquiera Pedro era indiferente a la literatura; después de la jornada fatigante en los huertos, a la noche, se hacía leer algo por su esposa. “Mi padre era agricultor; yo lo seguía cuando araba y sembraba. Los pájaros se posaban sobre el buey o el caballo. Mi abuelo administraba. Tenía siempre ideas: plantó olivares, cuando no había en Salto plantíos tan grandes de oliva. Hizo crecer gusanos de seda; era pionero. Mi mamá era como una princesa. Las hermanas igual, siempre leyendo... De chica me decían poemas, me hablaban de Don Quijote, de Rubén Darío, de Delmira, me

⁶ Ver nota 1.

mostraban fotos de Delmira. Era una granja, pero ahí también comienza otra cosa. La parte intelectual, digámos. Pero así, de modo espontáneo, al vuelo, no oprimente. Siempre estaba flotando esa cosa distinta, esa otra zona. Yo iba a la escuela como programada. En el libro de lectura había relatos de los mitos griegos. Y decían: 'la maestra los va a explicar'. Yo quedé como enloquecida, decía 'cuándo llegará el lunes' —era viernes—, 'a ver qué dice'. Fue como que vislumbré toda la mitología griega. La maestra no dijo una palabra; era muy buena, pero, no sé... Yo tenía el vislumbre de todo eso, promovido en mi casa."⁷

El decaimiento del abuelo fue privando a la familia de su autoridad y conducción. Según la visión de Nidia, "la abuela no se encargó de los negocios y mi padre era un espíritu muy delicado; como se trataba de un bien sucesorio, temía equivocarse la decisión. Además, las hijas de mi abuelo siempre le ponían trabas a sus proyectos comerciales". A mediados de los años 40 tuvieron que vender; los nuevos propietarios, parientes del abuelo, sacaron las vides y talaron los árboles para construir en su lugar una planta de leche y productos lácteos.⁸ Salto no había llegado todavía a los cincuenta mil habitantes cuando la familia se mudó al centro de la ciudad, donde Marosa y Nidia hicieron la secundaria en el Instituto Politécnico

⁷ Entrevista de Osvaldo Aguirre, en *Diario de Poesía* N° 34, Bs.-As., invierno de 1995. En la encuesta de la revista *Brecha* (Montevideo, 1987) había escrito: "De chiquita leía todo. Mi madre fue mi primera maestra. Cuando yo tenía cuatro años me enseñó a leer y a escribir en un solo día". Y en otra entrevista, aparecida sin firma en la revista *Paula* N° 94 (*El País*, Montevideo, sept. de 2000): "No creo que mis relatos tengan tono de cuentos infantiles. De niña, con mi hermana Nidia, leíamos a Constancio Vigil, cuyos cuentos protagonizados por animales nos producían un gran encanto; o a Calleja, inquietante por la actividad de brujas y hadas".

⁸ "La casa de aquella chacra de Pedro di Giorgio se conserva intacta y excepto una pieza anexada, es dable pensar que luce tal como fue en los años de la familia di Giorgio. No así los alrededores, donde las plantaciones son otras, no están los viñedos ni los naranjos. El horizonte de plástico de los invernáculos sustituye a los montes. Persisten las bromelias en los alrededores de la casa y más allá no hay nada. De la casa de la chacra lindera, donde vivía el abuelo Eugenio, resta sólo una pared medio derruida. Las calles de acceso siguen siendo de tierra y las casas que la vista alcanza a divisar, en su mayoría, son de la misma época." L. Garet, *op. cit.* Ubicando las coordenadas 31° 22' 20.31" S / 57° 55' 31.31" O en el puntero del servidor Google Earth (www.google-earth.es) se puede ver una imagen aérea actual del predio donde estaban las quintas de los Medici-di Giorgio.

Osimani y Llerena. “Fuimos niñas un tanto fantásticas. Con la prima Ilse formamos un trío pálido, hierático. Íbamos al alba al liceo, con tiasas túnicas blancas; pero muy pintadas, con caravanas titilantes y flores en el pelo. Esto conmocionó a la población de Salto, gris y rutinaria (salvo numerosas excepciones).”⁹

Marosa di Giorgio publicó sus primeros poemas –dos sonetos al estilo postmodernista– en el periódico estudiantil *Adelante*, en julio de 1946, es decir a los catorce años. En 1948 ganó el primer premio en un concurso para estudiantes organizado por la revista *Nocturno*, de Buenos Aires. En el mismo liceo, Marosa y Nidia¹⁰ tomaron cursos de arte escénico, y más tarde integraron el “Conjunto Decir”, una compañía teatral dirigida por la argentina Nydia S. Arenas. Entre 1950 y 1968, Marosa participó como actriz en casi treinta representaciones, obras de Florencio Sánchez, Alejandro Casona, Moratín, Jacinto Benavente, Alejandro Dumas, Yamandú Rodríguez, Somerset Maughan, Gabriel Marcel, Lorca, Carlos Gorostiza, Lope de Rueda, Gregorio de Laferrere, Cliford Odets, Diego Fabri, etc. Por medio de la actividad teatral y de la frecuentación de todos los espacios culturales que ofrecía la ciudad a mitad del siglo XX (biblioteca municipal, museo histórico, librería, cine, sala de muestras, confiterías y cafés: Sorocabana, Ding Dong, Azabache, Oriental, El Galeón, etc.), Marosa integró desde joven el medio artístico, literario y profesional salteño.

En 1953 dio a conocer, en edición de autor, una serie de relatos poéticos bajo el nombre *Poemas de Marosa di Giorgio Médicis*; al año siguiente juntó esa serie con otra para publicarlas en Venezuela con el título *Poemas y Visiones*; en 1955, durante una estadía de tres meses en la ciudad de Santa Fe, Argentina, donde vivían su tía Josefina y su prima Hebe Iris (Poupée), editó su tercer libro, *Humo*, varios de cuyos poemas fueron reproducidos en una colección de Montevideo. Así empezó a circular por Salto, Caracas, Santa Fe,

⁹ Entrevista de W. Penco, ver nota 3.

¹⁰ Nidia di Giorgio (1937) es autora de dos libros: *Los últimos geranios* (1990) y *Josephine la nuit* (2007); además ejerció el profesorado de idioma italiano, fue actriz vocacional de teatro y radio, y desplegó una larga actividad cultural en instituciones oficiales y asociaciones de Salto y Montevideo; desde 2004 es miembro, como fuera Marosa, de la Academia Uruguaya de Letras.

Montevideo y otras ciudades sudamericanas la obra de Marosa di Giorgio, mientras los salteños tenían la oportunidad de verla representar, por ejemplo, a Rudecinda en *Barranca abajo*, a Pepa en *Las de Barranco*, o declamar de memoria sus propios poemas.

Entre 1957 y 1962, tomando el puesto que dejaba Nidia, Marosa tuvo a su cargo la sección “Sociales y Culturales” del diario *Tribuna Salteña*; el trabajo consistía más que nada en hacer la crónica de casamientos y cumpleaños de quince: “Lo que recuerdo es una sucesión de novias. Si no quería ir a la recepción tenía al menos que asistir a la ceremonia religiosa. Eso era muy bello, tenía algo de fantástico. Ver a esas niñas con esos atuendos nevados, con esas diademas. Eran como seres de otro mundo avanzando hacia el altar. Era muy emocionante, muy poético”.¹¹ En 1962 renunció al diario para ingresar, como su hermana, por concurso, a la Intendencia Municipal, desempeñándose en la Oficina Registro Civil hasta que le concedieron un traslado a la Intendencia Municipal de Montevideo, donde obtuvo una jubilación especial en 1980. “A mí me bastó una vez ver una película y ver un circo para que la imaginación ya aceptara eso como el mundo propio... Entonces después de ver eso se me abrió una zona, además de que lo de interpretar está en mí... me encantaría ser actriz... Y en la adolescencia con mi hermana habíamos elegido eso, que no pudo ser... Entonces tuvimos que ser empleadas municipales”.¹²

En la misma entrevista, di Giorgio recordó que en aquellos años 50-60 le decían “la rara”; Ramón Mérica, el periodista, acreditó ese recuerdo con su propia semblanza retrospectiva de Marosa:

Era una señora extraña: el pelo muy largo que se desplomaba sobre la espalda desnudísima en verano, que se enredaba en los chales en invierno, que siempre merodeaba por encima de los pechos como de mascarón de proa (la imagen me vino porque en el Club Remeros había, y hay, un mascarón colgado de una pared), la cintura muy fina, quizá muy apretada por aquellos cinturetes Marilyn Monroe que radio Salto promocionaba con euforia, los

¹¹ Entrevista en la revista *Paula*, ver nota 6.

¹² Entrevista de Ramón Mérica, en *El Día*, Montevideo, julio de 1981.

collares interminables, las caravanas haciendo juego aun más interminables, y después los tacos, aquellos tacos que parecían salir de debajo de la tierra y clavarse en sus zapatos, aquellos tacos sobre los que ella evolucionaba, ausente, enhiesta, la mirada sin saber adónde iba porque estaba velada por unos anteojos en punta hacia arriba, me parece que con piedritas brillantes, aunque creo que no miraba nada, mucho menos vidrieras. Eso sí: todo el mundo la miraba a ella.¹³

Pedro di Giorgio había muerto en 1970, los abuelos mucho antes; la tía Josefina y la prima Poupée vivían desde hacía años en Santa Fe; Nidia se había trasladado a Montevideo en 1964, donde se casó y tuvo una hija, Jazmín, en 1971. Marosa y su madre se fueron a Montevideo en 1978; vivieron juntas hasta la muerte de ésta en 1990. La editorial Arca había reunido en 1971, bajo el título *Los papeles salvajes*, sus siete primeros libros, de modo que cuando Marosa llegó a Montevideo, con 46 años, ya era muy conocida en el medio literario. Nicolás Olivari había escrito sobre su obra en un par de revistas de Buenos Aires, Ángel Rama y Cristina Peri Rosi en el semanario *Marcha*. Marosa no tardó en relacionarse con otros escritores, artistas y periodistas culturales de la capital, con muchos de los cuales se había carteadado; comenzó a colaborar en publicaciones y a ofrecer periódicamente recitales en bibliotecas municipales, centros culturales y salas de teatro. Entre 1982 y 1987 montó espectáculos poéticos con otros colegas, primero con Miguel Ángel Campodónico y Amanda Berenguer, después con Roberto Echavarren, siempre con acompañamiento musical. Luego armó el recital unipersonal llamado *El lobo*, rebautizado *Diadema*, una suerte de antología oral de *Los papeles salvajes* que presentó en ciudades de todo el mundo y se editó en cassette.¹⁴ “Me gusta leer, recitar. Sólo el poeta sabe qué color dar a cada palabra. Hice

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Diadema* fue grabado en mayo de 1994 en el Estudio Naif de Montevideo, y editado en formato cassette en la Serie de la Palabra del sello Ayuí-Tacuabé, que lo reeditó en 2005. Además, Marosa participó en los videos “Lobo” (1988), de Eduardo Casanova, y “Montevideo-Proust” (1997), de Hermes Millán.

representaciones en diversos países y fui muy bien recepcionada. En *La falena* me pinto como 'la recitatriz' que interpreta delante de un rosal, y a la que se le ve un solo pie, con las uñas rojas. Amo el teatro, eso es."¹⁵

En el capítulo "Montevideo. Los cafés, los bares, los amigos", Leonardo Garet se propuso reconstruir la red de relaciones entre escritores, artistas, periodistas y profesionales que rodeó a Marosa durante las décadas de 1980 y 90, detallando exhaustivamente los nombres y oficios de los integrantes de esos grupos informales:

De los años del Sorocabana de la Plaza Cagancha vino su amistad con el profesor de historia Washington Reyes Abadie, el escritor Juan Carlos Legido, el pintor Manuel Espínola Gómez, el crítico literario Wilfredo Penco, el novelista Miguel Ángel Campodónico, el músico Jaurés Lamarque Pons, la poeta Selva Casal, el profesor y narrador Juan Introini, el dramaturgo Ariel Mastandrea, el narrador y crítico José Pedro Díaz, la poeta Amanda Berenguer, el dramaturgo Ricardo Prieto, los desaparecidos poetas William Katsner y Claudio Ross, el pintor Eduardo Mernies y Susana Gayol, el memorialista Alejandro Michelena, Yolanda Bellomusto, el actor Roberto Fontana, la novelista y antropóloga Teresa Porzecanski, el poeta y crítico literario Luis Bravo, el editor Carlos Marchesi, el poeta Elías Uriarte, el novelista Enrique Estrázulas, el narrador Guillermo Lopetegui, el poeta y profesor Roberto Echavarren, el ensayista Fernando Loustaunau, el profesor Lauro Marauda, la poeta Silvia Guerra, los poetas Roberto Genta Doñado, Julio Chapper y Jorge Mareta, el periodista Ramón Mérica, el crítico de arte Alfredo Torres y el poeta y crítico literario Hugo García Robles. No se pretende agotar la lista que se extiende naturalmente más allá de la literatura. Marosa era amiga de los mozos y dueños de los bares, de las floristas, de los lustrabotas. Por otra parte, ya es raro en el ambiente de las letras quien no diga que era su amigo.¹⁶

¹⁵ Entrevista de Eduardo Espina, *El País*, Montevideo, dic. de 1994.

¹⁶ L. Garet, *op. cit.*; el biógrafo reseña además otro tipo de relaciones, menos grupales: "Tuvo amigos que no eran de cafés, ni de bares, sino de reuniones en casas como el crítico

Garet no deja afuera la mención de los distintos lugares donde tuvieron lugar, con mayor frecuencia, los encuentros de Marosa con esas personas:

Un día se trasladó junto con el Sorocabana a la calle Yi. Y en la calle Yi otra vez se aquerenció, apenas cruzando en horas de la noche al Mincho bar, o yendo al Outes, a El Luzón y El Lobizón (ambos de tradicionales “gramajos”) y a La bodeguita española, todos lugares que no distaban más de pocos pasos unos de otros porque Marosa, que había sido del Centro durante sus primeros años en Montevideo, no lo abandonó cuando vivió en La Aguada y finalmente se convirtió en un habitante ilustre del Centro. Se puede decir que desconocía otras calles que no fueran las comprendidas entre las de su casa y los alrededores de Plaza Cagancha y Plaza Independencia.¹⁷

Si en las décadas de 1960 y 70 Marosa di Giorgio recibió sólo, aunque varios, reconocimientos y apoyos oficiales o de instituciones nacionales, en las siguientes éstos se alternaron con los internacionales.¹⁸ Invitada a participar de festivales y encuentros de

Ricardo Pallares, el poeta Jorge Arbeleche, el investigador Walter Rela, el poeta Rafael Courtoisie. También mantenía verdaderos largometrajes telefónicos. Dos horas discando para hablar con ella y recibir entonces la explicación *estaba hablando con Amanda*. Y amigas que visitaba puntual y ritualmente a la hora del té, como María de Monserrat”.

¹⁷ L. Garet, *op. cit.*

¹⁸ En un informe curricular manuscrito, inédito, M. di Giorgio resumió estos patrocinios y reconocimientos de la siguiente manera:

Casi todos estos libros fueron premiados en sucesivos concursos del Ministerio de Cultura y de la Intendencia Municipal de Montevideo.

En 1982 recibió el premio de la B'nai B'rith, a la poesía, consistente en un viaje a Israel y Europa.

En 1981 —el premio “La flor de Laura” —Vancluse-Francia-Sociedad Petrarca.

En 1988 la beca Fullbright (presentaciones en N. York University, en Berkeley University, California, en Washington University, Saint Louis.

En el 1997 el premio Morosoli, Minas, Uruguay; en 2001, el premio Bartolomé Hidalgo, Montevideo, premio de la Prensa (Cámara Uruguaya del Libro).

En 1992, invitación por dos meses a la Casa del Escritor, Saint Nazaire, Francia, con la edición bilingüe (castellano-francés) del libro *Misales*. Recitales en Casa de América, París, y en Nantes y Saint Nazaire.

En 1995, amplio dossier en *Diario de Poesía*, Buenos Aires.

escritores y a residir en el extranjero, Marosa, que se había jubilado a principio de los 80, inició entonces su larga serie de viajes a ciudades de América y Europa, además de Israel. En 1982, la filial uruguaya de la B'nai B'rith Internacional, una de las más grandes y antiguas organizaciones comprometidas con la seguridad y continuidad del pueblo judío, instituyó el Premio Fraternidad para figuras destacadas de las letras, la plástica, el teatro y la música uruguayas, consistente en un viaje de trabajo y estudio a Israel y un país de Europa a elección; en su primera edición, el premio correspondió a Marosa di Giorgio, y el país europeo elegido por ella fue, naturalmente, Italia. En una crónica de ese viaje, Marosa se refirió a su visita al pueblo de origen de su padre:

Quando iba en tren, camino de Toscana, ya por la campiña toscana, mi corazón repicaba y doblaba, digo con alegría y con tristeza. De allí vinieron al Uruguay, a América, al Uruguay, al Salto, mi abuelo materno, y mi padre, y tantos otros familiares, y tantos otros italianos. Yo miraba con mil ojos; todo me parecía sagrado, y creía que iba a divisar a la abuela Marianna, o al abuelo Domenico, avistando sus rebaños; al borde de la antigua casa familiar de piedra.

Llegué medio llorando a Florencia, Firenze, la bella. Era la hija remota que torna a la más profunda casa. Esa misma tarde, por obra y gracia del pintor uruguayo, ahora dedicado al cine, Roberto

En 2001, primer premio a la poesía en Idioma Castellano en el Festival Internacional de Medellín, Colombia.

Recitales anuales desde hace diez años en Buenos Aires (CC Ricardo Rojas, de la Universidad de Buenos Aires; en la Dirección de Cultura de la Embajada de España).

Invitación en 1981, al Congreso de Escritores, Universidad de Río de Janeiro.

Invitación a Méjico en 2000 y 2001, a ciudad de Méjico y Oaxaca; lectura y recitales; ídem, en Asunción de Paraguay 1999.

Recital en el Círculo de las Artes, en Madrid, 2003.

Invitación en 2003 al Congreso Internacional de Escritores, en Santiago de Chile.

Invitación en 1996 y 2001 al Congreso Internacional de Medellín, Colombia, etc.

Que la lista del informe curricular no es completa lo demuestra la omisión, por ejemplo, de la pensión graciable que le concedió la Cámara de Senadores en 1987, bajo el gobierno de Julio María Sanguinetti; su recital en el cierre del Festival Internacional de Poesía de Rosario, en 1994; otro recital en el XXIV International Congress de Dallas, Texas, en 2003; etc.

Aguerre, que vive con su familia en lo alto de Firenze, partí en coche, rumbo a Carrara, a Pontremoli, a Bagnone, a Lusana, Lusana, el nido de piedra donde nació papá. Una de las primeras palabras que oí en mi vida: Lusana. Y ¡cómo se escondió!

Fue necesario cruzar la tarde de lluvia, montañas embrujadas, un país casi irreal, para dar con aquel promontorio, donde las casas, tal vez, ocho no más, y la iglesia, están enlazadas e inmóviles a través de los siglos.¹⁹

La obra de Marosa di Giorgio fue traducida al portugués, francés, inglés e italiano, e incluida en numerosas antologías de poesía uruguaya y latinoamericana.²⁰ Tras la publicación de la segunda edición de *Los papeles salvajes* en dos tomos (Arca, 1989-1991), publicó cinco volúmenes de “relatos eróticos”: *Misales* (Cal y Canto, 1993, reeditado después en Francia, Colombia, Chile y Argentina), *Camino de las pedrerías* (Planeta, 1997), *Reina Amelia* (Adriana Hidalgo, 1999), *Rosa mística* (Interzona, 2003) y *La flor de lis* (El cuenco de plata, 2004). En el año 2000, Adriana Hidalgo editora volvió a publicar en dos tomos *Los papeles salvajes*, con el agregado del libro *Diamelas a Clementina Médici*, dedicado a la memoria de su madre.

Afectada de un carcinoma óseo desde 1993, y tras un largo tratamiento, Marosa di Giorgio murió en Montevideo el 17 de agosto de 2004, en casa de su hermana Nidia. Luego del velatorio, su cuerpo fue trasladado a Salto, donde tuvo lugar un segundo velatorio en la Biblioteca Municipal Felisa Lisasola. Sus restos descansaron en el panteón de la Asociación de Empleados y Obreros Municipales del Cementerio Central de Salto hasta el 17 de agosto de 2007,²¹ tercer

¹⁹ Colección de Escritores Salteños N° 11, ver nota 1.

²⁰ Podrían destacarse *Cien años de raros* (1966) de Ángel Rama, *Antología crítica de la poesía uruguaya 1900-1985* (1990) de Roberto Appratto, *Transplatinos* (1991) de Roberto Echavarrén, *Escritores de América del Sur* (1995) de Verónica Zondek, *Medusario. Muestra de poesía latinoamericana* (1996) de R. Echavarrén, J. Kozér y J. Sefamí, y *Guía del nuevo siglo* (1998) de Julio Ortega.

²¹ Ese día, a las 11 de la mañana, se descubrió una placa recordatoria en el Panteón 416 de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos Unione e Benevolenza. En la ocasión hablaron el

aniversario de su muerte, cuando se efectuó la reducción. Desde entonces la urna está ubicada en el panteón de la Sociedad Italiana de Salto, en un casillero contiguo al de sus padres y abuelos.

arquitecto Ivón Grilli, en nombre de la comisión directiva de dicha sociedad, el profesor y escritor Leonardo Garet, en el del Grupo Amigos de Marosa, y el maestro Ramón Fonticiella, intendente de la ciudad, en el de todos los vecinos. A las 19.30, en la Casa Museo-Mausoleo Horacio Quiroga se inauguró la Sala Marosa, con muebles, retratos familiares, cuadros, libros, parte del vestuario de sus recitales, estatuillas de premios y demás objetos personales de la autora, donados en custodia por su hermana al pueblo y gobierno de Salto. En el patio central hablaron el escribano Enrique Cesio, por los Amigos de Marosa, Jazmín Lacoste, sobrina de la poeta, un representante del Banco Interamericano de Desarrollo y el intendente Fonticiella. Por la noche se inauguró un moderno auditorio construido con apoyo del BID en el ala derecha de la casa, y una compañía teatral dirigida por Azucena Lavin representó la obra *Bromelia*, basada en relatos eróticos de Marosa di Giorgio.

ÍNDICE

Señales mías	7
Los papeles salvajes	11
Poemas	15
Humo	33
Druida	59
Historial de las violetas	89
Magnolia	109
La guerra de los huertos	139
Está en llamas el jardín natal	159
Clavel y tenebrario	181
La liebre de marzo	243
Mesa de esmeralda	307
Tratado del querubín	309
Cumbres borascosas	327
Mesa de esmeralda	343
En todos los vestidos bordaban nomeolvides	371
El mar de Amelia	395
La falena	425
Carros fúnebres cargados de sandías	427
Pavoroso sacón brillante	441
Los ojos del gato eran celestes como vidrio y alhélí	455
La falena	485
Mi vestido se hunde en las bromelias y más allá no hay nada	503
Membrillo de Lusana	545
Diamelas a Clementina Médici	583

Pasajes de un memorial al abuelo toscano Eugenio Medici	645
Síntesis biográfica de Marosa di Giorgio	653